PUBLICACIONES DE LA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA (TOMO V)

COLECCION DE ESCRITORES HISPANOAMERICANOS (TOMO II)

# PAGINAS DESCONOCIDAS

(TOMO I)

POR

JUAN MONTALVO



CULTURAL, S. A.

*No suele ser fácil en América poner al alcance del gran público la producción total de sus grandes escritores. A veces los fragmentos dispersos de ella suelen ser atesorados por bibliómanos egoístas. A veces muchas páginas geniales quedan perdidas para siempre en lugares ignorados. Las* Páginas Desconocidas *de Juan Montalvo han tenido la fortuna de sobrevivir, debido al celo y generosidad de un anciano que baja a la tumba con un halo de gloria, y que nos ha legado, en su testamento postrero, la producción incógnita de aquel gran precursor de la unidad espiritual de Hispanoamérica. Vayan, pues, las* Páginas Desconocidas *asociadas a un nombre benemérito: al del patricio* Don Roberto Andrade.

# INTRODUCCION

"La ley de Colombia me cogió en la nada y nací libre. Al salir del mundo recibí el baño de la libertad, y en mi alma resplandeció una aurora divina, anuncio del favor con que la ley de redención quiso protegerme. Nací libre: por eso lo soy. Nací libre: *por eso no gimo bajo el yugo de la servidumbre*, y mi alma se encumbra por las regiones altas, al paso que mi cuerpo se contonea sin temor de cadenas ni de mordazas". Estas palabras están inscritas en uno de los opúsculos más filosóficos de Montalvo: *El Antropófago.*

Nació Montalvo en la villa o ciudad-jardín de San Juan de Dios de Ambato—*dans la petite ville d'Ambato,* como inicia primorosamente su cuento inédito *Le Jardinier de Ficoa,*—capital de la provincia de Tunguragua, el 13 de abril de 1832.

Sus ascendientes remotos fueron tejedores de una fábrica de paños de España. La industria bayetera fué tradición en su familia. José Santos Montalvo—abuelo de don Juan—era hermano del virrey de Nueva Granada, don Francisco Montalvo. Su padre, don Marcos, fué hombre laborioso, constante, cumplido, y dotó a sus hijos de una educación esmerada. Montalvo describe el carácter de su padre en una de las páginas de *El Regenerador,* y en el drama *El Descomulgado* ve en el padre "la bondad autorizada" y "la mansedumbre revestida de consejo". De "honrados y amorosos" califica a sus padres en *El Antropófago.* Su madre, doña Josefa Fia-

llos, era "señora de altas prendas". "Mi madre fué santa y mujer tal que su solo recuerdo purifica a las madres". Y en su patético escrito, titulado *El Padre Lachaise*—redactado en París en momentos de destierro y desesperación—los invoca en su ayuda: "¡Santa llaga la del pecho corroído por esas lágrimas! ¡Santas lágrimas las que brotan de la piedad filial! ¡Santa piedad la que santifica a los padres! ¡Una tumba está delante de ti; híncate, híncate otra vez!"

Su hermano don Francisco Javier Montalvo fué hombre de relieve público, rector del Colegio Bolívar de Ambato, regente del colegio de San Fernando, gran latinista, civilista y periodista, y ocupó diversos ministerios en los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Por último, fué gobernador de Ambato. En defensa de este hermano Montalvo escribió el trabajo titulado *El Masonismo Negro*, que forma parte de estas páginas.

De niño alcanzó la época en que se educaba a fuerza de azotes, en que la clase se abría con una tanda de vapuleo, hubiera o no motivo, "para escarmentar a los barragancitos más pillos"—como anota Montalvo en *El Regenerador*, al recordar al maestro Romero, que "sentía rara afición a las orejas de ciertos condiscípulos que hoy son jurisconsultos a lo Papiniano, coroneles a lo Cambronne y obispos a lo Dámaso". En la escuela tuvo sus primeros amores—cuya sublimación está condensada en las páginas de *Geometría Moral* (o Tratado del Amor)—con aquella condiscípula, "la más turbulenta y revolvedora de las alumnas".

En su edad juvenil asistió a las clases del colegio de San Fernando, fundado por los dominicos, donde se graduó de bachiller y se destacó—como nota su biógrafo Andrade "por el ímpetu de su talento, lo ingenioso y ejecutivo de sus dichos y por su irreductible misantropía". Por esta época un frenólogo, que a la sazón se paseaba por Quito, le predijo, exami-

nándole la cabeza, su pasión desbordante por los grandes hombres. Y, en efecto, sus lecturas preferentes de esta época, las que modelaron su carácter, fueron los *Paralelos de los Varones Ilustres* de Plutarco, las *Décadas* de Tito Livio, la *Vida de Alejandro* de Arriano y otras de índole análoga. (1)

Comenzó sus estudios jurídicos en la Universidad de Quito pero él mismo se calificó de "lego sin título", pensando que cuando los abogados no son buenos son horribles, y que la superioridad de ellos consiste "no tanto en lo nutrido de su cabeza, cuanto en lo terso de la conciencia"—según reza el escrito *Bailar sobre las Ruinas*. Y en el folleto *Judas* dice: "La viña de Naboth es la escuela del justo; los malos e injustos litigan por Acab". Montalvo fué siempre el abogado del derecho justo, como lo demuestra su alegato jurídico titulado *Los Envenenadores del Arzobispo*—para citar uno solo.

Su primer escrito se titula *Dios a todo se acomoda* (1851), en que se duele de vivir en una época de tantos excesos y de no pocos crímenes, en una época carente de ilustración y de progreso. Su admiración por Lamartine le llevó a escribir dos trabajos, titulados *Lamartine (A los Ecuatorianos)* (1856), en que se erige en pregonero de la gloria del poeta, que vivía en aquel momento en el infortunio. Al periódico "La Democracia" envía sus impresiones de viaje, tituladas *Correspondencia de Italia*, en las que describe lo que más ha admirado en ese país. También se refiere a Francia y a Suiza. Esta producción inédita está en nuestro poder. Toda ella corresponde a una época juvenil, aquella en que Montalvo desempeñó un cargo diplomático en Europa (1857-58).

En 1860 Montalvo regresa de Europa, donde había asimilado su civilización, y reside en Ambato hasta

(1) Véase mi opúsculo *El Panorama Cultural de Montalvo*. Ambato, Ecuador.

1866. Durante este período no manifiesta ninguna actividad exterior importante. Es una etapa de preparación para ulteriores empeños, y en que trata de reponerse de una enfermedad, de un reumatismo en la rodilla, que le hizo guardar cama en París (1858), agravada, porque, al trasbordar en alta mar se le deslizó una muleta, debiendo su salvación a un hercúleo yanqui a quien llamó, en uno de sus escritos, "mi ángel de la guarda".

Ya en esta época García Moreno ha gobernado al Ecuador con mano férrea (1). Han ocurrido cosas terribles: las cartas traidoras a Trinité (1859), el reingreso de Flores (1860), el vapuleo del general Ayarza (1860), la consagración del Ecuador a Nuestra Señora de las Mercedes (1860), el combate de Tulcán (1862), el Concordato con la Santa Sede (1862-63), la batalla de Cuáspud (1863), los pactos de García Moreno con jesuítas y dominicos, el fusilamiento de Maldonado (1864), el combate de Jambelí (1865), etc.

No podemos decir que Montalvo adoptó una actitud abstencionista. En 1860, a raíz de su regreso de Europa, le escribió una carta a García Moreno, anunciándole que tendría en él un enemigo y no vulgar (véase *El Cosmopolita*, edición de Zaldumbide).

En 1865 tomó posesión de la presidencia don Jerónimo Carrión, y hubo cierta tregua política. El 3 de enero de 1866 aparece el libro I de *El Cosmopolita*, que se publica hasta 1868. Corresponden también a este período: *Marcelino y Medio*, *El Masonismo Negro*, *El Buho de Ambato*, *Bailar sobre las Ruinas*, *Las Vísperas Sicilianas* y *El Peregrino de la Meca* (1869), que forman parte de estas "Páginas Desconocidas". El 15 de enero de 1869 aparece *El Cosmopolita*, libro IX, y el 16 de enero, a raíz del pronunciamiento de García Moreno contra el presidente Espinosa, Montalvo par-

(1) Véase mi libro *Biografía del Dictador García Moreno* ("Estudio Psicológico e Histórico"), CULTURAL, La Habana, 1935.

te a su primer destierro, a Ipiales, hasta 1876, período en que intercala un viaje a Europa y otro al Perú.

Corresponde a esta época su matrimonio con doña María de Guzmán—paisana suya—de la cual se separa. Las desavenencias matrimoniales se debieron, en gran parte, a que las actitudes políticas de Montalvo no encontraron resonancia en ella. Montalvo ha de calificar el matrimonio de "cadena orinecida, pesada, crujiente". De este matrimonio nacieron dos niños: uno varón, que murió prematuramente, y una hembra, María de las Mercedes.

El primer destierro de Montalvo corresponde a la segunda dictadura de García Moreno. Instalado éste en la presidencia, promulga la Constitución teocrática de 1869; convierte a la Universidad liberal en Escuela Politécnica, dirigida por jesuítas; protesta de la unidad italiana (1870), y fusila a su criado, el cabo Juan Salazar.

El segundo viaje a Europa, que tuvo lugar a fines de 1869, fué para Montalvo teatro de privaciones, hambres y padecimientos sin cuento. El 20 de septiembre de 1869 se publica ese patético y grandilocuente trabajo, titulado *El Padre Lachaise*, que hace humedecer los ojos al más insensible. A este año corresponden dos escritos: *Del Orgullo y de la Mendicidad* y *Fragmentos de un Diario*. El primero es un estudio etopéyico de España. El segundo es de cariz introspectivo.

En 1870 retorna El Cosmopolita a América, por Panamá. En este mismo año va a Lima, donde se entrevista con el general Urbina, con el objeto de preparar la revolución que derrocaría a García Moreno. En 1871 ocurre la conspiración de Manabí, en que las figuras centrales son Eloy Alfaro, Montalvo y Mestanza. Este último había acusado a García Moreno en el Senado, durante la época de Carrión, por falsificador electoral. En 1872 aparece el libelo de Mestanza titulado *La Verdad: Refutación a las*

*Calumnias de Montalvo*, publicado en Lima. Montalvo le replica con el tremendo opúsculo *El Antropófago (Las Atrocidades de un Monstruo). Prosa de la Prosa. Los Incurables*, Bogotá, 1872. Pero la imprenta es muy tardía en la confección editorial, y sólo se imprimen tres o cuatro ejemplares, uno de los cuales salvó don Roberto Andrade milagrosamente. Es uno de sus trabajos de mayor enjundia ética. Leyéndolo recordamos las palabras candentes de Vargas Vila, cuando, en "Los Divinos y los Humanos", escribe:

"Nadie antes de él y nadie después de él ha sabido sublimizar el dicterio y divinizar el insulto con arte tan admirable y fuerza tan grandiosa. Libelista sublime".

"Su anatema se extravasaba como la lava de un volcán y descendía y calcinaba a sus contrarios. Pálidos y miedosos huían los réprobos ante los rayos de aquella cólera casi divina".

"Tenía la cólera en los labios y la mansedumbre en el corazón".

"Era implacable porque era insospechable".

"Era puro y fuerte como el cristal de las cavernas profundas".

Sobre el año de 1872 escribe sus dramas *Jara, La Leprosa* y *Granja* y casi todos los *Siete Tratados* (1872-73), en el pueblecito de Ipiales, donde la curva de su producción literaria alcanza su punto más alto. El 3 de agosto de 1873 termina el drama *El Dictador*, en que predice de un modo exacto la muerte de García Moreno. En este mismo año concluye *El Descomulgado*, drama literario que es trasunto de un drama personal. (1) En mayo de ese mismo año aparece el folleto *Judas*. El 28 de octubre de 1874 se imprime en Panamá la *Dictadura Perpetua*, que no circula por Quito sino hasta el mes de mayo de 1875. El 6 de

(1) He publicado estos dramas bajo el título de *El Libro de las Pasiones*, Habana, 1935.

agosto de 1875 García Moreno cae abatido a balazos y tajos de machete, como resultado de la conspiración popular, inspirada en las doctrinas de Montalvo. (1) El 2 de octubre de dicho año es electo presidente don Antonio Borrero. En esta época escribe Montalvo: *El Ultimo de los Tiranos*, *La Muerte de García Moreno*, *Misiva Patriótica*, *La Conspiración del Seis de Agosto*, *Proclama (Parodia)*, *La Voz del Norte* y *La Revolución del Norte*.

El 30 de mayo de 1876 aparecen los *Asomos del Cosmopolita*, Quito; en junio, *El Regenerador No. 1*, Quito; en julio, *El Regenerador No. 2*, Quito; el 19 de julio, *Combinación* y *Al Señor Presidente de la República;* en agosto, *El Regenerador No. 3*, Quito. El 6 de septiembre Montalvo llega a Quito y en este mismo mes aparece, editado en dicha capital, *El Regenerador No. 4*. Todos estos opúsculos y hojas volantes tienen por objeto orientar a la república, a raíz de la muerte de García Moreno, por sendas y procedimientos liberales, extirpando lo nocivo de la herencia teocrática y absolutista. Pero Borrero no supo acertar.

El 8 de septiembre de 1876 tiene lugar el pronunciamiento liberaloide del general Veintemilla, al cual Montalvo fué adverso. El 9 de octubre Montalvo publica la hoja *El Ejemplo es Oro*. En enero de 1877 aparece el sesudo cuaderno *El Regenerador No. 5 (Las Leyes de García Moreno)*, editado en Panamá. Montalvo sufre un corto destierro y regresa a Guayaquil en abril de 1877. Aquí preside una reunión, a la memoria de los sacrificados en "Galte" y "Molinos", en que pronuncia dos discursos. En julio de 1877 la Convención es dominada por Veintimilla. En este

(1) "Le han quitado la vida unos cuantos Mucios, romanos de pelo en pecho, no por apartar a un lado su persona, sino por destruir su obra, jurando ante los dioses, puesta la mano en el brasero, no cometían vileza ni delito". MONTALVO.

año ocurre el envenenamiento del arzobispo de Quito y el 22 de julio aparece la hoja volante *Los Envenenadores del Arzobispo*. Corresponde también a este año: *El Precursor de El Regenerador*, *El Regenerador No. 6* (septiembre de 1877), *El León de San Marcos* (28 de septiembre de 1877), *El Regenerador No. 7* (octubre de 1877), *El Regenerador No. 8* (diciembre de 1877), *El Regenerador No. 9* (enero de 1878), *El Regenerador No. 10* (enero de 1878), *El Regenerador No. 11* (febrero de 1878). Todos estos trabajos están editados en Quito.

En 1878 Montalvo descansa en Ambato y en Baños. En la primera ciudad escribe casi todos los artículos de *La Candela* y *El Espéctador* contra Veintimilla. En agosto de 1878 llega a Quito, y el 26 de dicho mes y año aparece *El Regenerador No. 12*. En este mismo año publica: *Desperezo del Regenerador*, *La Nueva Invasión*, *Vicente Piedrahita*, *La Peor de las Revoluciones* (22 de octubre, Ambato), *Eloy Alfaro* (22 de diciembre). El 18 de enero de 1879 edita en Ambato *Los Grillos Perpetuos* y en este mismo año *El Sur de Colombia*. El 1o. de septiembre de 1879 Montalvo va de incógnito a Ipiales, por última vez. A mediados de 1880 sus amigos le animan para aspirar a la presidencia de la república, pero él declina la insinuación, y se va a Tumaco, a fin de dirigir un levantamiento, en compañía de Eloy Alfaro, contra Veintemilla, pero fracasó por falta de recursos.

El 17 de agosto de 1880 aparece en Ipiales *Imposturas no son Política*, y en este mismo año empiezan a circular *Las Catilinarias*, impresas en Panamá, en las cuales hace trizas con su pluma a la nulidad política de Veintemilla. El 3 de mayo de 1881 ve la luz *El Pasquín*, editado en Ipiales. En este mismo año tiene lugar el tercer viaje de Montalvo a Europa, de donde no retornará más. Se instala en París. En 1882 publica en Besanzón los *Siete Tratados* y en 1882-83 ve la luz en Panamá la primera edición

completa de *Las Catilinarias.* El 7 de enero de 1883 se publica en París *Azotes por Virtudes.* Este es el año de la apoteosis de Montalvo en España.

Caamaño ocupa la presidencia del Ecuador en 1883 y Montalvo rehusa un escaño de diputado que aquel le ofrece. En 1884 el arzobispo de Quito, Ordóñez, prohibe la lectura de los *Siete Tratados* y en 1884 aparece editado en París, *Mercurial Eclesiástica,* que es un panfleto contra dicho prelado. En 1886 Eloy Alfaro, desterrado, va a Lima y queda incomunicado con Montalvo. El 5 de enero de 1886 Montalvo escribe la *Carta al Moniteur des Consulats,* en París.

El tomo primero de *El Espectador (1)* ve la luz en París en 1886, y en este mismo año publica Montalvo su contestación a nuestro crítico Merchán, que había refutado los *Siete Tratados,* en la *Revista de España* de Madrid. El tomo II de *El Espectador* se edita en París, en 1887, y en este año aparece *El Vejestorio Ridículo,* contra el secretario de la Academia Española de la Lengua, que se opone a su ingreso en ella, a pesar de haber sido patrocinado por Castelar, Núñez de Arce y otros. En 1887 la Sociedad de Artesanos de Guayaquil le pide a Montalvo su colaboración para un "Album". En 1888 escribe Montalvo su *Carta de Francia* y en dicho año aparece el tomo III de *El Espectador.*

Don Antonio Flores, hijo del general Flores, ocupa la presidencia del Ecuador en 1888 y el 7 de julio de dicho año le propone a Montalvo el Consulado de Burdeos. Montalvo lo rehusa.

El 17 de enero de 1889 ocurre en París la dramática muerte de Montalvo, que es descrita por Ballén, en carta de 22 de enero de dicho año y por Yerovi, en otra carta de igual fecha. El 9 de mayo de

(1) Este es el segundo Espectador; el primero, escrito contra Veintemilla ha desaparecido. ¿Habrá algún bibliófilo generoso que lo tenga y lo *salve del olvido?*

1889 la República del Salvador declara duelo nacional el día de la muerte de Montalvo. No fué sino hasta 1895 que triunfó el partido genuinamente liberal—que tuvo su apóstol más irreductible en Montalvo—con el advenimiento al poder del general Eloy Alfaro. Alfaro dijo, al recibir los restos de El Cosmopolita: "Montalvo vivo ejerció un influjo genuino sobre sus compatriotas, pero Montalvo muerto ha de tener un influjo todavía más hondo en el alma nacional".

A continuación se especifican algunas de las ediciones principales—no citadas previamente—que se han hecho de las obras de Montalvo.

*Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.* Edición de Besanzón, 1895. Edición de la Casa Montaner y Simón, Barcelona, 1898. Edición de la Casa Garnier, París, 1921.

*Siete Tratados.* Segunda edición de la Casa Garnier, París, 1912. Prólogo de Blanco Fombona.

*El Cosmopolita.* Segunda edición de Quito, 1894. Imprenta "El Siglo". Son nueve números recopilados en un volumen. Tercera edición de la Casa Garnier, 1923. Prólogo de G. Zaldumbide.

*El Regenerador.* Segunda edición de la casa Garnier. Prólogo de F. García Calderón.

*Las Catilinarias.* Edición de Panamá, 1902. Segunda edición de Quito, 1906. Imprenta "El Tiempo". Tercera edición de la casa Garnier. Prólogo de M. de Unamuno. "El Heraldo de las Siete Catilinarias". Quito.

*Geometría Moral.* Primera edición, Madrid, 1902. Editorial Rivadeneira. Segunda edición de la Colección Cervantes. Madrid, 1917. Prólogo de Juan Valera, escrito en 1902.

*Mercurial Eclesiástica.* Segunda edición de Quito, 1907. Aparece acoplada a *Un Vejestorio Ridículo* en la Biblioteca Andrés Bello, Madrid, s. f.

*Joya Literaria.* Reproduce "Los Académicos de Tirteafuera", "El Padre Lachaise" y "El Sur de Colombia", 1889, Quito. Imprenta "El Pichincha".

*El Espectador.* Segunda edición de la Casa Garnier.

*La Risa.* Impreso, s. f.

*El Descomulgado.* Ambato, 1931.

Hay reproducciones antológicas, como *La Pluma de Fuego* con prólogo de V. Vila; *Sus Mejores Prosas y Narraciones,* con prólogo de César Arroyo; y *Lecturas de Montalvo,* por Juan de Dios Uribe, Quito, 1898.

*El Libro de las Pasiones.* Colección de cinco dramas. Editados por la Revista de la Universidad de la Habana, 1935. Prólogo de Roberto Andrade.

*Páginas Desconocidas.* Opúsculos, hojas volantes y trabajos inéditos. Editados por la Revista de la Universidad de la Habana, 1936. Introducción por Roberto Agramonte.

Los siguientes trabajos de Montalvo se encuentran inéditos aun:

*Dios a todo se acomoda; Lamartine (A los ecuatorianos); Correspondencia de Italia; Fragmento sin título; Discurso pronunciado en la Sociedad "La Ilustración"; En un Album; Safira (poesía de la historia); Cuentos fantásticos; Escenas nocturnas. La casa del duende; Escenas nocturnas. La rústica Desdémona; Hombre práctico, mujer práctica; De la embriaguez; El baile; ¿Qué es lo que entienden por "une scie" los franceses; España; Los catalanes y aragoneses; Filología (lo que entendemos por fregar y fregarse en Quito, Bogotá, Lima y otras capitales de la América Española;) Colonias y colonizadores; La leva; Marco Tulio Cicerón; Cicerón y sus obras; Una página inédita; Marte; El sombrero de Castelar.*

Los trabajos que a continuación se especifican son de carácter autobiográfico:

*Diario de Montalvo* (en español y en francés alternados). *Epistolario de Montalvo* (cartas a Alfaro, a R. Portilla, a los Andrade). *Cuadernos de Montalvo* (son de varias clases: "Día por día", "Cuaderno de Anotaciones", etc.).

Los siguientes trabajos están escritos en francés: *Vous baissez, messieurs, vous baissez, Extravagances de la fièvre* y *Le Jardinier de Ficoa*.

Cumple aquí agradecer al doctor Federico de Córdova la devoción con que ha revisado las pruebas de este libro. El doctor Córdova es bien conocido entre los amigos de *El Cosmopolita* por su roturador opúsculo sobre Montalvo.

ROBERTO AGRAMONTE

Director del Departamento de Intercambio Universitario

La Habana, 17 Enero de 1936.

# INDICE

I

# MARCELINO Y MEDIO

En nombre del honor, del valor y de la patria, Santa Trinidad del republicano y el demócrata, yo, que no sufro me toquen a un pelo ni me miren al soslayo, vengo a defenderme de la sangrienta alusión que han hecho a mi persona, en su último libelo, los *aristócratas* Nicolás Martínez y León Mera, Marcelino y Medio. Cuento por nada los agravios de esta gentezuela; mas como el publico no ama el silencio, y yo que pertenezco al público tampoco lo amo, no será disparate sacudir un poco de las barbas a ese par de belermos que tanto nos acometen. Cómanse en buena hora a los chiquillos esos antropófagos, pero los hombres de pelo en pecho les damos con la piedra en los dientes, y si más se desordenan, les metemos a la cárcel. ¿No saben estos majaderos que a los magistrados constituídos en dignidad se les acata aún entre los salvajes? Mediocridades subalternas, deben guardar el puesto inferior que les ha deparado la fortuna, y no alzar cabeza a fuerza de injurias y desvergüenzas. Estos pobres diablos no respetan ni las conveniencias, y habiendo imprudentemente los liberales dejádoles sacarse el freno, se van desbocados, y se beben los vientos, y se comen los montes: no hay hombres, ni mujeres, ni viejos, ni jóvenes, ni ricos, ni pobres que se escapen de su furia: todo lo destruyen, todo lo atropellan, todo lo pisan, y todavía quieren más. Pues yo pretendo salirles al paso con un buen moquillo,

cercenarles la cola, entregarlos a la tropa y vamos andando. Los que les conocemos de cerca, no necesitamos de anteojos para ver lo que ellos son: por más que nos trate de *bandidos* el doctor Martínez, no podrá él dejar de ser un cientopies parado. Se le ha rebotado la bilis porque se le fué la *mascada*, y se derrama en sucia espuma sobre cuanto de bueno hay en el mundo. A fe de caballero, que *el doctor* era uno de los mamones más apurados que hemos visto, y mascaba a dos carrillos. Pero si tanto le desconcierta la falta de empleo, tiene enemigos generosos y magnánimos: véngase conmigo a mi hacienda de San Telmo de Capaisón, y allí le coloco de alambiquero, o cuando menos de mayordomo de pailas; y a más de su salario, le dejo las cachazas a ver si sale de esas carnes y se embarnece un tanto. Y a propósito de cachaza, mi doctor, usted no la tiene, y por una bagatela, como la de haberle votado de la gobernación, y seguirle causa criminal, se atora usted de rabia, y nos llama *negros*, asesinos y badulaques, como si nosotros tuviésemos la culpa de que usted hubiese mandado allanar una casa y apalear gente extranjera: si usted no hubiera cometido ese pecadillo, claro es que su hijastro Mera no hubiera tenido ocasión ni motivo de tratarme de pícaro, ¿no es verdad? Yo que no lo cometí, ni he cometido nunca delito ninguno, soy pícaro; Ud. que lo cometió, es *benemérito:* santas pascuas. Como ustedes tienen *esto* y *esto*, pueden decir todo; los que como yo no tenemos sino honor y buena fe, nos contentamos con la buena opinión, aunque no seamos tan largos, tan mojigatos y tan así como usted. Si ni al alcalde, ni al ministro de justicia respetan ustedes, luego le perderán el respeto al Padre Eterno: como tienen *esto y esto* . . .

*Esto y esto*, dice Mera, enseñando con el dedo la cabeza y el bolsillo: expresión que a mí en particular me ha hecho mucha gracia, pues un negro Rufino

que yo tenía en San Telmo, decía lo mismo siempre que peleaba con los otros criados: "Yo tengo *eto* y *eto*", y enseñaba con el dedo la cabeza y el bolsillo, tan dura la una y vacío el otro, como los de Mera el hijastro, o *el buho de Ambato.*

Me apercibo de que tomo un triste objeto, pues *medio Marcelino,* no puede ocupar la atención de un *rojo* entero, hecho y derecho, que no tiene viga en el ojo: digo medio Marcelino, no porque él sea menos bobo que los demás; sino porque le falta algo de lo que suele sobrarles a los Marcelinos. Que la gente de sexo conocido nos insulte, nos persiga, nos mate, puede aguantarse; pero que ese semi-hombre que todo lo hace en cuclillas, se encarnice y nos muerda tanto, no es posible. Ahora anda escondiendo la carátula (esa no es cara) con hocico y todo en su capote de San Ildefonso; tristón y pensativo, porque se le ha ido el doctor Rodas, su compañero de armas (como si en Quito dijésemos Bonomi); pero dejen que *se despierte el león,* y verán como no deja títere con calzones. En este terrible caso los *negros* pediremos auxilio a su competidor Zandoval, quien le tiene debajo desde que le dijo con tanto ingenio:

Poeta que *llueves* sentado
Imitando a las mujeres,
Dime tú ¿qué decir puedes
De los que *llueven* parados?

Nuestra bonomía natural no nos permite avanzar en esta materia, por ahora; pues los que tenemos la honra de pertenecer al ilustre partido liberal, donde nada se hace en cuclillas, tocamos con el dedo al enemigo ruín, le echamos a un lado y pasamos altos y derechos como una palma, y no metidos en *pañomanos* de bayeta, ni con *tasines* en la cabeza, como un cierto hombre entero y varonil que conocemos en Ambato.

Los retratos de los príncipes, las condecoraciones de los imperios, los títulos de los grandes brillan menos a los ojos del republicano, que el honor y la conciencia: se puede despreciar las injurias, cuando son de gentes viles: pero algunas veces no es malo darles con qué pasar la vida: y cuando un hombre es tan lerdo como Mera, hace imaginación de que se le teme, o de que a los agraviados les falta *esto* y *esto*, y muchas veces se equivocan: cuando mi negro Rufino tenía *esto* y *esto*; los que son amos de ustedes, es regular que lo tengan. Lástima es que les tenemos, y no inconvenientes bursátiles ni dificultades de meollo, supuesto que para darles media docena de palos por la imprenta, nos sobra comodidad. Ustedes que rebosan en finanzas rebosan también en ganas de no gastarlas; y si Mera escribe *en cuclillas* sus torpezas, es porque sale ganando: hay bobalicones que le costean su mal de perro, y aun le dejan algo para la alcancía. El cargo que éste me hace es, que *sólo yo he tenido orejas para oír* lo que declaré respecto de su tío. Cierto que yo no soy desorejado como él, ni las tengo tan grandes como las suyas; por eso oigo las cosas como son, ni más ni menos; y cuando la justicia me interroga, respondo como las he visto y oído: para esto no necesito ser orejón ni desorejado, de la clase *francolina* de cierto poetastro de indecisa y embrollada naturaleza. Es ya tiempo de que ustedes, Marcelinos, aprendan a respetar a sus superiores: gente mediocre y soplada, que no se distingue sino en insultar a sus autoridades, abran los ojos y vean la diferencia que hay entre un cientopiés y una águila, un runallama y un león, un guacamayo sin plumas y un cóndor, un buho como Mera y un gallo de Parcayaco: gentezuela entrometida y bulliciosa, que miente, y charla y *asnea* sin motivo, gentuza descomedida y de fandango, gentalla friolenta y desmoronada, genteja escondida y llorona, gentuecaca botarate y saltimbanqui, gentinga orejuda

y rosquituerta, gentucha trotona y pedantesca, gentecilla ignorante y desesperada. Hablo con los que *poetizan en cuclillas*, que los que lo hacen parados, no están comprendidos en esta serie ni tienen por qué enojarse con su

atento y seguro servidor,

RAFAEL VILLOTA (1).

QUITO, JULIO 18 DE 1868

OFICINA TIPOGRÁFICA DE F. BERMEO, POR J. MORA

(1) Fué Montalvo el autor de esta hoja.

## II

## EL MASONISMO NEGRO

Entre las personas cuyos nombres se ven al pie del nuevo y horrendo libelo que anda publicado, habrá tal vez hombres de bien, mas por seguro hay muchos inocentes de este nuevo delito; y lo prueban las declaraciones que hemos tenido a bien dar a luz, para hacer patente esta estafa de firmas, y el empeño de engañar al público y a la misma pobre gente que va a esa *escuela de moral mandada* por Nicolás Martínez, a autorizar con sus nombres las obras de León Mera. Los que andan estrechando la mano o sacándose el sombrero a cada paso ante los que llaman *ladrones, asesinos, malvados, negros, comedores de muertos*, etc., ¿tuvieron ánimo de llamarlos tales verdaderamente, y los llamaron así por convicción? No por cierto. Pues hay quien dice tanto y mucho más, y lo firma con los nombres de esos sujetos. Como esto no es justo ni honrado, no puede ser conveniente para ellos, ni para los pobres sastres, curtidores y zapateros que son traídos a la "Sociedad Conservadora", a insultar y disfamar en junta a los mismos que respetan solos. Sociedad donde se enseña y se aprende el mal, no puede ser útil para nadie. Honrados artesanos, hombres inocentes de toda clase, ahora mismo pudiéramos presentarnos en justicia contra vosotros, por tantas calumnias e injurias como se han estampado con vuestros nombres;

pero como estamos ciertos de que, ni aun después de publicado tenéis noticia de *ese papel*, nos parece mejor exhortaros a la circunspección para en adelante, y a no ir sino averiguando bien a donde váis, y qué es lo que se va a hacer en vuestro nombre. Si de todo lo que hagan y digan Martínez y Mera salís vosotros responsables, corréis peligro de ir a parar en un presidio. Nuestro zapatero, nuestro sastre nos han llamado *corrompidos y malvados, negros infames, cubiertos de crímenes* y otras cosas; si acusásemos a este zapatero y a este sastre, no sabrían en qué tinieblas estaban metidos, y jurarían mil veces que no hay hombres más de bien ni mejores ciudadanos que nosotros. ¿Es así como se ilustra y hace virtuoso a un pueblo, amigo Martínez?

Toda sociedad tiene un programa, y para que sea lícita, ha de contener él artículos plausibles: sepamos qué se estudia, qué se aprende en esa confusa y atropellada reunión de gentes que aquí ha tomado malamente el nombre de "Sociedad Conservadora": ¿religión, moral, filosofía, historia, literatura, leyes patrias, artes u oficios? Los dos primeros actos de *esa masonería* singular han sido influir decisivamente en la absolución de un reo, y lanzar a las barbas del público el más brutal y asqueroso libelo que nunca se haya publicado, no solamente contra un individuo ni una clase, sino contra media nación: ¿es racional, es probable que media nación sea digna del patíbulo o de las galeras? Si es así, la parte sana, el partido conservador, debía sucumbir a los golpes de tantos facinerosos; si el titulado Partido Conservador tiene más ánimo y esfuerzo, debe exterminar, y es obligación suya, a esos facinerosos; ¿cómo es, pues, que viven ellos y nos dejan vivir? ¿cómo es que viven con nosotros en las mismas ciudades, andan por las mismas calles, moran tal vez en las mismas casas? Muchos de los hombres sin tacha, *ilustrados, nobles de esclarecida estirpe*, son amigos, pa-

rientes, socios, aparceros, de los *bandidos, los ignorantes, los negros.* Sano debe de ser el corazón, bien ordenada la cabeza de los que escriben de ese modo; y en cuanto a *ilustrados*, la delicadeza de sus obras lo pone de manifiesto. Pero vamos a ver, díganos los miembros de *esa sociedad* ¿qué han aprovechado en ella? ¿se sienten más morales, más virtuosos, más instruídos que antes? ¿son mejores padres de familia, mejores hijos, mejores ciudadanos? ¿qué libros se leen en esas ilustradas y nobles sesiones? ¿Los *Deberes del Hombre, Los Varones Ilustres, La Sagrada Escritura?* Y ¿qué acciones laudables se verifican? ¿socorro de pobres? ¿educación de niños? ¿instrucción del pueblo? Nada, nada; nada honesto ni provechoso: el fruto que hasta ahora han sacado ha sido amargo para gran parte de sus semejantes; dulce para *ellos*, pero dulce que obra como veneno. Hacer los menos males que se puedan, es labrar para el porvenir: los que toman por ocupación el mal ajeno, tienen mucho de que cautelarse, y esta es ya una triste vida, aun prescindiendo de la conciencia que les sigue dando voces. Los hombres de bien que concurren a *ese motín*, llevan peligro de corromperse; los malos, de volverse peores; y todos han pasado ya por el conflicto de verse suscribiendo con sus nombres calumnias e infamias que ni pensaron, ni creyeron, ni tuvieron ánimo de decir. Nótese que nosotros no pensamos ni publicamos que todos nuestros enemigos son perversos y perdidos; ¿cómo lo habíamos de pretender ni publicar? Esas demencias indican mala situación de sesos y peor de alma: puede haber, y hay sin duda hombres dignos de aprecio en todos los partidos, en esta como en las otras repúblicas; pero es evidente que hay algunos dignos de la horca; y son los que engañan, pervierten y corrompen al pueblo; los que le quitan el honor, y le privan de ese cómodo estado de la buena fama; los que le infatúan y ensoberbecen metiéndole en la senda reprobada.

La popularidad que uno se granjea por medio de las malas obras, es efímera; solamente la virtud sirve de fundamento a la verdadera gloria. En el primer caso obra el engaño; cuando este se desvanezca, todo se viene abajo: en el segundo, reina la verdad, única fuente de sabiduría.

Durante la larga dominación de Martínez en esta parte de la República, no hemos tenido noticia de que nunca hubiese pensado en sociedades de instrucción, ni de mejora de costumbres, ni de nada; le sucede *esa desgracia* (por Dios, seamos moderados; fuera de la moderación no hay cultura), y héle allí de fomentador *de sociedades*, de director *de sociedades*: ¿es justo o no presumir un mal fin en este hombre? El camino que ha tomado es el peor: podrá salvarse por lo pronto; aquí, se salvará; ¿pero su fama? ¿su nombre? de eso no conoce el jurado, no es competente: hay un tribunal muy vasto, muy alto, muy sabio que entiende en esos puntos—la opinión pública: la estima no se gana con ruegos privados y con insolencias notorias; no hay engañifas ni quisquillas escolásticas, la covachuela nada puede: ese tribunal es como aquel antiguo, que juzgaba en medio de la oscuridad, para no dejarse seducir por la elocuencia del gesto ni la retórica de los abogados: los jueces van al grano; la verdad, la verdad, y nada más. Martínez ha descollado de repente con un arrojo imponderable para cerrar con la asociación en general; ¡qué acciones, qué pasos, qué escritos, Dios mío! ¡Como si agraviando, persiguiendo, enconando a los demás mejorase de causa! ¿No valiera más un porte digno, una conducta señoril, un aire de majestuosa desgracia, ya que desgracias le sucedieron? Aquel viejo que postrado en su lecho, al cual le echaron sus propias armas, no sigue aconsejando, ni blasfema, ni se desespera, y en medio de dolores y suspiros lo atribuye todo a la Providencia, vale ahora mucho más que sus mal intencionados y mal acon-

alejados parientes y amigos. Sí, la Providencia anda metida en todo: aire sutil, se nos entra por las rendijas de las puertas; vista penetrante, rompe las tinieblas y nos espía en nuestros afanes del crimen: oído perspicaz, traspasa las paredes, y no se le escapa ni las palabras pronunciadas en secreto. La Providencia sabe esperar; se vale de una llave, de una cadena de reloj, de una pistola; y cuando menos acordamos, nos castiga. Eso que llamamos, acaso, casualidad, eso es Providencia; sin la Providencia no hubiera acasos ni casualidades. Algunas veces nos deja llegar a viejos, vivimos prosperando en medio de nuestras iniquidades, todo nos sonríe; espera: se te va el hijo más querido; tu esposa te deja en triste viudez; se te quema la casa; triunfan tus enemigos... ¿acaso todo esto es porque fuiste bueno? ¿acaso son consecuencias de tus virtudes? Providencia, Providencia.

El sufrimiento no le sienta mal al culpable, y menos al culpado: los más terribles fracasos pueden traer consigo cierto aire de interés, que nos concilie la simpatía, o cuando menos la compasión de nuestros semejantes: el reo que sube al patíbulo, soberbio, y entrega al verdugo la garganta en medio de blasfemias o de bufonadas, causa en los espectadores una lastimosa repugnancia: el valor, que ojalá en ningún caso nos abandonara, es muy diferente de la insolencia; y la soberbia no fructifica ni en los ángeles del cielo, menos en nosotros miserables, que a cada paso necesitamos de los demás, que a cada instante corremos el peligro de caer en manos de los que hemos ofendido. Martínez, a quien ya se puede nombrar, porque es ya conocido, ha manifestado una singular manera de apreciar las cosas: hombre en extremo descuidado de sí mismo; da *su golpe,* y no hay *dandy* en Londres más erguido y empaquetado: magistrado desdeñoso de la instrucción pública; da su golpe, y se mete a maestro de escuela: humildón,

reposado por de fuera, casi tímido; da su golpe, y no conoce término en las malas acciones, ni en el desenfreno de la pluma. Tócale este cargo, por cuanto *su operario* tiene declarado que entre los dos no hay solución de continuidad, son una misma cosa y persona: lo que el uno escribe, el otro lee; lo que el uno hace, el otro aprueba. *Ese hombre* postrado, resignado, prudente, que ve a la Providencia, después de haber hecho tantos males a sus semejantes por no haberla visto, ese es el que debe servirles de instructor: ejemplo vivo de los vaivenes de la suerte, escombro herido por el rayo, padre que padece en sus hijos: hombre que padece en su cuerpo: tortura moral, tortura física: ¡qué experiencia! Si su arrepentimiento es de veras, que salga a vivir de nuevo, depurado, refrescado con el bautismo del dolor que redime las almas; si es ficticio, pasajero, que no se levante . . .

Allá en esos antiguos tiempos de sabiduría donde las virtudes iban coronadas, y los crímenes mismos se pagaban con una virtud; cuando los ciudadanos distinguidos habían cometido un delito y los tribunales lo tomaban por su cuenta, dejaban ellos crecer su barba en triste desafeite, no peinaban la cabellera, y vestidos de luto y andrajosos presentábanse humildes ante el pueblo. Parece, con efecto, que una cierta humillación y un expresivo abatimiento son necesarios en el delincuente, que comparece a justicia ante el tribunal y se halla a la vista del otro tribunal mayor de todos sus conciudadanos: la entereza del alma que nace de una conciencia pura, no se opone a la modestia, y el decoro casi nunca admite la compañía de la presunción, y el desvanecimiento: la inocencia nunca fué orgullosa, ni hay orgullo que no sea un defecto, sino es el que procede de la práctica de la moral y de los sanos preceptos de la filosofía. Guárdenos el cielo de cometer jamás una acción reprobada por las leyes divinas o las humanas; pero si por desgracia la cometiésemos, la mancha de la

conciencia nos saldría al rostro, y no andaríamos ufanos de nuestra vergüenza. Por Dios, por la patria y por el honor, se puede hacer todo: por la codicia, por la venganza y por el orgullo, nada que sea bueno.

La fama de los habitantes de esta ciudad no ha sido sino de gente viva, picaresca, algo inclinada a la diversión; pero laboriosa, hospitalaria y noble: ahora, desde la *hazaña* que deploramos, no hay periódico de América que no la llame *pueblo de asesinos y bribones, bárbaros y mal cristianos*. Y no es así, pues el pueblo no tiene más culpa que la de estar engañado, los culpables le han persuadido de que el pundonor, el nombre del pueblo, está en defenderles a todo trance, en sacarles libres y salvos, y se despeña lastimosamente; de modo que si penetrase la esencia de las cosas, no sólo dejaría de hacer lo que hace ahora, sino que haría lo contrario. Se engañan los que piensan que un odio general y profundo es el móvil de las acciones de los habitantes de estas comarcas contra los de un poco más allá: creen ellos defenderse, ahí está todo. Por eso eligen diputado de la nación al pobre casi ex-ciudadano que les ha arrebatado la honra; por eso se reúnen en sociedades a su voz y le obedecen; por eso cierran contra buen número de sus mejores compatriotas; por eso tienen en sus reglamentos artículos reservados y secretos, que ninguno de ellos puede revelarlos so pena de . . . ¿de qué?

La verdad es clara, el bien es liberal, una y otro buscan la luz: donde hay misterios, nadie puede avanzar sino con desconfiados pasos. ¿Qué horribles sacrificios se consuman en esas tenebrosas sesiones? ¿cuál es el juramento con que los iniciados se obligan al secreto? ¿qué pavorosas ceremonias se practican? En un oscuro aposento arde pálida una hacha funeraria: allí está una mesa cubierta con un paño negro, y sobre ella un crucifijo ensangrentado: un puñal relampaguea a la luz siniestra de la cera, al pie de

la amoratada imagen. Tres fantasmas lúgubres esperan en silencio: ábrese una puerta excusada, por la cual se empuja al que va a iniciarse. Los dos miembros enlutados le asen por los brazos; el otro es el presidente. Se han llegado a la plataforma: trémulo está el neófito . . . va a apurar un vaso de sangre humana, va a clavar el puñal sagrado en el pecho de la víctima, va a proferir el terrible juramento . . . ¡qué monstruosidad!

Pues no hay nada de eso: se reúnen buen número de paisanos, despotrican a su sabor, toman su copa, resuelven a quien han de disfamar de nuevo, y se van a sus casas; cenan como cuatro, y roncan como unos condenados, y nada más. Los *artículos secretos*, que ellos tienen buen cuidado de revelar, son de protegerse mutuamente a todo trance en cuanta *pilatuna* puedan hacer cualesquiera de los afiliados. Por desgracia la policía es un can de muy gastado olfato; si tuviera buenos vientos, seguiría la pista, y allí haría buena presa. Por eso somos de parecer que los hombres de bien no se expongan a esa destemplada y peligrosa atmósfera: la juventud suele ser incauta; no les tenemos a todos por del todo corrompidos; pero pueden rematarse en adelante, y no es agraviarles darles un consejo. A menos molestias, a menos disgustos, a menos peligros se exponen estando buenamente en sus casas, o en honestas reuniones; pero esa que tiene *un oculto objeto* en sus autores, no puede traer bienes a los que van a aumentar el número y dar su firma, y . . . cero; al paso que ningún mal les resulta de prescindir de concurrencias que principian por escándalos, y pueden acabar por delitos: reúnanse ustedes para estudiar, para comer, o para rezar; pero no se reúnan para injuriar a sus amigos, y para firmar calumnias que nunca vienen sin bochornos y peligros. Vamos, caballeros, ¿los que escribimos esto merecemos morir a palos? Acométannos.

En cuanto a la impresión que *ese monstruoso libelo* puede haber causado en el público, toda ella será desfavorable a su autor, pocos lo habrán leído, porque es muy difícil leer esas cosas, y no es preciso que la conciencia de uno sea muy huraña; para tener por pecado esas lecturas: yo, sacerdote, no lo absolvería sino imponiendo muy grave penitencia; mas como no soy sino un profano, pecador yo también, me contento con citar a *ese desgraciado* para ante la gran Corte de la dignidad, la ilustración y el honor; ¿pero merece comparecer ante ese tribunal? ¡Bendito Dios! ¡cuántas atroces injurias nos ha dicho! ¿quién las contesta? No seremos nosotros por cierto. Sea uno en buenahora *gran poeta;* pero si es hombre malo, y muy malo, esa calidad ¿qué importa? Si bien se mira, ni pueden concurrir en la misma persona la poesía, y el deseo del mal: algo hay puro, delicado, santo en la poesía: ella nace en el alma, hierve y se acrisola en el corazón, y tirada arriba por el pensamiento, sale por la garganta, y blanca y tierna y bella echa a volar en cadencioso movimiento, encantando verdaderamente a los que oyen sus deliciosos trinos. El cisne, símbolo de la poesía, es el ave más aseada y pulida que la madre tierra crió para su embeleso: nada pomposo y elegante, rompiendo el agua con su vasto pecho; su cabeza está elevada, como aspirando al cielo, sobre su erguido cuello, instrumento sonoro por donde salen raudales melodiosos; sus ojos brillan límpidos y miran inofensivos y simpáticos; sus encarnadas patas van estiradas hacia atrás moviéndose al diapasón de sus acentos; su cola abundante en ricas plumas le sirve de acrecentamiento de belleza: nada hay en el cisne que despierte una idea desagradable, nada que ofenda, nada que repugne: esta es la poesía.

Demos por sentado que puedan combinarse en un hombre facultades opuestas; demos que un gran poeta pueda ser hombre perverso; ¿habría tan desbaratado

juicio que prefiriese la poesía a la bondad? No hay mérito fuera de la virtud: el talento sin la mansedumbre del alma, sin la inclinación al bien, es un mal; es tener dinero en menos, es una deuda. Un hombre de escasa inteligencia, pero de buena índole, vale más que un ingenioso inicuo; y nosotros, hombres comunes, con más anhelo aspiraríamos a poseer algunas virtudes que a pasar por ingenios portentosos. Y *él*, él que es de los *católicos romanos*, debe saber que sin caridad no puede haber cristianismo; y como cristiano está obligado a pensar y creer que en el mundo puede haber una mujer honesta y un hombre de bien: ¿no es así? Conviértete, *criatura:* mira . . . mira cerca de ti . . . la Providencia, la Providencia. Nosotros, *tan pícaros, tan ruines, tan herejes, tan pobres, tan feos, tan negros*, no hemos aludido nunca, ni aludiremos probablemente a *las desgracias* de tu familia, ni siquiera a las tuyas: tú que eres tan recto, tan noble, tan cristiano, tan rico, tan hermoso, tan blanco, te empeñas en ser peor que los que nada valen; es decir que tienes poco juicio.

Poco juicio, pues mal discurres casi siempre: cierto que todo el Partido Liberal debe de ser digno de muerte, cuando el gobierno, conservador, saca un hombre de entre *ese infame partido rojo*, y le pone a mandar esta provincia, olvidando a tantos y tan beneméritos conservadores! Y malo debe de ser ese gobernador *rojo*, cuando el gobierno, conservador, le niega la renuncia, y le suplica encarecidamente permanezca en ese puesto en consideración al orden, a la moral, a la patria y todo lo demás. *Pícaro y ladrón*, inclinado a la tiranía debe de ser ese sujeto, cuando renuncia el empleo en que pudiera ejercitar su bribonería, su tiranía y su rapacería: ¿no es así? "El pueblo ambateño sufre al gobernador Montalvo, luego el pueblo ambateño es sufrido y virtuoso", has dicho. Todo el que conoce al doctor Montalvo, y lee estas mal cristianas palabras, ha prorrumpido en una im-

precación contra ti, y aun de los mismos que firmaron tu libelo. El gobernador Montalvo principió su gobernación por someter al juicio del Consejo Municipal ciertas adiciones al reglamento de policía, que tenía por objeto volver de algún modo a las buenas costumbres, y mantener el orden; cerrar los estancos de aguardiente y los cafés a tales horas de la noche, como en todas las ciudades se acostumbra; imponer penas aflictivas, como la prisión en lugar de la multa, a los que anduviesen peleando y vociferando de borrachos; perseguir la embriaguez y el juego, etc. El ilustre Consejo Municipal, compuesto de conservadores morales, virtuosos, íntegros, patrióticos, buenos, canonizables, ha mirado con el más alto desprecio esos artículos adicionales, y ha echado a pasear *al malvado o inmoral* gobernador y a los dos consejeros liberales que se atrevieron a proponerlos. *Ustedes han hecho en mi tiempo lo que han querido:* este ha sido uno de los argumentos de más significación con que el antiguo gobernador ha hecho suya, a última hora, la mayor parte de la juventud. Aquí tiene usted, amigo Martínez, asunto para una epopeya: no ha sido usted poeta hasta ahora, porque no le ha dado la gana. Y no olviden ustedes el poético y armonioso estribillo de *ladrones, malvados, bandidos, herejes, inmorales, feos, tontos, ignorantes, negros.*

¡Válgame Dios! ya principian también a zaherirnos de linaje estos caballerazos: ¿y qué, están ustedes pensando que la nobleza de Ambato es así no más? Estos condes del Verde Saúco son la pepita del oro: duques del Rejo, príncipes de Cavalcanti, que no se casan con Victoria de Inglaterra porque no les trae un dote competente. El *célebre conde* que tanto ruido hizo en Quito ahora poco . . . pues señor, primo hermano de éstos.

Y volviendo a lo de arriba; ¿no les parece a ustedes, señores Rejo, que el pueblo ambateño debe asesinar al gobernador Montalvo? Sin duda que les

parece, por ser gobernador a pesar suyo, debiéndolo ser toda la vida San Nicolás Martínez. Pues no es tarde: ¡arriba, arriba la pandilla! ¡mueran los granadinos! ¿No nos llaman ustedes *granadinos*, porque no les ayudamos *esa noche* a matar a esos pobres hombres, y no hemos aplaudido después el crimen? ¿Con que tienen ustedes por virtud el que no se mate aquí al gobernador Montalvo? Si preguntamos al pueblo, a buen seguro que no opinan porque se le mate; si les preguntamos a ustedes, le matan y no a él solamente. Pues no tienen ustedes sino que recoger firmas, y las que no las recojan, suplantarlas, y manos a la obra. ¿Es este el modo de ilustrar y hacer virtuoso a un pueblo, amigo Martínez?

Este hombre benemérito ha pasado últimamente a la Gobernación, como presidente de la "Sociedad Conservadora", una protesta por las diligencias que el gobernador Montalvo y los otros liberales están haciendo, no para vindicarse, porque no tienen de qué, sino para denunciar al público el *abuso de confianza* (nos contentaremos con esta expresión, aunque no es la propia), de los *febreristas*, y no de los *conservadores*, pues este nombre puede comprender gente digna de aprecio, en esta como en las otras repúblicas: *abuso de confianza* en haber estampado al pie del registro de calumnias y atroces injurias con que han ofendido a la moral, los nombres de muchos ciudadanos que no han prestado su firma, ni han tenido noticia de que tal delito iba a cometerse por cuenta de ellos: otros han firmado sin saber para qué: otros no saben firmar, y han firmado; y la mayor parte de esos sonoros apellidos son de infelices artesanos y de criados de las casas. La "Sociedad Conservadora" *protesta:* aquí tienen ustedes, un empleo honorífico es una situación desfavorable para el que lo tiene; y cabalmente lo que debe infundir respeto, anima al desacato y la desvergüenza de los ruínes: a uno que es gobernador se le puede tirar a matar, y

como es gobernador, no puede hacer diligencia ninguna para defenderse. Eso de dirigir *misivas* particulares a cada uno de los *firmantes* era cosa muy larga, doctor Martínez: ¡misivas a ochenta o cien personas! Pero no ha sido esta la razón de haber desdeñado ese medio, sino la de que Ud. las hubiera contestado casi todas, a su modo; ¿se entera usted? Los que indignados se han presentado *motu propio* en casa del gobernador a desmentir su firma con su firma, no necesitaban misivas: otros no han opuesto resistencia ninguna, y todos han declarado buenamente que no firmaron el papel, o que dieron su firma sin saber para qué, y todo lo demás que se verá al fin de este escrito. Si llegare el caso, las declaraciones serán judiciales, y los sujetos que ya las han hecho, habrán de reconocer sus firmas, declarando juratoriamente si se empleó con ellos seducción ni coacción de alguna clase. El que ha querido ha prestado su firma; el que no ha querido no la ha prestado. Sabemos que Martínez procura arrancar otra *contrafirma;* ¿habrá desgraciados tan beocios y mezquinos que todavía la presten? pero esos serán ya más que tontos, serán infames, y al fin vendrán a ser demandados por perjuros.

Añade Martínez en su nota, que el gobernador no se ha dirigido sino a sujetos sin representación ninguna, y no a los *caracterizados;* y que a un pobre diablo le basta la presencia del que manda para hacerle decir y firmar cualquier especie. Dos agravios a cual más acerbo a sus amigos y consocios: primero, pensar y decir que son tan viles y apocados, que una palabra, una mirada bastan para hacerles decir y escribir falso. Pues si de éstos se compone la "Sociedad Conservadora", maldita su importancia.

Segundo: pensar y afirmar que todas las personas que por conciencia han desmentido ese *libelo*, pertenecen a la plebe y son gentes sin importancia, sin valor ni significación chica ni grande. Nosotros pen-

sábamos que, aun cuando fuesen nuestros enemigos, que no todos lo son por cierto, los Suárez, Baronas, Navarrete, Vacas, Sánchez, Zuritas, Molina, Chacón, Montero, Sevilla, Lalamas, Hervas, etc., eran personas principales de la ciudad, o *caracterizadas* por sus empleos y su posición social; pero el czar Martínez por *úkase* imperial les quita lo *caracterizado* y les echa a la rabija, porque firmaron lo que él quería no firmasen. Que firmen la sentencia de muerte contra los *rojos*, entonces sí serán caracterizados y caballeros otra vez. Esta es la conciencia, esto es el talento del amigo Martínez, que tanto alaba en junta del suyo el pobre Mera. ¡Ah . . . ah . . .! que no nos saquen de quicio.

Un crimen personal, un escándalo circunscripto a cierto número de personas, si bien no deja de ser una desgracia para el lugar donde sucede, no es tan grande y lastimoso como cuando la reprobación de las naciones recae sobre todo un pueblo. Aquí, tras el delito hay que llorar la injusticia; ¿pues cuántos hombres y familias honestas y de bien no hay todavía en *esta cueva de bandidos?* Los que siguen la bandera del *reo* son muchos, es verdad; pero los que se acojen a la de la justicia y el honor, no son en corto número; y éstos son insultados, calumniados, amenazados, perseguidos por los *martinizlas*, y con todo no dejan de ser *inhospitalarios* y *feroces* para los demás pueblos: ¿hay situación más desgraciada?

Hospitalidad, santa virtud, en tu seno se abrigan otras mil virtudes: el pueblo hospitalario es generoso; el pueblo hospitalario es compasivo; el pueblo hospitalario es liberal. La hospitalidad no es hija de la civilización, pero vale más que ella; es antes una bárbara inocente, hija de los bosques y diosa de las tribus: antigua y siempre nueva, anciana y siempre joven: nació en la tienda de los patriarcas, y tuvo altares; Rebeca fué su sacerdotisa, sus ritos estaban en el cántaro y el agua de la fuente: pasó a los desier-

ton de Arabia, se alberga junto con el beduíno en sus salvajes ranchos, y cuando la tribu emigra, va ella junto con los santos penates; no se sabe por donde, pero ha venido al Nuevo Mundo; el nombre de *extranjero* es sagrado en los aduares que viven ignorados en la frondosidad de las americanas selvas. La hospitalidad es el instinto del hombre, es el lazo que liga al género humano: sin ella no habría comunicación entre las naciones, y separadas por el odio, el egoísmo y la crueldad, ninguna hubiera salido del estado de barbarie. Artes, ciencias, comodidades para la vida, nada hubiera si los pueblos desconocieran la hospitalidad; esta es la ley primera del gran código del alma, el código moral que no se imprime, pero que está en gruesos caracteres a la vista de los hombres que creen en Dios y en el mundo. Y nosotros, nosotros ¿no seremos hospitalarios? Sí lo seremos, sí lo hemos sido, sí lo somos. Criminales, desgraciados, hay en todas las partes de la tierra: condénese a estos en buena hora; pero no se olviden las recomendaciones de esta pequeña ciudad, cuyo nombre ha llegado a sonar muy lejos con ocasión infausta. Sabios jurisconsultos al foro, grandes sacerdotes a la iglesia, generales al ejército, presidentes a la república, todo ha dado *este puñado de bárbaros*, cuyas obras se hallan en los museos de Londres, capital de la nación más hábil de Europa, porque los príncipes se tienen por indignos de llevarlos en su cuerpo (1). Y este aire suave y dulce, digno de ser respirado en el Paraíso; y este cielo límpido y sereno, donde el sol se cantonea como en su palacio predilecto, donde el iris se extiende majestuoso y echa del horizonte abajo su parábola infinita; donde las nubes semejan las montañas de los Andes, y el Chimborazo convertido en oro se entremete en las constelaciones: y

(1) Las botas obsequiadas por el Libertador Simón Bolívar a Jorge III, de Inglaterra, no las usaba este príncipe sino en los días de más lujo.

estos frondosos huertos, donde las frutas de la zona tórrida maduran en el temperamento más inofensivo al hombre; de donde se levantan y se esparcen por el país en torno raudales de salutíferas esencias, puesto que para percibirlas déis un paso de la población afuera: y estas aguas cristalinas y murmurantes; y esta fecunda tierra, y estos dones y gracias de la Naturaleza ¿no merecerán algún descuento de las locuras de los hombres?

Reina por ahora en ellos una enfermedad, pero no incurable: están con fiebre, su alma tiembla nerviosa e irritada: la razón, el consejo, el tiempo les volverá a su ser, y la Naturaleza en su amable donosura, no tendrá que quejarse de su principal adorno, que es el hombre. ¿No acaba el cólera asiático de desolar gran parte de Europa? ¿no anda la fiebre amarilla destrozando nuestras costas? Pues en este rincón de la tierra se ha desarrollado una pestecilla en el alma: va a disiparse, se acaba, pasa: el remedio no es el látigo: cordura, lástima, y cuando el enfermo dé buenas señales, dulzura es lo que corresponde; de otro modo el médico pasa por ignorante y duro. Con el crimen, ni tolerancia ni indulgencia, porque con él no transigen ni la virtud ni la sabiduría.

Los originales de las copias que siguen podrán verse en la escribanía del señor Rivadeneira.

## COPIAS

Ambato, julio 8 de 1868.—Señores de la Sociedad Conservadora.

Sírvanse UU. decirme a continuacion si han tenido conocimiento del borrador u orijinal mandado a la prensa de Quito i que se ha publicado a nombre de la Sociedad Conservadora de Ambato, con el título de "Al autor o autores de "La faccion marcelina en Ambato," o si han autorizado que se haga esta publicacion en los términos en que está. Espero que como hombres de honor contesten categóricamente a estas preguntas.

Soy atento servidor de UU.—*Francisco J. Montalvo.*

———

Ambato, julio 8 de 1868.—Señor Doctor Francisco J. Montalvo.

Como no he concurrido a la Sociedad sino en los dias de las elecciones, ningún conocimiento he tenido del escrito a que se refiere la misiva de U.—Soy de U. atento servidor.—Modesto Chacon.

Contestamos en los mismos términos que el anterior.—Camilo Villacreses.—Rafael Romero.

En contestacion debemos decir a U. que no hemos tenido conocimiento alguno del borrador u orijinal a que alude su estimable, ni ménos hemos autorizado su publicacion en los términos en que aparece.—Somos de U. afectísimos atentos S. S.—Joaquin Luna—Manuel Goméz Rojerio Suárez—Juan Alban—José M. Miranda—Bernabé Viteri—Juan Vaca—José E. Navarrete—Ignacio Andrade—Adriano Abril—Calisto Bayas—Manuel Mesa—Manuel Lara—Juan Zurita Bravo—Adolfo Villavicencio—Manuel Villavicencio—Miguel Barona—Manuel F. Moscoso (menor)—Abel Sánchez—Mario Marcelino Cuadrado—Espiridion Cabrera—José Montero—Gabriel Sevilla—Calisto Cruz.

En contestacion digo que no he asistido a la reunion, ménos he tenido conocimiento de la contestacion a que alude.—Tomas Lalama.

En iguales términos.—Angel Recalde—Juan Molina—José Armendaris—Modesto Egüez—Antonio Chacon—Juan José Hervas—José María Miranda—Dionisio Ruiz.

No he asistido al acuerdo de la contestacion del escrito.—Manuel María Morales.

No he firmado en el acta que aparece, ni menos he tenido conocimiento del escrito a que se refiere U.—Joaquín Villavicencio.

En iguales términos.—Joaquín Sánchez Sarrao.

Como no pertenezco siquiera a la Sociedad, no he podido ni saber nada del escrito a que se refiere U., ni he puesto mi firma en el acta que se ha publicado.—Francisco Andrade.

En los mismos términos.—Joaquin Lalama.

No he tenido conocimiento ni he sabido nada del escrito a que U. se refiere, i a la Sociedad no he concurrido una vez ni he firmado en el acta que se ha publicado.—Manuel Garces.

Los Señores Juan Molineros, Amador Suárez i Miguel Sevilla, dicen lo siguiente:—En contestacion a la anterior diremos a U. que, aun cuando la Sociedad resolvió se diera contestacion al papel a que alude U., no ha llegado a nuestro conocimiento el borrador que se habrá preparado para la prensa. Tampoco opinó la Sociedad se dirija a ninguna persona, porque no sabía quién era el autor o autores del indicado papel.—De U. afectísimos S. S.—Juan Molineros—Amador Suárez—Miguel Sevilla.

Los mismos Señores, al tercer día de dada la anterior contestacion, pasaron la siguiente:—Los infrascritos faltarian a la verdad i al honor si dejaran desapercibida la circunstancia de que la Sociedad Conservadora, despues de haberse informado del papel titulado "La fraccion Marcelina en Ambato," en el que se hace una pintura muy distante de la verdad,

de las personas i de los sucesos, opinó se nombre, como en efecto nombró, una comision para que conteste enérgicamente ese libelo: i como la premura del tiempo no dejaba campo para convocar a otra sesion en que debia la Sociedad informarse de dicha contestación, nombró otra comision para su examen, con cuyo requisito se conformó i autorizó para su publicidad. El primero de los que suscribe fué nombrado para la segunda comision, pero no le presentaron el borrador.—Si de nuestras contestaciones anteriores quisiese hacer uso por la prensa, se servirá hacer igualmente de esta.—Somos de U. S. S.—Juan Molineros—Amador Suárez—Miguel Sevilla.

En vista de esta carta se pidió a dos de los que la suscriben i a otras personas una declaración judicial de que luego se hará uso i en la que aparece abiertamente contradictorio el uno. Los manejos clandestinos para desautorizar las declaraciones que se han copiado, afirman el contenido de ellas en cuanto al hecho de que Leon Mera abusó de la confianza que algunos de los socios reunidos le hicieron, para que redactara la contestacion que ha motivado este escrito.

QUITO, JULIO 22 DE 1868

IMPRENTA NACIONAL, POR MARIANO MOSQUERA

III

# EL BUHO DE AMBATO

NUM. 1

Esta ave siniestra sigue persiguiéndonos con sus desentonados lamentos: hay de lobo y de asno en este buho: su hambre, su ferocidad, sus aullidos son de lobo; el no haber inventado la pólvora, y lo demás, es del otro; y por derecho legítimo, es decir, de buho, tiene la cara y la *melodía*. Si el público ha tenido valor para leer el nuevo *testamento* con que ha salido, admirará nuestra moderación en el modo como principiamos: para ese *melodioso* gallo de los marcelinos de Ambato nada hay respetable: ni en hombres, ni en mujeres puede pasar nadie; todos son *ladrones, borrachos, inmorales, bandidos;* y todos . . . lo que no se puede nombrar. *El primer juez recto* que tengamos le ha de condenar a la horca el día de la justicia; y si hubiese un comisario de policía que supiese su deber, le haría botar de las calles, y aun de la población, como cosa contraria a la salubridad pública. Y no devora solamente a la gente honrada de su pueblo ese animal; sus víctimas son todos los liberales, a quienes ha dado en llamar *negros*. Superfina debe de ser la *aristocracia* de Ambato, y a ella debe pertenecer nuestro *buho*: él no es negro, sino entre amarillo y verde, color de velorio, de náuseas, de temblor; una cosa indefinible: ¿de ese color es la aristocracia de Ambato? El *buho* no

es negro; pero al verle cree *uno* que va emplastado y que ha pasado la noche en manos de su belermo. ¿Con que éste habla de nobleza y de caballerías? Raro Don Quijote sin el valor, ni la honradez ni la cortesía de Alonso Quijada. Sí, señor, sí hemos oído que por esa buena tierra de peras la *aristocracia* manda de soldados o da de bofetones a los que le hacen el favor de pedir legal y santamente la mano de sus hijas, y a otros les tira a asesinar, como a Rosero: ¿los lores de Londres hacían esto? No sabemos qué sangre de perros correrá por las venas del *buho* de Ambato; mas sí sabemos que su presencia es de un feo y despreciable *cholaso*, que no puede llamar negro ni al diablo; y verle el alma; eso sí que es negro. Cuatro años hace que vive con tercianas: el bazo se le ha hinchado horriblemente, las glándulas se le han inflado: ¿tenemos nosotros la culpa de estos desórdenes para que nos insulte tanto? Mientras no deje de comer crudo, no se ha de sanar. Cuando don Jerónimo le mandó de correo de gabinete a Bodegas, se pegó allí tal hartada de bollos y mameyes, que al mismo Judas se le hubiera llevado el demonio; el *nobilísimo poeta* no pasó de tercianas, y vive para castigo del género humano; digo, si hubiera quien haga caso de las demencias de ese cotudo. Caballero . . . ¿y él mismo no nos tiene hastiados de contarnos su origen en cada correo, diciendo que no conoce a su padre, y que su abuela es tal, y que su tío hizo con él esto y el otro, y qué sé yo? pues si su nacimiento es tan triste, no *negree* a la parte blanca. Pero el *buho* se cría sin duda para León; aunque más pensamos que no pasará de rucio.

Ni se detiene ese majadero en insultar a los demás, sino que se ha de llenar él mismo de alabanzas: *sublime poeta cuya melodía tiene encantada, no solamente a la América, sino también a la Europa, y al Asia, y al Africa, y al Tambillo.* De un inocente como ese que se ha criado con *anaco* hasta los 39

años ¿qué se podía esperar? A los 39 todavía le criaban, y no se puso pantalón sino el día de casarse. Por eso nos llama *negros* en sus melodiosos disparates: la melodía de su cara y de su traza es la que nos tiené encantados a los que tenemos la dicha de conocerle; y cuando le veíamos por la plaza con sus zapatos de pana y su calzón barberil en media canilla, a la última moda, metido en esa funda despelada que él llama levita, con esa calabaza en la testa, nos sentíamos verdaderamente encantados de gusto: fíjense ustedes en esa cara de ave marítima, y poco a poco les gana la risa. Era un precioso adorno de la capital: lástima que se nos haya ido tan pronto este bicho que sólo en el haberse criado con *anacu* hasta los 30 no se parece a Chateaubriand; por lo demás en todo le pasa. De suerte que bien podíamos ponernos a sacar cría de ese pajarraco, para tener multiplicación de *grandes poetas* que traigan encantadas a las cinco partes de la tierra, como un famoso encantador. En Pasto, Popayán, Bogotá, Santiago y otras partes, le han llamado simplemente "poetastro y ruín coplero"; y es así; pero digan lo que quieran los envidiosos de su *nombre europeo*, él tiene encantada a la Europa: ¿cuándo la desencantará? Cuando se desencante él mismo, es decir cuando se despierte de este torpe sueño que le hace roncar, bramar y manotear como un poseído. Bienaventurados los tontos, porque ellos viven satisfechos. Pero si también son sordos, no son ya tan felices, porque les sucede lo que al *buho*. Tenía éste una yegua y una cría de puercos, que eran las delicias de su vida. Viene a Quito a posesionarse de su empleo, y lo primero que encuentra es un antiguo compadre. ¡Compadre!—le dice éste—¿cómo está la comadre? El *buho* que nada oye, pero que nunca deja de contestar, responde con mucho desparpajo: "Ya la cambié por lerda". ¿Y los hijitos? "A todos los capé, fuera de uno para venir a Quito".

Como chocheaba en sus animales pensó que le

averiguaban por la yegua y los puerquecitos. Vea el *buho* de Ambato lo que tiene ser tonto y sordo al mismo tiempo: y vea también lo que tiene el tratar con tanta injusticia y descomedimiento a los *rojinegros*.

¡Ah, zahumeriante, estás picado con nosotros, porque no te dimos *jocha* cuando te casaste! Y ese *cabresto* de tu tío que anda hecho el toro, corneando ridículamente a cuantos encuentra, puede ser que salga corneado; pero a lo menos del braguero no se escapa.

¡Buho, buho, buho de Ambato! pesado como un galápago, feo como un chihuahua, malo como un duende, adiós.

Quito, julio 22 de 1868

Oficina tipográfica de F. Bermeo, por J. Mora

IV

## BAILAR SOBRE LAS RUINAS

¡QUÉ ha de ser mentira, amigos míos! . . . Hemos bailado sobre las ruinas de Imbabura. Treinta o cuarenta mil gusanillos menos en esta gran caverna que llamamos tierra, no es cosa de consideración: ¿no somos por todos novecientos millones de hombres? Pues treinta o cuarenta mil sepultados, son como veinte pesos perdidos para un millonario. Por otra parte, ese contratiempo ha sucedido a dos días de camino, nuestras casas continúan de pie, nuestros trapiches siguen moliendo, nuestros pleitos están en buen estado; que comer, no nos falta; que beber, tampoco, nuestras mujeres nos quieren bien; nuestros hijos se crían para condes; ¿qué más necesitamos?

No es así, doctor Martínez: el género humano es una cadena, cada hombre es uno de sus eslabones: si de un fracaso se rompe y pierde algunas brazas, se desconcierta el movimiento con que oscila esta gran máquina suspendida en medio del universo. ¿Sabe usted como se llama aquel afecto que mueve el corazón de algunos hombres mal constituídos, según el cual las desgracias de sus semejantes no tienen ningún tomo, supuesto que su prosperidad siga adelante? Se llama *egoísmo*. El egoísmo no es un individuo, no es una pasión solitaria; es sí una cosa compleja, un resumen de muchas pasiones: codicia, envidia, mezquindad, envueltas en una espesa capa de odio

al prójimo, esto es egoísmo: amor propio, vanagloria, *injusto y necio menosprecio por los demás, esto es* egoísmo: dureza de corazón, pesadez de alma, turbiedad de entendimiento, esto es egoísmo. El hombre egoísta no tiene en su pecho esa fuente cristalina que provee de lágrimas a los ojos; y ojos que no conocen lágrimas, son ojos sin vista: no ven las de los desgraciados; no ven las de la viuda, no ven las del huérfano, no ven las del preso, nada ven, ciegos del alma, sordos corazones. Sube un hombre al patíbulo, sin crimen ni sentencia: los ciegos del alma no ven esa cabeza fracasada, esos sesos chorreando por la frente, esa sangre medio fría, a la cual acuden las moscas de la plaza, cuajada en las mejillas de la víctima. Va desterrado un hombre al desierto donde rugen las fieras: los ciegos del alma no ven la palidez de esa joven vestida de negro, que enjuga el llanto de dos niñas que tiene en las rodillas; no ven el dolor de esa pobre anciana que en un rincón oscuro se deja estar abatida; no ven el hambre y la desnudez de los que quedan sin recurso, y en su ignorancia del corazón, no saben que esa joven, esas niñas, esa anciana, son la esposa, las hijas y la madre del proscrito. Tiembla la tierra, sacúdese furiosa, se abre en abismos, se traga hombres y animales; ciudades enteras desaparecen en las oscuras y vastas entrañas del globo descompuesto: los ciegos del alma no ven sino si alguna teja se movió en su techumbre, si esa noche ha habido daño en sus haciendas, si hoy no habrá un pleitecillo que tomar a cargo, y un capón a buena cuenta. Ciegos del alma, sordos del corazón, el día llegará en que se os abran esos ojos, se os sondeen esos oídos, para que veáis la cara del gran juez, para que oigáis su juicio y su sentencia: y veréis cómo ese rostro brilla, y oiréis como esa palabra suena, y viendo y oyendo aquellas terribles cosas, os arrepentiréis de no haber sido buenos.

Habéis bailado sobre las ruinas de Imbabura, es

evidente; ¿y por qué no sería cierto este desmán impío, cuando os hemos visto bailar y gritar en otras ocasiones no menos lastimosas? Ese *embrollo* de fechas, nada puede contra la verdad: en esa argumentación del pobre Martínez para probar que el gobernador Montalvo ha disfrazado la verdad, se ve, se toca al tinterillo, para quien nada es la verdad misma en su esencia, puesto que halle por ahí una equivocación en la forma, un yerro de pluma, un nada que *destruya* la sustancia de la cosa. El terremoto de Imbabura acaeció el 16 de agosto por la noche: el oficio o la excitación del gobernador de Tungurahua dice o da a entender que el 16 supimos por acá el desastre. Para el hombre de verdad, para el hombre sencillo y de conciencia, la equivocación salta a la vista: no pudo saberse en ninguna parte, y menos a cuarenta leguas de distancia, un acontecimiento el mismo día que había sucedido, y lo que es más, antes que suceda, pues aquella desgracia se verificó a la una de la mañana de la fecha que sirve de *cuerpo del delito*. Para el leguleyo, eso le basta: se dijo el *diez y seis*, el diez y seis no pudo ser, luego el que tal dijo mintió; luego el *señor Montalvo es un hipócrita;* luego el ministro es un tal; luego se calumnia al *inocente* y dulce Martínez, ese pastor de Fílida; luego se disfama al *pueblo ambateño;* luego se desconocen las virtudes de ese noble ciudadano; luego le persiguen sus enemigos gratuítos; luego todos son unos bribones fuera de él y los que le ponen arcos; luego con razón se murieron *esos pícaros que nos remedaban tanto;* luego cuando *mi ilustre amigo* agarre de nuevo el cuchillo, nos lo dirán; luego . . . luego el diablo y todo lo demás. Vaya ese estupendo Papiniano a la Gobernación, vea el libro copiador donde no hay tal *diez y seis;* dé un salto a la capital (si tiene valor . . .) revuelva el archivo, invada en seguida la imprenta del gobierno, y si le halla por ahí a ese pícaro *diez y seis*, azótelo, muérdalo, cómalo, y buen provecho.

Fuera del impresor, no hay otro delincuente. ¡Qué sabiduría, qué lógica, qué perspicacia la de un hombre que se agarra de un guarismo, se engolfa en él, se muere de gusto, y se pone a gritar e insultar a todos desde el gobierno para abajo, porque un impreso salió con la cita de una fecha y no de otra! ¡Lástima que nuestro buen amigo Martínez no hubiese nacido en la antigua Grecia, para que se diga *los ocho*, y no los siete sabios!

*Diez y seis* o diez y nueve, el hecho es que usted entró, amigo Martínez, con menos decoro del que caracteriza al hombre digno y de valer, con menos modestia de la que corresponde a tan triste situación como la suya, con menos decencia de la que cumple al majestuoso ciudadano, con menos sinceridad de la que pide la elevación del alma, con menos prudencia de la que exigen sus cosas, con menos humildad de la que conviene a un procesado, con menos caridad, con menos piedad, con menos cristiandad de la que viniera al caso en coyuntura tan desastrosa para la nación, cual es la de haber sufrido una horrenda sacudida de la tierra, perdiendo en un instante ciudades, provincias enteras, y millares de nuestros semejantes. Déjese de vanas sutilezas y quisquillas escolásticas: usted supo, como supimos todos, las desgracias de Imbabura, la noche que bailaba en su casa a toda música, festejando su *triunfo* de Riobamba. El joven Abel Barona llegó esa noche con la infausta nueva, la cual se propagó en la ciudad como por medio de un aparato eléctrico: y con decir Barona, dicho se está que no es un enemigo suyo, y que usted y su familia no fueron los últimos en aprovecharse de esas noticias. Porfiará usted que no las recibió a tiempo, y tendrá cien testigos que lo den firmado y juren que usted ni ellos nada habían sabido *esa noche* ni un mes después: todo esto no vale nada, y para nuestra indignación, basta con que aquella terrible nueva hubiese sido pública, sin que

sea obligación nuestra probar que usted recibió cartas, y notas, y gacetas que hablasen de la ruina de Imbabura. Hubo quien al oírla exclamó:

¡¿Y Martínez sigue bebiendo? Sigue, respondieron. Pero le damos por un instante que hubiese ignorado la catástrofe de esa provincia; no sucedía así con la de Quito: ¿dirá usted que no supo lo de Quito? ¿qué no lo supieron sus amigos? Lo ha de decir, lo ha de afirmar, lo ha de jurar: ¿son cosas nuevas en usted? Maestro es en estas *diplomacias*. Y que los términos en que llegó la noticia del desastre de la capital fueron de mucho bulto, cosa es por todos muy sabida: ¡Se destruyó Quito! era la salutación con que aquí nos abocábamos, la voz trémula, llenos de lágrimas los ojos. *Se destruyó Quito*, y había uno que venía de por ahí en medio de una manga de gente, cuya situación no era del todo envidiable; seguido de violines chillones, panderos, bocinas, *churos*, cornabacetas y tambores, gritando, *vitoreando*, como confiesa el héroe del priostazgo, y no muy derechos en sus rocinantes varios de ellos . . . ¿Y esta remolineada con qué fundamento? Bien veo que no lo entiendes: ¿será escaso motivo de placer el que un distinguido ciudadano, idolatrado en un pueblo, inicuamente perseguido, vuelva triunfante, pura la frente, sosegada la conciencia, majestuoso el porte después de haber confundido a sus enemigos, habiendo sido *absuelto* en un gran tribunal de la República?

· Dios me ha ayudado, he salido bien, decía el pobre doctor Martínez con glorioso semblante, a los que iban llegando. La Corte anula el veredicto absolutorio del jurado, y manda se le siga la causa acumulando los procesos: Dios le ha ayudado. Si es así, hizo bien de preparar su encuentro, y hace mal en no seguir bailando.

La buena fe tenía estatuas en los templos de Roma, cuando las virtudes eran divinidades y merecían la veneración de los hombres, aun no ganados por

esa negra diosa que se llama Perfidia. La buena fe es la verdad; la buena fe es la sinceridad: buena fe con los pueblos, buena fe con las personas: engañar a un individuo es una fea acción, acción de Satanás: Satanás engañó a nuestra madre común, y en una dulce fruta la hizo devorar la felicidad del género humano que palpitaba en sus entrañas. Engañar a todo un pueblo, es engañar mil veces, y en mil *engaños, puede cometerse muchos y graves delitos.* Pues si engañamos al sacerdote, podemos inspirarle falsas ideas y hacerle errar en sus pláticas al pueblo; si engañamos al viejo padre de familia, va a su casa con nuevas sin fundamento, y su mujer le cree, y sus hijos se atienen a lo que le oyen, y la falsedad se propaga, y corre como indudable cosa; si engañamos al maestro, habla éste a sus discípulos en los términos en que él mismo oyó tal relación, y funda en malos cimientos sus consejos. Engañar a una persona, es malo; engañar a un pueblo todo, es criminal: el que tal hace, responderá, o más bien no responderá a mil cargos que se le han de hacer, allá al cabo de los siglos, cuando el tiempo se concluya y principie la eternidad del hombre. Si engañar con provecho es reprobado, engañar sin objeto ¿qué será? Hoy se nos persuade de una cosa; mañana descubri*mos y sabemos que no era verdad:* el fruto de esta industria es la vergüenza: para los que la han perdido, será liviana cosa; para los que pertenecen a su escuela, es grande cosa. En la escuela de la vergüenza se educa el pudor, en ella se forma la honestidad; allí aprende, se desenvuelve, crece, y sale laureado el honor, o más bien digamos la honra. La vergüenza es una sabiduría, la vergüenza es un patrimonio, la vergüenza es el talento del corazón: la vergüenza es un gran bien, es un don precioso, don de pudicia, don de honradez, don de verdad, don de dignidad: una de las relaciones que nos ligan a los ángeles es la vergüenza. ¿No se figuran ustedes que

el rubor, el encarnado ligero sube al rostro de una bienaventurada criatura, cuando conviene que se muestre más hermosa y angelical? La vergüenza que se opone a las maldades y los vicios es este rubor celestial de que hablo: bien sé que las criaturas divinas, por su naturaleza misma, están exentas del mal; pero si fueran capaces de pecado, por vergüenza no lo cometieran. La vergüenza es la sangre de la virtud: la que sube a las mejillas de la casta virgen, del honesto y puro adolescente nacido en el bien, es virtud; esa sangre, esa vergüenza son virtudes: ¡dichoso aquel cuyas mejillas se tiñen de encarnado! una cara ruborizada algo tiene de la pureza de la aurora. Desgraciado del semblante pálido, cuyas arterias obstruídas no dan paso a la sangre, cuya sangre tira siempre para abajo, y no sube ligera, como una vedija de nubes matutinas impregnada de la luz del sol que aun no parece. Si un hombre es capaz de vergüenza, dale la mano sin recelo; si la ha perdido, huye de él como del vicio.

Los que perdieron la vergüenza, engañan hoy, son desmentidos mañana, y salen con impasible rostro, mirando insolentes a los que les contemplan admirados: no son ellos los felices; pues cuando no hay hombre de bien, ni amigo de verdad que no exclame al ver una de esas personas: ¡qué hombre éste! no podemos decir que esa impasibilidad de la conciencia encallecida promete gloria eterna ni mundana. Los *malvados* discurrimos de este modo; y discurrimos así, porque así pensamos y sentimos ¿*Hipócritas* nos llaman? hablar la verdad, sentir el bien, acatar la virtud, aunque no practicarla siempre en razón de nuestra flaqueza, ¿son dones de la hipocresía? ¿Quién nos llama *hipócritas*? *¿quién?* ¡Ah, ya te conozco! . . . ven, sácate el sombrero, oye: ¿quién es hipócrita? los que predican el bien y no practican el mal? ¿los que extienden una mano cristiana a los *malos arrepentidos*, creyendo que de veras lo estaban? ¿los que

no hacen lo contrario de lo que dicen, ni dicen lo contrario de lo que hacen? ¿éstos son los hipócritas? La hipocresía consiste en tener ojos y labios contrarios al corazón; y este vicio, a ti se te ha imputado siempre, a ti que ahora nos insultas. Habla amigo, habla, que la lengua suele ser el arma del *sexo débil;* pero no olvides que por la boca se pierden los incautos.

Aquí te tengo, escritorcillo, exclamará nuestro ilustre contrincante: si era pecado en mí el entrar con *churos* y bocinas, como dices, después del terremoto, fué virtud en el *otro* irse a paseo el mismo día a las vegas del Patate. Flojillo le saldría el argumento, amigo: usted vino en procesión, procesión de viernes santo, alumbrado por mucha gente reclutada a pie, y pocos señores a caballo; el otro se fué sin más comitiva que su secretario y amigo; usted vino con su música de toros, el otro se fué con el silencio de la melancolía; usted vino con la garganta húmeda . . . porque se festejaba y hacía su gusto, el otro se iba en ayunas por esos arenales de Pelileo; usted verificaba una fiesta preparada por sus parientes, por no decir por usted mismo, el otro iba a cumplir un deber a secas. *¿Paseo,* no? ¿quién se lo dijo? Malicioso es el señor de las *entradas.* Fué visita oficial, anunciada de antemano, que no podía diferirse, por cuanto las autoridades del cantón estaban prevenidas; ni había por qué se diferiese, pues con el corazón angustiado, bien se podía cumplir la obligación: lo malo era beber, gritar, levantar una horrible polvareda y entrar a la plaza como entrada de *danzantes.* ¿Está usted, señor Martínez? El que el gobernador hubiese acudido a saludar a un amigo que estaba a cuatro pasos del puente de Patate, cuya inspección había sido uno de los objetos de su viajecillo, en nada le perjudica. *Hipócritas, calumniantes, envidiosos, bribones:* gracias, amigo Martínez: el ciudadano de ingenio y de corazón, la refinada cultura, el tacto del hombre de mundo, la suave cortesía que cautiva a

los lectores, todo reina en sus instructivos y suculentos *escritos*. Por eso es usted superior en todo; por eso es su nombre tan respetado en la República: por eso cuando se vaya al Perú o a Colombia le han de recibir con arcos de verdes ramos y de flores: por eso en la capital, en Guayaquil, en Cuenca le tejen coronas. Amigo, salga usted un paso de su feudo, y verá como llueven piedras sobre usted, sin que basten rodela, celada, lanzón ni yelmo de Mambrino para defenderle. Aquí anda usted garbosísimo, y sin dejar pasar semana de regalarnos con un libelo: haga usted lo que quiera; pero día llegará en que se arrepienta de no haber sido menos perjudicial a este pueblo, y menos denigrador de los que no han hecho sino perdonarle. Se acuerda de esos papeles de ahora poco, donde escudados con cien firmas de gente infeliz nos llamaron ustedes *ladrones, asesinos, herejes, negros*, etc.? A esos papeles contestamos con "El Masonismo negro", opusculillo con el cual se abrazaban los viejos amorosamente exclamando: ¡Para mis nietos! Escriban ustedes esas cosas aunque sea de mala fe, si tan saludables efectos producen, hasta en *sus amigos*. Yo le pondría una guirnalda de laurel al *pícaro* que predicase y propagase la moral en términos insinuantes y persuasivos: picardía en verdad digna de aplauso.

Singular encono debe ser el del que no acierta a moderar la pluma! Moderación es una matrona respetable, que vestida de reina, pasa majestuosa, causando un simpático murmullo en los que la contemplan. La moderación es la esencia de las virtudes, sin ella nada hay bueno: la penitencia exagerada viene a ser descarrío, privación del tacto religioso, uno como suicidio: el estudio llevado al extremo obra contra la inteligencia, cuando no trae la muerte prematura; la sabiduría también tiene sus límites, y Dios le ha dicho, como al mar, "de aquí no pasarás": el amor hervido de más, se convierte

en fuego sutil que incendia el alma, devora el cuerpo; es un bello demonio que hace horribles travesuras en el pecho del que le abriga: para ser pasión saludable, no ha de rebosar, porque la rebosadura se derrama como veneno y engangrena las entrañas: el amor desmedido viene a ser locura. La liberalidad, este noble instinto de los nobles corazones, cuando pasa de cierto término, deja de ser virtud, y se convierte en vicio: la liberalidad imprudente es prodigalidad: el hijo pródigo es la eterna fábula del mundo. La moderación es pues un gran moderador, un contrapeso necesario para el equilibrio universal, una balanza que mantiene al hombre en el justo medio, y le impide rodar a uno u otro abismo. Sí, pues la moderación es necesaria en las virtudes, ¿qué no deberá de ser en los defectos, en los vicios? Si sientes cólera, repórtate; con la serenidad verás las cosas de otro modo. Si te empuja la venganza, opón resistencia; triunfar de esa enemiga, es triunfar del infierno. Puede uno satisfacerse de un agravio, puede castigar una injuria: para esto el valor y la hidalguía tienen fórmulas y reglas: la venganza es pasión de mal formados corazones, de hombres no instruídos por la sabiduría, no pulidos por la educación, no desvastados y purificados por la virtud. Pero aun en la venganza no es imposible la nobleza: la rusticidad es la que todo lo pervierte. Perdono a mis enemigos la injusticia, el aborrecimiento, la maledicencia, todo les perdono; pero la rusticidad no les perdono.

Abogados . . . ¡ah, cuando éstos no son buenos, son horribles! Los reyes católicos prohibieron a los abogados pasar a Indias, por cuanto son gente enredadora y enemiga de verdad, nada útil para niños e inocentes pueblos. Los sabios, los santos, los literatos, los artistas, los hábiles artesanos se abstuvieron de venir al Nuevo Mundo, que se cuajó de leguleyos, a pesar de la real prohibición. La supe-

rioridad del abogado consiste, no tanto en lo nutrido de la cabeza, cuanto en lo terso de la conciencia: abogado que está bien con Dios y con el alma, es un héroe. Nuestro buen amigo Martínez no es de éstos, es de los otros: todo lo trastrueca, todo lo escatima, todo lo pervierte. Se ha dicho que en su entrada imperial se oyeron voces hasta sediciosas; y luego dice él que el virtuoso pueblo ambateño no injurió a nadie, no hizo mal ninguno, no levantó la vista, y se fué con él a su casa, santos y buenos y arrepentidos todos como unos penitentes. Lo *sedicioso* del motín consistió, resuélvase a entenderlo, amigo, en que se gritaba desaforadamente: ¡Viva el gobernador Martínez! Lo negará usted, como ya lo ha negado: si de negar a su padre, a la Santísima Trinidad, le resultase algún provecho, también los negaría, y con doscientas firmas: sus negaciones valen tanto como sus afirmaciones: nadie hace caso de su elocuencia. "Es la primera vez—exclama con lágrimas en los ojos—que la inocente y plácida manifestación de afecto y de aprecio de un pueblo en favor de un compatriota perseguido" . . . Yo estoy por añadir que usted es todavía más inocente y plácido que la manifestación. Nadie ha dicho que ustedes venían dando patadas ni mordiscones por las calles. ¿Y no tenía usted vergüenza de venderse por gobernador, sin serlo? Dirá que sus parientes entendían que lo era de su casa y sus haciendas: asunto concluído.

Pero el de su *popularidad*, aun no se concluye. ¿Qué origen, qué fecha tienen ese amor, esa abnegación del pueblo? Hasta la víspera de las ocurrencias que tan mal parado le tienen, era usted generalmente aborrecido, le detestaban aquí, por ese menosprecio con que trataba a esos *sus compatriotas* por quienes ahora se está muriendo, por esa ciega, torpe, y aun maliciosa protección a cuanto extranjero asomaba por aquí, sin averiguar sus antecedentes, sin saber su

calaña, sin prudencia, sin justicia, sin nobleza; y todo por deprimir, por ofender a sus paisanos, que ahora le ponen velas como al Señor de Papallacta. Va un colombiano a un establecimiento público, cierra con los que allí encuentra, grita, amenaza, pega; el comisario de policía no queda ileso: al día siguiente los agraviados, los estropeados están en la cárcel junto con los más bajos criminales, y usted sale a pasearse hombro a hombro con *su* amigo el agresor (1). Si usted no hubiera corrompido a ese colombiano como ha hecho con otros, probablemente habría sido él un huésped medido y comedido, como lo son varios de sus compatriotas. Llegó el día en que usted debía perseguir a ese *amigo*, y tuvo a su disposición muchos de sus aborrecedores, y principió la *popularidad* de usted. Popularidad que nace en un escándalo, no es envidiable. Y noten ustedes que no digo delito ni crimen, por no ser duro. Los colombianos se han hecho mal querer en este lugar (no todos), por culpa de usted: de esa malquerencia popular proviene desde luego la repentina y ridícula *popularidad* con que ahora quiere santificarse. ¿Es verdad, caballeros, que cuando Martínez no tenía más amigos que tres o cuatro colombianos, cuando ni a las mujeres saludaba, no se morían ustedes por él? Respondan. ¿Es verdad que no hacen cuatro días que le alumbran ustedes, le dedican misas y responsos, le enamoran donde le encuentran como a una bella? Y todo por el 9 y 10 de febrero, nada más. Sí, señor, algo más: la popularidad de aquel sujeto estriba también en que tiene embobadas a varias personas con grandes y honoríficas promesas . . . Los otros motivos de su prestigio dejémoslos para mejor ocasión, y vea él que siempre perdonamos.

La popularidad bien fundada, es una gran cosa,

---

(1) Díganlo los señores Miguel Gonzálaz. Pablo Borja, Francisco Clavijo, etc., díganlo el pueblo entero.

es la corona con que los pueblos ciñen la frente de los ciudadanos ilustres que se hacen lugar en la cumbre de la patria, ya por la inteligencia, ya por el valor, ya por la piedad. La popularidad bien merecida presupone virtudes en quienes la disfrutan: el hombre popular es respetable, el hombre popular es envidiable; su popularidad habla en favor de su pasado, y a fuerza de ser una gloria de la nación, es también una esperanza de la juventud, pues se supone que servirá de ejemplo en aquellas obras que le han captado la benevolencia pública. Cariño, respeto, admiración, todo esto encierra la popularidad de buena ley; por manera que el hombre popular cuenta con mil corazones que se sienten mover en sus respectivos pechos con blandos y simpáticos latidos cuando ven al héroe o de él se acuerdan: la estima le engrandece, el respeto le vuelve majestuoso: el hombre popular es un monarca, y sabio monarca, poseedor de mágicos secretos.

El sacerdote que predica la moral y la práctica, que insinúa la caridad y la práctica, por mucho que se oculte en su modestia, viene a ser popular: moral y caridad, predicadas con elocuencia, practicadas en bondadoso silencio, son los fundamentos de esa distinción con que le honran sus conciudadanos.

El militar valiente, brazo de la patria, que pelea con denuedo y triunfa con magnanimidad, a quien el valor y la importancia jamás ensoberbecen, y cuando no se trata de peligros, no ansía ser primero, es popular. Valentía, denuedo, magnanimidad, llaneza, virtudes todas, son el fundamento de esa distinción con que le honran sus conciudadanos.

El magistrado recto, para quien la ley es una divinidad, la justicia una religión, el deber un juramento; que obedece la ley, ejerce la justicia, cumple su deber, sin que se sepa cuando, ya es popular. Las virtudes son el fundamento de esa distinción con que le honran sus conciudadanos.

El poeta con sus cantos, si son los del cisne; el orador con sus discursos, si son patrióticos y sentidos, si son del linaje de Marco Tulio; el escritor con la pluma, si es pluma de águila, cortada en sublime tajo, esa que se descarga como cuchilla sobre la cabeza del tirano y se la parte en dos mitades sangrientas; que busca las entrañas del vicio y hace carnicería en ellas; que hiere de punta en el corazón de los errores sociales y les hace dar aullidos: el escritor con la pluma, si es pluma de ruiseñor, húmeda y flexible, que se empapa en el jugo de las flores y las chupa como pico de colibrí sediento; que vibra y corre veloz dejando tras sí una larga estela de ideas y afecciones palpitantes: este escritor, ese orador, ese poeta son populares, y su popularidad se funda, sino en virtudes, en magníficas prendas, que siempre son virtudes.

¿Tú, que blasonas de popular; tú, que vives pagado de tu importancia; tú, que presumes de hombre de prestigio, dime luego si la caritativa mansedumbre del sacerdote, o el radioso influjo del guerrero, o la grandiosidad y majestad del egregio magistrado coronado de su brillantísima conciencia, son los títulos que alegas para *ese cariño y ese respeto* con que te enalteces infundadamente: o es la dulce poesía con su collar de iris, que arrullando como paloma hace la rueda a su consorte apasionada; o la elocuencia echando rayos en su exaltación sublime; o bien la pluma del sabio, del político o del literato que surca laboriosa los terrenos de la sabiduría, la política o la literatura las que te vuelven inmortal? Quisiera yo saber los bienes que has hecho al género humano, o a tu patria o a tu pueblo.

A tu pueblo . . . ¡ah, los bienes que le has hecho son su mala fama, la ignorancia en que has procurado mantenerle, la corrupción y la ruina en que por último has querido envolverle en junta tuya! ¿Me dirás los colegios, las escuelas fundadas, o cuando menos pro-

diminuto, lo noble a lo ruín, lo hermoso a lo deforme, es ser ruín, feo y pequeño. No digo que todos seamos *por aquí* de esas proporciones; ¿mas no puede existir una pequeñez honrada, honesta, pura?

En *quedándose todos callados*, nadie tendría segura su morada . . . Si la de hombres cuya nación no es despreciable, corren *esa suerte*, ¿qué sería de las de ciudadanos indefensos, caídos hace largos años? El instinto de conservación nos obliga también a no guardar ese silencio que han querido imponernos, roto de nuestra parte con mesura, con decoro, con verdad, esto es, con alguna grandeza. Si una noche fuera invadida la mansión de uno de nuestros enemigos por una horda de gente desalmada, rotas sus ventanas, forzadas sus puertas, heridos sus habitantes, ¿se quedarían, tendrían obligación de quedarse callados? No es probable. Si hablamos, no será de mala intención. Colombia, con Mosquera, ha dejado conocer que no ansía la ruina del Ecuador; con Santos Gutiérrez probará que es nuestra amiga, nuestra hermana: por ahora no exije sino una satisfacción: ¿qué necesidad hay de que esta satisfacción venga chorreando sangre? De los tribunales de justicia pueden salir la paz y la concordia coronadas de rosas, con ese amable sonreído gesto con que se hacen adorar del hombre justo.

¡Oh Dios, qué resplandecientes siglos aquellos donde los ciudadanos inquieren la causa de la ira de los dioses, se arrojan en un abismo por aplacarlos, y salvan la vida a muchos con la muerte de uno solo! ¿Dónde están los Curcios? ¿Dónde están los Decios? ¿Dónde están los Fabios? Temo que *un hombre*, siendo como es, tan pequeñuelo e infeliz, haga no obstante lo que Sansón, caiga causando ruinas.

Esto no es soplar el fuego, amigos míos, esto no es exacerbar los ánimos, esto no es ser bárbaros e injustos; echar del lugar a todos los forasteros, con infamantes e irracionales pretextos, esto es exacerbar

los ánimos, esto es ser bárbaros y poco amigos del hospitalario y dulce Jesucristo. Ciega, torpe, maliciosa llamé esa protección sin término, esa asquerosa adulación a cuanto desconocido se asomaba por aquí: ciega, torpe, maliciosa llamo ahora esta expulsión en globo, estas vísperas sicilianas sin sangre que se predican sin pudor, sin respeto por la civilización, sin caridad por el género humano. Echar de un pueblo a todos los extranjeros, es hacer lo que el idiota opresor de Roma, echar de ella a los sabios: la paridad no corre sino en la barbarie de una y otra acción; no digo que todos nuestros extranjeros sean sabios. Ilustrados, filantrópicos, nobles deben de ser los que por la prensa se atreven a publicar esas impiedades: esto es hablar crímenes, como dijo uno en su enérgica ignorancia.

Ahora se nos acusa de ser causa del peligro en que nos hallamos: ¡qué atrevimiento, qué injusticia! Sí, como ustedes afirman, amigos de febrero, hemos protegido ciegamente a los granadinos, no hemos deseado la guerra, esto se cae de su peso, ya que hemos procurado se les haga justicia; si hemos deseado la guerra, natural, preciso hubiera sido hacernos a ustedes, sostener la sinrazón, para que hablen las armas. Ustedes nos achacan uno y otro extremo; ¿cómo nos entendemos? Cumplir un deber no es *enemistad gratuita:* el gobierno ha estado viendo con cien ojos *este malhadado asunto*, ha excitado, ha urgido: el gobernador de la provincia no ha hecho sino transcribir a los juzgados respectivos las notas oficiales; ¿podía dejar de hacerlo? Renunció esta maldita gobernación, en cuyo desempeño podía ejercitarse a las mil maravillas esa soñada enemistad: el presidente no quiso ni oír esa renuncia. ¿De qué actos hóstiles se queja usted, amigo Martínez? Sigue usted volando, aunque no tan elevado, tan libre como el cóndor de los Andes: si existiese aquel enemigo

*granito* y malo, a la hora ésta por ventura tendría usted las alas trincadas: ¿no es así?

Libertad, riqueza del pobre, conforte del rico, prenda sagrada del género humano; libertad, amiga de la sabiduría, hermana de la salud, madre santa de la dicha: tú eres el remanente de los deleites celestiales, que llegan todavía al mundo, porque el hombre no está del todo perdido; tú eres un reflejo de la esencia de Dios, el que es libre por esencia; tú eres la sombra de la gloria infinita, de aquella beatitud en que viven engolfados los espíritus eternos: la nobleza de la criatura humana está en su libertad; lo grande, lo majestuoso, lo feliz del hombre consiste en que es libre. La libertad política es una: hablo de la libertad individual; de esa que es sol para nosotros, si después de un blando sueño salimos a recibirlo en la campiña, saludándole con frente despejada, cuando rompe allá en el horizonte; de esa que es halagador favono, cuando por la tarde seguimos satisfechos de la vida las márgenes de un río, las hileras de árboles cuajados de bulliciosas avecillas; de esa que es luz para nosotros, cuando del oscuro aposento del pobre, nos presentamos sin recelo en medio de una resplandeciente plaza; de esa que es oscuridad amable y protectora, cuando con un fragmento diamantino de una tierna luna, nos dejamos estar en el bosque o por la acequia solitaria, gozándonos en nuestra melancolía, muriéndonos con la tristeza de nuestros corazones. El hombre libre recibe cada día el bautismo de la luz: el templo es la bóveda celeste; el agua purificadora, el ambiente matutino; la sal, la luz; el sacerdote, Dios, dueño de todo, ordenador de todo, padre de la armonía y la libertad del Universo. Si pues la libertad es cosa en tanto extremo grande y bella, es por el mismo caso respetable: no se la quitemos a nuestros semejantes, sino en muy graves circunstancias; si las hay en que sea indispen-

sable privarles de la vida, ¿no las habrá en que sea necesario secuestrarles la libertad por un instante?

La prisión es una de las situaciones más desgraciadas del hombre: al preso se le priva más que del agua y del fuego, ya que se le priva del aire libre y de la luz: si quitar la vida a un hombre es crueldad, quitarle la salud no es benevolencia, y al que se le quita la libertad, la salud se le ha quitado. Por esta razón debemos ser entre los hombres los menos rigurosos que nos sea posible: el Creador no nos ha puesto en el mundo para que nos atormentemos unos a otros, sino para que gocemos de la vida y cumplamos el dulce noviciado que es preciso para llegar al eterno sacerdocio de la gloria. Empero rigen las humanas sociedades reglas, leyes de cimientos profundos en las cuales estriba el equilibrio del género humano, los cuales producen la armonía indispensable para la subsistencia de las morales cosas: como que la justicia ha de ser observada, como que el delito ha de ser castigado, como que el individuo es inferior a la especie, y su daño es de escasa consideración cuando va de los intereses generales. El individuo pues no se revele contra la especie; sacrifíquese el miembro por el cuerpo, sígase esa sublime rutina de perdonar los pecados y castigar los crímenes, mucho más cuando de la justicia ha de resultar la tranquilidad y la conservación de un pueblo.

¿Hay todavía que decir? Ya concluímos; pero Achitofel habrá de comparecer de nuevo a mi presencia y responderme: ¿por qué te identificas con el pueblo? ¿en qué fundas esa solidaridad, esa unidad? Responsable te pones en junta de tus conciudadanos: de los cargos que se te hacen, al pueblo defiendes; los reproches que se te dirigen, con el pueblo los compartes: te quejas a nombre del pueblo, a nombre del pueblo injurias a sus mejores amigos: ¿tú eres el pueblo? En tu sabiduría extendiste el delito cuanto te fué posible: individuos a todas luces inocentes

fueron denunciados exprofeso . . . a fin de que la defensa sea colectiva, fácil la impunidad: nombrando ante el juez personas de alguna significación, poníais buenos rodrigones a *tu edificio:* si los generales de la república se veían metidos en el laberinto, no era imposible *salir bien.* Después te has agarrado del pueblo: al pueblo calumnian, al pueblo acusan, al pueblo persiguen, al pueblo denigran, al pueblo infaman *sus enemigos.* ¿Tú eres el pueblo? El pueblo es bueno, tú eres el malo; el pueblo es inocente, tú eres el culpable: nosotros no perseguimos al pueblo; la justicia te persigue a ti. Cuando se dice: "algunos de los parientes y amigos de X", no se calumnia al pueblo: ¿el pueblo se compone de "algunos de tus *amigos* y *parientes?*" No; es más vasto, más variado, más importante. Tú eres el que le disfamas identificándole contigo. Los que con sus razonamientos públicos, con la verdad y la razón vestidas de sacerdotisas o de musas le han sacado más de dos varas del fango en que le teníais metido, no son sus enemigos, no le insultan, le persiguen, ni le infaman. Ese artificio no es obra del ingenio; la malicia está chillando y ofendiendo los oídos castos. Resígnate a tu desgracia con el valor del cristiano, con la serenidad del filósofo, con la dulzura del desgraciado que al fin se acoge a la compasión de sus semejantes. Y advierte que la estima no huye de la desgracia; el fraude insolente es despreciable. ¿Por qué nos acometes y ofendes tanto con la pluma? Perjuicios no te hemos hecho: para la moderación y el comedimiento, ahí están nuestros escritos; y con todo, después de eso has publicado otros libelos: injusticia, imprudencia . . .

La muerte madruga, llega pronto, raras veces se anochece: ¿no la véis tan acomodada en Imbabura? Rica está allí, pomposa, liberal; distribuye entre todos sus tesoros—la mortaja, el ataúd, el sepulcro. Nuestro clima tiene fama, esta buena tierra es de paseo:

¿no teméis que dé por aquí un salto? ¡Y qué salto será, si es como el de Imbabura, el de Arequipa, el de Moquegua! Para morir conviene estar ligeros, limpios, sanos: ¿no habéis visto como el que emprende en un viaje a tierras calientes e insalubres, se purga, se asea, se fortifica? Pues esos mundos infinitos de la eternidad requiere mucha más pulcritud, mucha más sobriedad, mucha más preparación en los que llegan. ¡Hombre infeliz (hablo de todos), gusanillo! ¡qué grande eres para el mal! causas ruinas y bailas sobre ellas; derramas y haces derramar lágrimas, y te ahogas en ellas: tu negocio sería salvarte por las virtudes, y no perderte por los vicios; pero no lo entiendes.

QUITO, 1868

OFICINA TIPOGRÁFICA DE F. BERMEO, POR J. MORA

V

## EL PEREGRINO DE LA MECA

HACE tiempo que necesitábamos un nombre adecuado para este raro personaje: él no se llama León Mera, él no se llama *Muclan*, él no se llama *N. de N.*; ¿cómo se llama? Un escritor novel, de la escuela de Fígaro, nos ha revelado ese misterio; se llama *el peregrino de la Meca*. No hay ni puede haber nombre que más cuadre con el sujeto: buho se llama el buho: León Mera se llama *el peregrino de la Meca*. ¡Bravo, Villota, bravo!

Acaba de llegar del templo del profeta, la caravana se ha dispersado; el peregrino está oliendo a camello todavía: el hambre, la peste, el escorbuto del desierto estampados en esa fisonomía deplorable, nos indican la condición y los trabajos del devoto mahometano. La arena le ha carcomido el pantalón, una cuarta sobre el carcañal; el polvo le ha puesto un pardo anteojo; el tiempo le ha podrido la ropa en el cuerpo, y con un embudo en la cabeza, viene arrastrando las sandalias. De donde le vienen esas exhalaciones pútridas, del alma o del cuerpo, no se sabe; pero es evidente que ese pecho abriga un pantano; y si no, ¿por qué es esa lividez pavorosa, esa flacura repugnante, ese desencajamiento de formas tan empapados en antipatía? Si este desgraciado peregrino se contentara con ser feo, le compadeceríamos solamente; pero en vista de su excesiva maldad, preciso es aborrecerle.

Bien se conoce la ferocidad de los redactores de "La Estrella de Mayo", cuando le admiten en su seno; pero si aspiran a conquistar voluntades y propagar razones, yerran el camino. Sabemos que los tres o cuatro suscriptores que tenían, se han retirado después del último número: ganancia de sabio, triunfo de poeta, coronación de santo: un colaborador de esta calaña, no es un buen partido, señores: esas estrellas no resplandecen; se pudren y apestan el mundo. ¿No conocen ustedes a León Mera? pues conocerán al peregrino de la Meca; ese que todo lo hace *en cuclillas* ¿podrá coger del pescuezo ni a un gato? Como poeta, propagó en Quito ahora poco la *camelluna* especie de que sus versos habían sido traducidos al inglés, al francés y al alemán; como galante, pretende que las bellas le perseguían en la capital; como valiente, viene ahora a decir que el coronel Beriñas le temblaba, y que ha enterrado al Cosmopolita. Cuando el fuete de Montalvo le zumbaba por las orejas, se dejó estar callado el mudo; ahora que la distancia y la enfermedad de su jinete le ponen a salvo, ahora está bravísimo. Aun cuando no conociésemos al uno, bastaría que conociésemos al otro, para que no nos cause sino risa, si es que la impostura no nos causase cólera. Señores, el peregrino de la Meca, *el buho de Ambato*, ese pajarraco descuajaringado que veíamos en Quito, ese número 3 con tiricia, ese es el que hace temblar al coronel Beriñas! ¿Y cómo combate para ser tan guapo? En cuclillas, sin duda: buena postura es esa para los valientes.

Este bobo podía haber seguido alabándose de poeta o de literato; pero salir de jaque de repente, es cosa que le hace reir a él mismo. Doctor Martínez, diga, ¿su sobrino León Rufino despuntó por valiente desde sus mocedades? Doctor Fermín Ceballos, usted se olvidó de las proezas de su *Chatubriandi* en su biografía; cuando escriba su historia, no se olvide:

mire que es honra para Ambato el haber dado en Chatubriandi—Méndez Núñez, un Otamendi.—Chatubriandi. Mera tiene sus fuerzas en la espalda, porque carga; el ejercicio todo lo puede; pero no las tiene sino para la *malta* de agua que su mujer le manda traer del río todos los días. A propósito, ¿no le parece a ustedes que más nació para este oficio que para poeta y valentón? Los que le conocemos, si quisiéramos hacernos de ese mueble, no le emplearíamos en otra cosa. Vaya, si fuera ternejo sin insultar a nadie: pero ¿qué necesidad tiene este héroe en cuclillas de devorar a la gente? una hiena no pone tanto empeño en consumir su víctima: ¿gana algo la moral, la religión, la política, la literatura en ese ahinco brutal? Si habla de un hecho, verdadero o falso, ¿por qué no le hace de modo que no parezca sino censura de un vicio, como acostumbra su amo? ¿por qué no procura que el público saque algún provecho de su rencor, su envidia, su odio? Los hombres de talento de todo sacan partido: pero escribir para hacerse despreciar y aborrecer, es ser negado y malo. La maldad, se les puede perdonar; pero la fealdad y la tontera de ningún modo, ya lo dijo Villota.

¿Qué sería del pobre peregrino, si nos pusiésemos a seguirle en su peregrinación? Salió de un molino, donde nació, se crió sin pantalón hasta los 35 años, y se educó con harina de cebada: vino a Quito cargado de sus cueros, y dijo que venía atraído por la juventud de la capital, y lo dijo en molineros versos: la juventud se regocijó al verle: si la presencia de *su amigo* no hubiera sido gratis, un maromero habría hecho buenos reales exhibiéndole en su circo, haciéndole andar en dos pies y subir a una viga encebada. El que venía atraído por la juventud de Quito, no se atrevía a pasar por la Universidad, porque la carcajada era buena: él que con sólo su personal hace reir a la gente, es el más desdichado de los hombres. Fué secretario del Congreso, porque también don Je-

rónimo fué presidente de la república, y mi perro "Cazagallinas" fué empleado: el presidente, al abrir la sesión, decía: "El *señor secretario no lo entiende*"; y suplicaba a cualquier diputado que leyese. Entre tanto el Chatubriandi-Méndez Núñez se dejaba estar como de palo, con las orejas paradas, la boca abierta y el copete esparcido: al otro día, volvía al mismo desempeño; y no renunciaba este poético poeta, este valeroso valiente: valiente, valentísimo contra la vergüenza. Se fué a su poblacho, para perpetuo entretenimiento de los tunos de Ambato; ¿qué le importa que se rían de él, como él diga que es valiente? Uno que coje del pescuezo al comandante Beriñas, puede comerse un burro. ¡Pobre Rufino, pobre mudo!

QUITO, ENERO 5 DE 1869

OFICINA TIPOGRÁFICA DE F. BERMEO, POR J. MORA.

# VI

## CORONACION DEL DR. MARTINEZ EN AMBATO Y EN QUE SE OCUPA ESTE PERSONAJE

LA ardiente acogida que el benévolo público ecuatoriano ha hecho a mi obra titulada "Marcelino y medio", me obliga a llamar la atención con esta otra, no menos imperfecta, pero tampoco menos verdadera que la anterior. Los periódicos europeos han hablado de ella, mi nombre ha atravesado los mares, se me ha traducido al inglés y al quíchua, precisamente como ha sucedido con mi amigo León Rufino Mera, alias, "el peregrino de la Meca", que Dios perdone y el diablo cargue. Sin duda este éxito gigantesco y colosal ha removido la malicia de los envidiosos, pues a falta de contestaciones literarias, todo lo han querido allanar con *palos* y palizas de nueva invención, pues me la juran dar *en mi casa y en mi cama*. Por apaleador lo están ajustando como en batán al compadre Martínez, y todavía amenaza con palizas: si una paliza le tiene en el purgatorio, es probable que otra le mande a los infiernos; porque en lógica natural y buen sorites, cualquiera saca la consecuencia de que los hombres de pelo en pecho y de alma atravesada, no andamos con cilicios, sino con esos escapularios que mandan a tierra caliente a los que se antojan de manipulearnos. Según los últimos cantos del *ave fénix* con botas, sospecho que la rabia de su ilustre tío macabeo, viene de que yo le

hubiese ofrecido la mayordomía de pailas de mi hacienda; pues si esto no le gusta, le variaremos de empleo. Como todos saben, voy a inaugurar una maquinaria de primera clase en uno de mis establecimientos; una gran maquinaria, maquinaria ecuatoriana; obraje en una palabra. Rufino León y el doctor Martínez pueden venir allá; no pongo más condición sino que han de venir pelados, porque no tengo rasqueta, y suelen abundar las garrapatas en San Telmo. Por lo demás, yo trato bien a mi gente. Si a *mamá* Nicolás le gustasen más los oficios domésticos, no faltarán negritos que criar en casa: puede entenderse en darles el pecho y en el aseo de esas criaturas. Y cuando no, allí están mis criaderos de gusanos de la seda. Rufino León tampoco debe desconsolarse, porque le pondremos a fregar pailas y candeleros, mientras le llegue el chorro de versos, que yo le prometo dárselos empastados, para que los cante al son delicioso del *bambuco*.

Por ahora no tengo otra cosa que participar al honorable público, sino que mis dependientes y corresponsales del Chimborazo me comunican por la posta que los equitadores le han exhibido en pública función al doctor Martínez vestido de penitente: ha tirado pistola y ha hecho las cuatro operaciones de aritmética con mucha naturalidad. Pero lo que ha habido que ver dicen que fué la cara que puso cuando le alzaron el capirote: el concurso aflojó una carcajada beneplácita, junto con un compacto palmoteo. ¿Cómo sería eso cuando el mismo gran poeta Mera, que en ese momento se había colocado por ahí *en cuclillas* a humedecer el suelo, se rió en esa postura el condenado, de modo que redobló el beneficio que estaba dando a la tierra? Después de concluído el acto salieron tío y sobrino, de brazo con el doctor Rodas (Bonomi), y se pasearon triunfantes por esa capital, a trancos largos, como si el Papa acabase de canonizarlos. En la íntima efusión de sus corazones,

dicen que el benemérito presbítero comprometió a sus acólitos a recibir las órdenes monásticas, y que quedaron convenidos. Por la noche, en la tertulia de una abuela llamada Federica, el gran poeta de *nombre europeo, genio superior a Chatubriandi*, según su biografista, improvisó esta composición al viento, a solicitud de una inmensidad de gentes:

¡O viento, o viento! hasta cuándo
La cabeza me rellenas
En Atocha me soplastes
Y a Riobamba me sigues.
En tus alas he volado
De Europa a las regiones,
En Asia soy conocido,
Me idolatran en el Africa,
Y en Quinchicoto mi nombre
Hasta los buyes pronuncian.
Sólo el Nuevo Mundo ingrato
Me persigue con la envidia
De cómplice, y los poetas
Me satirizan de balde.
Pero no importa, los hombres
De primera me conocen,
Y en San Telmo una corona
De achochas me ha preparado
Mi admirador y mi amigo
Al cual le debo mi fama.
En Capayron me veneran,
Rufino me quiere mucho,
Y los negros de la hacienda
Me dan siempre el alabado.
Las pailas cuando yo llego
Hierven más de lo ordinario,
Como quien dice, poeta
Digno de mejor empaque.
El comandante Beriñas
Me temblaba, y a Toledo
De un estornudo le mató;
Mas si es gallo, no me meto.
Poco importa, porque un tonto
Corre y grita, miente y canta,
Y triunfa, y queda valiente
Con su risible talante.

¿O viento, o viento, hasta cuándo
La cabeza me rellenas?
En Atocha me soplastes
Y a Riobamba me sigues.
Soy contigo un hombrecito
Ligero como una bomba,
Y por el aire me empino.
Y en el aire me reviento,
Y caigo y me quedo en nada.
Si me subo en una torre,
Columpio como badajo,
Si me caigo en un estanque
Grito como un renacuajo,
Y es la envidia que me tienen
Esa gente de allá abajo.
¡O viento, o viento, caramba!
¡O viento, o viento, barajo!"

Asombrada la concurrencia escuchó la improvisación; pero quienes más pararon las orejas y abrieron la boca fueron otro poeta que allí había y el doctor Martínez; el cual con mucha devoción y humildad, volviendo los ojos al cielo, exclamó quedito: "Bien digo que mi León tiene un corazón de oro". Un malicioso chimborazino contestó en el mismo tono: "Y otro de carbón"... Llegó la cena, en cuyo negocio abogado y poeta sobrepujaron a todo Riobamba, pues dicen que en el cenar son jefes de obra de la Naturaleza, y que ni el filibustero Méndez Núñez les puede ver la cara. Después los tertuliantes formaron un gran círculo, dentro del cual el doctor Martínez, el doctor Rodas y el doctor Mera bailaron el minué, y se acabó la fiesta.

Pero esto no le valió al *doctor* para que la Corte deje de anular su absolución; cosa que él tuvo por triunfo, y triunfante volvió al banco del criminal, en medio de las aclamaciones de su pueblo. Yo le ví la cara ¡y qué cara! Contentísimo de los cohetes, hacía bailar su rocinante, un chugo de su misma catadura, y tan buen doctor como él. Su sobrino León, el heredero de la corona, taloneaba con todas sus fuerzas

una yegua briosísima, madre de cinco o seis generaciones, que le sirve a la Muerte cuando monta a caballo, y que Mera se la alquiló para este encuentro, por ser de su propia casta. No había de malo sino que todo su equipaje ¡y qué equipaje! con cueros y todo lo traía al anca. Por lo demás, la poesía le chorreaba hasta por la espuela, que no tenía sino una, como buen soldado de caballería. En esta sublime cabalgata se dirigieron todos a casa del *gobernador* Martínez, donde este hombre ilustre fué coronado por una princesa descendiente de Rumiñahui de los Cambay Tubones. Y no es broma; el doctor Martínez fué positivamente coronado en su casa a su regreso de Riobamba, por una mujer a quien no se coronará para enterrarla . . . ¡Qué hombre es el nuestro! Con razón su sobrino Mera le llama benemérito. ¡El doctor Martínez coronado por una Maritornes! ¡y qué gracioso estaría con su guirnalda de saúco!

Después ha salido a perseguir de muerte a todos los que no fueron a encontrarle, averiguando, oliendo las desgracias de los hombres para servirse de ellas. Su empeño es pedir poder a los acreedores de sus enemigos y demandarlos en persona, aunque la deuda sea de cuatro reales. ¡Qué indigna ocupación! ¡Urgir, molestar a un hombre, a fin de que le proporcione el medio de hacer mal a otro, cuyo delito es el ser pobre y no haberle ayudado en sus palizas a los granadinos, ni perjurado en seguida! El doctor Martínez ocupado en cobrar deudas de todo el mundo: señores acreedores, ahí está la soga. Pero con respecto al que tiene el honor de hablar, le ha salido el sueño del perro; pues cuando pensaba meterme a la cárcel, le estoy metiendo en un zapato; y al empeñarse en hacerme un mal, me ha proporcionado la ocasión de hacerme a seis mil patacones, de los cuales la mayor parte, si no es el todo, pienso emplearlos en la continuación de mis *obras literarias*, que no bajarán de cien tomos, y de los buenos. Si no me

hubiera perseguido el *doctor* con tanto encarnizamiento, claro es que no hubiera salido yo del lugar, ni hubiera cobrado estos admirables seis mil pesos, ni le hubiera ido para allá este afectuoso saludo de *su amigo.* La maldad, se les puede perdonar; pero la fealdad y la tontera, de ningún modo.

JUAN MONTALVO.

QUITO, DICIEMBRE 28 DE 1868

TIPOGRAFÍA DE F. BERMEO, POR J. MORA

## VII

# EL PADRE LACHAISE

A RAFAEL BARBA GIJON

SIENDO como es el más natural y común, el de la muerte es el más gran trabajo, amigo mío: muere el extraño, muere el pariente, muere el hermano, muere la madre . . . Todos ellos son felices; la desgracia es de los que les sobreviven. Ayer la viste en pleno mundo, dueña de la salud, con vigor para treinta años, risueña y amable cuando te acariciaba: en sus ojos la luz, en sus labios la sonrisa, en su garganta el dulce sonido de la vida: hoy es de la eternidad esa buena madre tuya: tiene salud, pero es la de la gloria; su cuerpo no se mueve, su rostro no se contrae en los deliciosos gestos del cariño; sus ojos están cerrados; sus labios han perdido el color y no se esponjan con la corriente sangre; sus brazos caen inertes; sus manos, blancas y frías como el mármol, ni se abren, ni se cierran, ni te llaman con ese ademán tiernamente imperioso con que solía atraerte para sí. La nombras y no responde, la tocas y no se mueve: déjala, duerme su sueño eterno.

Si esta desgracia no tiene remedio, ¿por qué lloras? Cabalmente lloras, por que no tiene remedio, y esto lo dijo ya otro desgraciado. Si algo pudiera consolarnos en estos casos, serían las lágrimas de los que nos rodean; mas querer infundir consuelo con vanos

raciocinios, es dura necedad, cuando la pesadumbre es toda nuestra vida: vemos para padecer, oímos para padecer, sentimos para padecer: entendimiento, sensibilidad, voluntad, todas nuestras facultades son elementos de dolor. Obligación sagrada es padecer: las lágrimas son un juramento que hemos prestado a la naturaleza humana. Muere tu hermano, llora; muere tu esposa, llora; muere tu madre, llora, llora mucho, amigo mío, no te canses de llorar. Genio benéfico, ángel de la guarda, ambiente puro y saludable, la madre rodea al hijo, le ve, le cuida, le defiende por todas partes: delegado de Dios, la madre penetra lo futuro; inspirada y santa pitonisa, adivina los males que han de sobrevenir a su descendiente: esa inquietud, esa palidez, esa amable impertinencia con que nos favorece cada día, todo es amor. Su corazón es una fuente pura: bebamos en él para crecer sanos y virtuosos: su alma es un divino espejo; mirémonos en él para corregir nuestras deformidades. Si nos dejásemos alumbrar por ella, ¡cuán claros resplandeceríamos! Si nos dejásemos inspirar por ella, ¡cuán prudentes juzgaríamos! Si nos dejásemos guiar por ella, ¡cuán rectos caminaríamos! No hay madre que no sea un sabio, cuando se trata de la felicidad de su hijo; no hay madre que no sea poderosa, cuando su hijo necesita de su protección: cada cual en su esfera, todas son eficaces, desde la pobre desvalida que en una puerta de calle tiene a su parvulito en los brazos, hasta la señora coronada que anda mostrando a los pueblos el heredero del trono, todas viven y obran para su hijo: la una mira con sus ojos de hambre al transeunte compasivo, que le echa un sueldo en el regazo; ya tiene pan para su hijo: la otra se pasea pomposamente en el imperio, derramando grandiosas caridades; ya tiene simpatías para su hijo. La madre, la madre para el hijo: ni el peligro la intimida, ni el sacrificio es superior a sus

fuerzas, ni su ruina la contiene, si va a salvarle y hacerle un nuevo bien.

Entremos en el seno de donde salimos, y veamos hervir en él mil clases de opuestas sensaciones: si somos felices, el gozo, la satisfacción corren allí en abundantes ondas; si desgraciados, un torcedor exprime su corazón, una oscuridad profunda reina dentro de ella. Si somos buenos, cuán satisfecha se halla de nosotros, cómo se siente grande y majestuosa con habernos dado a luz; si malos, la humillación la empequeñece, el pesar la debilita, la zozobra la destruye, pero no deja de querernos. ¿Qué lazo es éste tan estrecho, tan fuerte, tan complicado, que ni la habilidad lo desata ni la espada lo rompe? Obra de Dios, al fin: el género humano reducido a una sola persona, por medio de hilos y ligaduras misteriosas e invisibles, sin las cuales los hombres serían unidades nacidas para la infelicidad, sombras solitarias que anduvieran quejándose por las tinieblas del mundo. Si tu madre te quiere, agradécelo a Dios; él la hizo para quererte; si se sacrifica por ti, agradécelo a Dios; él la hizo para sacrificarse.

¿Quién te dió la leche de sus pechos? Tu madre. ¿Por quién te criaste blanco, gordo, alegre y saltón como un serafinillo? Por tu madre. ¿Quién vela a tu cabecera sin apartar de ti los ojos, cuando caes enfermo; quién te refresca la frente con sus labios, quién comparte contigo la vida comunicándote su aliento? Tu madre. ¿Quién baña tus manos con sus lágrimas cuando, joven ya, no vas derecho; quién te salva con su llanto y sus amorosos ruegos? Tu madre. ¿Por quién vives sin la inquietud del día de mañana, satisfecho en el comer, aseado en el vestir, pulcro y gracioso en todo lo concerniente a los juveniles años? Por tu madre. Luego la madre es todo para el hijo: Universo reducido, a la madre van a dar todos sus bienes, y su tierno corazón jamás deja de brotar para nosotros su raudal vivificante: bebemos de él, sin

agradecerle muchas veces: nos hartamos de felicidad, sin caer en cuenta, y por lo mismo, sin merecerlo. Ella sí sabe muy bien lo que nos toca: sospecha nuestros descarríos, y nos aconseja; adivina nuestras penas, y se aflige: nuestras angustias, de ella son; nuestras desgracias, de ella son; nuestras vergüenzas, de ella son; nuestras virtudes, de ella; nuestros triunfos, de ella; nuestras felicidades, de ella. Su vida depende de nuestra suerte y de nuestra conducta; podemos prolongarla o acortarla, según la tenemos complacida o la quebrantamos con los extravíos y los males de la juventud. Pobre ente sensitivo y apasionado, pequeñuela criatura, inerme hija de la Naturaleza, si se trata de levantarte, es grande; si de atreverse, heroica; si de sufrir, sublime; si de sacrificarse, mártir.

¿No ves? el que no necesitaba padre ni madre, siendo como es el padre del Universo; el que no había menester apoyo, porque es todopoderoso; el que no pedía lástima, porque es feliz, quiso tener madre, y la tuvo, como el emblema de la ternura, como la santidad del cielo encarnada en el mundo. Iba a huir, y quiso tener quien le siguiese; iba a padecer, y no le estuvo por demás quien compartiese con él los tormentos; iba a morir crucificado, y convenía una mujer que le llorase. Si su madre hubiera muerto primero, el Salvador hubiera llorado por ella: la tuya ha muerto, llórala tú, que no faltas a la entereza ni a la filosofía.

¡Filosofía! ¿Consiste por ventura en el entorpecimiento del corazón? Al que ahoga su sensibilidad no le llamaré filósofo, mas antes miserable cínico que, pensando engrandecerse con el estoicismo, se embarra el alma y se mueve como un feo escarabajo. Si algo vale el hombre es por las afecciones, por esas afecciones elevadas y profundas que guían a la virtud. Yo no creo que Satanás haya sido arcángel alguna vez, sino cuando le veo llorar en el abismo; y

esas lágrimas abrasadas que corren en silencio a lo largo de su rostro y le queman la barba, son quizás un título a la conmiseración de la Divinidad. El hombre que por filosofía permaneciese en perpetuo silencio, teniendo el uso de la palabra, sería un loco; el que en ningún caso llora, teniendo el uso de las lágrimas, *es* un ateo; no cree en la Naturaleza, ni en el amor, *ni en el dolor, en nada*; y *no cree en nada*, porque nada siente: su corazón es insonoro, su alma es turbia, su pecho un terruño improductivo. ¿Este se llama filósofo? No; la filosofía del corazón, esa, es la verdadera: esa filosofía es húmida, esa filosofía es fragante, esa filosofía es suave, porque anda empapada en llanto; y es también armoniosa, porque los suspiros vienen sonando en ella. Privar al género humano de su parte más noble, quitándole la sensibilidad, so pretexto de filosofía, es mutilar la obra de Dios. ¿Qué vale la inteligencia sin los afectos? Un hombre sin otra cosa que ingenio, yo lo hago con las manos, puesto que un autómata puede ser obra de cualquiera; una criatura sensible, tierna, de cuyo seno se desprendan el amor, la compasión, la generosidad, y salgan volando afuera como una bandada de ángeles, no puede ser sino habilidad de la Naturaleza, *por obra y gracia de Dios*. El llorar es como el hablar, necesidad de la especie humana: carecer del órgano de las lágrimas, es ser mudo, con ese mutismo desprovisto de poesía que nos aleja de lo santo y nos arrastra a la materia.

¡No llores! ¿te he dicho por ventura? Al contrario, di rienda suelta a tu dolor, cuando al verme te tiraste de rodillas gimiendo desesperadamente. Sabías a qué iba yo; tu madre estaba en tu corazón, en tu memoria, a tus ojos, y sin pensar ni saber lo que hacías, te echaste por aquel suelo, como en presencia de un alto sacerdote: sacerdote, sí; sacerdote dela desgracia; he recibido las órdenes, y ejerzo mi ministerio de compadecer, y aliviar si puedo; de bende-

cir las virtudes y anatematizar el crimen y los vicios. La expresión del dolor verdadero es esa: el que quiere llorar santamente, llore de rodillas.

Y ella te veía: la tierra no se había aún apoderado de su cuerpo: a cuatro pasos de ti, entre cuatro hachas mortuorias, cubierta con un paño negro, se dejaba estar inmóvil: caídos los párpados, y viendo: torpe el oído, y oyendo: muerto el corazón, y sintiendo: sintiendo, viendo y oyendo de allá muy alto a donde suben *los justos*, y aun *los pecadores* agraciados por el Juez Supremo. La madre no muere para el hijo: colgada de Dios, pide por él, sus miradas atraviesan la eternidad, y le ve en el mundo: su oído escucha atento: ni los ayes se le escapan, ni es sorda a las necesidades de los que, padeciendo por ella, alzan los ojos y la buscan en las regiones infinitas de la gloria.

El alma vuela allá; el cuerpo vuelve a la tierra: cuando llegue tu día, irás a *encontrarla* en la mansión divina. Polvo es el cuerpo, y con todo tiene su religión, la religión de la tumba; tiene su templo, el panteón; tiene su altar, el sepulcro; tiene sus peregrinos, los deudos, los amigos de los muertos. Yo gusto de ese peregrinaje: un paseo en el cementerio es una lección profunda de sabiduría. Allá voy, amigo; allí encuentro al género humano reunido, nivelado, en gobernación perfecta: silenciosos, obedientes y ordenados todos: los que amaron: Abelardo y Eloísa; los que fueron opulentos: Casimiro Périer, Lafitte; los que cautivaron el mundo con su genio: Moliére, Racine; los que le deleitaron con el arte: Rachel, Talma; los que padecieron: Eloísa otra vez, y todos los demás; porque el dolor es semilla del corazón, dote de la especie humana, al cual no es posible renunciar, ni en medio de las riquezas, cuyas voces no se deja de oír ni al estruendo de la música que nos hace bailar furiosos. Ora alzes el harapo del mendigo, ora el purpúreo manto del potentado, allí verás en el centro del hombre un punto negro, que

se dilata y se contrae según los vaivenes de la suerte. Pregunta al rey, señor de pueblo, que vive mandando y gozando a banderas desplegadas, obedecido de sus súbditos, amado por sus queridas, respetado por los otros príncipes; rico de hacienda, fuerte en poder, ilustre de nombre, ¿cuántos días ha sido feliz en toda su vida, y te responderá: ¡catorce! Pregunta a la mujer hermosa, que ha dominado en los corazones, ha hecho víctimas y esclavos, harta de riquezas y de pompa, contoneándose como un orgulloso cisne; pregúntale cuántos días ha sido verdaderamente dichosa, y te responderá: ¡cuatro! Los demás son de la inquietud, de la zozobra, de los temores, de los celos, del arrepentimiento, de las ambiciones, de la cólera, de la envidia, de las amarguras, del fastidio, del odio, y la mayor parte, de las enfermedades y el sueño. Conque ¿cuántos días se vive? Conque, viviendo, ¿cuántos días gozamos de felicidad acendrada? Grande, antigua y triste afirmación: nadie puede llamarse feliz sino el día de la muerte.

En realidad de verdad, si lloramos lloremos por los vivos: los difuntos, ¡ah, los difuntos no padecen ya! la orfandad merece compasión de veras. Pobre amigo, solo estás; pero yo ¿qué tengo? Acostumbrado a ella desde la infancia, apenas guardo memoria del paraíso; echado de ésa, no por cierto cariñosa para mí, que suele llamar patria, ando por el mundo sin saber como ni hasta cuando. Mas por ahora tu dolor es más sagrado: ¿quién se atrevería a hablar de sí a uno cuya madre murió ayer? ¡Santa llaga la del pecho corroído por esas lágrimas! ¡Santas lágrimas las que brotan de la piedad filial! ¡Santa piedad la que santifica a los padres! Una tumba está delante de ti: híncate, híncate otra vez.

París, 20 de septiembre de 1869. JUAN MONTALVO.

6471. PARÍS
IMPRENTA CHARLES DE MOURGUES HERMANOS, RUE J. J. ROUSSEAU, 58

## VIII

## DEL ORGULLO Y DE LA MENDICIDAD

YENDO a la mano de Dios por las calles de Córdoba, di en una plaza que ocupó mis ojos con espectáculo extraño y miserable: era una muchedumbre y canalla de gente en harapos, socavado por el hambre el cuerpo, el color ennegrecido a la intemperie: al parecer a cada cual le aqueja la calentura o la icterisia según el desencaje del rostro y lo acoquinado de los miembros. Y esta legión de fantasmas porfía, se apiña, ahincadamente hace cada uno por ser de los primeros en escaparse por la callejuela hacia la cual echo de ver propenden todos.

No fué corto mi asombro de esta inspirada escena—horrible pesadilla si no hubiera estado tan despierto—. Mas diré sin rodeos y de plano, que todo no era sino la distribución de limosna hecha por un piadoso a los mendigos del lugar, por costumbre una vez a la semana.

Tener hambre, ser pobre y sin ventura es lo que cupo en suerte a los dos tercios de los hombres; mas en ninguna nación los ví de pelaje tan revuelto, de aspecto tan divulgador de la miseria, ni tan numerosos y atumultuados en ciudad tan reducida. Italia y España son las tierras de mendigos; empero ni los desnudos de Nápoles me acocearon el corazón al paso de esas cadenas de infelices, siguiendo a gritos el carro del viandante que pasa por las llanuras de la Mancha.

A fuerza de rozarse con el infortunio se curte el sentimiento; digo tal, porque apenas vi uno solo de entre los con quienes viajaba, que echase un sueldo al pobre cuya vida pende acaso de cosa de nada. ¿Y quién lo dijera? esa dureza tiene la raíz en la razón; ¿qué sumas bastarían para aliviar tanta desgracia? ¿qué comida para tanta hambre? ¿qué vestidos para tanta desnudez? Desnudez, hambre y desgracia superiores a cualquier hacienda, por rico que uno fuese. Con no tener para todos, no tiene para ninguno, si era de mala justicia y de peor sonada, entre dos que se mueren por el mismo respecto, salvar a tal, y a cual dejarte a la desesperación.

Es avieso el ánimo del hombre, de manera que halla consuelo en ver seguir a muchos el mismo triste rumbo de las miserias suyas; a este tenor el cautivo quisiera compartir su suerte con cautivos, el desterrado con desterrados, el leproso con leprosos. Van fuera de esta cuenta las tropas de vestiglos que nos salen al paso en las aldeas de España y se vienen a nosotros aullando cual tropel de hambrientos perros: los tales desearían ser solos, únicos en el mundo; porque le dé un cuarto el pasajero, porque este cuarto no le dispute nadie y por no tener con quien pleitear el mendrugo o hueso lanzado por ventura de una *tienda. No pocas veces se dan riñas entre mendigos,* en términos de hacerles una mala jugada con echarles dos monedas o un triste panecillo; gruñen, se pisan, se atropellan, se dan de navajadas, bien como los puercos debajo de la encina, si escasea la bellota; y hechos los miserables un ovillo, entre tierra y lodo, arrancan el pedazo de metal que va a darles que comer a vuelta de dos días.

Ha de tener mucho del demonio quien no lleve el corazón al torniquete en vista de espectáculos como esos; de mí sé decir que se me iba quebrando el alma, y empapados sus fragmentos en un raudal de lágrimas interiores, corría por el cuerpo, causándo-

me grandes estremecidas y alborotos. Cada vez di fondo en breve con las monedas de cobre que al efecto me las traje conmigo, y después nada podía dar a tanto moribundo, si no era ya mi buen deseo y frío sinsabor del alma.

No hay encarecimiento en lo que digo: viajando por la Mancha detúvose el carruaje al entrar de una aldehuela; nubes de pordioseros caen sobre nosotros, bien así como bandas de langostas sobre la cementera en ciernes, o de cuervos sobre la res del mulador. Entre la canalla infinita que baila, se estrecha, codea y mete la cabeza por las ventanillas, está una mujer del más extraño aspecto; su color frisa con el de los gitanos de Granada, cual si le hubieran espolvoreado hollín en el rostro; los dientes largos, con una capa de enjundia verde y espesa; la pupila como nadando en un pozo de ocre desleído; mechones de cabello aquí y allí, con lunares de calvicie en donde quiera; manos secas y huesosas, de uñas curvas, propia para las horquetas de que Dante arma a los diablos de su Infierno. Y este conjunto de deformidades cubierto de medio cuerpo abajo de un sayón amarillo y agujereado, remendado, desflecado, volantes los girones con el viento, para poner al aire sus piernas cenceñas, bazas y nudosas; el seno va desnudo; los pechos colgando y laxos como los de las hotentotas; sólo la espalda le cubre uno que sería franizuelo, sujeto a la garganta por dos puntas, a modo de capa de coro. Y esta infeliz mira con un mirar que muele el corazón entre dos piedras; y se deja estar ahí sola en el medio del gentío y nada dice donde todos aullan, piden y ruegan, dando al suelo las rodillas y al cielo las manos juntas.

Herido de tal vista, uno de los del carruaje el cual me dijeron ser un gran físico de Madrid, hizo del ojo a la mujer para que se acercase—si mujer puede decirse ente tan degenerado—y preguntóle con cuyo motivo ese color y trastrueque de lo natural. Porque

no tengo casa y estoy día y noche en el campo, y como yerbas, respondió. He aquí una criatura humana *convertida en bruto; vive a sol y sereno; cubre* la pudicicia con un andrajo que halla en la basura; ramonea los arbustos; vive a pasto de yerbas. ¿Habría algo que dejar al salvaje más embrutecido? Los Samoyedos y Kamtschadales tienen su gruta, si bien de nieve, hártanse a su salvo de focas de su pesca, y se tienen por bien hallados con su suerte.

Los pueblos vanos son industriosos, ya que para fomentar el auge de sus caprichos, han menester industria e inventiva. "De la vanidad resultan innumerables bienes—dice Montesquieu:—industrias, modas, arte, lujo, modales y gustos, hijos son de la vanidad; es mayor, empero, la descendencia del orgullo, si bien en sentido contrapuesto, porque da cuna a *males infinitos, tales como la pereza, la pobreza,* el abandono, la destrucción de las naciones que el acaso ha puesto en su poder, y la ruina propia. La pereza es efecto del orgullo, el trabajo de la vanidad; el orgullo del español le hace mirar en menos el trabajo, donde la vanidad del francés le induce a trabajar mejor que los demás. Toda nación perezosa es grave, porque los ociosos se tienen por soberanos de los trabajadores" (1).

Habla el filósofo de tacto cierto, que juzga siempre de las cosas a juicio de buen varón. El orgullo de los españoles da margen en realidad de verdad a las miserias de que habla ese grande hombre. Y no son puras teorías del ingenio, visto que habla con los *hechos, y con la historia en la mano alza el grito* contra el orgullo de este pueblo, al paso que deplora sus lamentables consecuencias. "¿Qué de bienes no pudieron hacer los españoles a los mejicanos?—prosigue el mismo—; pudieron infundirles una religión de paz y mansedumbre y les dejaron una superstición

(1) Esprit des lois. De la vanite et do l'orguoil des nations.

furiosa; pudieron libertar a los esclavos y esclavizaron a los hombres libres; pudieron desengañarles del abuso de los sacrificios humanos, y en vez de eso les exterminaron. No acabaría si hubiera de referir los bienes que dejaron de hacer y los males que hicieron".

Mas nada nos maraville si estos conquistadores proclamaron el derecho de esclavitud contra los americanos, no sobre el de conquista, pero sobre que los aborígenes no llevaban la barba a lo español, y comían cangrejos y langostas (2). Claro se ve el orgullo en esto que parece desvarío, los no como ellos, y que no hacen lo que ellos, son sus inferiores, sus esclavos, sus víctimas; víctimas digo, si yermaron todo un continente, por asegurar su posesión y sus riquezas. "Misa o muerte", decía Carlos IX a Enrique de Bearne y los señores que tomando cartas en las creencias de los hugonotes, no las tomaron en su exterminio. "Misa y muerte", "oro y muerte" es el mote de las banderas de Cortés y de Pizarro.

He aquí uno de los efectos del orgullo de esta raza; la pereza es otro, y la pobreza, el hambre, y abandono. ¿Por ventura los términos de España no se extienden más de lo que la población demandaría? ¿No son fructíferas sus tierras a par de las mejores de Europa? ¿No las bañan grandes ríos, y los montes despiden a los llanos infinidad de arroyos? Las costas ofrecen los mejores puertos, y no comercian; el suelo es feracísimo, apenas si requiere la mano del hombre, y no siembran; hábiles son e ingeniosos y no cultivan las artes. Viene todo de que, sus buenas cualidades mismas, en unión deslayada con sus defectos, no hacen sino acarrearles atrasos y penurias. "La buena fe de los españoles ha tenido fama en todos tiempos: Justino la pondera en términos de hacerles mártires de la fidelidad (3). Y esta

(2) López de Gama, Bibliot. Ingl.
(3) Esprit des lois.

misma buena fe guardada en tiempo de Justino, la guardan en el día por manera, que al comerciar en Cádiz y fiarse de españoles, nunca se da causa para arrepentirse. Mas esta propiedad admirable, junto con la pereza, forma un todo muy perjudicial a la nación, *si a sus ojos mismos* hacen los pueblos de Europa todo el comercio de la monarquía".

Al César lo del César; la buena fe a los españoles; pero ¿quién les quite el ocio y su séquito de males?

Téngase por sin duda, hay alteza en el orgullo; mas ha de ser con aquel temperamento de no dar por sí motivos en cosas que nos acarreen lo vil de la penuria extrema y voluntaria. En Lacedemonia se tenía por infame toda industria, ajeno de trabajo el hombre libre. Licirgo dió en la cuenta de que, a una nación criada para la guerra, que vivía y medraba por las armas, no eran conducentes las artes afeminadoras del cuerpo y el espíritu. Lo cual puede correr y pasar en repúblicas de estrechos lindes, quienes, a fuer de amos, viven en su casa por obra de los siervos. Los lacedemonios podían prescindir del laborco de las heredades y no cansar con el timón el brazo, si le habían menester para la espada; ¿faltábanles por ventura quienes sembrasen y cosechasen para ellos? Si va a decir verdad teniendo ilotas, ya puede guardar las manos limpias el que admite por justo darse por superior a toda faena.

Los lacedemonios pudieron no mirar en el comercio, y dar de infames a los que lo practicaban; lo pudieron si era tal la llaneza de sus costumbres y sencillez de trato, que les eran por demás los aperos de esa profesión. ¿Mercadear los lacedemonios? ni como darse tenían a tal cosa, habiendo echado de sí con escarnio, oro, plata y riquezas de cualquier linaje, viles todas a la luz de las virtudes de esos hombres. Estímanse los tesoros en Esparta; son empero los del valor y la honra; una madre hinda y esconde el puñal en el pecho del hijo que volvió el rostro en la

pelea; *¿no es esto tener un tesoro en el alma?* Ricos eran esos hombres en grandezas, virtudes y amor patrio.

Los lacedemonios pudieron tener en menos las artes, y a su salvo *darlas por prohibidas* en la república; lo pudieron en virtud de las no muchas necesidades suyas, y de lo rudo de sus hábitos, nada conformes con la molicie y blandura de aquellas invenciones—*puro boato del ingenio.*—"*Los trescientos* esparciatas" no quieren planchas de bronce para grabar en ellas sus proezas; voces tienen los Termopitas que aturdirán hasta el último siglo el Universo. Los emperadores de Roma se labran estatuas y pónense en medio de los dioses del Olimpo; no por esto las generaciones les conocen mejor que a Leonidas.

La morada de los reyes de Lacedemonia eran ni con mucho superior a la de los particulares; armazón de rudos leños, puertas a sigue martillo, y como salgan, ni apenas mobiliario, sino rústico y de cualquier modo; la ley *prohibía todo primor y comodidad*, adentro como afuera, desterrando por el mismo caso la suma de las artes, por tanto extremo enaltecidas por esta llamada civilización, acaso nada más que una barbarie de otra clase. No trabajaban pues los hombres libres de Lacedemonia; mas no se sigue de aquí que vivían en el ocio; ruda ocupación era el gimnasio al par que provechosa, de donde no se veían salir sino para ejercitar las astucias del *robo* o exponer la vida matando ilotas por orden de los eforos; así aprenden a hender la jabalina en el pecho de los enemigos, para cuando se hallen a brazos con los persas por la libertad de la patria, y con los atenienses y beosios por el imperio de Grecia y la servidumbre de los otros pueblos.

Por donde se ve que el ocio del español ni por asomos frisa con aquel *no trabajar* del espartano noble y de mayor sustancia que parece. El español tuvo ilotas a su vez; pero ni antes de tenerlos, ni después

de perdidos se vió más agencioso. No ejercita el cuerpo en el gimnasio; sus leyes no le prescriben la rapiña, y por lo tanto si se mueve para eso, no es a fin de labrarse un quehacer o ejercicio; no va la guerra por costumbre, ni sería posible fuese el pueblo todo, bien así como en lo antiguo los estados belicosos al par que nada extensos. ¿Qué hace pues el español? profesa el quietismo de los turcos.

Los felgas y los gayas abonan el suelo con el sudor de su frente y las lágrimas de los ojos; el indolente musulmán y el mameluco no alzan el brazo sino para herir a esos infortunados, y se dejan estar, bien así como señores, en tanto que los esclavos les procuran el sustento . . . ¿dónde están los felgas y los gayas de los españoles? ¿quién trabaja para ellos? Si las tierras y los mares les ofrecieran de su buena gracia frutos sobrados para la vida, al modo que a los topinambues de Africa, aun no tan malo. El mismo Nilo empero, pide la ayuda del hombre, y los egipcios, con ser tan espontáneo no alzan la mano de la labor del suelo.

Los ámbitos de España son más espaciosos que los de Francia, su vecina; en ésta revierten ya los hombres y se salen de madre, mientras la mitad de la otra se está despoblada y yerma. Sólo el que no halla trabajo o no le habilita la salud, no halla sustento en la una; en la otra a nadie le faltaría en que ocuparse; y hay no pocos que se comen los dedos a fuerza de no emplearlos.

Si algún español se enfervoriza de oír este discurso, véngase conmigo por esos pueblos de Dios y váyanme diciendo qué quieren, qué piden, qué dicen, esas sartas de semihombres, viejos, no, mancos no, enfermos no, pero todos cariacontecidos y ahilados por el hambre que nos siguen al pie como llorando. Esas medallas que ciñen el brazo de muchos y en gordos caracteres expresan: *mendigos* ¿dannos a entender alguna bienandanza? esos espantajos que de

trecho en trecho, cual mojones de la ruta, nos vigilan, y al pasar se nos vienen luego con lastimera voz, ¿píntanos quizás cosas alegres? Esas tropas que se aferran al rodaje de los coches y siguen el hilo de las caballerías hasta dar consigos desalentados en el polvo, ¿muéstrannos tal vez el buen paso de la vida? Estemos a razón: los españoles podrían trabajar y no trabajan; el orgullo es la raíz del ocio, inveterado ya en la raza; el ocio y la indolencia padrean y dan la *familia numerosa de mendigos, confirmación inapelable* de las máximas de Montesquieu y de los relatos de los viajeros.

Y no se nos llame a residencia, con decir que dimos golpe en vago, respecto a notarse gran movimiento de industria, no cortas empresas de caminos, reforma y construcción de flotas en España; porque bien apurada la cosa, debajo de aquel meneo mullicioso, se descubre un móvil extraño, capitales de allende los montes y los mares y la inquietud emprendedora y codicioso ahinco del francés. Los ferrocarriles al presente en obra, por la mayor parte son resultas del oro y dirección de otras naciones; que ello sea absoluto, no se puede aseverar; ni será posible dejar todo y por completo a la no propia mano, si la prosperidad y el bien serán de España.

La agricultura en Grecia se dejaba casi siempre a naciones vencidas, a esclavos; así los ilotas en Lacedemonia, los penestinos en Tesalia, Aristóteles pide a las buenas repúblicas no conceder por ninguna forma derecho de ciudadanía al *artesano*, y Platón impone castigos severos a los traficantes. El legislador de Atenas, más sabio que todos, se sale de este camino, con prescribir el trabajo y conminar el ocio; los atenienses estaban obligados por una ley a dar cuenta a los magistrados del modo de vivir de cada cual, sin que a nadie le fuese concedido prescindir de una ocupación honrosa, y lo eran todas las que naturalmente pueden serlo. Ley admirable, por don-

de al paso de no haber quien adolezca de penuria, se daba una raíz a la moral, quitando al perdimiento el resquicio de la holgazanería. De aquí es que el pueblo de Atenas era por extremo comerciante, poseía el dominio de los mares y acarreaba de Tiro, Egipto y las ciudades más remotas aquel ajuar indispensable de riquezas donde el lujo no tenía trabas y la magnificencia era como una diosa. Alcibiades se muestra en la plaza de los oradores arrastrando el espacioso manto de púrpura en términos de rey; la muchedumbre aplaude, los graves admiran en silencio, y los arcontes no tienen que decir a vista de tal fausto. ¿Quién se hubiera atrevido en Esparta a salir del ras de lo común? la túnica insuave es para el mozo de agua y lana como para el senador, para el mancebo de Academia como para el gran Agesilao. ¿Ni cómo hubiera podido ninguno resaltar entre los habitantes? El primero que se atrevió a ser rico, murió a manos de los Eforos, heridos de ver oro en Esparta.

No en razón de esta inutilidad de las riquezas, los españoles desestiman el comercio no menos que la agricultura; nuestro siglo y costumbres las piden so pena de quedar de bárbaros, y, lo peor de todo, so pena de darse a la necesidad, no habiendo quien sufrague para nadie en estos miserables días. Los públicos banquetes, las meriendas comunes a donde concurrían desde el rey hasta el huérfano, no son de nuestros siglos; trae cada uno su porción a la derrama general, y el que nada tiene nada trae, y por eso es menor su parte, sino en castigo de una falta. Fraternidad de dioses y de lacedemonios, temperancia sin par de los segundos, si se daban por bien hallados con su "salsa negra".

Según andamos de viciados y ajenos de virtudes, no nos arma el hacerlo que en Lacedemonia requerimos buen paso, distinción y gusto en las cosas de la vida; trabajemos; hemos de andar cubiertos de los pies a la cabeza; comerciemos, vámonos a buscar

en otras naciones las telas que nos cuadren, si la nuestra inventiva no se acomoda a urdirlas en telares propios; paladeamos los frutos de las heredades, nos damos el regosto de lo mejor; abonemos, sembremos y la copiosa ciega no ha de burlar al apetito.

Los usos en España echan narcóticos al sueño natural que ya la aqueja, dando cabida al ocio por mil suertes; el monacato fué en todos tiempos el sumidero de la industria, si, como es patente, robaba a la sociedad infinitos brazos, que reclamaran el cultivo de la tierra y los oficios de necesidades o de provecho. Asimismo los tesoros de la nación han ido a parar casi en un todo en los conventos, haciendo de un abad un potentado, de un provincial un grande; sibaritas de más de la marca, injustos respectos de sus semejantes tanto más, cuanto que monopolizaron los bienes comunes sin la menor zozobra. Y dados a lo físico, bien como ese rey de Asiria que hizo gravar al pie de sus estatuas esta maravillosa advertencia: "Come, bebe, diviértete; lo demás no es nada", comían, bebían, se divertían, y lo demás era nada ya que la ignorancia parte de su pompa.

"Non saben las palabras de la confirmación
Nin curan de saberlas, nin lo han a corazón
Si puede haber tres perros, un galgo et un furor.
Clérigo de la aldea tiene que es infanzón" (4).

He aquí el concepto del canciller de Castilla acerca de esas tiramiras de pseudo-sacerdotes, encerrados por el día . . . en los monasterios, a fin de sustraerse a los quehaceres indispensables para la existencia, y a sus anchas saborear lo ajeno hasta el empalago. Los monjes maromitas que pueblan las faldas del Líbano, sin otro tejado que las nubes ni más lecho que las hojas del monte, ni otra mesa que la leche

---

(4) López de Ayala, Canciller de Castilla.

de sus cabras; y contemplan en Dios, tornado el corazón de amor divino, ahijados con la naturaleza y los arrobos de la soledad; esos son hombres santos, porque no aspiran al festejo de la carne, y amparan cuanto pueden a los desgraciados, recogiendo al viajero sin norte, y calentándole al fuego del hogar silvestre; oficios verdaderamente fríos y merecedores del acato y alabanzas de los buenos. ¿Cuál fué por el contrario la ocupación de esas sartas de haraganes que se embaulaban media España? ¿Qué hacían en pro del género humano?

Et si estos son ministros, sonlo de Satanás,
Ca nunca buenas obras tu facerlas veras.
Cuando el canta la misa, "ella" le da la oblada.
Et anda, mal pecado. Tal arden bellacada.

¡Cuán fiel retrato de los frailes y de la condición suya! Porque, como se va por ahí cantando el refrán, "todos son unos"; y si el canciller de Castilla los tuvo por no tan buenos, a Dios gracias, no les tenemos ahora por mejores. Alumnos de Sardanapalo, inscriben en las fachadas de sus monasterios atroces injurias a la Providencia: "Come, bebe, diviértete, lo demás no es nada" toma la mujer del prójimo; conviértete en lluvia de oro, como Júpiter, no dejes virgen en la tierra; sobre todo, no trabajes.

"Et nunca tales fechos recibe escarmiento
Ca su señor obispo ferido es de tal viento".

Gloria al señor, ya en España acabó tanta miseria; gloria al señor mil veces si acabase en todas partes. Si el monacato empero, una de las causas del ocio y de la hambronería en España, vino al suelo a poder de la razón, esto no dice que allí no se haya favorecido a la pereza, lejos de acortar la rienda a la natural propensión de esa familia. España sigue

pobre, a despecho de sus revoluciones tempestuosas contra los tiranos, y sus riquezas naturales y los tesoros sin cuento acarreados de las tierras de su conquista. Dase por cierto que los españoles transportaron de América a Europa, más oro y plata que nunca se había visto en este continente. ¿Qué fué de sumas tan descomunales? Pasaron por ellos a repartirse entre las otras naciones, sin ser los dichos sino unos como agentes o mayordomos, por cuyo medio los demás se atesoraron. Por que los metales no constituyen la riqueza de una nación, por cuanto son dignos meramente de valores, y nada dicen cuando faltan las cosas de consumo; quien los posee, daralos a trueque de lo pedido por las necesidades; y cuando fuesen crecidos sus acopios, y más si son de fuentes mal habidas y remotas, habrán al cabo de agotarse.

Un publicista acertó a decir que a España le había sucedido con las Indias, lo propio que a ese rey antiguo cuya avaricia le cavaba el sepulcro delante de los ojos; pidió a los dioses tanto oro cuanto contuvieran las entrañas de la tierra, y a modo de chocarrería, pidióles también la virtud de convertir en oro los objetos que tocara. Los dioses le escucharon. ¡Infeliz! Lleva el pan a la boca y muerde un pedazo de oro; quiere humedecer los labios y el vino se le coagula en oro. Medusa vuelve en piedra lo que ve. Mas siniestro poder el de Midas, porque es contra sí mismo, mostrándole la divinidad, cuanto le es detestable la avaricia.

Tal le pasó a España: acodiciada a las preseas de América, embebida en los veneros de las Indias, hínchase de oro, y descuida lo mejor, para hallarse luego sin otra cosa que metales para alimentarse. El bien que no estriba en firmes raíces, es volandero y vamos fuera de camino, si nos fiamos de él para lo porvenir. De aquí es que las aduanas serán tenidas malamente por ramos políticos, por cuanto pue-

de trabucarse el comercio en las ciudades marítimas, y hasta desaparecer de todo punto, al modo que ya se vió más de una vez; Constantinopla trajo a tierra el antiguo comercio de Cádiz, el cual no volvió a erguirse sino con la conquista del Nuevo Mundo por los españoles; perdido éste, Cádiz entró en la nada, y así permanecerá si el cielo no remedia.

En este concepto los economistas tienen por bien averiguado que la labor del campo es la sola fuente de riqueza verdadera (5).

En nada miran menos los españoles que en esta fuente de riquezas; ya hemos visto como siempre han echado leña al fuego, con hacer redondamente lo contrario de lo que prescriben las legislaciones remiradas y el juicio de los doctos; esto es dar regazo a la pereza natural en ellos; labrar alcázares al ocio y hacerles nadar en lo superfluo. En tanto que los a quienes no cabía en suerte la fortuna sin reparo preferían la mendicidad y el bandidaje al honesto empleo de los brazos.

El español se duerme en las pajas, tal es el genio suyo. Veo la sañuda altivez que cobija en su corazón y el menosprecio con que da de coces al trabajo, teniendo para sí que va más en no doblar la frente al polvo y sufrir las angosturas de la suerte que en atesorarse, domeñando las repugnancias del orgullo. Severo y mesurado, calla cuando puede, y su catadura avienta, por decirlo así, la gravedad de que se halla investido a dos leguas en contorno. Por sobradas de mugre que vengan las vueltas y el cuello de la capa, se le arrebuja con el mismo entono y prosopopeya que si fuera un manto real; va despacio por las calles; hace a pausas todo y con suma gravedad y vive convencido de que la suya es la primera nación del mundo, y él el llamado para dirigirlo. En el personal y corte de índole de este europeo, si le des-

---

(5) SMITH, Sismondi de Sismondi.

cartamos de sus tachas, le da tanto de noble, que sin pena se le tomaría por un rey destronado, sufriendo honrada y dignamente los vaivenes del voltairo mundo. No seguiría, no, los pasos de Dionisio, con frecuentar las tabernas de Corinto y andarse borracheando por las encrucijadas, después de haber sido tirano de Siracusa. Si cada español, con efecto, se viese muy descoronado, paréceme guardara la constancia de Agis, sin olvidar los preceptos de Platón.

Estos son los toques principales de esa raza, y la humillación precisa a que empuja el infortunio, digo el hambre, no es artículo suficiente para contrarrestar el carácter general de pueblo tan sonado por sus hechos en la historia. Nácele del ocio la pobreza el cual tiene su lecho en el orgullo; cimiento que a mi ver se da la mano con el de los antiguos edificios de Roma, alzados sobre medallas de oro que en las zanjas echaban los cónsules o reyes. Guárdeme Dios de cohonestar el ocio, digo solamente: el vicio es menos detestable si no procede de linaje ruín ¿y quién diría que entre los defectos el orgullo no sea el más propicuo a las virtudes? Por orgulloso es grave el español, de la gravedad se derivan no pocas cosas buenas; por eso mismo goza del raro don de la fidelidad, como ya lo dijo Justino, quien añade, que se hubiera dejado arrancar la vida, y no negado un depósito traído a su custodia.

El autor del "Espíritu de las leyes" lleva adelante su sistema, con decir que la vanidad sólo produce bienes, el orgullo sólo males. Si nos cupiese balbucear nuestro dictamen al lado del varón clarísimo, diríamos que eso será teniendo en mira la conveniencia, medro y acomodos materiales; tornando a lo moral los ojos, ya se revuelve el fuego. La vanidad propende a lo necio, lo ridículo, lo vil; el vano rompe por todo con tal de llevar a cima sus frivolidades; y este es un mal; el orgulloso se priva de buen grado de lo que sólo puede proporcionarle el abati-

miento; y este es un bien; el vano conoce apenas la dignidad, y da con ella en el cieno así como lo cree oportuno; el orgulloso le guarda con el mismo temor que la virgen su honra, daría todo por tal de no tiznarla. Los males que el orgullo cría son de otra suerte, y no así como quiera; mas entre el vano y el orgulloso, pase el segundo, bien así como entre el vil y el terco no puede haber balanza. Sea en buena hora rico el uno y pobre el otro; lo más atinado fuera venir al caso de Temístocles, de desear un hombre que necesite de riquezas y no riquezas que hayan menester un hombre.

La pereza les labra a los españoles el mal—no corto eso si—de la pobreza; ¿cuán superiores no son empero en otras cosas a esos pueblos activos que tanto les dan en rostro con ese pecado? La Providencia guarda el cúmulo de sus dones en un gran almacén de muchas puertas; llama a las naciones por caminos varios; tal entra por una, cual por otra, y toma lo que allí se le ofrece, sin serle dado a ninguna andar por todas partes, surtiéndose de todo y lo mejor. ¿Cuéstanle algo esos bienes por ventura? (6)

---

(6) Los catalanes forman excepción y parecen proceder de otra raza. Ya hemos visto al hablar de ellos como cultivan hasta los peñascos.

# IX

# FORTUNA Y FELICIDAD

## SUMARIO

El lazarillo ciego, quienes son afortunados, quienes felices. El puñal de Bruto. Caín. La procesión *del Salvador*. De qué le sirve a un tiranuelo en estos países el jesuitismo. El doctor Guillotín. Horroroso tributo. Locura. Tracíbulo y los atenienses. Deserción de un presidente. El cronista de Luis el Grande. Singular, agraciada, elegante, donosísima vestimenta de Julio Arboleda. A Julio le crecen las narices una cuarta. Si monjas con barbas sirven para algo. Escala, no la de Mahoma. *Un padre de la patria* que no halla la puerta. Indiscreciones del duque de San Simón. Terrible familiaridad de don Tomás Cipriano. Sansón y Dalila. Cuales son las enfermedades de los valientes. Los rosarios del general Mosquera y los *beatos de Cabrilla*. Retrato de el diablo, por Callot. Don Tomás Cipriano echa a pasear al padre Lachaise. Provisiones de los jesuítas: cómo viajan estos varones ínclitos. Dialéctica de don Tomás. De qué le sirve la llave al que no sabe abrir la puerta. Gran junta de padres de la patria (yo no quiero decir *meeting*, por que no soy inglés). Como conspiran estos padres, y donde van a parar. García Moreno con braguero. Cual es el bobo. El nombre ridículo que tomó la fortuna, después de haber tomado uno muy sonoro. Si hay jesuítas mancos y tullidos. Los prófugos de la Carraca de sacerdotes en Quito. Quienes son los verdaderos jesuítas del Padre Moreno. Dos mil quinientos hombres de pelo en pecho huyen de cuatro viejas. Vuelve el doctor Guillotín. Estilo de "La Celestina". Jansenio. Quienes han sacado de la nada al que no quiere caer por nada. Nuevo método de delación. Como los tontos se dan maña en ser ingeniosos. Si *Paíta y Quito* se parecen en algo. Fuerza atractiva de la leche. Un disociador incorregible. Hay quienes se ordenan de verdugos. La escoria y el oro. Una prostituta fidelísima. Los tiranuelos y oligarcas de la América Meridional. Cosas que no le gustan a un sujeto. Don Quijote enjabonado. El perrito de don Juan Fausto. Efialtes y las Termópilas. Apotegma del Libertador.

EN un excelente escrito publicado en Lima por don Pedro Moncayo, este distinguido americano tira a demostrar que la omnipotencia y el mando sin fin de García Moreno en el Ecuador se fundan

exclusivamente en el *jesuitismo*. El jesuitismo es una de las mañas de García Moreno; que él sea fundamento de su poder, no es una verdad tan de a folio como algunos lo tienen creído.

Las razones de la fortuna son inaveriguables; nacen y se desenvuelven en sus oscuros dominios, donde nada se dilucida por los hombres. Aquel tiranuelo es ante todo afortunado: feliz no; afortunado digo. No hay felicidad fuera de la virtud: los crímenes y los vicios pueden rodar en armonioso acuerdo bajo el imperio de la fortuna, cuyas habilidades sobrepujan a las de la inteligencia.

Definir a esa divinidad, no es obra para mí; mas sin género de duda pertenece a las tenebrosas. Amiga de los perversos, les extiende la mano, y, ciega como es, les sirve de lazarillo. Ante ella abren los montes sus entrañas, y ponen de manifiesto el oro; los ejércitos agachan las armas y le saludan cabizbajos; las ciudades le reciben empavesando sus torres; las escaleras del palacio están bruñidas: el hijo de la fortuna sube tieso por ella, con largo sable que resuena en el mármol, o con el *manto negro* bajo del cual va martirizando al Cristo.

Felices son los hombres cuyas disposiciones morales les vuelven aptos para el bien, y cuya voluntad les da fuerza para verificarlo. Washington y Bolívar fueron felices: Melgarejo y García Moreno han sido afortunados.

El salteador que dirige su puñal de manera de herir en el corazón, y huye sin ser visto, es afortunado; el hipócrita que se sale con el engaño de sus semejantes y pasa por bueno, es afortunado; el tirano que se tiene firme, y goza de los bienes de la tierra, sin merecer ninguno, es afortunado: todos estos son afortunados, y no felices, por mucho que atribuyan a la Providencia el designio de mantenerles vivos y poderosos, y anden revolviendo el nombre de Dios en el cieno de su boca.

Felices son los héroes cuya causa es la libertad de los pueblos; felices son los filósofos que educan a los hombres y les amayoran con sus lecciones; felices son los santos que se sacrifican por motivos grandes, y *mueren como Jesucristo.* La virtud es el origen de la felicidad; y son virtuosos los que obran por el bien del género humano, ya con la espada, ya con la pluma, batallando con la gran mayoría de los inicuos e incapaces, y levantando el mundo con las palancas del valor y la sabiduría.

¿Con cuál de estos móviles levanta García Moreno el rincón donde brilla por su oscuridad? No lo levanta; lo hunde, lo abisma con mano de verdugo. Sus esclavos andan teñido el rostro con sangre corrompida: *ahora no tiene víctimas, porque nadie protesta*; todos son esclavos; y los que aprueban, aceptan o aplauden las obras de ese druida feroz, todos son verdugos. No así los que comen el hambre y beben la sed fuera de sus hogares, llorando las desgracias de la patria, o maldiciendo la prostitución de sus compatriotas.

García Moreno es afortunado: a la fortuna le debe su encumbramiento, a ella su permanencia, a ella su poder, y de ningún modo a sus méritos ni su fuerza. En esos tiempos en que la escuela de la libertad acababa de abrirse, y ya la había cerrado un hijo de la fortuna, no era el puñal de Bruto el que García Moreno aguzaba *en un luminoso retiro*; les engañaba a ustedes; el arma en la cual se estaba adiestrando desde joven era la mandíbula de asno que inmortalizó a Caín. El puñal de Bruto es hierro santo; no se deja tocar por manos parricidas.

Ese oscuro matador nunca gustó de una muerte justa o necesaria, cual hubiera sido la de uno de su clase: ¿no se le ha visto cargar al hombro los huesos del mismo a quien había querido asesinar? Tirano, ladrón, traidor, asesino un día antes: prócer de

la independencia, mártir de la libertad, padre de la patria un día después.

Y Flores no había variado; el mismo era al pie de la letra, viejo aturdido con los ayes de las dos mil víctimas de Miñarica, espantado con el espectro del gran Sucre.

Pues García Moreno que aguzaba el puñal de Bruto para Flores, le sirvió de burro en la procesión de *El Salvador;* por que le hizo entrar como Salvador en la ciudad de donde quería echarle como a Herodes. Es decir que ni antes ni después obró en conciencia ni por el bien general; no hacía sino fundar su tiranía, echando oro en los cimientos, o escorias e inmundicias.

El puñal de Bruto lo ha trocado con el hisopo, el manto de púrpura del romano por la capa tenebrosa del ave de rapiña. Mas el jesuitismo no le sirve sino para corromper y embrutecer a los pueblos, y de ningún modo para defenderse contra los que no pueden ser corrompidos ni embrutecidos. Desde Ciro, la política de los dueños de gentes es la corrupción y el embrutecimiento; pero dudo que estos resortes les levanten y les pongan superiores a los que no han rendido el cuello al yugo de la tiranía, ni han prestado el alma para que el tirano escarabajee en ella. Este es un mundo aparte que puede caer sobre él con el peso del Olimpo y reducirle a átomos imperceptibles.

✱ Gente oscurecida por la ignorancia, enfurecida por el odio, que hace guerra a muerte a Dios en el sacrilegio, en la calumnia, en el espionaje religioso, en el traspaso de las leyes morales y la corrupción de las costumbres, propia es para aliada de la tiranía; mas en buena guerra, no le sirve de nada, y guerra es lo que necesitamos. El furor de los fanáticos y los pícaros no se contenta con menos que con las llamas infernales para sus contrarios: lo probable es que ese establecimiento sirva para ellos. El doctor Guillotín murió en la guillotina.

Un pueblo que paga tributo de sangre, tributo de honor, tributo de conciencia, tributo de dinero, tributo de todo, y vive mudo o da las voces inarticuladas del idiota, no puede ser apoyo del opresor ni de los libres. Me dirá usted, señor don Pedro, que él sea el sostén del que le tiraniza, el norte del que le despeña, la luz del que le oscurece? No tiene en él un enemigo temible, cierto: pero ¿le defenderá cuando se le acometa, le levantará cuando se le postre, le salvará cuando se le pierda? No: por consiguiente el fanatismo y la ignorancia no constituyen la fuerza política de García Moreno. Esperar de los esclavos la libertad, hace tiempos que es locura: preciso es dársela, y a viva fuerza.

Lo malo es que Trasíbulo no parece, y los atenienses andan envilecidos y discordes. Denme ustedes una manga de valientes, y le echo por la puerta de los perros al afamado García Moreno.

Afamado por sus indignidades, poderoso por su fortuna, firme por la flaqueza o la ineptitud de sus enemigos.

En un conflicto de la patria, desierta el presidente y la abandona: el general en jefe, llevado de una abnegación y generosidad mal entendidas, se despoja del mando, se destierra, a despecho del ejército. Queda acéfala la nación, en manos de los oligarcas: García Moreno se levanta, por falta de otro. ¡Qué fuerza, qué gloria, tremolar la bandera de la muerte en un campo de ruinas!

Guerra a la Nueva Granada, por los motivos que dice San Simón, cronista de Luis el Grande, y no quiere decir mi amigo el señor Moncayo. Julio Arboleda le da de palos a nuestro buen García Moreno, y después se ríe de él como de un borracho. Cuando firmados sus convenios y establecida su amistad en la sólida base de la estima, iba a encaminarle hacia Quito, armó una banda de *cachiporras* para guardia de honor de su amigo, y al frente de ellos, tomó el

portante en junta del perdonado. Dicen que ese bribón de Julio se puso adrede un *poncho* de bayeta cuyas puntas iba arrastrando como cauda de canónigo; un sombrero de esos que no se admite en el monte de piedad, viejo cual la sarna, de ala caída, roto en mil partes, de entrar en cotejo con el de Gargantúa por lo grande. Empaquetado así, montó un filisteo de caballo, largo, seco, ñudoso, más triste que Rocinante, y salió a encaminar a su amigo García Moreno, tratándole de excelencia a cada paso. Iba éste encendido en ira, echando llamas por los ojos, brasas de las orejas. En llegando que llegue a su feudo había de vengarse con faltar a todos sus compromisos, romper todos sus juramentos, según tiene de costumbre. A don Julio le tocó a su vez el crecerle una cuarta las narices, que no las tenía pequeñas, y con todo no había olido el alma fraudulenta de su amigo.

¿Quién no hubiera sucumbido a ese golpe? García Moreno sigue de presidente, por obra de la fortuna, y no del *jesuitismo* ni de su importancia personal. Allí no hubo *pájaros negros*, hermanos cristianos, madres del Corazón de Jesús, frailes barbones, monjas barbudas, belermos, monacillos ni alforja. Volvió a Quito el presidente apaleado, y siguió apaleando. El tigre al perro, el perro al gato, el gato al ratón —sublime escala donde los hombres ejercitan sus fuerzas.

Y volvió solo el perro: ¿por qué no le esperaron con el festín de la horca? Porque otro *padre de la patria* se opuso con tenacidad (miedo, bajeza, *lacheté*), y dijo que él no entraría al palacio por la ventana sino por la puerta. Como si para él hubiera puerta.

Guerra a Colombia, no ya por causa de Popea (señor duque, no lo diga tan duro). Viene nuestro don Tomás Cipriano, y tuta tuteando a Flores: Juan José por aquí, Juan José por allí, le da en la ca-

beza, y le manda rabo entre piernas, que no sabe donde parar el viejo.

Vino doña Dalilita
Y con una tijerita
Le dejó mondo y lirondo.

Mondo y lirondo se murió el compadre. Sus amigos juran hasta ahora que de mal de orina: yo no me opongo: bala y espada son enfermedades de valientes; el campo de batalla su sepulcro. En cuanto a la opinión de don Tomás Cipriano respecto de Juan José, ignoro si él está por el mal de orina.

Aquí tampoco hubo jesuítas, benedictinos, cartujos, monjes de la Trapa, cofradías, espionaje religioso, afiliaciones de viejas, *beatos de Cabrilla* (aunque sí algunos *niños de Ecija*), ni cosa que lo valga; antes don Tomás Cipriano les dió en los hocicos con unos rosarios de media vara a los *beatos de García*, con avalorios como nueces, y más relicarios que bayonetas. Así es que el general Mosquera, después de cernirlos a balazos, les ahuyentó por la virtud de la cruz, y les probó que ellos eran los *herejes*, puesto que corrían. Lo que puede un sastre.

¿Creerán ustedes que García Moreno se queda parado todavía? Carlos el Temerario acaba en Pultava, Napoleón el Grande en Waterloo, Napoleón el Chiquito en Sedan: García Moreno, más grande que éstos, queda en pie, habla como triunfante, y gallea, y tiende el ala, y hace la rueda, con moco de a tercia, mamilas como pelotas y enormes garfios en las patas.

Ponga la mano en el pecho, dígame usted, señor don Pedro, ¿es obra de los jesuítas o de la fortuna? La fortuna toma mil nombres: aquí se vino a llamar Tomás Cipriano de Mosquera, no nada jesuíta, por que él no ha querido oír el consejo del padre Lachaise. Los jesuítas tenían hechas sus maletas, y provistas sus alforjas de custodias, copones, patenas,

queso y lo demás; y era de verles escurriéndose por esos caminos de Dios como quien no dice nada.

Ustedes tienen la culpa, dirá el general Mosquera; ¿por qué no le cogieron entonces al Padre Moreno, le mataron y echaron a los perros?—Por que los padres de la patria no quieren entrar por la ventana sino por la puerta, señor don Tomás; y como no tienen pulso, no aciertan a abrirla, y se han de quedar dos mil años con las llaves en la mano, como Diómedes de Pompeya.

Revolución en Quito: revolución cuajada, madura, llena, de las mejores: no había sino que oír misa y ahorcar a fray Gabriel. Los padres de la patria se reunen.

—Esta noche.

—¡No señor! mañana.

—Mañana es día de fiesta; pasado mañana.

—Pasado mañana es jueves; esto debe ser el sábado.

—¡Qué sábado! son cosas que se hacen el lunes.

—El lunes me voy al campo; será el martes.

—Bonito . . . El martes estoy ocupado; déjenlo para otra día.

—La semana entrante.

—Mejor será en enero.

Oficiales y soldados esperando, desesperados por dar la voz, y los padres de la patria unos yendo a misa, otros a la escuela de Cristo; éstos a los gallos, ésos a hacer testamento, sin hallar día para levantarse. La víspera de la libertad, sale García Moreno como toro con braguero, saltando y mugiendo por esas calles, que no le queda bicho en su lugar. Los padres de la patria al patíbulo, a las mazmorras, al escondite, hasta la venida del Mesías.

Con semejantes patriotas ¿no ha de haber jesuitismo? Hay frutas que se pudren antes de madurar del todo; conviene cogerlas medio verdes. Los que jamás ven la hora adecuada para los hechos del valor,

no han nacido para cosas grandes: ordénense, y sirvan a García Moreno.

Revolución en Guayaquil, estallada, con sangre, triunfante: cosa de jóvenes al fin. Allí no hubo padres de la patria, pero faltó la madre de todo: la inteligencia. El que se fía de un traidor consuetudinario ¿qué es? Un bobo. El general enemigo está prisionero; sus soldados huyen, se rinden: ¡Victoria por los libres! El general victorioso ha dejado al contrario, preso en su palabra de honor. ¡Palabra de honor en el Ecuador! ¡palabra de honor en los soldados! Entra el victorioso a consolar al vencido; al vencido, por su palabra de honor, hace matar por la espalda al que debía la vida. Revolución abajo.

Sigue en pie García Moreno: ¿Lo debe a los jesuítas, a los frailes romanos, a las monjas francesas, a las asociaciones de espionaje, a las congregaciones de infamia, a su previsión, a su poder? No; lo debe a la fortuna. Esta vez la fortuna se llamó Secundino Darquea, y no he sabido que este pobre hombre hubiese hecho lo que Luis XIV, afiliarse en la compañía.

El verdadero fundamento del poder y la perpetuidad de García Moreno es la vileza de sus enemigos; ellos son sus jesuítas, sus *hermanos cristianos*, sus *monjas del corazón*, sus reverendos galeotes, huídos de los pontones de Cartagena y la Carraca, esos buenos frailes españoles a quienes no pudieron sufrir en España. El *jesuitismo* no le sirve sino para hacerle enterrar una mujer y tomar otra, para inspirarle pecados inauditos y absolverle de sus culpas. Díganme ustedes, cómo le valdrían esos fantasmas contra un torrente de hombres impelidos por el patriotismo, enardecidos por el amor a la libertad, envalentonados con el fuego del corazón? Dos mil hombres robustos, dos mil proscritos entre los cuales hay todo, inteligencia, ciencia militar, valor, influjo, volviendo caras ante un puñado de frailes y una congregación de viejas ¿no tienen ustedes vergüenza? No barre-

ríamos con esa canalla pestilente, aunque la presida Satanás, si nos reuniésemos cuatro docenas, y fiásemos unos de otros? ¡Mire usted si la cogulla es buena para la guerra, y si el griñón de la monja y el cíngulo de la beata contrarrestan a las armas! ¡Dos mil quinientos hombres en ingenio, en armas, en sangre, la flor de la nación ecuatoriana, escondidos en el Perú de miedo de los frailes y las viejas de Quito! Señor, Señor . . .

Y los indios levantándose del uno al otro extremo de la república, cansados de la opresión, indignados de los tributos, exasperados de las mil formas con que el monstruo de la tiranía asedia a todos! Los indios, sin armas, sin caudillo, sin recursos materiales ni morales, se levantan y protestan contra el tenebroso despotismo de la clerigalla italiana! Los indios son ahora más civilizados, más caballeros, más hombres que los blancos del Ecuador: los blancos son negros: no tarda García Moreno en mandarlos vender a las costas del Congo y de Guinea; y así tendremos un *blanquero*, como hasta ahora ha habido negreros. Los que no somos carne de venta, nos hallamos fuera: la carne de venta está en Quito, en Guayaquil, en todas partes; y bien como los elefancíacos tienen la funesta propensión a contagiar su enfermedad, la *carne de venta* llama a los proscritos; y hay proscritos que se van; pero esos tienen de muy atrás la lepra en el alma, y se recogen al hospicio.

¡Indios, nobles indios! Ellos valen más que nosotros, por que se levantan, aunque sea para caer en su sangre. ¡Cazados con perros los indios, como en tiempo de Pizarro! ¿Qué maravilla, cuando a los blancos les cazan con frailes romanos, jauría mucho más famélica?

Un proscrito ilustre (carne de venta) acaba de irse de "la tierra de los libres" a la de los esclavos, diciendo "que va a confesarse, que es lo único que vale; y, si es posible, a meterse en un convento."

¿Qué otra cosa ha de valer para con el *blanquero?* Los amos de Guinea quieren carne confesada, aunque podrida: ¡al confesonario! En la tierra de los libres no se sufre canalla con pecados de traición, esclavitud, y . . . si las hay, otras cosas peores. La *carne de venta* es plato del verdugo. Que se confiese: aunque para ser el más aprovechado discípulo de Satanás, no ha necesitado ese requisito.

Y dejen ustedes que García Moreno se confiese también y comulgue por su parte: con dos o tres arrobas de hostia en el estómago se ha de ir a los infiernos, y allá se averigüe él si las digiere o no. Lo que importa es, no agarrarnos con los jesuítas a probarles que son malos, sino molestarle un tanto al pillo de su compadre con el invento que él mismo ha planteado en su reino. El doctor Guillotín murió en la guillotina. Puesto en sal García Moreno ¿qué nos importan los jesuítas? Ellos, menos delicados que los *padres de la patria,* no han de buscar la puerta sino la ventana para largarse. Véanlos ustedes como se alontanan por esos trigos . . . Qué haldas. Si entramos en argucias con ellos, nos hacen reventar como a Jansenio. La escoba, señor don Pedro, la escoba.

Insisto en que los jesuítas no son el fundamento del poder, la resistencia ni la estabilidad de García Moreno. Robles, quien le elevó, no fué jesuíta; Julio Arboleda no fué jesuíta; el general Mosquera no es jesuíta; y éstos le conservaron y afirmaron en la tiranía.

Manuel Bustamante extendiéndole la mano, cuando al poder de la imprenta se le tenía arrinconado, angustiado, perdido, no fué jesuíta: la fortuna se metió en ese bausán asqueroso, y obró por su protegido.

Camilo Ponce, traicionando a su hermano el presidente, conspirando contra el gobierno del cual era ministro (cuyo ejemplo había tomado del maestro

Espinel), poniendo maniatada la república en manos de su verdugo, fué jesuíta, es verdad; pero aun sin serlo hubiera hecho lo propio; ése nació para la traición y la ignominia.

Los que de Lima escriben a Paita, y estampan repetidas veces *Quito*, por equivocación, no son jesuítas. Los que escriben a Urbina comunicándole empresas revolucionarias que van a verificarse, obsequian de paso con una mentira a la ingratitud, y envían las cartas a García Moreno, por equivocación, no son jesuítas; son enemigos de García Moreno, esto es, espías de él, si no les designan para jefes supremos.

Los que denuncian *movimientos*, que no se hacen en Colombia; los que le ganan la voluntad al tiranuelo con infamias e indignidades, le piden los pies a besar, y se van tras el dedo untado en leche que les muestra, a firmar la escritura de esclavitud, confesarse y ponerse de venta, no son jesuítas; son vicepresidentes y ministros de Urbina el liberal.

Con estos hombres principales; con estos hijos de la honra; con estos patriotas ardientes y ciudadanos esclarecidos; con estos apóstoles de la civilización; con estas víctimas ilustres de la tiranía; con estos sujetos desinteresados y de buena fe, reconquísteme usted la patria, amigo mío!

Me volverán a decir que *disocio*. ¿es honra para nosotros vivir asociados con traidores e infames? Disocien ustedes, separen lo bueno de lo malo, lo cierto de lo falso, lo noble de lo ruín; nada ganamos con tener por verdad la mentira, por patriotismo la ambición, la ineptitud por suficiencia. Disocien ustedes (disociar es virtud en este caso), y quede a un lado la canalla que se acoge al amparo del enemigo mortal de cuanto hay bueno en el mundo, extiende el pie al grillete y la boca a la mordaza, por la cual no hallan salida sino las lisonjas al tirano. Hartos hombres de buena fe y de valer hay entre los dos mil quinientos proscritos que lloran la suerte de la patria, para que

vayamos a sentir por tal cual bribón inepto a quien impulsan la envidia, la cobardía o la codicia, y vuelve las armas contra sus amigos. ¿Desde cuándo son sagrados los más viles? No me reprendan, por que me exasperan: yo no reconozco más política que la verdad, la sinceridad, la majestad, la honra. En todos los pueblos civilizados del mundo, el hombre que falsea, queda arruinado en la sana opinión; recibe de hecho las órdenes de verdugo: el renegado es el que más cerca se halla de ahorcar a sus antiguos correligionarios. Esas órdenes imprimen también carácter: son las que más lo imprimen.

¿Qué importa se nos vayan los pequeñuelos sin valor, sin honor, sin pudor, sin probidad, sin nada, que deshonran el nombre de su patria en la nación donde se encuentran? Se va la escoria; entre los que quedan, queda el oro. Si por el ingenio, si por la instrucción, si por la ciencia de la pluma, Pedro Moncayo, Pedro Carbo, Miguel Riofrío, Vicente Piedrahita. Por la inteligencia, la espada y el influjo, José María Urbina; con el mérito de haber devorado el hambre doce años ha en silenciosa resignación, después de haber sido dictador y presidente: cosa rara en la América del Sur, donde casi todos los que mandan quedan hartos para diez generaciones. Por la fuerza y la osadía, mil y mil oficiales valerosos. ¿Qué tiene el tiranuelo por su parte? Frailes, monjas, inválidos, verdugos. Si algo hay bueno entre los que le asisten, el día llegado eso será nuestro.

La fortuna de García Moreno es verdaderamente inconcebible: ¡qué constancia en hembra tan voltaria! ¡qué fidelidad en esa prostituta! A la hora de hoy, los tiranuelos y oligarcas de la América del Sur han caído todos: Melgarejo, Cerna, el fraile Dueñas, todos han caído: en un vasto continente libre, el peor de todos, el más feroz, el más inmoral, el más oscurantista, el más falso, el más impío, el más traidor se está en pie, alto, airado, soberbio: ¿qué arcano de

la Providencia es este? Obra sin duda de la Providencia, mas no de la divina: Satanás tiene también su Providencia, y enviste de ella a sus predilectos. Yo creo que Dios no se mete en nuestras miserias, nuestras maldades y picardías: ¿cómo se ha de meter con los que roban, mienten, perjuran, degüellan, oscurecen, él, que es la probidad, la verdad, la piedad, la luz? Los perversos viven, obran y triunfan por la Providencia de Satanás.

Todos los tiranuelos y oligarcas de la América del Sur han caído; pero es por que en Bolivia hubo un Morales; en Guatemala, un Granados; en Venezuela un Guzmán Blanco; los militares del Ecuador prefieren la figura de verdugos a la de libertadores de la patria, el sucio papel con que les asueldan a los laureles con que ceñirían la frente y el oro que correría por sus manos.

Y hay una cosa de considerar, es a saber, que esos tiranuelos no oprimían sino a los suyos, no eran perjudiciales y peligrosos sino a sus pueblos: Melgarejo en Bolivia, Cerna en Guatemala, Dueñas en El Salvador; pero ninguno de éstos había traicionado a América, la madre común; García Moreno la ha traicionado mil veces, y es el único que se tiene, ¿cómo es esto? No ha mucho dijo que "no volvería a contestar a *lo de Trinité*". Es cosa que no le gusta; no le molesten ustedes. Pero si hubiera correlación de ideas, armonía de principios, nobleza de afecciones en los habitantes de estos países, y fuéramos verdaderamente republicanos, todos y cada cual tendría el derecho, y aun el deber, de ajustarle la golilla a ese polizonte, y arrancarle de cuajo en razón de que fué a ofrecernos al emperador de los franceses.

No le gusta tampoco le hablen de la felonía que gastó en la guerra de España con las repúblicas del Pacífico; no le gusta le recuerden su empeño por reconocer el imperio de los austriacos en Méjico; no le gusta nada de esto. Y no deben causarle tedio

semejantes cosas, por que nada le importan para su perpetuidad en el mando. Se va a Chile, y le reciben como a un emperador, le echan sobre los hombros un mantón de escarlata, y aun le hacen la barba en bacía de oro. Dicen que extendió media vara de cuello más que medianamente moreno y escamoso, y que esperó una hora enjabonado en esta postura mientras iban por agua; pero en fin, ya le adularon los chilenos.

¿Es o no afortunado este beguellín? Todos le toleran, todos le perdonan, todo le favorece, y él se imagina que su permanencia en el poder es obra de su genio—otra fortuna.

Llegado el día del plazo, él sabrá como paga a su amigo Mefistófeles. El perrito saltador ya crece, ya se dilata, ya sube, ya desarrolla prodigiosamente, ya cambia de forma, ya toma el semblante de un terrífico fantasma, ya te echa mano. . . Tiembla, réprobo.

Del Perú salió algo mohino, es cierto, y sin ganas de volver por esas tierras; mas fué el pueblo quien le echó a pedradas: el inocentón de Prado, el gobierno, le favoreció altamente, por haberse ofrecido a los españoles. Aquí encaja la palabra de Bolívar: No hay moral en América. El traidor que enseñó a los persas el sendero de las Termópilas, quedó condenado a muerte en todas las ciudades de la Grecia: ¿no es este el caso de García Moreno? Pero, no hay moral en América, ya lo dijo don Simón.

JUAN MONTALVO.

Señor Don Teodoro Gomez de la Torre.
Quito.

Ipiáles 20 de setiembre de 1871.

Mui Señor mío:

Espinel anda aqui leyendo a todo el mundo una carta de U. en la cual le dice, que se me ha enviado por los enemigos del Ecuador residentes en el Perú una suma de dinero con fines revolucionarios. U. no podia adelan-

tar un aserto cuya temeridad seria igual a su falsedad, ni surtir a este mal hombre de ocasiones para que propague especies que de cualquier modo pueden perjudicarme, valiéndose de la autoridad de U. Pues al no ver los efectos, mis enemigos, i sobre todo *mis amigos* ¿qué *noticias* han de difundir?

En conciencia, i por su interes personal, debe U. decirme lo que hay de cierto en el caso, o veo yo otro modo de poner en su punto las cosas.

Si el envio del dinero fuese verdad, habria una traicion en Espinel: siendo como es falso, hay una calumnia, en la cual se le quiere hacer tomar parte a U. Pero U. sabe si sé defenderme.

De U. atento i seguro servidor.

*Juan Montalvo.*

Quito, octubre 3 de 1871.

Señor Don Juan Montalvo.

Estimado señor i amigo:

Por el correo de hoy he tenido la satisfaccion de recibir la de U. del 20 del pasado, e impuesto de su contenido, le diré: que en el mes de junio último que estuve en el palacio, por asuntos de la Beneficencia, me enseñó el presidente una carta *orijinal* del Dor. Mestanza al jeneral Urbina, interceptada por cambio de direccion. En ella le hablaba sobre un plan de invasion a las costas de Manaví, afirmando que se habia reunido fondos para esto en Guayaquil por medio de los señores Murillo i Mármol; que en Panamá se hallaban reunidos elementos de guerra; que los señores Alfaros debian conducirlos a Manta; i que se habia remitido dinero a la frontera del Carchi a consignacion de U. Esta misma relacion hice al Doctor Espinel en una carta que le escribí con motivo de su enfermedad, i de haberle ofrecido el Gobierno salvo conducto para que regrese al pais. Comuniqué pues lo que habia leido, sin hacer comentario de ninguna especie, por que no puedo comprender como en una carta de esa naturaleza se hubiese podido equivocar la direccion.

Es en esta nueva ocasion que tengo el honor de suscribirme de U.

Su atento amigo i S. S.

*Teodoro Gomez de la Torre.*

———

García Moreno poseía hasta esa fecha dos cartas de Mariano Mestanza escritas a Paita y dirigidas a Quito. Digan, ¿tal equivocación sería posible en un

hombre de buena fe? El fin de ese viejo era frustrar una empresa en la cual Vicente Piedrahita iba a mostrarse como primero. Tenía necesidad el susodicho Mestanza de comunicar tan por menudo al general Urbina, mezclando verdades con mentiras, cosas que nadie podía saber más que Urbina, como centro de cualesquiera movimientos libertadores, y como quien se hallaba mucho más cerca de Guayaquil y Manabí? Miren ustedes, para saber algo, Urbina necesitó que Mestanza se lo comunique en carta con lema *para Quito*. Apuesto a que ese general recibió en Paita las que su comunicante escribió al Ecuador a sus nietos o al demonio. ¡Qué ganas tengo de decir en francés: *décidément les sots on de l'esprit!*

A nadie le hubiera parecido cosa ridícula Piedrahita sonando como jefe supremo; al paso que todo el mundo hubiera pensado que estábamos en capítulo y no en revolución, al oír el nombre de Mestanza. Dirá éste que fué un *quid pro quo;* ¿pero a quién le es permitido poner tontera en manos del verdugo a muchas personas? Si el otro traidor que se anticipó en Manabí no les salva a los Alfaro ¿qué hubiera sido de esos jóvenes, armado García Moreno de las cartas de Mestanza? Caso raro el deber la vida a un traidor.

Pues yo habría aceptado, no digo la candidatura de Piedrahita, la de cualquier otro de menos valer, con tal de que se reconquistase la patria: acabado el tiranuelo, ¿qué había sino poner un hombre? Moncayo, Carbo, Piedrahita, Boloña, cualquiera.

Enero 22 de 1872

Tipografía de Nicanor Médicis, por F. Polo

X

# EL ANTROPOFAGO (*)

## (ATROCIDADES DE UN MONSTRUO)

---

# PROSA DE LA PROSA

---

# LOS INCURABLES

---

(*) Los capítulos que van seguidamente, con titulación en números arábigos, forman un opúsculo unitario, del cual sólo se editaron originariamente tres o cuatro ejemplares. (Nota del Editor.)

# INTRODUCCION

Las leyes de las doce tablas castigaban con pena de muerte al autor de un libelo infamatorio, y aun a los que lo hubiesen leído. Según me acuerdo, lo dije otra vez; pero no es malo decirlo por segunda, y hasta por tercera, en siendo necesario, como ya observó un filósofo. Los hombres superiores, esos en quienes el alma, es llama celestial que les impele de continuo hacia la mansión de la luz infinita, suelen tener en poco las maldades de sus enemigos, y sin verles ni oírles siguen su camino adelante, teniéndose por ausentes cuando se les injuria; por diferentes de ellos mismos cuando se les calumnia. ¿Eso han dicho de mí? pues ese no soy yo, responden los filósofos, al verse retratados con toques ajenos a su persona. Si todos fuésemos capaces de esta elevación de espíritu, el mundo estaría lleno de grandeza, y poco habrían de medrar los perseguidores de las virtudes y el ingenio. Por desgracia Sócrates y Fenelón, se ven al través de veinte siglos, y la muchedumbre de los hombres se pleitean los crímenes y las iniquidades como la herencia del género humano. El dolor de la víctima es el gozo del verdugo: si no consintiésemos en sentirlo a los flechazos de nuestros

malhechores, éstos se verían desarmados, y por ventura seguirían profesión menos infame. El mal está en que el corazón se agita, se encrespa la sangre, la quimera da al través con la serenidad del alma. Hacer cara al enemigo injusto y ruín, y trabar con él dura contienda de palabras mal sonantes, es darle la victoria. El que riñe con un infame está perdido; y el que se arriesga con un tonto no acredita su cordura. No obstante, la flaqueza humana, es yugo al cual hemos de agachar la cerviz mal que nos pese, y cuando la razón y la necesidad ayudan a la inclinación, por fuerte que sea el hombre ha de ser flaco; por grande que descuelle sobre los otros, ha de ser pequeño el rato de la venganza.

Mas dando que no sea esta pasión la que le mueve la pluma, y que en las expresiones de su resentimiento salgan envueltas las máximas de la moral y las verdades de la filosofía, el que reprima a un desaforado hará un bien a la *sociedad humana*, y el que castigue a un delincuente obrará por la justicia. ¿Acaso todo ha de ser acometer unos y dejarse matar otros; vocear, mentir, calumniar éstos; callar, padecer y sufrir ésos? Pues no somos santos o filósofos, ni obraríamos como buenos en dejar gozar la tierra por las pestilencias que echan de sí los corrompidos. Ahora no hay Virgilios Marones, pero la casta de Mevio y Bavio es numerosa: conviene impedir que esta dinastía funesta suba al trono. Todo hombre de bien tiene obligaciones para con la *moral: todo* filósofo para con la verdad. Hay grandeza en Sócrates cuando asiste al teatro a oír las diatribas de Aristófanes contra él, y las escucha con atención y serenidad imperturbables. Pero Marco Tulio nos ha dado por otra parte ejemplo de justicia y severidad en sus *catilinarias*, y alguna vez podríamos acaso imitar a este varón esclarecido.

En los tiempos modernos ha descollado un ingenio del todo excepcional, naturaleza delicada que pa-

rece no haber recibido de la humana sino lo exquisito del mundo; aquello que tenemos de común con el ángel, y ninguna de esas horribles calidades que nos vuelven hijos del demonio. Ese hombre raro es el poeta Lamartine: cabeza sin nubes, pecho sin sombras, corazón sin hiel. Nadie ha tenido más enemigos, porque nadie ha sido más completo; a nadie se ha calumniado más, porque nadie ha sido más bueno y puro; de nadie se ha hecho tanta fisga, porque nadie fué más grave, sencillo, ingenuo, por la inteligencia, ente casi divino; por la sensibilidad, tierna y delicada mujer; por la bondad, santo; por la generosidad, héroe magnánimo. Fué rico y todo lo dió; fué gobernante, y todo lo perdonó: sus enemigos no cedieron; antes al verle silencioso a la sombra de la desgracia, le acometieron con furia redoblada; y en vano ha muerto, porque para los efectos de la envidia y la difamación por vivo le tienen. Cuando le acusaban de rapacidad, ¿no habrá también *estafado* Lamartine? Mevio y Bavio tienen el usufructo de su tumba, y se hartan de los manjares de la infamia. Murió el cisne del Sena: su alma, destello de luz inmortal, fué reabsorbida por su foco divino e incorporada en el gran todo de la luz eterna. Y los hombres sus semejantes, esos a quienes nunca hizo mal, le ofenden y ultrajan todavía; pero él ya no les oye: la eternidad es insensible a las cosas del mundo; la eternidad es una reparación, porque en ella se goza la gloria del olvido.

El poeta respondía a las injurias y calumnias de sus detractores, pero respondía de este modo: "Apuro la copa de la amargura, mas ni un recuerdo me queda de ella, porque mi alma es fuego que quema y anonada lo que sobre ella se echa para empañarla".

¡Quién fuera como ese hombre!

Lord Byron fué también un ángel, el ángel de la indignación, la ira santa; ángel del exterminio, cuya espada encendida resplandeciendo sobre sus enemi-

gos les condenaba vivos a las llamas, y les quemaba y consumía con su fuego. ¿De qué no fué acusado este hombre superior? De incesto, de crápula, de gustar de sangre humana, como el verdugo; de impiedad, orgullo, soberbia; de bajeza, vileza, humillación, cuando le convenía; de ferocidad, y otras mil horribles cosas, sin que se le perdonasen la envidia ni el egoísmo. El poeta no había hecho nada de lo que se le imputaba, ni era lo que se le llamaba; antes bien una naturaleza exhuberante compuesta de los más tiernos afectos y las más sublimes pasiones, cuya vida estaba llena de hechos generosos. ¿Qué fuera de ciertos hombres, si el concepto de sus semejantes acerca de ellos en la voluntad de inicuos tejedores de mentiras descansara, de esos que ponen la falsedad al servicio de la venganza? Por dicha hay un tribunal superior; el tribunal de la conciencia pública, que condena la calumnia y corona la verdad, arrancándola de las garras de la envidia. Esto sucede tarde muchas veces; otras, la muerte toma a su cargo el restablecerlo; pero como los hombres superiores saben que han nacido para padecer, sufrir y callar, padecen, sufren y callan, según el consejo de los mejicanos a los que salían a la luz del día: "Niño has venido al mundo para padecer: padece, sufre y calla". Otros hay que padecen y sufren, pero hablan: el sufrimiento no está reñido con la palabra, y tanta paciencia se puede mostrar hablando como callando. Admiran cierto esos hombres mansos y benignos, que con larga mirada ven la reparación de sus males y agravios al otro lado del mundo, y se quedan a la justicia de la eternidad; empero no son culpables los que en su propia defensa ilustran a sus semejantes, y hallan ocasión de propagar los sanos principios y encender los nobles efectos, al tiempo mismo que echan del templo de la pureza a los traficantes de iniquidad con el terrible azote de Jesucristo.

---

Han publicado contra mí un libelo infamatorio mis perseguidores: pues no quiero que esta sea cosa puramente mía, porque las concernientes a los individuos poco interesan a la mayor parte, sino es excelso el hombre a quien se acomete, o ilustre la víctima que se defiende. Así, en descuento del *yo* tan mal acomodado en boca de la modestia, haré porque el lector halle en mi escrito algo de perteneciente a todos, y me perdone lo personal en consideración a las ideas y principios generales, tras los cuales desapareceré a menudo, envolviéndome en los holgados pliegues de la filosofía.

———

Desgracia es tener enemigos; pero aun no tan malo si éstos son de los buenos: entre hombres de espíritu elevado y sano corazón ni la enemistad deja de enseñar algo, porque ellos de todo hacen un aprendizaje, y al paso que enseñan, cogen el fruto de la sabiduría hasta del árbol del aborrecimiento. Un enemigo estimable es tan útil como un buen amigo: sirve de estímulo, impulsa en la vía de los hechos generosos con la noble emulación que despierta en el seno de sus contrarios; y como él merece nuestra estima, dicho se está que jamás nos embiste con armas prohibidas, antes sacando el pecho afuera, con la espada de oro que usa la honra. Un enemigo grande es título de honor para el que lo tiene, y el merecer su celo constituye la gloria del que le ha dado motivos de ojeriza, viniendo como a defraudarle de una alta nombradía. Porque enemistad no cabe sino entre personas iguales, o que por lo menos tiran a competir y rivalizar entre ellos: el hombre superior no reconoce enemigos en la canalla que le acosa, sino tan solamente aborrecedores, perseguidores; o enemigos, en el sentido que los bandoleros lo son de la sociedad humana, la víbora de los hombres. Dichosos los que tienen enemigos, desgraciados los que no los tienen!

¡Pobre nación, donde no hay sino felicidad! exclamaba en el imperio de Austria una ínclita viajera (1). Así hay paradojas que son absurdos para los que no alcanzan su sentido, en cuya profundidad resplandece la lumbre de la filosofía. El idiota, el mendigo, el inepto, el pobre hombre, no tienen enemigos: ¡desgraciado del que no los tenga! Cuando un furioso sobreviento ruge contra alguno, éste no se pierde en el suelo. El viento se encarniza en el cedro del Líbano, se aferra sobre él, le bate en espantoso aullido: la verdolaga queda ilesa, y se arrastra sin obstáculo por la tierra. Lo terrible es cosa terrible, y tan lo prefiero a lo ruín, que no me ha parecido mal el verme pintado como un Satanás hambriento de suplicios, frecuentando las sombras y revolviendo en mis entrañas las atroces pasiones del príncipe de las tinieblas; el verme digo, pintado de este modo en el libelo infamatorio de los que no he de nombrar mientras no me haga pequeñito, por mucho que ellos sean vicepresidentes, ministros, senadores, generales y poetas.

¿Esos han publicado contra mí un libelo? Mevio, yo no soy Virgilio; Bavio, yo no soy el cisne de Mantua; ¿por qué a mí ese lodo? Buenos cristianos, augustos ciudadanos, hombres de pro deben de ser los que publican cosas tales, que al fin de la lectura no hay bueno ni malo que no exclame: ¡Infame! Yo escribí mi opúsculo titulado "Fortuna y Felicidad", y su objeto fué la política, su estilo el de la sana razón, su lenguaje el de la cultura. Vicepresidentes, ministros, senadores, generales y poetas, gavilla condecorada, todavía temieron, estuvieron solos; ¿cómo dar la cara al *monstruo?* No eran sino diez contra uno. Pasquino publica sus pensamientos estampándolos a media noche en las paredes de Roma, y por eso es ilustre; pero cuando cae en poder de un juez acendrado, le

(1) Madama de Staël.

cortan manos y lengua: León Mera, guárdate de dar en las de Sixto V. El que se siente fuerte en la verdad, batalla con las armas del honor. Buen soldado combate al raso: seamos como Alejandro, no ocultemos la victoria.

(1)

## DEL HAMBRE

El hambre es cosa respetable en todo caso, sagrada muchas ocasiones, santa alguna vez. No se alegran de la que aflige a sus semejantes sino los perversos, ni hacen fisga de ella sino los impíos. En siendo efecto de la disipación, todavía no es reprensible el hambre, esta triste ausencia de todo bien; lo serán sus causas, si son los vicios. El pródigo, el bebedor, el tahur quedan en ella con motivo de la prodigalidad, la embriaguez y el juego, serán reprensibles de su estado; pero su hambre es un hecho tan triste como positivo, que respetan todos, si bien muy pocos lo remedian. Las bendiciones de Dios no caen sino sobre los escogidos, y sólo éstos cumplen con sus preceptos, dando de comer al hambriento y de beber al sediento. Los descendientes de la raza maldita le quitan la oveja al pobre, lejos de ofrecerle un pan, y se ríen de la desnudez de sus hermanos, mayormente si ellos fueron hambrientos y desnudos.

"Venid, ¡oh los benditos de mi padre! a poseer el reino que os ha sido prometido desde el principio del mundo: tuve hambre, y vosotros me dísteis de comer; tuve sed, y me dísteis de beber; me ví sin casa, y me recogísteis en la vuestra; desnudo y me vestísteis; enfermo, y me visitásteis: hallándome preso, fuísteis a verme tras la reja y a preguntarme lo que necesitaba. Entonces los justos le responderán:

*señor, ¿cuándo hemos hecho por vos todo eso que decís?* Y el hijo de Dios replicará: en verdad os digo, cuantas veces hubiéreis ejecutado un acto de esos con el más humilde de mis hermanos, la caridad yo la recibo".

Los impíos sabemos estas cosas, y con ellas nos consolamos en nuestras tribulaciones, sin dejar de socorrer al hijo de Dios en sus hermanos pequeñuelos. El hambre es el deudo que une a los dos tercios de género humano; y la caridad de unos a otros el reconocimiento de ese parentesco: la verdadera caridad *se ejercita entre* los pobres, porque sólo ellos dan de corazón, sin envenenar el pan con la ofensa *ni el orgullo*: los *ricos darán tal vez, pero no dan* a Dios sino al demonio, que es quien recibe, agradeciendo la soberbia más que el don. Y Jesús mirando alrededor, dijo a sus discípulos: "¡Cuán difícil es que los que poseen riquezas entren en el reino de los cielos!"

Un día no me había quedado por todo caudal sino un franco en el bolsillo, y se lo dí a una muchachita, porque todos estamos obligados a dar de comer al hambriento. ¿No se lo había de dar? Traía atada la cabeza: en sus rasgados ojos brillaba el hambre, pues, el hambre tiene también su resplandor: la luz siniestra con que la muerte se alumbra para llegar. Su cara era una elegía: chupadas las mejillas, pálidos los labios, porque la sangre se retrae de los que no comen: andrajoso el vestido, el pie desnudo. Se me llegó, y me miró, y me extendió la manecita: ¿no le había de dar mi franco? Al otro día tomé una taza de leche, y lo pasé contento; al tercer día tomé una taza de leche, y lo pasé triste. Y cuando el sol se ponía, cuando sus últimos rayos doraban las cimas de los árboles del campo de Marte, y la colina de Meudon estaba resplandeciendo en el luminoso vapor de la tarde, bajé por el Trocadero, y puesto de codos

en el brocal del puente de Alba, me estuve viendo azul el turbio Sena . . .

Job es *la estatua de oro labrada por Dios a la paciencia*, y esa estatua la efigie que debemos adorar pobres y ricos. En la paciencia se encierra la divinidad, y en el hambre hay también algo de divino; supuesto que es la privación de todos los bienes de la tierra, en cuyo desapropio se hallan las virtudes. Cristianos, no os riáis del hambre de vuestros semejantes: Jesucristo andaba en pos de ella para remediarla. Católicos, no escarnezcáis a los herejes desnudos, porque el Señor, lejos de vilipendiarlos, manda que si tenemos dos túnicas le demos la una al pobre, sin averiguar su religión ni sus pecados.

Ahora si el hambre es efecto de culpas ajenas o de virtudes propias ¿dónde el rigor con ella? ¿dónde la irrisión a que se presta? Si necesidades padezco (que nadie lo sabe) es porque me han desterrado, me han quitado patria, casa, familia, todo: si me han desterrado, es porque no he querido ser de los opresores; si no he querido ser de los opresores, es porque he formado mi alma en los sanos principios de la filosofía: he cultivado mi modesta inteligencia con el estudio de los mejores libros, invirtiendo en ellos todo el tiempo que los demás empleaban en hacerse a bienes de fortuna. ¿Qué proporción guarda el ser mendigo, hambriento, desnudo, y el andar infatigable a caza de dinero? Y de todo esto *se me acusa al mismo tiempo*. ¿*Soy por ventura* un Harpagón que socaliña para enterrar? Vicios no me achacan, ni era posible: pillo, ladrón, estafador, matador, *envidioso*, *calumniante*, *feroz*, *todo*; pero tahur, borracho ni mujeriego no me han dicho; ¡bendito sean mis enemigos! ¿Qué hago del dinero que extorsiono a *todo* el mundo, *puesto que os reís* de mi hambre? *¡Abre, Señor, los ojos a estos miserables, para que vean donde están; ábreles los ojos, que vean donde están, y tiemblen de tu justicia!*

Un día vino un hombre a pagarme un servicio de esos que, si no se los hace por pura voluntad, son servicios que no convienen a ciertos caracteres: ¿por dónde rodó el desdichado con su bolsa de dinero? El pedazo de pan que se come con honra y en paciencia nutre el espíritu y mantiene sano el cuerpo; y de aquí resulta el ser más saludable que la mesa exquisita a cuyo frente está sentada la deshonra. El temor de ella es tan santo como el de Dios; y los que la temen son muy sobrios, no asisten a los banquetes del demonio: el alma pura se festeja a sus solas, tomando con manos limpias la limosna de la Providencia. Los pajaritos en los árboles, las hormigas en la tierra, todos hallan el sustento: al hombre que no se condena en las riquezas del mundo le llaman mendigo y le escarnecen sus hermanos. Como esos hay que no poseen bienes de fortuna; mas si la probidad, la honra, la vergüenza resuenan en su pecho con un retintín más sonante y delicado que el del oro; esos son los ricos. El millonario es un mendigo, si sus caudales no son empleados como los de Peabody, el santo Peabody: el hacendado es indigente, si sus haberes no fomentan las virtudes, no siembran el agradecimiento, no alivian los dolores, no acallan los ayes de los desgraciados. Opulentos que no prevalecen sino por la vanidad y la soberbia, magnates que tienen a su cargo el señalar la pobreza de los demás y reírse de ella, ¿qué son sino la lepra del género humano?

Los impulsos de mi naturaleza han sido siempre, no hacia lo provechoso sino hacia lo bueno; no hacia lo brillante sino hacia lo digno. Cuando pude ser de los victoriosos al mostrarme en el mundo, quise ser de los vencidos; y solo, sin medios, sin apoyo he puesto el pecho a la borrasca, por causas grandes como la redención y el adelanto de la patria. Justo es que yo muera en el destierro y que mis compatriotas sean los verdugos. ¿Para qué quieren ellos

un hombre de bien que ande reñido con sus inclinaciones y costumbres? *Crucifige eum.*

La causa de las más crudas amarguras que en mi vida he devorado, es sin duda una intención qne merece una corona. No hablaré de ese malhadado viaje a Europa: no pude cumplir mi objeto, y el hambre, la cabellera erizada, los ojos echando sus llamas de fuego fatuo, descarnada y terrible, se me puso por delante. Pedí para salir de ese abismo, pedí fiado: este es asunto de difamación para los perversos, arsenal de donde mis enemigos han tomado sus armas. Y cuando con tan infernal acerbitud censuraban mi conducta, ellos . . . Callaré por misericordia: la del perdón es la lealtad más preciosa de los reyes, dicen. La del perdón es regia, divina facultad que pueden ejercer todos los hombres, porque no hay uno sólo que no agravie a sus semejantes, ni deje de ser horriblemente agraviado por ellos.

El pedir fiado es un contrato como cualquier otro: causa obligaciones que, cumplidas tarde o temprano por el hombre de bien, le dejan tan tranquila la conciencia y tan *sin* empañadura el *honor*, *como si* en vez de recibir hubiera dado. *Fían los ricos*, *fían los príncipes*, *fían los reyes*, *fían los gobiernos*, *todos fían*: ¡fió Napoleón, fió Bolívar! Y no había de fiar yo para no morir. Y *si* me dejo morir, ¿quién os daba estas lecciones, amigos y enemigos míos?

Fiaba Napoleón el Grande, y hasta trampeaba. ¡Tunantes! les decía a los acreedores que le iban cogiendo las vueltas, en ese entonces que tenía orejas de perro, y vivía en el zaquizamí del muelle Voltaire. Fió Napoleón III; en su destierro vivía de fiado. "Milord—escribía a lord Clarendon en Londres,—necesito quinientos mil francos. Si mis cosas salen bien, pagaré". Lord Clarendon envió el medio millón al pedigüeño, teniéndose por dichoso de servir a un desgraciado.

Simón Bolívar, hombre de corazón lleno de jugo,

de alma constantemente venteada por una brisa celeste, no era lacónico y ávido como ese proscrito que se criaba para emperador, ese emperador que maduraba para proscrito. Bolívar fué más largo, más puntual, más elocuente en la modesta sencillez con que pidió. Oíganle ustedes (2).

¡Bolívar humilde, Bolívar suplicante, Bolívar pidiendo cuatro reales! El porvenir adelantaba asezando con los bienes de ese pordiosero, libertad de un mundo, gloria, felicidad y amor de los pueblos: le traían en sus hombros los ruidosos años que ya sonaban a la puerta. Mendigo entre tanto, mendigo sublime.

Fié: *mis amigos me condenan al suplicio de la cruz.*

---

Otra ocasión no menos dolorosa me hallaba en Francia. ¿Qué dinero es suficiente para ocho meses de cama en esa vorágine espantosa de París? La patria en revolución, prófugos los hermanos, oculta la familia: ¿quién me socorre? ¿quién me salva? El menos ruín de mis compatriotas adivinó mi situación; adivinó, que yo jamás aludí a ella, pues, llevado blandamente a la eternidad por la naturaleza misma, veía a la muerte con serenos ojos. Lo horrible debe de ser el verse obligado a traerla por los cabellos, a irritarla, punzándola, hiriéndola como a fiera perezosa. Adivinó, y me envió una suma de dinero, escribiéndome que guardaría profundo secreto. Yo no se la había pedido, esa era una dádiva; me ofrecía el secreto, eso era una ofensa. La hombría de bien, la honestidad, el orgullo viven al aire libre, el medio día es su hora. Sentí encrespárseme la sangre en las venas: a la indignación sucedió la vergüenza; caí luego en brazos de la melancolía, y contesté: señor

(2) Carta a don Manuel Hislop. Kingston, a 19 de junio de 1819.

don Carlos, acepto la buena voluntad de usted; su dinero, no (3).

Y yo soy, no solamente el pedigüeño, sino también el *estafador*, el *bribón*: ¿León Mera? Espías de la desgracia, los ruines jamás toman en buena parte las acciones que acreditan un ánimo levantado en quien las obra: no fuí digno, fiero, majestuoso para los que tuvieron noticia de ese proceder; fuí *soberbio, perverso, monstruo. Et nunc intelligite.*

Chateaubriand dice en sus "Memorias" que, en Londres se estaba dejando morir de necesidad, por no pedir. ¡Chateaubriand dice tantas cosas! ¿Por qué no se murió? Este es semejante al orgulloso ginebrino, que por no preguntar a nadie por las calles a donde había de ir, se andaba con el plano de París en la mano, sin acertar nunca con lo que buscaba. Este mismo filósofo no había tenido escrúpulo en apropiarse lo ajeno, calumniar y hacer las otras obras de misericordia que refiere en sus "Confesiones". El orgullo puede tener fundamento de virtudes; la soberbia se levanta sobre los vicios, cuando no sobre los crímenes, y sus portentosos monumentos no resistirían al soplo de la justicia.

El señor Lamartine, hablando un día acerca de un paralelo que se había hecho entre él y su ilustre predecesor, cedió con humildad en punto a la inteligencia y la sabiduría; pero se exaltó al contemplar en la diferencia de caracteres. "Chateaubriand ha sido una carga muy pesada para los gobiernos—dijo,—ha consumido sumas ingentes del tesoro nacional. Sus virtudes no son las de Fabricio: admiro su talento, su carácter no me subyuga". ¿Qué había de responder el oscuro viajero que esto oía?

---

(3) El señor Carlos Aguirre es mi contrario en política, y por tanto mi enemigo, según la loable costumbre de estos benditos pueblos. Pero es hombre de bien y caballero; no ocultará la verdad, pregúntenle, allí le tienen.

Los que se llaman genios, esto es, ingenio, espíritu elevado, aspiraciones sublimes, voluntad soberana, todo junto; estos, digo, en medio de su divinidad perecedera, sujetos están a mil flaquezas, y muchas veces son más tristes y apocados que el vulgo de los hombres. Lamartine que se indignaba de que le comparasen a Chateaubriand; Lamartine, el poeta de la atmósfera y los ángeles; el opulento, el liberal, el gran señor, pidió en los últimos días de su vida; pidió con empeño, con ahinco. Yo puse mi óbolo en la suscripción abierta para favorecerle, y no le he llamado por eso *estafador, pillo*.

Hablando entre nosotros, hablando en confianza entre nosotros, semibárbaros del nuevo mundo, díganme ustedes, ¿cuál les parece más reprensible, si Lamartine que tiene hambre y pide o los franceses que le niegan el pan y le insultan? Los filósofos mueren lapidados, los héroes envenenados, los poetas en el hospital; y Jesucristo muriendo por la redención del género humano, muriendo a manos de los que redimía, ¿no es la muestra suprema de la injusticia y la ingratitud de los nacidos? Desde Homero, los que se asoman al mundo con la antorcha que pone en claro las inclinaciones y los vicios de los hombres; que iluminan la cabeza y enardecen el corazón con su calor divino; los que le enseñan, educan o deleitan con las lágrimas o la risa, han acabado casi todos en la desdicha. Cervantes, Camoens ahora poco, Lamartine ayer; ¿quién está para mañana?

Raros son los hombres grandes; el género humano es un árbol cuajado de hojas, entre cuya espesura reluce tal cual fruto maravilloso, que no está destinado para mesa de reyes, sino para los banquetes del hambre: ella se los come. La flor de la especie humana se parece a la escoria en que una y otra tienen el propio fin; la luz, la oscuridad se confunden: pavoroso misterio cuya esencia son las lágrimas.

---

La malicia abriga en su seno a la malevolencia, y la malevolencia de suyo es maliciosa. No pretendo intercalarme entre los varones ilustres porque me falte lo necesario, que en esto así me parezco al autor de "Las Luisiadas" como al ciego de la esquina. Si a tan fácil pero terrible precio, cual es la necesidad, fuéramos hombres grandes, el tullido a quien yo beneficio de cuando en cuando con un real, sería más hombre grande que yo, porque si no le dan no come. La grandeza de la indigencia es muy común; si por pobres, hay muchos ilustres en la tierra, y su caudal se aumenta incesantemente sin riesgo de perderse. Es verdad que las riquezas de Antístenes son más raras que las de Creso; pero también es cierto que muy pocos se las envidian: ¡ah, la luz del entendimiento y el calor del corazón no bastan para la vida! el hombre necesita pan y espíritu, pan y espíritu.

¿Cómo he de pensar que soy hombre grande porque no soy rico? Ni aun me consta si lo que estoy diciendo a este respecto sea otra cosa que delirios de mi locura o errores de mi inocencia. La tontera toma esta denominación amable cuando no viene en junta de la vanidad: el orgullo sin merecimiento se llama jactancia, esto es, tontera consumada con desvergüenza encima. Pero cuando uno habla sin saber a punto fijo si es cuerdo o loco, filósofo o filosofista, hombre instruído o charlatán ¿no se le han de perdonar sus devaneos?

(2)

## DE LA INGRATITUD

¡GRATITUD, oh gratitud, santa liga que une a los hombres buenos! Sin ti la bondad sería perdida, la caridad excusada, la generosidad peligrosa. Si los ángeles no estuvieran unidos a Dios por el amor infinito, lo estarían por la gratitud, pues viven inundados en su luz eterna, y le deben la dicha de existir y conocerle. Gratitud, ¡oh gratitud, fomento de la caridad, animación de la bondad, recompensa de la liberalidad! sin ti el bien sería obra de perdición, y los amantes de las virtudes, víctimas de los mismos a quienes favorecen. Gratitud, ¡oh gratitud! existes en el mundo, puesto que tienes enemigos y eres combatida; puesto que algunos corazones se ensanchan para darte cabida en la humildad de la generosidad. Los corazones finos, esos que suenan como instrumento celeste cuando el amor les toca; los corazones grandes, esos son los más adecuados para las pequeñeces del reconocer y el agradecer, que son grandezas a los ojos del que ve las cosas a mejor luz que la mezquina humana criatura. ¡Gratitud, oh gratitud! existes, puesto que te siento dentro de mi pecho; puesto que me inquietas en celestial zozobra con tus melodiosas advertencias, y me haces ver que no soy del todo malo, ya que en el corazón mantengo las más puras intenciones respecto de aquellos a quienes debo los bienes del amor, la benevolencia o el cariño encarnado en hechos positivos. Si

muchos males me han hecho mis semejantes, hanme también hecho algunos bienes: si castigo los primeros, pagaré los segundos lo mejor que pudiere, y bendiciendo a los bondadosos, no maldeciré a los inicuos. La maldición no es atributo de Dios ni de los hombres. Dios maldijo una vez, maldijo a la serpiente, y quedó maldecida la eternidad. ¡Ay, maldijo también al hombre, y malditos vivimos! el sudor de nuestra frente corre junto con las lágrimas de nuestros ojos, siendo así que respiramos cuatro días en medio de sinsabores y trabajos, maldiciéndonos entre nosotros mismos. Que somos malditos, hasta lo damos a conocer a cada instante: si sus bendiciones nos santificaran a la continua, ¿seríamos tan perversos y desdichados? Le desobedecemos, le ofendemos: malditos. Le negamos el pan cuando tiene hambre, el agua cuando tiene sed: malditos. Renegamos de la caridad, levantando quimeras a nuestros semejantes: malditos. Transgredimos sus leyes, no oímos sus consejos: malditos. Hermanos somos, y nos matamos; humildes por naturaleza, y andamos prevaleciendo por la soberbia: malditos. Malditos cada día, malditos cada instante, pero su bendición se nos prepara en el seno de la eternidad; y como la depravación y el crimen, el ejercicio de las maldades es una horrible penitencia, benditos seremos para los siglos de los siglos.

¡Oh, vosotros los perversos, no os ciñáis al pie de la letra a esta interpretación de la misericordia divina! las iniquidades, las criminales infamias, los vicios son lepra inmunda de que os habéis de despojar antes de mostraros a las miradas de aquel que no puede ver sino almas limpias. ¿Pensáis que bajo la cubierta de la hipocresía pasaréis por buenos y hallaréis entrada en el paraíso enmascarados así tan maliciosamente? Se os verá el alma a la luz de la justicia; se os comparará las palabras de toda la vida con la verdad; se os escudriñará el corazón, y en hallando todo curado, saneado, pasaréis: si no, allí está

pronto, los brazos en alto Satanás: él os toma, suyos sois, ¡inicuos!

---

Haz bien y guárdate, dice un proverbio atroz. Haz bien y guárdate. Helo hecho por mi parte, y he tenido que guardarme: a nadie debo más amarguras que a los que me son deudores de los mayores bienes; esos a quienes he mostrado más afecto, con quienes he llevado la generosidad hasta el sacrificio, salvándoles la vida o la honra. Víctima de la ingratitud, lo he sido siempre, lo soy actualmente, lo seré toda la vida, porque hay en mi suerte una ancha puerta, por donde con la ingratitud de los otros se me entra la desgracia. Haber sido ministro de ella alguna vez, no me acuerdo. Pero la ingratitud no me ha abatido; me ha exasperado, y la castigo. Por lo que hay bueno en mi naturaleza, por lo que hay de humilde, triste en ella, perdono y olvido. Por lo que tengo de áspero y bravío, por lo encina, lo hago de mi alma, brego con las tempestades y silbo horriblemente en mi pelada roca. La duplicidad del alma es un problema que aun no han resuelto los filósofos. Señor, dame corazón para perdonar a mis enemigos, y concédeme la gracia de verlos ahorcados algún día.

¡Gratitud, oh gratitud! grande y santa cosa eres, cuando tienes por contrarias a las más negras pasiones: vanidad, envidia, codicia, soberbia te dan sus asaltos, y sucumbes; mas por otro lado surges pura, resplandeciendo en la suave luz que tienes propia. Las fieras mismas se rinden a la blanda tiranía de ese afecto: los animales más bravíos se encariñan con el que les sirve y favorece. El hombre, sólo el hombre se venga de los bienes que recibe. Si Androcles hubiera hecho por uno de sus semejantes lo que hizo por el león, ¿no hubiera tenido que andar la barba sobre el hombro, temiendo en la oscuridad, alerta en la claridad?

(3)

## DE LA ENVIDIA

¿Envidio yo al perro del vecino?

(4)

## IMPIEDAD, HEREJIA, ABJURACION

¡ARZOBISPO, alto sacerdote! levanta el brazo cual nuevo Isaías en un ímpetu de cólera sagrada, y aterra a tus enemigos; no seas juez del Gazzirin que absuelve, sino juez del Heval que condena. Han dicho que mentiste: no les maldigas, pero castígales. ¡Castígales! han dicho que mentiste. ¿Un perverso, un impío se tiró a tus plantas para abjurar tus doctrinas y pedirte dinero? Pues tú y él bajaréis a arder en el profundo, atropellándoos en las tinieblas con los réprobos que viven sin descanso remolineando en espantosos giros. ¿Compraste con dinero la conversión de un hombre, y admitiste fianza de la hipocresía? ¡Simoníaco! Simonía es no sólo el vender, sino también el comprar las cosas santas. Y tras esto descubriste los secretos del terrible tribunal de la penitencia, ¿y a quién? ¡A un asesino!

No tiembles, sacerdote; no me levanto sobre tu modestia: mi indignación, mi ira no son contra ti, mas antes contra los que te han calumniado y te han envilecido agrupándote con tanto miserable, poniéndote en lugar tan poco honorífico. Maldad no creo en ti, por mucho que en persuadirme de ella se empeñen los inicuos: índole, carácter, costumbres, nada indica el sacerdote impostor que en ti han mostrado al público tus verdaderos enemigos. Vuélvete, Isaías, atérrales, pulverízales, y queden enmendados. Al fariseo que se pone a tu lado y niega su crimen, no le creas;

¿cómo lo ha de aceptar cuando se vistió de ladrón para cometerlo? Malco te busca la mejilla, ¡conócelo!

No abjuran sino los que nunca tuvieron convencimiento de las cosas que pensaban que creían. Huiré de mis enemigos, como Razías, echándoles a la cabeza mis entrañas palpitantes, y no me harán apóstata. ¡Abjurar! ¿qué he de abjurar? ¿mi hombría de bien? ¿mi temor de Dios? ¿las profundas convicciones que me animan respecto de la divinidad? Témaos yo, Señor, aunque no me torture con cilicios; ámeos yo, Señor, aunque no viva ocupado en alabaros, y el perdonarme y el salvarme serán vuestros. ¿Buscáis, Señor, un impío esperanzado en vuestra misericordia? Halládole habéis.

(5)

## DE MI FEROCIDAD

¡ALMA romana! me saludó un hombre un día, echándome los brazos al cuello. Allí pasa Danton, dijo otro al verme, pasito, muy pasito; pues si he tenido la virtud de hacerme querer de unos pocos y aborrecer de muchos, he tenido también la de hacerme temer de algunos y respetar de todos.

Natural es esa oposición de pareceres, y esto aun en los pueblos más civilizados del mundo; el bueno es malo para los malos, el malo es bueno; y si hay un hombre superior entre ellos, el inicuo. Vasta es la orden de estos desgraciados; viven repartidos sobre toda la haz de la tierra, dándose la mano con prodigiosa habilidad en sus obras de condenación. El demonio, el pontífice; ellos, los fieles; leales a su dueño y firmes hasta la muerte. Sócrates dijo que los perversos eran los más desdichados de los hombres, y que esta verdad la iba a hacer publicar con un heraldo por toda la Grecia. Sabio era Sócrates: no vino en persona, ni mandó su heraldo al Nuevo Mundo, por no usurparle su destino a Jesucristo: embajador y soberano hubieran sido crucificados lindamente por nosotros, que a fuero de creyentes y piadosos no podemos sufrir las virtudes superiores. ¿Ya no me lo azotó en la plaza, con sol y medio día, a mi pobre Sócrates un sabio filósofo llamado Espinosa, no el de Alemania, con decir que no había sido

cristiano? Yo pienso que antes fué por no haber sido caballero el hijo de Panajereto. Y en verdad era una desvergüenza que un mulato como ese anduviese maravillando al género humano desde ahora treinta siglos, cuando hay nobles de mejor cara; pues eso más tenía el hijo de la partera, que no era tan gentil mancebo como el azote-filósofos del siglo XIX.

El que reprende *los vicios, castiga los delitos, condena las indignidades*, es un malvado para los viciosos, los delincuentes y los indignos. ¿Y cómo ha de tener algún ingenio para los que dieran la mitad del suyo porque fuese tonto? ¿cómo le han de querer los que con razón o sin ella le temen hasta las convulsiones? Yo les he enriquecido a los (***), dijo una vez un hombre inicuo (4). ¿De qué modo? le pregunté. Viose atajado de razones, y después de otras muy ruines, añadió: a los amigos se sirve de cualquier manera; de cualquiera manera lícita, en los términos *de la equidad y el honor*, dije. Si es verdad que usted les ha enriquecido, y si les enriqueció por esos medios, no fué su amigo sino su cómplice. Quedose mustio el hombre inicuo, y al otro día salió a decir que yo tenía un infame carácter. El suyo era el bueno.

Quien en estos pueblos y tiempos quiere regirse por los principios de Epicteto, por fuerza ha de ser un *monstruo*. En mala hora me aficioné desde niño a semejantes cosas: mucho más me hubiera valido el ser un pícaro o un bruto: estuviera hoy de presidente o de ministro, y no deportado en el Ponto como Ovidio. ¿Cómo éste? No: a éste no le llevaron al Euxino los principios de Epicteto. ¡Oh, no! jamás renegaré de mi hombría de bien; *eso allá se iría con* renegar de mi Dios. Hambre es sabiduría en ocasiones, hambre es virtud: las bendiciones del Señor la convierten en hartura; y puesto que ande el cuerpo

---

(4) Llamábase Marcos Espinel.

en lastimoso vaivén, el alma gallardea en inocente lozanía. ¿Qué se le da al bueno que los malos le llamen perverso? ¿qué se le da al probo que los ladrones le echen el hollín de su corazón sobre la tersura de su alma? Los diestros salteadores suelen escaparse de manos de los ministriles, corriendo delante de ellos y gritando: ¡El ladrón, allí va el ladrón! ¡ese es, cójanlo!

¡El ladrón! amigos, allí va el ladrón. Huiréis de la justicia; pero la infamia se pega en el rostro, es señal indeleble; y por mucho que gritéis, la gente dice: *éstos son*.

---

Mis amigos me tienen por hombre sanguinario, tigre insaciable que no dejaría uno vivo en la república. Los antecedentes que con justicia les han traído a esta opinión son estos: haber librado del hambre a uno en país lejano, dándole cuanto tenía; haber salvado la honra a otro, sacándole la barba del lodo con mi pluma y mi reputación; haber volado espontánea, tiernamente a compartir con otro los azares y peligros en que estaba zozobrando; haber defendido a capa y espada a vivos y muertos, siempre que la justicia era el móvil de mi empeño, o la benevolencia me encandorizaba hasta el extremo de pagar un brillante tributo a la medianía; y aun me ha sucedido ¡mal pecado! vestir de reina a la ineptitud y llevarla a pasear con gran prosopopeya por las calles. ¡Señor, recíbeme a misericordia! ¡Señor, perdóname! Erré Erré de buena fe, erré por falta de inteligencia: aquí estoy a tus plantas derribado. ¡No! castígame, porque acaso supe lo que hacía. Juro arrepentirme, juro enmendarme: el tonto, tonto se quedará hasta la consunación de los siglos, y los escribas y fariseos acabarán a mis manos. Soy tu soldado, estoy a sueldo tuyo.

Esos, esos son los que más se desvelan por acre-

ditar mis feroces arranques, llamando mal carácter la rigidez de principios, la austeridad de costumbres, la derechura de acciones, esto es el buen carácter. Quieren tal vez decir mal genio; pero como entienden poco y saben menos, dicen mal carácter cabalmente del que es bueno, visto que rectitud, austeridad, moralidad, constituyen el buen carácter. Buen carácter, según ellos, es servir *en todo* a los amigos: buen carácter, según ellos, es tolerar delitos, no improbar indignidades, aplaudir bellaquerías: buen carácter, según ellos, es prestarse para todo, acomodarse a todo; buen carácter, según ellos, es juntarse con malvados, pasearse con infames. Pon tu pan y tu vino en la mesa del justo, dice el Señor, y huye de comer y beber con los inicuos.

Todo eso es buen carácter y buen genio para los que, sin ser de suyo propensos al bien, no lo saben distinguir del mal por falta de estudio, o por sobra de corrupción. Pues yo tengo mal carácter, y en lógica cerrada, debo ser superior a los que lo tienen bueno.

¿Mal genio? Afable soy con la inocencia, afable con la honradez, afable con el honor, afable con la hermosura, afable con la Naturaleza, afable con la desgracia: díganlo mujeres, niños y pobres; díganlo las mariposas del prado, las flores de los campos y las aves de los árboles; digan si soy afable y me hago a su compañía. Mis visitas casi todas son infantiles: mi soledad con más frecuencia la interrumpen niños que hombres. Venid a mí los párvulos.

Pero soy un demonio, el mismo demonio, con pícaros, traidores, ladrones, indignos, hipócritas, avarientos, viles, mentirosos; a todos los mato con el odio o el desprecio. No me hagan nunca presidente mis compatriotas, porque les vendrá todo junto, como al perro los palos. Cuanto martirio se ha inventado en el mundo, desde el Toro de Fálaris hasta las calderas del Santo Oficio, se han de importar en mi

patria durante mi gobernación. A uno le empalo, a otro le hago arder vivo; a este le emparedo, a ese le saco los ojos; a tal le despellejo, a cual le desmenuzo con mucha prolijidad en pedacitos para pollos. La menor tajada del que más sepa congraciarse conmigo ha de ser una oreja.

---

No soy cazador, nunca lo he sido: el único tiro de escopeta que he hecho en mi vida fué para matar una avecita; y la maté: de entre la frondosidad de un árbol acopado rodó batiendo las alas amarillas entre las verdes hojas. Cuando la ví patas arriba en el suelo, teñida la pechuga con la sangre que le manaba del oído, moviendo todavía las patitas en débiles convulsiones, la mía se me agolpó al rostro, tuve cólera, vergüenza de acción tan cruel e indigna. ¿Qué me había hecho ese entecillo inocente? ¿Por qué le quito la vida, cuando estaba gorjeando amorosa en su árbol? Tiré el arma aborrecible a un lado, y juré no volver a usar de ella jamás. Lo he cumplido.

¡Presumir (de mala fe por cierto) los bobos de los amigos que me había de poner a hacerlos derribar viéndome apoderado y fuerte! ¡No sería absolutamente lo mismo dejarles con vida como quitársela? En el primer caso me ahorraba a lo menos el disgusto de oírles sus desesperados gruñidos. Lo que haré será recoger en un vasto edificio a todos los leprosos del alma, para evitar el contagio a las generaciones jóvenes, pues la elefancía interior es mucho más pestilente y comunicativa que la exterior; hiede más, estraga más; si se la pudiera ver con los ojos, los buenos caerían desmayados, porque no hubiera fuerza para arrostrar ese espectáculo. Los que tienen el alma supurada y son del todo incurables, tendrán departamento aparte, a fin de que no acaben de matar a los otros enfermos. Tendrán oratorio, capellán, barbero; estarán bien comidos y bebidos, pero encerrados: ¡hospicio! ¡hospicio!

(6)

## DEL DESINTERES

Si alguna virtud se perdió con Roma esta es: senadores que se sirven de vajilla de barro, embajadores que tienen cinco sueldos de renta por día, cónsules y generales que conquistan naciones, y vuelven a arar su pegujal, son antigüedades de que andamos tanto más admirados, cuanto más incapaces de imitarles nos sentimos. Los dioses se fueron; nuestros dioses no se van ni se irán jamás: la codicia no se mueve, es porfiada como Término, señorea perpetuamente el Capitolio; y el padre del Olimpo, nuestro Júpiter, es pequeñuelo y despreciable como el novillo que adoraban los egipcios en sus grandes templos: ¡poderoso ruín!

Mucho fas el dinero et mucho es de amar,
Al torpe fase bueno et homen de prestar,
Fase correr al cojo et al mudo fablar.

Mas los que heredaron mil cosas a Roma ¿por qué no hubieran sido también agraciados con esa prenda del alma que tanta lumbre le comunica y tan hermosa la vuelve? El desprendimiento es una negación sublime en cuyo seno brillan mil riquezas; negación abundante en cosas positivas; ausencia que acredita la presencia de las virtudes más señoriles. El desprendimiento echa a pasear al lucro, se ríe de la parsimonia, se bota látigo en mano contra la

pasión aciaga del avaro. Desprendimiento es generosidad, liberalidad, nobleza en las afecciones y el proceder: hay mucho de gran señor, de rey en el hombre desprendido y generoso, si no es más bien filosofía amable la que le vuelve superior a los amigos del *dinero*, fetiche ciego que trae locos a los hombres.

Sublimes ejemplares de desinterés nos presentan aún los tiempos modernos, y nosotros no debemos recordar sino el de nuestro Libertador. Poco era que hubiese sacrificado sus riquezas a la patria: había jurado su libertad en el Monte Sacro sobre las cenizas de Camilo, y quien no economizaba por ella la vida, mal pudiera usar de parcitud en los bienes de fortuna. Lo que admiro es verle en el trono del inca, alto como un dios, circundado de mil victorias que vuelan por sobre él en forma de iris pequeñuelos y resplandecientes: victorioso, libertador, padre de naciones: su obra, concluída: lo que admira es verle rehusar grandioso los millones que el Perú le ofrece agradecido. Muere pobre; esta es una de sus victorias: hombres como Bolívar deben morir pobres. Pobre murió Fabricio, pobre, Escipión. Los Midas mueren ricos; mas para ellos no hay gloria ni en la tierra ni en el cielo.

El desinterés no es virtud exclusiva de ínclitos varones; antes por lo sencillo suele adornar también a los pequeños: es el precioso aroma que se cría en el humilde arbusto del Eufrates; la planta raquítica del Indo y de Saba que de las esencias con que se deleitan los reyes del Oriente. El desinterés gusta del campo muchas veces, demora en una choza, es la nobleza de la gente llana. Los ricos no suelen tener afinidades con este bello Aristipo, ya que nunca se les oye decir a sus esclavos: lleva lo que puedas y bota lo demás. No, ellos no botan su oro, su amor, su vida.

Tengo recelo de meterme yo en esto, habiendo

mentado a Bolívar; pero me delinean cual a monstruo tan ávido de sangre como de dinero, y me he de defender. *Y yo también, Señor, quiero defender mi causa en tu presencia.* De *lo matador* no me defiendo: éste es título honorífico. Entre los sublimes dictados con que se engalana el gran Sofí de Persia—"sol de gloria", "agradable nuez moscada", etc.,—se halla en primera línea el de *matador;* y matador se titula el Gran Turco en su sublime orgullo.

"Los que han vivido de la política, que mueran de ella", dijo un hombre hablando de mí. El único empleíllo que por cuatro días he tenido en mi vida (secretario de legación en Francia), lo tuve para morir de necesidad. "El gobierno aprecia debidamente la generosa renuncia que usted hace de la mitad de su sueldo, y la acepta hasta mejores circunstancias", me dijo el señor Mata, ministro de Estado entonces, en nota que firmada de su puño existe (5). Con que, amigos, nos contentamos con lo matador, lo estafador, lo ladrón, lo bribón, lo pillo, lo envidioso, lo calumniante; que lo interesado a mí no me toca, y en prueba de ello vivo pobre. El general Flores me mandó decir en Guayaquil que deseaba conocerme; ya saben qué hacía Flores de los que a sus halagos se rendían; hacía presidentes, ministros, embajadores: yo preferí ser *estafador, pillo,* a volverme de ministro a Francia, que era lo menos que me hubiera tocado. Codicioso para unos (y no tengo un real), pródigo para otros (y por eso no lo tengo): ¿es por ventura el ritmo acorde que las verdades forman? El general Veintimilla se quiso declarar mi tutor y curador en Francia, cuando él mismo lo necesitaba. *Abyssus, abyssem invocat.* "Los dioses nos venden sus bienes al precio de nuestras penas". Tal vez

---

(5) Si Mata ha muerto, su firma existe; y si a ella no dan entera fe, sus parientes (mis malhechores); don Pedro Moncayo vive: a él le consta esa renuncia. ¿León Mera? ¿Modesto Espinosa?

aludía Horacio a su mal de gota; pero es mucho gusto el tirarle sus bienecillos a la cara a la diosa Fortuna, y quedarse con los tesoros de Antístenes; esos, ni nos los confían, ni pueden ser empleados en perjuicio de nuestros semejantes.

(7)

## DE LA ESCLAVITUD

La ley de Colombia me cogió en la nada, y nací libre: al salir al mundo recibí el baño de la libertad, y en mi alma resplandeció una aurora divina, anuncio del favor con que la ley de redención quiso protegerme. Nací libre, por eso lo soy; nací libre, por eso no gimo bajo el yugo de la servidumbre, y mi alma se encumbra por las regiones altas, al paso que mi cuerpo se contonea sin temor de cadenas ni mordaza. Unos esclavos de la Scitia declararon infame la condición de hombre libre, y honorífica la esclavitud: enseguida degollaron a sus amos, e hicieron suyas sus mujeres y riquezas. Verdugo, declárate el mejor de los ciudadanos, y proclama que los bien nacidos son *híbridos y monstruosos engendros de dos razas malditas.* Asesinato, robo, traición, calumnia, todos tienen su fuerza, son soldados que la reina infamia lleva a la batalla contra los haberes y las virtudes de los hombres buenos; León Mera, tú eres el mejor de los ciudadanos; tu rival, monsieur de París, es un grande hombre; mas para contigo no es más que un meritorio. Cuando escribías esas cosas, pensabas que me ejecutabas, pero ni me has tocado. Por ahora te volviste con el cesto vacío: sombra se hizo la víctima en tus manos, pues no había sido el Marat del alma negra, sino un Marat de alma blanca y voladora.

*Híbrido y monstruoso engendro de dos razas malditas.*

¡Esto dirás de tus hijos cuando les maldigas, padre bárbaro, padre impío! Yo no soy el fruto de tu naturaleza, cuyo polen fecundante es un virus ponzoñoso. Hijo de hombre de bien y de mujer honesta, en matrimonio donde no cabe la duda, el fruto soy de las bendiciones de Díos, pues, Dios bendice siempre la honradez en el uno, la honestidad en la otra. Veneración en algunos, cariño en muchos, respeto en todos, tales fueron los bienes de mis progenitores, quienes vivieron en la holgura que proporciona el trabajo, ajenos de pensar que un día sus hijos devorarían el hambre del destierro, serían llamados mendigos, y ellos mismos, los difuntos, acometidos y perturbados en el profundo reposo de la eternidad. ¿Tú que les ofendes, tú que les insultas, no tuviste padres? ¿no temes que al ver como remueves y sacudes los huesos de sus compañeros de muerte, violando la sagrada tumba, te echen al través de los tiempos y las sombras una mirada de reprobación y maldición? Los difuntos temen las represalias no menos que los existentes, porque esta es una ley de equilibrio universal, asiento de la justicia eterna; y esos son malos hijos que hiriendo en los padres de los otros provocan su ira y su venganza, fuera de la cuenta que de estas impiedades se rinde al que santifica los sepulcros con el sello de la eternidad: señal temible es esa, no la violemos. Diente por diente, oreja por oreja. ¡No! harto asunto a mi rigor prestan los hijos, para que yo vaya a levantar el pesado manto de la muerte, y escudriñar con ojos sacrílegos lo desgraciado y lo terrible de la nada. Los perversos reconocemos límites a nuestra maldad, y el odio de ciertos pechos no pasa de los confines de la vida. Cuando por bien del género humano conviene trasmitir a los venideros tiempos la calidad y las acciones de ciertos preponderantes individuos, en sus desgracias y sus crímenes tiene el historiador su asunto; mas los que vivieron en silencio e invisibles; esos cuyas acciones ruedan

en la órbita de la modestia, y sin cometer las inicuas, practican las buenas obras sin que nadie lo sepa: esos granos diminutos del gran todo de la especie humana que no dan que hacer ni que decir al mundo, poseen el olvido y tienen derecho al respeto de la sepultura.

Maldita es la raza de Caín, y sus descendientes lo maldicen todo: padres, hijos, hermanos, todo lo maldicen: sangre, virtudes, dones de la Naturaleza, todo lo maldicen: vivos, muertos, venideros, todo lo maldicen. Y lo maldicen a nombre de Dios, porque son sus enviados; a nombre de Jesucristo, porque son cristianos. ¡Oh, no! Jesús fué bueno, humilde, caritativo, santo: Jesús andaba perdonando y bendiciendo: Jesús resucitaba los difuntos, y no los mataba en lo muerto bailando sobre ellos a nombre de su padre.

No, no soy hijo de dos razas malditas: mi padre fué bueno, mi madre santa, y mujer tal, que con sólo su recuerdo purifica a las madres. Pero tú sabías León Mera, que yo derivaba mi existencia de dos razas malditas. Tu musa no es blanca y luminosa, que se levanta y sube como el alma del bienaventurado; tu musa no trae guirnalda de mirtos ni laureles, no sonríe divina como un ángel, ni bate las alas en armonioso vuelo; tu musa no te asiste en forma de mujer en sus floridos años, bella, pura, embelesante; tu musa no te inspira resonando a tus oídos convertida en plañidera brisa, ni resplandeciendo a tus ojos a modo de nube purpurina; tu musa no es el ave del paraíso que gorjea inocente en la frondosidad del sinamomo; no es arroyo travieso y delicado que humedece y fecunda sus orillas; tu musa es un animal monstruoso; tu musa es una cosa horrible; tu musa es la hiena que se enfurece con la tierra, la levanta a frenéticas hocicadas y se harta de carne humana; tu musa es el chacal que aulla siniestro entre las ruinas de las ciudades muertas; tu musa se te llega al

oído en forma de culebra, se te envuelve en la cerviz, *te acaricia con la lengua y te deja bañado en la baba* que mata; tu musa es el fetiche que adora el salvaje; tu musa es tu verdugo, porque ella te condena a la infamia, inspirándote la calumnia, las injurias a los que han vivido, el odio feroz, la negra envidia, la venganza plebeya, el asesinato en prosa y verso; tu musa gusta de la oscuridad, no tiene nombre, huye, se oculta, y hace por librarse del castigo negando sus fealdades, poniéndolas por cuenta de otros; tu musa no respira, humea; tu musa no canta, chilla; tu musa no habita el Helicona, ni tiene hermanos, porque *es egoísta*, solitaria, vive gruñendo entre cuatro sórdidas paredes.

La poesía es la flor de los afectos, la nota de la inteligencia: el corazón del poeta es tierno y delicado, resuena como el oro, y en tocándole con mano maestra, da de sí armonías que embelesan a los ángeles del cielo. Sensibilidad, ternura, inocencia, es poesía. *Hay también poesía terrible; la poesía de la razón* extraviada, de las pasiones encendidas, del alma acosada por los dolores grandes, que se aferra sobre ella en forma de blasfemia, de desesperación y maldición: la poesía de Job delirante, la poesía de Byron en el frenesí de su infernal tormento. Esta poesía hierve como negra espuma en un vaso de diamante; *corre cual torrente de lava encendida por los floridos* campos de Parténope. Si la poesía no es grande, ha de ser sencilla y amable. Ni los dioses, ni las columnas en que los poetas pegan los avisos de sus obras, aceptan la medianía: Horacio lo dijo. La bajeza, la vileza, la indecencia, la mentira, la difamación no son elementos de poesía: las musas no trabajan en esas burdas telas, y han menester para sus obras el hilo sérico y la púrpura de Melibea. El vampiro no es poeta, el verdugo no es poeta, la hiena no es poeta, el cerdo no es poeta, tú no eres poeta, León Mera! *¿Qué tenían que ver las cenizas de*

los muertos con los tristes sucesos de los que vivimos? ¿Qué culpa tienen de mis errores o de mis verdades, mujeres, niños inocentes? ¿Qué conexiones entre las miserias y las perversidades de la política y las santas cosas del hogar y de la tumba? La inmundicia de tu pecho fermenta al fuego de la envidia: tú no eres mi enemigo, no eres más que mi malhechor. ¿Y tus padres? ¿y tu mujer? ¿y tus hijos, miserable?... No soy monstruoso engendro de dos razas malditas: si por naturaleza no fuese yo hombre de bien y temeroso de Dios, lo sería por herencia. Mas pesa sobre mí la maldición que pesaba sobre Jeremías e Isaías: lloro por Jerusalén, y hago arder mis lágrimas: ese fuego devora a mis amigos y enemigos: yo soy el diablo, ellos los réprobos.

Si mis ideas y los sentimientos de mi ánimo hubieran podido encarnarse en hechos positivos, hay en la tierra un país hermoso donde hoy viviría un pueblo libre y civilizado.

Aun cuando la ley de *Colombia* no me tocara por el tiempo, libre hubiera yo nacido, porque no soy hijo de negros, y porque hay ciertos hombres que no pueden ser esclavos ni en la esclavitud. ¡Qué locos! —decía Diógenes, hablando de los que le tenían cautivo—no saben que ellos son mis esclavos. Entes hay libres por naturaleza, y entes esclavos por naturaleza. El espíritu que no se acomode en la estrechura del mundo, tira hacia la luz y brega por levantarse y espaciarse en los ámbitos de la inmortalidad, es libre por naturaleza, libre en demasía, y este vicio es el achaque divino en que vive batallando con extrañas y grandiosas sombras. El alma turbia y pequeñuela en la cual no dan toque las tiernas afecciones, y no siente las corazonadas sublimes de la libertad, ese es esclavo por naturaleza; y si sale de la plebe, como la de los ministros, generales, senadores y poetas que han querido asesinarme, lo es también de condición; su estado natural es la servidumbre: se sien-

ten más tranquilos y felices cuando tienen quien les domina y mantenga.

Raspad en un *caballero* de la América del Sur, y bajo la epidermis daréis con el indio o con el negro de Africa. Esto no nos perjudica: Benito Juárez era azteca sin gota de sangre española, y metía emperadores en buena guerra. No perjudica tampoco la sangre popular a los hombres prominentes del viejo mundo. Alejandro Dumas fué mulato, semejante a su padre, el general de la República, el compañero de Morceau; mulato por consiguiente es su hijo, uno de los primeros escritores de Francia. Adolfo Thiers es hijo del pueblo, y los príncipes de sangre real le besan la mano. Lincoln, carpintero; Johnson, sastre —¡presidente de los Estados Unidos!—¿Y qué razón sufre que uno que no conoce padre injurie sobre este capítulo a uno que los ha tenido honrados y amorosos? El amor paternal es nobleza para los hijos: el que no ha disfrutado esa dicha ni un instante es el negro verdadero; y si hay un híbrido y monstruoso engendro, será sin duda el que ha nacido del incubo invisible.

Mi color no es *cetrino*, ni deslumbrante como en los hijos de Albión; mi sol está siempre en el equinocio, me hace hervir la sangre, y su luz concretada en ella, me sube al rostro. El alma, como la pluma del cisne; por ella no han pasado las pestilentes sombras del crimen ni los vicios. Héctor Varela dijo en el Perú, que no se había atrevido a tratar ciertas materias en sus escritos, de miedo de la calumnia (6). ¡Cuerdo, Varela! ¡sabio, Varela! yo, más audaz o menos cauto, he puesto el pecho a la calumnia. Mis iniquidades, mis ingratitudes, mis infamias, las horribles cosas de mi carácter y mi vida, están todas en "El Cosmopolita". *Tolle, tolle, crucifige eum.*

---

(6) Mera insultó también al ilustre Varela en un torpe y ruín artículo de periódico, con ocasión de los discursos pronunciados en el Perú.

(8)

## DE LA HONESTIDAD Y LA PRUDENCIA

"LA persona que tuvo la desventura de probar la espuma de sus gruesos labios, debe tener la lengua calcinada, el corazón ulcerado y el alma rebosando en hiel. Compadezcámosla, por ella y por sus hijos".

La contestación a esta impiedad se omite por temor de Dios y por misericordia. El hombre brutal que hirió en la mano a la diosa del amor, fué devorado por sus propios caballos; y el que se atrevió a profanar con sus miradas las desnudas formas de Diana, diosa de la pudicia, sus mismos perros le comieron. Los hombres han fijado un límite a sus iras y aborrecimientos, y les han dicho: de aquí no pasaréis. Preciso es que las pasiones den con un escollo insuperable, a cuyos pies se rompan y deshagan, a fin de que no se traguen la sociedad humana con su moral y sus buenas costumbres. Roto el obstáculo del pudor, ¿qué será de las leyes divinas y civiles? Ese límite donde los hombres se han comprometido a detenerse es el hogar, porque allí demoran las divinidades de la pudicia y la felicidad, o la de la desgracia que también es una divinidad, y más respetable que las otras. Pero ya nos está sucediendo lo que a los judíos, que oían ruidos misteriosos en el templo, veían señales siniestras algunos años antes de su catástrofe, cuando el porvenir airado les venía amenazando con la ruina; y los sacerdotes de la mo-

ral exclaman como el gran sabino: ¡oh templo, oh templo, por qué te estremeces!

¡Oh templo, oh templo! te estremeces, porque la ira de Dios prende ya en el seno del futuro el fuego que ha de consumirte: ¡oh templo, oh templo! te estremeces, porque ves la miseria y dispersión del pueblo que se reune entre tus paredes: ¡oh templo oh templo! te estremeces,porque va a llegar el día de la raza maldita; va a castigarse el deicidio, el mayor de los crímenes. ¡Estremécete, da voces horribles, alaridos siniestros, oscurécete, estremécete, oh templo, oh templo!

¿A dónde vamos por ese derrumbadero tenebroso? Yo escribí de política, e hice con buen orden mención de algunas iniquidades a ella pertenecientes: vosotros ¿de qué habéis escrito? Contestación, ni una palabra: vituperios, falsedades, calumnias, cosas horribles, y al fin alzáis el brazo contra la criatura inocente, le claváis el puñal en el pecho, violando el templo de la pudicia. ¡Huid malvados! vuestros caballos se tiran sobre vosotros. Corred, impíos, vuestros perros os devoran. ¡Oh templo, oh templo! estremécete, centellea, lanza clamores espantosos.

Espinosa, mal soldado, quisiste matar a una mujer, y el tiro te salió por la culata: te atravesaste el corazón, suicida. Si hasta ahora no has podido lavar con los tuyos la amarga espuma de esos labios, no la lavaréis jamás. Los dioses mandan que sus mismos perros les devoren a los impíos que violan el templo del pudor. Si por conmisceración y por respeto a la moral no perdonase yo en esta grave ocasión, ahora veríais cómo hiere la espada de la justicia en mano de la modestia indignada, y cómo se contienen las irrupciones de una lengua incasta por los lugares sagrados de la vida. Es ya lástima negra el ver un hombre herido por sus propias armas, para que nos pongamos también a arrastrar su cadáver maldito. No calcinan la lengua de una desventura-

da ni le ulceran el corazón sino los labios sacrílegos del perjuro que rompiendo sus votos, hurta en las tinieblas los placeres que le son prohibidos, violando el sagrado y temible tribunal de la penitencia. ¿No sabíais esto, León Mera? Ahora dime, cuál tendrá el alma rebosando en hiel, si la desventurada que probó la espuma de mis gruesos labios, o el impío que escribió esas líneas del demonio.

Mirad, amigos, si os está mejor poner en el silencio vuestro odio, y dejarlo fermentando en él hasta que yo hubiese dado por qué llorar a los que me aman. La tumba es enemigo indefenso; herid a vuestro sabor en ella; pero en tanto que no me asesináis, notorio es que la razón fulgura en mis manos y sus destellos matan. "De estas manos atadas ¿qué os teméis? a este hombre azotado ¿qué más le demandáis?" No, yo no digo eso, porque si adoro a Jesucristo, no alcanzan a imitarle mis fuerzas de cristiano.

(9)

## JUDAISMO

ESTA mañana al paso ví una marimorena en la calle. En lo ciego de la cólera, una mujer le dijo a su contraria: ¡Cabeza de judío! Así el hebreo que me busca las espaldas me ha dicho: ¡Cabeza de judío! pero a mí me dejó el decirle corazón de judío y mano de verdugo. ¡Ejecutor, ejecutor! comulgas a medio día, y por la tarde le cortas la cabeza a Jesucristo, lo que no hicieron los otros.

---

Está enseñando al pueblo y abriéndole los ojos: ¡crucifíquenlo! propaga ideas perniciosas y dice que la libertad es buena: ¡crucifíquenlo! Quiere levantar los corazones a grandes movimientos e infundirles afecciones elevadas: ¡crucifíquenlo! Habla del rey y sus ministros, abruma a los fariseos, con sus recriminaciones, saca del templo a los indignos traficantes: ¡crucifíquenlo! Aconseja un sagrado temor por los sepulcros, respeto a los ancianos, ternura por los niños: ¡crucifíquenlo! Nos aborrece diciendo que matamos, nos desprecia diciendo que robamos y mentimos: ¡crucifíquenlo! Llama crímenes nuestras acciones, vicios nuestras costumbres, y afirma que su Dios no nos recibirá si no practicamos las virtudes: ¡a la cruz! ¡a la cruz!

(10)

## DE LA HIPOCRESIA

La hipocresía es el suplicio a que condenamos a Dios.

(11)

## DE LA PROBIDAD DE LOS HOMBRES Y DEL HONOR DE LAS NACIONES

Desde Fouquet, el célebre ministro de Luis el Grande, personas de alto lugar se ven en todas partes que deshonran a su patria con una lastimosa desmentida de la confianza con que ella les distingue y engrandece. Su corazón hueco no resuena como el oro, y deslumbrados por los falsos resplandores de la fortuna, se van tras las falaces insinuaciones de la codicia, que se los lleva y da con ellos en el abismo de la infamia. Fouquet muere en la Bastilla, por infidelidad a la nación y al rey, y poco le abonan las elocuentes quejas del cisne de la prosa (7), cuando la posteridad le ha condenado: *a nadie le salva la benevolencia de los compasivos, si la justicia de los austeros le acomete.* No engañemos a la posteridad vendiéndole por ilustres nombres que deben morir, por honor de los que los llevan, ni tengamos por dignos de respeto a quienes con sus acciones se vuelven despreciables.

El viajero que visita la penitenciaría de Albany en los Estados Unidos, ve entre los presidiarios un hombre muy aventajado de barba, de porte majestuoso, mirada melancólica: aspecto, en fin, de un rey en lo sumo de la desgracia. Es el mayor Hodge,

(7) La marquesa de Sevigné.

empleado superior del ministerio de Hacienda, convicto de concusión, desfalco, robo. ¿Hay suerte más infeliz?

Entre los ruidosos acontecimientos del año monstruo, los franceses han devorado mil desdichas y amarguras: la ruina de su poder, la mengua de su nombradía como guerreros, la crasa rigidez de sus vencedores, el hambre, la sumersión de los más grandiosos monumentos de sus glorias, nada les ha afligido por el extremo que las gotas negras caídas sobre la probidad, el honor galo, que vivía blanco, erguido como el cisne: aquel patriotismo pundonoroso del francés, por el cual se vota a las espadas y se quita el pan de la boca por la salud de la patria, lejos de tirar a enriquecerse con sus desventuras. Víctor Place, cónsul general de Francia en los Estados Unidos, es ahora un triste resto del género humano enlodado y pestilente. La patria sucumbía, y él especulaba fraudulentamente; la patria moría de hambre, y él la defraudaba burlando su confianza. El cónsul general de Francia en los Estados Unidos es a la fecha un preso, por no decir un presidiario. Todo lo ha perdido la ilustre nación francesa, menos la justicia.

Los colombianos que le han echado al rostro al Ecuador el escándalo de haber visto un ex-vicepresidente en una demanda ignominiosa de policía, y huir otra ocasión de la plaza con un horrible grito a las espaldas, ¿han puesto olvido en su secretario de la Corte Suprema federal que huye cargado de su robo? Del uno al otro extremo de la Confederación resuenan todavía las voces de los hombres de bien que corren tras el indigno prófugo, y apenas si empieza a silenciar la justa y noble alharaca de los generosos ciudadanos de Colombia. Ni Francia es pueblo de concusionarios a causa de Fouquet y Place: ni los americanos del Norte merecen en común el presidio, como el mayor Hodge; ni Colombia es cómplice de su gran empleado y fuga con él a desconocidos países;

los ecuatorianos todos son ladrones, porque uno, el más infeliz de entre ellos, haya venido a robar a entrambas manos al pueblo hospitalario y bondadoso que le acogió en su seno.

Yo sé muy bien que muchos de mis compatriotas me harían trizas en este instante, si me pudiesen haber a la mano: esto no quita que yo les defienda a todos, aquí como en todas partes, cuando va en ello la honra general de la nación; compuesta, sin duda, de más hombres de bien que gente inicua. Sólo de los trogloditas se pudo decir que eran un pueblo perverso e infame; y aun así hubo entre ellos una familia honesta y virtuosa que les convirtió y redimió. La mayor parte de una nación es buena; si los malos preponderan a las veces, no es a causa de la corrupción general, sino porque la maldad tiene su ímpetu y su fuerza que les hacen prevalecer sobre los buenos. El honor de un pueblo es cosa muy alta y respetable: un traidor puede venderle, pero no le mancilla; un ladrón puede inquietarle e indignarle, pero no le deshonra. Caco es muy antiguo, y sus descendientes viven esparcidos por la circunferencia de la tierra. No juzguéis de todos por uno sólo; ésta sería la justicia de Caifás; los crímenes y los vicios son el legado de una buena parte del género humano, pero el globo de los hombres, su augusta mayoría, merece bien de la naturaleza; si así no fuera, volverían a arder Sodoma y Gomorra. No hace al caso el que algunos filósofos sombríos, exasperados por las iniquidades de sus semejantes, juzguen del mundo como de una obra del espíritu malo: Vauvenargues y La Rochefocauld son tal vez justicieros, pero son crueles. ¡Optimista! exclamarán algunos; él que es otro Vauvenargues . . . ¡Oh Dios! en este instante me sopla la brisa del Paraíso.

(12)

## MONSTRUOSOS EJEMPLARES DE CALUMNIA

"SE salvará" (8); ¿pero su fama? ¿su nombre? De eso no conoce el jurado: hay un tribunal muy vasto, muy alto, muy sabio que entiende esas materias—la opinión pública.—La estima no se gana con ruegos privados ni con insolencias notorias; no hay engañifas ni quisquillas escolásticas; la covachuela nada puede. Ese tribunal es como el Areópago, que juzgaba en medio de la oscuridad, para no dejarse seducir por la elocuencia del gesto ni la retórica de los jurisconsultos. Los jueces van al grano: la verdad, la verdad y nada más. El infeliz ha descollado de repente con un arroyo imponderable para cerrar con la asociación general, como si agraviando, enconando, persiguiendo a los demás mejorara de causa. No valiera más un porte digno, una conducta señoril, un aire de majestuosa desgracia, ya que desgracias le sucedieron? Aquel viejo que postrado en su lecho, al cual le echaron sus propias armas, no sigue aconsejando que maten a sus compatriotas (los colombianos), ni blasfema, ni se desespera, y en medio de dolores y suspiros lo atribuye todo a la Providencia, vale ahora mucho más que sus mal avisados parientes y amigos. Sí, la Providencia anda metida en todo: aire sutil, se nos entra por las rendijas de las puertas; vista penetrante, rompe las tinieblas y

(8) El héroe del alzamiento de Ambato contra los colombianos.

nos espía en nuestros afanes del crimen; oído perspicaz, traspasa las paredes, y no se escapan ni las palabras pronunciadas en secreto. Eso que llamamos acaso casualidad, eso es Providencia: sin ella no hubiera asesor ni cualidades. Algunas veces nos deja llegar a viejos, vivimos prosperando en medio de nuestras iniquidades, todo nos sonríe. La Providencia sabe esperar: espera . . . ¿Acaso todo esto es porque fuiste bueno? ¿acaso son tus males efectos de tus virtudes? Providencia, Providencia".

---

"El sufrimiento no le sienta mal al culpable, y menos al culpado. Los más terribles fracasos pueden traer consigo cierto interés que nos concilie la simpatía, o por lo menos la compasión de nuestros semejantes: el reo que sube soberbio al patíbulo, y entrega al verdugo la cabeza entre bufonadas o blasfemias, causa en los espectadores lastimosa repugnancia. El valor, que ojalá en ningún evento nos abandonara, es muy diverso de la insolencia; y la soberbia no fructifica ni en los ángeles del cielo, menos en nosotros miserables, que a cada paso corremos peligro de caer en manos de aquellos a quienes hemos ofendido".

---

". . . Hombre en extremo descuidado de sí mismo; da *su golpe,* y no hay en Londres lechuguino más tieso y almidonado. Magistrado desdeñoso de la instrucción pública; da su golpe y se mete a maestro de escuela. Humildón, bondadoso por defuera, casi tímido, da su golpe, y no conoce término en las malas acciones y el desenfreno de la pluma . . . Ese viejo postrado, resignado, prudente, que ve a la Providencia, después de haber hecho tantos males a sus semejantes por no haberla visto, ese debe servirles de instructor. Ejemplo vivo de los vaivenes

do la suerte, escombro herido por el rayo, padre que padece en sus hijos, hombre que padece en su cuerpo: tortura moral, tortura física: ¡qué experiencia! Si su arrepentimiento es sincero, que salga a vivir de nuevo, refrescado, depurado con el bautismo del dolor que redime las almas; si es ficticio, pasajero, que no se levante" (9).

---

"Allá en esos tiempos de sabiduría en que las virtudes iban coronadas; cuando los ciudadanos distinguidos habían cometido un delito, dejaban crecer la barba en triste desafeite, no peinaban la cabellera, y vestidos de luto y andrajosos se presentaban al pueblo. Parece con efecto que una cierta humillación y un expresivo abatimiento son necesarios en el delincuente que comparece a justicia ante el tribunal, y se halla a la vista de sus conciudadanos. La entereza del alma, que nace de la conciencia pura, no se opone a la modestia, y el decoro nunca admite la compañía de la presunción y el desvanecimiento. La inocencia puede alguna vez ser orgullosa, nunca soberbia; pues hay un orgullo que no es defecto, y es el que causan la práctica de la moral y los sanos principios de la filosofía. Este orgullo no es más que reconocimiento lícito del valor propio, y noble satisfacción de nuestras acciones para con Dios y con los hombres. El de los criminales no es orgullo, es soberbia, y por la soberbia nadie se ha salvado hasta ahora. Si a lo menos fuésemos a fundar un reino en los abismos . . . Pero si cuando más le sirve su atrevimiento a un desdichado para concitar la furia del verdugo y hacerse agarrar por los cabellos, no veo yo el mérito de su indolencia. Guárdenos el cielo de cometer jamás una acción prohibida por las

(9) Se levantó, y se vengó cruelmente de la Providencia; nunca había sido tan perverso.

leyes divinas o las humanas, de esas que se llaman delitos: si por desgracia la cometiésemos, la mancha de la conciencia nos saldría al rostro, y no anduviéramos ufanos de nuestra vergüenza. Por Dios, la patria y el honor se puede hacer todo: por la codicia, la soberbia y la venganza, nada que sea bueno".

---

"Sea uno en buenahora *gran poeta;* pero si es hombre malo y muy malo, ¿esa calidad qué importa? Si bien se mira, no pueden concurrir en la misma persona la poesía y el deseo inmoderado e incesante del mal: algo hay puro, delicado, santo en la poesía: nace en el alma esa divinidad aérea, hierve y se acrisola en el corazón, y tirada arriba por el pensamiento, sale por la garganta, y blanca, tierna, bella, echa a volar en cadenciosos vaivenes, encantando verdaderamente a los que oyen sus celestiales trinos. El *cisne, símbolo de la poesía, es el ave más aseada y* pulida que la madre tierra crió para su embeleso: nada pomposo y elegante, rompiendo el agua con su vasto pecho: su cabeza está elevada, como aspirando al cielo, sobre el erguido cuello, instrumento sonoro que despide raudales armoniosos de música divina: sus ojos brillan límpidos y miran inofensivos y simpáticos: sus encarnadas patas van tendidas hacia atrás, moviéndose al diapasón de sus acentos: su cola le sirve de timón y se menea voluptuosa: nada hay en el cisne que despierte una idea desagradable, nada que ofenda, nada que repugne: ésta es la poesía".

Y a estas mis atroces calumnias, Mera, el *poeta*, exclama como Sócrates: ¡ése no soy yo! No, mi vida; no, mi bien; ese cisne no eres tú: te he calumniado. Pero tienes quien te defienda: Bavio Espinosa grita: ¡calumnia! Y tú, que en lo de orar y escribir no reconoces superior, gritas a tu vez: ¡calumnia! y para probarlo, añades: "¡ladrón, bribón, estafador, pillo!" con una pulcritud, una grandeza, una poesía, que las

musas te coronan en la cumbre del Parnaso. Tus cisnes son más delicados que los míos. ¿No los oyes pasar en alto vuelo llenando de mágica armonía las orillas del Erídano? Son los cisnes de Virgilio, son tus cisnes, mantuano egregio.

(13)

## DE LA AMISTAD

"NUNCA dejó transpirar un sentimiento noble ni una idea generosa. Jamás tuvo un amigo". Este jamás sería más terrible y desesperado que el del judío errante, y envolvería él sólo toda la desgracia del mundo, haciendo de un hombre objeto de maldición. ¿Quién puede vivir sin comunicar sus pensamientos y afecciones, sin alivio para los quebrantos y zozobras de la vida? El amor es incompleto sin la amistad, y donde la confidencia no toma su dulce parte, los placeres mismos del corazón se ahogan antes de tiempo en la amargura que viene después de ellos. El corazón es un melodioso instrumento que está sonando con afectos y pasiones; pero necesita que le respondan, para formar el embelesante concierto que se llama felicidad. ¿Cuál será el bravío pecho que no haya experimentado la afección tierna y generosa que tira a fundir dos almas en una sola, por medio de ese encadenamiento de emociones que no les permite separarse? Los antiguos héroes, esos que simbolizan la naturaleza humana en sus grandiosas proporciones, no tuvieron alguna vez esposa ni querida, pero a ninguno le faltó el amigo. Aquiles suspira a los pies de la belleza de Sciros, tañe y canta en los jardines de la astuta Deidamia; o en sombrío enojo niega su espada a la guerra y permanece en su tienda solitario. Mas al nombre de Patroclo, Patroclo muerto por el enemigo, salta, empuña la cuchilla, vuela, destroza, es el dios del exterminio.

¿Qué es Achates para Eneas? amigo. ¿Qué es Orestes para Pílades? amigo. Teseo y Piritoo, amigos; Epaminondas y Pelópidas, amigos. Y vosotros, adolescentes bellos, que así os amáis y veláis uno sobre otro, cual si fuéseis dos pequeños dioses; vosotros, amables hijos del corazón y la cabeza del más expresivo de los hombres; vosotros, Niso, Euríale, ¿qué sois? amigos. La amistad ha sido consagrada por los poetas desde Hesiodo, y los filósofos no la desdeñaron, sino los que hacían gala de un triste y enojoso retraimiento. ¿Qué importa que Crisipo se ría hasta de sus hijos, y los compare con la saliva de su boca? Este cínico no tiene prosélitos, ni fundó jamás escuela. Platón al contrario, suaviza la austeridad selvática de Xenócrates, y le aconseja sacrificar a las musas, llamándole *su amigo*. ¡Ah, sí! sacrifiquemos a las musas: amemos, tengamos amigos, acariciemos a los niños. El que por desgracia no tiene un amigo, es impío, porque los humanos afectos son una religión, y además, cortapisa tan necesaria como agradable de la vida.

In solitude.
What happiness? Who can enjoy alone?

¿Jesús, el divino Jesús, dejó de tener un amigo? Madre y amigo fueron las necesidades de su corazón. "Madre, he aquí a tu hijo; discípulo, he aquí a tu madre". ¡Cómo confundía con la amistad los afectos más profundos de la naturaleza! ¿Y yo no la habré experimentado jamás? pues ¿cómo soy para sentir estas cosas y expresarlas? Los ángeles tienen sin duda afecciones que nos son desconocidas, porque en el campo de la inmortalidad muchas cosas debe de haber de que nosotros no abrigamos idea: ¿pudiéramos describirlas y hablar de ellas sin conocerlas?

*Soy sola como el león*, dice el orgullo. Y el que esto dice, posee el corazón más tierno y amistoso que se alberga en pecho humano. Solo es como el

león el poeta de la tortura, y anda vertiendo lágrimas abrasadas, porque su triste suerte le condena a la soledad. Solo como el león, y anda suspirando tras su esposa. Solo como el león, y estrecha a su hija contra su pecho, a pesar de la distancia y la desgracia.

Ada,
Sole daughter of my heart and house!

Gime, gime, león, que cuando gimes eres paloma.

Solo soy yo también; solo como el león en mis orgullos; solo como el águila en mis soberbias; solo como un espíritu en mis arrobamientos; solo como una sombra en mis tristezas; solo como una alma en mis peregrinaciones: sólo como un proscripto en mis pesadumbres. El desterrado siempre está solo, ¿no lo sabíais? Pero tengo un compañero invisible que me sigue a todas partes; cuando amo, se llama amor; cuando padezco, se llama dolor; cuando siento un gozo incomprensible, se llama alegría; cuando lloro, se llama lágrimas; cuando me esfuerzo, se llama consuelo. Este amigo es bello, puro, amable: este amigo me lo manda Dios.

Cuando aborrezco se llama odio; cuando grito, maldición; cuando amenazo, soberbia; cuando desprecio, vanidad; cuando castigo, venganza. Este compañero es negro, feo, horrible; me lo envía el enemigo; con él me estoy muy poco; le quiero más al otro. Pero estoy solo: el desterrado siempre está solo.

"Jamás tuvo un amigo". ¿Qué dirá a esto mi amigo Zaldumbide, el cual, en una de esas demostraciones mías a las que no alcanza su corazón, me tomó en sus brazos con vehemencia y me tuvo un buen espacio contra el pecho, jurándome ser mi hermano hasta el fin del mundo? Mas como poeta, sabe sin duda el decir de Ovidio Nason:

No se sientan las palomas en el techo arruinado:
No acuden las hormigas a la troje vacía.

(14)

## QUE ES LA VIDA, SEGUN SENECA

VIVIR, Lucilio mío, es combatir, ha dicho este filósofo. La vida es la guerra: cada día una batalla; cada acción ordinaria una acometida. Los hombres no son hermanos, son enemigos; y si son hermanos, lo son a lo Caín y Abel. Hermanos, para quitarle la vaca al pobre, y envenenarle el perro al vecino; hermanos, para seducirse mutuamente a las mujeres y engañarse a las hijas; hermanos, para hacer alarde de las desgracias ajenas y fisga de las necesidades; hermanos, para confiarse los secretos con más holgura, y echarlos en la calle a la primera oportunidad; hermanos, para levantarse quimeras y darse de torniscones; hermanos, para morirse de ira, envidia, venganza, y andarse bebiendo la sangre, cuando a gritos escandalosos, cuando en silencio y a la sorda. El que no es víctima es verdugo, ya lo dijo un gran poeta. La quijada del asno es nuestro Tirso, nuestro Daduceo; somos emisarios de paz, y sembramos la discordia; hablamos de fraternidad, de amor, y nos echamos las manos a las barbas, y nos agarramos con los dientes. ¿A cuál de nosotros no podría preguntarnos el Señor: Caín, ¿qué has hecho de tu hermano? Señor, respondería uno, le maté con quitarle su esposa. Señor, diría otro, le maté, con venderle un secreto. Señor, diría éste, le maté, robándole un caballito con que ganaba la vida. Señor, diría ése, lo maté imputándole una acción que no

había efectuado, un pensamiento que no había tenido. Andad, malditos, respondería entonces el Señor, yo os puse en el mundo para vuestra dicha, y vivís empeñados en cultivar y extender vuestra infelicidad.

No tan insigne guerrero como los grandes capitanes que ganan batallas, pero yo también peleo y he peleado. He peleado por la santa causa de los pueblos, como el soldado de Lamennais; he peleado por la libertad y la civilización; he peleado por los varones ilustres; he peleado por los difuntos indefensos; he peleado por las virtudes; he peleado por los inermes, las mujeres, los amigos; he peleado por todos y por todo. El *que no tiene* algo de Don Quijote no merece el cariño ni el aprecio de sus semejantes.

He desollado verdugos, he desollado pícaros, he desollado ladrones, he desollado traidores, he desollado indignos, he desollado viles, he desollado agiotistas, he desollado tontos mal intencionados, he desollado ingratos, he desollado todo lo desollable en este mundo, y, gracias a Dios, a justo título soy *un monstruo*. A mí también me han desollado con mano inhábil, torpe; pero yo no dejo mi piel; me la echo al hombro, y como San Lorenzo, me voy muy fresco, porque un rocío celestial me baña en lo vivo, y destruye los dolores de esa inmensa llaga.

(15)

## CONCLUSION

SI la vida es la guerra, convendría morir tan pronto como nacidos. Jamás siento yo por el que se muere (cuando no le quiero), ni pienso que nadie haga mal en morirse; antes por el contrario, tengo entendido que esta es la obra maestra de la vida: o por mejor decir, la única buena y digna de aplauso. La verdad y la buena fe no se ponen en duda: cuando un difunto afirma que se ha muerto, es preciso creerle; raras veces nos engañarán en esta materia: la crucecilla que se yergue triste sobre su sepultura, les sirve de testimonio: y aun sin ella yo les creyera, puesto que me veo libre de las acechanzas de un enemigo ruín, o de los besos de Judas de un amigo. El que se muere no recibe daño ni hace mal a nadie; no molesta, ni le molestan a él: la tumba es una comodidad para vivos y muertos, y los difuntos gente de buen genio, poco curiosos, nada entrometidos, sana la boca. Los vivos suelen temer la sepultura; si a los muertos les fuera dable resucitar, se guardarían de la vida más que nosotros de la muerte. Malo soy, pero no tanto que me ponga a sentir por el que se muere; al contrario. El hombre de corazón bien formado y juicio recto ¿siente porque un amigo se casa bien, se vuelve rico, se gradúa de doctor, gana una batalla, es electo presidente, consagrado obispo, o se sana de una grave enfermedad? Pues el morirse vale más que todo: la mortaja es una canonjía,

la cosa más descansada y cómoda del mundo, y un difunto cual conviene no le pide favor al racionero ni al dean. La honesta, la fiel, la amable esposa es la eternidad; en sus brazos se disfrutan placeres inmortales con la animación del amor infinito, en puro e indestructible gozo. Miedo, zozobra, desconfianza, celos, desgracias, no entran en los términos de esas regiones luminosas y alegres, donde los espíritus confundidos en un elemento que les asimila, nadan en la inmortalidad, sin aprehensión de que nadie atente a su dicha ni su gloria. ¡Oh amigos, en no verter copiosas lágrimas cuando os váis, no hago sino mostrar un corazón limpio de odio y venganza! Por quien siento en lo más íntimo de mi naturaleza es por los que permanecen vivos, los que se quedan en la viudez, la orfandad, el hambre, en lucha siempre renovada con las persecuciones, la penuria, el llanto y la desesperación. La guerra es un gravamen terrible: vivir peleando de día y de noche, de día con nuestros hermanos y amigos, de noche con los espectros y llamas de la imaginación, esta es la verdadera desgracia, la que aflije el pecho sensitivo del filósofo y tortura el alma delicada del poeta.

JUAN MONTALVO.

Ipiales, a 12 de agosto de 1872.

---

Aquí concluye mi obligación para con los lectores colombianos. En la parte que sigue suenan algunos nombres propios, que a la verdad no son los del general Grant, Julio Favre, Garibaldi, ni otros que llaman la atención de todos, en el viejo y el nuevo mundo. Mis personajes, allá en su agujero, si son ellos también presidentes, ministros, senadores, generales y poetas; pero lo mismo que si no lo fueran;

nadie les conoce. Si Gulliver viajara por cierta gran nación del continente americano, saldría cuajado de poetas, diplomáticos, senadores, generales y ministros; mas con sólo sacudirse orillas del Guayas, se volvería limpio a su tierra. Pues el Gulliver soy yo ahora, y voy a sacudirme, porque estoy lleno de esos bichos.

Voy a lavar la ropa sucia, como Voltaire, y cruzo el polo: es un secreto. Nadie me censure, porque nadie tiene derecho a murmurar de cosas que honestamente se le ocultan. No sólo advierto a los lectores extranjeros, pero también les prohibo leer la parte que sigue, pura prosa, en la cual, es verdad, y como lo pide el asunto, vuelve a palpitar la vena filosófica, y de cuando en cuando no deja de hacer sus luminosas incursiones la más inocente de las musas.

Hoy soy hijo de Parmenion, me hago chiquito, y con las barbas me la pagan las gentes hiperbóreas. ¿Es por ventura axioma filosófico que el tamaño le salva al criminal? Yo veo de continuo desdichados que en soga vienen a la cárcel: éste porque le cogió una gallina al vecino, ése porque le alzó la voz al alcalde; uno porque se emborrachó el domingo, otro porque no asistió al trabajo subsidiario; tal porque tuvo un zipizape con sus amigos, cual porque no confesó en pascua florida; y no há mucho metieron en grillos a un ciego infeliz, en razón que una noche bonitamente se entró al cercado ajeno y se dió sus trazas para llevarse una oveja. El hambre es tan mala como hábil consejera, cuando no se la tiene confesándose con el honor, gran sacerdote de las virtudes. Ahora pregunto yo: ¿por qué los delincuentes encallecidos, los malvados que hacen guerra a muerte a la sociedad humana y tiran a la destrucción de las buenas costumbres, han de gozar de la inmunidad acordada solamente a las virtudes por la sabiduría? Yo no pienso que los perversos y los infames sean los más sagrados de los hombres, y la

levita superhumeral que les vuelva intangibles aun para la justicia. Con que todo el mundo se bota sobre un indio hambreado que coge una mazorca de la sementera, y le llevan a la cárcel escandalosamente, y el ladrón de la honra, el ladrón de la buena fama, el ladrón de la felicidad ajena, anda circundado de una aureola divina que le pone invulnerable? Nadie puede estampar su nombre, su corona pontificia es como el arca santa . . . A éste, a éste se le debe pregonar, a éste se le debe coger. El hogar doméstico es sagrado; y aun así, ni filósofos ni grandes *hombres han tenido por templos santos ciertas casas* a donde han entrado echando abajo las puertas. Ellos saben muy bien cuándo duermen las leyes, y cuándo se voltea la tabla en que están escritas. La morada de los dioses es inviolable; mas si los grandes criminales se acogen a ella, viene una anciana con una piedra, y da a entender a sus conciudadanos que se les debe matar de hambre amurallando la puerta. Si no hay castigo de ninguna clase para los ladrones de la moral, quedan envalentonados, y acometen cada día nuevas y mejores empresas. Personalidades son todas aquellas terribles embestidas a las cuales sucumbe Catilina; personalidades, los azotes a Verres; personalidades, los arranques de Mirabeau; personalidades, las furias de O'Connell; personalidades, las proclamas de Bolívar. ¿Con qué no hay derecho para nombrar jamás a los malvados? Son los más santos *de los hombres. ¡Pues no se aprehenda tampoco* a los salteadores de caminos, no se persiga a los incendiarios, no se fusile a los homicidas!

(16)

## PROSA DE LA PROSA

¿CONFESARME? Con arzobispo ni con diablo. Me confesaré con Dios omnipotente y misericordioso, allá cuando se me abran las puertas de la eternidad, y tenga que purificar mi alma para entrar en la mansión eterna de la gloria. Tomó un nombre elevado la *máquina de difamar*, para urdir sandias falsedades en su cabeza; pues yo no creo que el arzobispo hubiese dado materia a la injuriosa vocinglería de mis detractores. Un alto sacerdote no toma parte en la murmuración y menos en la calumnia. Señor Checa, ¿es cierto que me he tirado de rodillas ante vuestra señoría para confesarme, abjurar mis doctrinas y pedirle dinero? El arzobispo dice que no, ¡oye, León Mera! Con ese fin no se tiran de rodillas sino los de tu clase. El papel del arzobispo, mucho peor que el mío: siendo verdad, delación; siendo falso, impostura.

---

*Estafó unos cuantos miles de francos a un estimable sujeto de Guayaquil.* No le nombró la máquina: Pasquino prueba sus aserciones en la horca. El sujeto es don José María Avilés, y el señor Carbo mi cómplice, porque él verificó la estafa. Aquél hubo de hacer una bondadosa insistencia en mi ánimo, para que yo aceptase el préstamo en los términos que me lo ofrecía: posee una obligación de mi parte, no pe-

dida por él; le debo la suma (2,000 francos, o sean 400 pesos fuertes); plazo no admitió el prestamista en su generosidad; se la pagaré tan pronto como pueda; en el alma le agradezco el servicio: esta es la estafa, que tiene buen cuidado de comunicar a mi familia y mis amigos. Don José María no necesitaba que yo le engañase para hacerme un favor, *insignificante para él, siendo así que le sobra* buen natural y no le falta la memoria del corazón. Habitante de mi casa mucho tiempo, querido por mi madre como uno de sus hijos, hermano de mi hermano, hubiera sido preciso que perteneciese a la raza de Caín y León Mera para que el fraude fuese necesario con él. Me había visto rapazuelo bajo el techo paterno; me conocía después cuando mi nombre hacía su ruido en la política; me veía en las amarguras de mi proscripción, ¿qué mucho que se hubiese mostrado mi estimador y me favoreciese con dignidad en la desgracia?

Señor Carbo, comparezca usted ante el tribunal de Manuel Gómez, Mariano Mestanza, Marcos Espinel, Modesto Espinosa y León Mera (con perdón, que así se llaman), a responder por el delito de estafa. No comparezca, porque los tengo en el Lazareto a estos leprosos. Mevio y Bavio se hallan en el deber de escribir al señor Avilés y publicar su contestación: hombre estafado, hombre irritado. Si no lo hacen, quedan por infames convictos y confesos. Mestanza, hombre infeliz, esta es la calumnia en su impúdica desnudez: ¡y te quieres vender por víctima! ¿aún no te mueres? ¿y qué esperas? Querras, sin duda, ajustar los catorce años . . . ¡Incurable, incurable! Desde aquí veo el pus que destila tu alma engangrenada: escóndela, no nos apestes. ¿Dejas tú de ser delator porque yo haya *estafado* esos dos mil francos? ¡Incurable, incurable!

---

"Buscaba la soledad y las sombras porque la sociedad engendra nobles concepciones, y la ley es compañera de la verdad". Dios no se muestra en las ciudades; Jesucristo, para orar, sube a la montaña, ordenando a sus discípulos no seguirle; quiere estar solo en el silencio. ¿Iba Jesucristo huyendo las nobles concepciones y la luz de la verdad? Del retiro traen los filósofos sus más sublimes ideas; en el silencio oye el poeta las vagas armonías que se le imprimen en el alma. No huyo de los hombres, les busco poco; pero cuando vienen a mí, se apartan diciendo: ¿Este era el *monstruo?* Algunos, es cierto, buscan más la esquina de la calle que las verdes colinas y las orillas de los ríos; pero no acuden en demanda de la luz, porque la verdad no es corrillera: allí está la difamación, y van a prestar pleito homenaje a su corona.

Y aquí nos sale al paso una de las contradicciones de mis perseguidores: monstruo sombrío y taciturno en un lugar; fantasma pavoroso que ahuyenta despavoridos a niños, hombres y mujeres; temido, detestado, profundamente aborrecido; objeto de vilipendio, sin amigos, sin trato social, buscando las sombras y el silencio; a matar con el género humano. En otro, pillo, truhán, estafador mañoso que vive de *pesetas pescadas aquí y allí* y anda poniendo nasas a los tontos. El pillo es avenidero con todo; su elemento es la amistad; busca a los amigos, se intrusa donde puede; compra sin dinero, vende lo que no tiene: amable como una pizpereta, flexible, risueño y decidor; de uno es compadre, de otro, lacayo; pregunta por la familia, brinda con cigarrillo; *se afilia en la cofradía de San Vicente de Paul, y se hace nombrar tesorero;* confiesa y comulga triste, pero sale alegre, porque la virtud no tiene cara de Caifás; ofrece, se compromete, reconviene, cita, manda saludos, se disculpa, da palmaditas en el hombro, sin parar la tarabilla, riendo de la cabeza a los pies. ¿Este

soy yo? ¡Qué absurdos no sugiere al hombre torpe la ciega maldad en la venganza! A las aves de los árboles no puedo estafarles sino una pluma que acaso se les desprende al vuelo, o una flor silvestre al verde prado.

---

*Calumniante de profesión.* Sí, todas mis calumnias están recopiladas y recogidas en "El Cosmopolita", y por ellas he recibido felicitaciones privadas y públicas de los más distinguidos literatos de Suramérica, y ellas, mis calumnias, han sido reproducidas, en varios periódicos del Nuevo Mundo.

"Jamás dejó transpirar un sentimiento noble ni una idea generosa". ¿Hay desvío más completo de la razón, crudeza más inicua del corazón? Pues ¿en qué he pasado yo mi vida? ¿y qué han aplaudido en mí tantos literatos y hombres notables que me han hecho el favor de estampar mi nombre en sus escritos? ¿Por qué Lamartine me dijo: "Ah, si en mi patria se conociese ese modo de sentir? . . ." ¿Y por qué Víctor Hugo me ha dicho en una carta que contra mi gusto han leído muchos de vosotros: *Vous êtes un noble esprit?* Este, este es el suplicio de mis malhechores.

---

"Quitar la honra al hombre de bien, punzar con espinas las llagas de un corazón atribulado". Este atribulado será Marcos Espinel: atribulado, ¿por qué? ¿no está en su tierra, entonando las alabanzas de nuestro amigo *el doctor*, cogiendo 90 pesos mensuales en señal de lucrativa servidumbre? Llagas, por todas partes, mas no las del dolor moral, porque no lo conoce. ¿A éste le llamas Silvio Péllico, león mera, hereje? ¿Sabes quién fué ese filósofo santo, poeta santo, en quien se verificó el divino misterio de ser padre e hijo de las virtudes? Diez años encadenado

en una mazmorra, pidiendo a Dios por sus semejantes, y mayormente por sus enemigos: jamás una queja contra sus verdugos, ni un pensamiento, ni una palabra hostil a nadie; su pecho, lleno del amor de Dios; su cabeza, fuente de sublimes concepciones. Tuvo un amigo, Silvio, y le adoraba, era otro él mismo, ese noble Maroncelli; tuvo otro amigo, y era un niño sordomudo, hijo del carcelero; cuando les apartaron, vertió abundantes lágrimas. Orar, meditar, amar, dar de comer a las hormigas de su calabozo, tales eran las ocupaciones de ese ángel hecho hombre, que vivió para honra de la especie humana. ¿Con éste le comparas al peor de los nacidos, León Mera? Irritas al cielo, ofendes a la tierra. No me pongas en la gloria al basilisco, ¡sacrílego! Ese que anda buscando a quien achacar las iniquidades que proyecta y las sandeces que ha escrito, será el autor de "Mis prisiones". Si se pregunta qué será de Silvio Péllico ¿quién no sabe de antemano que esta alma noble y pura dejara la tierra con esperanza llena de alegría? dice Bargemont. Así dejó la tierra Silvio: murió como mueren los ángeles, si murieran. Concédales el cielo el morir bien a mis enemigos: que han vivido y viven mal nadie lo duda. Silvio no tuvo pleitos inicuos con sus pupilos, con sus benefactores, con . . . Ni el furor de la venganza, ni el rigor de la justicia pueden arrancarles ciertas cosas a la caridad y la indulgencia. Mi silencio es sublime ahora. Silvio no fué jamás demandado en la policía, Silvio . . . Por la condición del santo se saca la del panegirista.

---

*Yo he vivido y vivo exigiendo la bolsa o la honra con mis escritos.* ¿No le matan a látigos mis amigos y enemigos al que estampó esta blasfemia? Cuando a su odio convenga, dirá que Silvio hizo otro tanto, y que fué mi cómplice en violar una niña de siete años. La máquina habla sin discernimiento. Admirado, con-

movido, agradecido, oí hace poco un golpe de gente en el patio de mi casa exclamando: "¡Viva Montalvo!" "¡Viva la inteligencia y el honor!" ¡Eran los principales del lugar, la flor del pueblo, y vivo aquí dos años! Ya la imprenta les está apoyando a *esos*, que si no están locos, son los más perversos y torpes de los hombres. ¡Ingrato! Uno que a donde va es la honra de su patria, merece más que los que la deshonran.

---

*Cabello etíope.* Son gruesos caracoles y enormes anillos de azabache que has envidiado siempre. Los egipcios, padres de los sabios del mundo, mataban a cuanto individuo se les presentaba con cabellera de mala pinta. La experiencia les había enseñado que, si los dioses tienen enemigos entre los hombres, son los albinos, caquerlaques y más entes de tu naturaleza, espinosa, mal hombre. Hablas de luz, y huyes del sol; hablas de colores, y no puedes ver el iris. Y tú, el de cabeza *quichua*, mera, redrofo de *tamenes* (10), ¿qué no darías por despojarte de tus cerdas lacias, en cambio de un soberbio erguido pelo que en magnífico desorden se derrama formando negros tirabuzones y sortijas que acodician a las diosas del Olimpo?

---

"Miedo a los niños, risa a los jóvenes, desprecio a los viejos". El odio no siempre es fecundo, y menos la tontuna: ni la vergüenza del plagio le había de faltar al triste mera, a quien donosamente le llamaron "risa de estudiantes, gusto de pilluelos, tos de *bolsiconas*.

Casi todos mis amigos pertenecen al dulce gremio de la infancia; nunca me faltan visitas infantiles;

(10) *Tamenes*. Vide Solís. *Conquista de Méjico.*

a donde voy, busco a los niños. Venid a mí los párvulos.

*Risa a los jóvenes.* Como en Quito, en los buenos tiempos, cuando se agrupaban en las esquinas a batir las palmas en tanto que pasaba el *monstruo*, donde el señor *tamendi* tenía que virar de bordo.

*Desprecio a los viejos.* Odio será, a los viejos perversos e inicuos. La vejez es majestuosa, cultiva la melancolía, y se vuelve venerable, cuando sabe respetar sus años. El viejo vuelve la cabeza, y suspira; el joven clava la vista en el porvenir, y sonríe. Deber del viejo es aconsejar y guiar al joven; deber del joven respetar y seguir al viejo hombre de bien. Los que llegamos al cenit de la vida, no suspiramos todavía mirando hacia atrás, porque aun no lo hemos dejado todo; ni sonreímos al mirar para adelante, porque delante de nosotros ya no resplandece la aurora de la juventud. El suspiro y la sonrisa se neutralizan en nuestros labios, y sin despreciar a los jóvenes, respetamos a los viejos respetables. A los que olvidan sus años, y andan viéndose la cara en sus barbas cenicientas, cual Narciso en la fontana, a esos no les debemos respeto, si no han vivido largos años sino para refinar la perversidad y la corrupción. La cordura no siempre es dote de los viejos, y las sagradas letras mandan no venerar a los inicuos.

---

*Barbilampiño.* No quiero horribles barbas, porque no soy cabrón, y cabrones conozco no muy beneméritos de barba. Los chivos andan vanagloriosos de las suyas; yo no estoy mal hallado con mi bigote chinesco, y menos cuando sé que la historia natural del género humano trae la escasez de barbas como una de las mejores señales (11); es lo que canilla

(11) VIREY, *Histoire naturelle du genre humaine.*

silgada y ancho casco en corcel de buena raza; al paso que las barbas espesas y aborrascadas le impiden ser gente a Sancho Panza. Nada tengo que envidiar a Zoilo ni a Hudibrás.

---

"Desde niño hizo columbrar el deseo de que todos los ecuatorianos tuviesen una sola cabeza, para cortársela de un golpe". Cabezas como la del padre Poncio, el hermano Modesto y frate Mera ¿por qué no? Eso importa poco, y no fuera malo quitarle las más sandias a la hidra. Este crudo anhelo sería a lo menos poético, por lo terrible. Lo que es pura prosa es . . . Miren qué cabezas; me viene a defender ahora éste . . . ¡Pues, sí señor! Cabezas como las vuestras son cabezas postizas, y yo diera con ellas en el corral, sin más escrúpulo que el cura tuvo en hacer lo propio con los libros de Don Quijote. ¿Con que no tengo facultad para matar un puerco, un chivo, un perro, nada, ¿eh? Hay tamaña desvergüenza . . . ¡Venir a quejarse de que se les quiera echar abajo la cabeza!

---

La liebre me llama *cobarde;* uno que no ha tenido pelea con beata ni fregona que no saliese arañado y llorando! *Ex fide merorum* habrá dicho el pobre Mera lo que quiso: nadie le cree, y él es el que menos se cree. Aun cuando este infeliz no hubiera pasado por mis manos, yo, con sólo mirarle, me hubiera inclinado a pensar que no estuvo en Ayacucho: ¿no le ven la cara? Antiguo alumno del *sacro collegio di castra-zagazzi* del cardenal Antonelli, dicen que posee una voz de soprano de lo más saneado. Narsés no dejó descendientes.

---

El general José de Veintimilla. ¿Cuántas veces en vida su hermano le dijo: Pepe, no seas *bobo?*

Luego también él le calumniaba. Y ¿cuántas veces ha dicho después: la revolución se perdió por la *bobera* de Pepe en fiarse de Darquea? Luego él también ha desenterrado sus huesos para *escarnecerlos*. Estas son mis calumnias, esta es la guerra que hago a los difuntos. Y ¡cuán cobarde y alevoso anduviste, Bavio impuro, en amotinarme a toda la gente, y ponerte tras ella de azuzador, hasta que llegue el rato de ejecutor!

Don Fernando Bolívar, sobrino de Simón el Grande, me dirigió en París una esquela, adjuntándome un periódico de Caracas, con particular recomendación para un artículo de ese papel. Al echar la vista en la gaceta, di con un hijo de mi pensamiento y mi corazón, que, impreso en Bogotá, reimpreso de periódico en periódico, volvía a mis manos, pasando por las de un hombre ilustre. Todo el que tiene una gota de sangre de Bolívar, es ilustre, por ese solo hecho. Al pasar el escrito por los ojos de mi amigo el general Ignacio de Veintimilla, éste exclamó: ¡Es preciso que yo guarde esto! La sombra de su hermano, envuelta en una nube purpurina, llegaba a Europa, viajando por varias naciones del Nuevo Mundo. Yo he hecho resonar el nombre de José de Veintimilla y aplaudirlo en muchas partes; concítame la enemistad de su familia, Bavio Mera, porque he dicho lo que todos saben, que cometió un error en la patriótica revolución de Guayaquil. Mevio Espinosa . . . ¡ah, este Espinosa tiene mil razones para asesinarme!

Y aquí encaja el preguntar al general Veintimilla: ¿Es cierto, señor don Ignacio, que le he venido robando *la mitad* de sus haberes? ¿Usted lo dijo? Manuel Gómez lo ha escrito, y Mariano Mestanza lo ha hecho publicar por la imprenta. Si usted ha dado margen para esta infame atrocidad, ¡ah, general! ha faltado usted a todos los deberes del hombre: a los de cristiano, en la violencia de la lengua; a los

de hombre de bien, en la impostura; a los de amigo, en la inconsecuencia; a los de caballero, en la divulgación de una que en todo caso debía ser cosa reservada. No, usted no ha hecho nada de esto: al paso que le lisonjeaban de intento, le calumniaban mis malhechores: a usted le han sacado peor que a mí; le han sacado por el albañal, como al arzobispo; si bien no han conseguido airarme contra usted; ni podía yo dar ascenso a una de las alevosías más preñadas en malicia.

Veintimilla puso su parte, a título de préstamo, en la triste suscripción que tantas injurias me ha costado, y que no hubiera sido suficiente para la mitad del camino. Si el primero a quien me dirigí hubiera sido harto humano y caballero, ahorrádome hubiera las mil amarguras con que me han envenenado. Los italianos patriotas, en los aciagos tiempos de sus persecuciones, vivían en París a costa de sus amigos hacendados. Los polacos siempre han vivido y viven aún de la benevolencia de la nación que les acoge en su desdicha, sin que sus amigos de Polonia les falten con su contingente, pues es ley de honor y patriotismo una suscripción constante entre ellos para favorecer a sus hermanos. Luis Napoleón, al principio de su destierro, se dejó mantener por una muchacha en Londres y nadie ha llevado a mal que la hubiese hecho condesa de Beauregard en sus tiempos imperiales. La indulgencia con la desgracia hacen buena liga: la gratitud con la prosperidad se encuentran raras veces; pero cuando se encuentran, se dan el beso del Señor. Uno me aconsejó que le contase mi cuita a una mujer, a una mala mujer: ¡cómo salté de indignación! ¡cómo se me prendió en el pecho la santa ira! La muerte mil veces antes que una palabra a Mesalina. La delicadeza es requisito esencial del hambre, para que ésta sea aquella divinidad terrible a la cual se ha de sacrificar antes de subir al templo de la gloria. Hambre abatida, hambre

arrastrada es hambre de mendigo, hambre de canalla: tengámosla los malquistos con la suerte, pero sea de tal naturaleza que venga a ser una virtud en quienes la padecen. A mí me queda la satisfacción de no haberla profanado, y de haber hecho respetar sus fueros aun a costa de la modestia. Un día entró Rafael Barba a mi cuarto, y me convidó a comer, sin franqueza, indeciso, tímidamente. Me le fuí encima, todo yo enfurecido. Jamás has usado de estos comedimientos conmigo, le dije, en tiempos que podían ser recíprocos; y ahora vienes. . . porque sabes. . .

Mala cara debí haber puesto en ese instante, mala: se cortó el pobre joven, y si no caigo sobre él desde mi Olimpo con los brazos abiertos, no atina, sin duda, a salir de su estrechura. Su acción era buena, la mía no fué mala: para los mezquinos incapaces de medir la altura de un carácter de horribles proporciones, esas extravagancias son ferocidades. Barba quedó resentido, sin comprenderme; para los otros fuí un monstruo; y un niño atroz de 70 años, se santiguó maldiciéndome siete veces.

Las víctimas de la tiranía, los mártires de la libertad, nunca fueron llamados desnudos, pedigüeños, mendigos, pillos, estafadores, ladrones, porque se sustentaban en el destierro con el pan de la fraternidad. La Providencia se vale de esos medios para salvar a sus criaturas, y los que murmuran de sus obras son impíos. Yo no tengo muchos a quienes hacer condes cuando llegue a coronarme; pero si hay uno o dos príncipes de la bondad a quienes condecoraré con la gran cruz de la legión de honor.

A ninguno de esos prestamistas de a 20 pesos les abrí mis labios, con ninguno me dí por entendido de mi situación. Veintimilla les robó para mí, él fué el agente de mis delitos y fechorías. No reciba usted nada sino de aquellos en quienes vea sobrada buena voluntad, le dije: rehuse a Palacios, no admita a Juan Aguirre, tírele en la cara, si algo ofrece Manuel

Gómez. Veintimilla está ahí vivo y efectivo: los que pusieren en duda este rasgo de mi carácter, a escribirle. No tiene usted vergüenza, amigo Manuel, no tiene miedo de la parte que ha tomado en esta tentativa de homicidio alevoso? ¿Qué tendría yo sino estampar aquí dos o tres nombres propios, para dejarle muerto en el puesto? Al paso que usted recurre a la calumnia, para vengarse de agravios que no recibió de mí. El no haberle contestado una carta innoble, y el haberle quitado la salutación, cuando supe que no debía saludarle, no eran deudas de cobrar con quimeras atroces. Pero la vanidad es cruel como la hiena.

La mentira envilece, mata la juventud; en los viejos es pecado siete veces mortal. La barba emblanquecida por los años es el símbolo del respeto; mas si se le desautoriza de todos modos, los dioses se van de ese bosque sagrado. Grandes impulsos y arrebatos he tenido de hacer un horroroso escarmiento en el más aciago de mis malhechores, y él sabe si prestaría materia para un romance prodigioso. Me he dominado, y, firme en mi propósito de perdonar, olvidar y callar, perdono, olvido y callo. Habría yo afligido a una familia inocente, mujeres que no oponen sino las lágrimas a los rigores de la justicia; y además, un maestro y un amigo entre ella, si bien cosa pasada. Sacrifico a un recuerdo mi profundo resentimiento y mi venganza, y quedo satisfecho de este triunfo. Toda pasión vencida es una victoria, y la de la Escritura la grande sabiduría. Pero ¿qué dirá ese mal hombre cuando muestre la cara al señor Avilés? Negar, negar y más negar. No confeséis jamás, decía Avinain en la escalera del patíbulo. *N'avouez jamais.*

Día llegará, quiéralo el cielo, en que yo devuelva con usura sus cuatro pedazos de cobre a los tristes que no los dieron sino para ponerse a llamarme ladrón al otro día. Hay más de uno entre ellos con

los cuales no habla mi resentimiento: cristianos son, y no perversos ni viles como los que me dan en rostro con ese asco, y me insultan y calumnian en la desgracia. ¿Cuál de mis amigos ricos, de los que a cuatro pasos de mi hambre nadan en la opulencia, tiene una letra mía? No basta que yo viva con la modestia del anacoreta, preciso es también que no se cansen de ofenderme: ¡impíos! ¡indignos! Cabalmente por no hacer sentir la amistad a nadie no me he ido a Lima, y me dejo estar en este país de pocas necesidades, donde en último caso puedo vivir con cebada como indio, o con un vaso de leche como filósofo, o con tres habas por día como santo. A pesar de las benévolas insinuaciones de mis amigos, no he querido tampoco irme a Bogotá: el destierro de patria como la mía, trae consigo negaciones horribles. Cuando pueda irme razonablemente, me iré a cualquier parte. Y sepan los que de mí se acuerdan, que mi proscripción no es estéril.

"El bárbaro de América en los pueblos civilizados de Europa". Un tomo, en verso.

"Cápítulos que se le olvidaron a Cervantes". Dos tomos.

"El libro de las pasiones". Dos tomos.

"Diario de un loco". Un tomo.

"De las virtudes y los vicios",

y otras cosas, son el fruto de mi hambre. Bendeciré mil veces su destierro . . . me dijo el señor Vergara y Vergara en París, cuando le insinué mi deseo de irme a España. Y don José María Samper, el tan conocido literato, me endulzó los oídos con esta amable cláusula: "Cervantes hubiera querido tener mil plumas para firmar *ese capítulo*". Estas palabras de Samper han originado un libro; si es un acierto, a él la honra; si una caída a él la pena. "Al ilustre escritor suramericano José María Samper", leo en una obra que acaba de publicarse en Italia. Paréceme

que éste juzga a juicio de buen varón, y que es autorizado su dictamen!

Compatriotas, Achates de la infancia, compañeros en estudios, amigos y confidentes, ahora es cuando me lleváis a Charenton, por loco de remate; mas no será antes que yo os hubiese metido a todos en el *Lazareto*; porque *si yo soy loco, vosotros sois* elefancíacos; lázaros del alma.

Cuando un bárbaro le dijo a Veintimilla: Los que *han vivido de la política, que mueran de ella*; cuando lejos de mostrarse hombres buenos y señores, se reunían todas las noches mis amigos en el café de los italianos *a beberse* la *sangre de mis venas y comerse* la carne de mis huesos, por el crimen de no ser ni hacer yo lo que ellos; cuando ví que sería darles *gusto morir de muerte desastrosa: entonces me pasó* por la cabeza una idea absurda, sugerida por la venganza. Propúseme salvarme por medio de persona extraña, *figurándome necio*, allá en los secretos de la vanidad, que algún día llegaría a ser yo, si no hombre célebre, por lo menos harto conocido para poder vengarme con una amarga queja, diciendo: En mis compatriotas y amigos no hallé sino crueldad e infamia, y hubo un casi desconocido generoso que en noble movimiento me extendió la mano y me salvó de la muerte. Salí mal, y me ha valido el fracaso: lecciones son estas que dejan sabiduría profunda en el corazón; en el corazón, porque se la siente, y es amarga: amarga es esa sabiduría, pero saludable. Tenía en mi pecho este como secreto que me molestaba: lo echo afuera, y quedo aliviado. No hay en mi vida otra cosa que me zozobre. Ya tiene León Mera asunto para decir en el primer libelo con que me favorezca: "Trató de estafar unos cuantos miles de francos a un estimable desconocido".

En semejante coyuntura justo era que yo recordase a un amigo un servicio que le había hecho en mi primer viaje con una buena suma de dinero, y

en circunstancias tales, que cuando fuí en busca suya y le puse en la mano los cartuchos de luises, se le fueron las lágrimas, y me estrechó la mía con tierno agradecimiento. No sólo no contestó a mi esquel este europeo sensible, pero ni me saludó al encontrarme en la calle. Si en oposición a estos trogloditas no hubiese yo encontrado hombres en quienes la parte noble de la naturaleza prevalecía, de seguro la hago azotar con Satanás a la especie humana. El sacrificio de uno sólo bastó para redimirla, si bien él sólo valía más que toda ella: así un individuo a quien realza la generosidad y santifica la bondad, es suficiente contrarresto de una pandilla de perversos y ruines, y deja abonada la obra de Dios. Mestanza, que me debía el favor inmenso de haberle salvado la honra de un doble peligro, me dió una horrible prueba de su condición en Panamá, donde por un incidente imprevisto, de esos que suelen afligir al viajero, me ví de repente sin medios de pasar adelante. Ni en artículo de muerte me hubiera yo dirigido a ese tacaño, que de buena gana dejaría perecer a su madre; mas él pensó, y con razón, que habiéndome buscado en Francia para salir; habiéndose aprovechado de mi compañía en su incapacidad, era deber suyo hablar de mi conflicto. Habló, moviéndome camorra, insultándome en lugar público, donde había quien frustrase el castigo. Y como quiera que éste sea *muy buen cristiano y no nada de Don Quijote* cuando se le pide satisfacción de un agravio, forzoso me fué seguirle orillas del mar en hora de silencio. Grosero, insolente, atrevido donde hay quien se interponga y le defienda; humilde perro que se arrincona rabo entre piernas y queda anonadado, cuando se le coge a solas. De éste ha dicho León Mera, como por vía de alabarle, que *el doctor Mestanza no es de los que se dejan sacar las pesetas.* ¡Y tiene la desvergüenza de llamarse poeta ese menguado!

En contra de un judío hubo un cristiano; por un

vil un pecho noble; por un avaro un generoso. Sepan los que me profesan afecto, que entre los nombres que han de bendecir por cuenta mía, está el de Eloy Alfaro, joven apenas conocido para mí, amigo nunca. Tan luego como supo el trance en que me hallaba, se me vino por sus pasos, y me tranquilizó con la más exquisita delicadeza. Y no contento con traerme un billete de pasaje de primera clase, me ofreció una letra para Barbacoas de la suma que yo quisiese, la cual rehusé, porque en esa ciudad me esperaba otro amigo, otro hermano. El *estafado* de Panamá es Eloy Alfaro, esas mis *fechorías*. ¿Qué dicen ahora mis amigos? ¿qué mis enemigos mismos? Avieso y ruín por todo extremo le deben conceptuar a ese ingrato Mestanza; modelo de caballeros a Eloy Alfaro, y a mí nada más que desgraciado. Pero en este delito se encierran todos los demás, y así, me deben poner en la cárcel. Mas para mi consuelo no importa que Satanás ande tan activo en forma de León Mera, Marcos Espinel o Modesto Espinosa, cuando por otro lado la Providencia me sonríe en forma de hermano o de afectuoso amigo. Bien es verdad que cuando el ángel de la paciencia me deja por un instante, braveo contra la suerte, sin que algo pueda sobre mí el considerar que Chateaubriand se andaba cayendo de hambre en las calles de Londres. Conde Ugolino, jamás; Job, alguna vez; y por costumbre el anciano del tonel: que se quiten de mi sol; no quiero más que luz.

---

Algunas veces pienso, sin duda cuando se me encrudece la locura, que si llego a publicar mis obritas, mi nombre vendrá a ser por lo menos respetado: ahora mismo lo hallo entre los de Bello y Baralt, Ancízar y Cecilio Acosta (12). Si el mío me ha de

(12) *Diario de Cundinamarca*. 20 de junio. Correspondencia de Europa.

sobrevivir, justo es que yo procure dejarlo puro, limpio, que resuene argentino en los labios de mis descendientes, como ha resonado hasta ahora y resuena en los de mis amigos. En consideración a tan graves razones, disimulen todos que hable hoy de cosas tan personales y privadas, y acabe de desbandar a la horda de asesinos que se ha botado sobre mí. "Abrieron la boca sobre ti tus enemigos, y regañaron con los dientes, y dijeron: tragaremos. Este es el día que esperábamos, hallámosle, vímosle".

¡Quién pensará al oírme que no se trata sino de un pasquín, cuyos autores, horrorizados, no hallan harta imprenta para negarlo por esa cruz! Y aun cuando fuera otra cosa, yo tengo derecho para irme como Escipión a dar gracias a los dioses.

"Plata no le dió, porque los poetas ellos mismos no la tienen; pero le prestó sus libros, le hizo caridad de ideas". Si así es poeta León Mera, no hay más que echarlo al sumidero. ¿Sabe él por otra parte lo que son Plutarco, Xenofonte, Séneca, Tito Livio? Estas han sido siempre mis lecturas. ¿Conoce una lengua ajena, una siquiera? Yo desde niño he leído en francés, inglés e italiano: ¿qué libros me prestó? Si sabe decir *ñahui* en vez de cara; *tanda* en vez de pan; *tasin* en vez de nido; *mana-vali* en vez de para-nada, y por eso los Amunáteguis le han puesto como nuevo. Sosteniendo una ocasión su lengua sabia, me dijo: A Chateaubriand y Lamartine les permiten que digan santones y derviches, y no puedo yo usar de *puma* en vez de tigre, y *tasin* en vez de nido? Use de lo que quiera: *upa* en vez de tonto, *llulla schini* en vez de mentiroso, *yàtun-mama* en vez de abuela, *huausa* en vez de . . . Pero considere un instante, que así como pude yo haber leído por casualidad algún librazo de los suyos, ¿no pudo él leer uno de mis libros? ¡Qué favores de *tamenel* y ¡qué cargos! No ha mucho los bonapartistas le acusaron

con furor a monsieur Thiers de que había hecho componer sus anteojos a costa de la República.

Hace veinte años nos está rallando el *runa-poeta con que no tiene sino "su noble corazón y su talento"*; y para que no dudemos de esta invención suya, nos la tiene dicha por la imprenta, y aun pidió privilegio para usar él sólo del secreto. ¡Noble corazón Pasquino! La nobleza del corazón es la grandeza del hombre: el que lo tiene delicado, suave, compasivo, tierno, generoso, pronto a los grandes movimientos en las ocasiones grandes, ese lo tiene noble. El de noble corazón es súbdito de la verdad, no traiciona a la sinceridad, gusta del honor y huye del mal gratuíto. En la envidia ¿qué nobleza? en la alevosía ¿qué nobleza? en la cobardía ¿qué nobleza? en la difamación ¿qué nobleza? Pasquino es linajudo; mas su prosapia nada presta para que deje de ir a la horca.

## (17)

## LOS INCURABLES

### SUMARIO

¿Cuál es peor? La estatura de un presidente. Como proceden los buenos De qué son capaces los malos. Admirable política de un religioso. La calumnia al servicio de la venganza, y el conspirador al del leguleyo. Lecciones de Arístides. Cómo se sirve a la libertad. Si la vejez autoriza la mentira, y si un viejo enfermo debe hacer mal al prójimo para quedar bien con Dios. Todo lo ha perdido el doctor Mestanza, menos las narices. Cuál es la buena desgracia. Un hombre de mal carácter. Horribles efectos de sus ligerezas. Dos padres conscriptos en las fronteras del Brasil. García Moreno desdeña el consejo de Platón. ¿De qué gasta el abad? Si uno debe defender sus haberes, cuando un gran abogado acomete la empresa de quitárselos. *Desde cuándo y por qué me quiere mal el padre.* El perro se declara protector del león. Las ruinas. El doctor Mestanza es objeto de una ovación popular. Qué cara sabe poner cuando tiene cólera. Recursos del ingenio. Cicerón y Craso *pro rostris*. *La elefantiasis* de los griegos y los médicos de Bogotá.

ALGUIEN ha dicho que García Moreno fingió las cartas en que Mariano Mestanza se presenta delatando la revolución de Manabí. No, yo jamás lo pensé, porque no le hago a García Moreno el flaco servicio de juzgarle peor que Mestanza, y porque no es de un presidente, alto personaje con tiranía y todo, dar en esas acciones, las más viles, sin duda, las más ignominiosas. ¿Debía yo guardar secreto de una indignidad ocasionada al peligro de muchos inocentes? No: primero, porque no soy capa de bribones; segundo, porque no soy admirador de

necios; tercero, porque en ello iba la pureza de mi fama, pues a nada menos aspiraban mis malhechores que a plantar el árbol de maldición. ¿Por qué afirmó ese viejo infernal que "se me había enviado una suma de dinero, para que yo cooperase por este lado?" Cuando le dije al general Urbina que *la pandilla* convertiría después la mentira en calumnia, dicho general me contestó: "Con hombres como usted hasta la calumnia es imposible". Pensar que Espinel y Mestanza no son capaces de levantarle un falso testimonio a María Santísima!

---

"Las cartas son, sin duda, de Mestanza; pero tal vez no fueron escritas con objeto de traición, sino como un ardid ingenioso de política, para comprometer al mayor número posible de personas en el Ecuador, aprovecharse de sus bienes para la revolución y desconcertar a García Moreno. Esto propuso aquí, y este medio fué rechazado con indignación por todos, por cruel y alevoso. Se ve que a pesar de esto empezó a poner en planta su ocurrencia, que a él le parecía golpe decisivo . . ." (13).

¡Qué política! Ya tuvo otra ocasión la avilantez de adelantar aquí en mi presencia la idea de escribir cartas *comprometidas*, decía él en su galiparla, a don Teodoro Gómez de la Torre y don Pacífico Chiriboga. Desterrada esa gente rica, ella costearía la revolución, en el concepto de fray José Mariano. El desprecio con que recibí tal insanía recrudeció el odio de su oscuro pecho, en el cual este género de equivocaciones tiene gran cabida. ¡A mí con una vil atrocidad! ¿No saben que tengo mal carácter? Nun-

(13) Si a calumnia se llama, publicaremos con sus respectivas firmas las cartas que acerca de esto hemos recibido; las de las personas se entiende, que nos hubiesen autorizado para ello. Más ¿cómo ha de negar, hallándose cara a cara con los sujetos a quienes insultó con esa proposición infame?

ca me propongan indignidades, porque no puedo ocultar mi saña. Yo no tomo parte en empresas sugeridas por la ineptitud, incubadas por la crueldad, llevadas adelante por la felonía. Arístides el justo me ha enseñado que nada puede ser más útil que el proyecto de Temístocles, pero nada al mismo tiempo más inicuo. Ni la salvación de Atenas por medios abominables. No seamos españoles antes que republicanos, como Emilio Castelar; seamos justos y probos primero que adictos a la patria. Libertad es prenda sagrada que no se compra al precio de la ignominia: podemos derramar por ella nuestra sangre en el campo del honor, y aun en el patíbulo, si caemos en poder de nuestros enemigos; pero esa deidad se ruboriza, se ofende, se indigna, tiembla en su trono cuando a su nombre se cometen iniquidades, y mucho más cuando se la mancilla con sacrificios viles. Quiero morir en el destierro, si para volver a la patria ha de ser preciso mentir, calumniar, intrigar torpemente, poner en peligro manifiesto a muchos, por el crimen de que posean bienes de fortuna. ¡Pues en qué nos diferenciaríamos de los bandidos de la Sierra Morena, o de la canalla en la cual no rige el honor, ni la luz de la religión les ilumina el pecho? ¡Ah, miserable! en esto te engañas como en todo: esa no es política. No te ocupes en escribir mentiras y descubrir secretos, so pretexto de que estás enfermo, pobre y viejo; ponte al frente de los desterrados, y a sangre y fuego reconquista la patria.

¿No es bien sabido por otra parte, que en ese dichoso pueblo es ley vigente la pena de muerte por delitos políticos, y la confiscación de bienes? Al dar ascenso a un denuncio, el amigo don Gabriel mata sin más averiguación, y el Padre fray Mariano se queda con la tercia de narices que Dios le ha dado. Si Murillo y Mármol no han tenido un triste fin, es porque García Moreno vió de golpe la superchería del que escribiendo al general Urbina, dirigía a Quito

sus comunicaciones, y esto repetidas veces. Pero ¿quién duda de que los jóvenes Alfaro, contra quienes, o más bien, en favor de quienes hablaban los hechos, hubieran acabado desastradamente por obra del sagaz, perspicaz, sutil, ingenioso, astuto, maquiavélico y profundo diplomático, fray don José Quintín Mariano Mestanza Bolaños de Barbosa y otras yerbas? Figurarse que su cubilete había de permanecer secreto, dándole tiempo para que *comprometa*, con galicismo y todo, *al mayor número de ecuatorianos posible;* que García Moreno le había de poner a su disposición las riquezas de los a quienes desterrase; y que yo no le había de pasar el rallo por las narices, tan luego como llegasen a mi conocimiento sus admirables embolismos: operaciones todas de la feliz inteligencia de su josemariana paternidad.

Partido que rechaza con indignación un medio cruel y alevoso, merece el aprecio general, y da a conocer que la desgracia no le trae a menos. La desgracia que corrompe es la mala; la que refina el corazón, eleva los sentimientos del ánimo e instruye con sus duras lecciones, esa desgracia da los frutos delicados de la virtud y la sabiduría. Y no se crea que me allano a consentir en que el viejo Mestanza no hubiera tenido más objeto que procurar el destierro de gente ecuatoriana: quiso hacer una vía y dos mandados. Todo lo relativo a Manabí fué cierto, los hechos lo han probado; y todo lo descubrió con sus sagaces *equivocaciones:* ¿qué se propuso? Y nuestro buen don Teodoro que no sabía cómo a una de *mis ligerezas* debe él, si no la vida precisamente, patria y bienes de fortuna. Escaldado García Moreno, receloso de todo en ese entonces, sentido con esas dos personas en la quimérica y ridícula aprensión de que habían costeado mis escritos, los había puesto en la frontera del Brasil, y no con rosas en las sienes. Para que vean esos señores cuán favorable es en la República un hombre de mal carácter, un mons-

truo que se oponga a las iniquidades e infamias de los de buen genio y salve con sus ligerezas a los malos amigos. ¿No sabe usted, señor Chiriboga, que el abad de lo que canta yanta? Pues hizo mal en defender su hacienda, exponiéndose a las sabias combinaciones futuras de nuestro *allen-Papiniano*. Desgraciado del pueblo donde no nazca un *monstruo*.

---

"Antigua debe ser la ojeriza de ese hombre por usted, pues muy antes de ahora había tratado de difamarle, por medio de cartas llenas de mentiras y de ridículas quejas".

El odio del padre no es muy antiguo: se desenvolvió en su pecho el día que tomé la pluma para defenderle, cuando con cien voces y rara tenacidad le acosaban sobre que había hecho suya una buena suma de dinero proveniente de la caridad pública para las víctimas del terremoto de Imbabura. Ustedes se acuerdan si hablé con eficacia, y si nadie se atrevió a chistar después de mi escrito, que le ha servido para pasar por hombre de pro donde se ha hallado. ¿Cómo no había de aborrecer y difamar? Al propio tiempo le arrastraban a la justicia por calumniante (14). Dios solamente sabe lo que hice para librarle de ese otro conflicto. ¿Cómo no había de espiar la ocasión de calumniarme? Haz bien y guárdate. Y ahora sale de mi protector . . . A todos los ecuatorianos viajantes consta cómo trataba yo a ese can, sin honrarle ni con la salutación, hasta que se me vino a tirar de rodillas.

¡Oh! ¿hasta cuándo será un peligro el hacer bien a sus semejantes? Jesucristo que instituyó el bautismo que lava la culpa original; el matrimonio, que hace la felicidad o la desgracia de las criaturas; la penitencia, que limpia los pecados; la comunión, que

(14) El doctor Antonio Rivadeneira.

santifica; ¿no ha instituído también la ingratitud muriendo en la cruz a manos de los que le debían la redención? No, ese no es ejemplo de seguir; ejemplo es de horrorizar: Jesucristo sufrió los efectos de la ingratitud, no los hizo padecer a nadie. Pero no es menos verdad que este aciago sacramento es aquel en que los hombres se confirman cada día.

---

En las ruinas de Ibarra, de paso para Colombia, estaba yo estirado por ahí en la barraquita donde me acogieron. Entraba la gente y salía en curioso vaivén, sin saludar ni despedirse, después de contemplarme agrupada en frente mía. ¿Cuál es? decían, ¿cuál es el cosmopolita? En esto le veo a mi doctor Mestanza tieso como la carabina de Ambrosio, inmóvil, agrio, fruncido, taciturno, emponzoñado, porque la gente del pueblo no preguntaba: "¿Cuál es el doctor Mestanza?" Desde entonces me juró odio implacable. Los imbabureños tenían doble razón para desear conocerme, mis escritos en general, y las páginas en que yo había lamentado su catástrofe; cuyas páginas, sea dicho de paso, me valieron una honrosa carta de Víctor Hugo. ¿Qué había hecho por su parte el abad de San Sulpicio? ¡Oh hombres, no seáis hermanos a lo Caín!

Tomé su defensa en ocasión estrechísima para él, y le alabé de propósito: ya me creyó ligado para el porvenir; y porque había yo hablado bien de él, pensó que podía cerrar conmigo a mansalva, rasgo de buen carácter que mucho le recomienda. Pudo haber sido persona en otro tiempo, y ser hoy gente de mala ralea, si sus acciones le han traído tan a menos, que el apreciarle sería un desvío del honor. ¿Cuántos y cuántos hombres han caído de la estima en el menosprecio, de la buena opinión en la mala fama? Y en una dificultad no había sino responder lo que

Cicerón a Craso: "Sí, dije todo eso; mas fué porque quise ejercitar mi talento en un asunto ingrato".

Ni los médicos de Bogotá que están sacando del cuerpo a los enfermos la *elefantiasis de los griegos*, como el Señor echaba milagrosamente a los demonios, le curan a este incurable. Vamos, que el vejete es caña.

## (18)

# OTRO INCURABLE

SUMARIO

*Si conviene mandar saludes a cualquiera. Si doy o no las saludes que se me encargan. ¿Qué tiene en el alma el preboste de los incurables? ¿En qué consiste que el señor Marcos Espinel haya venido a ser un espantajo? ¿Qué espero para volverme al viejo mundo? Enseñanzas de la Escritura sagrada. Rosa náutica de cartas. El Padre Marcos, más aventurero y explorador que Marco Polo. Cuál es la esfinge de los pícaros, y si soy bueno para tonteras de viejos. Un monstruo desbarata los planes de cierto hombre de bien con más holgura que don Quijote las redes de las bellas cazadoras. Descomunal contienda entre patagones. Un gran señor que derriba en tierra la estatua de la hospitalidad. ¿Quién echa el gato al agua?, Terrible juramento. Un protector magnánimo, pero chiquito como un lechón. Cuáles acciones son favores, y cuándo se deben agradecer. Si el que se harta de duraznos, pan y botas es ingrato. El viejo que se hace viejo para obrar más a su genio. Cómo se muestra el odio cuando el malo pierde el miedo. Parricidio. Extraordinaria y terrible manera de caricias. Qué le sucede al que le cae encima una manzana. Lo último que muere en el pecho de los tontos.*

HARA cosa de diez meses, una persona conspicua, me honró con una carta, al concluir de la cual decía: "Sé que el doctor Marcos Espinel está allí; si esto es verdad, salúdele a mi nombre". Yo le contesté: Espinel está aquí, pero no le he dado sus saludos, porque no los merece. Espinel es un inválido; tiene elefancía en el alma.

Y dirán que yo también no soy malo alguna vez. Mas no fué pura maldad en mí, por cuanto fuera de los tubérculos antiguos, empedernidos, vueltos cla-

vos en el cuero de su alma, le estaba viendo yo por ese entonces otros tubérculos flamantes, emberrinchados, fresquecitos, húmedos y rubicundos, tales como las cartas a García Moreno y al Perú por los mismos tiempos: su corrida de la plaza con una espantosa voz de mujer a las espaldas; el caso maravilloso de los Médicis florentinos, y otros mil diviesos, apostemas, pustulaciones cancerosas que hacían de él un espantajo formidable de la honradez y la inocencia.

Este es el que ha ido a poner de su parte en el libelo infamatorio de Modesto Espinosa y León Mera, que estoy esperando catorce mil pesos del Perú para irme con ellos a Europa, lo cual en todo caso sería pura suposición, que mis antecedentes vuelven absurda. Si la atrocidad de ese perverso no hubiera llegado a este extremo, en mi ánimo tenía el callar para siempre sus delitos positivos y sus proyectos de crimen. Pero como soy muy dado a la lectura de las sagradas letras, a cada paso encuentro en ellas: diente por diente, oreja por oreja. Y aun cuando yo los tengo íntegros y sanos en mi cuerpo, él ha de perder los suyos.

El doctor Modesto Albuja posee en el Perú las cartas en que pedía con empeño dinero para revolución, al mismo tiempo que estaba negociando a la sorda su salvoconducto; cartas que se volvieron trascendentales al general Urbina y otros varios ecuatorianos de nota, como que para eso fueron escritas. Yo que, junto con todos los habitantes de este lugar, estaba viendo las acciones de Espinel, desde la mayor hasta la menor, conforme al deber y la conciencia, le dije a Urbina: "No manden a Espinel lo que les ha pedido: dentro de poco le verán ustedes en Quito de admirador de García Moreno. Si algún día llegan a formalizar una empresa, y piensan que una cooperación por este lado es necesaria, *envíen un comisionado de*

*toda su confianza que tenga y gaste".* Los que dudaren de este aserto, al general Urbina por testigo (15).

García Moreno haría mal en castigarle por conspirador: no era eso lo que su amigo intentaba. Cargos de esta naturaleza no se pueden hacer sino con esta clase de fundamentos, y apoyados en un nombre respetable. Pasquino jamás dice la verdad: sus facultades son todas negativas; su mundo las tinieblas. La boca del león de San Marcos es la fragua de la injusticia, y nada reprueba más la historia en los tiranos del Adriático, que esta fuerza de ley que daban al anónimo. Sixto V fué más sabio que Venecia: le cortó las manos y la lengua al León Mera de su tiempo. Hay cosa más fácil para un malvado que dejarse llevar del odio y dar consigo en el abismo de la calumnia; si firmara, sería duro, cruel, bronco, safio, todo; pero su insensatez recularía ante la sociedad humana, y prestaría al temor el furioso, lo que negaba a la verdad y la conciencia.

---

La ingratitud es a mis ojos crimen del cual debemos defendernos más que de un homicidio. Nadie se asombre de la mía: si ingratitud media entre *ese mirmidon* horrible y yo, es de su persona a la mía. Me saca al rostro el haberme sentado en otro tiempo cuatro días a su mesa: ¿fué porque en mi casa me faltase lo necesario? Invitado, llamado, urgido, arrastrado, vine a Quito, y le hice el favor de preferir la suya. No había entre ellos quien echase el gato al agua, canallas. A los cuatro días, discordia naturalmente con mi huésped: entre caracteres tan disonantes no podía formarse consonancia. Y un altercado en el campo de la política bastó para que el hospedero

---

(15) Según lo que diga Espinel, publicaré las cartas de los sujetos del Perú que tienen conocimiento de estas cosas. Nadie está por contemplar un infame.

emigrase con la mesa de comer (¡por esta cruz!) al traspatio. Mientras me dejaba estar allí por evitar el escándalo, pues era cosa que a todo trance se debía ocultar a los enemigos, había yo de hacerme traer comida de la fonda! Este es mi protector, para con este soy un *monstruo de ingratitud*. Ni yo ni mis hermanos hemos pensado nunca que le hubiésemos hecho un favor con tenerle cordialmente en casa las mil ocasiones que ha ido a pasar temporadas en la tierra de los frutos. La caridad ha de resplandecer en el centro de una acción, y la necesidad ha de gemir en el pecho de aquel por cuyo bien se obra, para que haya favor por una parte, y deber de gratitud por otra. ¿Pero qué se os entiende de achaque de moral ni filosofía, gente desalumbrada?

No olviden ustedes que estamos lavando la ropa sucia. Voltaire y Federico el Grande, nos engrandecen estas cosas. Á puerta cerrada, no se abre.

Y lejos de haberme hecho alguna demostración amistosa cuando aquí llegué, prosigo, lo que me hizo desde el primer día fué una guerra de vieja de trapacerías y embelecos encaminados a dificultarme mi modo de vivir, que es increíble; hasta que, cuando me vió postrado en cama, y pensó que allí me quedaba, reventó su odio largo tiempo fermentado al calor de la envidia y comprimido por el miedo. Allí, allí. . . en ese terreno le quiero. Y no se ponga a la parte de la venganza este castigo: yo de mío me soy harto inclinado a perdonar; mas cuando los intereses generales de la moral y la justicia forman un cuerpo con mi propio resentimiento, echo encima una garra de león. Y pierda ahora el amigo Espinel su esperanza inicua. "Nadie puede mandar sin mí", se fué diciendo, con alusión a una caída posible de García Moreno. Ahora vea que nadie puede mandar con él. La vanidad es lo último que muere en el pecho de los tontos. Si algún día tuvo sesos, ahora no tiene sino lombrices en la cabeza ese que se cree indispensable para la

gobernación de Estados. La corrupción empaña la inteligencia; la lepra del alma la socava, da con ella en tierra. El espíritu campea en las regiones limpias de la honradez, y por lo que tiene el hombre de semejante a Dios, aspira a la luz pura, sabiendo como sabe que fuera de ella no hay gloria.

(19)

## LEON MERA

El castigo de este leproso criminal está en sus propias obras, y todo lo que yo pudiera decir en contra suya, sería menos, le perjudicaría menos que lo dicho por su boca. Así como la recompensa del bien es el bien mismo, así la pena del mal obrar son las propias malas obras. La reprensible tolerancia de nuestra escasa civilización hará que todavía le admitan en las casas, y aun le den la mano los más broncos y corrompidos; pero atrás de la ficticia sonrisa, todos estarán diciendo: éste es el infame que escribió eso. Y guárdense, porque nadie está libre de su alevosía: si necesidades padece una familia, si hay tristes enfermedades en la casa, si desgracias, que él no lo sepa. Para él hizo la imprenta, Gutenberg.

No soy yo quien ha de ir a emporcar la pluma tomándole desde su misterioso nacimiento: ya he dicho que le perdono. El ha profanado en mí hasta la cuna, el trono de la infancia, el depósito de la inocencia. ¿Qué puede decirse de un niño que nace de honestos padres en legítimo matrimonio? pues Mera tuvo que decir. Yo me siento incapaz, estéril para la ofensa, cuando la perversidad y la corrupción no se tiran a mis pies bufando: entonces sé los acoseo. Por qué nació, cómo nació, lo sabe Dios; yo no sé sino que vive para su desgracia. Por dar idea de esa rara, horrible naturaleza, referiré uno o

dos rasgos que le caractericen, y proporcionen la medida de lo que es capaz el ente extraordinario en el cual tengo la desgracia de perder un instante. Presentose un día en mi casa inundado en gozo, el gozo del verdugo que ha salido airoso en una ejecución. Sabrá usted, dijo, que le he vuelto loco a Honorio Cevallos con mi epigrama. Y se puso a repetir con su lengua de estropajo:

"¡Oh Mercedes Ordenana!"

El odio, la venganza pueden hallar satisfacción en la ruina del objeto aborrecido; pero sentirse feliz *por haber hecho un mal a un indiferente*, a uno que no se conoce, a un desgraciado que amenazaba superarle en poesía, y nada había hecho en su ofensa, es ferocidad, maldad satánica. Quiso descartarse de su competidor temible quitándole el juicio. Por dicha los triunfos de los perversos no siempre son positivos: figurarse que él es capaz de volver loco ni a un burro con sus ingeniosidades!

Amigo de una casa hasta la intimidad; ni hora ni lugar reservado para él; los penates le dejan libre la *entrada a la recámara*, al traspatio; los dioses plebeyos, franca la cocina. Espuma algunas presas, cual otro Sancho Panza, en tanto que llega la comida. no hay amasar sin Leoncito, no hay matar puerco sin Leoncito; él está allí, para ver el leudo, caldear el horno, henchir las morcillas.

¿Quién viene ahora?
La morcilla: ¡oh gran señora,
Digna de consideración!

Llena la andorga hasta el gollete, y le dan para que lleve a la casa. En su tránsito al molino, se llega infaliblemente a las ventanas, todos los días: allí le hacen abrazar siquiera con un pan. En una de estas idas y venidas ha publicado una de esas composiciones que él sabe hacer por máquina. ¿Qué

le parece la obra de Mera? le preguntan a un joven de esa familia. "No me gusta", responde. No pidió el bardo *sino* el término de la distancia: a la vuelta de ocho días, un libelo infamatorio de lo más atroz, cosa inaudita, inverosímil. Desgracias, miserias, secretos de la familia, todo fué puesto a pregón en la calle; deshonró a las mujeres, calumnió a los hombres, y el padre, el padre infeliz que yacía en la inacción de la eternidad, fué tomado en lo profundo de la sepultura, sacado afuera, abofeteado, crugiéndole los huesos tristemente, yéndosele en polvo la cabellera con el viento.

Parece pesadilla, y con todo es la verdad desnuda, verdad pura. Ese hecho abominable originó mi artículo titulado "El libelismo", que consta en el libro VI de "El Cosmopolita". Las señoras habían... ¡Oh! *no se puede decir:* el padre había robado, había tenido tales y cuales enfermedades. Y ella sabía muy bien, ella, la máquina de difamar, *dónde, en qué casa* ese hombre infeliz había cogido sus males.

Detractor perpetuo de las virtudes, apologista infatigable del crimen y los vicios. Un falsificador condenado en tercera instancia es para él modelo de hombre de bien, porque había falsificado, y publica un pasquín todos los días para insultar a los jueces. Un dragón pestilente que ha vivido a la faz de Dios y de los hombres, que ha vivido en pecado, el peor de los pecados, el incesto, es para él el *virtuoso* señor H... El virtuoso señor H... confiesa y comulga por la mañana, y esto basta; el día y la noche son para Satanás; *Dios se contenta con* la *aurora.* ¿Qué mucho que ahora hubiese salido León Mera llamando Silvio Péllico a Espinel, y a mí ladrón, estafadopillo? Estas palabras de Mera encierran mi apología.

Martínez, Nicolás Martínez, tú pagarás: hijo del virtuoso señor H... tú pagarás. Mera es de esos tristes sin responsabilidad que pueden hacer y decir todo. Tú que le criaste para la difamación y la ca-

lumnia; tú que le aducaste para eso; tú que le instigas, le inspiras, le mandas, tú pagarás. Tú *no vales* tampoco gran cosa; pero tienes por ahora tu cierta representación ficticia, eres, sin merecerlo, ministro de la Corte Suprema; tú pagarás. ¿No tuviste madre? ¿No tienes mujer, hija de H...? ¿Pues cómo induces, cómo obligas a tu perro a morder a uno y otro sexo, a vivos y muertos? ¿Qué será de ti si yo te elijo para héroe de una novelilla, sacándote del Cafarnaúm de tu ilustre suegro? Honradez en los hombres, honestidad en las mujeres, tal es la divisa de mi familia, y el peor de entre ella, *el Caifás,* ha dado tal vez una lección de moral grandiosa, llevando la honestidad y el honor hasta el sacrificio. Devora hombres y mujeres, vivos y difuntos, León Mera. Para ti, los virtuosos son el señor H... y el padre Suárez. ¿Si no temes a Dios, respetas a lo menos a tu esposa?

¡Oh caridad, oh santa caridad! ponme tus dedos en los labios; tú abrigas el perdón en tu seno luminoso, tu naturaleza negativa es un sublime compuesto de la misericordia divina y la cordura humana; niegas lo que oyes, callas lo que sabes, cuando ello va en contra de cualquiera, y afligida con las flaquezas de los hombres, vives en lucha santa con la maledicencia. ¡Oh caridad! tú vienes a atravesarte en los labios crispados con la cólera de la justicia, y bañándoles en un puro rocío, les vuelves a la salud de Dios, que es el silencio. Tú paralizas el furor de la lengua electrizada con el enojo, y la suavizas y calmas; tú amainas el fuego del corazón profundamente resentido; tú subyugas las ruidosas llamas en que el espíritu está ardiendo, cuando quiere consumir con ellas las impurezas que los perversos echan sobre la limpidez del alma. ¡Oh caridad!

¡Oh santa signora mia,
Che si ne preghi devota!...

---

Los que tienen conocimiento de la última obra de ese *romano del Transtebere*, no admiran mi rigor, sin duda; se maravillan de mi paciencia, mi indulgencia. Ocupado yo toda mi vida en cultivar mi carácter: un soberbio desdén por los bienes de fortuna: logrería, lucro, ganancia de ninguna especie, jamás; rehusando empleos honoríficos y provechosos desde niño; prefiriendo la modestia a la abundancia, la dignidad al resplandor; pasando por adusto, a causa de la rigidez de mis principios, por melancólico en razón de mi austeridad; orgulloso, esquivo, como quien huía de los extremos: ni la bajeza, ni la vanidad; ni la canalla, ni el palacio; indigente nunca, rico menos, y al fin y a la postre vendiéndome para publicar ese malhadado "Cosmopolita", causa real y verdadera de la hiel y vinagre que me hacen apurar mis malhechores. Y sale de repente un hombre a gritarme: pedigüeño, mendigo, estafador, ladrón, bribón, pillo, con estas propias palabras; ¡insensatez a que no habían llegado jamás los más torpes y desaforados sicarios de García Moreno! Este hombre se llama León Mera . . . Se llamaba, cuando vivía: ahora no tiene nombre. Véanle ustedes colgado del pescuezo en la picota.

¿Qué causas extraordinarias y grandes han producido en ese pecho, odio tan profundo y ciego, que así le despeñen en la ignominia de la calumnia, y le hagan pasar por loco hasta en el parecer de sus amigos? Nada le he hecho a ese desgraciado, nada; cuando le di pan de perro, fué cabalmente porque su aborrecimiento gratuíto había ya producido el negro fruto de la difamación. Si alguna vez he aludido a él en mis escritos, ha sido censurando los vicios en general, *como vicios*, sin nombrarle jamás: la mentira, la calumnia, el perjurio, el libelismo, crímenes o delitos que lastiman al género humano, y que todo escritor filosófico ha de reprimir en cuando le ayuden fuerzas y prestigio.

Si hallan exceso de severidad en mí los lectores

indiferentes, consideren que el asesino ha principiado maldiciendo a mis padres difuntos, ha seguido con las mujeres, y ni los niños se les escaparon, estrangulándome en cada línea con furor de verdugo a quien enajena la sangre de la víctima. La primera vez en mi vida que tiro a la persona, es por vengar a todos de tamaño ultraje a la sociedad humana, y no me atrevo a proponer cargo sin su respectivo fundamento. En manos del anónimo hasta la verdad es mentira, y aun el crimen positivo se presenta con semblante de calumnia.

Ahora pues, ¿de dónde el crudo aborrecimiento de ese bárbaro? Responda el sabio espectador de la Gran Bretaña: "El distintivo de la grandeza de alma es el horror que se tiene por la envidia, la aversión por la maledicencia. Estas viles pasiones señorean a los malos poetas más que a los otros hombres". Los españoles tenían asalariado en Caracas al libelista don Domingo para que llamara estafador, ladrón, pillo, al general Bolívar. El siglo de Augusto, en que el lodoso Bavio llamaba estafador, ladrón, pillo, a Virgilio, es el paradigma de todos los siglos: la naturaleza humana siempre lo mismo.

En lo tocante a la honra, cualquier hombre de bien puede ser tan grande como esos dos monumentos sublimes de la inteligencia y el poder humano: aquí no entra para nada la vanidad, que vendría a ser locura. Se habla de las cosas, no de las personas.

La venganza fabulosa, ilimitada, selvática de ese horrible poetastro tiene además por fundamento una acción virtuosa de mi parte, en paz y en haz de la modestia. Tomé a pechos la defensa de los colombianos cuando el alzamiento de su tío Martínez en Ambato, y allí fué el jurarme la muerte. ¡Como si la humanidad no fuera ley del género humano! ¡como si la hospitalidad no fuera ley de las naciones! ¡como si el honor no fuera ley de hombres y de pueblos! Monstruo debí de parecerles, cuando en vez de ha-

cerme a los verdugos me hice a las víctimas y levanté sobre ellas el pabellón de la justicia, vasta insignia que debe ondear sobre toda la tierra, y ¿no es justo que un ladrón de esta naturaleza cuente por acusador a uno que, si no ha tenido, ha debido tener causa criminal según la ley? Pero el alzado de Ambato gobernaba la provincia, y andaban torcidas leyes y costumbres. No soy, ni seré jamás, español primero que republicano, como Emilio Castelar; en lo tocante a los principios eternos que rigen a los hombres, soy cosmopolita, y ando admirado, a semejanza de Pascal, de ver que la verdad es verdad aquende el Pirineo, error al otro lado; la justicia, justicia en el Viejo Mundo, injusticia allende el mar. Hay hombres que nacen para víctimas: noble su destino, pero infeliz su suerte. Oigo mucho hablar de lágrimas; las que corren invisibles, esas son las buenas, porque son las ciertas.

---

Y usted, señor don Pedro, señor don Pedro Fermín, el biógrafo, que ha tomado a pechos la ímproba tarea de volver ilustre a su heroecillo, ¿no piensa que comete felonía para con la posteridad, cuando echa tierra a defectos, vicios, delitos, indignidades e infamias, y anhela porque brillen solamente prendas y virtudes fantásticas, que usted se las da de balde, a costa de la sinceridad? No es justo engañar por lo menos a las ciudades donde no es conocido en esencia este León Mera, recomendable desde el día en que lo sea. Sobre el historiador gravita la verdad, peso terrible para los que no tienen pecho sano y hombros robustos, y el biógrafo no da la ley en ocultar lo que desfavorece al personaje que pone faz a faz con el presente y el porvenir; el porvenir, si su mano es para obras inmortales. Dirá usted que no le corre la obligación de ser Minerva, porque no es Telémaco el a quien va dirigiendo. Yo sé muy bien

que ése no se cría para rey, y que en efecto no tiene necesidad de ser filósofo, santo, ni hombre bueno siquiera; pero Mentor debe por lo menos ser hombre de bien, ya que tiene el sublime atrevimiento de llevar dentro de sí a la diosa de la sabiduría y la prudencia. Hombre de bien, lo es usted; lo creo, a pesar de su inquina para conmigo; mas ¿de dónde proviene que viva empeñado en vendernos como una alhaja el monstruo que usted sabe? Si en la primera nueva edición de sus biografías apologéticas no inserta usted la última obra de su Orbaneje, y juzga de ella a juicio de buen varón, nos pone en el duro trance de creerle aprobador de sus iniquidades. Cuando le oye a usted condenar como a *razas malditas* a mis padres difuntos; cuando le oye decir que he vivido exigiendo *la bolsa o la honra* con mis escritos; cuando le ve hacer lo que Troppman con toda una familia, ¿no le asquea? ¿no le teme? ¿crece su cariño? El que subordina a sus pasiones la verdad y la conciencia, no es Minerva. Astrea y Minerva se dan la mano, y no es una cosa ser sabio, y otra muy diferente ser justo. Y pues de diosas hablamos, señor mío, no tendrá cabida la diosa Bondad en nuestro Olimpo? Bondad no es ciega tolerancia: para tener un resabio de divino, ha de ser el hombre austero, severo. En la severidad del viejo Mentor hallamos la salud nosotros, y la hallarán nuestros descendientes por los siglos de los siglos.

---

¡Negar, negar y más negar, negarlo todo! No confeséis jamás, decía Avinain en las gradas del cadalso. *¡N'avovez jamais!*

## ADVERTENCIA FINAL

He suprimido *la parte terrible*, y esto les salva a mis malhechores. He suprimido también la parte risueña: contrasta sobradamente con el tono de este escrito, y la risa pudiera perjudicar a los lectores de conciencia, que quieren quedarse a la indignación. Espinosa está negando con ansiedad su parte . . . En buena hora. El que echa un pasquín por la noche, no se yergue por la mañana como el pontífice Juan, y grita: ¡Yo soy! ¡Aquí estoy! Vean con todo, que a pesar de mi fama de terco, sé conceder mucho hasta a las apariencias del decoro. El no haber quien prohije *esa obra infame*, el haberla ocultado después de impresa ¿no son bragas para sus autores? Y mi Javier León . . . Admirado, agradecido, conmovido se ha de sentir de no verse aquí junto con sus cómplices. Le escribí de Fontainebleau tres líneas para excusarme de una su invitación; ya hizo de esto una arma contra mí, sin advertir que su papel es el indigno, pues se presenta desleal, en siendo cierto lo que dice; impostor, en siendo falso. ¿Con que ni un acto de urbanidad se puede verificar con esos, sin exponerse a su villanía? Al poseer un documento que redundase en mengua de mi buena fama, hasta en latín me lo hubiera ya hecho imprimir, como buen ministro de García Moreno. Vuelva el señor Polifemo a excitar a Mera y Espinosa, y veremos si presentamos un aseado, bonito personaje a cuantas son las gentes.

---

"¿Por qué Víctor Hugo me dijo en una carta, que muchos de vosotros han leído a pesar mío: *Vous êtes un noble esprit?*" "Y para hablar de nuestras propias autoridades, ¿cómo sucede que Miguel Antonio Caro hubiese notado en mí *elevación de miras, grandeza de pensamientos?* Y cuidado que don Miguel

Antonio honra ya con su nombre a la Academia Española, y es reputado por uno de los literatos más profundos y filosóficos de Suramérica. Cuervo acaba de ser calificado de *sabio colombiano* por una de las autoridades más reconocidas de la República Argentina, y ese *sabio colombiano* me pidió mis escritos *para adorno de su librería.* Estas, estas cosas son el suplicio de mis malhechores; y por eso ahora viene un libelista sin nombre a gritarme de tonto, perezoso y ladrón; un libelista que, a la oscuridad de llamarse León Mera, añade la de vestirse de Pasquino. Sombras sobre sombras, infamia sobre infamia".

JUAN MONTALVO.

BOGOTÁ, 1872

TIPOGRAFÍA DE NICOLÁS PONTÓN Y CA.

XI

# J U D A S

M A R Z O  D E  1 8 7 3

I P I A L E S

TIPOGRAFIA DE NICANOR MEDICIS. POR FERNANDO POLO

# ADVERTENCIAS

I

Decirle a un pobre "vuelve", es ya falta de caridad. *No digas al pobre: 'vuelve, mañana te daré", cuando puedes dar ahora mismo, dice el Señor. ¡Qué he de dar yo ahora ni mañana, si las arpías me infestaron el pan?* Llegó el tan reclamado cuadernito de Bogotá, llegó como de muestra, con la grata notificación de que no podrán remitirme sino cuatro ejemplares por semana, a lo sumo. Para cuatrocientos cincuenta que yo había pedido, díganme los buenos aritméticos cuantas semanas necesito, y el mejor de ellos redúzcamelas a años, que mis matemáticas no son para tanto. Ahí tienen ustedes, cautivos del Ecuador, que de una ciudad a otra de la misma república, la más libre y liberal de cuantas son las repúblicas, no puede remitirse a una persona más de dos ejemplares de un opusculito no mayor ni de más peso que una hijuela de cáliz; pues teniendo en cuenta la *generosidad de los reglamentos*, el editor lo hizo tan pequeñito y liviano de cuerpo, como el autor lo había hecho humilde de espíritu. Si quiero que vengan en ocho o diez remesas los susodichos cuatrocientos, he de consignar en la administración de correos *cien duros de porte*, de esos que nuestros abuelos decían patacones, cuando privaban la chamberga colorada y la peluca. Con cien duros hago aquí otra edición en menos tiempo, quedando a mi favor el engordarla día por día con mis ojos. Y no lo digo claro por no refranear en una simple advertencia. No me pesa el que no pueda venir el opusculillo; que lo hubiese leído algún literato de Bogotá me pesaría. ¡Dios poderoso! ¿qué será de mí, si ha caído en esas tijeras de oro? Ya me hizo con ellas un amago formidable, por que yo hubiese dicho en alguna parte "*de deveras*": cuando *me oiga decir por* boca ajena "una carta que vosotros *han* leído a pesar mío"; "murió (Silvio Pellico) como *mueren* los ángeles, si murieran"; "sin providencia no hubiera *asesor ni cualidades*"; "el abad de lo que canta gasta", desnaturalizando así hasta los refranes, que son los dogmas de la lengua; cuando me oiga, repito, estas y otras mara-

villas, *¡anathema!* exclamará. Ese cuellisalido *de deveras* no campea sino en Colombia, tierra de libertad de pensamiento, de palabra y otras cosas: aquí he venido a ver su infame cara pizmienta; decirlo, nunca lo dije, para mí santiguado. En el país del Chimborazo y el Pichincha el vulgo suele regalarse con sainetes como estos: *de adrede, derrudu, oigalén, traigalén, rasguituerto y otros* buenos *boquiblios y maneras de la lengua castellana;* pero ni el más impío ha comulgado jamás con este cerdoso *de deveras*, que no empieza a infestar la tierra sino del Carchi para el norte.

El cajista es un avechucho tan perjudicial como socorrido: si el error fué suyo, *el cajista;* si fué del autor, *el cajista, ce pelé, ce galeux.* ...e debe tenerlas duras, por que no hay quien no le eche mano a las barbas. Sombras de Franklin, Diderot, Beranger, impresores ilustres, cajistas sabios, perdonad este desahogo involuntario . . .

Crítico tan generoso como ese benemérito colombiano, por fuerza había de ser comedido: él en persona se fué al Ecuador por las barbas del cajista: a los de Bogotá los tiene a la mano: menudito con ellos; y tanto más riguroso, cuanto que en vez de *cruzar el palo,* me hicieron *cruzar el polo,* como si yo hubiera sido más feliz que el almirante Lapeyrouse.

No he dicho *de deveras* ni en tiempos de mi mayor ignorancia; no he sentado el principio de que los ángeles están sujetos a la muerte; a mis ojos, nada tienen que ver *asesor*, notario, tinterillo, tagarote ni más chusma del chusma del oficio con la Providencia; mas declaro con la mano puesta sobre la *Filosofía de la elocuencia,* de Capmany; los *Comentarios al Quijote,* de Clemencín; el *Diccionario de galicismos,* de Baralt; las gramáticas de Bello y Salvá, que las *Apuntaciones críticas,* de don Rufino Cuervo son un venero de metal finísimo, y que él dió con la veta en las antiguas minas de Castilla. Este escritor lleva camino de parecerse al gran don Andrés en lo de ser útil a los americanos; y cuando pensó que apuntaba solamente las imperfecciones del habla bogotana, compuso un precioso libro de importancia general; pues los defectos que corrige con tan desenfadada pluma, son comunes a todas las repúblicas hispanoamericanas, salvo ciertas bastardías de lenguaje que parecen tópicas del Funza, como el nefando *ereis,* en vez de *sois,* que usan tan poéticamente sus poetas.

## II

Volviendo a mi cuadernito, que por más señas se titula *El Antropófago,* a la hora de hoy está quemado en Bogotá; ni merecía otra cosa ese templario. Renacerá de sus cenizas, con menos plumas de cuervo y algunas más de pavo real. Nada puede contra la ley de postas mi comisionado en Bogotá, a pesar de su benevolencia; pues si han esperado seis meses mis compatriotas, esperen otros tantos, que para con la eternidad son nada: y entreténganse por ahora con esta bagatela que les envío a modo de precursora. Hela escrito, no tanto porque mis amigos la creían necesaria en vista del

gundo pasquín de mis malhechores (cosas semejantes no requieren contestación), cuanto por vía de pasatiempo en esta Tebaida, donde sólo por lta de barba espesa y luenga no soy ermitaño profeso.

Y aquí viene el acogerme a la tolerancia de los benignos contra el humor cedo de los que no pueden sufrir cosa que huela a vanistorio, cuando unos otros den con una o dos acotaciones de algunos de los periódicos que en sta ocasión me han favorecido. Si mis enemigos lo echan todo a doce, *reciso es, no justo solamente, darles en el alma con pruebas de su sandez* ue les abrumen. De unas cosas no sé sino el principio; otras, apenas las ntiendo: ignoro las mayores, y siento que no adelanto nada en los conocimientos que forman la humana sabiduría. Mas he echado de ver en mí, espués de muchas vanidades y soberbias, testimonios de la pequeñez el alma, una rara y feliz inclinación a la modestia: si por la vía del estudio la experiencia llego al fin a ser humilde, deberé a la desgracia lo que filósofos y santos no consiguen sino después de largas meditaciones y martirios. El efecto que en mi ánimo producen la petulancia y la ventolera le los otros, me pone de manifiesto que yo debo ser a los ojos de los cuerdos, lo mismo que a los míos son los necios, cuando me dejo decir aquellas *idículas necedades con las cuales granjeamos el calificativo de vanidosos.* Si los varones perilustres, esos que se hallan en pleno goce de la admiración universal, desmerecen tanto con la soberbia bien o mal expresada, ¿qué será con unos medias cucharas como nosotros, que no somos gentes sino a falta de hombres? Cuando yo vea en mi conciencia que ejercito la modestia, me tendré por superior a todos mis compatriotas; mas en tanto que me infestan el pecho ciertos rezagos de orgullo infundado y ciego, soy inferior a muchos.

## III

Aun cuando todo hubiera corrido a medida de mi deseo en la impresión y la remisión del cuadernito, siempre se hubiera marchado por el camino de Juan Huss. El fuego todo lo purifica, y lo mejor es que todo lo destruye. En habiendo un fuego que purifique sin destruir, yo les quemaría a todos mis compatriotas, principiando por mis más íntimos amigos. Pero no se trata de esto, sino de confesar humildemente un pecado, ni capital, ni venial, sino de los de pacotilla, de esos que los cristianos, y sobre todo los católicos romanos, cometemos cada día para nuestra satisfacción: digo un acto de venganza, que en mi soberbia llamo castigo; el cual no ha venido a ser injusto sino descubierta la inocencia del reo presunto. ¿Y sabe él quién tiene la culpa? Sus amigos. Un falso amigo, un hombre aleve tiene derecho a exigir sinceridad, lealtad de parte de los suyos? No: el pérfido anda siempre con la barba sobre el hombro, por que así como él hace su mala guerra subterránea, asimismo le asestan a él los tiros a pecho retraído. *Si llegué a persuadirme de la parte de Espinosa en el pasquín,* fué porque alguno de sus amigos me lo persuadió con sus gratuítas advertencias. Esto,

sobre los motivos que yo tenía para juzgar mal de ese hombre, fué bastante para producir en mí el convencimiento a cuyo impulso le eché toda la ley. Pues han de saber ustedes que si no doy gracias a Dios de no ser santo, por lo menos es cierto que no lo soy del todo. El perdón a carga cerrada para los delincuentes me parece injusto y pernicioso. Tenemos en nuestra naturaleza una parte buena con la cual perdonamos y olvidamos; mas ¿para qué es la mala sino para hacer sentir a nuestros enemigos que vivimos todavía? Dios sabe que yo no abuso de esta sombría facultad; pero sabe también que no siempre alzo del suelo la oreja del que me da la [illegible]. *La negación de Espinosa por la imprenta nada hubiera podido en mi ánimo;* otros y mejores datos le han arrancado de mis garras; y, no me lo va a creer, yo bien quisiera aventarlo al cielo y dar con él en medio de los ángeles, si no fuera tan malo. El levantó la sangrienta bandera a la cual volaron a acogerse todos mis malhechores, para esta conspiración que me ha de seguir hasta el sagrado retiro del sepulcro. Mas no fué de los de esta cuadrilla, y en mi olvido se salva. Si así como el papelito es una quisicosa fuera una obra maestra, todavía lo hubiera yo destruído; ni se dirá jamás que acuso sin fundamento, embisto sin provocación ni castigo sin justicia.

## IV

Si es verdad que Pacho Gómez ha ofrecido pasar el Carchi, le ruego no *deje podrir tan saludable determinación. Venga como hombre de honor*, esto es solo, y me pondré a sus órdenes tan pronto como llegue. Si viene al frente de la consabida falange de mayordomos y cachicanes, el pueblo dará buena cuenta de los malhechores, tanto por mantener sus naturales fueros, cuanto por acudir con la protección debida al huésped que no ha hecho sino granjear la estima de cuantos son sus miembros. No es lo mismo allanar la casa de un hombre desprevenido que no puede o no sabe defenderse, que hacer el teatro de sus barraganías un pueblo de nación extraña, pueblo celoso de sus honras. Esas plantas, Pancho, amigo, allá con los ejércitos del emperador Alifanfaron de Trapobana; que nos los hijos de la libertad *tenemos el alma bien templada; y si no andamos* en busca del peligro, pretendientes jactanciosos de las dificultades, llevamos siempre el rostro puesto a las indicaciones del honor. Sin el inconveniente que tú sabes, yo iría allá, por excusarte la molestia, si ya no me atuviera a la sonrisa antes que a una inmotivada exasperación. Hallado os le habéis el medroso, señores valientes; y el modo de poneros en cobro "del rayo de mi palabra", según las de un diario del Perú, era ofrecer pasarme de parte a parte con esa lanza. En dando con un carácter de los que se usan, ahora era cuando vosotros, señores galanes, acababais de perder al que queríais poner en salvo; pero a uno como yo las amenazas ni le acuitan ni le airan; *y el que obra por motivos que juzga buenos, en sus quicios se queda*, sin variar las determinaciones de su ánimo. Con este presupuesto, mantengo a moderación que había usado respecto de don Manuel, sin que las necias

diligencias de los suyos sean bastante para enconarme el pecho ni dar acedía a mis palabras. Yo sé muy bien que nada han perdido esos señores con haber perdido mi amistad; ¿pero han ganado algo en mostrárseme tan crueles por medio de la difamación? No era justo que por sostener la vanidad irritada del peor de ellos, los otros pregonasen falsedades que no me perjudican sino en la opinión artificial de los muy interesados en mi daño. La honra, la buena fama de los suyos defiendan los buenos aun a riesgo de la vida: la vanidad no merece sino despego; la indignidad, reprensión. El que habla mal ¿obrará bien? el que obra mal ¿hablará bien?

V

El ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio, arzobispo de Quito, esperó sin duda que yo le defienda de la acusación más grave que puede hacerse a un sacerdote, del cargo más terrible que se ha hecho jamás a un prelado de su categoría—la prevaricación.—Como algo redundase contra mí de su temeridad, no se recelaron sus detractores de dar a entender claramente que el arzobispo había revelado el secreto del tribunal de la penitencia, o poco menos: pues sólo a su murmuración criminal pudieran haber debido los impíos el conocimiento de esas desgracias mías que pregonaron por la imprenta. El señor Checa sabe sin duda que no se contestan los pasquines; pero como eclesiástico instuído ¿sabe también que Sixto V, uno de los pontífices más grandes, le hizo cortar las manos y la lengua al que le había difamado? Marcos Espinel que hizo escribir el pasquín, León Mera que lo escribió, Mariano Mestanza que lo mandó publicar, con manos y lengua se hallan todavía, y harto nos lo darán a conocer en adelante.

Yo quisiera saber qué hubiera hecho Bossuet en el propio caso: una turba desaforada de bribones se levanta, pero bribones visibles, algunos de ellos, que en tiempos calamitosos para el reino han sido pares de Francia, cancilleres y señores de muchas órdenes; y sin miramiento ninguno a su alta mitra, le imputan el haber descubierto los secretos de un penitente: se queda Bossuet callado, y se contenta con llamar "perversos" *sotto voce* a sus detractores? Ya veo desplegar las alas el águila de Meaux y en vuelo sublime levantarse al firmamento. No contesta a los infames; pero de allí toma ocasión para asombrar al mundo con una pastoral que arde envuelta en el fuego sagrado. Y sino ¿dónde está el púlpito, tribuna del sacerdote, tribunal del juez delegado de Dios? De allí, como del Garizin, se llama a los escogidos; de allí, como del Heval, se maldice a los réprobos y se les rechaza del Paraíso. Toda ocasión que al cura, al vicario, al obispo se le ofrece de dar lecciones de moral al pueblo, debe ser para él un feliz acontecimiento. ¿El señor Checa, arzobispo de Quito, otorgó con el silencio las horribles falsedades de sus enemigos y los míos? ¿No sabe que quien calla otorga? Si todo lo mintieron, desde la confesión, no era razonable que él dejase prestada su cabeza para que en ella me inmolasen. ¡Prestar la cabeza un arzobispo para que en ella inmolen un cristiano!

Yo sé que ese hombre es bueno: mansedumbre, timidez, falta de fuego en el espíritu. Por dicha al cielo se sube también sin alas.

## VI

Después de impreso este cuaderno con sus notas, me escriben de Quito que el memorable Mestanza "no ha pedido salvoconducto". Si el hecho de haberlo pedido era inexacto, sobre el doctor Alvarado: cuatro personas, a cual más verídica, me comunicaron la comisión que decía tener este se....., afirmando que se hallaba en sus manos la carta del dicho Mestanza a García Moreno, por medio de la cual lo solicitaba. Lo más probable es que la solicitud no haya sido bien acogida, y se la quiera negar ahora. Traer a la memoria la suerte de Borja y de Maldonado, y pedir salvoconducto ... ¡A don Gabriel con esas baladronadas! La inusitada sumisión que gasta, por otra parte, al hablar de él, da harto a conocer que el traidor no ve otro porvenir que agachar la cerviz al yugo: pues ¿no lo tiene consultado a sus amigos hace tiempo si viene o no? Consulten ustedes a Espinel en puntos de honor ... Puede también ser que don Vidal no haya presentado la carta, por *demasiado enérgica*.

Si algo tuviere que decir el doctor Alvarado, por la imprenta: nada sacamos de la murmuración entre bastidores: las cosas me gustan más claras que la luz del mediodía. Esclarezcamos lo confuso con la de la razón: no seamos animales inmundos y feroces al mismo tiempo, como *el lobo de Chorrillos*.

Dispensen los lectores que esta ruín materia vaya en lugar sobresaliente, cuando apenas le correspondía la trascasa.



PERSECUCIONES, hambres, pesadumbres de todo linaje—pensiones de la vida.—Cada cual halla su *tropiezo, y en vano se llamarán felices los que* creen serlo, antes del rato de la muerte. Este pensamiento del filósofo encierra la naturaleza del hombre, y la experiencia de cada uno viene demostrando día por día la triste verdad de esas palabras. Sí, nadie puede llamarse feliz antes de la muerte. Yo no lo soy, ni espero serlo, sino cuando el Señor sea servido de alzarme al fin, después de los padecimientos muchos y muy grandes de este mundo, que son méritos a sus ojos cuando la paciencia lo santifica.

La paciencia es el santificador de las desgracias, y sirve al propio tiempo de moderador de los golpes que nos asestan los enemigos, ministros del espíritu malo, cuando no los merecemos. Si por la sensibilidad ha hecho Dios del hombre el ente del dolor, ha puesto al mismo tiempo en su corazón esa fibra elástica, que dando noble y generosamente cuando *la estiran, evita el desbaratamiento de esta por otra* parte miserable máquina de la humana criatura. Paciencia, ancho escudo, escudo impenetrable, en tu resplandor brilla la mirada de Dios, pues hay mucho de divino en la paciencia, virtud de Sócrates, virtud de Jesucristo. "Falsario mentiroso, pordiosero estafador", acaba de decirme un hombre. El ciego no me apunta: para estos golpes no tomo mi escudo.

Recreándome un día en la ciudad de Pisa, iba paso a paso con el Arno: como atravesaba un puente, echo de ver un hombre que me sigue en ademán furioso. *¡Non fuggiate, ladro!* grita: "¡ladrón! no huyas"; "¡infame, en vano corres!" Llegó y me hizo víctima de una horrible contumelia; me dijo rostro a rostro cuanto se puede decir a un galeote. Ni pasmo, ni miedo, ni sorpresa acontecimiento tan extraordinario. Cuando el hombre arrancaba un cuchillo del cinto, rompe un gendarme la gente amotinada, le echa la mano al coleto, y arrea con él para adelante. Es uno de los más inminentes peligros de muerte desastrada que he corrido en mis viajes.

Al otro día salí para Roma, sin saber del furioso, si era loco o simplemente borracho. Hubiera yo creído jamás que escena tan extravagante se reprodujese nunca en la vida? Un profundo averiguador de los secretos de la Naturaleza afirma, que después de un cierto período de tiempo, los casos sucedidos vuelven a suceder con las propias circunstancias. Las proposiciones más inverosímiles tienen su fundamento: del italiano de Pisa no pude saber si era loco o borracho; del de Quito no lo sé tampoco; pero sí he oído su nombre: llámase Mestanza. ¡Socorro! ¿no anda por ahí un gendarme? ¡Socorro!

*Caifás*. No he sido juez, y menos juez inicuo, para dar sentencia injusta. Si yo hubiese vivido en tiempo de Jesucristo, le habría seguido, habría sido uno de sus discípulos, y no el que le jugó la corta hacienda y le vendió, sino uno de los fieles, de los buenos. El calumniarle y condenarle no es para uno en cuyo pecho no hay afecto que supere a la admiración por él sino el amor. Tan leal, tan profundo es el que experimento por ese hombre divino, me embelesa tanto su historia, que le sigo todos los años, desde Belén hasta el Calvario. Simón Pedro castigó al criado del pontífice; yo, probablemente, no le hubiera

dejado impune a Judas, y, oreja por oreja, la de Mestanza: ¿por qué agraviar ni a Malco?

Hay quienes quisieran haber vivido en tiempo de Sócrates, para asistir al banquete de los sabios, oír al filósofo profeta, y divinizarse con las lecciones de Platón. Los jardines de Academo, el Liceo de Aristóteles, el Pórtico de Zenón se presentan a la memoria con los resplandores de la ciencia, y seducen el espíritu con las suaves caricias de la filosofía.

Otros se enamoran de la paz de Augusto: ir resbalando suavemente por la pendiente de la vida, dulce el oído en medio del canto de los cisnes de Virgilio, les parece una felicidad. Yo hubiera querido vivir en tiempo de Jesús, época santa del género humano: santa por la redención, infernal por el triunfo de las tinieblas. La poesía de Homero es sublime: héroes y dioses en batallas estupendas; pero la de Jesucristo es la verdadera, porque es la inocente, la pura, la santa. Sin dolores y lágrimas ¿qué poesía?

Aunque impío, nunca leo a Voltaire, o no le leo dos veces; no por escrúpulo; por disgusto: la Biblia, la sé de memoria: ¿qué mucho? Napoleón la llevaba consigo en sus campañas junto con Osián. Mi casa no es el pretorio; no tiene patio siquiera; ¿el que no tiene casa tiene pretorio? Si algún día tengo un real sobrante de mis necesidades, se lo doy a los hambrientos; Caifás echaba a manos llenas el oro en las de los testigos falsos; y Judas cogió sus treinta dineros, si bien éstos se tomaron del tesoro del templo. Caifás, ¿por qué? ¿dónde las injusticias de mi vida? ¿dónde los sobornos? ¿dónde el empeño por condenar a Jesús? ¡Judas, yo soy Caifás, no a mí tu beso!

¡Tu beso, ah, tu beso! ya me lo diste, y tras él me llenas de oprobios y me hieres.

Había en Israel un hombre temeroso de Dios y obediente a los señores de la tierra: noble en los sentimientos del ánimo, tierno en sus afectos, sencillo y puro en sus costumbres; por lo tocante a los

bienes de fortuna, un viñedo reducido, pegujal despreciable para grandes hacendados. Mas ¿qué desprecian los grandes hacendados en tratándose de aumentar sus posesiones? El dueño de treinta mil ovejas tiene derecho a la única del pobre; y yo conozco un hombre sumamente rico, que puso pleito a un indio infeliz sobre una faja de terreno donde tenía su choza al labio de un torrente.

Llamábase Nabot ese israelita temeroso de Dios. Por su desgracia, su viña parte límites con las vastas propiedades del impío Acab, y éste se conceptúa el más desdichado de los mortales, si el viñedo de Nabot no viene a ser suyo. Pone la demanda, tiene testigos, el juez falla en su favor: Nabot ha poseído ilícitamente la herencia de sus padres; Acab, y sólo Acab es el verdadero dueño. ¿Y cómo no? juzgaba Jezabel.

El tribunal de Jezabel sirvió de paradigma al tribunal de Caifás; Caifás es el símbolo de la injusticia: yo nunca he sido juez, y menos juez inicuo, para dar sentencia injusta; ¿por qué soy Caifás? yo hubiera seguido al pretorio a Jesús de Nazaret, cuando le llevaron amarrado; le hubiera seguido, no para negarle sino para defenderle; ¿cómo soy Caifás? Bien se me alcanza que si me hallase preso con cierto *primitivo cristiano*, hombre justo, hombre bueno, él sería puesto en libertad el día de Pascuas. ¿Barrabás no salió libre? Libre, por que perezca el otro. *Tolle hunc; et dimitte nobis Barrabam.*

Mestanza, te hallas libre, vuelves a la patria; pero Barrabás no es *cristiano primitivo*. Yo soy temeroso de Dios, y adoro a Jesucristo; no soy Caifás: tú que infringes las leyes divinas y humanas, tú eres Barrabás, pero te libertan. "¡Suéltanos, suéltanos a Barrabás!" *O furia froeneticorum!*

*Marat.* No soy demagogo ni caudillo del pueblo: ¿a quiénes he enviado a la *comisión de salud pública?* "Si no me dejan hablar, me vuelo la tapa de los

sesos—gritaba Marat, vociferando en la tribuna,—yo no hablo sino cuando hay quien me quiera oír; y cuando hablo, no es para decirle a nadie "pordiosero estafador", "falsario ruín", "miente", falsario mentiroso". Marat mismo jamás llegó a estos extremos de frenesí, porque si bien hombre cruel y arrebatado por la Naturaleza, era culto y de buena fe. Así no hablan sino los locos y los ebrios, y nadie, ni Pasquino, ha publicado eso aun en las más ignorantes y corrompidas ciudades. El dueño de la imprenta no quiso mostrarse; salió anónimo el bello discurso del ilustre Mestanza; lo que es una vergüenza, y una condenación al propio tiempo. ¡Cómo gemiría Gutenberg en la eternidad, si supiera cuánto infaman su obra prodigiosa los chacales parlantes, esta lepra de la sociedad humana que corrompe la salud de los pueblos! Ignorancia de las ciencias, ignorancia de la filosofía, ignorancia de las humanidades, se perdona a todo el mundo: la ignorancia de la moral, no se tolera sin ofender a Dios. Hay un hombre que se llama Mestanza, sin gloria, sin fama, sin consideración; éste firma esas cosas. Hay otro que se llama Espinel, sin honor, sin pudor, sin probidad; éste las escribe, y uno y otro llaman Caifás y Marat, hasta aquí, al que los pueblos honran con dictados que no alcanzan sino los buenos (1).

En vísperas de salir de París esta última ocasión, me hallaba de noche vagueando por la Magdalena. El barrio de San Antonio aun no salía de madre; el de San Marcelo estaba quieto; todo era guerra: ¡A Berlín! ¡a Berlín! Un pelotón de tres o cuatro mil hombres con el pabellón de Francia venía rodando tumultuoso por el *boulevard* de los Capuchinos: "¡A Berlín! ¡a Berlín! ¡viva el imperio! ¡viva la guerra!"

---

(1) *Star and Herald*. *La Estrella de Panamá*. *La Ilustración*, Bogotá. *El Comercio*, Callao. *La Prensa*, Guayaquil, etc.

Un joven atrevido se abalanza a un banco, y grita él solo: "¡viva la paz! ¡viva la república!" Una oleada inmensa viene sobre él, y se lo lleva remolineando hasta la plaza de la Concordia. Allí se abrió la gente, y él pudo escabullirse confuso y desbaratado.

San Antonio a su vez ha salido de sus quicios; los demócratas, los republicanos, los enemigos del imperio; allí se acerca un torbellino con la bandera roja: "¡viva la paz! ¡viva la república! Un audaz bonapartista se alza y exclama él solo: "¡viva la guerra! ¡viva el imperio!" Se fué en la oleada como el otro, nadando en un mar de puntapiés y pescozadas.

El atrevido que se opone él solo a un torrente de pareceres unidos, tiene que ahogarse en el desprecio general: pasa por malo desde luego, después por sandio. Estoy cierto de que mis enemigos mismos, al leer la obra de Mestanza, han exclamado muchos de ellos: "¡infame! ¡torpe! ¿se pueden decir estas cosas de Montalvo?" Sé que uno, militar, despedazó el libelo y le pisó lleno de saña. Por donde veo que no hay que desesperar de ningún pueblo. Los necios pueden aplaudir necedades, los pícaros aprueban las fechorías, los malos bailan de gusto cuando una calamidad aflige al que ellos aborrecen: los hombres de corazón bien formado, los buenos cristianos, los justos, los honestos, los cuerdos, siempre se hallan unánimes en la reprobación de las obras impúdicas e inicuas. Podrá tal vez haber para mí (¡Dios me guarde y me favorezca!); podrá tal vez haber un Bastidas, un Mestanza; mas de seguro no habrá una Carlota Corday. Esta criminal sublime la erraba como Bruto; pensó efectuar un acto de virtud, y mató un hombre. Hasta ahora no hay mujer que me tenga por digno de mala muerte; si bien hay más de un hombre para los cuales el patíbulo sería un trono, como pudiesen irse a los infiernos quitándome la vida.

Cual tigres a la presa apercibidos
Sin recelo los impíos esperaban
Al que tú, señor Dios, eras escudo:
El corazón desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido
Con celestial aliento confiaban"
Seguros de su suerte él y los suyos,
Y se escapó .....

*Troppmann.* Despertóse un día este demonio, y dijo: quiero ser rico. Había en un lugar una familia honesta, sencilla, inocente, que tenía lo necesario para vivir sin codiciar los bienes ajenos. El demonio fraguó en su tenebrosa imaginación la ruina de esta familia, a cuya mesa se sentaba; y lo que apenas sería posible para soñado en una pesadilla, él lo puso por obra con toda la exactitud de su pensamiento: envenenó al padre, y a la vuelta de poco degolló en una noche a la madre y todos los hijos—un joven y cinco niños.—La sangre de Caín circulaba en las venas de ese monstruo, y si alma tenía, su alma era un tigre invisible remolineando en su oscuro pecho, enfurecido con el hambre de diez generaciones. Esos hombres son muy raros: Satanás necesita de siglos para que cuaje una obra maestra de esa naturaleza en sus moldes pestilentes. Un Rancé es tan difícil como un Troppman: el exceso de la virtud así como el exceso del crimen, andan por los extremos de los siglos.

Si estos tiempos no se ha oído de más de un Troppmann de puñal, yo conozco más de dos Troppmannes de pluma. Cuando veo a un Mestanza convelerse en sus bestiales contorsiones gritando: "¡mentiroso falsario! ¡pordiosero estafador! ¡infame calumniante!" me parece ver a Troppmann aspando a puñaladas en las tinieblas a esa madre y sus hijos. No dice la historia sagrada que Judas hubiera hablado después que conoció lo que había hecho. Pedro, iluminado

interiormente por la mirada de Jesús, se puso a derramar lágrimas de arrepentimiento y amor; Judas no echó sino unas lágrimas negras y abrasadas, lágrimas de desesperación: se fué para sus cómplices, devolvió a los sacerdotes los treinta julios, y se ahorcó. *Mors peccatorum pessima.* Si Judas hubiera hablado antes de ahorcarse, hubiera hablado como Mestanza y Espinel: elocuencia de la horca. *Mors peccatorum pessima.*

¿Véis, señores, la fuerza y el valor que gastan estos dos judíos para convenceros de mi furor? "Espuma, bilis, sangre—dicen,—sin duda las que hierven en esos allagados pechos". La elefancía se les ha metido para adentro. En mi obrita titulada "Fortuna y Felicidad" anduve hasta jovial, según entiendo? Después no he escrito sino una carta de cuatro líneas, corto espacio para tan larga moderación. Soy Marat como Troppmann, Troppmann como Caifás. El general Trochu, gobernador de París durante el sitio, se querelló contra los redactores de "El Fígaro", por haber dicho uno de ellos, que en el museo de figuras de cera de la señora Toussand, en Londres, vió a Troppmann y al general Trochu. El tribunal condenó al impúdico Vitu y al dueño del periódico. Trochu hizo mal: es mengua darse por ofendido de cosas semejantes; querellarse, necedad. Yo no me querellaré: ¿para qué? Judas se muere, pide la muerte. *Mors peccatorum pessima.*

---

En mi citado opusculillo publiqué las siguientes cartas:

Quito, Ipiales a 20 setiembre de 1871.

Señor don Teodoro Gomez de la Torre.

Muy señor mio:

Espinel anda aqui leyendo a todo el mundo una carta de U. en la cual le dice, que se me ha enviado por los enemigos del Ecuador residentes en

el Perú una suma de dinero con fines revolucionarios. U. no podia adelantar un aserto cuya temeridad seria igual a su falsedad, ni surtir a este mal hombre de ocasiones para que propague especies que de cualquier modo pueden perjudicarme, valiéndose de la autoridad de U. Pues al no ver los efectos, mis enemigos, i sobre todo *mis amigos* ¿qué noticias han de difundir? En conciencia, i por su interés personal, debe U. decirme lo que hay de cierto en el caso, o veo yo otro modo de poner en su punto las cosas. Si el envío del dinero fuese verdad, habria una traicion en Espinel; siendo como es falso, hay una calumnia, en la cual se le quiere hacer tomar parte a U. Pero U. sabe si sé defenderme.

De U. atento i seguro servidor,

*Juan Montalvo.*

Quito, octubre 3 de 1871.

Señor Don Juan Montalvo.

Estimado señor i amigo:

Por el correo de hoy he tenido la satisfaccion de recibir la de U. del 20 del pasado, e impuesto de su contenido, le diré: que en el mes de julio último que estuve en el palacio, por asuntos de la Beneficencia, me enseñó el presidente una carta *orijinal* del Dor. Mestanza al jeneral Urbina, interceptada por cambio de direccion. En ella le hablaba sobre un plan de invasion a las costas de Manabí, afirmando que se habia reunido fondos para esto en Guayaquil por medio de los señores Murillo i Mármol; que en Panamá se hallaban reunidos elementos de guerra; que los señores Alfaros debian conducirlos a Manta; i se habia remitido dinero a la frontera del Carchi a consignacion de U. Esta misma relacion hice al Doctor Espinel en una carta que le escribí con motivo de su enfermedad, i de haberle ofrecido el Gobierno salvoconducto para que regrese al pais. comuniqué pues lo que habia leido, sin hacer comentario de ninguna especie, por que no puedo comprender cómo en una carta de esa naturaleza se hubiese podido equivocar la dirección.

Es en esta nueva ocasion que tengo el honor de suscribirme de U.

Su atento amigo i S. S.

*Teodoro Gomez de la Torre.*

La publicación de estas cartas, en cumplimiento de mi deber, es todo lo que he hecho con relación a ese frenético de Chorrillos; y por esto soy "pordio-

sero estafador, ruin falsario" y merezco el presidio. Sea de mí lo que fuere. lo que convenía era desvanecer el cargo que resulta de ese documento, y después hubiéramos visto si iba o no al presidio el que hizo la obra de misericordia de arrancar la máscara a un espía. Nada menos se propuso por otra parte ese bribón, que herir a muchas familias del Ecuador, al tiempo mismo que nos frustraba cuantos planes podíamos concertar para la reconquista de la patria. Vean ustedes lo que de Panamá me escribieron a su tiempo:

"Las cartas parecen efectivamente de Mestanza. El Sor. José M. Noboa que acaba de llegar del Perú, asegura que el dicho Mestanza propuso allí en una junta escribir cartas *comprometidas*, de modo que vayan a caer en manos de García Moreno, a fin de que este destierre a los ecuatorianos ricos, y venga a facilitarse la revolucion. El Sr. Noboa añade que todos rechazaron tan infame i bárbaro artificio, pero que sin duda Mestanza lo ha querido verificar él solo ..... Suyo &—Eloy Alfaro".

Documentos análogos constan en el cuaderno que remití a Bogotá para que fuese publicado por la imprenta. El señor Noboa es persona conspicua entre los proscritos del Ecuador; y en cuanto a Eloy Alfaro, Mestanza sabe cuanto vale por sus prendas y su posición en Panamá. Dirá con todo que esta carta es falsificada en Ipiales, como la de don Teodoro y las demás; pero lo que haría al caso sería que la contradijese con otras de esos señores. Cualquiera ve la desesperación de Judas en ese estrellón del viejo Mestanza. No quiere ni pnede arrepennirse. No espera sino la muerte, dice: la muerte de Judas. ¡Cuántas iniquidades e indignidades en una sola bastardía! Allí se ve al verdadero falsario, pues en su sistema entraba el escribir a nombre de cualquiera, al absurdo forjador de enredos, al falso acusador, al falso delator, al hombre despiadado, al

bellaco, al villano, al necio, al perverso para quien nada son la inocencia de los inocentes, la paz de los pacíficos, el amor de los amantes. En hallando cómplices ese bárbaro, y en consiguiendo engañar a García Moreno, ¿qué de muertes, si pensáis, qué de proscripciones, qué de confiscaciones, qué de lágrimas, qué de ruinas? Habla de morir ese difunto horrible, y se recomienda a la misericordia divina por medio de la mentira, la difamación, la calumnia, llevándose el freno tras sus bajas, endemoniadas pasiones. Las sombras eternas donde gimen los réprobos sin esperanza, reciben con los brazos abiertos a este género de fenecidos: allí está Caín, allí está Judas. Las puertas de la mansión luminosa y alegre no se abren sino cuando llama el alma inocente y pura, o purificada por el arrepentimiento. Dios escudriña el corazón y desentraña la verdad de las cosas: con él no hay bondad fingida, inocencia maliciosa, verdad falsa; escapatorias, evasivas, fechas embrolladas, nada sirven.

*Non occides.* No matarás.

*Non furtum facies.* No robarás.

*Non loqueris contra proximum tuum.* No hablarás mal de tu prójimo. Si mataste, robaste y levantaste quimeras, no importa que lo niegues; Dios tiene pruebas en contra. ¿Qué agonía feroz sería la de ese infortunado Mestanza, si en efecto se muriese sin tiempo o sin valor para pedir perdón y arrepentirse? La agonía del odio es más dolorosa que la del puñal; la muerte en la venganza es la que enriquece el reino de las tinieblas. *Mors peccatorum pessima.*

Si la carta de don Teodoro Gómez de la Torre contuviese una calumnia, la calumnia sería de esa persona o de García Moreno y no mía. Nótese de nuevo la malicia del traidor: sostiene que no fué todo lo de Manabí sino un plan suyo, que él comunicaba al general Urbina. No, no es participación de un plan; es relación de hechos que iban a verificarse

y que se habían verificado, según él: "afirmando que se había reunido fondos para esto en Guayaquil por medio de los señores Murillo y Mármol; que en Panamá se hallaban reunidos elementos de guerra; que los señores Alfaro debían conducirlos a Manta, y que se había remitido dinero a la frontera del Carchi a consignación de usted". Cuando estas cosas escribía a García Moreno, no hubo todavía quien dijese: "Levantaos, vamos; el traidor ha llegado", por que aun estaba cubierto con la piel del cordero, *ovina pelle velatus:* ahora es cuando aúlla *lupino furore manifestus.*

Ruégoos, señores, amigos y enemigos míos, carguéis la consideración en que el apóstol infiel no niega algunas veces el haber escrito la carta que le condena; mas ni una palabra dice acerca de sus falsedades. Los fondos reunidos en Guayaquil, el dinero enviado al Carchi ¿qué se hicieron? Sería éste sin duda uno de los *socorros* que su reverencia me ha hecho, la bicoca, *res parvi momenti,* por ahora, de *catorce mil pesos;* y me cobró en Panamá un real de un baño. Julio Castro conocía bien a su manirroto amigo cuando fué a su casa y le dejó cuatro reales de una comida que habían hecho juntos. Así hay genios: hombre conozco que perdonó a un compadre suyo una deuda de quinientos pesos, y al otro día le cobró con gran furia una peseta que le debía por otra cuenta.

Dado caso que hubiese buena fe en la *equivocación,* es por lo menos manifiesto que quiso engañar con quimeras al general Urbina. ¿Y conciben ustedes, varones perspicaces del Ecuador, *esos fondos reunidos en Guayaquil, ese dinero enviado al Carchi,* sin que Urbina lo supiese? Si ahora se echare por el atajo diciendo que *ese tal* no se propuso una traición, sino tan solamente hacer desterrar ecuatorianos ricos, yo responderé que todo lo relativo a Manabí fué cierto al pie de la letra, como los hechos lo han manifes-

tado. Va a repetir *Fra Diábolo* por tercera lo que ya dos veces lleva dicho, es a saber, que yo soy un mentiroso falsario, un pordiosero estafador, un infame calumniante; que ansío por degollar padre, madre, hermanos, hijos: esto no quita que él haya vendido a sus amigos. ¿Sus amigos? No: no había sino el beso entre él y ellos: los treinta julios andaban de por medio, y pronto les había de ir a buscar en el huerto de Getsemaní. El que yo haya tenido en otro tiempo un reumatismo en la rodilla, de nada le sirve en esta ocasión; ni veo por donde venga él a ser menos traidor por que yo tenga escasa la barba.

Las cartas son falsificadas por mí en Ipiales, y no se acuerda bien si realmente se equivocó en la dirección, o si se las sustrajeron en Paita. Para este feliz desmemoriamiento se prevale de ejemplos del señor García Moreno (ya no es *el tigre*). Si éste se equivocó una vez, ¿por qué no se había de equivocar él doscientas?

Suceden tantos percances
A don Lucio en sus andanzas,
Que más que don Lucio lanzas
Parece don Lucio lances.

Supone además que él era el primero, el tuautem, el único en esas cosas, y nos da en los ojos con una prueba a dos visos, ora para su inocencia, ora para su principalidad, en el principio filosófico de que el que inventó la pólvora no podía quemarse con la pólvora. Mas por acá tenemos noticia de otra cosa, es a saber, que el doctor Guillotín murió en la guillotina. Lo relativo a Manabí fué cierto al pie de la letra: Idelfonso Alfaro principió la introducción de armas en el Ecuador, y si fracasó la empresa en sus principios, fué por que Caín se anticipó a Judas. Este sostiene ahora que nada fué sino un plan de su entendimiento, y pretende embolismarlo todo con

fechas. Cuando dijo que estaban reunidos elementos de guerra en Panamá, y que los jóvenes Alfaro debían introducirlos en Manta, quiso él hablar de otros Alfaro, de otro Panamá y de otro Manta, sea en buenahora. Mas ¿qué deduce en su favor de que mi mirada sea sesga? Judas hace agua por la hermosura de los ojos.

Madre, unos ojuelos ví
Verdes, alegres y bellos:
¡Ay, que me muero por ellos,
Y ellos se burlan de mí! (1).

Otro género de argumentos nos sale al paso, y de no menos fuerza que los mencionados. El, víctima inocente; yo, calumniante atroz, mentiroso falsario; él, engolfado en las consideraciones de los hombres y el amor de las mujeres; yo, solo como el demonio, objeto de odio y terror para mis semejantes. En tan grave ocasión, ni una voz de amigo, de hombre imparcial se levanta en su defensa en ninguna parte; yo he oído resonar mi nombre con este motivo en la prensa de Colombia, del Ecuador, del Perú. Los ecuatorianos residentes en esta última nación han suscrito colectivamente un brillante rasgo en favor mío, los mismos con quienes el pérfido secreteaba y se daba cordelejo: ¿quién le ha defendido a éste en Lima, en el Callao? Un año ha devorado su infamia en vergonzoso silencio, y si lo rompe es para pedir la soga. ¿Cuán noble y sublime indignación hubiera sido la de un hombre injustamente acusado de iniquidades tan indignas, indignidades tan inicuas, como son la traición, la delación? Contestó con un pasquín cuyos únicos argumentos eran decir que yo había tenido una pierna enferma, que era harto moreno para mi linaje, escaso de barba y de bienes

(1) Lope de Vega.

de fortuna, a vueltas de los mil oprobios con que los judíos escarnecieron al Mesías. Los ecuatorianos, sus compañeros, le echaron todo el rigor de la justicia, cosa que nada le ha servido para que él deje de publicar su segundo libelo (3). A este argumento replicará que he robado la custodia de San Pedro, que he matado a Pío IX, que he comido niños crudos. ¿Hay bestia más desatinada?

Miembro de una sociedad, de una comisión importante, se ve repudiar, echar puntillones por sus cofrades, y yace escondido en un rincón cual un leproso. El dice que está en "sus catacumbas de Chorrillos, como los primitivos cristianos". Serán los garitos de Chorrillos, que allí no hay catacumbas, ni él es cristiano primitivo ni moderno. Ni para catecúmeno da, por que ya no está el alcacer para zampoñas. Yo había oído de un *feo cristiano*, don Mariano Barajas quiere ser también *primitivo*. Las catacumbas de San Sebastián son célebres en Roma: de ellas salieron muchas almas al Paraíso y muchos santos al calendario. Las del Panteón, en París, son no menos renombradas, y en sus sagradas profundidades reposan las cenizas de los grandes varones. Las catacumbas de Chorrillos serán famosas en los venideros tiempos, por haberse encuevado en sus oscuras y misteriosas entrañas el hijo de la horca.

Nadie prueba su inocencia con los empleos que ha tenido, ni los honores de otro tiempo borran la infamia actual. Si ha sido tantas cosas como dice, peor para él: remató su brillante carrera con la triple

---

(3) "... Cuando leímos aquella producción inmunda, no nos admiró ni la procacidad de su autor, ni la villanía de injuriar y calumniar a un enemigo ausente, porque sabíamos que así proceden siempre ... Por eso miramos con desdén aquel libelo, y nos apresuramos a enviar al amigo calumniado nuestra palabra de congratulación por haber merecido el honor de ser nuevamente escogido por los ácides de la difamación para blanco de sus naturales desahogos contra el valiente y luminoso escrito, etc."

*El Comercio*, Callao. 21 de agosto de 1872.

corona de la traición, la delación y la calumnia, flores que sientan maravillosamente a los que van al festín de la horca. ¿Hubo jamás idiota que alegase como título de honor el que se le debiesen rezagos de sus sueldos? Tanto el primero como el segundo son pasquines; y el que haya suscrito con su nombre el segundo libelo, no prueba sino que tiene el descaro de reirse en el patíbulo. Pues ¿qué dirán todos aquellos a quienes consta lo contrario de lo que afirma? No faltó quien acuse de blasfemia contra Dios a Jesús que era Dios mismo. ¿Pero no echan de ver esos menguados que el exceso de la impudencia invalida las obras de la venganza? Si aseveran cosas tan notoriamente falsas y absurdas, nadie les ha de creer las otras. "Porque si en una mentira me tomáis, no creeréis cosa de las que diga, y tendréis razón", dice Santa Teresa. Sobre que *estafé unos cuantos miles de francos* (dos mil) al estimable guayaquileño José María Avilés, ha repetido cien veces el fraile que soy un pordiosero estafador. ¿He de usar yo de este linaje de palabras llevado de la ira? La ira no me lleva, y, gracias a Dios, poseo la virtud del sufrimiento. Sin ese hecho, nada hubiera yo escrito, nada hubiera contestado; y el silencio prestara más para la tranquilidad de mi alma, por que es muy cómodo el callar donde hablan necios, y una virtud la indiferencia, cuando los inicuos no traspasan los términos de la moral. Oigamos luego al señor Avilez:

Ipiales, 6 de julio de 1872.

Señor José M. Avilez.
París.

Estimado señor i amigo:

Mariano Mestanza ha hecho publicar por la imprenta que yo he estafado a U. *unos cuantos miles de francos*. No es este el caso de invocar la amistad, la verdad i la conciencia sobran para mi objeto. Sírvase pues decirme en contestacion: si es verdad que U. insistió bondadosamente por

medio de una carta i del Sor. Carbo en que yo aceptase *el préstamo* en los términos propuestos por U. modificando los mios: si es verdad que U. posee una obligacion mia, no pedida por U.: si hubo algo en favor que U. me hizo que oliese a mala fé o indignidad, i si U. tiene motivo de disgusto para conmigo. La respuesta vendrá naturalmente con su autorizacion para publicarla, pues con tal objeto se la pido, suplicando a U. me dispense esta molestia, a que solo la gravedad del caso puede obligarme.

Reciba U. mi siempre fresco agradecimiento, i las consideraciones con que me repito de U. obsecuente amigo i seguro servidor,

*Juan Montalvo.*

París, setiembre 30 de 1872.

Señor Juan Montalvo.

Estimado señor i amigo:

Hace poco a que recibí su apreciable fecha el 6 de julio último en Ipiales. Dicha carta, en vez de venir directamente a Francia, fue primero a Bremen en Alemania, i de allí vino aquí; lo que sin duda ha causado el retardo. El objeto de su citada es interpelarme sobre algunos puntos, siendo el principal el hecho de haber yo insistido, por medio del Sor Carbo, en que U. aceptase una suma de dinero en préstamo, en los términos modificados por mí, la cual U. rehusaba, segun se colije de las que me escribió a Versalles. Contesto que este punto es exacto en todas sus partes: en mis contestaciones le pedí con insistencia que aceptase.

A la otra interpelacion de si yo poseo una obligacion de U. no pedida por mí, contesto que es verdad: poseo una obligacion de U. que yo no queria pedirle.

Quiere tambien que le diga si en ese asunto hubo algo que oliese a mala fé o indignidad de su parte, i si creo tener motivo de disgusto para con U. A esto digo que el hecho de hacer un préstamo no induce a suponer siquiera mala fe o indignidad; i que ni por esto ni por otro motivo he tenido ni tengo el menor disgusto con U.; i mi mortificacion hubiera sido verme en el caso de negar un pequeño servicio a un compatriota proscrito como yo. De esta contestacion, que sin duda hará desaparecer todo riesgo tocante a su delicadeza i la mia, puede U. hacer el uso que le convenga.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Quedo de U. siempre su atento amigo i seguro servidor,

*José M. Aviles.*

Mestanza ha publicado que *estafé unos cuantos miles de francos* a ese *estimable guayaquileño.* Si está

loco furioso, la camisola; si borracho, la policía. ¿Qué palabras he de hallar yo para calificar a ese desventurado? Lo que dice de Panamá y de "El Cosmopolita" sería suficiente para que todos supiesen como debían juzgarle. "El Cosmopolita" ha sido el instrumento de mis extorsiones, mis delitos, mis inmoralidades, mis infamias. Y le quise zurrar en Panamá, a Mestanza, por quitarle el oro que traía. Lo dice, él lo ha dicho por la imprenta: L*e quise pegar en Panamá, por quitarle las monedas de oro que traía.* ¡Bien ha de haber agarrado!

Este es aquel Albenzayde
Que entre todos tiene fama...

"¿Soltar yo? Bonita es la niña: otros gatos me han de echar a las barbas..." Le quise pegar, cierto: por una de esas groserías de caballo que acostumbra; abrupciones que sólo la moderación excesiva del general Veintimilla, y la timidez de algún otro dejan pasar sin una bofetada. Yo, no señor, yo le pego lindamente, *pau pau, pau pau,* si no agacha tanto las orejas.

Existe un documento comprobado y reconocido de una traición; este documento sale a luz por órgano tan respetable como Don Teodoro Gómez de la Torre; yo le doy a la imprenta: ¿disminuyen la fealdad de sus acciones mis perversas calidades? *No ha venido ni quiere venir a Quito, por no morir como Juan Borja y Manuel Tomás,* y al propio tiempo pide salvoconducto a García Moreno. Para esto alega sus "cuarenta años" de servicios a la patria: poco es para su edad; y yo sostengo que el que principia a servir a la patria a los cuarenta años, es mal patriota. No ha querido venir, por miedo de la muerte, no por aversión a la servidumbre, y hace por ablandar al matador con atroces injurias y calumnias a los proscritos, hijos de la libertad y el punto de honra. ¿Cris-

tiano vive que hubiese podido repartir y difundir los pasquines de ese monstruo, tomando a su cargo esa infame comisión que desdeñaría un echacuervos? ¡Ah, don Vidal! hombre mal avisado y cruel, al justo y bueno ningún interés le obliga a deshonrarse, y no se cultiva la estima de ese modo en pechos generosos.

Yo sé muy bien que García Moreno le hubiera dado salvoconducto al pobre diablo a la primera insinuación de su parte, antes de hoy que no había mostrado su miedo de perecer como Juan Borja; pero él no quiso volver a su *querida patria* sin hacer matar algunos de sus queridos amigos y desterrar otros; quiso, en una palabra, hacer figura por fas o por nefas; y como tiene talento, su primer intentona fué una tontera preñada de malicia—frustrar la revolución de Manabí a todo trance.—Que la carta inmortal fué escrita para el dictador, nadie lo pondrá en duda, si considera que al general Urbina no podía enderezarle a cuatro pasos mentiras tan descomunales como que se tenían reunidos en Guayaquil fondos pecuniarios para revolución, y que a la frontera del Carchi se me había remitido cantidad de dinero. Urbina hubiera preguntado incontinenti: "¿quién le mandó? ¿cuánto? ¿cuándo? ¿de dónde?" Respondan a esta observación el viejo Mestanza y los amigos de La Torre. El escribir las cartas *comprometidas* mismo, de modo que fuesen a dar a manos del bueno de don Gabriel, no fué esa ocasión sino otro artificio: si le venían a ser descubiertas *sus equivocaciones*, ahí estaba el alegar y hacer creer a sus compatriotas del Perú que todo no había sido sino por hacer desterrar a los ecuatorianos ricos. O fué realmente con ese fin siniestro, siendo como es el hombre esencialmente malo que hay en el mundo. Ya tuvo otra ocasión la avilantez de adelantar aquí en mi presencia la idea de escribir cartas *comprometidas*, decía él en su galiparla, a don Teodoro Gómez de la Torre y don Pacífico Chiriboga. Desterrada esa gente rica,

ella costearía la revolución en su concepto. El desdén con que recibí tal insanía reencrudeció el odio en su oscuro pecho, en el cual estas equivocaciones tienen gran cabida. ¡A mí con una vil atrocidad! ¿No saben que tengo mal carácter? Nunca me propongan indignidades, por que no puedo ocultar mi saña. Yo no tomo parte en empresas sugeridas por la ineptitud, incubadas por la crueldad, llevadas adelante por la felonía. Arístides el justo me ha enseñado que nada puede ser más útil que el proyecto de Temístocles, pero nada al mismo tiempo más inicuo. No seamos españoles antes que republicanos, como Emilio Castelar; *seamos justos y probos primero que* adictos a la patria. Libertad es prenda sagrada que no se compra al precio de la ignominia: podemos derramar por ella nuestra sangre en el campo del honor, y aun en el patíbulo si caemos en poder del enemigo; pero esa deidad se ruboriza, se ofende, se indigna, tiembla en su trono cuando a su nombre se cometen iniquidades, y mucho más cuando se la mancilla con sacrificios viles. Quiero morir en el destierro, si para volver a la patria ha de ser preciso mentir, calumniar, intrigar torpemente, poner en peligro *manifiesto a muchos por el crimen de que posean* bienes de fortuna. Pues ¿en qué nos diferenciaríamos de los bandidos de Sierra Morena, o de la canalla en la cual no rige el honor, ni la luz de la religión les ilumina el pecho? ¡Ah, miserable! en esto te engañas como en todo: esa no es política. No te ocupes en escribir mentiras y descubrir secretos, so pretexto de que estás enfermo, pobre y viejo; ponte al frente de los desterrados, y a sangre y fuego reconquista la patria. Trasíbulo no reconoce más astucia que su espada; y Armodio y Aristogiton no se inmortalizan por medio del embuste.

Partido que rechaza con indignación una tramoya cruel y aleve, merece el aprecio general, y da a conocer que la desgracia no le ha traído a menos. La

desgracia que corrompe es mala; la que refina el corazón, eleva los sentimientos del ánimo e instruye con sus duras lecciones, esa desgracia da los frutos delicados de la virtud y la sabiduría. ¿No es honra grande para los proscritos que esa proposición infame no hubiese tenido una sola voz de apoyo? Desconfíen ustedes de ese viejo, por que no sólo tiene cara, sino también alma de Judas, escribí yo cuando ví el alacrán de su nombre en un papel secreto. El traidor está cerca, dijeron entonces los apóstoles. Repetirá éste por tercera vez todo lo que ha dicho; no importa; la soga le llama. Y mientras para él y sus cómplices, un malvado, soy "una celebridad por mis buenas costumbres" desde el Rímac hasta el Funza (4). Por el talento cualquiera se hace conocer: volverse célebre por las buenas costumbres, es ceñir la corona de laurel, sobre la de espinas, eso sí. Cristo a la cruz, Judas a la soga.

Todos saben que yo procuré salvar la honra a ese ingrato, cuando le perseguían en Quito sobre que había ocultado cantidad de dinero proveniente de la caridad pública para las víctimas de Imbabura; le defendí, con razones generales, sin pruebas, por que no las tenía; pero le aflojaron. ¿Cometió o no ese fraude impío? Yo pensaba que no; le defendí por eso. Y no tanto por que la benevolencia suele ser corta de vista, cuanto por lo que después nos está haciendo ver ese infeliz, me hallo hoy en brega con la duda. Traición, delación, calumnia, robo son de la misma camada: el que traiciona, delata y calumnia ¿no podrá robar? Nada afirmo respecto de este último delito; hago solamente una reflexión filosófica. Si la traición, la delación y la calumnia tienen pena de presidio en alguna parte del mundo, nadie dirá ahora que él no lo merezca. ¡Desdichado a quien ya

---

(4) *La Ilustración*, Bogotá, 31 de agosto de 1872. *La Estrella de Panamá*, septiembre, 1872. *La Prensa*, Guayaquil, 2 de noviembre de 1872.

otra vez arrastraban por calumniante a la justicia! (5). ¿Y qué debería hacer el hombre sin ventura cuya esposa ha ido a sorprender en el santo retiro del hogar, y tomándola por los cabellos de en medio de sus hijos la arrastra al infame retablo donde ha puesto sus títeres ese malhechor disfrazado de histrión?

No hay difamación más odiosa que la que se hace adulando, dice un moralista. ¿La parte sana de esa familia se dará por resarcida de tamaño ultraje con las sandias laudatorias de ese lavacaras, al tiempo que con nombre y apellido la saca a pregón en su oficio de verdugo? Intérprete funesto de intenciones que tal vez no se tuvieron, él está ahí para nombrar a las personas aplicándoles las más incomprensibles y misteriosas quejas de un corazón profundo y justamente resentido; corazón en el cual ninguna venganza sería bastante para echar al público un nombre de mujer, cuyas virtudes notorias sobran para extenderse sobre toda la vida. "La persona que tuvo la desventura de probar la espuma de sus gruesos labios, debe tener la lengua calcinada, el corazón ulcerado y el alma rebosando en hiel; compadezcámosla, por ella y por sus hijos", dijo él por mano de León Mera, hablando de mí en el primer pasquín: en el segundo dice que yo he calumniado a tal *matrona respetable*, y la nombra con su marido. ¡Qué pena para este género de delincuentes! Las vociferaciones y los ayes de Neugate asordan lastimosamente a Europa: una de las naciones más cristianas y civilizadas del mundo azota sin compasión a cierta clase de criminales. ¡Cómitre! apodérate de ese malhechor.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Lloras, cobarde: tienes el valor del crimen, mas no siquiera la vanidad de los pícaros, que ocultan las lágrimas y fingen entereza.

---

(5) El doctor Antonio Rivadeneira.

Recuerde el alma adormida
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando (6).

No extremaré mi desdicha hasta el punto de contestar cosa por cosa las demencias de ese traidor sin escrúpulo; ni sus obras son de las que se pueden leer dos veces, para hacer memoria de todo su contenido. Mi ánimo en este escrito no ha sido sino dejar demostrado, aun cuando nadie lo duda, que los proscritos y una gran parte del pueblo ecuatoriano le hubiéramos debido la continuación indefinida de las desgracias de la patria y las nuestras personales, si su rival de Manabí no hubiera sido más dichoso. Perdió la palma; la gloria del propósito, nadie le disputa.

¿Qué piensan ustedes de ese renegado cuando le ven estampar en el papel esta enorme sabandija: "eres un mentiroso falsario, ruin calumniante", aludiendo a las cartas que he publicado aquí? La que contiene el cargo de delación y traición, está firmada por don Teodoro Gómez de la Torre, quien no la ha desmentido en un año: la otra no hace sino descansar en la primera, y *no envuelve nueva acusación*; ni faltaba yo a mi deber con no citar el autor, puesto que muy antes había dicho con mi firma: "García Moreno poseía hasta esa fecha *dos* cartas de Mariano Mestanza escritas a Paita y dirigidas a Quito" (7). Pues ¿cómo otorga de cabeza este menguado, y acepta por verdad lo que no viene a ser calumnia sino a la vuelta de un año? Que *fundé un cargo* en la carta posterior, es tamaña falsedad, según va de la cita;

---

(6) Jorge Manrique.
(7) *Fortuna y felicidad.*

y es osadía que raya en sandez echar a las barbas del público inexactitudes que no deponen sino contra el que, desquiciando la verdad a cada paso, viene a tropezones por el fraude. "García Moreno poseía hasta esa fecha *dos cartas* de Mariano Mestanza escritas a Paita y dirigidas a Quito". Entonces este horrible fraile contestó satisfactoriamente con decir que yo tenía "una pierna podrida"; que los viejos (como él) se reían de mí; que andaba yo con paraguas cuando llovía, y con quitasol en las horas ardientes por el campo; que me había confesado con el arzobispo; que mi cabello era atirabuzonado, y otras sagaces argumentaciones que dejaron puestas en su punto su delicadeza, su honradez y su admirable ingenio. Estafa hoy una fresca memoria a todos, y añade que fundé un cargo en una carta falsificada, aligando la temeridad con la idiotez. Los periódicos publican todos los días cartas de sus corresponsales, sin firma, siendo muy sabido que la responsabilidad de un papel recae sobre el que lo da a la estampa como suyo. Los editores de periódicos son otros tantos *mentirosos falsarios, ruines calumniantes* en el concepto del único que merece estos calificativos? Yo publiqué una carta sin firma de mi corresponsal; pues soy lo que dice Judas. Conque no tengo quien me escriba una palabra de Quito, y acontece con todo que sé lo que me importa. Ultimamente me han escrito: "se asegura que Mestanza recibe sueldo de García Moreno". La carta la he remitido original a los proscritos del Perú: vea si no me escriben.

Y vea si soy leal, yo no creo que haya recibido sueldo de García Moreno; que lo reciba en adelante bajo cualquier forma, es muy probable; y si envié la carta fué solamente por que vean por allá la opinión general respecto del viejo Mestanza. He de ir a estampar los nombres de los que me favorecen con su correspondencia, para que el amigo don Gabriel les eche mano, aun cuando no se trate de él:

¡hay hombre exigente y necio! ¿Y cómo una mera suposición, hecha por la mala fe, puede inducir a nadie a estampar culebrones como este: "eres un mentiroso falsario, ruín calumniante"? Impetu de irracional; desesperación de Judas: ¡a la soga!

¿No es por otra parte una manera literaria el estilo epistolar? Bien pude, y bien puede cualquiera, *tomar la sustancia de las cartas que recibe, y acomodarla a su dicción y su modo.* Lo mismo que dije esa vez en otra forma, no había dicho antes por diverso término, y no pude decir todavía? Falsifica el que firma con nombre de otro; falsifica el que se provee, para su uso particular, de cartas de su propia fábrica, según acostumbra el alma y soplo de esta conspiración inicua (8). Que las cartas eran *dos* lo supe, no solamente por varias cartas, sino también por el señor Genaro Larrea, quien estuvo en Ipiales, y le dijo al doctor Ramón Rosero: "y las cartas son dos". Larrea, sujeto tanto más autorizado en esta materia, cuanto que es cuñado de don Teodoro Gómez de la Torre, autor de la otra carta falsificada. El que *las cartas sean una o dos no modifica en lo más mínimo* la posición de Judas: si nos vendió con la primera, la segunda es por demás; le hago merced de ella. Hay algo semejante, aunque la paridad no corra a cuatro pies, entre este caso y el del condenado que, en su tránsito al patíbulo, suplicaba a la escolta no llevarle por tal calle, pues temía le echase mano al coleto un rancio acreedor que por allí tenía. Judas tampoco quiere que le lleven por esa calle. No quiere; antes solicita volver a la zahurda, jubilado. Vuelva: en la policía secreta se vive a medio sueldo. ¡Noble retiro de los varones insignes por la virtud y el patriotismo, donde Marco Papo majestea ufano del ejemplo!

---

(8) Un colombiano de responsabilidad, el señor Fernando Polo, le descubrió una falsificación ahora poco, y lo denunció al público por la imprenta. Espinel aceptó el cargo.

Hay en Francia un gran alcázar al cual se acogen los hijos de la guerra, cuando de viejos y estropeados en las batallas ya no pueden servir más. Cada veterano tiene su pegujalito de pocos metros que cultiva con sus manos, hermanando los recuerdos con las flores, que brotan juntos en el campo del honor; pues si honor es pelear por los derechos, por las glorias, y hasta por las vanidades de la patria, honor es arrastrar *majestuosamente* una *ancianidad* ilustre, vueltos a la infancia en ocupaciones inocentes. Galalon, Perinet Lecrec no tienen estatuas en París, ni sus descendientes gozan de pensiones honoríficas. En el Ecuador se ha fundado una institución aciaga, retiro de los traidores, donde éstos van a comer el negro pan de la deshonra, la policía secreta. Estos no cultivan las rosas del Hotel de los Inválidos, que son purpurinas y fragantes: benefician el terreno del delito y cogen el fruto de la infamia.

Veinte páginas ha empleado el tres veces tránsfuga en una odiosa contraposición de mis crímenes con sus virtudes, mis defectos con sus prendas, mi nulidad con su importancia, mis manchas con las purezas de su vida. El señor Chiriboga y su familia saben hasta qué punto puede llamarse probo ese austero oficial de la jurisprudencia. Acomete uno a despojar de todos sus haberes a una familia honesta: ¿si deberá ser tenido en concepto de hombre de bien? Dirá el famoso picapleitos que él juzgaba ilícitamente adquiridos y malamente poseídos esos bienes de fortuna: el público escandalizado e indignado y los tribunales de justicia no pensaron de ese modo. Siempre tendré yo por ladrón de peor alcuña al que me sale a las leyes que al que me sale al camino.

Allí echó en la calle su improbidad y su ineptitud ese rábula inicuo, que ha escogido cabalmente "una de las reputaciones más limpias, uno de los caracteres más nobles y dignos que ha producido esa tierra

infortunada" (9), para llamarle mentiroso falsario, pordiosero estafador, infame calumniante y otras cosas. El doctor Ramón Borja, mi ilustre amigo, mi difunto amigo, que todavía me arranca lágrimas de cariño y dolor, no podía sino llevarse de calles a tan baladí contrario; y esto no tanto por su vasta instrucción en el derecho, cuanto por la razón y la justicia, que en su mano eran espadas de Aquiles. Hombre de la gran escuela, discípulo de los Saas, colega de los Váscones, amigo de los Salvadores, tenía la vejez adornada con todo género de luces, y la conciencia firme en setenta largos años de vaivenes y zozobras. Así como se ha desaforado conmigo ese torpe leguleyo, asimismo se desaforó con el hombre venerable, Borja, anciano en quien la virtud y el mérito debían ser títulos de respeto hasta para uno como él. La verdad se busca con la luz de la razón, no con la oscuridad del furor; y la justicia es joya que se oculta a los ojos del odio y la avidez, al paso que se está resplandeciendo abultada a los de la buena conciencia y la serenidad del alma. Abogado quiere decir oficial de la jurisprudencia, soldado del derecho, iluminador del templo de la justicia. El que pone la monta en ganar un litigio, sin advertencia ninguna a la equidad, diga, si ello le autoriza su ingenio, que es hábil; pero no se llame hombre de bien ni útil ciudadano. La viña de Nabot es la escuela de los hombres: los buenos están por este justo; los malos litigan por Acab.

Mestanza es de Jezabel, Mestanza litiga por Acab. Y esa alma bruta, ese pecho ahumado, ese corazón anguloso, esa índole satánica, ese carácter judaico, me califica del más injusto y perverso de los hombres. *Tua, Pilate, sententia damnaris.*

La crueldad importa poco; daña a su víctima y nada más; y en todo caso nos queda el derecho de

---

(9) *Star and Herald*, septiembre 3 de 1872.

quejarnos de lesión enorme. La inmoralidad es la ruina de los pueblos. ¿Habéis notado, señores, aquel desordenado empeño por traer mujeres a la escena? ¡Espinel! ¡Espinel! ¡uno para quien el silencio de la tumba no debería ser harto profundo en materia semejante! He escarnecido a una mujer antes de hacerla mi esposa: tal escribe el un traidor, lo firma el otro. ¿Hay conexión alguna entre esto y la política? ¿Cómo pruebas tu inocencia con esa impúdica temeridad, Mestanza, hombre cruel y neciamente infame? Á nadie le importaba saber si yo he flaqueado en hecho de mujeres; lo que esperaban todos era cómo respondías al cargo de traición. He escarnecido a una mujer . . . Aluden a mi novelilla titulada "Carta de un padre joven. Manuscrito encontrado entre los papeles de un viajero inglés muerto en Granada". Acontecimientos puestos por el autor en remotos países; personajes de nombres novelescos y fabulosos; manera de ejecución enteramente literaria. Si los franceses le acusaran a Chateaubriand de haber escarnecido a su hermana Isabel atribuyéndola un amor incestuoso, Chateaubriand hubiera ido por justicia, se hubiera querellado de calumnia. Sea "René" lo que quiera, nadie que no sea un malicioso falsificador tiene facultad para publicar que Amelia es otra cosa que un ente fantástico, hijo de la apasionada imaginación del poeta.

¡Hablando yo como si me dirigiera a personas! ¿Con qué corazón me han de entender esos caníbales? Hay cosas, y son las mejores de la vida, que se entienden con el corazón. Y puesto que se tratara de las que comprende la cabeza, todavía no me las comprendieran un atontado por los delitos (10), las infamias y los vicios, y un intonso de nacimiento, embrutecidos además por la venganza. La venganza embrutece, vuelve lobos; es una sanguinaria Circe que

(10) Espinel fué demandado en la policía, en Ipiales.

tiene llenos sus retablos. Cuando la venganza se une a la corrupción, la suerte de Gomorra no sería suficiente castigo para el pueblo que obrase a sus impulsos. Santa Genoveva contuvo a los hunos a las puertas de París con sus oraciones: santas debe de haber en Quito cuando no llueve fuego del cielo sobre esa infeliz ciudad. Edipo está allí; los dioses la amenazan con la ruina. ¿Edipo? ¡No! Edipo fué virtuoso en medio de sus crímenes, fué criminal a pesar suyo.

Inceste, parricide, et pourtant vertueux

Espinel, tú no eres Edipo: tú no desaparecerás de la tierra por obra de un encantamiento celestial, como el hijo de Layo, ni tu alma volará en forma de paloma como la de los justos.

*Jóvenes de uno y otro sexo saben de memoria esa novelilla*, y se sienten capaces de honradez y generosidad en sus amores los que penetran la esencia de esas cosas. El sacrificio arropado con el manto del honor anda campeando en esa obrita, y el coronado viene a ser el deber en medio de la turbulencia de un pecho generoso. Si fuéramos para una justa apreciación de las cosas, y tuviéramos idea de lo que vale un paso de moral cristiana, coronaríamos en el templo de la pudicia a los que saben darlos. ¿Puede Espinel, el turco, fallar en obras de castidad y abnegación? ¿puede Mestanza, el gitano, el novio de la sepultura, asaetear a nadie clavándole en la cruz del matrimonio? Piensa este Crates de los animales que todos ignoramos la lúgubre historia de su tenebroso casamiento, y echando abajo las sagradas puertas del hogar, viola a la diosa del silencio. Su negocio sería cultivar el olvido de sus semejantes, huyendo de aludir a materias de suyo delicadas para todos, terribles para él y los de su gremio. ¿Quién que no sea un sandio o un hipócrita dirá que he escarnecido a la

apasionada Aurelia de mi romancito? ¿Y quién que que no fuese un villano incapaz de acción plausible, murmuraría de que ese honrado inglés la tomase por esposa, seguro de sus virtudes? Los bárbaros de la Edad Media, cuando sitiaban una ciudad, desviaban los tiros de sus máquinas de la casa donde vivía la mujer del general enemigo: los buenos cristianos de estos sabios tiempos, allá es a donde apuntan. ¿Cuánto hemos ganado? Hemos ganado mucho: la civilización refina las virtudes, y las exalta santamente, prendidas en ira celestial, cuando ven que una de ellas es profanada por las malas pasiones o por los vicios. Las virtudes no siempre son tímidas ninfas que huyen despavoridas en las selvas al mostrárseles un sátiro: son divinidades severas que hacen cara al enemigo. Si la verdad, la caridad, la honestidad son holladas a los pies de la mentira, la envidia y la inverecundia, la conciencia y la justicia se alzan y dan en tierra con estos agentes del demonio. ¿Qué fuera de las humanas sociedades sin esa gran ley de sanción moral que castiga tácitamente a los infames?

Mujer no entreparece, ni por alusión remota, en mi opusculillo. *Política, nada más que política:* de ella se habla, sacrificando a Palas, la divinidad severa, alguna vez. El hombre impúdico, el hombre avieso contestó al cargo de traición y delación que resultaba contra él de la carta de don Teodoro Gómez de la Torre, contestó con la pluma de León Mera de este modo: "La persona que tuvo la desventura de probar la espuma de sus gruesos labios, debe tener la lengua calcinada, el corazón ulcerado y el alma rebosando en hiel. Compadezcámosla, por ella y por sus hijos". Con semejantes apóstoles de la moral, ¿en qué vendría a parar la asociación civil? Por dicha en ningún pueblo falta el contrarresto de la corrupción, y en medio la lucha de las virtudes con los vicios, los hombres viven mal seguros en este

equilibrio zozobroso que es su estado normal en todas partes.

¡Y mi hermano! ¿Pues no le presentan como uno de *mis mayores enemigos, que ha frustrado mis planes* de ambición, por odio a mi persona y mala opinión de mi carácter? Si fuéramos inmortales, yo diría que mi hermano me quiere como Castor, en lo cual no hace sino pagar la mitad de mi cariño. "Tratan de hacerte senador—me dijo un día,—pero tropiezan con el inconveniente de la edad". Al otro día añadió: "Tienes la que la ley requiere; ¿qué piensas?" Le hice algunas observaciones acerca de la delicadeza; pues aun cuando nadie escrupuliza por allá en estas cosas, a mí no me gustaba ser diputado por la provincia que mi hermano regía como gobernador. No quise, por otra parte, experimentar la odiosa oposición de enemigos sin fe, y quedamos en que disuadiría él a los amigos de encabezar la lista con mi nombre. Mi hermano aplaudió mi modo de pensar y cambió el plan de los liberales. Tal es la guerra que me ha hecho. ¿Le subsana a mi detractor esta desgracia mía? Su delación queda en su punto, aun cuando yo no haya sido diputado a Cortes. Ir como Mejía a España; hacerse admirar y aplaudir por los enemigos; experimentar la culta envidia *del divino Argüelles*, hubiera sido honra para cualquiera. No haber pertenecido a los congresos de García Moreno, lejos de ser demérito es título de gloria.

Terrible es la guerra a media espada, el degüello cuerpo a cuerpo: la cuchilla de la ley, cosa muy dura: el puñal que brilla en las tinieblas es funesto; pero el veneno con que se corrompen los más necesarios y sagrados afectos, es la negra desdicha del género humano. ¡Judas! ¿del cargo de traición y delación que resulta contra ti de la carta de don Teodoro Gómez de la Torre te defiendes con esta mi desdicha horrible que no me quieran mis hermanos?

Amotinar cuanta gente pueden contra un hombre

solo, recurso de la cobardía. Tanto han de hacer que me han de obligar a acordarme de ese don Manuel, de quien harto me acordaría, si tuviera yo la memoria del rencor. En cada pasquín me le ponen de carnaza: ¡bien quisieran Caco y Priapo que yo le tratase como a ellos! Muchos y muy crudos y muy grandes sinsabores le debo a ese hombre, cierto; y he sentido en mi pecho corazonadas impetuosas de justicia. Tuve entre sus hermanos un maestro y un amigo, y sacrifico a un recuerdo mi profundo resentimiento y el castigo que había venido a hacerse necesario. Si hay triunfos que satisfagan, que envanezcan, estos son. Toda pasión vencida es una victoria y la de la Escritura la grande sabiduría. ¡Ah, don Manuel, mal hombre! el no haberle contestado una carta ruín; el haberle quitado la salutación cuando supe que no debía saludarle, no eran deudas de cobrar con quimeras atroces. Pero la vanidad es cruel como la hiena. La barba cana es el símbolo del respeto; mas cuando la mentira se aposenta en ella, los dioses se van de ese bosque sagrado, que viene a ser bosque maldito. El mal del prójimo encarnado en mil horribles formas silba allí como los gnomos de la Selva Negra: envidia, odio, venganza y sus lechigadas están saltando con enorme rabo y ojos encendidos, a modo de los diablos y las brujas que acuden al *baile del sábado* en pavoroso desorden. La maledicencia envilece a la juventud; a la vejez, la infama de todo en todo. ¿Cuándo blasonaremos de la nobleza del silencio y profesaremos la santidad de la verdad? Nada aplebeya más al hombre que ese ahinco insano por dañar a sus semejantes por medio de la murmuración, siendo así que esa arma ignoble es arma de canalla. Nunca ha de decir uno por al, ca la cosa del mundo que más pertenece al caballero es decir verdad, rezan los estatutos de la Orden de la Banda; y Carlos de Gonzaga juraba por Dios y su nobleza, esto es por su nobleza y la verdad. El que jura por su nobleza

nunca diga uno por al, ca la cosa del mundo que más envilece al caballero es decir uno por al. El benigno silencio que oculta en sus paternales entrañas aun las palabras verdaderas, cuando con ser proferidas pudieran acarrear el mal ajeno, ese es el caballero: la murmuración, prostituta apocada y vanidosa, que a falta de diamantes se adorna con sartas de mentiras, esa es la plebeya. ¿Cuando un noble está mintiendo y difamando, siente, dígame, ese hervor sublime de la sangre que en justo orgullo le levanta hasta el Olimpo? Todo murmurador produce en mi ánimo el efecto del conde Ugolino que roe en el infierno de Dante Alighieri el cráneo del arzobispo Rugerio. La mentira y la maledicencia fluyendo a chorros de los labios de un viejo, corren por sobre sus barbas como riadas de inmundicia. Señor don Manuel, sea usted el Arco del Triunfo, no los albañales del Sena.

Y tú, gnomo de la Selva Negra, que condenas tus labios con el sello de la cobardía donde ves un rayo de luz, y te devoras en la oscuridad a la inocencia, la ausencia, la pureza, la desgracia, sin quitarles siquiera la pluma a estas palomas inermes, eres también noble, caballero como el otro? Viejos fueron los que deshonraron a Susana, por vengarse de su castidad: vénguense, vénguense los viejos de mi austeridad, mi hombría de bien, mi honor. "El diablo no perdona jamás una buena acción"; una buena vida ¿cuándo ha de perdonar? "El que guarda su boca guarda su alma", dicen los libros sabios (11); y el que tiene la lengua en continuo movimiento, no está lejos del mal. La salud del alma, esta es la nobleza. Por salud del alma entendemos los perversos la caridad, la misericordia, la benevolencia; no murmurar, no difamar, no maldecir. Falsos testimonios, suposiciones inicuas, relatos de pura fanta-

(11) *Los Proverbios.*

ría, pecados; y todo pecado es una enfermedad del alma que lleva a los infiernos. Hay tarea más insana, trabajo más ilícito que los de esos hombres sin ventura cuya ocupación es el descrédito, la ruina de sus semejantes? Sobre la transgresión de la ley divina, *non occides*, traspasan también las leyes sociales, visto que la moral es una muy grande y necesaria para el armonioso equilibrio de la sociedad humana. La cordura no siempre es dote de los hombres entrados en edad, y este axioma de las sagradas letras halla su confirmación en la práctica diaria de la vida. Que un viejo no sea prudente, sabio, respetable, todavía puede pasar; no todos son Minerva en figura de Mentor. Pero los años obligan: si la sabiduría no es indispensable en los viejos, yo sostengo que han de ser sinceros consigo mismos y con sus semejantes en todas las relaciones del mundo, puesto que a más andar se aproximan a la tumba, esa grande y muda verdad en cuyo seno caemos de paso para el abismo insondable de la inmortalidad. En el corazón del hombre hay mil soldados que combaten: *Dios sólo termina la batalla.*

La sangre se le ha de agolpar al rostro al pobre don Manuel, cuando oye a sus paniaguados hablar de sus favores para conmigo y de mis ingratitudes. ¡Ingrato, horriblemente ingrato, por que no pago en dinero sonante a don Manuel Gómez de la Torre la carta con que me favoreció el poeta Víctor Hugo! Lo han dicho, ellos lo han dicho. Me dictó por si acaso don Manuel las páginas escritas con ocasión del terremoto de Imbabura? Esta obrita me ha valido esa carta. ¡Ah! ya caigo: don Manuel "hizo cuanto humanamente se puede hacer por alcanzar para mí de Víctor Hugo patente de literato, como los ladrones obtienen certificados de honradez". Si esos esfuerzos inauditos no los hice yo sino don Manuel, a él le toca la ganga de la comparación; y hace mal en ocuparse con tanto empeño en cosas semejantes

a las que profesaban *los beatos de Cabrilla.* Víctor Hugo es hombre que dirige cartas honrosas a quien no las merece, a ruegos de uno que no conoce, ¡Cristo crucificado! Antes se aprovechó ese señor de la oportunidad de remitirle al poeta mi elegía, para enderezarle él también su papelito, y me debe el poseer un autógrafo de dos líneas del viejo socialista. El es el ingrato. El maestro Espinel pensó que no se mostraba sino malo en esa chanflonada; y no sabe que dejó ver de lleno la tontuna: *si algún día tuvo sesos,* hoy no tiene sino lombrices en la cabeza. La intención del maestro tiene dos caras: hacerle la barba y alisarle el peinado a su inexorable aparcero de tiempos más felices, y disminuir la ventaja que parece resultar para mí de que hombre tan célebre como Víctor Hugo me hubiese honrado con una carta. ¿Cómo he de desdeñar semejante documento? Pero lo que me ufanaría sería el que hubiese recibido cartas de Sócrates y Platón.

No ha querido fray Mariano dar remate a su pasquín sin un elogio: "Redacta bien y es instruído", dice. ¿Cómo lo sabe? ¿en qué conoce que uno redacta bien o mal y es o no instruído? ¡Ay de mí! Estudia uno toda la vida; escribe de manera de agradar a los racionales; llega a presumir algo de sí mismo en vista de la aceptación general, para que el día menos pensado salga de por ahí un frate harapiento, sin saber leer ni escribir, y le diga con mucha formalidad: "redacta bien y es instruído". ¿Por qué no me alzó Dios ahora diez años, antes de que yo pensase en ser escritor? ¿Son tan grandes mis culpas que sea tan riguroso al castigo?

Cuando me desaprobaba
La mona, llegué a dudar,
Mas ya que el cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar (12).

(12) *Iriarte.*

Si en hechos cuya verdad consta a un pueblo todo se despeña ese miserable tan arrojadamente en la negación y la mentira, ¿qué será en los de pocos testigos y remotos países? Tenga él su desfogue de animal feroz, y allá sus semejantes le juzguen como quieran. Ya el inmortal Fígaro había preguntado ¿quién es el público y dónde se le encuentra? El público es una hidra de cien cabezas que despedaza alguna vez una víctima inocente; pero su condición ordinaria es andar rostrituerto con el infame; y cuando le agarra, ni el pelo le deja. Siempre se ha dicho que la ocasión es calva: yo digo ahora que la infamia es calva, por que no hay una que no la arranque un cabello, y al fin le dejan resplandeciendo la zolloa, para pasto de moscas. A un traidor que nos estaba perjudicando, bien pude, sin ser perverso, sacar de las barbas a la calle; y habría sido en mi bondad rastrera o ruín falta de ánimo, declararme su cómplice con el silencio. Arránquele cualquiera la máscara de espía oficioso, y allí hubiera visto las calumnias, las falsificaciones, los robos, las estafas, las muertes que había hecho. Si a uno como yo, hijo de la soledad y el estudio, extraño de todo punto al contratar y el especular, le ha llamado ladrón a las primeras, ¿qué no haría, si gustáis, con los que salieran maltrechos de cualquier tribunal medianamente justo? *Mentiroso falsario, pordiosero estafador*. . . Esta alimaña inmunda no ha de morir por mi mano; ¿dónde está mi perro? ¡pieza! Michigan, ¡pieza! ¡pieza! El flaco, ¡pieza! Así, arráncale la lengua, pero no te la tragues, por que te envenenas: déjala en el lodo; para los cuervos nada hay malo.

Habíase empeñado Cicerón en salvar la vida a un pretoriano llamado Popilio, y le salvó: habíase empeñado Cicerón en criar y educar a un liberto llamado Filologo, y le crió y educó. El liberto guió a los verdugos, el pretoriano le cortó la cabeza al que debía

la vida. Los buenos de los Gómez tienen asegurada la honra contra las asechanzas del liberto, el pretoriano que defienden de mala fe (entre bastidores; no hay imprenta para Popilio); de mala fe, por tener en cualquier tiempo un malhechor habilitado que me persiga salteándome la honra, la tranquilidad, y si es posible la existencia a la vuelta de una esquina? Y no me quejo de vicio, ni se tenga esta por locución extremadamente recia: el que propuso e intentó poner bajo la cuchilla del verdugo a los mejores ecuatorianos, tiene sin duda por cosa muy hacedera todo lo que sea arruinar a sus semejantes. Los ayudas de un malvado ¿qué nombre tienen? Cómplices. Cuando les llegue su vez, los inventores acabarán a poder de la invención, los maquinistas en la máquina. Ahora poco murió en París un cierto Lucas, domador de fieras, devorado por el tigre que acariciaba en el circo de la emperatriz. Uno es Daniel, y otro es Lucas, el domador de fieras: los leones reverencian tirados de rodillas al profeta; los tigres no tienen que respetar en sus dueños: si les falta la carne o les castigan, les echan garra. Me dirán sus excelencias que algo va de tigre a gato: yo no sé si pegue aquí la afirmación de Galileo.

El embuste es mal abogado: como no tiene luces, no es elocuente. La difamación está siempre sobornada para proceder contra sus clientes, y suelen perderse los difamadores por donde piensan arruinar a los que aborrecen. Cuando el pretoriano de Chorrillos creyó que me mataba, cavó su sepultura: ¿qué hombre de bien no le da por enterrado? La mentira no es el escudo de Minerva, nadie se defiende con ella; es el harnero de las Danaides: todo se va al través de sus agujerones; y cuando vuelvan mil veces por el agua negra del Mar Muerto, nunca llegan a su fin. Y aquí me ocurre una reflexión, amigos: puesto que somos ladrones, ¿no convendría fuésemos los buenos? No

reneguemos del Cristo, ni escupamos sobre los que al pie de la cruz reciben su sangre religiosamente. Los oprobios traen consigo cierto honor doloroso que purifica al mártir: admiremos su paciencia, y no animemos contra él a los sayones; que el dar la mano a los perversos en sus obras de condenación, nunca ha sido de hombres inocentes.

Si para un triste crucificado del siglo no hay un Josef de Arimatea, no se le prive a lo menos de un adlátere piadoso: que mi sangre caiga en el suelo; mas no me crucifiquen, por Dios, en medio de Mestanza y Espinel: ya Malco me dió la bofetada, me escupió en el rostro, me acoceó caído en tierra; ¿no dijo León Mera que todo eso había hecho él conmigo? El uno, el de la derecha, debe ser bueno: esto es necesario para el sangriento misterio de la crucifixión. Y déjenme expirar al fin, con el desconsuelo además, de que madre no espera mi cadáver.

Desgraciado del que, siendo tomado en una mentira, no siente agolpársele la sangre a las mejillas: el crimen es negro, la corrupción pálida: el color de la vergüenza es el de la virtud; y muchas faltas y errores se hacen perdonar los que se meten debajo de la tierra. ¿Qué prestan para la buena fama esos desahogos feroces de la venganza, donde la falsedad notoria viene gritando contra el que la profiere? Por un instante de satisfacción negativa la vida toda de mala opinión y deshonor: sepan esto los pueblos poco avisados y virtuosos entre los cuales nada tiene que ver la verdad con la honra. La verdad suprema es Dios: los que se alejan de ella, de él se alejan. *Ego sum veritas*, dice él mismo. Si del todo le extrañamos de nuestras acciones, tengámonos por impíos. El es la luz, su mirada disipa las tinieblas; él es el ambiente celestial que envuelve a la criatura humana, y la purifica y aligera. Sí, sí; ilumina lo oscuro de mi pecho: lo pesado, lo bajo, alivianta, levanta. Si me

miras, resplandezco; si me tocas, me convierto en espíritu. Tú *eres* la luz, Señor, tú *eres* la verdad: ilumíname; levántame (13).

JUAN MONTALVO.

---

## POST - SCRIPTUM

Para el porte desdeñoso que ha de asumir el hombre digno respecto de un infame, basta la convicción, *sin necesidad de pruebas fehacientes. Yo quisiera* saber si el triste León Mera tiene cabida en alguna casa honesta, si persona de honor le da la mano, ahora que ha venido a ponerse en claro la fechura del pasquín que tantas y tan enérgicas protestas ha ocasionado en tantos pueblos. Zaldumbide, amigo del alma, ¿todavía eres íntimo de aquél? Le animas con tu aplauso, aunque no con tu colaboración? Mira, vuelve los ojos al hogar: no es la austera Juno la diosa que llena tu casa de alegría y felicidad: es el amor encarnado en formas sonrosadas, la dicha que se expande y colorea tu atmósfera con la risa del corazón. Ese ente amable, tierno, benigno se llama esposa: va un sátiro inmundo cuando te hallas ausente, y, puesto tras una puerta, le echa el cohombro ensangrentado . . . A ese monstruo yo no le aplaudo, siquiera te aborrezca; y temo se me entre también por el portillo de mi casa.

¿Cuántos hijitos tienes? Deben de ser pimpollos frescos, de aquellos blancos y gordos serafines cuyo contacto produce la más pura y deliciosa sensación de que es capaz la naturaleza humana, según afir-

---

(13) What in me is dark
*Ilumine: what is low, raise and support.*
Milton. Paradise Lost.

man los poetas de la India; hermanos al fin del ángel femenino que me pusiste en los brazos el último día que, creyéndote mi amigo, entré a tu casa. Cuídalos, escóndelos; el sátiro infesta los alrededores: si les coge, les estrangula, les da contra las piedras y se harta de sus sesos palpitantes. No te mueres de dolor al ver los restos de los hijos de tus entrañas en las peludas manos del joco abominable?

Vuela, amigo, al triste refugio de los muertos: el sepulcro de tu madre, tu santa madre que acaba de morir, va a ser violado. El sátiro se convirtió en vampiro, Satanás sabe tomar mil formas. Si eres poeta, sabes que el vampiro anda de noche, frecuenta los cementerios, abre las sepulturas, y se harta de carne humana. ¡Vuela! ya está allí: ¿le ves? Ese rostro lívido, de color de pus; esa mirada inquieta, sin vigor, sin punto de apoyo, que va y viene como las lenguas del fuego fatuo; esas manazas de bestia; esos labios húmedos, hinchados, flojos, siniestros son los del vampiro. Terror te infunde, lo veo: no dejes violar la tumba de tu madre: ¿no sabes el conjuro? Grita: ¡honor! ¡virtud! Mira como desaparece el fantasma infernal entre las ruinas.

Yo, cual otro Píntias, hubiera ofrecido la garganta a la cuchilla de Dionisio por mi amigo; y tú, Damon ingrato, Damon cruel . . . "Tu esposa es como una parra fecunda en el recinto de tu casa: alrededor de tu mesa estarán tus hijos como retoños de olivo. El Señor te bendiga, para que contemples a los hijos de tus hijos y veas florecer la paz en tu morada".

## NOTAS PARA LOS LECTORES DE QUITO

PRIMERA. Yo pondría este punto a la consideración de un Congreso de moralistas: Un hombre malo y falto de valor se sirve de un hombre malo y falto de juicio, para dañar a otro por medios que la razón y la humanidad condenan. ¿Se le deberá respetar, aun cuando sea manifiesto que suyo fué el desaguisado? Ya oigo la resolución del areópago: ese bellaco se hizo

merecedor de dos castigos, uno por el mal hecho, otro por el disimulo. ¿Conque los más perversos han de gozar de inmunidad porque a sus iniquidades añaden la cobardía? Espinel fué y buscó al más inmundo rufián de García Moreno, para hacer escribir el pasquín que todos saben: ha escrito en persona el segundo libelo, y que lo firme Judas. Si bastase ocultar el brazo, el mundo sería de los malvados y los infames: no tendrían éstos sino que darle cuerda a la máquina, y lluevan dicterios y calumnias sobre los mejores: pues ¿qué salud para la sociedad humana? En buena filosofía, la ley debe herir al delincuente principal y a sus fautores: para la justicia, ninguna culpa está bien desviada con el fraude. ¿Cuándo pondrá término, por otra parte, a sus infernales sugestiones *ese mirmidón horrible*, si ve que el capirote le salva? La máscara, nadie respete: el que se la pone, es por que no puede mostrar la cara. El horror que Espinel tiene a *su vida* le obliga a desfogarse por esa vieja, hollinienta chimenea de Mestanza. Pues yo no respeto a Caín por que se vista de Judas.

Que *el primitivo cristiano* es incapaz de concertar dos líneas, a mí me consta. Un día entró sudado a mi cuarto, y sin más ni más leyó una abominable jerigonza que acababa de escribir contra . . . uno de mis enemigos. *Como no hubo asomos de aprobación, salió mohino, dejándome, con todo,* el manuscrito para que lo corrigiese. "Por Dios, Montalvo—me dice el doctor Yerovi, allí presente,—vea como frustra la publicación de esa cosa, que será la ruina del pobre Mestanza. Escríbale; usted es el único a quien ha de oír". *Le escribí en efecto, y le salvé. Para la verdad, nadie más* abonado que Yerovi; allí le tienen. "Yo ey cido su padre, testiga, su madre", decía el escritor en esa curiosa aplicación de la gramática a la moral.

¿Qué diría de la ciudad de Quito, cuna de Mejía, de Espejo, de Paredes: *qué diría de Quito y su ilustre gremio de doctores, un extranjero que,* después de tomarle examen de primeras letras a ese prohombre, supiese que había sido rector de la Universidad (yo no puedo decir que no lo ha sido) real y verdaderamente? No diría nada cuando le mostrasen en cuerpo y en espíritu la mayor parte de los que, *después de un Rocafuerte,* habían sido presidentes de la República. Mas de regreso a su patria, publicara: "He hallado en el Nuevo Mundo un pueblo en donde la ineptitud ocupa el lugar de la inteligencia, y la ignorancia goza los honores de la sabiduría".

No se precipiten a poner el dedo en la contradicción los que hagan memoria de las palabras que en favor de aquel zote dije en una para él ocasión muy angustiosa. Hallado está, en el lugar más humilde de *El Antropófago,* el modo de explicar satisfactoriamente ese desvío lamentable de uno que gusta de "errar por caridad, antes que acertar por malicia".

"Mestanza vino aquí—exclamó Espinel un día,—y me dijo francamente, que no habiéndose ocupado nunca en escribir, hallaba dificultad para ello. Le he dado ese articulito que ha salido con su nombre". Niégalo el maestro, importa poco: no es menos cierto que el padre verá cuál es su confidente. El uno añadió en Chorrillos las más sandias desvergüenzas, parece manifiesto; el otro mandó la obra. "Espinel no es tan tonto", arguyen los que

todavía tienen la necedad de creerle algo. No lo habrá sido; ahora es uno de los hombres más bobos del Nuevo Mundo. ¿Piensan ustedes que una larga vida mal vivida no embrutece? La inteligencia es planta que se agosta, si en vez de humedecerla con el rocío celestial de las virtudes, se la chapuza en el negro pantano de los delitos y la infamia. Mucho más tonto se hubiera mostrado, si escribiendo para que firme Mestanza, hubiera escrito como hombre de talento, ¿no les parece a ustedes? Yo soy hombre de talento, les decía aquí a los indios, para subir *el honorario;* y el juez rechazaba por absurdos escritos que había rumiado un mes el tinterillo y había rehecho cuatro o cinco veces. Talento que suda día y noche, más ineptitud. Espontaneidad, justedad, abundancia, tales son los caracteres del ingenio. Se encierra uno quince días, se desvela quince noches para escribir un papelucho en prosa o verso: ¿estará puesto en razón que presuma de sabio e ingenioso? Espinel necesita una máquina de la fuerza de ochocientos caballos, para exprimir de su cabeza tal cual gota negrusca de inteligencia falsificada, las cuales todas juntas vienen a componer una mediana tontera, en la cual se ve la cara. Posee sí el arte de pasar por autor de cosas que no ha escrito, y el de achacar a otros sus sandeces, cuando ve por ahí el palo levantado. Si supieran ustedes las penas del infierno que padeció ese infeliz . . . García Moreno le hubiera devuelto a su ahora hijo adoptivo *la casita,* en teniendo noticia de la maravillosa laboriosidad de ese parto desdichado. Tanto trabajo ¿para qué? Viene y me pregunta: ¿qué le parece mi cuaderno? Un escrito jurídico, le respondo. Sabe fruncirse el viejo. Es imposible que uno de mi temperamento no encuentre mortales enemigos. ¡Se lo había de alabar yo que sabía la trastienda infame de ese escrito! . . .

Ténganme ustedes talento con honradez: que yo reputaré siempre negras tonteras las obras de la mala fe, aun cuando en ellas palpite un pernicioso ingenio. Nadie puede mandar sin mí, dijo aquí maestro Marcos cuando se iba, con alusión a una caída posible de García Moreno. La soberbia es lo último que muere en el pecho de los malos, y la tontera toma cuerpo cada día en la cabeza de los vanidosos. Si el que se levante sobre el cadáver de García Moreno es hombre de bien, no mandará, de seguro, con *ese hombre de estado.* El que ha caído en el abismo de la . . . desgracia, no es necesario para las cosas de honor. La mala fama asorda, pero no ve: hasta la inteligencia se apaga cuando cae en ese mar oscuro. Si en Thiers no concurrieran en iguales proporciones el talento y la honradez, la sabiduría y la pureza, no sería necesario para Francia: muy infeliz ha de ser el gobierno que no pueda subsistir sin pícaros y ruines: el que no pueda medrar sin tontos, ¡Dios eterno! ¿qué será?

Yo, del libelo mismo saco argumentos contra ese Marco Tulio de cerda: él, y sólo él es capaz de andar rallando cada día con mi ingratitud, haciendo mérito de acciones que serían indiferentes, si no fueran infames. Invitado, llamado, urgido, arrastrado, vine a Quito por cuatro días, y le hice el favor de preferir su casa. No había entre ellos quien echase el gato al agua,

canallas. A la vuelta de poco, me había yo de hacer traer comida de la fonda, ¡y por qué motivo! Aun sin esto, bastaba el considerar que si yo estuve en su casa una o dos veces, él ha estado ciento en la mía. Ni mis hermanos ni yo hemos pensado jamás que le hubiésemos hecho un favor con tenerle en ella cordialmente, procurando mostrarnos en todo, dignos del huésped no, pero de la hospitalidad. Sólo un alma tan lacayuna como la de Espinel puede haberme puesto en el caso de tocar esta materia, ruin hasta para una nota. Y para que vean mis compatriotas que mis ingratitudes van a un paso con mis robos y mis asesinatos, les presento aquí una muestra de mis depravadas acciones:

Señorita Jesús Rosero.

Estimada señorita y amiga:

El mal hombre de Espinel ha hecho publicar por la imprenta en el Ecuador, *que yo soy un monstruo de maldad e ingratitud*: pues, afirma, habiendo sido *mía su casa*, le he hecho aquí cuantos males he podido durante sus enfermedades y desgracias. Sírvase decirme lo que les consta a usted y las señoritas sus hermanas a este respecto.

De usted atento amigo y seguro servidor.

*Juan Montalvo.*

Señor Juan Montalvo.

Señor:

En la segunda enfermedad del señor Espinel vino usted a casa y nos aconsejó le perdonásemos, y fuésemos a curarle, asistirle, y salvarle si fuese posible. El consejo de usted y las consideraciones de humanidad y misericordia que expuso, nos decidieron a volver a esa casa, como en efecto volvimos para lo que usted deseaba. Es cierto además que cuando usted daba esos pasos con nosotras, ya ustedes estaban de quiebras; y no hemos sabido que usted hubiese vivido ni una hora en casa de ese señor. Llegó en la miseria, y al cabo de un mes se mudó a la del señor Murbano, donde permanece hasta ahora.

De usted señor, amiga y servidora,

*Jesús Rosero.*

Aquí tienen ustedes dos monstruos: el uno, de humanidad, caridad, perdón; el otro, de ingratitud, embuste, felonía: ¿cuál de éstos soy yo? Dos enfermedades padeció aquí ese mal hombre: en la primera hice con él oficios de hermana de la Caridad, sin desdeñarme de alzar en mis brazos esa mole pestilente, a riesgo de quedar envenenado, mudarle, consolarle. Sánase él; caigo yo en cama, y todo su ahinco se cifra en qué persona me ponga

los pies en vano. Dios me da la mano, me levanto: vuelve a caer el otro (el diablo peleando por lo suyo); y el ladrón, el matador, el tigre, el boa, el ogro, el [illegible], esto es yo, hace lo que refiere esa señorita. Naturalmente yo debo ser el lapidado. Estas cosas me amargan la vida, pero no me corrompen; lo propio haría yo en adelante con cualesquiera de mis malhechores, sin perjuicio de darlos a la horca cuando estén sanos y buenos.

SEGUNDA. Lo notorio no necesita comprobantes; los hombres de bien son, con todo, tan escrupulosos, que no adelantan jamás lo que no pueden sostener. Espinel me buscó el cuerpo, y dió con su lanza mocha cabalmente en mi parte más invulnerable: a él que no es el hijo de Peleo, puedo yo abrirle *como quien raja melones.* ¡Bárbaro! . . . Regálese, por ahora, con esta *muestra* de sus virtudes.

Señor Víctor Montenegro, gobernador de Obando.
Estimado señor y amigo:

Sírvase usted decirme en contestación, si es verdad que el señor Zoilo Patiño demandó ante usted a Marcos Espinel, y de qué calidad fué la demanda.

De usted atento amigo y seguro servidor.

*Juan Montalvo.*

Señor Juan Montalvo.
Estimado amigo y señor:

Es verdad que el señor Zoilo Patiño demandó ante mí al señor Marco Espinel pidiendo amparo para sus haberes. La demanda fué de policía.

De usted atento y seguro servidor y amigo.

*Víctor Montenegro.*

La culta lenidad de este buen magistrado: *pidiendo amparo para sus haberes.*

TERCERA. Puesto que fuera para mí cosa evidente que el malhadado *Antropófago* había de morir sin que nadie le llegase a ver la cara, todavía me acosaría el deseo de hacer una rectificación, la cual yo estaría pronto a llamar reparación, si del esclarecimiento de los hechos no resultara la verdad tan mala como el error. En el consabido opusculito se afirma que León Mera "debió tener causa criminal según la ley, y no la tuvo, por que su tío, el del alzamiento de Ambato, gobernaba esa provincia". Una vez

remitido a Bogotá el manuscrito, me asaltó un escrúpulo, y escribí a mi hermano por explicaciones. "Yo, como fiscal—me contestó ese hombre de bien,—debía acusar a *entrambos*, por que la responsabilidad era en efecto solidaria. Martínez me habló del asunto, y me pidió que me excusase; con lo cual el juicio se inició solamente contra el interventor. Pero habiendo éste pedido la responsabilidad del otro, quedó Mera comprendido en dicho juicio, hasta que se pronunció auto motivado sólo contra el uno. Recayó sentencia en este sentido, y la confirmó la Corte. No hay pues cargo legal contra Mera".

Mi error consiste en haber dicho que el tal debió tener causa criminal y no la tuvo. El hecho es que empezó a tenerla, y compareció en el juzgado a responder en un caso de robo. Los tribunales le declararon irresponsable: valga la verdad, y guárdeme Dios de apartarme jamás un punto de ella. Cuando él escribía: "Estafó unos cuantos miles de francos a un estimable sujeto de Guayaquil", no hacía sino ejercer una de sus profesiones: y de manera la ejerce, que ha conseguido extender su reputación de calumniante a naciones diferentes y ciudades remotísimas. Acaba uno de los periódicos más serios e importantes de Colombia de publicar un bien pergeñado artículo en el cual no se le llama *gran poeta*, como a él le gusta, sino mentiroso y calumniante desde el principio hasta el fin. Y no pluma de rojo ni de enemigo del Papa, sino pluma eclesiástica, tan religiosa como bien cortada (14). Las acciones de los héroes las obras del ingenio se levantan fácilmente en alas de la fama y viajan por el mundo: volverse célebres por la calumnia, no les ha sucedido hasta ahora sino a Pasquino en Roma y a León Mera en Quito; y esto tienen en su favor la inocencia y las virtudes, que los más crueles enemigos de Dios, *detractores Deo odibiles*, no suelen dilatar su imperio y su nombradía fuera de los términos de una ciudad. El fénix del bien nace cada quinientos años: plugiese al cielo que el del mal no naciera en ningún tiempo.

CUARTA. Como lo había de firmar el insensato, no temió el inicuo decir *que yo había dirigido a García Moreno una carta ruin pidiendo empleo; y que soy enemigo de éste porque no me lo dió.* Para poner a la vista ese documento de mi ignominia remiten a los lectores al número primero de *El Cosmopolita*: allá les remito yo, y les pregunto luego qué admiran más en *esos hombres sin pudor, la temeridad, la sandez o la impudencia.* Esa carta dió principio a la reputación de mi carácter, y al verla original don Juan José Flores, general de los ejércitos, me mandó decir en Guayaquil que deseaba conocerme, pues no pudo dejar de enseñársela el amigo don Gabriel. *Ese muchacho tiene sin duda alta idea de mi generosidad*, dijo éste, cuando se ha atrevido a dirigirme carta semejante. Ya no soy muchacho, gracias a Dios, y espero llegar a viejo pasando por atrevido siempre que sea necesario; nunca por infame. El irrespeto, la desvergüenza con que *Mestanza ha tratado al público, son pruebas terminantes de la enajenación*

---

(14) *La América*, núm. 51, Bogotá, 11 de enero de 1873.

de sus potencias; pues un hombre que se está en sus quicios, no llama tan furiosamente a las puertas del desprecio golpeando con la impostura. Los que, llevados de la curiosidad, fuesen a ver esa carta, ¿qué dirían del que a ella los remitió? Ahora ya comprenden todos de la manera que en Panamá lo quiso arrancar su dinero por medio de la fuerza, asido a sus orejas, hala y hala, como el español que quiso ordeñar del cabro. "Que má ni que mé, suelte la leche usté". Para que me entiendan en Quito, preciso es que yo diga: *jala y jala*, pues así hablan la lengua castellana los que ordeñan del cabro y se ríen de mi prosa, como León Mora. Conque jala y jala de las orejas al Padre Mestanza, a riesgo de quedar excomulgado, hasta ponérselas al hombro a modo de charreteras; y él: "¡méáá! ¡mééé!" primero que soltar la leche. Sino llega la santa hermandad a sus bramidos, dice, le dejo tronado. Gaznápiro como ése . . .

QUINTA. De pequeña centella gran hoguera. Los crímenes de Trappmann fueron descubiertos mediante una esquina de trapo que un labrador vió al pie de un árbol. El caso presente es como un grano de anís; pero si él puede poner de manifiesto bien así el carácter como las intenciones de mis malhechores, no lo he de desdeñar. "Se empeñó—dice don Mariano—en ser secretario de San Fernando (del colegio, no del santo), *y no lo fué*." ¿Qué dirán los innumerables jóvenes que poseen certificados otorgados por mí como secretario? ¿qué dirá el doctor Angulo, hombre a quien convendría citar siempre que se tratase de hombría de bien y de verdad? ¿qué dirá Mestanza mismo en su negra conciencia, él, que me estaba viendo de secretario, como vice-rector que fué, "siendo muy joven", según dice? (falso: él en ningún tiempo ha sido muy joven) muy joven jamás, pero vice-rector sí fué (por obra y gracia de mi hermano). En el primer examen que le tocó interrogar—examen de Geometría,—preguntó al estudiante: "¿Qué entiende usté por metinsicósas?" Sospechamos que había querido decir *metempsicosis*, desde entonces quedaron célebres el vice-rector y sus metinsicósas.

¡Verdad, oh verdad, luz de la virtud, alma de la filosofía! es cierto que del cuerpo de Platón no podías transmigrar al de un cochino: tú andas siempre por las regiones altas, y cuando te insultan en la tierra, te refugias en el cielo.

SEXTA. Si García Moreno concedió o no el salvoconducto solicitado por Mestanza, es cosa que ha venido a ponerse oscura; que éste lo pidió, es evidente, si el señor Vidal Albarado habla la verdad, como debemos presumir de hombre tan serio. Á infinitas personas les dijo en Quito que tenía en su poder la carta del dicho Mestanza a García Moreno, por medio de la cual lo solicitaba.

IPIALES, MARZO DE 1873

TIPOGRAFÍA DE NICANOR MÉDICIS, POR F. POLO

# LA DICTADURA PERPETUA

## ERROR

## DEL "STAR AND HERALD."

PANAMA

Tipografía de M. R. de la Torre e hijos. 1871

## XX

## LA DICTADURA PERPETUA

(*Error del "Star and Herald"*)

A LOS SEÑORES REDACTORES DEL "STAR AND HERALD"

Señores redactores:

Entre los títulos con que en su estimable periódico se recomienda al pueblo ecuatoriano la reelección de García Moreno, se les pasó por alto el rasgo que más ilustra el carácter de su héroe y los hechos que más simpático le vuelven a ojos americanos; digo las públicas y reiteradas tentativas por vender su patria a las monarquías europeas, sin contar con la guerra que fué a buscar al Perú y llevó al Ecuador en la memorable expedición del general Castilla, que en paz descanse. Esta hazaña no le recomienda, al fin y al cabo, sino a los ecuatorianos; mas lo que son sus nobles ofertas al emperador de los franceses; sus puras intenciones en sus tratos con Pinzón y Mazarredo, le vuelven acreedor al aprecio universal y digno de reinar perpetuamente. Si se tratara de Almonte, Lavastida y Santana, de seguro que ustedes hablarían como buenos hijos de América; pero en ese ente fatídico que se llama García Moreno, va la fortuna hasta el punto de convertir a un traidor en patriota benemérito, un azote en instrumento saludable, un satanás en un dios. Si los milagros de esa santa

prostituta son tan grandes ¿cómo no ha de tener quien los admire? La ciega, torpe y bestial fortuna tiene hijos, y los diviniza; tiene sectarios, y la adoran. O es que ustedes, campeones de la independencia y la libertad, aplauden asimismo las obras de Almonte, Lavastida y Santana, y les tienen por necesarios para el orden y la bienandanza de Méjico y Santo Domingo? Los franceses bendicen a Lafayette y maldicen a Bazaine; los españoles bendicen a las víctimas del 2 de mayo y maldicen a Godoy; los cubanos bendicen a Céspedes y ahorcan en los árboles del campo de la libertad a los traidores a la patria. Los ecuatorianos no bendicen a García Moreno, sabedlo, escritores sabios, periodistas de conciencia que lleváis sobre los hombros la máquina de Gutenberg, y que ojalá llevaseis dentro del pecho el alma de Washington y Bolívar. Galalón y el conde don Julián, clavados a una picota inmortal, son los eternos representantes de la infamia; y nosotros hemos de erigir estatuas a un García Moreno en este nuevo mundo que se gallardea en su gloriosa autonomía? Si ustedes intentaren traer a la duda las acciones de ese don Julián falsificado, llegaron tarde a la disputa; son cosas bien averiguadas, constan en públicos documentos nunca desmentidos. Si por el contrario piensan que nadie merece más de su patria que el que la vende una y mil veces, y que aun los periódicos de la libre y liberal Colombia deben conspirar a la perpetuidad de ese tiranuelo, nada tengo que decir: piense cada uno como quiera, y Dios nos ayude a todos.

Mas no puedo apartarme de este punto sin hacer una reflexión: Jefferson Davis fué disidente, no traidor: si Jefferson Davis hubiera corrido a Inglaterra a ofrecer los Estados Unidos a lord Palmerston, Jefferson Davis estuviera colgado del pescuezo a una horca más alta que las pirámides de Egipto, para que le contemple el universo, en vez de estar gozando tranquilamente del generoso perdón de sus compa-

triotas. Ustedes tienen creída la misma cosa; más visto que una triste nación del sur no es los Estados Unidos, entréguesela de nuevo a su verdugo. "Verdad a este lado de los Pirineos, error al otro lado". Como Pascal era un *sublime tonto*, bien podía decir tan sutiles necedades. Lo único que yo sé es que Jorge Washington pagó con una suma de oro y otra mayor de vilipendio al traidor que se le atravesó en su camino: "Toma—le dijo,—y vete". El traidor desechó el oro, y corrió a volarse la tapa de los sesos: tenía más vergüenza que García Moreno. Á éste no le echamos la puerta afuera: antes le llamamos al mando perpetuo. Con justicia, pues si el de Washington había hecho traición en favor de América, el otro las ha hecho en contra suya: éste merece la becerra. Quisiera yo ser tan tonto como Pascal para decirme aquí alguna cosa digna de la posteridad; pero como Dios no ha querido tanto, lo que hago es morirme de silencio.

"Los mayores enemigos de García Moreno, *greatest enemies*, dicen ustedes, se ven obligados a confesar que durante su gobierno la República ha gozado de paz, y que monta mucho el progreso material no menos que el moral". Yo lo niego, y negarlo ha todo el que tenga conocimiento y guarde memoria de las cosas. Dos guerras exteriores y cien revoluciones no son documentos de la paz, amigos míos: los huesos que están blanqueando en las colinas de Cuaspud, no acreditan el espíritu pacífico de García Moreno, se invaden los campos inocentes, se arranca al labriego del arado: paz. Se amarra al artesano, se despueblan los talleres: paz. Se echan pelotones de gente innumerable por esos derrumbaderos, se los entrega casi indefensos al hierro destructor: paz. Huye el caudillo, vuelan los jefes, mueren los soldados: ¡paz! ¡paz! Vidas sin cuento, riquezas, honra, todo ha quedado en el lugar de la ignominia: paz. Esta es la paz por cuyo motivo el tiranuelo debe ser dic-

tador perpetuo? Esta, sí, esta y la de Tulcán en que Julio Arboleda le molió a palos, son las barraganías que le llaman a la dominación vitalicia a ese mancebo generoso. Sus pretensiones no eran tan levantadas cuando, prisionero, con lágrimas en los ojos, voz de vieja, abrazado de un Cristo en que no cree, repetía: "Mañana nos fusilan, compañeros", y ensartaba letanía tras letanía: *Virgo venoranda, Virgo predicanda.*

Quedamos en que dos guerras inicuas, promovidas sin razón patriótica, llevadas adelante con ineptitud, concluídas con vergüenza, cuyo efecto no ha sido sino la deshonra, no tanto de ese pueblo cuanto de su opresor, no son la paz de ningún modo. Pues si contemplamos en las revoluciones que el tiranuelo ha ahogado en sangre; en las que ha desbaratado por obra de algún Judas; en la medrosa vigilancia con que pasa días y noches; en el despilfarro de la hacienda públiča por acumular de vicio elementos de guerra, vendremos a concluir que ella es el estado normal de esa desventurada comarca. Guerra *sin manos y muda,* guerra muerta: guerra de los gusanos contra el cadáver. Véis allí un cuerpo exangüe tirado sobre el fango: García Moreno, sus esbirros y sus jesuítas, sus italianos y sus españoles, sus monjas y sus hermanas en muchedumbre infinita andan por dentro y por fuera comiéndole desesperados: la guerra de los gusanos contra el cadáver. Feliz estado que los hombres filantrópicos y libres llaman paz!

Desdichado, por otra parte, el pueblo donde la revolución viniese a ser imposible! Esa sería la canonización de Dionisio Oenobardo, de Melgarejo, de García Moreno. El derecho de conspirar contra la tiranía es de los más respetables para los hombres libres. ¡No! no es así: Quiroga, Salinas, Morales, mártires sagrados del Pichincha; Pombo, Caldas, Torres, víctimas del Funza, la tierra os come hace más de medio siglo, y ahora se os declara criminales. Y vosotras, sombras de Miranda y Madariaga, huid

avergonzadas, que los hijos de la libertad os llaman de felones, porque la fundásteis a costa de la vida.

¿Cómo es esto? no pasa día sin que la prensa de todas las naciones harte de injurias a los ecuatorianos, con decir que no conspiran contra su tirano, que no le echan a los perros hecho trizas. Esclavos, cobardes, viles, todo, porque le sufren: vuelve uno la cabeza, y oye por ahí que uno de los timbres de García Moreno es haber vuelto imposible la revolución, y que sería una desgracia que dejase de *reinar*. Reinar: la lengua inglesa, lengua de la única monarquía donde reina la libertad; lengua de los Estados Unidos, no esperaba que en una República libre e ilustrada se la emplease para abogar por un cruel tirano. Reinar: no es verdad que García Moreno ha *reinado, has reigned*, y debe reinar para siempre en el Ecuador? ¡Después de quince años de un nefando despotismo, de unas presidencias ganadas con puñal en mano, hay en Colombia quien litigue por él y crea necesaria la continuación de su *reinado!*

No ha mucho, un americano que promete ser de los más notables; que está ya recomendado a nuestras repúblicas por su acendrado patriotismo y su talento; el señor Adriano Páez, dijo en París que el día de hoy no había en la América hispana sino un pueblo que tenía no sólo el derecho, sino también el deber de conspirar; y que este pueblo era el Ecuador. En efecto, el Ecuador es el único que ahora tiene ese derecho, porque es el único esclavo: los pueblos libres y felices no lo tienen. Chile, el Perú, Colombia, Venezuela, Guatemala, Buenos Aires, están a su sabor, a lo menos al de la mayoría: sus gobiernos tienen oposición; la oposición tiene palabra, pluma, y esto habla por la minoría. Si sus gobiernos conspirasen contra las instituciones democráticas; si las *circunstancias* fueran tales que sus presidentes se viesen en la necesidad de perpetuarse por el bien de la patria; si la tiranía con su séquito de espectros

pavorosos saliese por las calles pompeando y halconeando, esos pueblos se revestirían del derecho de conspirar a su vez, y si no conspirasen merecerían la censura de las otras naciones.

García Moreno ha hecho mal en volver imposible la revolución. Quíteles a los ecuatorianos el derecho de conspirar, manteniéndolos libres como lo habían sido, labrando su felicidad por medio de la ilustración, fomentando las virtudes públicas y privadas, y conspirar contra su gobierno habría sido acción ilícita. Pero si vuelve imposible la revolución matando a unos, expatriando a otros, envileciendo, entorpeciendo a los demás, ¿qué alabanza merece del filósofo, del patriota, del hombre bueno y generoso? Miles de proscriptos en un puño de habitantes, ¡oh excelso, oh sumo gobernante! El publica en sus periódicos oficiales que todos esos son ladrones, bandidos, prófugos de las cárceles, incendiarios y otras cosas: no les persigue él sino la justicia; huyen de los tribunales, no de su gobierno. Yo digo, que pueblo donde mayor sea el número de criminales que el de hombres de bien, no ha conseguido una gran suma de progreso moral, *a great amount of moral progress*. Y ustedes qué dicen, señores redactores del "Star and Herald"?

Desengáñense ustedes, en el seno del fanatismo no se desenvuelve sino la ignorancia; en el de la hipocresía, el crimen. ¿Cómo ha de ser feliz el pueblo a donde acude en riadas pestilentes la hez de los conventos de Italia, España y otras partes; donde la instrucción pública es asunto de convento puramente; donde un obispo, un pobre fraile, un lego ignorante es el contralor celoso de la lectura en todos sus ramos? Los libros son artículo de comiso: de la aduana han de ir a la curia, a carga cerrada, y no pasan sino los que aprueba el familiar, el cocinero: ¿qué tiempo tiene el obispo para examinar libros? y obispos de García Moreno ¿qué luces, qué conciencia? La oscuridad

matadora de los tiempos coloniales no era más ciega. Y digan ustedes que el Ecuador, reinando García Moreno, ha alcanzado una gran suma de progreso moral! Sin libros, sin lectura ¿quién se civiliza, quién se instruye? El soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano, todo esto nadando en un océano de sombras corrompidas! *A great amount of moral progress.*

García Moreno dividió el pueblo ecuatoriano en tres partes iguales; la una la dedicó a la muerte, la otra al destierro, la última a la servidumbre. Los muertos no pueden conspirar, los esclavos no se atreven, los desterrados han conspirado mil veces. Injusto era el granadino que se proponía ir desde la gran Cundinamarca a libertar a los ecuatorianos, para tener luego la satisfacción de abrir al mundo en Guayaquil "un mercado de un millón de aunucos". No ha cumplido su palabra; pero siempre queda en su favor lo filantrópico de la intención y lo púdico del pensamiento.

Había en el nuevo mundo un pueblo donde el rey era el soberano, el pontífice, el juez, el padre de familia: ni contrato, ni empresa, ni cosa que se verificase sin su anuencia: domina en la nación, reina en el templo, resuelve en el tribunal, penetra en el hogar doméstico, y todo lo inquiere, todo lo sabe, todo lo fiscaliza. El rey no era tirano, y la nación había llegado a una gran suma de progreso material: *a great amount of material progress.* Entre varias obras portentosas, una carretera cual nunca la vió Roma, une las dos capitales del imperio, otra maravilla del mundo, dicen los historiadores. Y con todo, el pueblo vivía en la tristeza, porque no era libre, ni cabe la felicidad en el seno del despotismo. ¿Cómo sucede que tan gran suma de progreso material no bastó para que nuestros padres dejasen de conquistarlo, por arrancarle de la barbarie? El pue-

blo no había alcanzado aún el progreso moral, y de aquí viene a sucedèr que era bárbaro en medio de sus grandezas materiales.

García Moreno ha emprendido, es cierto, en cuatro o cinco caminos: después de gastos ingentes y miles de vidas perdidas en ellos, todos los ha abandonado. No tenía ni el aliento ni la capacidad intelectual necesarios para saber qué se debía hacer y hasta dónde se podía dar impulso al progreso material. El miserable trècho que recorre el viajero, obra de quince años, obra hecha para el enriquecimiento de cien hombres sin fe ni probidad, vale uno y cuesta diez. Ha construído asimismo dos Bastillas, una para sus prójimos, otra para su familia. Cuando visita esa casa del dolor, ese presidio horrible, les dice a sus amigos: Aquí he de morir yo. El sabe que lo merece, y espera la justicia del cielo.

El estreno de esa tumba de los vivos fué lastimoso: una mujer, una pobre niña descarriada: subió las funestas escaleras en medio de gendarmes, el lúgubre edificio cayó sobre su corazón con toda su pesadumbre, corrió hacia una ventana inconclusa, y se arrojó al patio de cabeza. García Moreno, triunfante, solemnizó esa fecha con un almuerzo singular: hizo freir los sesos de esa niña en la sangre de Maldonado, y se hartó hasta la borrachera. El piensa que lo tiene digerido, y no sabe que la indigestión se hará sentir el día de la cuenta: esos manjares no se descomponen sino al fuego del infierno. Dios castiga el crimen no arrepentido ni expiado: con el pecado, con el vicio es indulgente, porque tienen remedio. ¿Qué fuera del género humano si toda mujer que sufre un desliz fuera encerrada para siempre? Las casas de reclusión no son casas de desesperación en ninguna parte del mundo; y ni rey ni presidente ejerce el triste cargo de andar por las calles aprehendiendo mujeres y despeñándolas. Despotismo, en todo despotismo y tiranía. El bien es moderado, la virtud mansa: las

malas costumbres se corrigen, no se castigan como crímenes. Exhortación, dulzura, ejemplo valen más que la ferocidad. Si a Venus se le encierra en el mismo calabazo que a Nerón, se comete una insensatez: *el parricidio y el descarrío son cosas muy diversas*. El agua con que la Magdalena lavó los pies a Jesús, es el remedio de la deshonestidad. García Moreno, cristiano, pruébalo en tu persona, pruébalo en tus frailes, y sobre mí si no mejoran hombres y mujeres.

No ha mucho pasó por este puente del mundo un extranjero que llevaba consigo una muestra de la piadosa civilización de ese santo hombre, y como la *cosa más curiosa del mundo* la iba enseñando a todos. Era un papel del jefe de policía de Guayaquil, que rezaba: "Al que dé noticia del paradero de la prostituta tal, 50 pesos de gratificación". Aquí tienen ustedes puesta a talla la cabeza de un ente miserable. ¿Es posible que sistema semejante rija en el corazón de la América civilizada? Los altos magistrados pregonando a son de trompetas las culpas de una mujer, y fomentando con dinero la infame delación! García Moreno que sabe muchas cosas malas, no sabe ni una buena: si hubiera llegado a su noticia que "la ropa sucia se lava en casa", no pusiera carteles en el Chimborazo, para que por medio de este embajador sublime aprehendan las naciones a "la prostituta" que se le había ido de las garras, y se la entreguen a buen recaudo. Ultimamente ha enviado a Europa un ministro plenipotenciario a celebrar con Francia, la Gran Bretaña y el Imperio Alemán un tratado de extradición de *terceras en concordia y mozas del partido*; cuyo tratado se propone cumplir con toda religiosidad enviándoles algunas hasta de las suyas propias (1).

(1) *Montalvo no asentó nunca una calumnia:* públicos y notorios eran en Quito los comercios indecentes de García Moreno con la cajonera Dorotea y algunas mujeres de copete, una de las cuales había sido antes madre de uno que es ahora apologista del tirano. (N. del E.).

No sabemos si la maldad que pasa a delirio, merece la cólera o la risa de los hombres. ¡Un presidente ocupado de día y de noche en coger niñas alegres y viejas tristes, persiguiéndolas hasta más allá de la frontera! ¿Y creerán ustedes que él de su persona es un San Jerónimo? No señor: pone sus carteles, y mama la cabra. ¡Vaya un país donde la madre Celestina merece los honores de ser reclamada por medio de una legación de primera clase! Parece que, en este particular, el amigo don Gabriel no piensa como el galeote "corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo", que iba a galeras por haber querido que todo el mundo se huelgue y viva bien. A García Moreno le habremos de hacer pintar ahogando bajo su planta poderosa a la madre Celestina; pues montas que en su estatua ecuestre ha de ir al anca el corredor de todo el cuerpo.

Estos son los progresos materiales y morales de García Moreno. Pero demos que perforase los Andes y pusiese en contacto los dos mares: ha contagiado a sus esclavos con la lepra de su alma, y en tanto que esos chorros de pus apestan al Nuevo Mundo, no podemos decir que hay salud en ese pueblo.

El espíritu de Samuel Morse no desciende sino sobre las naciones luminosas: hoy que sus alambres encantados unen los dos polos, el oriente y el occidente, y envuelven la tierra, comunicándole al oído los secretos de las ciencias, los sucesos de la política, los vaivenes del comercio ¿cuál es el cacique ignorante que se atreve a decir que su tribu ha superado a todas las repúblicas suramericanas en adelantos físicos y morales, cuando no tiene un jeme de telégrafo eléctrico, ni sabe quien ha sido Sirus Field? El istmo de Panamá está viendo pasar desde tiempo inmemorial esas mangas de fantasmas tenebrosos que van a oscurecer el Ecuador, frailes de uno y otro sexo, jesuítas repelidos de todo el mundo, carlistas trashu-

mantes, y aquí, aquí es donde se publica que el despotismo de García Moreno ha dotado al Ecuador con una gran suma de progreso físico y moral!

"Más vale un malo conocido que un bueno por conocer". Este es el ruin adagio que ustedes han ido a mendigar a otra lengua, para ponerlo por fundamento filosófico de una infame usurpación, de una perpetuidad que es ya, no solamente la ignominia del Ecuador, pero también la vergüenza de la América republicana. ¿A dónde van a parar los principios democráticos, a dónde las instituciones liberales, a dónde los derechos de los pueblos, a dónde la justicia, a dónde el pundonor, a dónde la dignidad humana, a dónde la libertad, a dónde la esperanza? "Más vale un malo conocido que un bueno por conocer". ¡Ah, señores, si las sentencias de la trascasa han de salir ahora a echar por tierra las máximas de la filosofía, los fundamentos del gobierno, las bases de la república, llorad, llorad conmigo la calamidad de los tiempos, la negra desdicha del género humano. Senado de los lores, Cámara de los Comunes; Cuerpo legislativo de la ilustre Francia; legisladores de los Estados Unidos: Gladstone, Beales; Thiers, Gambetta; y tú, Carlos Sumner, el más sabio, el más filantrópico de los norteamericanos, salid, huid, el mundo no os necesita ni os aprecia: el galopín de montera blanca y delantal manchado de carbón es el que reina, el que legisla! "Más vale un malo conocido que un bueno por conocer": ¡viva la dictadura perpetua del verdugo!

"Lo que García Moreno ha hecho por el progreso y adelanto de su país, es patente para todos". Veamos lo que es patente para Colombia donde se publican estas cosas. Para Mosquera es patette que García Moreno le molestó con enviarle nueve mil labriegos para que los degüelle a orillas del Carchi: para Arboleda es patente que García Moreno le frustró sus planes, le destruyó su partido, le causó la muerte, yendo en

persona a hacerse, apalear a orillas del Carchi. En tanto que ese fiero colombiano meneaba la cachiporra sobre la cabeza de sus correligionarios, el amigo don Tomás Cipriano iba ganando terreno y apoderándose de todo, como quien no dice nada.

Lo que es patente para Colombia es el alzamiento de Nicolás Martínez contra los colombianos; ese horrendo somatén donde hombres, mujeres y niños fueron destrozados o puestos en huída a media noche. Bien es verdad que este suceso debe ser pura fábula, ya que el asesino recibió un alto ascenso en las barbas del Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario que fué a pedir satisfacciones y entró a Quito como una tromba marina, oscuro, amenazante. La tempestad fué al punto convertida en calma chicha, el que había venido rugiendo como león, salió arrullando como paloma. Vengados fueron sus compatriotas, puesto a salvo el honor de la nación, ya que él, un asesino, subió a ministro de la Corte Suprema, donde se pandea todavía, y el otro a gobernador del lugar del crimen. García Moreno, donde no vale la fuerza, echa mano por la magia: es Atlante en cuerpo en Polífemo. Tiene además un colegio de Circes que hacen raras transmutaciones. Poco fué que no le hizo confesar y comulgar a *su hombre*. *C'est mon homme*, dicen los franceses: García Moreno tiene *sus hombres*.

¡Qué es, mi Dios, ver un empleado público, un agente de la autoridad suprema, un gobernador alzar el pueblo, asaltar a media noche a una colonia extranjera, romper, herir, destrozar a diestra y siniestra! Estos son los sostenedores de García Moreno, a éstos asciende a ministros de la Corte Suprema, éstos piden su reelección, éstos escriben las manifestaciones que tanto han podido en el ánimo de ustedes, señores redactores del "Star and Herald". Aquí tienen ustedes una cosa tan mala como el acontecimiento de Bolivia que se ha querido con-

vertir en provecho del tiranuelo del Ecuador, sin más efecto que el daño de estos recuerdos. Sin ocasión, no conviene llevar la memoria a los casos horribles; mas la oportunidad, la necesidad... Si la página más brillante de García Moreno es no haber hecho lo que Iriondo, yo siento y pruebo que en el Ecuador han ocurrido crímenes públicos mucho más trascendentales. Al fin los bolivianos se están pelando las barbas entre ellos; pero la hospitalidad, esa diosa de los bárbaros que adoran también los pueblos civilizados, no ha visto caer sus templos en Bolivia. García Moreno hace juzgar a los extranjeros por herejes, y a otros los echan a palos de sus pueblos. Ese, ese, ese hombre debe ser dictador vitalicio del *país donde acontecen hechos semejantes*!

Ya oigo la argumentación de García Moreno: los reos fueron juzgados, dice; absueltos los delincuentes, ¿qué culpa tengo? Fueron juzgados, no por orden suya; fueron absueltos, por su orden. El trató con el Ministro de Colombia, él premió a los asesinos. La revolución es el mayor de los crímenes en siendo *contra* su tiranía: las que él hace *contra hombres* buenos, mansos, sencillos, inocentes, simples, beatos, infelices como Carrión, como Espinosa, son cosas grandes, cosas bellas. Espinosa los hacía juzgar; García Moreno le bota, usurpa el mando, y hace ministros de la Corte Suprema y gobernadores a los asesinos; y el señor don Teodoro (1), muy satisfecho de sí mismo, piensa que se ha echado a la faltriquera a Talleyrand y Metternich.

¿Qué otra cosa es patente para Colombia? Cosa patente—los cinco colombianos azotados en Esmeraldas, uno de los cuales llevó su queja hasta las altas regiones del gobierno.

¿Qué otra cosa es patente para Colombia? Cosa patente—los robos oficiales que cada día se hacen

(1) Teodoro Valenzuela, el ministro de Colombia en Quito.

a colombianos en el Ecuador, quitándoles hasta los céntimos del bolsillo. Los robados se desahogan con hartar de insultos a los ecuatorianos: ¡Dios de bondad! ¿son ellos los que les saltean? Es García Moreno el jesuíta, hombre sin patria: no la tiene el que no la ama y la deshonra; no la tiene el que la escarnece y la embrutece; no la tiene el que la oprime y la mata. La hospitalidad, la benevolencia, el cariño que los colombianos han hallado siempre en el Ecuador ¿en dónde los hubieran hallado? Amor, riqueza, preponderancia, todo. Las mejores casas siempre abiertas para los vecinos; las mejores manos, a su alcance; las mejores haciendas, para ellos: en buenahora, si han sabido merecerlas. Cuando García Moreno y su pandilla les roban, les persiguen, les ultrajan, él es el delincuente, él merece el castigo; ¿por qué vengarse de sus víctimas? Por que le sufren, exclaman en Bogotá; por que no le derriban, añaden en Popayán; por que no le matan, gritan en la brava Pasto. La prensa de Panamá ha tomado sobre sí el oponerse a esas ciudades: ella no quiere que le derriben ni le maten; antes proclama la dictadura perpetua del verdugo. ¡No, señores! no he dicho la prensa de Panamá; digo un periódico, periódico escrito en lengua extraña. El pueblo panameño que se levanta en globo a vitorear a Páez; que festeja en la alegría de la libertad y el patriotismo al último de nuestros libertadores, no aplaude las obras de un oscuro tiranuelo, las supercherías de un traidor consuetudinario. La estatua de Herrera está ahí que le instruye y le amenaza: en faltando sus hermanos a los deberes del hombre libre y fiero, ella alza la voz y les contiene; la voz de la tumba, solemne en todo caso, terrible cuando se queja y se lamenta. Y vosotros, campeones de la ley, soldados de la inteligencia, propagadores de las luces, diarios del alta Bogotá, ¿no estáis desmintiendo cada día los acertos de este cofrade descarriado? "La Ilustración", "La América", el "Diario de

Cundinamarca" y otros cientos, no piden la tercera, la cuarta, la quinta reelección de García Moreno, ni piensan que sea necesaria *una mano de fierro* para ese pueblo de corderos. ¿Cuál más suave, más blando, más fácil de gobernar, y aun de oprimir en todo tiempo? Pues necesita *una mano de fierro. Potestas tenebrarum.*

¿Qué otra cosa es patente para Colombia? Les sobra fundamento a ciertos colombianos ,y muy particularmente al Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario para pedir satisfacciones de la sangre derramada por Nicolás Martínez; les sobra fundamento para llamar de "matachines" y de "viles" a los ecuatorianos, y venderlos al mundo por "eunucos". *Es cierto que en los dominios del Gran Señor* de la Puerta Otomana los eunucos corren con el azotar; ¿a quiénes? A los de Esmeraldas: ¡gran Dios!

Ahora veamos lo que es patente para el Perú, otro de los vecinos. El Perú sabe y ha visto la persecución de García Moreno a los miembros del consejo municipal de Guayaquil que protestaron patriótica, noble, altamente contra la ocupación de las islas guaneras por los españoles. El Perú sabe que García Moreno es reo de sus tribunales, preso legítimo de sus cárceles; sabe que tiene allí causa criminal declarada con lugar a proceder; sabe que sus jueces le han juzgado por tentativa de homicidio. Sabe y ha visto que el pueblo de Lima le seguía por las calles cuando huía medroso, a las voces de: "¡No hay quien mate a ese traidor!" "¡No hay quien mate a ese tirano!"

¿Qué más sabe y ha visto el Perú? Sabe y ha visto que en Piura le fusilaron en estatua por la espalda. El Perú y Bolivia y Colombia y Venezuela y Chile y Buenos Aires y todo el continente sabe que García Moreno propuso al señor Heriberto García de Quevedo entregar el Ecuador a España; sabe que escribió varias cartas al señor Trinité ofreciéndoselo

a Francia, y ha leído esas cartas. ¿Qué más sabe y ha visto la América del Sur? García Moreno contesta, no para negar estos delitos, sino para decir que son cosas *traqueadas, antiguas,* y que los que se las recuerdan son ladrones, bribones, estafadores, pillos, bandidos prófugos, infames calumniantes y otras santidades de las que acostumbra. Contesta, no que no ha cometido esas felonías, sino que son cosas *traqueadas, antiguas.* Con ser buen leguleyo no sabe que los crímenes no prescriben; y con ser no mal físico, no sabe que la infamia tiene aceite de patíbulo, no se seca jamás, y está oliendo sin fin, como el almizcle.

*Traqueadas, antiguas...* Y cabalmente por esto debe ser dictador perpetuo. Quisiera yo saber si los franceses elegirán presidente de la República a Bazaine dentro de catorce años: su traición será entonces cosa traqueada, antigua, y tendrá derecho al primer puesto. Hay acciones que imprimen carácter: los traidores son sacerdotes ordenados por Satanás, y con cerquillo y corona se van a los infiernos, aun cuando vivan cien años. Cosas *traqueadas, antiguas*... ¿Y quién nos guarda de que no las renueve, refresque y pulimente en la primera ocasión? Como su poder viniera a riesgo de perderse, verían ustedes que aquel presbítero hacía lo posible por darle retoque a lo traqueado, novedad a lo antiguo. *Res sacra reus,* decían los romanos; el reo es cosa sagrada. Pero esto era cuando iba hacia el cadalso: cuando se contonea en la gloria mundana, el reo es cosa maldita.

García Moreno debe ser dictador perpetuo por estas razones positivas; ahora vienen las negativas. Debe serlo, porque él no ha hecho lo que el gobierno de Bolivia acaba de hacer con un distinguido boliviano, romper con su casa a cañonazos, invadirla, saquearla, llevarse presos a sus moradores. Y no debe serlo también porque no ha puesto fuego al templo de Delfos; porque no ha destruído la biblio-

teca alejandrina; *porque no ha matado a su madre ni a su esposa;* porque no ha entrado Roma a sangre y fuego; *porque no ha asesinado a* Enrique IV; *porque* no ha fusilado a monseñor Darboy; porque no ha entregado la nación francesa a los alemanes; *porque* no ha desorejado a los generales enemigos, como don Manuel Rosas. Sobran razones para elegir por tercera vez a García Moreno.

Un anciano agobiado con el peso de los años y los males se halla en el calabozo de un cuartel: cano, enfermo, triste, no dice nada ni se mueve. Llegan los verdugos, le toman, le arrastran al patio, le templan, le azotan. ¿Oyen ustedes? ¡le azotan! ¿Han oído? ¡le azotan! Y ese hombre es militar, general, veterano de la independencia. Después de azotado, le echan fuera. A pocos días, como iba por la calle despacio, taciturno, cayó muerto. El corolario del azote debía ser el veneno: el tiranuelo temió la venganza del soldado. Justo es que en Colombia, en Panamá se proclame la dictadura perpetua de García Moreno: el general Ayarza fué hijo de Panamá, colombiano. ¿A dónde sois idos, justicia y honor de las naciones?

¡Al honor y la justicia de Colombia no seré yo quien toque, por Dios vivo! Las virtudes de un gran pueblo son cosas muy elevadas, para que vengan a tierra por desvíos solitarios que él no disimula. Pero me llena de asombro el ver como de la cuna del general Fernando Ayarza salga la única voz quizás que en Colombia canonice al traidor y azotador García Moreno. Cinco años de destierro son para cualquiera cinco muertes: cinco años vividos en un desierto hermoso donde la mano de Dios está extendida sobre la Naturaleza y los pocos hombres que le habitan, me enseñaron a quererla a esta Colombia, heroica por sus hechos, libre por su querer, clara por sus luces,

cuando al pie del Chiles y el Cumbal pasaba yo mis días tristes en esa felicidad misteriosa de que sólo son capaces ciertos corazones.

Cuando el crimen de haber azotado a un general, un *veterano de la independencia* fué a *resonar en* las naciones vecinas, don Pedro Pablo García Moreno, hermano del delincuente, desmintió en Lima con laudable prontitud el desafuero que se atribuía a su hermano, y dijo en "El Comercio", que de *ser verdadera semejante atrocidad se seguiría que ese* hombre muriese abrumado bajo el peso de la execración del mundo. El hecho era positivo, auténtica la noticia. Los hermanos de aquel bárbaro protestan junto con todos los suramericanos contra sus insensatas *tropelías*; y habrá un *escritor*, un *periodista*, un encargado de los intereses generales, un guardián de la moral pública, un vigilante de la libertad, un oficial de la democracia que alce la voz y llame a la dominación vitalicia al ser infausto que está condenado a muerte *por el tribunal del Nuevo Mundo*, a *las penas* eternas por la justicia del Todopoderoso!

¡Qué doctrinas! La republicana desecha la de los hombres necesarios, y la de los providenciales es impiedad entre nosotros, cuando no fué sino sandez en Napoleón III. *La elección de Grant para un tercer* período no sería admisible en los Estados Unidos, porque olería a *cesarismo;* la de García Moreno es necesaria en el Ecuador, porque "difieren las circunstancias". ¿Qué circunstancias? ¡ah, señores! este vago, hueco, *fantástico vocablo no entraña muchas* veces sino la nada; pero una nada malévola, nociva; vientecillo apenas sensible que causa la muerte, como esos aires disimulados que en ciertos países soplan a modo de zéfiro y matan a modo de simoun. Las *circunstancias no quieren que Grant se perpetúe en* los Estados Unidos, Sarmiento en la República Argentina, Murillo en Colombia, y exigen que García Moreno sea eterno en el Ecuador. Estos suben por

elección libre, gobiernan con rectitud, concluyen con honor, descienden con modestia, y no incurren en fatuidad y vanistorio afirmando que sólo ellos son capaces de regir sus naciones respectivas. Que García Moreno piense y aun diga que en la suya no hay sino él, aun no tan malo; que mande a sus Eutropios pensar y decir lo mismo, es natural: ya otro de su calaña mandó que se le tenga por Cibeles, madre de los dioses; y el que tal no creía y confesaba, incurría en delito de lesa majestad. Pero que hijos de otros padres, escritores de luces, periodistas acreditados hagan a un pueblo todo el sumo agravio de no concederle sino un hombre, es cosa que no sufre el corazón. ¿Conocen ellos a ese pueblo? ¿Conocen a esos hombres? Piensen, confiesen y sostengan que García Moreno es Cibeles, madre de los dioses; pero no cierren a palos con los que no lo confiesan porque no lo creen. Pueblo donde no hubiese más que un hombre, estaría condenado a la conquista o a la barbarie. Bien es que los dioses no mueren; y si el viejo Saturno se los iba comiendo conforme le iban naciendo, la madre Cibeles le parió tal hijo que se llamó Júpiter. Pero si no mueren se van, amigos míos; ¿no saben ustedes que los dioses se van? Se fueron de la Francia, se fueron de la España, se fueron de Roma, se fueron de Nápoles: emperadores, reyes, papas, ¡a la edad media! *¡Vade retro!*

Del Paraguay, se fueron; de Buenos Aires, se fueron; de Bolivia, se fueron; de Guatemala, se fueron; del Salvador, se fueron; el doctor Francia, Melgarejo, Carrera, Dueñas, dioses de menor cuantía, títeres del Olimpo, ¡se fueron! y no así como quiera, sino marcados en la frente con el hierro con que los pueblos señalan a los tiranos para que sean reconocidos en las regiones infernales.

García Moreno no se va todavía, el esfinge no se mueve: su castigo está madurando en el seno de la Providencia; mas yo pienso que se ha de ir cuando

menos acordemos, y sin ruido: ha de dar dos piruetas en el aire, y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo. Los jesuítas le han cortado el rabo para cuando lo hayan menester: ¿les valdrá la reliquia? Los dioses se van, amigos míos; se van también los diablos: Jesús es el que viene: Jesús nos trae la redención, la libertad, la democracia.

Volvamos a la política. *Las circunstancias* suenan a motivo transitorio, que no data de quince años, ni se extiende por el porvenir durante la vida de un hombre: reina ya quince años ese tiranuelo, ¿y todavía alega las circunstancias para no apearse? Pues si es de condición que en tanto tiempo no ha podido ordenar las cosas de manera que entregue honradamente el mundo, y sin temor, a otro ciudadano, de presumir es, seguro es que las circunstancias durarán tanto cuanto esa alma de diablo mueva ese cuerpo de bruto. Tiene en su persona todos los caracteres de la longevivencia: bien repartido, pecho espacioso, osamenta gruesa, sólida; el temperamento, ígneo; las extremidades, enormes: cabeza, pies y manos de gigante. Cuando algún geólogo averiguador, rebuscando en provecho de las ciencias las ruinas de Quito, después de algunos siglos, halle sus restos fósiles, ha de componer con ellos un mastodonte. Frisa con los sesenta años nuestro hidalgo el día de hoy; por la parte que menos, se vive sus treinta más; y hemos de esperar a que se muera? ¡Justicia del cielo! ¿Quién no legitimaría la usurpación, el régimen tiránico, si todo fuera alegar las circunstancias? Fundadnos la política en la filosofía, las razones en la razón, si queréis reducirnos a vuestros pensamientos: en tanto que las circunstancias vuelan con el humo, no hay que palpar ni que apreciar en ellas. La gran circunstancia de los pueblos es la libertad; la de los hombres, el honor: oscurantismo, tiranía, servidumbre son malas circunstancias, amigos y señores.

Si va a la hacienda, ¿quién no sabe la ruina vergonzosa del Ecuador, bien así en lo tocante a la riqueza pública como a la particular? La moneda es desconocida, el ruin papel es el símbolo de los valores; y el pueblo, el pueblo que trabaja, el pueblo que suda, el pueblo que da de comer, no come: el pueblo tiene hambre, tiene hambre el pueblo, ¡cosa horrible, cosa inaudita en Suramérica! Los diez mil italianos de capilla, los veinte mil jesuítas, las cien mil genízaras que con nombres variados y pintorescos han importado del viejo mundo, se comen lo poco que alcanza a producir un pueblo aherrojado: sabido es que el trabajo libre es el productivo. Los frailes son los únicos que tienen dinero. "Cuando lo he menester —acaba de decirme un notable comerciante,—no voy a tal ni a cual casa mercantil; voy a una celda; los padres me sacan de cualquier apuro, por mi dinero". La usura ha nacido y vivido en el convento; ojalá muriese en el patíbulo. Cada fraile extranjero es una ventosa pegada a las carnes de ese pueblo desdichado: todos tienen rentas cuantiosas, todos tienen industrias, todos hacen milagros, desde el enviado del Papa, y a la sombra del tiranuelo: las iglesias están saqueadas, las custodias falsificadas, las imágenes desnudas. Un tal Tavani, internuncio, hizo tanto en Quito, que de vuelta a Roma, Antonelli le suscitó tres causas criminales, y una de ellas la de simonía. Pero como había llevado medio millón de pesos, él tuvo la justicia de su parte, y hoy vive a lo cardenal en un palacio. Esos quinientos mil duros, ¿para cuántas necesidades no hubieran servido en el Ecuador? El "Star and Herald" acaba de anunciar que el reverendo Padre Potter, de la Compañía de Jesús, ha sido nombrado ministro de Instrucción Pública en el Ecuador. "Este parece ser—añade el respetable periódico—el paraíso de los jesuítas; y está muy bien que los *humildes* secuaces de Jesús a quienes la civilización de nuestro siglo insiste en perseguir,

hallen un lugar de descanso, aun cuando sea en las costas del Pacífico". La ironía no puede ser más en favor nuestro: los hombres a quienes la civilización repele, hallan su paraíso en el Ecuador, que naturalmente será más civilizado que Europa y que toda América. Aquí tienen ustedes, señores del "Star and Herald", confesada y pregonada por ustedes la barbarie de García Moreno. En su conciencia, ustedes están de acuerdo con nosotros; ¿pues cómo sostienen lo contrario? Cuando aun no acaba de reirse el Nuevo Mundo de ver a ese ingenioso Cayo dedicar por un acto solemne la República al Sagrado Corazón de Jesús, ¿cómo se ha de maravillar de que los jesuítas compongan su Ministerio? Hombre jocoso: ha repartido su ejército en cuatro divisiones: "División del Niño Dios", "División del Buen Pastor", "División de las Cinco Llagas", "División de La Purísima". Y donde los regimientos se llaman en otras partes "Húsares de Apure", "Dragones de a caballo", "Granaderos de la guardia", "Lanceros de la muerte", en el ejército de García Moreno se llaman "Hermanos Católicos", "Hijos de Su Santidad", "Guardianes de la Virgen", "Ejercitantes voluntarios". Pues han de saber ustedes que el ejército de García Moreno entra a ejercicios, confiesan y comulgan desde los generales. Si no estuviera tan manoseada, tan vulgarizada, tan apocada esta palabra de Cicerón, *risum teneatis*, aquí me la decía yo, porque aquí encaja.

Parece que la clerigalla extranjera ha recogido ya el último centavo: para salir de apuros, García Moreno ha recurrido al empréstito, ese yugo tan pesado bajo del cual gimen los gobiernos poco advertidos, bajo del cual medran los de escasa probidad. ¿Cuándo llegará el día de que el mal del empréstito no sea necesario porque lo rehuyamos con el trabajo y la economía? El empréstito, molestia del presente, azote del porvenir, espectro que aterra a los gobiernos probos. García Moreno ha recurrido al empréstito:

ha de ofrecer cinco por uno, y lo ha de conseguir: ¿qué le importa? él sabe que no será él quien lo pague. El empréstito, cucaña para los prestamistas, ganga para los negociadores, boda, jolgorio para los jesuítas. Pronto, pronto esos millones: el Padre Alfarache los exige, la madre Labrusca los reclama.

No concluiré sin suplicar a mis lectores no tomen a la letra un principio consignado en este escrito y ligeramente desenvuelto: hablo del derecho de insurrección, que sería sobrado atrevido si no se le encerrase en los límites que piden la razón y "un derecho superior", cual es el que tiene la República de existir; "principio que domina todo el edificio social y político", según acaba de sentar el hombre más consumado en materias políticas y sociales de los Estados Unidos. Este es el honorable Reverdy Johnson, quien acaba de decidir que Mc Enery no tenía derecho para derribar el gobierno del usurpador Kellogg, y que la revolución de la Luisiana ha sido un acto ilícito, aun cuando el electo legítimo hubiese sido el dicho Mc Enery; y que todo lo que le cumplía al pueblo luisianés era *esperar con paciencia*. Reverdy Johnson ha juzgado en un solo punto de vista; ni había otros en los cuales se presentase la materia: Kellogg entrampó las elecciones y se declaró gobernador de la Luisiana; Mc Enery reunió la mayoría de sufragios, y fué burlado por su competidor: ¿tuvo derecho para tomar por la fuerza lo que sus conciudadanos le habían concedido de su buena gracia? Un juez competente, anciano en quien concurren la experiencia, la sabiduría y la probidad, ha decidido que no, porque del principio contrario se seguiría la anarquía. Pero si a la usurpación hubiera añadido el dicho Kellogg el crimen de atentar contra las instituciones democráticas, de imponer su pura voluntad con vilipendio de las leyes, de erigir el cadalso como el altar de la patria, de ahogar a los hijos de ella bajo un sinnúmero de frailes ávidos de su sangre, de plan-

tear el fanatismo como principio filosófico, de declarar el *Syllabus* la ley de la república, después de haberla vendido varias veces a las naciones europeas; y si sobre esto se añadiese la resolución de perpetuarse y aun nombrar su sucesor después de sus días: el sabio, el justo, el patriota Reverdy Johnson hubiera decidido que el pueblo de Luisiana no había tenido derecho para derribar al usurpador? ¡No! Y si tal lo decidiera, habríamos dudado de su sabiduría.

Con harto fundamento esperamos, señores redactores del "Star and Herald", que ustedes rectifiquen los conceptos del artículo que ha motivado el presente opusculillo; y mucho más si hacen memoria de los tan contrarios que más de una vez han consignado en su periódico, obedeciendo a la ley de la justicia. Para la popularidad y el buen nombre de que goza el "Star and Herald" sobran razones: un periódico no cobra tanto crédito sino por la elevación con que trata las cosas y la rectitud con las que deslinda: ¿de dónde ha podido suceder que hoy salga a cuestas con la apología de un tiranuelo cuya extravagancia raya en locura, tiranuelo unánimemente aborrecido en las naciones suramericanas? El escritor se atiene a los hechos públicos, y no a las adulaciones con que un hombre de escaso pudor se recomienda él mismo. ¿Qué son los papeles que él manda escribir, los informes de sus agentes, para con las traiciones a América, los azotes a generales de la independencia y otros crímenes grandes y espantosos que puestos sobre el Pichincha están gritando al mundo: juzgadle, juzgadle? Obra será del autor de su vida sacar a luz los negros secretos de esa tiranía; a un transeunte le ha salido al paso la ocasión, y tomándola en globo, no tiene tiempo ni humor de entrar en esas particularidades que disgustan como una muchedumbre de sabandijas. Pero es un deber de todo americano señalar los traidores a la patria común; de todo republicano combatir el despotismo y la perpetuidad; de

todo hombre de bien levantarse contra lo inicuo y poner la voz en lo alto de los cielos. No es tiempo perdido el que se emplea en favor de nuestros semejantes, ni el camino es malo porque se gaste una jornada en volver por los derechos de los pueblos. No desmayar en ningún tiempo ante la muerte ni ante la calumnia, este es el secreto por cuyo medio hemos alcanzado la venganza de la tiranía, título glorioso al respeto de los hombres libres.

JUAN MONTALVO.

Panamá, 28 de octubre de 1874.

TIPOGRAFÍA DE M. R. DE LA TORRE E HIJOS
1874

# XXI

## EL ULTIMO DE LOS TIRANOS

CUARENTA y cinco años de existencia, corta edad para dos épocas de larga tiranía; Flores y García Moreno se han repartido la libertad del Ecuador en dos mitades; quince años el uno, quince el otro; ¿qué queda para la vida, la civilización, la honra de este pueblo antes sufrido que vil, antes desventurado que merecedor de su desdicha? Rocafuerte, Roca y Urbina demostraron que de esta sección de Colombia podía hacerse una república digna de su independencia y señorío; y los ecuatorianos acaban de manifestar que merecen la libertad ganada junto con los venezolanos y los granadinos en las gloriosas batallas contra España, Carabobo en Venezuela, Bocayá en la Nueva Granada, Pichincha en el Ecuador, campos sagrados a donde en los días solemnes de la patria desciende el espíritu de los héroes a remover el fuego que dejaron prendido en sus altares. Las sombras de Bolívar y Sucre, se dan la mano levantadas sobre los montes, y protegen e inspiran a cien pueblos que se mueven al impulso de esa gran máquina que se llama civilización del Nuevo Mundo. La sabiduría de los pueblos consiste en la libertad; fuera de ella no hay sino tinieblas; la servidumbre es el abismo donde desaparecen honor, pundonor, honra, gloria, todas las virtudes que así a los hombres separadamente como a las sociedades humanas califican de grandes. Tiempo ha que nuestros vecinos y hermanos viven ocupados de hartarnos de oprobios, y

con ellos de amarguras, imputándonos de tendencia a la esclavitud; un demonio puestas las rodillas sobre el pecho, las manos en la garganta, mantenía la patria sin dejarla respirar en esta horrible pesadilla de que acaba de despertarse; el tirano murió, el monstruo se desvaneció; ¡Gloria a Dios, ya somos libres!

Si García Moreno muriera en su cama, el pueblo ecuatoriano habría quedado señalado para siempre con la marca del esclavo; ha muerto a puñaladas y sus víctimas poseen ya su título para la consideración de las naciones libres.

Tanto había hecho el tiranuelo, se había dado tanta maña, que tuvo la obra por completa, escondidas sus raíces en lo profundo del infierno; mas el puñal de la salud se aguza en luminosas tinieblas; esa muela no cruje, un aceite encantado la suaviza; Sijeriano y Parteniano saben muy bien lo que hacen; Calígula puede dormir tranquilo hasta que el dedo del destino se extienda desde la eternidad y le indique a sus . . . matadores; guárdenos Dios de llamarles asesinos. Invocaremos despacio y en filósófico recogimiento el espíritu de Carlota Corday, y veremos si no es este el caso de llamar libertadores a los mancebos generosos que no han vacilado en ofrecer sus vidas a la salud de todos.

"Mis contrarios están en el deber de matarme; si no lo hacen los extermino", le dijo García Moreno al ministro de Colombia, la última ocasión que, levantándose sobre un perjurio, se alzó con la dictadura. ¿Qué decís, señores, qué decís del hombre que funda un gobierno en el principio del exterminio; cuya máxima y cuyo fin es la guerra a muerte a sus semejantes? Conforme al dictamen de García Moreno, muy respetable en la materia, los que le han quitado la vida no han hecho sino cumplir con un deber respecto de su persona; sino se la quitaran, cometerían injusticia y mal obra para con él ya que omitían el cumplimiento de una obligación que él mismo considera estricta.

En ese nefando sistema la moral va tan desviada como la política; gobernante que no sólo tiene por justa, mas aun por debida su muerte a mano de sus conciudadanos, mala opinión debe tener de si mismo y de sus cosas. Si era un deber de los ecuatorianos el quitarle la vida, ¿de qué se queja? No se queja. Ha entrado en la jurisdicción de la eternidad, y los que corren por cuenta del juicio divino, reciben con júbilo la sentencia, cuando les toca en parte la gloria; cuando las penas eternas braman y maldicen.

Las víctimas innumerables que él ha sacrificado en el ara de Satanás; las negras traiciones a la familia hispanoamericana; los actos desaforados contra la civilización de nuestros tiempos; el *tributo indígena* con que había infamado a todas las clases; los fines tenebrosos de su tiranía; la manera infernal con que la llevaba adelante, son artículos de proceso harto conocidos, para que nos detengamos en ellos ahora que la conmoción, la urgencia nos obligan a escribir a vuela pluma. Nuestro fin es coadyuvar al restablecimiento de la libertad, haciendo por contener los males y desgracias que estos grandes sucesos suelen traer consigo. El talión nunca ha salido bien a nadie: con esta ley descabellada no se salvan las naciones: si hubiéramos de fundar en la venganza la suerte futura de la patria, y ¿qué sangre, qué lágrimas, qué rapiñas, qué delitos y atrocidades de todo linaje bastarían para que los agraviados quedaran satisfechos? Dificultades son esas que se vencen con el *perdón*; castiguen las leyes; sólo lo que ellas hacen está bien hecho; generosidad es parte esencial de la grandeza. Miserables seríamos, indignos de estos altos principios por los cuales hemos combatido y padecido, si llegada la ocasión fuésemos a imitar al tiranuelo cuya política hemos condenado con tanto vigor y constancia. García Moreno era el jugo; sus esbirros son la zupia; él era el espíritu, ellos son el cuerpo; él la calentura, la fiebre; ellos la lepra. Muer-

*to García Moreno, olvidados sus ejecutores;* matarlos ¿para qué? no perjudican. Mas ruégoos consideréis lo absurdo que sería, si los guardianes del serrallo pretendiesen continuar el régimen del tiranuelo, pequeño, pero cruel; ruin, pero eficaz, engreído con el triunfo del crimen, ciego con los favores de la fortuna. El alma de García Moreno, a virtud de la metempsicosis, se halla alojada en las entrañas de un chacal de las ruinas de Palmira, o se aposenta en un puerco bravío de nuestras selvas del oriente; no ha pasado, sin duda, a uno de esos peleles que deja ahí con nombre de ministros y generales ¡Daos, metemuertos, Daos!

La tiranía queda abolida en el Ecuador; el puñal de la salud lo ha declarado, lo ha firmado. Mandó García Moreno un día comparecer en su presencia a un anciano venerable (1): "Usted—le dijo—tiene parte en un plan de asesinato en mi persona". "¡No! —respondió el anciano—usted sabe que yo no soy partidario ni del tiranicidio: cuando usted propuso en la sociedad del "Quiteño Libre" asesinar a Flores, yo me opuse". La réplica del tiranuelo fué un arranque de furia contra uno de los más beneméritos patriotas que ha conocido la ciudad de Quito. El discípulo del puñal ha muerto a puñaladas. Cuando él esperaba a Flores tras las puertas de calle, el puñal que resplandecía en las tinieblas era el de la salud; el que le ha quitado la vida en manos de tres adolescentes más resueltos que él, es para sus secuaces puñal de reprobación. Rara virtud, por cierto, la del lobo: a fuerza de devorar en el rebaño, engendra allí leones. El mayor bien que se deriva de esta aventura generosa es la fundación de los derechos sociales, el imperio de las leyes: esas negras sinrazones que él llamaba leyes, no; las inspiradas por la inteligencia y el buen juicio; las acomodadas a las necesidades

(1) Don Manuel Angulo.

de los tiempos y los hombres actuales, sí. ¿Qué es esto de, valido de la fuerza coger un pueblo, diezmarlo, azotarlo, acocearlo, uncirlo la yugo, tiznarle el rostro, beberle la sangre, jugarse con su honra y declararse dueño de él para toda la vida? El malvado que tiene por un conjunto de jarcias una vasta porción de hombres, la tira al suelo y se divierte con ella, sepa, y lo sabe desde Nerón, que la obra hecha a imagen y semejanza de Dios no es desfigurada impunemente. Tarda a veces el castigo; pero llega, y es terrible.

Donde corre sangre humana; donde resuena el falso juramento; donde sacuden el azote; donde violan a una nación virgen; donde el fraude mueve las manos; donde la calumnia se fatiga y no descansa; donde el verdugo es un prohombre digno de veneración; donde el robo anda condecorado; donde la hipocresía extiende sus sombras; donde el sacrilegio provoca a la divinidad, no entra Dios, no entra, ¡réprobos! Ni crimen ni pecado que García Moreno dejase de atribuir a la Providencia; Dios era el ministro de sus obras; este nombre, santo y terrible, siempre en sus labios ponzoñosos; ejecuciones arbitrarias, confiscaciones, asaltos de todo género a la sociedad humana, afrentas a sus semejantes, triunfos propios, desgracias de sus adversarios, todo por Dios, todo para Dios; Dios le movía la lengua para jurar falso, el brazo para herir firme: sacrílego. El puñal de la salud, ese puñal que le ha abierto la garganta, ¿es también obra de Dios? Responded, vosotros que os juzgábais sus predilectos, porque le ofendiaís impunemente de día y de noche, al sol y en las tinieblas. Malo soy; pero no harto impío para decir que Dios obra junto con nosotros cuando nos volvemos indignos hasta de su misericordia con nuestros crímenes y vicios. La Providencia divina es cosa tan grande, que no cabe en lo infinito; tan superior, tan vaga e inexplicable, que al contemplar en ella quedamos abis-

mados, perdidos en sus inmensidades. Pero como hay también providencia humana, esa que influye en las naciones y determina su suerte, bien podemos invocar la Providencia cuando se van en humo los tiranos, y ellas se levantan exclamando: ¡Libertad! ¡libertad!

"El Ecuador en despecho—me escribían de Quito el cuatro de agosto;—los escritos de usted tienen gran parte en esta noble exaltación: una chispa, esté usted seguro, le inflama, y vuela la tiranía". El seis *de agosto, el tirano había volado.* Si García Moreno sigue oprimiendo desde el sepulcro, cual otro doctor Francia, será ese el soplo transitorio de un fantasma: los difuntos no son fuertes y constantes sino en lo que mira a la eternidad. Eutropio ha decretado luto nacional por tres días; los pueblos adornan sus casas con flámulas y gallardetes colorados: ¡tan grande era el amor que profesaban al padre de la patria! El puñal de la salud ha hecho un milagro en el brazo de la nación, no en el de un hombre; no hirió en el tirano, hirió en la tiranía; el tirano voló, la tiranía volará. No hemos hecho sino prender en las entrañas de los jóvenes ecuatorianos el amor a la libertad; el modo de conquistarla, quedaba a su juicio. Una de las *jactanciosas necedades de García Moreno* era decir que había vuelto imposible la revolución: si la volvió imposible, ¿qué tiene que objetar a lo que le ha sucedido? Nos fué dable poder algo contra la tiranía; plegue a Dios que algo podamos por la cordura, la mesura, el alto porte que cumple a un pueblo, después de acción tan rica y elevada, cual es el recobro de la libertad perdida. La servidumbre del tiranuelo no merece el nombre de Congreso; mas soy de parecer que hasta una ficción sería admisible en tan estrecha coyuntura: un poder fantástico suele suplir al real, cuando lo requiere la salvación del orden. Señores diputados, ¿queréis evitar pronunciamientos, hechos de armas, efusión de sangre, anarquía con

todos sus males? Si os halláis reunidos, nombrad un jefe o un Consejo supremo, convocad la *convención*, y retiraos. Así obraréis como prudentes, y evitaréis grandes males públicos y particulares. Si aterrados con la muerte de vuestro amo y señor, habéis huído, perdeos en buenahora en la oscuridad. Dado este caso, usted, amigo León, suponga por un instante que es hombre de talento, y dígale al pueblo ecuatoriano: "Cread vuestro gobierno provisorio: éste a su vez convoque la Convención"; y váyase a su casa. La constitución de García Moreno es un documento de ignominia para todos: rotas las cadenas, roto ese papel nefando. El hombre que aquí indicamos, es prenda de mansedumbre y sinceridad de parte nuestra; Borrero no tiene sobre sí la nota de apasionado; será manso, y lo es por naturaleza. Liberal, como persona de conciencia, debe serlo; pero con tacto, con medida, cual conviene a la sabia política. La comuna, a los frenéticos de Belleville: liberales que discurrimos con la cabeza fresca, y hablamos la mano metida en el pecho, no aprobamos la muerte del arzobispo de París ni el incendio de las Tullerías. La calumnia sistemática de nuestros perseguidores no nos han sacado de quicio; el destierro perpetuo no nos ha desesperado; las injusticias devoradas no nos han corrompido. Si para las malas acciones hemos de huir de nombrar a Dios, para las buenas conviene invocarle. El nos alumbre y nos guíe.

JUAN MONTALVO.

1875.

# XXII

## MUERTE DE GARCIA MORENO

Ateniéndonos a las ideas de este hombre singular, pudiéramos decir que *Dios ha dispuesto* y ordenado la tragedia que tiene conmovido a un millón de hombres. *El Altísimo preside el Universo*; las cosas todas, grandes y pequeñas, están sujetas a *leyes inmutables* que *no reciben incremento* de la fe, ni sufren menoscabo de la incredulidad; fúndanse ellas en la sabiduría infinita, y no han menester sanción humana para girar majestuosas en la órbita de la eternidad. Ahora, si Dios dispone y resuelve aparte cada suceso de la vida, si él lo mira y lo produce, punto es que pudiera precipitarnos en tenebrosos errores cuando nos empeñásemos en dilucidarlo. Si Dios interviene en todas nuestras acciones, no podemos, sin ofenderle hacer otra cosa que callar y llorar, en siendo malas o terribles; alabarle, en siendo buenas y favorables. ¿Dios quiere que un hombre muera tal día? ¿Dios dispone del modo que ha de morir? Temed caer en sacrilegio, si lo negáis; en contradicción, si lo concedéis. García Moreno ha muerto; nadie duda de que esto ha sucedido porque Dios lo quiso; ha muerto a manos de sus semejantes; ¿quién de vosotros, sus amigos y vengadores, dudaría de que ésta fué también la voluntad de Dios? y si no fué su voluntad, ¿cómo vino a suceder aquel fracaso? Las cosas que más claras nos parecen son las más oscuras: la Providencia es un abismo; abismo de luz tan viva y grande, que nuestra mezquina inteligencia no

puede mirar en él. Si Dios quiere una cosa, si Dios la hace, nuestro deber son la conformidad y el silencio. Como ignorantes, seamos humildes: dejando aparte materias que no alcanzamos a penetrar, y menos a explicar, hablemos de las que están a la vista general; ni es tiempo de engolfarnos en los mares de la filosofía y la teología, sino de ir ligeramente por el campo más restringido de la política.

La muerte de un individuo en cuyos hombros está sustentada una máquina complicadísima, de suyo es acaecido grave; después de ella, las cosas han de tomar por fuerza nuevo aspecto. El régimen de García Moreno requiere un García Moreno: su temperamento ígneo, su voluntad inflexible, su prestigio, su poder sin límite fundado en sus calidades personales; robustecido todo esto por inauditos favores de fortuna, le volvían capaz de una negociación estupenda, cual es el ir, contra corriente por el raudal poderoso de las ideas modernas. Tan fuerte, tan inquebrantable como regidor absoluto, que muchos de los que no aceptaban su manera de gobierno han creído necesario quitarle la vida. El sistema político-social de este gobernante era un enorme absurdo, con el mérito de haberse planteado y sostenido dentro de los términos de la antigua Colombia, pueblo que atentó contra la vida del Libertador por apego a la libertad; mérito negativo, como véis; mérito preñado en títulos que no ilustraban sino la vanagloria de un hombre. La herencia de García Moreno sería la ruina de cualquiera: alce la frente otro hijo de la fortuna tan raro como él, y lleve adelante sus máximas y obras: ¿cuál de vosotros, sus adictos, se conceptúa capaz de mover las ruedas, tan fáciles ya de manejar para ese hábil maquinista? Sed cuerdos y modestos, mis buenos amigos: la salvación de la patria y la vuestra en vuestras manos están. Llame el Congreso a los pueblos a elegir un gobierno provisional; convoque la *Convención*, y vamos, señores, a recons-

truir la República, a volverla República. El despotismo en Suramérica, es una utopía bárbara. García Moreno, a virtud de ciertas rarezas inherentes a su persona moral, favorecido por circunstancias tan extraordinarias como análogas a sus fines, consiguió *plantearlo y sostenerlo por algún tiempo*. *Mas acabáis* de ver que las ideas republicanas son la esencia del americanismo, y que no hay pueblo manso, benigno, sufrido en el Nuevo Mundo que admita forma de gobierno sino la fundada por nuestros padres, *los héroes de la independencia*. Miradlo bien, señores: no hablamos aquí de tiranía; no es esta la ocasión: el primero, el gran punto sobre el cual debe cargar el juicio de todos, es la forma de gobierno. ¿Qué importa que unos pocos la llamen republicana cuando no lo es? *Yo presumo que han matado a* García Moreno, mirando al despotismo antes que a la tiranía: no hay suerte que no sufran los pueblos, como vean próximo el término de sus males; si no alcanzan a columbrar el fin de ellos, echan por el camino *más corto*. *Los* que han quitado la vida a García Moreno trataron, a mi parecer, de destruir, no al hombre, al presidente, sino al dictador perpetuo: dictadura vitalicia no sufren ni esclavos, menos aun naciones que han saboreado este dulce, saludable manjar que llamamos libertad. *Casio y Bruto en esto* hicieron pie para matar a César, el varón más completo, y por tanto el mayor que ha producido la especie humana. Murió García Moreno: Dios ha querido privarnos de este excelente hombre; conformémonos, ¿qué hemos de hacer? *Si no nos conformamos*, damos en impíos, cabalmente cuando más necesita de nosotros la religión. Pues señor, ya hay quien vuelva por la religión cristiana con más fuerza que García Moreno. ¡Ah, señores! seamos razonables, y no *demos* que reir a las repúblicas *vecinas*: echar una capa de ridiculez sobre un suceso trágico, es necedad. En el Ecuador, y en la América del Sur, no hay más

sarracenos que vosotros. Lo que os cumple, lo que debéis hacer por conveniencia pública y privada, es provocar una confraternidad. Si la guerra es de religión, *su fin será el exterminio de uno de los partidos:* nunca los hombres se parecen más a Satanás, que cuando pelean y se matan a nombre de Dios.

La muerte de García Moreno es, y no puede ser otra cosa, una revolución: revolución, en este caso, trae consigo su respectiva constitución. Cooperad a ella, salvaos y salvad a todos. Si la sabiduría de la historia aprovecha alguna vez, no pongáis en olvido que senados, congresos, hombres sabios, en trances como el presente, han tomado una magnánima resolución. Los senadores romanos dieron indulto general después de la muerte del dictador, teniéndolo a sana política. Si os ponéis a ensangrentar la sangre; si ajusticiáis a esos niños conspiradores, y cargáis de grillos al padre inocente por el hijo; si queréis iros con el huracán de García Moreno, podréis, desde luego, vengaros, castigar; pero, como no podéis destruir *todo, en tierra caliente echáis semillas cuyo* fruto será mortal. Este es el caso de quedar como personas de juicio, quedar bien. Si, dando por concluído el despotismo, citáis a los ecuatorianos a tomar parte en sus propios asuntos, convocáis la *Convención*, y todos de consuno hacéis por remediar los males públicos y particulares, yo alcanzo que el Ecuador no será en adelante ese campo funesto de perseguidores y perseguidos, matadores y matados, sino pueblo que después de una larga época de desacuerdo entre sus miembros, entra en razón y hace lo necesario para vivir como ordena el Dios de las humanas sociedades. ¿No os ocurre, amigos, que el del Universo, el de cielos y tierra mismo haya hecho esto de apartar un hombre allá hacia la eternidad, a efecto de que millares de sus semejantes queden vivos, y otros muchos permanezcan donde él los ha puesto? Patria, hogar, familia; amor, amistad, hacienda; alguna satisfacción,

a cada cual le son indispensables. Vosotros os llamábais felices; las viudas, los huérfanos del gran número de ciudadanos a quienes vuestro grande hombre quitó la vida; los tres mil desterrados o emigrados, sus padres, hijos, deudos, probable es, natural es que no se tengan por dichosos. República donde todos sus hijos no participan de las ventajas de la asociación civil, no es, sin duda, obra de sabiduría ni modelo de naciones.

¿Qué decís, señores, qué decís? *¿Asesinato alevoso?* No, señores, no es asesinato alevoso la muerte de un dictador, a cuatro pasos de un cuartel, a medio día, frente a frente; es conjuración de muchos, conspiración, y las conspiraciones por algo principian. Conspiración la han llamado los mismos de vosotros que hablan con más justicia: "Han iniciado una conspiración", dicen los oficiales del cuerpo de artillería volante, hablando de los matadores; y nada han visto con más asombro los extranjeros residentes en Quito, que tal suceso como la muerte de García Moreno se hubiese verificado. "A la una de la tarde, escribe uno de sus adictos; en presencia de quinientos veteranos, en el centro de ciudad tan populosa, sin que persona de los transeúntes y mirones hubiese acudido a favorecer a la víctima, ni a aprehender a los criminales después de consumado el hecho".

No era el individuo lo que los conspiradores querían eliminar; era su sistema de gobierno. Vosotros, señores del Congreso, y vosotros, señores del gobierno, sois muy dueños de llevar adelante ese sistema hasta cuando os sea posible; mas contemplad en que con un toque de sabiduría echáis el olvido sobre lo pasado, y hacéis el mayor bien que puede recibir un pueblo, cual es el de la paz en medio de la libertad; la libertad en medio del orden; el orden sostenido por el respeto a las leyes; las leyes fundadas en la razón y la conciencia. Al congreso no le pertenece la elección del *jefe supremo* o el gobierno provisorio,

tanto porque ella debe ser popular, según la ley, cuanto por que elecciones hechas bajo el imperio de los actuales gobernantes serían elecciones de García Moreno, y no es esto lo que proponemos. El pueblo ecuatoriano se ha determinado a reconquistar su libertad; él debe ordenar sus cosas de la manera que tenga por conveniente. Quiera el Señor suavizarnos los sentimientos del ánimo, y dar pábulo a la luz de nuestra inteligencia.

JUAN MONTALVO.

OCTUBRE 27 DE 1875

IMPRESO EN IPIALES EN LA IMPRENTA DE NICANOR MÉDICIS Y REIMPRESO EN QUITO, EN LA DE F. BERMEO, POR J. MORA

## XXIII

## MISIVA PATRIOTICA

Guayaquileños:

Mi calidad de compatriota vuestro sería título corriente para dirigiros la palabra en el conflicto en que se halla la república. Si quebrantos y amarguras sufridos por la patria dan a uno autorización para hablar por ella, sabed que soy de los que llevan devorados siete años de destierro, y de los que no veían otro fin a sus males personales que el fin de los males públicos. García Moreno ha muerto: no os doy una noticia; siento la base de lo que tengo que deciros. La muerte de García Moreno trae consigo un cambio de instituciones, y esto salta a los ojos de todos los ecuatorianos de juicio. La especie de monarquía absoluta que ese poderoso había fundado sobre las ruinas de la democracia, no puede, no debe subsisitir, cuando su fundador ha desaparecido. El cimiento de ese tétrico absolutismo era su poder personal; poder inrestricto, fortificado por la cooperación de los que participaban de sus ventajas, dilatado por el terror, sellado con la sangre del pueblo ecuatoriano. El espectro acaba de desvanecerse al conjuro de dos niños de colegio; ¿y los mayores seguirán puestos al yunque, esperando otro martillo? Los hijos del Pichincha dieron el primer paso; paso arduo, terrible; paso de muerte: vosotros, hijos del Guayas, dad el segundo: no tenéis sino quererlo. Revolución, armas, sangre a raudales no son necesarias: vuestra voluntad expresada con firmeza sería suficiente, puesto que a

ella se uniesen la memorable Cuenca, los otros pueblos y ciudades que en todo caso han acudido presurosos a la salvación de la patria. La constitución dada por García Moreno es un documento de ignominia: en ella se fundan las repúblicas suramericanas para tratarnos de miserables, de esclavos. García Moreno ha muerto, ¿y habremos de sufrir la dictadura de un difunto, de una sombra? El doctor Francia no reinó desde el sepulcro sino tres días: los sucesores de García Moreno se proponen hacerle reinar sin término sobre vosotros. ¿Qué interés abrigan estos ciudadanos, buenos o malos, en llevar adelante una obra que, si se viene abajo por la fuerza, causará destrozos dignos de memoria? Valiera más ayudasen a desmontar la máquina que no alcanzan a mover, y en paz, y en amistad si fuera dable, los ecuatorianos juntos estableciesen el nuevo orden de cosas que imperiosamente demandan los tiempos y las tendencias generales. Los patriotas del norte, los hijos del Carchi han dado la voz en el asunto de pedir reformas, constitución nueva, *convención:* acoged, guayaquileños, sus indicaciones y levantad con el propio fin la voz de Olmedo, Rocafuerte, Roca y todos esos grandes campeones de la libertad que sabe dar de sí el poderoso Guayas. Muere García Moreno, y el nombre de Flores resuena en juntas presididas por obispos, en el teatro del gran acontecimiento! ¿Es éste un desafío a muerte al pueblo ecuatoriano? ¿una afrenta atroz a la revolución de marzo? ¡Oh mengua! ¡oh vergüenza! Del seno de Quito salen dos niños, héroes, fanáticos, delincuentes furibundos, o lo que sean; y hay en Quito quien ose proferir el nombre de Flores sobre el cadáver de García Moreno! Pues yo digo que me abriera las venas, traspasara mi sangre a las de García Moreno y le resucitara mil veces, antes que ver un Flores en el trono del Pichincha, sobre los laureles de Sucre. ¿Y dónde están los Carbo? ¿dónde los Borrero? ¿dónde los Aguirre? ¿Con

que Armodio y Aristogiton habrán consumado su obra, para poner un Flores en lugar de García Moreno? ¡Guayaquileños, indignaos! ¡Guayaquileños, desplegad vuestra bandera, la bandera de marzo, la de la convención de Cuenca! El espíritu de los guerreros, los guerreros de la Elvira, desciende sobre vosotros; viéndoos estoy; la sangre que se os agolpa a las mejillas, es de vergüenza; tembláis de cólera, se os infla el pecho heroico, dáis un grito sublime, y por los ámbitos de la república vuela encendida esta palabra: ¡Libertad! ¡libertad!

JUAN MONTALVO.

Orillas del Carchi, 25 de agosto de 1875.

IMPRENTA DE MÉDICIS

## XXIV

## LA CONSPIRACION DEL 6 DE AGOSTO EN QUITO (1)

ERA nuestra resolución llorar en silencio al hermano que acabamos de perder, herido en medio de una gran tragedia; y nos habríamos mantenido firmes en esa resolución hasta que el jesuitismo desencadenado hubiese dado lugar a la verdad y la razón; pero cuando a la desgracia del patíbulo viene a añadirse la de la difamación y la calumnia, deber nuestro es salir al frente de los perseguidores de los difuntos. Un libelo infamatorio que tiene por título "El Tradicionista", publicado en Bogotá, presenta la muerte del tirano del Ecuador como un hecho sin fundamentos grandes, y obra de unos pocos *infames asesinos*, que la consumaron por motivos particulares, y de ningún modo por consideraciones públicas y generales: *infames asesinos*, jugadores de profesión y borrachos, en quienes no podían haber obrado impulsos nobles. Los esclavos de García Moreno se encargan de desmentir a ese órgano violento y feroz del despotismo y la tiranía llamado "El Tradicionista" y le desmienten de este modo: En el mensaje que el Encargado del Poder Ejecutivo pasó al Congreso después de la muerte del tirano, se lee que ella fué "el primer paso de un vasto plan". Lo mismo se

---

(1) No fueron los adolescentes Cornejos quienes escribieron este opúsculo: lo escribió Montalvo y lo firmaron ellos en Ipiales, adonde salieron expulsados. (N. DEL E.).

registra en varias de las manifestaciones que el gobierno ha hecho firmar a los batallones y a los particulares; lo mismo en las correspondencias que "El Tradicionista" ha publicado, sin caer en cuenta de la contradicción. "Una vasta conspiración", como la llama el ministro de García Moreno, no puede ser calificada de *asesinato alevoso*, ni los conspiradores pertenecientes a ella pueden ser tenidos por *infames asesinos*. El que yerra en el principio tiene que errar en la consecuencia; y cuando el fundamento de una cosa es falso, falsos son los pormenores.

Este asunto pertenece a hombres más caracterizados, de más edad y experiencia que nosotros: *esas plumas* que "El Tradicionista" dice que se levantarán para inmortalizar a García Moreno en el Ecuador, están levantadas para entregarlo al ridículo, pues le describen con tanta exageración como *justo y divino*, insultan a sus enemigos con tal bajeza, faltan a la verdad con tal impudencia, que hasta los imparciales juzgan bien de los conspiradores del 6 de agosto.

Nuestro hermano idolatrado, Manuel Cornejo Astorga, perteneció a la conspiración; y fué tal su buena fe, su conciencia, su ternura, que se opuso tenazmente a que nosotros tuviéramos noticia de ella, por que nuestra buena madre, nuestra familia no quedase en completo desamparo: la muerte era una probabilidad, y según los preparativos y las palabras del conspirador era para él casi una seguridad, como después lo hemos sabido. En efecto, el más entusiasta de los jóvenes ha sido el más desgraciado: desgraciado por el género de su muerte, no por la causa, que por esta es feliz. Morir por la patria, la libertad, la civilización, el bien de todos, y morir bien, es una felicidad. Que las víctimas de García Moreno hablen de su tiranía, su infame sistema de gobierno, no será cosa muy autorizada para sus adoradores: oiga "El Tra-

dicionista" y conteste las palabras del "Star and Herald", periódico de tanta fama. Su número del 20 de agosto contiene lo que sigue:

"Por fin llevó su merecido el tirano que, durante quince años, ha consumado sus crímenes en nombre de la República; crímenes que afean los anales del Gobierno más despótico que la fuerza bruta y el poder clerical fundaran en ningún tiempo. Ha muerto como un perro con rabia a los golpes de tres hombres. Algunos de sus satélites, y esto es natural, hablan de él como de un mártir, pero la ciudad de Guayaquil, ha sido un puro regocijo desde la llegada de la noticia. Sea lo que quiera de las revoluciones, nada es peor que el estado de terror y esclavitud de ese pueblo. La muerte de García Moreno le ha vuelto la respiración, sin producir desorden ni anarquía. Durante su dictadura, que ha durado quince años, ha desterrado a todos los que no profesaban sus principios. No podía sufrir a los hombres que se atreviesen a tener pensamiento. Sus congresos se componían de sus gentes asalariadas: él les daba sus órdenes, y hasta les mandaba lo que habían de decir. Un solo voto que procediese de la conciencia no se ha dado durante su administración. Prisiones y deportaciones eran sus castigos más leves: como alguno se atreviese a mostrar su parecer en contra del suyo, el verdugo estaba listo. El secreto mediante el cual mantenía su poder sobre las tres cuartas partes de un millón de personas, era digno de tal hombre: envileció su religión sirviéndose de ella para sus propios fines; y no sabemos si fué sincero en sus creencias, pero las envileció. Con las finanzas arruinadas, tenía sin embargo para dar al Papa 30,000 pesos por año, y mantener y equipar un ejército de jesuitas y más frailes, igual por lo menos al de soldados, si no superior en número. Y había al mismo tiempo declarado al Ecuador demasiado pobre para que pudiese

pagar ningún dividendo de la deuda extranjera (1). El secreto del confesionario lo tuvo en sus manos: por medios de esta naturaleza llegó a tener conocimiento exacto de lo que pasaba hasta en el fondo de las casas. Aparentaba creer en la eficacia de un amuleto enviado de Roma, y en todos los actos de su vida (buenos o malos) invocaba a Dios y le pedía su bendición (¡la bendición de Dios para los crímenes!). Si las prácticas externas constituyen al hombre religioso, él lo era; pero cuando le vemos usar de la religión y sus ministros como resortes de la policía secreta, no podemos menos que tenerle por un hipócrita consumado. Como financista, no menos que como político, siempre ha salido mal. Nunca tuvo escrúpulo en proporcionarse, por medio de exacciones, lo que necesitaba; y so pretexto de que nada era para él, no hablaba sino de sus manos limpias y su desinterés, como quien no percibía ni su sueldo (2). En ningún tiempo conoció aprensiones para servirse del poder público en provecho propio. Su hermano Pedro Pablo litigaba una vez con un extranjero; y viéndose perdido, instigó a su hermano para que desterrase a la mujer con quien ese extranjero estaba para casarse. El presidente, en efecto, la desterró en el término de ocho horas. Las últimas pruebas de la justicia de García Moreno son estas: tres oficiales, adictos a la revolución del general Veintimilla, según García Moreno, fueron absueltos dos veces por los tribunales, en vista de su inocencia; García Moreno manda juzgarlos por tercera vez, ordena se les condene, y los fusila: todo en el espacio de ocho horas; los redactores del papel titulado "La Nueva Era",

(1) García Moreno, faltando a la verdad, aseguró en su último mensaje que ha amortizado no sabemos cuantas deudas, y ha pagado millones de otras. El *Star and Herald* sostiene que no ha pagado ni un dividendo.

(2) Esta, como todas las cosas de García Moreno, es falsa. Ha percibido siempre su sueldo, y algo más. Muere en reputación de avaro.

absueltos en tres instancias, mandados poner en libertad por la Corte Suprema, son condenados por él, y sufren la pena de destierro. García Moreno deja tras sí un nombre execrado por casi todo el pueblo. Ha degradado la nación cuanto puede degradar una nación un mandatario. Muchos años transcurrirán antes que su letal influencia se desvanezca; y nunca, mientras dure esta generación, se pronunciará su nombre sin que sea maldecido".

El señor Miguel Antonio Caro, redactor de "El Tradicionista", ve en ese hombre al *justo* al *divino*, al *ungido del Señor*. La sangre derramada por García Moreno, las exacciones, el embrutecimiento de todo un pueblo, la hipocresía, el secreto del confesonario sirviendo de resorte de policía; son cosas sagradas para ese horrible divinizador del crimen. ¿Por qué llaman *infames asesinos* a los conspiradores del 6 de agosto? Porque han matado a un hombre: García Moreno mató millares de hombres; luego él es mil veces asesino. Como acabamos de ver en el "Star and Herald", los mataba inocentes, contra la ley, y aun después de sentencia absolutoria. El que a este hombre llama *grande*, *justo*, *santo*, es sin duda pequeño, injusto y poco digno del cielo. García Moreno, desde que nació, ha sido el hombre del puñal. ¿Cómo el admirador de éste puede alzarse con tanta furia contra los libertadores de un pueblo? No son, no pueden ser *infames asesinos* los matadores de un monstruo, como el descrito en el "Star and Herald", periódico de reputación americana y aun europea. Caro no puede defender ni una buena causa sin injurias y falsedades; ¿qué será cuando defiende una mala? Cansados estamos de saber por los periódicos de Colombia y los colombianos que él, como redactor de "El Tradicionista", recibe un sueldo secreto de la curia: *plumas serviles* son las que escriben por dinero; y *plumas perversns* las que escriben de mala fe y litigan por los tiranos: *plumas serviles* son las

que viven de adulación y salario, eternamente empleadas por los que mandan, como la del corresponsal de Caro, el poetastro que trata de desfigurar a nuestro difunto hermano. ¿Pudiera él decir bajo su firma lo que dice bajo el secreto de la complicidad? Certifiquen los quiteños si Manuel Cornejo Astorga, uno de los conspiradores contra García Moreno, ha sido borracho y jugador de profesión, ateo notorio y las *otras cosas* que asegura el *corresponsal* de Caro.

La parte de nuestro hermano en la conspiración contra el opresor y verdugo del pueblo es tan noble como la de sus compañeros: conspiró por convicción, por conciencia, por honor nacional. "El mundo exije la caída de este tirano; pues conspiraremos, demos en tierra con sus inicuas aspiraciones, y, si es preciso, muramos", les había dicho a sus camaradas (1). Desde que García Moreno engañó a todos en la última revolución contra el gobierno del señor Espinosa, nuestro hermano concibió una aversión profunda por ese embustero, y meditó en la conjuración que a uno y otro les ha llevado a la tumba. El señor Antonio Flores, uno de los admiradores más exaltados y amigos más fieles de García Moreno durante su vida, empleado y rentado por él en el espacio de quince años, sale el día de su muerte a declarar con la voz de la verdad lo que realmente era el tirano a quien ha servido siempre. Los cargos que le hace en su proclama son: la ruina completa del crédito nacional; el haber abrazado mucho para no concluir nada; un ferrocarril imposible a costa de los acreedores del Estado; las penas bárbaras, propias de pueblos bárbaros, y otras acusaciones de esta naturaleza. En

(1) El fué quien se opuso con más firmeza a la muerte del dictador alegando que había más valor en prenderlo, por ser mayor el peligro, más gloria en cargarle de cadenas para conducirlo a los tribunales, y más justicia en hacerle saborear la amargura de su caída. Tiempo habrá para que el mundo conozca en su verdadera importancia el papel que representó nuestro hermano en aquella grandiosa conspiración.

cuanto al carácter del individuo, le pinta como un hombre despiadado, que se goza en su ferocidad, "obrando—dice,—no por razón sino por impulso; inhumanamente cruel, de ambición insana"; y otros rasgos tan enérgicos como verdaderos. Los que prometieron *sostener con su espada* la candidatura de Flores, acaban de hacer saber a sus amigos estas cosas, tomadas y traducidas de la "Revista Católica" de los Estados Unidos. Si los amigos íntimos, los cómplices de García Moreno, no esperaban sino su muerte para declarar su opinión sobre él, mal puede el señor Caro estar esperando esas *plumas calificadas* que se levantarán a trasmitir sus virtudes a la posteridad. No espere sino *plumas serviles* que digan del sucesor de García Moreno lo mismo que han dicho de éste plumas de sus correligionarios, como la del señor Antonio Flores, católico apostólico romano.

No podía el pueblo del Ecuador expresar mejor su pesadumbre por la muerte del tiranuelo, que echando abajo el gobierno que él había dejado, a los gritos de: "¡Viva la libertad! ¡vivan los principios liberales! ¡abajo el Ministerio!" Demostración general, elocuente, decisiva. El 2 de octubre es el testimonio más digno de fe del odio profundo que los oprimidos han abrigado por el opresor, y el horrible tapaboca que ellos dan a los propagadores de las falsedades que tienden a divinizar al real y verdadero enemigo de los principios morales y religiosos.

Parece que adrede han descrito a los conspiradores del 6 de agosto con rasgos diametralmente opuestos a los suyos propios. Abelardo Moncayo es un joven lleno de virtudes públicas y privadas. Como institutor de niñas en un establecimiento muy acreditado, sus buenas costumbres tenían que ser notorias, y lo eran: estudioso hasta el insomnio y la pérdida de la salud; de moral rígida, de carácter firme y leal. Si era el mozo perverso y corrompido que dice "El Tradicionista" según sus corresponsales, ¿cómo

sufría su presencia García Moreno en un plantel de educación? ¿cómo los señores Salazar, empleados de García Moreno, le daban parabienes en el establecimiento de su pariente, la señora Josefa Salazar? Para pintar a Moncayo como un malvado *lleno de los vicios de su secta*, recuerda "El Tradicionista" que vistió hábito; pero no dice que fué el de la Compañía de Jesús. Moncayo no había nacido para enemigo de Dios y de la humanidad, y dejó la Compañía.

Roberto Andrade, el hombre sombrío, el tahur de profesión, como le llama "El Tradicionista", es un joven apasionado de los estudios, lector de tragedias, amigo de la historia; exaltado, entusiasta hasta el delirio. ¿Quién conoce en Quito a ese hombre sombrío, taciturno y feroz de que hablan los corresponsales de "El Tradicionista"? Era el más locuaz y alegre de nuestras reuniones: hablaba de libertar a su patria; repetía de memoria los trozos de las historias relativas a Bruto; leía en voz alta las páginas que le habían iluminado e infundido valor, y siempre acababa con una risa ingenua y amable. Sus profesores y condiscípulos son testigos de que el resultado de sus exámenes correspondió siempre a su constancia y laboriosidad.

Ninguno más amistoso, más relacionado con todo el mundo, más risueño y franco que Manuel Cornejo Astorga: ni jugaba, ni bebía, ni tenía otros vicios; hasta su misma consagración al estudio de los anales de la patria, ha servido para dar pábulo a la calumnia de sus enemigos. Si vicios hubiera tenido, ¿quiénes sino los jesuítas habrían sido los culpables? El fué su discípulo lo mismo que nosotros.

Las ocupaciones de esos jóvenes eran honestas: habían fundado el periódico titulado "El Alba", y por distraerse y aprender, vivían empeñados en el estudio y la escritura. Estos no son seguramente los malvados llenos de vicios, los jugadores y borrachos a quienes entrega al verdugo "El Tradicionista". Y

si la muerte de García Moreno es, como dicen, obra de las logias masónicas de Chile y el Perú, ¿cómo sus agentes fueron a buscar borrachos y tahures de profesión, cuando es sabido que éstos no sirven para nada? Ni al borracho se confía un secreto, ni el jugador es bueno para empresas de matar tiranos. Con que los ebrios de profesión son los más a propósito para esas cosas! ¿Y qué dirán las logias masónicas de Chile y el Perú al verse llamar asesinos de García Moreno? El ridículo de este caso solamente puede disminuir la temeridad. "Las logias masónicas habían resuelto la muerte de García Moreno", y la comunicaron a "El Tradicionista" por conducto del señor Juan León Mera.

En cuanto a Faustino Lemus Rayo, al señor Miguel A. Caro, como compatriota suyo, le toca hacer la defensa. Fué el único de los conspiradores en quien no obraba quizás el santo amor de la patria y la libertad cuando daban la muerte al tirano. Pero sí sabemos que ni aun a éste le sedujo el dinero ni otro móvil ruin; quizás en él obró el deseo de quedar como libertador y héroe del pueblo que le había recibido; o quizás fueron causas personales las suyas; pero es una de las más ridículas calumnias que han propagado nuestros enemigos, decir que Rayo era el jefe de la conspiración: brazo, instrumento sería, y no podía ser otra cosa. Cuando García Moreno buscó entre los enganchados un hombre *para todo*, ¿no se lo presentaron a Rayo? ¿Para qué le tomó, le tuvo a su lado, le acarició tanto tiempo, si ese hombre era *para todo?* García Moreno no ha tenido otro hombre de más confianza que Faustino Lemus Rayo. Saque de esto el señor Miguel Caro alguna filosófica y católica consecuencia.

Concluiremos este imperfecto escrito con el hermoso artículo que acaba de venir de la culta ciudad de Popayán, y véase que no todos piensan como

Caro en Colombia, ni tratan de los sucesos del Ecuador con las palabras insanas y atroces de ese hijo tenebroso de la inquisición. Dice así:

"Sin entrar en consideraciones filosóficas acerca del derecho que tengan o no los pueblos para libertarse de sus tiranos por cualquier medio, nos limitamos a congratularnos con nuestros hermanos del Ecuador de que hubiese desaparecido de entre ellos el hombre funesto que ha causado la ruina moral de su patria. Los decantados bienes de García Moreno son todos de calicanto: paredes, casas, conventos; la civilización, la libertad, la moral política han sido el blanco de su furia destructora durante el largo período de años que ha mandado como emperador absoluto. ¿Qué necesidad tienen los esclavos de palacios? Con más gusto andan los hombres libres por entre abrojos, que los esclavos por calles bien empedradas. Empedrar calles, he aquí la grandeza de García Moreno. Los colombianos propendemos al progreso material, pero ante todo cultivamos la inteligencia, la libertad, porque sin ella no puede haber adelanto de ninguna clase y menos satisfacción lícita para un pueblo. Si entre los colombianos hay quienes imprueben la obra de los liberales del Ecuador, les preguntaremos simplemente si ellos hubieran sufrido un García Moreno en Colombia? Si nos responden que no, les falta razón para reprobar en otros lo que ellos mismos hubieran hecho con justicia, si nos responden que sí, no son dignos de llamarse compatriotas nuestros. Nosotros no hemos tenido ni un tirano duradero, y es por que siempre hemos pensado que no debíamos sufrirlo: los jóvenes ecuatorianos que acaban de libertar su patria a costa de sus vidas, han reparado la falta de sus padres y han dado un terrible ejemplo para lo sucesivo: terrible, pero laudable; en el Ecuador no habrá otro tirano de la estofa de García Moreno. No hay más que leer la Constitución dictada por este pequeño Gran Turco, para

calcular su atrevimiento. En cuanto a la tiranía, la historia vacilaría entre Rosas y García Moreno, y probablemente la palma se la llevará éste, porque al fin el gaucho degollaba, mataba de contado: el martirio pertenecía al *genio* de García Moreno. Un distinguido ecuatoriano, el señor Juan Borja, murió en un suplicio atroz, digno de los inquisidores de Felipe II: a otros ha matado de hambre el grande hombre de los jesuítas; a otros a fuerza de látigo; a otros de mil maneras bárbaras y feroces. El que ha pasado la vida ocupado en matar, ha muerto matado. Si la vida del hombre es cosa santa, ¿por qué unos han de tener derecho de quitársela a sus semejantes, y creerse ellos solos exentos de la ley de la muerte? Un matador de profesión debe temer a cada rato morir a manos del pueblo a quien diezma y destruye. García Moreno había impuesto pena de la vida por toda clase de delitos; su ley se ha cumplido en él, y no hay más. Y no ha muerto, como dijeron al principio sus herederos políticos, a manos de *asesinos*, sino a manos de conspiradores: conspiración vasta, general; conspiración de todos, hasta de los amigos eternos de García Moreno . . . . . . . Aguirre, Arteta, Gómez de la Torre, Polancos, nos escriben de Quito, toda la aristocracia de la capital está reducida a prisión; se entiende los jóvenes, los hijos de estas familias. Los jefes de cuerpos en quienes más confiaban, se hallan actualmente sujetos a consejo de guerra, y serán probablemente fusilados. Cumplida la primera parte de la empresa, fracasó ésta por la traición de un comandante Sánchez, que lejos de hacer pronunciar el cuartel, lo contuvo. Los jóvenes hicieron su deber de revolucionarios y serán víctimas. Llamar a esta obra *asesinato*, es ya un absurdo: ha sido revolución, y estupenda: está probado.

"En cuanto a nosotros, lejos nos hallamos de dar gusto a la diplomacia; el señor Rueda ha prometido el dolor de la nación colombiana a la memoria de

García Moreno; Dios nos guarde de este delito de leso patriotismo, lesa libertad, lesa civilización. El hombre de Tulcán y Cuaspud no puede ser llorado por *nosotros*, y el hombre de Trinité y de García de Quevedo ¿qué ha de causar en pecho americano sino indignación, vivo o muerto? Los conservadores se inclinan a llorar por García Moreno, sin advertir la traición que hacen a Julio Arboleda, su talismán. ¡Pensar que el enemigo de todos los partidos de Colombia les hubiera sido útil en algún tiempo, es un absurdo!

Popayán, septiembre 20 de 1875".

El "Diario de Cundinamarca", por su parte, *ha unido su voz* a las de los que defienden la libertad y los derechos de los pueblos y combaten a los tiranos. He aquí como se expresa en su número del 7 de septiembre:

"El correo del Sur que llegó ayer tarde a esta capital nos ha traído la siguiente carta de nuestro corresponsal en Pasto, relativa a la muerte del Presidente del Ecuador.

"También insertamos adelante la hoja sobre el mismo asunto, suscrita en Ipiales por el señor Juan Montalvo. Hoy sólo tenemos tiempo para unir nuestro acento a la voz patriótica de este distinguido escritor, voz que se eleva para conjurar las pasiones del odio y de la venganza y para llamar a los ecuatorianos al único puerto de salvación política que les queda: la convocatoria de una *Convención*.

"Es tiempo de que aquel pueblo digno de mejor suerte, se reconstituya sobre las bases de la verdadera república, ya que por tanto tiempo ha vegetado bajo la presión del despotismo y la ignorancia, con

positivo dolor de sus hermanos del continente que anhelan su regeneración y su progreso. ¡Quiera la libertad, fuente de todo bien, levantarse sobre la tumba de García Moreno y esparcir su luz bienhechora en todos los espíritus, asimilándolos con el atractivo de sus dones que hacen de cada hombre un verdadero soberano!

*Señor Director.*

La muerte de García Moreno es el primer paso hácia la libertad del Ecuador. Empeñados en desnaturalizar aquel suceso trájico, han dicho desde luego los del Gobierno que ha sido una venganza puramente del colombiano Rayo, á quien García Moreno habia despojado de unos cientos dos mil pesos; despues, i viendo las proporciones del acontecimiento, dijeron que las lójias masónicas de Chile i el Perú habian hecho matar, a fuerza de dinero, al campeon del catolicismo en Sud-América; ahora la llaman ya con su verdadero nombre, *conspiracion*, i no es otra cosa. Parece que ésta fué mui vasta i bien meditada, i que vino a fracasar por algun incidente, despues del primer paso. La obra es de esudiantes, jóvenes de 20 a 22 años, varios de ellos pertenecientes a familias principales de Quito, ricos i distinguidos en las aulas. Los móviles que les han impelido a esta proeza son puramente la vergüenza de la ignominia i el amor a la libertad; *pues García Moreno acababa de reelegirse para otra presidencia* de seis años, i ya estaba hablando de cosas que habia de hacer dentro de diez, doce i para adelante. El mando perpétuo, esto es, la tiranía vitalicia, era una firme resolucion en su ánimo.

Convencido de esto los jóvenes a quienes los jesuitas no han podido corromper, se han resuelto hacer lo que no han podido los mayores. Hai algo de raro, de ROMANO en este hecho: varios de los conspiradores tienen tres ó cuatro hermanos, los cuales no han sabido en qué berengenal se hallaba su hermanito; pues sucede que casi todos los Brutos son los Benjamines de las familias.

Es ridiculez atribuir a motivos ruines la obra de estos muchachos: absteniéndonos de calificar el hecho, los motivos son nobles, i en la ejecucion mostraron gran valor matando a García Moreno en la puerta casi de un cuartel, a medio dia, como todos han visto. Sabemos que el folleto "La Dictadura perpétua" produjo una exaltacion loca en la juventud de Quito; tanto que el Arzobispo lanzó excomunion mayor contra los que leyesen esa produccion, lo cual hizo que todo el mundo se apresurase a copiarla con su mano. García Moreno habia ya intentado hacer excomulgar otros escritos

del Cosmopolita, pero el Arzobispo se habia resistido; por último lo consiguió (1) i le salió peor: despues de eso no hubo quien no se empeñase en leer aquel folleto.

Con escándalo se está viendo en Quito reducir a prision i cargar de grillos al hermano por el hermano, al padre por el hijo; esto sucede cabalmente con un anciano, padre del jóven Andrade (2), muchacho de 22 años, i uno de los principales conspiradores, como que fué quien le dió el balazo mas certero que García Moreno ha llevado en su vida. Suponer que un anciano, *cristiano viejo, hombre de reputacion intachable, de presedentes* honrosísimos, habia de tener conocimiento de la calaverada del menor de sus hijos. ¡Esos hombres no saben qué hacerse: dicen que los jesuitas son los que ahora están sosteniendo la máquina desbaratada, pues no hai un solo individuo entre los empleados i amigos de García Moreno capaz de cosa buena, ni por la intelijencia, ni por el valor.

Pasto, 20 de agosto de 1875.

---

(1) El autor de esta excomunión es el señor arzobispo José María Riofrío. Ese documento consta en el *Star and Herald* del mes de agosto último; y los escritos sobre que recae la censura son todos los comprendidos en el folleto publicado en Piura por el señor A. U. C. El *Star and Herald* hace presente que siendo puramente políticas esas obras, es un enorme abuso el de aquel prelado.

(2) En Colombia se divulgó esta noticia, la que no es exacta, y aun en Quito se decía lo mismo; pero si este hecho es inexacto con respecto al señor Rafael Andrade, no lo es respecto a nosotros, que fuimos arrastrados a la prisión, donde yacíamos cargados de grillos en el momento mismo en que se vertía la sangre de nuestro hermano. Jorge Villavicencio, jefe de policía, se expresó en estos términos en presencia de muchos individuos de tropa, al dar la orden para que nos remacharan los grillos: "Tengo pena de dar órdenes semejantes contra personas inocentes". El señor Francisco Antonio Arboleda, encargado entonces de la cartera del interior, interrogado por uno de nuestros mejores amigos acerca de la razón que había para que no se nos pusiera en libertad, respondió que aun no estábamos juzgados. "¿Y por qué no se los juzga?" insistió nuestro amigo. "Por que no se les encuentra causa", contestó magistralmente el señor ministro. De manera que, según el concepto de este *hombre público*, debíamos perpetuarnos en la prisión. El mismo señor Arboleda inscribió uno de nuestros nombres en las notas oficiales que debían circular en las provincias, ordenando que se nos capturara, "por pertenecer a la pandilla criminal", según él se expresa. Esto lo hizo una hora después de que se nos redujo a prisión,

La nunca bien celebrada "Estrella de Panamá" en su número del 16 de agosto, dice así:

"Ha caído García Moreno ....................

...............................................

"Es máxima antigua y muy sana la de callar en presencia de la tumba cuando no se puede decir bien del difunto; pero los hombres públicos son pública propiedad y sus actos oficiales están indisputablemente sujetos a la pública censura, y quedan impresos como huellas en la historia para indicar a los que detrás vienen, qué senderos deben seguir y cuáles evitar.

"Sansón murió junto con sus enemigos los filisteos, aplastados por el templo que él derribó. García Moreno, muerto ya, a no dudarlo, sepultado bajo los escombros del templo del fanatismo, obra suya, ¿habrá perecido solo, o lo acompañarán en el camino de la muerte, moral aunque sea, sus amigos los frailes y demás gentes de traje talar, de exótica producción?

"Sí, el *vae victis* de un pueblo indignado y por largo tiempo oprimido, será su lema respecto de los ejércitos de ministros que profesaban de palabra al Cristo y lo negaban de hecho.

"García Moreno ha sido herido de muerte por jóvenes más valerosos que él. Lástima que su primer asaltante, sacrificado por honrar la patria, no haya sobrevivido a su heroicidad para mostrar el lívido rostro del dictador al pueblo, exclamando: ¡SIC SEMPER TIRANNIS!"

Con semejantes apoyos y otros muchos que valen más que "El Tradicionista", quedamos tranquilos respecto al lugar que la posteridad designará a nuestro hermano en los fastos de la patria.

Los hechos se califican por la opinión de las personas que gozan de autoridad, y al mismo tiempo componen la mayoría. Si gentes interesadas en el sistema de gobierno y la persona de García Moreno

se empeñan en reputar su muerte de *asesinato alevoso*, mil periódicos de fama, hombres de juicio y conciencia, ecuatorianos y extranjeros tienen aquel suceso por obra magna de salvación y virtud. Bastaba considerar que el fin trágico del tirano del Ecuador no ha sido efecto de razones ni pasiones personales ni aisladas, sino consecuencia necesaria de sus hechos públicos, de su carácter de opresor de pueblos, para que su fin no sea confundido con esas muertes oscuras que constituyen el *simple homicidio*. Consideren los más apasionados de García Moreno que sus matadores le han quitado la vida, no por odio personal, no por mera venganza, no como a un rival aborrecido, sino como a tirano, esto es como a enemigo público. En todo caso, la muerte de García Moreno es un *tiranicidio*, y no un *simple homicidio;* las circunstancias en que ella se verificó, constituyen una *conspiración* y no un asesinato. *Parricidio*, como torpemente dicen los más necios, no puede ser en ningún caso: pues no le mataron por su amor, su ternura, sus bondades, sus desvelos, su abnegación, sino por su odio, su dureza, su egoísmo y sus crímenes: padre que infunde terror y reina en medio de la sangre derramada, no es padre sino verdugo. El padre domina por el afecto en el corazón; el padre procura el bien de los hijos; el padre los educa, los civiliza; el padre goza por derecho natural del amor y la gratitud de su descendencia; y no hay hombres en el mundo, por perversos que sean, que maten a su padre. La prueba incontestable de que García Moreno no era padre de los ecuatorianos sino su verdugo, es que, el acto de su muerte, ha sido aplaudido por miles de hombres imparciales, y aprobado por naciones enteras, llamando a los conspiradores, *héroes, valientes, libertadores de su patria*. Ya el Ecuador no gozaba el nombre de nación civilizada, ni lo merecía: García Moreno había hecho de él un conjunto de esclavos, privándoles de la libertad, robándoles todos

los bienes sociales, y envileciéndoles con castigos infames y crueles. Pues, bien, los esclavos le han *muerto, por recobrar tantas y tan santas cosas como* habían perdido a manos de ese bebedor de sangre.

Nosotros probaremos, a su tiempo, la *conspiración;* los que niegan a los pueblos el derecho de conspirar contra los tiranos, probarán a su vez el que ellos tienen al exterminio de sus semejantes.

Ipiales, 15 de octubre de 1875.

RAFAEL CORNEJO.
FEDERICO CORNEJO.

TIPOGRAFÍA DE NICANOR MÉDICIS, POR MANUEL T. POLO

## XXV

## PROCLAMA DEL EXCELENTISIMO SEÑOR ANTONIO FLORES MASTUERZO A SUS CONCIUDADANOS

En medio de nuestras crueles zozobras, el excelentísimo doctor Antonio Flores Mastuerzo ha escuchado la voz unísona de los pueblos y viene agitado y sin tino a servir entre las diferentes facciones. Oigámosle su simpática voz de títere:

ANTONIO FLORES MASTUERZO
A SUS CONCIUDADANOS

¡Conciudadanos! Ausente de la patria, torno a su seno con circunstancias solemnes. De luto la República vengo a enjugar sus lágrimas con mi noble corazón y mi buena voluntad. Ensangrentado el trono presidencial *con un crimen sin ejemplo* (ni en Berruecos hay ejemplo) vengo a ver si me siento en él con una desvergüenza sin antecedentes. Oiganme todos con empeño, y ayúdenme sin etiqueta. Republicano demócrata, reconozco el principio de venir sobre la presa a rompecinchas, y creo sin escrúpulo que es un deber en mí aceptar con buen modo el puesto de honor y sobre el cual se ciernen las alas de la muerte. Comienzo por declarar con sinceridad que me quedo extraño a los partidos, que nunca *he sido amigo de García Moreno, ni enemigo de Ur-*

bina. Bástame recordaros que nunca he querido aceptar empleo ninguno, y que me hallo en ayunas de sueldo alguno.

(Este bellaco nació empleado, ha crecido empleado, ha de morir empleado, y ha de tener empleo en los infiernos. Sobre su sueldo crecidísimo, las granjerías ilícitas, las especulaciones fraudulentas que ha hecho como comisionado especial con las sumas ingentes de dinero que García Moreno ha enviado a los Estados Unidos para mil locuras; esas granjerías y especulaciones decimos son notorias).

¡Conciudadanos! por dos veces he rehusado la cartera con que me ofrecieran dos administraciones consecutivas.

(¿Cuándo? ¿cuáles? Nadie ha sabido. Ha rehusado las carteras, pero ha cogido las talegas).

¡Conciudadanos! si aun el paganismo calificó a la desgracia de cosa sagrada, *res sarco mister*, ¿cómo no he de calificar yo a la caridad cristiana de infortunio político? Ahora que no hay ,con todo, ni sombra de sombra ni pretexto para perturbar la paz, los enemigos del machete al que hundido en la tumba no puede elevarle pedestal más alto de gloria que conspirando después que ha desaparecido.

(En las biografías de Antonio Flores, mandada a publicar por Antonio Flores a su costa se recomienda Antonio Flores como escritor de primer orden. ¡Quién dijera que estas perrunas frases son fiel traslado de la proclama genuina! Continuémosla).

Conspirando después que ha desaparecido será con todo, sin embargo, la mejor justificación del régimen que ha desaparecido, y la prueba más irrefutable de que todo ha sido obra de pasiones y lucro personal.

(Conspirar contra un régimen de gobierno, es justificarlo. ¿Es o no cosa sagrada *res sarco mister*, un tonto?)

¡Conciudadanos! el Ecuador debe armonizar sus instituciones con las de los continentes. Debemos cultivar buenas relaciones con todos los estados: para esto suministra ejemplos Santiago, la Palestina y Filadelfia. De gala los Estados Unidos, festejan hoy us centenario con una fiesta de familia. ¡Dichosos los pueblos que festejan su centenario! La prueba más clásica de nuestra mala civilización es que no festejamos nuestro centenario.

(Quiere que festejemos nuestro centenario, ante de que tengamos cien años; y nos califica de mal civilizados, porque no los tenemos. Quédanos la satisfacción de que tampoco él será bien civilizado sino cuando los halla cumplido).

¡Conciudadanos! la severidad de nuestras leyes penales, pugna con el espíritu de la época, y con la índole mansa del pueblo ecuatoriano. Penas bárbaras son propias de pueblos bárbaros.

(¿Y qué es de la ilustración, la sabiduría, la cultura, el tino, la mansedumbre, la benignidad, la piedad, los progresos de don Gabriel? ¡Qué dirán los amigos fieles de éste al ver a Flores de acusador de su grande hombre! "Penas bárbaras son propias de pueblos bárbaros". Esta perogrullada en boca de Flores es una traición al pobre del machete. Sigue la proclama).

¡Conciudadanos! en el orden económico, la grande obra que hay que emprender es la rehabilitación del crédito público, hoy (siento decirlo) completamente destruído.

(García Moreno dice lo contrario en su mensaje póstumo. Uno de los dos falta a la verdad. ¡Flores de acusador de García Moreno! Como ya murió éste. . . Del árbol caído, etc.).

¡Conciudadanos! querer allanar los Andes con caminos, es levantar entre la nación y su prosperidad una muralla más alta que los mismos Andes.

(Por manera que la prosperidad de la nación está en que no haya caminos por los Andes. Dígalo con tiempo y García Moreno nos deja fusilado a este anticaminista).

¡Conciudadanos! la constitución de los Estados Unidos prohibe anular sus obligaciones. Las dos Américas, pero más principalmente la de el sur, carece de capitales para sus transacciones mercantiles.

(Puntos indispensables en una proclama electoral, y que darán gran número de votos al orador elocuentísimo).

¡Conciudadanos! una nación se engrandece por la honradez y la justicia, es decir, por ambas vías.

(¿Y su excelencia el doctor Flores se engrandece también por ambas vías?)

¡Conciudadanos! las más principales necesidades del Ecuador, es decir de la patria (no me refiero naturalmente al orden espiritual que no es de la competencia del poder civil) son: 1º crédito: 2º educación: 3º vías de comunicación.

(Como no sean por los Andes, que esto él no lo sufre. En el orden espiritual no se necesita crédito, ni educación, ni vías de comunicación. Los que duden de la autenticidad de ese paréntesis sublime, echar ojo a la proclama genuina. Para nada se ha de menester más talento que para ser pícaro con buen éxito. Flores quiere ser al propio tiempo, liberal, conservador; rojo, devoto; presidente en una palabra, *por el sufragio universal*; y *no consigue sino pasar* por un menguado ambicioso, que carece hasta de sentido común. Está tratando de crédito, educación, vías de comunicación, y no se refiere naturalmente al orden espiritual).

¡Conciudadanos! Chile, el Perú y la República Argentina no hubieran podido construir sus vías férreas, sin los ciento cincuenta millones de pesos que han consignado en Inglaterra.

(Hombre, si usted no nos lo dice, habríamos creído que las construyeron sin gastar medio. En adelante no erraremos; el modo de construir algo es consignar alguna cosa en *Inglaterra*).

¡Conciudadano! el Ecuador le debe al lamentado García Moreno grandes progresos.

(Las penas bárbaras de pueblos bárbaros, el crédito nacional completamente destruído; el haber abrazado mucho para no concluir nada, y otras cosas de estas que el gran Mastuerzo recuerda en su proclama).

¡Conciudadanos! Crimen sería el no conservar el protectorado católico, al cual ayudé con todas mis fuerzas (que son grandes), destinada a la educación moral y religiosa de los artesanos.

(Protectorado católico cuyo personal se compone de cuatro zapateros yanquis y tan católicos como Judas. Títulos de Antonio Flores. ¿Y qué tiene que ver la religión con la zapatería? Enseñar a los ecuatorianos a hacer zapatos según todas las reglas del catolicismo aplicado por protestantes: cosas de García Moreno).

¡Conciudadanos! mi ilustre colega, benemérito compatriota y digno amigo, el general Francisco Javier Sarnasar, se abstuvo de dar su voto, en la protección de mi candidatura, mas prometió sostenerla con la punta de su espada.

(Con la punta solamente; no se compromete a otra cosa. Lo malo es que la espada del general Sarnasar no tiene ni punta ni corte. A meos que no sea la de Tulcanti Guaspud, porque allí sí dió puntazos tales, que parecían heridas de a cuarta. La candidatura del doctor Mastuerzo en la punta de la espada del general Sarnasar; es un poema épico).

¡Conciudadanos! el dicho general a los tres días de haber prometido sostenerme con la punta de su

espada, ha salido presentado de su puño y letra la candidatura de su hermano, el doctor Luis Antonio Sarnasar.

(Esto ya no es malo, sino bueno, y muy bueno. ¿Cómo quiere Mastuerzo que el general Sarnasar esté por su candidatura y no por la de su hermano? A éste, en confianza, le puede sostener aunque sea con espada sin punta).

¡Conciudadanos! en todo lo concerniente a lo espiritual me atengo a nuestros dignísimos prelados (no me confesaré naturalmente con un sastre porque esto no es de la competencia de la aguja) y juro obedecerles ciegamente aun en lo relativo a los tres enemigos del alma: mundo, demonio y carne, son con efecto, las palancas de las instituciones modernas.

(Aquí el comentador se dió por vencido: no tiene nada que decir entre paréntesis).

¡Conciudadanos! el Ecuador no puede, sin repudiar las páginas más gloriosas de su historia, dejar de aunar sus esfuerzos para la catequización de nuestros queridos salvajes del Oriente. Desde Nabucodonosor hasta nuestros días las misiones han sido la médula del Estado. Esta es una materia en que debemos fijarnos mucho, porque es el esternón de la República.

(Si es así, no hay más que hacerle presidente a este hombre ilustre. Los salvajes del Oriente son la médula, las misiones, el esternón: pues él será el occipucio del Estado; y lo ha de haber sido desde Nabucodonosor. Habilidad se necesita para hallar ocasión de aludir a Nabucodonosor en una proclama que tiene por objeto hacer un presidente).

¡Conciudadanos! ejerced vuestros derechos soberanos con independencia, con libertad, seguridad y tranquilidad.

(¿Y la punta de la espada del general Sarnasar? ¿Quién puede ejercer sus derechos soberanos con tranquilidad cuando tiene esa punta a retaguardia?)

¡Conciudadanos! sufragad vuestros votos con juicio, despacio, con calma, con tiento, con gusto (¿y la punta?), con cariño y sin equivocarnos. (Pobre el país donde mentecatos como éste aspiran al primer puesto).

BERRUECOS Y MERCHANCANO.

Miñarica 183...

# XXVI

## LA VOZ DEL NORTE

Señor D. Juan Montalvo.

Muy señor nuestro:

Esta multitud de candidatos que salen á luz todos los dias, á cual más lleno de méritos, segun sus respectivos comitentes, preciso es quede reducida á dos ó tres. De muchas personas caracterizadas de Quito, Riobamba, Guayaquil y otras ciudades, á quienes nos hemos dirigido, sabemos ya que la parte sensata de la República está unánime respecto del hombre que ha de ser elevado á la presidencia. Deseamos ahora saber el dictámen de usted, y aun le suplicamos lo dé por la imprenta, para los fines que á la patria convengan.

NICANOR ARELLANO HIERRO,

DAVID MARTINEZ ORBE,
ECLESIASTICO

---

Sr. David Martínez Orbe,
Sr. Nicanor Arellano Hierro.

Señores:

Mi modo de pensar acerca de don Antonio Borrero es conocido, y está conforme con el sentir de la mayoria de ecuatorianos. A sus honrosos antesedentes reune la circunstancia de ser ahora una prenda

de seguridad para los cesantes, quienes han de ver en esto un rezago de su larga fortuna. Aferrarse sobre un sistema de gobierno tan insufrible para los pueblos, cuando falta el nervio de ese sistema, es necedad. Y qué razon sufre que unos encanezcan en los mandos, y otros vean consumirse su edad florida ó helarse su vejez en el destierro. Hombres hay en el Ecuador que á fuerza de disfrutar ellos solos de los bienes comunes y gozarse en los halagos de la patria, miran como perversos á los que atentan á su perpetuidad, como infames á los que aspiran al hogar perdido. Cielo, aire, luz, tierra, montes, rios de la patria, dones son que el Criador reparte por igual entre todas las criaturas á quienes asigna un pedazo de mundo. ¿Y los bienes del alma? ¿las necesidades del corazon, amigos mios? Pues ¿qué injusticia, qué atrocidad son estas de llamar ladrones á los que anhelan por volver á sus padres, sus esposas, sus hijos, cual si Dios hubiera hecho de estas santas prendas monopolio en favor de los *peores?* Tan solamente en Buenos Aires, reinando el gaucho Rosas, se han visto desterrados de veinte años: en ninguna de las otras repúblicas sud-americanas se extrema nadie hasta la semejanza de ese bárbaro, casi fabuloso por la tiranía. En Chile no hay desterrados; en Colombia no los hay; en el Perú los hay por dos ó tres meses; García Moreno fundó la dictadura perpêtua sobre la muerte y el destierro perpétuo. ¡Dios de bondad! ¿cuándo la política, la sana, la grande, la acendrada política ha tenido esas monstruosas formas?

Los sucesores de García Moreno rechazan á Borrero, como rechazarian á Carbo, Icaza, Aguirre, á todo aquel cuyo ahinco no se cifre en la continuacion del régimen tiránico y absoluto. La obra de ese genio del despotismo no puede seguir adelante sin su robusto brazo: muerto él, ¿cuál es el atrevido, el fatuo que quiera mandar sin leyes? Insigne ofensa

al hombre fuerte seria que habiendo dado con él en tierra, fuesen los ecuatorianos á echarse á cuestas el hombre fósil.

Veinte años ha que muchos herejes son católicos; esto es, que viven de las rentas de la nacion; los cinco de Urbina, los quince del otro; el empleo, el sueldo han venido á ser en ellos naturaleza; por donde les parece traicion, delito, perversidad digna del patíbulo el que los pueblos quieran al fin relevarlos de sus patrióticas obligaciones. Esta es la justicia distributiva, esta la democracia en una república sud-americana. ¿Y cómo no? Ellos solamente son cristianos; nadie sino ellos tiene derecho al suelo patrio: hogar, familia, pan, vida, cosas de ellos; porque Jesus dejó estatuido que las siete vacas flacas se coman á las otras siete, y llamándose católicas esas vacas, devoren en su nombre el reino de este mundo, que no era el suyo. ¿Borrero no es católico? y ¿desde cuándo no lo es? ¿Conque al fin, señor don Antonio, vino usted á creer en Mahoma? No señor, no dicen eso, sino que para usted aun no ha venido el Mesias. ¿Judío? ¡abrenuncio! Tampoco dicen esto; lo que dicen es que usted profesa el credo de Riminí. Segun *se me trasluce, allí viene el arrianismo:* fuera de la Santísima Trinidad, no hay presidencia, señor mio. ¡Oiga! ya cree usted en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; luego su herejía es la de los maniqueos.—¡No señor!—Pues será usted petrobusiano.—¡No señor! —Iconoclasta.—¡No señor!—Templario.—¡No señor! —Calvinista.—¡Erre que erre! soy católico.—Así nos lo pensábamos nosotros, y por eso es usted nuestro *candidato.*

Entre las cien mil personas que en toda la República proclaman á Borrero, las cincuenta mil son clérigos: "cura", escribe cada cual despues de su propio nombre; "cura". Prueba irrefutable de que el

señor don Antonio es un heresiarca de los mas peligrosos. El candidato de los eclesiásticos ha de ser católico, y esto ni el demonio lo quita.

Borrero, ¿hay sujeto mas adecuado para las circunstancias? Conservador progresista ó liberal juicioso, el movimiento razonable será su política: varon de luces, no pensará que la ineptitud es el mejor apoyo; de conciencia, descansará en los hombres de bien. Si á dicha los hallare entre sus adversarios, tómelos.

Borrero tiene en su vida una acción que le recomienda en gran manera al pueblo ecuatoriano: propuesto para vicepresidente por García Moreno, miró con desden ese alto lugar, y rehusó la candidatura, fundándose en que la eleccion no podia ser el voto libre y expontáneo de los pueblos. Aqui tienen ustedes el hombre de alma levantada, corazon bien formado, juicio recto. Tal vez á Borrero no le faltan sino teatro y ocasión para ser ilustre: por lo menos estamos seguros de que seria buen presidente, creciendo en consideracion al paso que con la práctica de las virtudes cívicas, se desenvolvian estas mas y mas en él. Borrero tiene, por otra parte, en favor suyo el ser instruído, buen escritor; si bien esta virtud no es requisito esencial del gobernante; pero es cierto asimismo que da lumbre á la magistratura, realce al magistrado. Bolívar con la pluma es tan eminente como con la espada: separad el Bolívar escritor, el Bolívar sabio del Bolívar soldado, y quedará quizá un héroe de la edad media: el genio en él resulta de la inteligencia prendida con el rayo de la guerra. Grandes escritores puede haber que no las corten en el aire en esto de regir un pueblo; mas si á la sabiduría en la política añade uno el don de convencer, conmover, embelesar a sus conciudadanos, ¿no será preferible á un gobernante lego? Costumbre ruin es levantar un candidato sobre el descrédito del opuesto. Los Estados Unidos profesan la

calumnia en época de elecciones, sin perjuicio de reconocer las injusticias, tan luego como cesa el furor de la contienda. Grant fue el blanco de la difamacion últimamente: nepotismo, fraude, hurto, nada le perdonaron. Una vez electo, mas de uno de los periódicos adversos confesó que mucho se le habia calumniado. Este sistema es nefando; apartémonos de rutina tan perversa. Bien asi en la alabanza como en el vituperio, la moderación es una virtud: no podemos extremarnos en las recomendaciones, sin dar en la bajeza; ni perseguir á todo trance á un hombre, sin acreditarnos de malévolos. Pienso que Borrero seria buen presidente, útil á la República, perjudicial á nadie. Prendas y virtudes notorias de un ciudadano, se pueden alegar cuando el caso lo pide; flaquezas, defectos, vicios de otro, si los tiene, no son secretos para nadie. El mérito de un individuo no consiste en la escasa importancia de su competidor: *valgamos algo por nosotros mismo, no por lo* exiguo del prójimo infeliz. Que vuelva yo por la salud de la patria, como debe hacerlo cada uno de sus hijos, es justo, obligatorio. Nada diré del buen hombre que propende á alzarse con la herencia del Lapita memorable. Popularidad es la gran opinion que los pueblos tienen de un sugeto, eminente por la inteligencia ó las virtudes, el cual prevalece sin ahinco, y desdeña los indecorosos favores con que le tienta la fortuna. Guayaquil, la fuerte, la soberbia; Cuenca, la populosa, la entendida habrian de sufrir una humillante desventura? Valerse ahora de la fuerza, escandalosa, brutalmente, es obligar á las ciudades á ser terribles quizá. ¡Quiteños! pueblo desgraciado, pueblo víctima habeis sido mucho tiempo; sed ya pueblo ínclito, pueblo libre. Los Salinas, los Quirogas, hijos fueron del Pichincha: mirad qué acciones las de vuestros padres; ¿y vosotros, ni muerto el dictador sereis capaces de reconquistar vuestros derechos?

La importancia, el punto de honra, y hasta la vanagloria de una provincia, harto tienen con cinco presidentes: de los nueve que ha visto el Ecuador, los cinco son de Guayaquil. Sed cuerdos como valientes, oh vosotros los hijos del gran rio. ¿Todos unos bajo el yugo, todos opuestos en la libertad? Borrero no es cuencano, guayaquileño ni quiteño: es ecuatoriano. Tiempo ha que la república se inclina á este hombre tan modesto como apto para su gobernacion: ¡guayaquileños, acogedle! Acogido le habeis; él triunfará: las bayonetas, por ahora, se harán poco lugar entre vosotros, puesto que esten infestando las provincias indefensas. ¿Qué paso tan largo diera Icaza en el aprecio y amor de sus conciudadanos con el desprendimiento delicadamente expresado ahora? Sabiduria y virtud componen esa divinidad propicia que los pueblos felices adoran bajo el nombre de Minerva.

JUAN MONTALVO.

Ipiáles, setiembre 20 de 1875.

NOTA.—Hallándose en prensa esta carta, ha llegado a nuestras manos el voto de Guayaquil en el punto de que actualmente se trata. Aguirres, Icazas, Caamaños, Viveros, Coroneles, Rocas, todas las personas notables, todas las visibles de esa ciudad insigne están conformes en un parecer. No sabemos quienes sean los opuestos a la elección de candidato tan popular como el señor Borrero. Los hijos de Cuenca no están menos unánimes; los de Quito no pueden hablar, pero harán ver.

IMPRENTA DE NICANOR MÉDICIS

# XXVII

## REVOLUCION DEL NORTE

### TRISTE PAPEL DEL SEÑOR VENANCIO RUEDA

Si las invenciones del señor Tomás Landázuri no hubieran causado los efectos que estamos viendo, lo más prudente habría sido no decir una palabra de cosas que por extravagantes y ridículas aran increíbles para los hombres sensatos. ¿No hicimos revolución cuando teníamos enemigos, y la hemos de hacer cuando no los tenemos en toda la República? ¿Contra quién era esa revolución? ¿Contra la candidatura de Borrero? Es la nuestra, propuesta por nosotros con energía. ¿Contra el actual Gobierno? No lo reputamos contrario nuestro, ni sabemos que intente hacer violencia a los pueblos en la elección del nuevo presidente. Es cosa rara que de un origen tan ruin, cual es la inventiva de un hombre de ningún valor, se levanten castillos tan grandes y se meta tanto ruido. Landázuri debe hallarse muy satisfecho de su habilidad, cuando ve a todo un congreso, a todo un gobierno y a todo un ministro colombiano, agitándose y desgañitándose por que se desbarate un sueño o se impida una quimera. Mucha ira han de tener esas entidades cuando se reconozcan objeto de la burla de un pobre diablo. Bien es verdad que este es de condición que a don Gabriel mismo, con ser quien era, le traía fuera de sí. Revolución, cada quince días: si no le amenaza, y muy seriamente, con fusilarlo, este gran don Tomás, político del Car-

chi, le habría obligado a otra guerra con Colombia. ¿Es posible que hombre a quien el mismo Ascásubi depone, tan luego como es nombrado jefe civil y militar por el Gobernador de Imbabura, tenga comodidad para formar este embolismo, y merezca crédito de un Gobierno de razón? Triste es la suerte de hombres de estado que, sobre una impostura ridícula, nombran jefes de operaciones, hacen reclamos diplomáticos, recuerdan los convenios, y aturden con despachos oficiales a las autoridades de Colombia. El señor Venancio Rueda, por librarse de la vergüenza que naturalmente debe causarle el verse juguete de un Maquiavelo de aldea, pretextará que el gobierno del Ecuador le ha obligado con sus reclamos a intervenir en los asuntos del Norte. Nosotros deseáramos saber *si un diplomático que obra a ciegas, e importuna*, y urge, y vuelve, y machaca sobre una simple mentira forjada a cuatro pasos de él, es o no un hombre ducho, un hábil representante de su patria? Y lo mejor es que parece no dar asenso a las autoridades de Colombia a quienes se ha dirigido: ya el jefe municipal de Obando le contestó que los desterrados del Ecuador no llamaban de ninguna manera la atención de dichas autoridades; que, si enganche ha habido, ha sido por cuenta de García Moreno; que no había síntoma ninguno de conspiración ni invasión; y con todo esto vuelve a la carga don Venancio. ¿Qué diablo de revolución quiere que le sofoquen? ¡Ahí tienen ustedes un ministro de Colombia de juguete de *los sucios Salazares*, esos a quienes el pueblo de Quito acaba de echar a patadas!

No sabemos qué pensar de ciertos rojos de Colombia: excitar de todos modos, insultar, despreciar a *los esclavos:* se les da gusto, y allá va la persecución. ¿Quiere el señor Rueda que se interne a los desterrados? ¿que los ahorquen? ¿que los quemen? ¿se los coman crudos? Pues venga en persona a hacer todo esto *el liberal propagandista:* sus compatriotas de

estos pueblos son más razonables que él, más consecuentes y justos, y no le complacerán con honrar la memoria del tirano persiguiendo a sus víctimas.

El señor Rueda ha llevado su aturdimiento y su pasión por las obras de García Moreno, hasta el caso de recordar al jefe municipal de Obando la *ley de policía de la frontera;* esa ley que toda la prensa sensata de Colombia calificó de bárbara y feroz. Por fortuna en este pueblo hay gente cuerda y humana, y no tememos ir al Caquetá, o al infierno, porque a un pobrete llamado Tomás Landázuri le ocurre divertirse a costa de un don Venancio. Don Tomás... Este, este es el hombre que debe ser presidente, no sólo del Ecuador, sino también de Colombia, y aun de una vasta confederación suramericana. ¿Qué dicen ustedes de uno que se levanta un día, se friega los ojos, y con la mayor holgura se echa al bolsillo un congreso, un gobierno, un ministro plenipotenciario y otras testas coronadas? Don Tomás entiende, sin duda ninguna, mucho más que don Venancio de esto que llaman diplomacia; y si el uno ha de ir de embajador a Alemania, el otro debe venir de jefe político a Tulcán; y todavía este empleo sería superior a su capacidad. ¿Qué dirá el gobierno de la Confederación cuando vea en sus verdaderas proporciones los sucesos que su ministro en el Ecuador le ha comunicado como estupendos? Cuando al despuntar el sol se descubran los batanes allí le quisiéramos ver a don Venancio. "De todos estos hechos he dado cuenta al Gobierno Federal y al señor presidente del Estado Soberano del Cauca", dice el señor Rueda en uno de sus despachos. Los batanes y los molinos, ¡qué hechos tan terribles! Nadie, nadie más que un diplomático está obligado a ver las cosas en su aspecto verdadero, como son: si el embajador de Francia en el imperio alemán comunica por la posta a su gobierno que unos cuantos franceses enganchados han invadido el imperio del viejo Guillermo, junto

con ciertos malos tudescos, y han entrado a sangre y fuego las ciudades de la frontera, y todo es falso, Mac Mahon le tira de las orejas al tal embajador, y la prensa de París le da conque pasar la vida.

Lo que le va a resultar de todo esto es que don Tomás Landázuri se los echa también al bolsillo al *Gobierno Federal y al Estado Soberano del Cauca.* Si a este viejo admirable no le dan una legación de primera clase, no hay justicia en el mundo. Cuatro días de acefalía en el pueblo de Tulcán le han sobrado para mamarse un congreso, un gobierno, un diplomático de los mejores: ítem, dos gobiernos más que le servirán de plus café; pues de seguro el Cobierno Federal pasa por donde pasó su inteligente representante.

El señor Euclides Angulo, a quien el señor Rueda designa como agente de los enemigos de García Moreno y cómplice de *los rojos,* es designado por la opinión pública como el intermediario entre García Moreno, *sus sucesores* y *los antiliberales de Pasto.* "El colombiano Euclides Angulo recibió en Cumbal cien rifles venidos de Barbacoas; los pasó furtivamente a Tulcán, y en seguida se verificó una agresión a mano armada". Al señor Angulo le corresponde contestar estos cargos. Se los dirige el señor Ministro de Colombia en Quito en su nota oficial de 12 de octubre, quien sabe las cosas *de muy buena tinta.* Si no hacemos presidente a don Tomás Landázuri, lo menos que exigen sus servicios es una legación de primera clase cerca del gobierno federal de Colombia. *Don Venancio irá de adjunto,* para que aprenda algo de diplomacia, y olvide un poco de *policía de las fronteras.*

El Ministerio del señor Polit se ha de ver atascadísimo en estos enredos, palpando la farsa, y sin poder castigar directamente al autor de ella. Don Tomás Bismarck lo hizo todo, y todo lo hizo firmar con otro: miren si el tal Bismarck es hábil. De cual-

quier suerte, un escarmiento es indispensable; sino, cualquier pícaro atrevido simula una revolución cada semana, y hace lo que quiere. El gobierno que aguanta burlas tan pesadas, las merece. Un personaje misterioso anda ya, según sabemos, pagando testigos, como tiene de costumbre, para comprobar *el enganche y la revolución*. Si el testimonio de dos Gobernadores de provincia, que ocupan el primer puesto así en la política de este país como en la estimación pública; si el testimonio de poblaciones enteras valen menos para el congreso y el Gobierno del Ecuador que el de dos o tres bribones sobornados para declarar, y aun jurar falso, no nos quedará nada que decir. Triunfe don Venancio, haga en nosotros efectiva su gran *ley de policía de la frontera*, y mándenos a los infiernos, donde nos siga atormentando su amigo don Gabriel.

Conque somos los primeros en pronunciar el nombre del candidato que todos los pueblos han acogido con entusiasmo; conservamos la paz, a pesar de las provocaciones; mantenemos el orden, a despecho de la persecución declarada contra nosotros por los agentes del difunto; despreciamos las candidaturas burlescas de Flores y don Luis Antonio; nos reímos de la espada del general Salazar (¡famosa espada!); nos tenemos por triunfantes junto con la mayoría de la nación; y el gobierno puesto por el pueblo libre del yugo nos ha de asentar también la mano! Pues ¿a dónde vamos a parar? ¿Contra quién, en favor de quién ha sido *nuestra revolución?* Los simples que han creído en tal majadería, tendrán derecho a juzgarnos tan tontos como ellos; mas no lo tienen para creernos malos y bribones. Un paso que tendiese a introducir una disonancia en medio de esta admirable armonía de todos los pueblos de la República, sería obra, no sólo de perversidad sino también de falta de inteligencia; y, a Dios gracias, tan diplomáticos

como don Tomás Landázuri y el reverendo general Salazar, no somos; pero no nos falta discernimiento.

Los fusiles de aguja venidos de Barbacoas, y pasados *furtivamente* por el señor Euclides Angulo, son los rifles enviados por el gobierno de García Moreno a sus amigos de Colombia. El señor Rueda sabe las cosas al revés, y no es esta la obligación de un ministro diplomático. Los agresores del actual gobierno puesto por el pueblo sobre las ruinas del tirano, son los amigos de ese pueblo, son parte de él; los perturbadores de la elección del señor Borrero, son los que han proclamado su candidatura de más buena fe y con más gana. Ahora, si ustedes quieren, exclúyannos del triunfo de la libertad, y persígannos como a partidarios de García Moreno: ¿qué no sucede en este mundo? Entre bobos anda el juego: ¿pues no hay zoquetes que piensan y pícaros que dicen que Urbina viene por Tumaco, y aun se halla en Barbacoas? Ojalá llegue a tiempo para que honre nuestra urna con su voto. Urbina no es un sandio ni un perverso: cuando vuelva a su patria, vendrá a servirla, no a perturbarla; respetará y sostendrá el Gobierno que, como fundado en la voluntad general, es el símbolo de la concordia. Las tentativas de Urbina contra el tirano y su régimen infame, son para él una brillante hoja de servicios; cualquier intentona de su parte en las actuales circunstancias del Ecuador, sería su sentencia de muerte civil. No la hará.

Autorizamos al señor doctor David Martínez Orbe para que desmienta por la prensa la revolución fingida y denunciada por los señores Tomás Fierro y Tomás Landázuri.

Rafael Arellano, Nicanor Arellano Hierro, Facundo Acosta, Estanislao Acosta, Nicolas Burbano, Melchor Hurtado.

(Siguen 200 firmas que están depositadas en la imprenta).

## COMPROBANTES

Ipiales á 18 de octubre de 1875.

Señor Jefe municipal de Obando.

Muy Señor mio de todo mi aprecio:

Sabedor de que el absurdo embuste relativo á invacion, asalto, funcion de armas, derrota i otras cosas, saliendo de los términos del gabinete del Ecuador, ha llegado á ser materia de intervencion diplomática, suplico á U. me diga en obsequio de la verdad, si sabe que hubiese habido ó haya en estos pueblos de Colombia enganchamientos de parte de los desterrados i emigrados del Ecuador, i si de alguna manera estos han hecho conocer intenciones hostiles al actual Gobierno de su patria. Ruego á U. asimismo certifique si ha llegado á este lugar noticia de cosas que, como pertenecientes á la guerra, no pueden permanecer ignoradas por pueblos que moran vecinos.

Si no hubiese inconveniente, le agradeceriamos copia de las contestaciones que U. ha dado á la legacion colombiana respecto del asunto de la presente carta, para lo cual elevamos la respectiva solicitud, como la ley ordena.

De U. señor, &

*David Martinez Orbe.*

---

Ipiales á 20 de octubre de 1875.

Señor Doctor David Martinez Orbe.

Muy señor mio de todo mi aprecio:

La contestacion á los puntos que U. propone, se halla en la que he dado al señor Ministro de la Union Colombiana en Quito. Como este asunto no tiene carácter de reservado, no hai embarazo para que yo otorgue la copia que U. desea.

De U. &

*Ramon Ceron.*

---

*No.*

Octubre 20.

Al señor Ministro de los EE UU de Colombia en el Ecuador.

Señor Ministro:

En mi contestacion á su nota oficial precedente dije á U. de la manera mas positiva, que los desterrados i emigrados del Ecuador no amenazaban

al actual órden de cosas de ese pais, i que los enganchamientos denunciados á la Legacion Colombiana eran de todo punto falsos. Consta ya que el dinero repartido en ciertos pueblos de este territorio salia de manos de los ajentes de García Moreno, quien seguramente abrigaba un plan contra las intituciones i el partido liberal del Cauca; pues al mismo tiempo que el dicho García Moreno buscaba gente de sueldo por aquí, conducian *furtivamente* armas i municiones del Ecuador á Colombia, sin que nuestra deligencia hubiera bastado para cojer ese amenazante contrabando.

Sensible es que esa Legacion se hubiese dejado sorprender por una falsedad, i hubiese procedido tan á lo serio sobre una impostura, llamando la atencion de los Gobiernos de la Union i del Estado. Nada, absolutamente nada ha ocurrido en el pueblo vecino, i menos cosa que suene á invacion, asalto, guerra i mas atrocidades á que U. alude en su nota de 12 de los corrientes. Singular es, por otra parte, que el Gobierno del Ecuador sea víctima de tan groseros engaños, i muy doloroso que con ocasion tan ruin se estampen nombres que no se pueden pronunciar sino en casos grandes y con respeto. Cúmpleme decir á U. señor Ministro, que es tal la simpatía de que el señor Montalvo goza en estos pueblos, simpatía fundada en su carácter i su comportamiento, no menos que en su amistad declarada por Colombia, que una demostracion contra él de parte de las autoridades, en todo caso habria ofendido altamente al público. Ahora pues, sin mas fundamento que una mentira ridícula ¿cómo invocar la ley de policía de las fronteras? Cualquier paso contra este hombre i los otros desterrados del Ecuador seria un homenaje indigno de Colombia á la memoria del héroe de Tulcan i Cuaspud, de Trinité i García de Quevedo, "el cual no puede despertar sino indignacion, vivo ó muerto, en todo pecho americano", según las palabras que están resonando en la prensa de nuestra ínclita ciudad de Popayan.

No desconocemos el valor de los tratados ni el de las leyes nacionales; pero una cosa es cumplir con los deberes de la neutralidad, i otra muy distinta cooperar á los caprichos de otros Gobiernos, ó padecer á sabiendas tan tristes engaños como ellos mismos. Palpando estamos que en la vasta armonía que con tanto juicio forman ahora los ecuatorianos respecto del hombre que ha de ser elevado al primer puesto, la voz del señor Montalvo, *invocada por sus compatriotas, no es la que suena con menos eficacia; ¿i será* él cabalmente quien trate de pertubarla?

Tenga por cierto el señor Ministro de Colombia, que las autoridades de este municipio cumplirán con estrictez los deberes que la ley les impone, mas sin faltar un punto á los de la hospitalidad, ni á los sublimes principios del partido cuyas obligaciones no son llorar á los tiranos ni perseguir á los mártires de la libertad.

Reitero las expresiones de consideracion con que soy de U., Señor Ministro, atento i seguro servidor,

*Ramon Ceron.*

---

Ipiales á 18 de octubre de 1875.

Señor Salvador Herrera.

Muy señor mio de todo mi aprecio:

Habiéndose levantado en el Ecuador un desmedido tumulto, que ha cundido en el congreso, i hasta en la legacion colombiana, sin mas fundamento que una ridícula impostura de un hombre de Tulcan; suplico á U., i por mi medio lo hace el pueblo todo, certifique, como Jefe municipal de Obando, si es verdad que hubiese habido por estos pueblos amagos de invacion al Ecuador, enganche de gente, invasion verdadera, combates i otras cosas.

De U. &

*David Martinez Orbe.*

---

Ipiales á 20 de octubre de 1875.

Señor Doctor David Martinez Orbe.

Muy señor mio de todo mi aprecio:

En contestacion á la apreciable de U. le diré, que durante los últimos dias de mi mando fué notorio el enganche de jente en algunos pueblos de estos territorios; mas ya consta que el tal enganche se hacia por cuenta del aciago gobierno de García Moreno. Paso de armas ha habido tambien á modo de contrabando; mas no de Colombia al Ecuador, sino del Ecuador á Colombia, sin que sepamos qué se proponia García Moreno con estos manejos ocultos i alarmantes. En cuanto á las ocurrencias que las autoridades de Tulcán han comunicado á su Gobierno, no hemos tenido la menor noticia, ni se ha oido por aquí cosa de invasion, asalto, batalla ni rumor por el estilo; i es materia imposible que funciones de armas tan furiosas como esa no hubieran llegado á nuestro conocimiento.

Como Jefe municipal de Obando hasta hace poco, i como particular ahora, puedo afirmar que no hemos notado en los ecuatorianos aquí residentes deseo ninguno de conspirar contra el Gobierno que surgió en Quito el 2 de octubre. Lo que sí estamos viendo es el empeño con que trabajan por la paz de la República, uniformando la opinion respecto del candidato de la mayoría.

Puede U. hacer de esta contestacion el uso que le convenga en provecho de la verdad i la tranquilidad de su patria.

De U. &

*Salvador Herrera.*

---

Ipiales á 19 de octubre de 1875.

Señor Coronel Segundo Sánchez,

Administrador de la Aduana.

Muy señor mio de todo mi aprecio:

Como por la naturaleza de su empleo nadie mas que U. está al corriente

de lo que sucede en la linea, sírvase decirme en obsequio de la verdad, si sabe que de Colombia hubiesen pasado armas al Ecuador, i si tiene conocimiento de los asaltos i batallas libradas en Tulcan por los desterrados del Ecuador: asaltos i batallas que han sido el objeto de las notas oficiales del señor Ministro de Colombia en Quito á las autoridades de este Municipio.

De U. &

*David Martinez Orbe.*

---

Ipiales á 19 de octubre de 1875.

Señor Doctor David Martinez Orbe.

Muy señor mio de todo mi aprecio:

Armas no han pasado de ninguna clase de Colombia al Ecuador; lo que sí ha despertado vivamente mi atencion como ajente público del Gobierno de la Union es,—el acopio de fusiles i municiones que don Gabriel García Moreno hacia secretamente en las proximidades de la frontera. Cosa tanto mas alarmante para nosotros, cuanto que por su dinero se verificaban enganchamientos en varios pueblos de territorio colombiano. Los combates, las hazañas i mas *acaecidos* de Tulcan, son quijoterias soñadas, en las cuales, con harto dolor nuestro, tiene su papel, i no el mas envidiable, nuestro representante en Quito.

Puede Ud. mi querido doctor, usar de esta carta como mas le convenga.

*Segundo Sánchez.*

---

Los mozos que *asaltaron los cuarteles* (uno cada cuartel) han sido puestos en libertad por el gobernador de Imbabura, previo examen de los mismos oficiales i soldados que se decia habian sostenido el combate. El triunfo completo, por otra parte, en las elecciones de Tulcan por el señor Borrero, obtenido por los mismos que contra él estaban conspirando, es otra prueba clásica en este original proceso. Si el Gobierno no pone en claro las cosas i no castiga severamente á los burladores, ¿qué han de pensar de él dos hombres de juicio recto?

Ipiales, octubre 26 de 1875.

TIPOGRAFÍA DE NICANOR MÉDICIS, POR MANUEL T. POLO

## XXVIII

## ASOMOS DE "EL COSMOPOLITA"

Mal corresponderíamos a las esperanzas del Partido Liberal y de nuestros amigos, si hubiésemos vuelto al Ecuador para nada. La pesadumbre que nos causa el haber perdido la tranquilidad y el silencio de nuestro destierro, ha de hallar resarcimiento en la ocupación patriótica que nos proponemos. "El Cosmopolita", con otro nombre y en otra forma, va a presentarse en la liza nuevamente, cubierto de todas armas, *undique munitus*, fuera de la celada, porque viene a rostro descubierto.

El mismo fraile con otro hábito, señores míos: ese bribón hombre de bien que no temía ni debía, cuando la pluma y la palabra eran la muerte de los hombres libres. Siento que ese buen religioso se hubiese bautizado sobre el bautismo; ¿qué hemos de hacer, amigos? el barragán es de marca mayor, y los vestidos que ahora se encuentran no le vienen al cuerpo. ¿Creerán ustedes que para un libro del susodicho Cosmo se han menester cuatro meses en la imprenta? Don Gabriel era realmente hombre de empuje. Pues vamos a lo que se usa, ya que las cosas urgen y se amontonan. "El Regenerador" es el teniente de "El Cosmopolita"; o, si mejor suena, será nuestro plenipotenciario. Recibidle, unos con los miramientos de costumbre, otros con el odio consabido. Vivirá poco en Quito, lo prevenimos: el ciudadano de todas partes, no debe hacer pie en ninguna. Los que tengan cuen-

tas con él, no las dejen para después, porque no dará mucho tiempo. Balazos, espadadas, lanzadas que le pasen de parte a parte, lo más pronto posible.

¿Pero qué cuentas, paladines valerosos, con uno que, olvidado, no de la patria, pero sí de sus enemigos, no les ha proporcionado sino la comodidad de tenerlos en olvido? En siendo negadez, sería ya extremada; mala fe hay en atribuirnos cuanto papel y papelucho ruin viene de fuera o se publica en esta ciudad. Sea la guerra como entre buenos, y salgan en buenahora con el triunfo los contrarios: esa guerra de canallas, guerra de viejas, proscribámosla. Si de otro modo no han conseguido desacreditarnos, ¿lo conseguirán con estas armas? Uno en quien el punto de honra era tan subido que le obligaba a *usar de prudencia* al aterrador, ¿se ha de morir de miedo de los que, ora por mansos, ora por cortos de ánimo no infunden temor a nadie? La bajeza les vuelve despreciables a los enemigos: enemigos de aborrecer, pasen; enemigos que dan asco, ¡no por Dios!

Los que gustan de pescar a río revuelto, revuelvan el río. Si hacen memoria mis compatriotas, tengo sentado el principio de que la gran política es la verdad; la sinceridad, la verdadera diplomacía. ¿No basta que yo hubiese firmado mi sentencia de muerte mil y mil veces, firmando mis escritos en las barbas de García Moreno? ¿El que salió muchacho a desafiar rostro a rostro a Sacripante, hombre hecho y derecho se ha de poner a dar sus tiros oculto tras una puerta, ahora que no hay Temible? Aborrezcamos la perversidad, desdeñemos la vileza: sin valor no hay cosa que importe; pero valor fundado en la razón y las virtudes, ese que no pone cara de tigre, sino continente sereno y reposado. Los que no tienen arbitrio contra los que aborrecen, sino mandar poner letreros ominosos en las esquinas, ¿con qué derecho se han de llamar nuestros enemigos? Si hasta ahora no saben por aquí como escribimos, ya van a verlo

todos. "El Regenerador" procurará regenerar con lecciones de moral y sana política, según el caudal de nuestros conocimientos. No son grandes, lo sabemos; pero contando con la docilidad de nuestros compatriotas, ¿por qué no hemos de hacer por enseñarles algo, al mismo tiempo que aprendemos de ellos lo que sea digno de atención? La araña, la hormiga saben cosas que nosotros ignoramos: ojalá supiéramos todos lo que saben tantos humildes a quienes miramos con desdén.

Indignidades, supercherías, desvergüenzas no regeneran ni civilizan: nuestro asunto no son ellas. En este concepto, nadie se dé por agraviado de lo que decimos de soberbios, sin hacer una justa deducción de la modestia que se echa de ver en este escrito.

JUAN MONTALVO.

Quito, mayo 30 de 1876.

TIPOGRAFÍA DE F. BERMEJO, POR J. MORA

# XXIX

## COMBINACION

En el orden de las cosas públicas, la combinación de un Ministerio suele ser dificultad que viene a parar en conflicto, si la prudencia del monarca o el presidente no sabe abrir camino a la paz por medio de los intereses encontrados de los partidos. En todo caso, el buen gobernante mira por los de la patria, que casi siempre están simbolizados por los hombres que gozan de gran concepto en la Nación. Bien así como un ministro impopular por la ineptitud o los vicios es la vergüenza y el peligro de un gobierno, así un ministro que por las virtudes y las luces tiene granjeados la estima y el amor de sus conciudadanos, es la columna de los principios que representa con su alta persona sobresaliente como padre de la política. Los gobernantes discretos, esos cuya ninfa Egeria es la mayoría sensata, jamás dan golpes cuya repercusión les conmueve a ellos mismos, y muchas veces les echa derribados en el suelo. Nada irrita más a los pueblos, que los que mandan prescindan de sus indicaciones, y, teniendo en menos sus deseos, hagan precisamente lo contrario de lo que está requiriendo el procomún. Sabido es que en la más cuerda y atinada de las monarquías, el soberano se atiene a la sanción pública, y sus ministros son indicados, en cierto modo, por la mayoría de la nación. Al punto que uno de ellos incurre en el disgusto de los ciudadanos, bien con un error en política, bien con una derrota en las cámaras, su obligación

es hacer renuncia de su empleo. El que le ha echado abajo, mereciendo los aplausos de sus compatriotas, por medio de una gran idea triunfante, se va arriba, y el pueblo consigue una victoria sobre el monarca, que está lejos de disputársela. La Gran Bretaña es un maestro en cuya escuela debieran estudiar y formarse todos los que anhelan por ser los hombres de la patria; esto es, los que se llenan de honra y gloria labrando su felicidad con la rectitud y la sabiduría. El Dios de las naciones las guarde para siempre de un Calomarde o un Godoy, personajes infaustos que hacen de la suya la tierra de la infamia y la barbarie, y las proporcione de continuo un Ensenada, un Floridablanca que las mejoren con la honradez y las vuelvan resplandecientes con las virtudes y las luces.

El ministro es el brazo del gobierno: sin este miembro carece de habilidad y fuerza, sus movimientos son demasiado flojos; hierra todos sus golpes, y da precisamente en lugares que deben permanecer intactos, huyendo de estrellarse en lo que fuera preciso que cayese derribado. El ministro es el agente de los negocios públicos; ha de saber de todo, porque él entiende en todo; ha de tener tiempo para todo, porque todo requiere su atención. Estudios generales, ramos especiales del saber humano; conocimientos teóricos, práctica de la política; sagacidad, malicia inofensiva, cordura, pausa, moderación por una parte; por otra, ímpetu, arrojo, brío, gran resolución para lo que después de estudiado y decidido en su ánimo tiene por bueno y conveniente. Los ministros por favoritismo son el lujo impostor de los gobiernos; perlas falsas de política que quedan aplastadas de un pisotón: lo que ha menester un pueblo virtuoso e ilustrado son piedras finas, esas que brillan aún en la oscuridad y resisten al mayor fuego. Calomarde cierra las universidades, y abre escuelas de tauromaquia: Thiers se inclina sobre su patria, la toma de entre las ruinas, la coloca de pie, y hace de ella

el más ilustre de los pueblos vencidos y restaurados. No puede haber buen presidente con malos ministros; ni presidente malo con ministros buenos. La inteligencia, las luces, el patriotismo, las virtudes fluyen y refluyen entre estos grandes empleados de la República. Cuando un hombre solo toma en su cabeza todas las ideas, y en sus manos todos los hilos de la cosa pública, como García Moreno entre nosotros, sus ministros son cuerpos fantásticos sin acción ni pensamiento. Pero si el presidente quiere cumplir, digamos así, la forma republicana de gobierno, sus ministros han de ser hombres de conciencia propia, de estudios, de voluntad; personajes que impongan respeto por su representación, y tengan en su favor la estima y el amor de sus semejantes por las prendas que les adornan.

Nadie dirá que el ministro Gómez de la Torre hubiese caído por sus virtudes y sus luces. Pero respetando la religión de la tumba y despreciando los triunfos de la mentira enterrada, no hablaremos de él, sino de los ministros entrantes. Estos son, ¡oh ecuatorianos! los hombres que forma la combinación política que hemos estado incubando silenciosos en el seno del patriotismo. Si el partido republicano hubiera alcanzado el triunfo cabal, sin contrarresto que esperaba después de la muerte de García Moreno, todavía no hubiera perseguido de muerte a los caídos: este ha sido en nosotros un principio de corazón y de política, creedlo, vosotros que, sin pensarlo, habéis sido los triunfantes. Ahora que los esfuerzos de la pluma y la voluntad mal reprimida de los pueblos nos han puesto en situación de hacer indicaciones por lo menos, ¿no sería el colmo de la injusticia y la imprudencia negarnos alguna cabida para nuestros principios en la política dominante, alguna participación para nuestros prohombres en la cosa pública? Todo está en vuestras manos, y nosotros no nos desatamos por esta razón contra vos-

otros: el ministro que ahora necesita el gobierno, ha de ser de los buenos, no hay remedio. El señor don Pedro Carbo es hombre que no infunde terror a nadie: los republicanos lo desean; los contrarios no le rechazan con fuerza; el clero, el clero mismo, no echará excomuniones si este sujeto viene a recibir su nombramiento. Carbo es medido, discreto, juicioso: hombre de progreso, mas no el atropellado; de ideas *modernas*, mas no las extremadas. En probidad, sin tacha; en buenas costumbres, un modelo. La inteligencia, los estudios, el conocimiento de la política, ¿quién le negaría? Y si los padecimientos sobrellevados con firmeza; si la felicidad personal sacrificada a la dignidad de la patria son alguna vez títulos de gratitud y recompensa, ¿cómo negar un acto de justicia a ese hombre encanecido en el destierro, cuyas amarguras no tienen un átomo de impureza? Acabemos, señores, esta ruin impostura con que se apocan y envilecen los mismos que la levantan o la prohijan: en nuestra política no entra para nada la religión. La religión es común para todos: no diferimos sino en lo tocante a los principios políticos y sociales. Carbo es hombre de bien, ilustrado, juicioso; no es impío; ni puede reinar la impiedad en medio de la conciencia y la inteligencia brillantemente desenvueltas. ¿Qué es esto, amigos? ¿queréis ser dueños perpetuos del gobierno por medio de la religión? Poneos en guardia, porque dáis a sospechar que fuera de ese pretexto no poseéis las virtudes que requiere la política para que preponderemos en ella. El señor Borrero ponga el oído a la voz de la Nación, que no es impía, antes que a la de unos cuantos hombres de mala fe, que en conciencia no se tienen por mejores cristianos que esos a quienes niegan el cristianismo. Para ministros de Estado no hemos de ir a sacar devotos de la sacristía; porque el gobierno de la República no es hermandad ni congregación de disciplinantes. Cada cosa en su lugar: para em-

puñar las riendas del gobierno, maña, pulso necesitamos; y estas no son virtudes exclusivas de los camanduleros. Puede muy bien uno confesar y comulgar nada más que por pascua florida, y ser bueno para ministro. ¿Qué necesidad hay de que nos congraciemos con Satanás por medio de la hipocresía para que seamos útiles a la patria? Yo no sé si el señor Carbo recibirá en su morada el cuerpo de nuestro Señor; *pero sí sé que a él nadie le comulga con ruedas de molino*, y que la cosa pública irá bien con su experiencia. Vamos, señor don Antonio, haga usted por la paz, evite la guerra civil con el nombramiento que indicamos. Guayaquil, la ciudad fuerte: el Guayas, el gran departamento, requieren, además, un *representante en el gobierno*. Carbo de *ministro*, la efervescencia de los guayaquileños apagada como por encanto. Y esta es gran razón que debe poder *mucho con el presidente*.

El ministro de Hacienda, según la combinación a que hemos aludido, debe ser el señor Ramón Borrero, *sujeto cuyas aptitudes nadie será osado* a poner en duda. Aquí se presenta la delicada dificultad de *la delicadeza*. Pero atienda el presidente a que, si la mayoría de la nación indica para tal puesto a un hermano suyo, él no falta a la delicadeza personal cuando acoge esa indicación; ni tiene derecho a oponerse a un arbitrio de política que nos sacaría de un conflicto. Suplicamos a nuestros amigos del Guayas, que en bien de la paz apoyen este proyecto de concordia, echando en la balanza el gran peso de su voto. Las demás provincias no serán menos cuerdas y generosas, y de este modo habremos salido de este como atolladero en que estamos sin dar un paso. Nuestras diligencias y cartas particulares son fianza de la cooperación del Azuay: el patriotismo, la prudencia no podían faltar a los ilustrados hijos de Cuenca. Hoy mismo hemos recibido promesas de cooperación enérgica de personas nota-

bles, y esto nos anima a proponer nuestra combinación a todos nuestros compatriotas. Nótese que no decimos a todos los liberales, porque, si llegamos a un acuerdo general, el más dulce fruto de nuestra política habrá sido este primer paso hacia la fraternidad y la concordia. Su excelencia el presidente de la república opondrá resistencia en cuanto a su hermano el señor Ramón Borrero: hombre delicado al fin; pero no puede contrarrestar nuestras observaciones respecto de lo que necesitamos para el afianzamiento del orden y el acuerdo entre los ecuatorianos. El ministro del Interior y Relaciones Exteriores representará el departamento del Guayas; el de Hacienda, el del Azuay; el de la Guerra, el del Pichincha. El uno, liberal progresista; el otro, liberal moderado; el último, conservador, perteneciente al partido que en ley de justicia se debiera llamar caído: ¿hay prueba mayor de moderación, de benevolencia? Los que se opongan a esta combinación, no son, sin duda, amigos de la paz. Si todo lo quieren para sí, en camino están de perderlo todo. Sabios no seremos jamás; pero ¿no podremos ser discretos una vez en la vida?

EL REGENERADOR.

Quito, julio 19 de 1876.

TIPOGRAFÍA DE F. BERMEO

## XXX

## AL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Señor:

Sangre de liberales, sangre de vuestros amigos que ayer os elevamos a la presidencia de la República, ha manchado las calles de esta capital. Vuestro ministro, el señor Manuel Gómez de la Torre, le ha dado una gentil bofetada al Gobierno de que forma parte, embeodando a sus hijos y echándoles afuera a cometer delitos. Razón, derecho, popularidad son personas elevadas y serenas, que no han menester el arma de la canalla para hacerse temer, ni busca la complicidad de la noche para declarar su valentía. Nosotros estamos usando del raciocinio; ellos, los gomeros, de la precipitación y el ofuscamiento; nosotros de la luz del día, ellos de las sombras; nosotros de la pluma, ellos del palo. ¿Qué decís, señor presidente, qué decís de un ministro de Estado que acude a las vías de hecho para refutar los cargos que escritores y pueblos le están haciendo a porfía y en justicia? El ministerio de la policía tuvo a bien anoche elevar la queja al padre, y consultar al ministro. Mi hijo tiene razón, respondió este hombre incauto. ¿Tiene razón de apandillarse entre cuatro o cinco personas para acometer a un individuo solo? ¿Tiene razón de ocultarse de día y salir de noche a buscar sangre por las calles? ¿Tiene razón de temer las armas de los caballeros y llevar escondido el palo, el arma de la canalla? En los pueblos cultos y dignos, no dejan de suceder desgracias; pero los agravios se vengan

con nobleza, y los hombres principales jamás se vuelven mínimos con actos que les acarrean desconsideración y menosprecio. Estos golpes, señor presidente, tolerados o repetidos, causan la ruina de los gobiernos. No digo yo que no sostengan en cuanto puedan disponer de la fuerza armada; mas el temor, la desconfianza, el odio de los pueblos son ya una ruina para el gobierno, el cual no vive alto y garboso si no reposa sobre los cimientos de la estima y el contento generales. La República está mal parada, señor: de un confín al otro de ella, la tirria de los ecuatorianos se manifiesta en diferentes formas: a un lado conspiraciones; al otro, votos de censura; aquí, cargos irrefutables; allí, recriminaciones violentas; por todas partes murmuración, disgusto, inquietud y malestar profundo. Vuestro ministro os ha frustrado vuestra felicidad: ¿pensáis que con un hombre menos desacreditado, menos aborrecido, más razonable y juicioso, el gobierno que presidís hubiera venido a ser tan pronto este objeto de las quejas de todos los ecuatorianos, esta cosa incomprensible sin olor ni color, cuyo desabrimiento empieza a emponzoñarlo todo? Poned a un lado a este hombre infausto, y ved luego a vuestros compatriotas proclamaros con nuevo amor en coro compuesto de más de treinta y nueve mil voces. Como esta satisfacción dada a los pueblos sea el primer paso a la reforma prudente y moderada, los hombres de bien, los patriotas ardorosos, los libres que no quieren ya sufrir coyunda, todos estaremos con vos y haremos nuestro el empeño de afirmar la paz en medio del orden y la libertad razonable. Pero desengañaos, mientras en vuestro concepto sea más un hombre que la República, la protección individual que la justicia general, la persona que el conjunto, mal segura estará la paz, y vos mismo participaréis de las zozobras y la inseguridad de vuestro mal ministro. Si el señor Teodoro Gómez de la Torre se siente sin la elevación y el ánimo de un gran ciudadano, que

dejándose de aprensiones pone el hombro al sostenimiento de las cosas públicas, no os faltará, señor, un hombre que poner, en el lugar de este que todo lo tiene puesto en peligro; este, digo, que echa mano al garrote para ir matando jóvenes en el secreto de la noche. Ahí está Vázquez, ahí Arízaga, ahí otros tantos hombres inteligentes y modestos que pueden salvar el orden con el desinterés y la cordura. ¿Cómo es esto, señor presidente? ¿es por ventura el Ecuador la ganancia de un individuo determinado? fuera del siniestro hombre del palo ¿no hay uno entre vuestros compatriotas capaz de ayudaros y salvaros? Yo que estoy haciéndoos estas preguntas, soy injusto: sabed que vuestro comisionado, el señor Pedro Fermín Cevallos, no ha cumplido hasta ahora vuestra comisión de aconsejar y obligar a su amigo a poner la renuncia de su ministerio. Con más valor y actividad, la sangre de anoche no hubiera corrido; los peligros y desgracias que cada día son inminentes, hubieran quedado conjurados, y tanto el orden de las cosas públicas como vuestra personal tranquilidad se vieran hoy fundadas sobre cimientos seguros.

La víctima debía ser este vuestro amigo y servidor, señor presidente, según la fanfarronada con que la pandilla se acercaba a mi casa; ¿cuál de esos villanos hubiera salido vivo, si es verdad que a ella venían? El joven Semblantes estuvo más a la mano, y él fué el acometido y herido. ¡Mas qué satisfacción! Este muchacho vuelve del primer golpe, golpe aleve, golpe horrible, y da con su agresor en tierra en medio de sus cómplices, le pisa, le muele, le deja medio muerto; allí, le tienen desmuelado al valiente de la esquina y de la noche. Una voz amiga ha sonado por allí, un compañero acude al vuelo: huyen los agresores en infame desatino. Semblantes, con una monstruosa herida en la cabeza, fué un héroe anoche. De estos son los liberales: acométannos. Noticioso del peligro de uno de los míos, me echo afuera: ¿Qué

arma tienes? le pregunto a un carpintero en la puerta de la calle.—Un martillo, señor.—Venga el martillo. Todos mis amigos están dispuestos a morir por mí; yo moriré por cada cual de ellos. No a mucho andar tropiezo con una gavilla de ocho o diez *gomeros*. Nosotros somos ya tres: el olor de la muerte nos va uniendo. Los *valientes* me reconocen, y me abren ala; ¡y tal vez iban por mí! ¿Cuántas cabezas hubiera yo hendido, cuántas frentes abierto con mi arma de cíclope, en habiendo algún atrevido entre ellos? A los cinco minutos, veinte jóvenes me rodeaban: la solidaridad de la vida y de la muerte es la garantía y el timbre de un partido. Hágame asesinar el ministro Gómez de la Torre con sus hijos, de noche, en mi casa o en la calle; ¿no tengo yo deudos, amigos apasionados, pueblo adicto y valeroso que le hagan pedazos al siniestro viejo? Pronto estoy a un lance de caballeros, pronto a un asalto desigual, pronto a todo. Yo sé muy bien que entre una negra y una verde vida; entre una vida perjudicial y una de esperanza, no puede haber compensación; pero si yo muero noblemente por la santa causa de los pueblos, los asesinos serán comidos de perros. Yo no me oculto, mis amigos no se ocultan, ni andamos en pandilla: el día es nuestro elemento. Embístannos los gomeros, si tienen valor diurno. No acometeremos nosotros, pero la defensa será terrible.

Señor presidente, hoy ha menester vuestra excelencia la resolución que le ha estado faltando: abajo el ministro indigno, y el pueblo es vuestro.

JUAN MONTALVO.

QUITO, JUNIO 14 DE 1876
TIPOGRAFÍA DE F. BERMEO

## XXXI

## EL EJEMPLO ES ORO

El derecho de gentes de las naciones modernas no permite la guerra, sino cuando la paz viene a ser imposible, habiéndose agotado los arbitrios de que gobiernos justos y hombres filantrópicos se valen para llegar a fines honestos por medio legales y humanos. El Congreso de la Paz, cuyo fin es combatir la guerra y alejarla de las naciones, se compone de filósofos, escritores, artistas y hombres notables de todo linaje que se reúnen con el santo propósito de dar a la civilización moderna el baño que ha menester para que el siglo décimo nono sea el rey de los siglos, orgullo de los tiempos En tanto que la muerte pone en ejercicio su habilidad funesta en las fraguas del demonio, inventando y perfeccionando instrumentos de exterminio, los enviados de Dios se congregan en el seno de una ciudad libre y hacen guerra a la guerra por medio de las ideas y los principios, únicos y verdaderos agentes de la libertad y la felicidad del mundo. *Justum est bellum quibus necessarium*, dijeron los antiguos: la guerra es justa cuando es necesaria; y es necesaria cuando un conquistador ambicioso embiste con el vecino, o un tirano destructor está gravitando sobre un pueblo cual

una pesadilla (1). Las guerras que son declaradas por motivos fútiles o con propósitos mezquinos, lejos están de ser necesarias, y por consiguiente son injustas. Los hombres de bien, los buenos ciudadanos, los pensadores las reprueban, y hacen lo posible para conjurar la tempestad en cuyo seno viene la Muerte, negra y airada, caballera en un monstruo de fuego que todo lo devora. Con ser como era Roma la personificación de la guerra, gigante hermoso con una divinidad por alma, alimentaba en su seno un ser manso y benigno que estuviese protestando contra la sangre y la servidumbre de los pueblos. El colegio de los feciales tenía por objeto estudiar y poner en planta los medios de la paz, y era una de las instituciones más respetables de esos antiguos cuya sabiduría sirve de fundamento a nuestra civilización. La guerra que llevamos adelante, pudiendo alcanzar los fines que nos proponemos, lo mismo por medios terribles que por suaves, por furiosos que por prudentes, por brutales que por cultos; esa guerra, digo, es injusta, y por tanto innecesaria. Los buenos hijos de la patria se declaran contra ella, y tras el ancho escudo de la razón, no temen las flechas de los bárbaros ni la espada de los tiranos. Nos reconocemos, y con orgullo, como uno de los fautores de la revolución que proclame en donde quiera los principios sin los cuales no hay pueblo digno y grande; y con todo, salimos contra la guerra, como si ella no fuera

---

(1) Y la guerra provocada por Veintemilla ¿será justa y necesaria? ¿Cuál tirano destructor está gravitando sobre el pueblo como una pesadilla? Contéstenos, Montalvo: pero no nos conteste con los *considerandos* del acta de pronunciamiento: porque esos considerandos, en vez de justificar la la revolución, la condenan, la infaman. Veintemilla, ebrio de codicia, prostituyendo su conciencia, olvidando *su palabra de honor*, pisotea el pabellón que estaba encomendado a su guarda, enarbola la bandera de la rebelión más inicua e infame, y pone al gobierno legítimo en la necesidad imperiosa de empuñar también las armas en justa defensa de su legitimidad, y de los fueros sagrados de la nación, ¿en cuál de los dos bandos se halla la justicia?

la esencia de la revolución. ¿La esencia? ¡No, señores! *La esencia de una revolución justa es la libertad*, la prosperidad, la dignidad, la ilustración, la grandeza de un pueblo. La guerra *no es sino* el medio de conseguir estos objetos: cuando podemos alcanzarlos por los arbitrios de la prudencia, el buen juicio, el amor, la guerra es inicua; guerra de ambiciosos sin elevación, de caudillos sin patriotismo, de hijos sin respeto; sin respeto por esta persona grande y hermosa, esta madre tierna y pura que llamamos patria. A la revolución que los ecuatorianos vienen urdiendo a lo largo de quince años contra el sistema de gobierno más tenebroso que nunca hubiese visto la América del Sur, hemos cooperado con la pluma, con la palabra; *si la que acaba de erguirse a orillas* del Guayas no es esa, no es la nuestra. Sea ella de la naturaleza que fuere, si los hombres que la llevan adelante, si los que van a oponérsela por medio de las armas son realmente lo que dice cada cual de ellos, presten el oído a las indicaciones que les hace la sana razón, a los consejos con que la paz, diosa del amor y la sabiduría, procura volverles sabios e ilustres.

¡Por Dios santo! ni sabiduría, ni gloria puede haber donde reine la mala fe: con dolor estamos viendo que *en una de las dos partes*, y acaso *en una y otra*, la mala fe está dando sus negros consejos y cargando con el alma de los mayores cristianos del mundo. Los del gobierno van *a defender la religión;* los revolucionarios van *a defender la religión:* los unos son más católicos que Pío IX, los otros son más católicos que San Pedro; éstos proclaman *los intereses católicos;* esos se botan a morir *por los intereses católicos.* El catolicismo está metido ahora en un embrollo del cual ha de salir vivo y muerto al mismo tiempo. Si triunfa Borrero, triunfa el catolicismo con él, y pierde con Veintimilla. Si triunfa Veintimilla, el catolicismo triunfa con él, y se pierde con Borrero.

Don Antonio y don Ignacio, agarrados del catolicismo, cada uno le llama suyo, y van a aporrearse lindamente, como los que se disputaban la albarda en la venta de Juan Palomeque el zurdo. Y lo peor es que aun a los que nada tenemos que ver en eso nos ha de tocar algún porrazo, porque en el campo de Agramante ni el demonio se escapa. Yo tengo mis barruntos de que el general Veintimilla es más católico que don Antonio; ¡que digo más católico! ¡el verdadero, el único católico! si valen certificados de tres monseñores o monsieures mitrados y condecorados. Tanto el de Quito como los de Guayaquil y Manabí dan con su firma que los propósitos del caudillo de la revolución *son plausibles;* luego don Ignacio es el verdadero católico. Pero como esos eminentes prelados le han de firmar también a don Antonio que *sus fines son plausibles* cuando combate la revolución, quedaremos en la misma incertidumbre respecto de la albarda: ¿es del barbero? ¿es del escudero? Decídalo pateta.

Pues yo quiero ser ahora el rey Sobrino, y ponerlos en paz a todos. El señor Borrero ha dicho mil veces, que tan luego como eche de ver algún descontento en los ecuatorianos se retirará a su casa. No se retiró, e hizo mal, cuando vió, no digo alguno, sino mucho descontento en sus compatriotas. Ahora hace bien de no retirarse y de salir como varón esforzado al campo del deber. Irse a su casa el día del peligro, habría sido cosa ruin, y con ella habría probado que la albarda no era suya. Téngase; y si no ha sabido ser buen amigo, sea enemigo apreciable, esto es pundonoroso y valiente.

El general Veintimilla afirma que el fundamento de su revolución es la reforma de las instituciones *viciosas* y *defectuosas* de García Moreno, por medio de un Congreso constituyente. Don Antonio dijo otra vez que no lo convocaba, porque no se lo pedían sino *mil individuos a lo sumo;* que si se lo pidieran la mi-

tad de los ecuatorianos, lo convocaría. Llegado es el caso, señor excelentísimo. Cuatro provincias, y no de las menores, pronunciadas *libre* y *espontáneamente* no son *mil individuos*. Sin la fuerza armada, no dude su excelencia que los pronunciamientos estarían a la fecha cansados de descansar en el Carchi. Los ecuatorianos quieren la reforma; negársela de nuevo sería fomentar la revolución. Puede triunfar el ejército del gobierno; todo es posible: ahogar en el seno de la República el fuego de la reforma fuego de la libertad, fuego sagrado, ni García Moreno lo podría, si resucitase para sólo eso. Pongamos que don Antonio salga con la victoria; la revolución queda en su centro: los vientos soplan, el tiempo corre; he ahí de nuevo la llama que se levanta viva y grandiosa, y busca con su lengua encantada en donde le muerda el despotismo! El Ecuador es la única nación del Nuevo Mundo que le cierra las puertas al siglo XIX; la civilización está dando aldabadas furibundas; si no se las abren, las echa abajo. Los que alegan el ejemplo de Chile para hartarle de tinieblas a su patria, calumnian a ese gran pueblo, o ignoran los pasos de gigante que en estos últimos años ha dado en el campo de las reformas. El Ecuador es el último rincón donde el siglo XV, agazapado cual tigre perseguido por mil lanzas, se deja estar gruñendo y mostrando las uñas. Puede hacer algunas víctimas todavía, pero ha de morir. La espada de oro de Washington, Bolívar, Belgrano se vuelven ya contra ese monstruo. El poder absoluto, la Inquisición, la ignorancia como sistema de gobierno, son antiguallas ibéricas, buenas para los museos de los pueblos libres.

Suponiendo que en una y otra parte hay buena fe; que tanto el caudillo de la sierra como el del litoral abrigan los nobles sentimientos de libertad y progreso; que como cristianos prefieren los medios suaves a los rigorosos, y como ilustrados los arbitrios de la prudencia a los de la locura; que ni uno ni otro

obran como simples ambiciosos anhelantes de poder y riquezas; que en viendo la razón no cierran los ojos, y en oyendo la voz de la naturaleza no hurtan el oído; que por sus luces merecen la admiración de sus compatriotas, y por sus virtudes el amor de todos; suponiendo todo esto, digo, yo propongo, a nombre de la humanidad, la civilización, el amor que nos debemos unos a otros, un avenimiento pacífico, donde la muerte quede burlada, la barbarie sea vencida. Si alguno de los dos caudillos cuenta ciegamente con el triunfo por las armas, es iluso: la soberbia, muchas veces, vuelve las suyas contra el mismo que la alimenta. Seamos razonables y modestos: la vanidad es un pozo ruin donde no se ahogan sino los muy pequeños.

Se suspenden las operaciones de la guerra desde el instante que las dos partes aceptan la idea de la transacción.

Se retiran los dos ejércitos a sus acantonamientos respectivos, el uno a Quito, el otro a Guayaquil.

Se licencian las tropas levantadas con motivo de esta revolución, y queda el pie de fuerza reducido al que tenía antes del 8 de septiembre.

Tanto el Presidente como el Jefe Supremo convocan a los pueblos, cada cual en las provincias de su mando, para que elijan tres personas que compongan un gobierno provisional; una el antiguo departamento de Pichincha, otra el del Guayas, otra el del Azuay.

Reunidos en la capital de la República estos miembros del gobierno provisional, el señor Borrero y el general Veintimilla dimiten el mando, y quedan de simples personas particulares (2).

---

(2) Señor don Antonio Borrero, usted está en su derecho: *hace bien de no retirarse y de salir como varón esforzado al campo del deber. Irse a su casa habría sido cosa ruín, y con ella habría probado que la albarda no era suya;* pero abdique la presidencia que le confiaron los pueblos: la voluntad de Veintemilla y de cuatro miserables sectarios del socialismo pesa más en la balanza del deber, que la voluntad de la nación entera: abdique la

El *gobierno provisional convoca a los ecuatorianos*, los cuales, en uso del derecho de elección, eligen diputados al Congreso constituyente, en cuyas manos deposita sus poderes el gobierno provisional.

Ni el señor Borrero ni el general Veintimilla quedan excluídos del derecho de ser electos presidentes de la República, como cualquier otro ecuatoriano.

El instante mismo que las dos partes hubiesen aceptado la propuesta de este convenio, quedan restablecidas las vías de comunicación, sin que a nadie se le tome cuenta del objeto de su viaje, ni se le exija pasaporte; los correos, los negocios mercantiles, y todo como en tiempo de paz completa.

Si el objeto de la revolución es el congreso constituyente, y si el señor Borrero lo negó porque los ecuatorianos, según dijo, no lo querían; ahora que la voluntad de la mayoría es manifiesta (3), ni el

---

presidencia y *quede usted de simple persona particular*. ¿Cómo se llama esta contradicción? Si el señor Borrero *hace bien* de no retirarse, y de salir como varón esforzado al campo del deber ¿cómo al mismo tiempo ha de *hacer bien* en retirarse y abandonar el campo del deber, quedándose de simple particular? ¿Y dejar de cumplir un *deber* es propio de un varón esforzado? La nación ha impuesto al señor Borrero el deber de guiarla por el sendero de la paz, del orden y el progreso: el señor Borrero cargó sobre sí este sagrado deber al tomar en sus manos las riendas de la República ¿y podrá arrojar lejos de sí esa carga, sin que la Nación le permita romper el solemne pacto y el juramento que hizo de llevarla? Dado el caso que así lo hiciera ¿no cargaría sobre sí las infamantes notas de traidor a la Patria; de Magistrado perjuro, y de cobarde guardián de los destinos del pueblo?

(3) Montalvo ve siempre al través del prisma de la ilusión. La voluntad de Veintemilla y de dos docenas de demagogos, sedientos de trastorno y de botín, no se puede llamar la voluntad de la mayoría en una Nación de más de un millón de individuos. Dice Montalvo que *espontáneamente se han pronunciado cuatro provincias*, y éstas quiere, sin duda, que formen la mayoría de la nación. En estas cuatro provincias se cuenta la de Esmeraldas que, por escasez de hombres aptos, se halla regida por leyes especiales. Sáquese la fuerza bruta de esas cuatro provincias; déjeselas en completa libertad para que deliberen sobre su suerte, y veremos en qué

uno ni el otro obrarían con rectitud y amor patrio, si se negasen a los preceptos de la sana razón, a las sugestiones de la humanidad que se abren paso y levantan la voz en medio de las armas. Borrero, nuevamente electo Presidente de la República, sin este horrible escollo de la Convención, donde está a punto de estrellarse (4), recobraría el aprecio y el amor de sus conciudadanos, y concluiría su período en medio de sus bendiciones. Veintimilla, puesto bajo el solio por el voto libre de los pueblos, y no por la elocuencia de las bayonetas, disfrutaría de su gloria, sin que nadie le echase en cara la fuerza de que había usado. De este modo, estos dos ecuatorianos se habrían mostrado dignos del lugar preeminente, y los que cooperen a fin tan laudable merecerán bien de la patria y de la civilización.

Para que se vea que las imputaciones que Borrero y los terroristas hacen a los liberales son infundadas, yo propongo para miembros del gobierno provisional a los señores Pedro Carbo, Manuel Angulo y Manuel Vega, personas en cuya probidad confían los ecuatorianos, incapaces de compeler ni engañar a los electores. Una Convención formada bajo los auspicios del Gobierno semejante no traería consigo, ciertamente, la sospecha de anti-religiosa, *comunista*, ni devota del petróleo. La religión, en su lugar, señores; no se trata sino de dar en tierra con las instituciones de García Moreno en cuanto *viciosas* y *defec-*

---

queda esa fabulosa mayoría. Pero aun concediendo que fuera espontáneo el voto de los habitantes de las cuatro provincias, ¿valdrá más que el de ocho populosas que se han puesto sobre las armas, contra la revolución, sin la presión de la fuerza?

(4) Así lo creen los ilusos que ven las cosas por el ojo de una aguja. La fuerza de la opinión levantada desde el Carchi al Macará en defensa de la causa más legítima y santa, no se estrellará en la débil barrera que los revolucionarios llaman escollo formidable.

*tuosas* (5). Si esta necesidad de nuestros pueblos es desoída por Borrero, las armas le abrirán los ojos, y la sangre de los inocentes hijos de la labor y el campo, lloviendo sobre él hasta el fin del mundo, le señalarán al juez eterno como uno de los descendientes más desdichados de Caín (6). Si Veintimilla ahora que se muestra terco despreciador de estas diligencias de la paz, que las víctimas de la guerra serán víctimas suyas, y habrá desmentido el gran principio de libertad y civilización que está proclamando cada día (7). Los pueblos tienen deberes para con la patria; para con los individuos que no representen la idea del progreso y el pundonor de las naciones, no los tienen. Pelean mientras no pueden otra cosa; matan sin voluntad, mueren sin gloria; pero llega el instante de la justicia, y en el castigo son terribles. *Por asuntos puramente personales de dos o más sujetos que preponderan por la fuerza ¿qué obligación tienen los ecuatorianos de degollarse unos a otros?* (8).

---

(5) Las instituciones *viciosas y defectuosas* de García Moreno no necesitan de una Asamblea Constituyente para ser reformadas; no necesitan purificarse en el fuego consumidor de la anarquía: vendrá el Congreso, y éste hará las reformas que están iniciadas, sin que se apele al recurso de la fuerza, ni se derrame la sangre ecuatoriana.

(6) La sangre de los inocentes hijos de la labor y el campo que se derrame en la guerra fratricida provocada por Veintemilla, caerá como *plomo derretido* sobre este infame traidor; sobre él pesarán todos los males y desgracias de la patria, y el anatema de la historia será el más terrible de los anatemas al escribir su execrable nombre. No es, pues, señor Borrero a quien maldecirá la viuda, el huérfano, el hermano, el amigo; es al descendiente del Judas traidor a quien se ahogará en las lágrimas y sangre vertidas por su infamia.

(7) Suficientemente desmentido está el gran principio de libertad que ha proclamado Veintemilla. Díganlo los destierros, sin causa, de los generales Darquea y Uraga; díganlo sus decretos terroristas; dígalo la muerte que ha dado a la libertad de imprenta, cuando la revolución se halla recién en el *crepúsculo del gran día de la libertad*.

(8) No son asuntos puramente personales los que defiende ahora la nación; defiende sus más caros y sagrados intereses. *Religión, Patria* y

Agotados los arbitrios de la paz, la guerra vendrá a ser legítima; los que combatan serán soldados, los que venzan héroes y amigos de la causa de los pueblos, siempre que esta sea la de las virtudes y las luces. Dos mil hombres acaban de morir, por de pronto, a manos de sus compatriotas en una nación amiga y vecina nuestra. Unos y otros invocan el nombre de Dios: *los godos* van por la religión; *los rojos* les vencen, les matan, y dan gracias a Dios que les ha dado la victoria. ¡Qué abuso tan culpable del nombre del Altísimo! Dios no toma parte en nuestras imposturas, nuestros crímenes, desengañaos, desgraciados, y convenceos de que no sacrificamos sino a esas divinidades infernales que se llaman ambición, codicia, orgullo! Si Dios anduviera metido en nuestras cosas, todo fuera santo en el mundo. Dios juzgará, castigará a su tiempo; mas no se agavilla con *los godos*, ni dispara en favor de *los rojos*. Si Dios peleaba con los primeros, según ellos dicen, ¿cómo han sido vencidos? ¿No saben que Dios es invencible? ¡Dos mil ciudadanos menos en un puñado de habitantes! Y decidme, vosotros los piadosos, vosotros los impíos, ¿cuántas madres sin el apoyo de sus hijos, cuántas viudas sin el amor de sus maridos, cuántos huérfanos sin la protección de sus padres? ¿Vamos, pues, a hacer otro tanto nosotros los ecuatorianos, porque don Antonio Borrero siga de Presidente, o porque don Ignacio de Veintimilla venga a serlo? Este general está repitiendo cada día que

---

*Libertad*, el artículo II del acta de pronunciamiento dice que al *gran Capitán* se le impone la gran obra de la regeneración *política* y *social;* y esta regeneración social entraña nada menos que la *desorganización de la sociedad*, según el programa de *El Joven Liberal*, *El Comercio*, *La Revolución* y *El Popular*. Por consiguiente, las provincias de Imbabura, con sus valientes hijos, la de Pichincha con sus indomables veteranos, las de León, Tunguragua, Chimborazo, Azuay y Loja con sus leales y denodadas legiones, no defienden la persona del Presidente de la República, sino al Gobierno que ellas se dieron; defienden su Religión, su Patria, sus familias, sus intereses.

él no aspira a la presidencia de la República; el otro no se cansaba de decir que su único anhelo era irse a su casa. Vamos, señores, llegado es el caso de mostraros dignos del solio, pues nadie lo merece más que el que lo tiene ganado con el desprendimiento y la magnanimidad. La Convención lo remedia todo, lo salva todo (9); seamos cuerdos y merezcamos bien de nuestros semejantes.

El ejemplo es oro, dije: ese río de sangre que está corriendo en las llanuras del Cauca, sin que vencidos ni vencedores hubiesen hecho nada por el bien general, es una lección para nosotros. Mil ecuatorianos degollados por sus hermanos, serán mil artículos de acusación contra los que repugnen las advertencias de la filosofía. Tenga por buenas el señor Borrero mis razones, y el general Veintimilla no será para menos en generosidad y patriotismo. Si el ob-

---

(9) Mucho se ha debatido por la prensa liberal y la demagógica de la República el punto relativo a la convocatoria de una Asamblea Constituyente; pero hasta hoy de parte de los convencionalistas no se ha alegado un argumento plausible en su favor; pues no son argumentos las vagas y fútiles *declamaciones*, ni los *infunda temores de que la Constitución quede en pie*, con sus artículos de sitio, consejos de guerra, etc. Los que han pedido la Convención, no han dado el remedio para salvar la legalidad de la elección de Presidente constitucional y convocar al mismo tiempo una Convención. ¿Debía el señor Borrero hacerse la revolución a sí mismo, traicionando pérfida y cobardemente a los pueblos que pusieron en sus manos los destinos de la patria? ¿Debía acatar la voz de una insignificante minoría de ecuatorianos degenerados, y lanzar a la nación entera en la espantosa e insondable sima de la anarquía? El Presidente, por ser Presidente, ¿tiene el derecho de sojuzgar la voluntad nacional, y disponer de la Patria, como de un mueble de su propiedad? ¿Quién, qué poder soberano le ha dado el de convocar una Asamblea Constituyente, hallándose constituída la República? ¡Atrás! le diría la Nación al señor Borrero, si él quisiese dar un paso más allá de la órbita de sus atribuciones: "Vuestro poder está en la Constitución que habéis jurado defender, y la Constitución no os faculta para romperla a petición de un puñado de demagogos e impíos". La Constitución es defectuosa, verdad; vos mismo lo habéis dicho; pero el modo de reformarla no es traicionando vuestros deberes, ni entregando a la Nación a merced de trastornos y desgracias sin medida. *Teneos y salid como varón esforzado al campo del deber.*

jeto de la revolución fuere cumplido por medio de la paz y la cordura, la revolución caerá, se apagará. Si el sucesor de García Moreno se obstinare en conservar intacta la herencia del dictador, la revolución seguirá adelante, triunfará, porque habrá llegado el caso de que la guerra sea necesaria, por consiguiente justa, *justum est bellum quibus necessarium.* Los que invocan el nombre divino para obras de reprobación, son sacrílegos: no podemos invocarlo sino cuando hacemos por el bien de nuestros semejantes y hablamos dentro de los límites de la verdad y la conciencia.

JUAN MONTALVO.

QUITO, OCTUBRE 20 DE 1876
IMPRENTA NACIONAL

## XXXII

## DISCURSOS (1)

SEÑORES:

Entre los derechos que constituyen la libertad de un pueblo, ninguno más sagrado que el de asociación. Libertad de imprenta, libertad de asociación, libertad de discusión, estos son los fundamentos de la República, vasto y hermoso edificio que se viene al suelo al punto que una de esas columnas es lastimada por la tiranía. Cuando los ciudadanos no pueden reunirse a la faz del sol, buscan las sombras, y en el secreto de una casa misteriosa, o en las tinieblas de un subterráneo, deliberan sin luz y resuelven empresas reprobadas quizás por la sana razón y la moral. La oscuridad, la inquietud, el temor son malos consejeros; desgraciados de los gobiernos que obliguen con sus restricciones y sus prohibiciones a los súbditos o los ciudadanos a formar sociedades secretas. Los culpables del carbonerismo no son los que lo componen y practican sino los que obligan a los pueblos a practicarlo; no son Mazzini y sus amigos: son los *opresores austriacos*, *los reyes inquisidores*, *los duques* soberanos que profesan la persecución y la tiranía. Si los hombres no pueden reunirse a mediodía, a la faz del sol y del Gobierno para tratar del

(1) Pronunciados en un "meeting" popular en el teatro Guayaquil, con motivo de honrar la memoria de los sacrificados en los combates de Galte y los Molinos. El meeting se verificó en la noche del 19 de abril de 1877. Montalvo lo presidió. (N. del E.)

pro común ¿qué remedio sino buscar en silencio a ese tenebroso confidente que se llama oscuridad?

Los Gobiernos que saben poner las cosas en su punto, no solamente toleran las juntas populares, sino también acatan esa como ley del meeting que el pueblo más amigo del orden y más libre del mundo ha enseñado a las demás naciones. Veinte, cuarenta, cincuenta mil personas se reúnen el día menos pensado en una plaza de Londres, de Liverpool u otra de las grandes ciudades de la Gran Bretaña, y a la faz del Primer Ministro censuran su política, al pie de los balcones de la soberana hacen sus reparos con sobrada franqueza. Entre tanto la soberana y su ministro se están tránquilos en su palacio la una, en su ministerio el otro, porque saben que ese rumor vasto y profundo no pasará a grito sedicioso, ni las obras de ese pueblo serán en ningún caso sino las del pueblo leal y sostenedor del orden. La conspiración y el Gobierno viven fraternalmente en Inglaterra, dice un autor; la reina no levanta cabeza de su costura, ni suspende su tarareo, porque cincuenta mil de sus súbditos estén gritando al pie de su palacio; ni el Lord Canciller alza la pluma porque en la calle estén pidiendo su cabeza. El gobierno sabe muy bien que ni el Palacio Real será invadido, ni la cabeza del ministro caerá de sobre sus hombros; el pueblo está en su derecho cuando hace sus demostraciones que nunca pasan a conspiración; el ministro a su vez está en su derecho cuando no cae en la cuenta de amenazas que no son sino el ejercicio de la libertad. Esos cincuenta mil ciudadanos exponen sus quejas, expresan sus deseos, hacen sus indicaciones, y se van a sus casas o a sus talleres a seguir alabando a Dios con el trabajo, *laborare este orare.*

Pueblo de Guayas: ¿Queréis una prueba real y positiva de que el tiranuelo ha muerto efectivamente? Vuestra presencia aquí, reunidos en tan gran número con el objeto de mirar por la cosa pública y excogitar

los medios de poner término al peligro constante que nos amenaza; todo esto digo, está deponiendo en favor de vuestra libertad. Vosotros vivís, luego García Moreno ha muerto.

Duéleme sí, haceros presente lo que ninguno ha *puesto en olvido*; *una conjuración heroica cumplida*, repito en su mayor parte; una revolución popular; dos batallas, mil ciudadanos echados a la tumba, entrada triunfal en la capital de la República, y todavía y siempre García Moreno sobre nosotros en forma de fanatismo y de barbarie? *Dicen* que estamos en camino de cumplir el programa de la revolución de septiembre; pero lo que vemos es que las diligencias de los enemigos públicos, de esos que a fuerza de la tolerancia de los victoriosos se han insolentado; a fuerza de mansedumbre se han enfurecido; lo que vemos es, *digo*, que ese *programa está* más lejos de llenarse cada día; y esta debe ser la razón por la cual las naciones extranjeras nos están preguntando con cierto retintín muy desagradable: ¿con qué fin habéis hecho esa revolución, liberales del Ecuador? ¿qué frutos están produciendo los torrentes de sangre de vuestras batallas? ¿En qué conocéis que habéis vencido? El vencedor de la ley; no es preciso que esta sea dura, cruel; da la ley; ley justa, suave, razonable, pero ley; triunfar para dejarse imponer por los vencidos, ¿no es absurdo a todas luces?

*Las negras y devastadoras oleadas* del fanatismo no han roto, ni romperán, quiéralo el cielo, por las orillas del Guayas; el orden está aquí fortificado. Contando con la cooperación de los hijos del Guayas, patriotas sin mancilla, soldados sin miedo, lleva adelante el gobierno el programa del 8 de septiembre, restablezca la disciplina social, proclame el triunfo del orden, y puesta la paz en su malta y augusta

silla, llame a los ecuatorianos y vamos todos juntos en busca de la ley, divinidad sin la cual no pueden vivir los pueblos.

(Hablaron en seguida los señores Campos y Federico Proaños; y después de ellos habló el español Paul y Angulo, quien denostó al catolicismo. El señor Matías Avilés le refutó indignado. El señor Paul y Angulo intentó volver a tomar la palabra pero Montalvo, presidente del meeting diolo por concluído con el siguiente discurso):

Señores:

Llamado por la voz popular, toda resistencia de mi parte ha sido imprescindible; donde se trata de patria y libertad el hombre libre y patriota debe hallarse. Mas cuán lejos me hallaba yo de pensar que en esta reunión habíamos de oír los conceptos que hemos oído. Las discusiones religiosas son ajenas del pueblo. Ni a éste le importa que se le instruya en ningún tiempo en verdades perjudiciales o se le imbuya en errores funestos. Por mucho que diga la verdad un orador, un escritor comete un error de a folio si no conoce el terreno en que pisa y el auditorio al cual se dirige; ¿qué será pues, cuando una voz impetuosa va a estrellarse inesperadamente contra las adoradas convicciones de un pueblo, en medio de las cuales se tiene por feliz? Mándole yo a cualquier tribuno que vaya a pronunciar discursos de esta naturaleza en España, a Francia, en Inglaterra misma, y no le sería bien contado, porque la civilización no consiste en faltarle el respeto a la sociedad humana ni en romperse fieramente contra las creencias comunes, entre las cuales pueden haber muchas saludables y salvadoras. Dejadme, dejadme este error que me consuela, exclamaba el viejo Catón, dirigiéndose a los epicúreos que le disputaban la inmortalidad del alma. Dejadles, dejadles a los pueblos lo que les contiene y les consuela; si entre sus convicciones hu-

bieren algunas que no contuviesen verdades, todavía serían ellas el freno de oro con que los filósofos, los políticos los van guiando hacia buen puerto por el mar de las buenas costumbres. Es falso por otra parte que la religión y la moral sean cosas *muy diferentes*, como dicen los que viven del error. Sin moral no puede haber religión; antes por el contrario, lo que yo leo cada día en los grandes autores es, que la moral es el fundamento de la religión verdadera. Sin la moral la religión vendría a ser una vana ficción creada por la malicia, con el fin de engañar a los hombres. La moral por si sola es una religión; ahora pues, encarnada en el Enviado Sublime, cuyo nombre pronuncia el mundo inclinando la cabeza hacia la tierra, es una doble religión apoyada y sostenida por los varones de más clara inteligencia que ha producido el género humano. Preguntado Goethe, el escéptico, ¿qué haríais si os obligasen a dar vuestra opinión de Jesús? "le adoraría", respondió sin vacilar. Lo que sí son cosas muy diferentes son la superstición y la religión, el fanatismo y la civilización cristiana. Pero no habiendo sido esta materia el objeto de la presente reunión, doblemos esta hoja respetable, y veamos para qué se ha reunido el pueblo aquí. Hay juntas de indignación, juntas de representación, juntas de esperanza; sea la nuestra junta de consternación, por el desorden que cunde en la República, no menos que por la muerte de nuestros compatriotas fenecidos en los campos de batalla; y sea la de esperanza, porque la paz en el seno de la libertad está rompiendo por el horizonte.

Señores, declaro disuelta la reunión.

## XXXIII

## EL PRECURSOR DE "EL REGENERADOR"

No hay tiempo más ocasionado a males públicos y particulares que el que sigue a una revolución; por eso el restablecimiento del orden bajo un gobierno constitucional es urgente, muy urgente, en cualquier caso. La última la hicimos, por habérsenos negado la convocatoria de la Convención que teníamos por necesaria: esa Convención está en vísperas de instalarse; ¿con qué objeto *conspiraríamos* los liberales nuevamente? Habíamos pensado nosotros que la vigilancia, los aparatos militares de estos últimos días serían quizás precauciones contra el partido contrario; pues no señor, hay revolución, y la hacemos *los cuatro radicales*, como nos llaman los hombres del gobierno, contra un ejército de mil hombres, sin contar, como no contamos con ningún apoyo en el pueblo, con ningún arbitrio pecuniario, con armas ni otra cosa de las indispensables para las conspiraciones. Si en alguna parte es imposible una revolución liberal, es en Quito: García Moreno le imprimió carácter a este pueblo, ordenándole de mayores. Los republicanos, los godos; los clérigos, los legos; los aristócratas, los plebeyos; los grandes, los chicos; los valientes, los cobardes; los tuertos, los sordos y los cojos; los negros, los mulatos y los indios; los ricos, los pobres y los pordioseros, todos pueden hacer revolución en Quito, menos los liberales. Los señores Vernaza y Castro han eliminado de su lista de diputados a los dos jóvenes radicales que ellos mismos

habían pedido por vía de equidad y fusión; y los han eliminado con decir que ningún contingente traían al sufragio esos cuatro pobretes soñadores de la verdadera república y la democracia. Y esos cuatro que no entran en ninguna lista, porque no tienen ni un cliente, ni zapatero, ni un albañil a quien llevar a las mesas electorales, tienen una revolución entre manos, en Quito, y van a matar a todos sus copartidarios y amigos, y echar abajo un gobierno fuerte con tres mil hombres de ejército veterano, con ocho mil fusiles de precisión, con las arcas públicas, y con sus empleados superiores e inferiores? Estos cuatro rojos de Quito deben de ser cuatro gigantes de armas encantadas, de esos que se llevan en la punta de la lanza quinientos enemigos cada vez que embisten. Vamos, señores, buena fe no puede haber en estos recelos, estos *descubrimientos*, estas medidas de seguridad: valientes como Vernaza al frente de mil veteranos, mil leales, no temen a cuatro humanistas o abogados, que no van ni a caza de tórtolas, unos porque no saben el manejo de la escopeta, otros porque se llenarían de dolor al ver rodar entre las hojas la avecilla de los amores. De sus soldados no dudan ni el general Veintimilla, ni el general Vernaza; el pueblo de Quito está siempre pronto a lapidar a *los masones, los rojos, los herejes;* ¿pues con quién diablos hacen esta revolución, esta matanza atroz los *cuatro herejes?* Vengo de Guayaquil, donde todos son liberales, donde todos son mis amigos y mis socios en principios; de Guayaquil, cuna de las revoluciones liberales; de Guayaquil, donde todo es posible; vengo, digo, sin haber intentado revolución chica ni grande, y me he de poner a urdir una conspiración en Quito, sin haberme confesado ni comulgado! Cuando me vean ustedes ir a la escuela de Cristo, y sepan que no como carne el viernes, préndame, porque es seguro que tengo entre manos alguna picardía. Por entendido y valeroso que sea un hombre, sólo con

los jesuítas puede hacer revolución en Quito, o con los soldados: de éstos están seguros sus jefes y señores; luego no me queda partido, no me queda elemento con que hacer revolución, y esto lo ven hasta los ciegos, lo oyen hasta los sordos. Nadie más que los señores Veintimilla, Vernaza y Castro están persuadidos de esta verdad. Pero es necesario que haya conspiración, y que el conspirador sea Montalvo. La queja tiene algo de humillante; no me quejo, pero no puedo prescindir de hacer un cargo: sin "El Cosmopolita", sin "La Dictadura Perpetua", sin "El Regenerador", probablemente mis amigos y compañeros de destierro no se hallaran en posesión de sentarme la mano a cada paso, de llamarme *enemigo*, y de estar intentando de día y de noche mi tercer destierro. En esto no hay justicia ni generosidad, ni siquiera conveniencia: cuando un gobierno se acredita de injusto, pierde el apoyo de los hombres probos; cuando incurre en la nota de arbitrario, aleja de sí a los amigos de la ley; cuando deja ver suspicacia o timidez, los resueltos, los francos, los valientes dejan de estimarle. ¿Y qué cosa más perjudicial para los hombres públicos que la falta de buena fe? Tener necesidad de una conspiración imposible, conspiración inverosímil, absurda, para cometer otra ingratitud, no es de hombres buenos, amigos del bien y de la gloria; no es de soldados valientes que miran con desdén todo lo que no sea la verdad de la espada leal y pundonorosa. A nadie se le oculta la parte que yo he tenido bien así en el fin de la dictadura perpetua, como en la caída del bueno de don Antonio; esto es, la parte que he tenido en la transformación política. Hecha la revolución en el ánimo de los ecuatorianos con mis escritos y los de mis amigos, fuí llamado por los guayaquileños a ponerla por obra con las armas. Siendo indispensable la cooperación del ejército, desde aquí les había dicho yo que el general Veintimilla sería el Jefe Supremo. Voy en

este concepto, y desde que llego, Veintimilla empieza a llamarme *enemigo*, sin fundamento, sin principio, sin razón ninguna. Preparo la revolución, le indico para Jefe Supremo, y soy *su enemigo*. Luego, por una obra que merecía una corona, me coge y me destierra. Vuelvo a Guayaquil, no doy sino pruebas de patriotismo y abnegación; pruebas de moderación y energía reprimiendo al español Angulo en un gran escándalo, y no merezco del gobierno liberal sino nueva intentona de destierro. ¿Cómo es esto? Soy tan grande, tan poderoso que yo solo haga sombra a todo un gobierno, a todo un ejército? Desterrado sin justicia ni miramientos, me ocupé en Panamá en defender la revolución y hacerla aceptar por los periódicos más populares de Suramérica. He venido a Quito, porque es natural que cada cual esté en alguna parte, y a los ocho días cabales, ya tengo conspiración entre manos, y voy a matar a todo el mundo. Si no amor a la equidad y la verdad, aquí cabe a lo menos la vergüenza. Un hombre con cuatro amigos contados no puede ser objeto de recelo para un Gobierno y un ejército. Si tuviera yo el tesoro que se ha menester para un revolución, Dios me guardaría de desperdiciarlo en ella: país en donde, no digo la práctica, pero sí el amor a las virtudes públicas y el cultivo de la inteligencia son perseguidos de muerte, no es habitable para los hombres a quienes no les es dado buscar una negra felicidad en la corrupción y el abatimiento. ¿Por qué piensan ustedes que estoy aquí? Porque no puedo irme a Francia, Inglaterra, España, Rusia o al infierno. Pensar que yo anhelo al primer puesto entre mis compatriotas, es majadería: jamás he dejado asomar las orejas de la ambición. Por fundar la libertad de este pueblo, por comunicarle algunas luces, si he trabajado según el caudal de mis facultades, que no es grande. Estas *conspiraciones*, estas *matanzas* de Quito, no son sino porque yo no vaya a la Convención, francamente. ¿Cómo he de

ir, si han mandado excluirme de las listas de todas las provincias? Y dado caso que fuese, ¿qué haría un hombre solo contra una inmensa mayoría? Si a lo menos nuestra gente fuera capaz de dejarse convencer y conmover, podrían recelarse de la elocuencia, que no tengo; pero a diputados de una pieza que van con el ánimo firme de una cosa, puede gritarles Cicerón al oído, seguro de que no le oyen. Si Veintimilla tiene mayoría, sea en buenahora presidente; ¿pero le parece justo, decoroso, acertado, maltratar así a uno de los promotores más eficaces de la revolución liberal; a uno a quien no debe agravio, sino al contrario, buenos oficios, tan solamente porque a fuerza de estudio y buen proceder he granjeado el aprecio de mis compatriotas, y gozo de alguna consideración? Si la mayoría de ecuatorianos le señala para la presidencia, yo no puedo ni debo oponerme; en cuanto a mis ambiciones, sepa que no las abrigo sino de diferente naturaleza; mi campo, mi carrera son las letras humanas; pueda yo ponerme en Francia, y, con la gracia de Dios, el Ecuador no ha de pasar por la última de las naciones.

JUAN MONTALVO.

Quito, septiembre 22 de 1877.

TIPOGRAFÍA DE FRANCISCO BERMEO, POR J. MORA

## XXXIV

## EL LEON DE SAN MARCOS

HAY en Venecia en la plaza de San Marcos un león hueco por cuyas mandíbulas abiertas echaban en otro tiempo los delatores sus denuncias o sus calumnias, de las cuales suelen ser víctimas por la mayor parte los hombres más honestos e inocentes de aquel tiránico señorío. El león hueco es la imprenta; espías y delatores, Dios sabe si le faltan al país de García Moreno. Acaban de echar en la boca de ese animal un papel que me ponga en manos del consejo inexorable: Dios me tome en su santa guarda y me preserve de la sentencia de ese tribunal aterrador, al mismo tiempo que perdone al espía y dé mejor corazón al denunciante. ¿Cuál será la prisa de ese malvado en impedir la paz entre las gentes, cuando ni siquiera esperó que saliese a luz el escrito que contesta y refuta? Nunca habíamos visto contestación a cosas que no han sido publicadas ni leídas; ni cabe en el juicio perversidad y atropellamiento tan grandes como llenar de injurias a un escritor por la obra que va a publicar, sin tener idea de su naturaleza. La maldad desesperada es una atroz locura: el bribón que so capa de católico sale a impedir las tentativas más laudables, es, sin duda, el verdadero enemigo de Jesucristo y el difamador de su doctrina. De intento he retardado estas palabras, a fin de que el número 6 de mi periódico tenga circulación, y vean los lectores si semejante escrito merecía el libelo del desdichado para quien la tiranía, el cadalso

y la servidumbre de los pueblos son principios tan santos como la pureza de la Vírgen y la divinidad de Jesucristo. Lo que echan de ver desde luego los leen el artículo "Del Clero" es, que no trato de nuestros eclesiásticos: hablo del clero en general, dilucido como puedo el asunto, y me empeño en poner de manifiesto cuál debe ser la correspondencia de los poderes sociales, y cómo deben obrar unos sobre otros para la armonía y el buen paso de las humanas sociedades. El punto religioso, no lo he tocado; las relaciones del clero con el gobierno civil, estas son las que han dado materia a mi escrito, el cual, en cierto modo, no es otra cosa que una obrita de política, como yo lo entiendo, sin estar persuadido de que sea cosa buena y acertada. Ni yo ni mis amigos hemos dicho que venía yo de *campeón de la iglesia* ni de nuestros clérigos: el anuncio de "El Regenerador" no dice sino *campeón de los eclesiásticos ilustrados y virtuosos*, lo mismo que de *los millares pundonorosos y valientes*, cualesquiera y de donde quiera que sean. Las luces y las virtudes son materia de alabanza, sin advertencia ninguna a clase, pueblo ni profesión: Byron, con ser indrédulo, en cuatro rasgueadas figura un santo hombre en el abad de San Mauricio; y el libre pensador Michelet presenta a San Francisco de Sales como un modelo de hombres justos. No tenía pues yo necesidad de volverme conservador ni clarical para rendir homenaje a las virtudes y las luces de los buenos sacerdotes. Nunca he sido más *rojo* que cuando escribí "El padre Yerovi"; y nadie me exigió que *me retractase*, si quería yo hablar bien de ese admirable fraile. Para *campeón de la Iglesia* no tengo ni la sabiduría ni los antecedentes necesarios; ni pienso que la Iglesia haya menester campeones de nuevo cuño, cuando le sobran los rancios y selectos. Campeones de la Iglesia son, Tertuliano, San Cipriano; campeones de la Iglesia son, Lactancio, Orígenes; campeones de la Iglesia son, en nuestros días,

Montalembert, Dupanloup: pobrecitos como nosotros que si sabemos el alfa no sabemos la omega; pecadores no convertidos todavía, no podemos ser campeones de la Iglesia.

¿Qué prurito bestial es este de indisponer al pueblo con los que desean ilustrarle? El pueblo, por desgracia, no lee, o lee poco: de esto abusan los inicuos para engañarle y desviarle. Cuando ha ocurrido hablar de la madre de Dios, de Jesucristo en mis escritos, he hablado con el respecto y la admiración que requiere la santidad de tan sublimes personajes: ahora sale el espía de San Marcos defendiendo contra mí a Jesús y a María. "La ley de Jesucristo debe ser, no solamente ley religiosa, mas antes ley política. Si despojásemos a este gran profeta de su carácter divino, pondríamos a las humanas sociedades al borde de un abismo. Tiberio le clasificó entre los dioses del Olimpo: según Lampridio, Adriano le erigió templos; y Alejandro Severo le veneraba y colocaba entre las almas justas, entre Abraham y Orfeo. Los más encarnizados enemigos de Jesucristo nunca se atrevieron a irrogarle injuria: Volusiano, Juliano el Apóstata, Celso confiesan sus milagros; y, según otro historiador, los oráculos mismos del gentilismo le declararon "hombre ilustre por la piedad". Esto, y otras cosas más delicadas aún, dice el Cosmopolita respecto de Jesucristo; y Espinosa, puesto de sotana, apela a "El Cosmopolita" para probar que soy enemigo de Jesucristo. Un sacerdote no se hubiera presentado ni tan mendaz, ni tan aleve; un sacerdote tiene a lo menos en cuenta la caridad, y no procura así poner a sus semejantes en manos de un pueblo engañado y enfurecido.

"María es el primer nombre que la niña pronuncia, en él suelta la lengua, con él principia los ejercicios de su habla. La mujer, entre nosotros, nace, vive y muere cristiana". Esto dice "El Cosmopolita" respecto de la madre de Dios; y vuelve Espino-

sa a decir que estoy difundiendo las doctrinas del paganismo en perjuicio de la madre de Dios. La malicia que sale de ciertos límites, da en estupidez.

El bueno de don Antonio quiso ser pícaro una ocasión, y se fué patas arriba: nombrar una sociedad, cuando estamos hablando de las sociedades, no es fundarla. Hacemos mención de una cosa también para combatirla. Cuando hablé de las sociedades europeas, menté a la Internacional, y dije, que si en algo pecaba ella contra la religión, la moral, las buenas costumbres, la sana política, la rechazábamos con toda fuerza; y he aquí un impostor que viene a repetir que yo he fundado la Internacional en Quito. Si el pueblo cayera en la cuenta de lo que son sus azuzadores, ellos serían los colgados, no nosotros.

Un periódico que tiene editores conocidos, competentes, rentados comparece ante el público con la fianza obligatoria de sus redactores. Si "El Comercio" ha llamado *bellaco* al señor Ordóñez, obispo de Riobamba, ¿cómo lo da Espinosa por cosa mía? Nadie sino los redactores responden de los artículos editoriales. Atribuir a Flammarión las obras firmadas por Renán, más que necedad, es bellaquería. El bellaco es él, y yo lo firmo. Sixto V mandó cortar las manos y la lengua al sucesor de Pasquín: libelistas, cuidado con Sixto V.

En casa del ahorcado no hay que mentar la soga: ¡Judas dijiste, miserable! ¿quién es el Judas? ¿el que castiga a un pícaro, o el que vende a su hermano? Espinosa fué consabedor de la obra de García Moreno contra el más inocente de los hombres; apoyó al ministro infiel en la traición; la consumaron todos juntos, y se convirtió en el esclavo más vil del tiranuelo. El pobre don Javier murió de dolor: su hermano no se cansa de llamar *egregio* al inicuo revolucionario. ¿Cuál es el Judas? ¿el que vende a su hermano, o el que castiga como lo merece a un pícaro? Don José Joaquín Ortiz, el campeón de la Iglesia de

Colombia, el conservador antiguo y prominente, el católico celoso, el poeta de primera clase ha llenado su famoso periódico "La Caridad" de trozos de "El *Antropófago*", el "*Judas*" y *otros escritos míos, citándolos como ejemplares de moral* y de arte de escribir: Espinosita trae mis obras como los documentos de mi vergüenza. Notarán mis lectores que adrede soy seco ahora: la materia es fastidiosa, el sujeto no merece ni elocuencia, ni poesía, ni siquiera la sal con que alguna vez suele uno bautizar a los que les da buen nombre. Diré solamente para concluir, que, según ya lo han visto en "El Clero", me hallo lejos de lisonjear a nuestros eclesiásticos. El asunto es el tratado por mí, no ellos. Si ellos aceptan la equidad con que pongo a su clase en su lugar, los tendré por hombres razonables; si mi modo de pensar no merece su aprobación, lo sentiré, pero esto no será motivo de enojo. Mi tendencia, como todo el mundo lo está viendo, es volver liberal al clero, en cuanto sea posible: liberal como lo fué Pío IX, como lo fué el célebre Padre Ventura, como lo fué el conde de Montalambert; liberal según la sabiduría y el amor que impelen a los hombres suavemente hacia el progreso medido y necesario. Liberal como los comuneros de Cartagena, como los comunistas de París; liberal como Contreras, como Rochefort, no, porque ni yo ni mis amigos somos de esa negra escuela.

JUAN MONTALVO.

Quito, septiembre 28 de 1877.

TIPOGRAFÍA DE FRANCISCO BERMEO, POR J. MORA

# XXXV

## DESPEREZO DE "EL REGENERADOR"

### SUMARIO

Predicciones convertidas en hechos. El Poder Ejecutivo dicta leyes por medio de veinte mandíbulas que se abren y se cierran. Pueblos pecadores: el tribunal de la penitencia pública. Virtudes hay que pasan a ser vicios vergonzosos. Lo que va del sufrimiento filosófico al aguante irracional. En qué casos guardan silencio los valientes. Secreto para la abolición de la tiranía. Las formas en que desciende el Espíritu Santo sobre las naciones. Quienes están ahí temblando de rodillas. Suerte de los gobiernos inicuos: otro sí de los buenos. Un grande hombre comido de gusanos. Los ejemplos antiguos nada pueden. El esqueleto sacudido con furia por un pueblo. Sonrisa del verdugo en el patíbulo: de quien es la cabeza que está teniendo suspendida por los cabellos. Un hombre pálido haya cayendo y levantando: otro muere tras una puerta de calle. Una torre que produce una fruta agradable al paladar de los tiranos. Entremos en casa. Flores, García Moreno y un insignificante. Don Juan José Flores está oyendo en la sepultura sorprendido el juicio de "El Regenerador". Don Gabriel García Moreno, otro que tal, le perdona hasta "La dictadura perpetua". Un conquistador, un grande hombre ordena sus cosas para sesenta años: ¿si éste será nuestro amigo don Ignacio? Superioridad de Veintimilla sobre García Moreno. Para que vea don Ignacio si los adversarios leales sabemos hacer justicia. Peligro inminente de la República: un mosquito en la frontera del Norte; un moscardón en la del Sur. Incendio de las Tullerías por los comunistas de Ambato. Gobiernos revolucionarios, combinaciones admirables: Borrero, Carbo y Montalvo; Carbo, Piedrahita y Flores; Montalvo, Moncayo y Flores; Carbo, Salazar y Ponce; Veintimilla, Darquea y Carbo; Moncayo, García Moreno y Terenciani; Terenciani, Montalvo y Veintimilla. Este general *tiene evidencia* de que en todo esto piensan los demagogos y los terroristas unidos traidoramente. Si para cogerle a un pobrecito que no se sabe donde se halla se ha menester la dictadura. Una realidad espantosa por una posibilidad improbable. ¿Cuál es la parte por donde los gobiernos empiezan a desmoronarse: es por el lado de la tiranía? ¿por el de la rapacidad? ¿por el de la ridiculez? Allí lo veremos. Obras del amor loco: un

semi-dios muere desesperado. Figuras que harían mucha fuerza en el ánimo del ambicioso que tuviese espíritus para comprenderlas. El que se pone en mala hora la túnica encantada, muere en el tormento. Incendio del Capitolio: ¡al panóptico los patituertos de Ambato! El general Urbina está contemplando como un grande hombre esas llamas sublimes. Yepecito, la choza de *sigse* y los dos pasajeros desconocidos. La dictadura entre los romanos. Destierro de Cicerón. Catilina y Cetego: cual era el proyecto de estos truhanes. Como puede un atrevido dar a entender un vocablo que no es dable poner por escrito. Si los *tacos* furibundos de Bolívar le autorizan a un quidam moderno a echarlos a su vez. Horrible y misterioso acontecimiento en una ciudad antigua: los senadores nombran Dictador. Una dama se le presenta a éste cubierta con un largo velo: ¡cuán espantoso secreto le descubre! Ceremonia de hincar el clavo en la pared. Pontífice máximo, augures, adivinos, vestales: el templo de Júpiter. Atila está a las puertas de Roma, ¡y deliberáis! ¿Quién es Atila? Don Antonio: *risum teneatis*. Trabajo excusado el de nuestros legisladores: valiera más no haber dictado Constitución ni leyes. Diez y seis individuos contra un millón de personas. El Consejo de estado lo suelen componer en todas partes de los varones más cuerdos y eminenetes de la nación: para tal Telémaco, tales Mentores. Como es necesario que haya uno siquiera que diga la verdad a la República: el silencio absoluto es sudario que cubre un cadáver infame. Libertad, felicidad pública: genios aéreos, invisibles. "El Regenerador" le gana la voluntad al Dictador por medio de la adorable franqueza y la buena fe con que dice sus cosas. "El Regenerador" le causa admiración al Dictador con su moderado y culto atrevimiento. El Dictador le cobra respeto y cariño a "El Regenerador", movido por esa buena índole y esa cortesía con que éste le da los consejos que, aprovechados, pueden volverle hombre de pro y fama. El punto luminoso convertido en globo resplandeciente: pura fanfarronada de don Juan: tomadla a broma, y no la imputéis a vanistorio. El destierro siempre es amargo cáliz. Padre, si es posible apártalo, de mis labios.

## LAS FACULTADES EXTRAORDINARIAS

NUESTRAS previsiones se presentan ahora en forma de hechos: habíamos insinuado al principio que Veintimilla no querría sujetarse a la Constitución y las leyes, aun cuando él las mandase hacer a su antojo. Este hombre no nació para presidente constitucional, sino para dueño del pueblo que por altos juicios de Dios ha venido a caer en sus manos. Muy culpable debe de ser esta miserable nación, si de tiranía en tiranía, de dictadura en dictadura, cuando pensó que iba a redimirse mediante los esfuerzos

de gran parte de ella, se encuentra al abrir los ojos presa otra vez, de la dictadura. Los pueblos tienen pecados, bien así como los hombres: muchas veces imaginan haber hecho la penitencia necesaria; y en realidad la culpa más negra se halla todavía profundamente imprimida en su alma. Cuando resiste a la amenaza y desprecia el cohecho en las mesas electorales; cuando arrostra sin temblar la pupila envenenada del opresor; cuando se presenta sin miedo, y depone en conciencia lo que sabe; cuando prefiere el fruto del trabajo al estipendio de la infamia; cuando le cobra amor a la escuela y respeto a los planteles de educación superior; cuando no huye abandonando cobarde sus garantías; cuando echa leña al fuego sagrado de la patria; cuando la servidumbre gime encadenada a sus pies, entonces un pueblo está limpio de pecado, tiene derecho a la libertad y es dueño de su suerte. Virtud es el sufrimiento, virtudes la moderación y la templanza; empero llega el caso en que ellas se convierten en delitos vergonzosos, habiendo perdido el semblante de genios propicios y divinidades apacibles. Sufrir por cobardía no es sufrir, *sino* aguantar con el aguante despreciable de los animales estúpidos. La paciencia que proviene del miedo, lejos de ser meritoria es infamante: los pundonorosos, los valientes sufren y callan, mientras no les ponen el dedo en la honra; pero ¡ay de los atrevidos que los saquen de sus quicios! Los apocados, los ruines sin valor ni pundonor, al contrario, aguantan todo; y ya puede uno más fuerte que ellos darles de bofetones, ya de látigos; como si no hubiera plomo o acero con que igualar las fuerzas. Hablamos de los individuos: los pueblos siempre son más fuertes que sus opresores, porque son grandes en números; si dieran en el secreto de la unión, no hubiera tiranos. La ventaja de éstos consiste en que celos y aborrecimiento andan entre sus esclavos mismos. Si el Espíritu Santo desciende sobre ellos en forma de con-

ciencia pública, amor patrio, libertad, la fuerza que reciben de esas lenguas divinas es inmensa, nada les resiste: los tronos caen en pedazos, las testas coronadas ruedan al abismo, la soberbia da un aullido y desaparece, el verdugo huye espantado, las prisiones infames se vienen al suelo, los opresores grandes y pequeños están ahí muertos o temblando de rodillas. Tal es el pueblo en ejercicio de su santa cólera. Ejércitos innumerables, armas resplandecientes, esbirros ciegos, tesoros para el salario, cooperación nefanda de los perversos, buena fortuna, nada presta al fin: los gobiernos inicuos se vienen abajo, los malos gobernantes reciben su castigo. ¡Y que nunca hayamos de escarmentar en cabeza ajena! No nos autoricemos ahora con ejemplares antiguos o de pueblos retirados de nosotros con veinte siglos de por medio; no citemos a Sila, comido de gusanos el cuerpo, el alma yéndosele en negros chorros de podredumbre, arrinconado y solitario; no recordamos a César que cae en el Senado a los golpes de los amigos de la libertad; no a Calígula, pálido en su alcázar, oyendo los gritos de Roma enfurecida; no a Nerón abriéndose la garganta con una navaja, por no morir en la horca. No veamos tampoco más cerca de nosotros ese pueblo que rompe el sepulcro de un gran monarca, toma su esqueleto, lo sacude colmándole de injurias, y lo echa en polvo fuera de la huesa. No fijemos los ojos en ese patíbulo donde el verdugo está enseñando al mundo asida por los cabellos, la cabeza de otro rey. No vayamos en pos del héroe tirano encadenado contra una roca en medio de los mares; acerquémonos a nosotros mismos, miremos en nuestras vecindades; ese criminal de veinte años, harto de carne humana, que sale de un subterráneo, todo trémulo, corre por esa playa cayendo y levantando, y gana un buque extranjero, es un presidente que no ha tenido contrarresto; y huye, y muere cubierto de infamia.

Ese miserable que cae con cuatro balas en la cabeza en el zaguán de una casa, tras una puerta de calle, ha sido temible presidente. ¿Por qué viene a morir como perro en las calles de Lima? Por tirano, ladrón, ambicioso, borracho sus compatriotas se levantan, y si no muere en la cuerda, es porque se va de fuga.

Ese cuerpo desnudo que está columpiando en una torre, es de uno que se volvió dictador y quiso ser presidente a viva fuerza. El pueblo le baja, le escarnece, le echa sobre un montón de muebles de su propia casa y lo reduce a cenizas, riendo a carcajadas.

Pero estos son extranjeros todavía; los que acabamos de citar, serán ejemplos que obran en el ánimo de los argentinos, los bolivianos y los peruanos; nosotros, hijos del Ecuador, ¿qué tenemos que ver con Rosas, Melgarejo ni Gutiérrez? Nada; mas sí puede convenir que sepamos algo de Flores, García Moreno y Borrero. Flores, Juan José Flores, soldado de Colombia, valiente de primera clase en la batalla, condecorado por Bolívar; Flores, el héroe de Portete; Flores, sostenido por una legión formidable de jefes venezolanos y negros bebedores de sangre. Flores, dueño del afecto de la aristocracia de Quito; Flores, fundador de la República, lleno de fama, talento, prestigio, valor, se viene abajo miserablemente, por haber querido mandar sin término ni leyes. El pueblo no tiene superior en sus obras lícitas: libertad, derechos, educación, civilización, obras son, no lícitas solamente, sino también obligatorias y sagradas.

García Moreno, ¡qué hombre! éste sí, ¡qué hombre! nacido para grande hombre, sin ese desvío lamentable de su naturaleza hacia lo malo. Sujeto de grande inteligencia, tirano sabio, jayan de valor y arrojo increíbles; invencionero, ardidoso, rico en arbitrios y expedientes: imaginación socorrida, voluntad fuerte, ímpetu vencedor, ¡qué lástima! García Mo-

reno hubiera sido el primer hombre de Suramérica, si sus poderosas facultades no hubieran estado dedicada, a una obra nefanda—la opresión, la tiranía.—García Moreno, adorado de un partido numeroso; apoyado por el clero, este gigante de sotana; temido, querido por la clase militar; hombre raro, ser misterioso para las mujeres; lleno de fuerza, poder, eficacia, con vida física y moral para muchos años, cae el día menos pensado, el infelice, rueda a patadas por la plaza, un perro no muere más ignominiosamente. Es que en medio de sus prendas, sus altas prendas, fué injusto, ambicioso, arbitrario, opresor, tirano; muerte merecida, buena muerte.

Borrero . . . ¿para qué hemos de hablar de este desventurado?

Veintimilla . . . Veintimilla no quiere ver ni los ejemplos antiguos, ni los de nuestros vecinos, ni los nuestros propios. Dice que tiene ordenadas sus cosas para sesenta años, gobierna bien y pide facultades extraordinarias. García Moreno, en su última revolución, no ordenó las suyas sino para diez: "Este régimen durará diez años", le dijo al Ministro Plenipotenciario de Colombia. Aun él *se equivocó en casi* la mitad; él, García Moreno. Veintimilla no se equivoca; ha ordenado sus cosas para sesenta años; todo lo *tiene previsto.* Tiene, pues, cincuenta veces más talento, más valor, más habilidad, más fortuna, más partido que García Moreno.

Pide facultades extraordinarias, dije: no las ha pedido expresamente; pero ha mandado mensaje verbal a la Convención, exponiendo *los peligros en que se halla su gobierno.* Estos peligros son: Yépez en la frontera del Norte (falso); el pobre Yépez no es nada. Dos individuos de paso por Guaranda echan baladronadas; cartas de comerciantes e *industriales honrados* de Guayaquil; y sobre todo, incendio de un cuartel en Ambato. ¡Qué fundamentos! Dos diputados proponen que la Cámara, espontáneamente, conceda fa-

cultades extraordinarias al Poder Ejecutivo; Urbina apoya las pretensiones de Veintimilla. El señor Carbo, indignado, se pone de pie, y exclama: "Pido que esa proposición quede sobre la mesa; y admiro haya diputados que vengan a proponernos infrinjamos la Constitución". Esta concede todas las facultades necesarias al Poder Ejecutivo para la mantenencia del orden; si amenazan trastornos, conjúrenlos; si tienen denuncios, datos de revolución, cumplan con su deber los gobernantes. Facultades omnímodas, no necesitan para sofocarlas: no sería gobierno el que no pudiese mantener el orden sin un escandaloso rompimiento de la Constitución y las leyes. Facultades extraordinarias son para casos extraordinarios; casos en que las comunes son insuficientes: ¿quién le prohibe a Veintimilla que mande quinientos hombres a la raya, y eche de allí a balazos a Yepecito o le tome prisionero, si lo halla? ¿quién se opone a que someta a juicio a los conspiradores de Guayaquil, si él sabe que los hay? ¿qué inconveniente halla para juzgar y castigar según todo el rigor de la ley a los incendiarios de Ambato, puesto que los tiene conocidos? Leyes hay para todos los delitos, y el gobierno tiene facultades naturales para los casos comunes. Invasión, conspiración, incendio, crímenes son que vienen con ruido, y resplandecen mortalmente a los ojos del mundo entero. Hay invasión, y nadie lo ha sabido sino Veintimilla y su Ministro. Pues sil a hay, ¿qué hace el ejército que no vuela a contenerla? Para esto no ha menester el Gobierno facultades extraordinarias. ¡Ah! no la hay todavía, pero la puede haber; y por una posibilidad improbable quieren una realidad espantosa, cual es el poder absoluto. Constitución y leyes ¿para qué, si porque dos pasajeros sueltan en la posada cuatro palabras mal sonantes dejan ellas de existir? Y aun está por averiguar si esto es verdad; si lo es, tomen a esos dos hombres, que son los culpables, júzguenlos, y caiga sobre ellos

el brazo de la justicia, en siendo crimen el proferir una justa queja, o una vana amenaza. Pero ni esos hombres parecen, ni nadie sabe lo que dijeron; y con este fundamento el Gobierno de Veintimilla excita a la Cámara para que le conceda espontáneamente facultades omnímodas! Acciones que aterran, pasen; mala fe, ridiculez, ficciones palpables socaban el mal seguro edificio de los gobiernos descarriados.

Revolución en Guayaquil: ¿si ha estallado, por qué no la sofocan? ¿si no ha estallado, por qué no la frustran? El señor ministro ha recibido cartas de *industriales honrados*, pero no despachos oficiales del gobernador y el comandante general del Guayas. Y sobre cartas de un liencero o de un cata-licores, quiere facultades extraordinarias, que no son sino para casos extraordinarios. Hechos necesita un gobierno para exigir esa investidura terrible del poder absoluto; y hechos estupendos, que se hallen fuera del poder de las leyes y los arbitrios naturales. Porque un comerciante escribe una carta, facultades sin limitación: esto pasa de ligereza, raya en insensatez.

Esa investidura terrible del poder absoluto, dije: terrible, sí: esa es la túnica envenenada que vuelve furioso a Hércules, y le redobla las fuerzas, privándole del juicio; corre el semidios sin saber por donde; atormentado por infernales dolencias, da gritos hórridos, blande su clava, mata, asuela la tierra, tiembla el mundo; pero él muere también devorado por su túnica fatídica. Las facultades extraordinarias, el poder discresional son la túnica encantada debajo de la cual sucumbe Alcides. Lástima, señor don Ignacio, que usted no sea para comprender estas figuras. Usted, con sus facultades omnímodas, principiará por quitarme a mí la libertad, sino la vida; hará lo propio con los jóvenes escritores de Quito y Guayaquil; eliminará de la escena política los hombres notables o temibles de todos los partidos, asolará quizás la Re-

pública; pero la túnica envenenada le estará corrompiendo la sangre, devorando la vida, y, aunque no hijo de Hércules, sucumbirá, por falta de juicio.

Ahora viene el incendio del cuartel. Este era una choza de paja; menos aun, de *sigse*, construída exprofeso para los cuatro días que debía permanecer aquí el batallón que la ocupaba. Una de estas noches, se ha quemado el chozón, o lo han quemado. Pero como el señor don Ignacio es uno que todo lo tiene previsto, previó que los demagogos y los terroristas juntamente le quemarían esa noche su cuartel de mármol fino, y por la mañana mandó trasponer el parque. Al otro día, preséntase en la Cámara el ministro y sobre que los demagogo-terroristas han incendiado la consabida choza, excita a los legisladores a conceder espontáneamente al Poder Ejecutivo facultades extraordinarias. Si el incendio fué delito privado, nada tiene que ver con la estabilidad o la instabilidad del gobierno; si fué político, ¿dónde está la conspiración que allí tomó origen? ¿cuáles son los conspiradores que han aprehendido? ¿O los demagogos y los terroristas en combinación quemaron la choza, a fin de que esa diligencia estuviera hecha, para cuando pudiesen conspirar? Siete gigantes enmascarados metieron fuego a la dichosa *caserna*, para hablar como los viajeros a París; los quemados eran quinientos; el general Veintimilla todo lo había previsto, y nadie les echó mano a esos criminales fantasmones!

Yepecito escondido sabe Dios en donde; la choza quemada en Ambato por siete vestiglos de narices incomensurables; los dos tunantes que pasan por Guaranda echando bravatas contra Veintimilla; las cartas de los *industriales honrados* de Guayaquil, estas son las pruebas del caso extraordinario y terrible que requiere un gobierno para solicitar facultades inrestrictas. Confesad, amigos, que vuestro ánimo es alzaros con la dictadura, volviendo vuestro cómplice al

Poder Legislativo: la empresa que tenéis entre manos es una revolución contra la forma de gobierno, y nada más. Dictadura, sin ley de presupuestos; he aquí la obra de la Convención de Urbina y Veintimilla.

Los romanos, el más sabio de los pueblos antiguos, tenían por supremo caso el en que la dictadura venía a ser indispensable: invasiones de los bárbaros, alzamientos de los esclavos, calamidades que parecían provenientes de los dioses mismos, estas eran las circunstancias en que creaban un dictador efímero; y no cuando esos males estaban a punto de suceder, sino cuando habían sucedido. De lo contrario, las guerras comunes, las conspiraciones caseras, los males de poco momento entraban debajo de la jurisdicción de las leyes conocidas. Cicerón fué desterrado, por haber salvado la patria obrando a discreción; y *eso* que nada *menos* se habían propuesto Catilina y Cetego que el incendio de Roma y la destrucción total de la República. La dictadura es un cometa que no aparece sino de tarde en tarde: si ese meteoro infausto se presentara cada año arrastrando en su cola las calamidades del mundo, los hombres perderían el juicio. ¡Dictadura, porque dos truhanes desconocidos pasan llamándole ambicioso al presidente! ¡Dictadura, porque un mercader le escribe chismes al ministro, acorde con él de antemano! ¡Dictadura, porque se quema una choza de soldados! Estos son los casos en que yo siento en el alma que al escritor no le sea permitido echar un *taco* resonante por la imprenta.

Avino en otro tiempo que los varones más ínclitos de Roma, no menos que el pueblo, iban muriendo a centenares: el Senado había quedado desierto, las legiones sin sus jefes, los tribunales sin sus ministros, las familias sin sus padres: la ciudad era un vasto sepulcro, y sin peste, ni hambruna, ni causa conocida. Los pocos que aun quedaban, vieron que

los dioses la estaban destruyendo con su propia mano; inspirados por un genio, reúnense los padres conscriptos y nombran dictador. Ante el Dictador tiembla el mundo; el crimen, por recóndito que sea, comparece en su presencia impelido por las divinidades amigas de Roma. El Dictador, rodeado del pontífice máximo, los augures, las vestales y todo el sacerdocio, con las insignias de su cargo en la mano, vestido de púrpura, al frente de una larga procesión, se dirige al templo de Júpiter, e hinca el clavo en la pared. Esta ceremonia augusta era el arbitrio supremo de esos sabios antiguos: lo que no podía el clavo, nada podía. Hincó el dictador el clavo en la pared; a poco, una matrona, cubierta de un largo velo, se le presenta y declara que las damas romanas, la flor de la nobleza, poseídas de ciertas divinidades tenebrosas, habían estado, tiempo había, envenenando las fuentes públicas. El dictador castigó el crimen, cortó el mal, y dió gracias a los dioses.

Amigo Veintimilla, si es para clavar el clavo en la pared del templo de los dioses, vaya usted de dictador; si es contra vidas y haciendas de ciudadanos inocentes, le niego mi voto.

## De la Pretension al Hecho

A pesar de las cartas de los industriales honrados, la presencia de Yépez en la frontera y el incendio de la choza, el ministro sostuvo ayer en la Cámara que el Gobierno se limitaba a exponer el peligro horroroso en que se hallaba la República. ¡Atila está a las puertas de Roma, deliberad! Pero, dijo, no pedía facultades extraordinarias. Hoy ha vuelto, y las ha pedido a nombre del Gobierno. De ayer acá ¿se ha presentado otro Yépez en la frontera? ha llegado otra carta industrial? ¿se ha quemado otra choza? Nada; y pide facultades extraordinarias, y la Cámara se las

concede sin limitación. Después de una dictadura de cerca de dos años, entramos en una dictadura indefinida. Podríamos los amigos de la libertad hacer esta pregunta: ¿para qué han dictado Constitución y leyes los legisladores de Urbina y Veintimilla, para echarlas abajo ellos mismos por medio de un decreto el último día de sus sesiones? Ellos no son dueños absolutos de la suerte de la Nación; no son sino representantes de los pueblos: conviene saber si éstos aprueban y confirman la nueva forma de gobierno, y si con la republicana rechazan toda clase de garantías y derechos. Si el pueblo ecuatoriano ha querido esto; si esto ha pedido por medio de sus diputados, los que no hemos nacido para la servidumbre ni transigimos con la usurpación, nos vemos en la necesidad sagrada de salvar nuestro voto. Pero lejos de ser ello así, parécenos que esta imprudente dictadura es obra de cuatro personas contra un millón de individuos, de diez y seis malos diputados contra la nación entera. Tres mil hombres de ejército, las arcas públicas a disposición del presidente, todas las facultades necesarias para mantener el orden, según la Constitución; y Veintimilla pide la dictadura, porque dice que *puede ser* que un tal Yépez ande escondido por ahí, y porque su ministro ha recibido una carta de un industrial honrado, y porque han incendiado, Dios sabe quienes, una choza de paja donde vivían unos hombres. Veintimilla y Urbina han hecho una revolución para variar la forma de gobierno, esto es todo. Ahora conviene que legitimen la dictadura y la vuelvan perpetua por medio de un plebiscito. Perpetua, desde ahora lo es: el Consejo de Estado, que sería el que le retirase al gobierno las facultades omnímodas, si fuera Consejo, lo ha compuesto Veintimilla de personas a quienes un escritor medianamente elevado no puede nombrar. Este Consejo, o lo que es lo mismo, este General Ignacio Veintimilla, no pensará en retirar esas facultades, mien-

tras haya un escritor en la República. Conspiradores, no los ha habido, no los hay: escritores es lo que ha habido; y, como dijo un diputado de la minoría, la dictadura no es sino contra los escritores, los cuales han hecho cargos; cargos sin refutación, porque los hechos notorios no están sujetos a desmentida. No hubiera sido mejor que consignasen en la Constitución la censura oficial previa, antes que esa ridícula, falsa y escarnecida libertad de imprenta? ¡Dan libertad de imprenta, y proclaman contra ella la dictadura indefinida!

Sea de esto lo que fuere, amigo don Ignacio, usted convendrá en que, para salvar la honra nacional, debe haber por lo menos un individuo que diga la verdad, sin miedo, a la faz de la República. Desde que este buen hombre que así se está expresando abrió los ojos, todo ha sido en él guerra a los tiranos, peligros, insultos, destierros, hambres, trabajos sin cuento, dolores morales, sufridos, gracias a Dios, con un mediano valor, bastante para salvarle la vida. La muerte suele venir calladita, y entrarse disfrazada de abatimiento por las puertas de los hombres cortos de ánimo. Estos genios intangibles, intomables que llamamos libertad y felicidad pública, son muy porfiados para con ciertos individuos nacidos para víctimas: écheme usted mano, don Ignacio; pero si razón y moderación son acreedoras a algún miramiento, sea usted franco y leal: no me saque de la cama con engaño a las dos de la mañana y me embarque en ese instante; hombre no soy que fuga ni se esconde en ningún caso: notifíqueme, y me voy. Uno de pundonor; uno que abriga en el pecho el santo amor de la libertad; uno que anhela por la civilización y la felicidad de la sabiduría; uno que presta sus mejillas para que arda en ellas el amable y grato fuego de la vergüenza, ¿podrá vivir contento entre ustedes? ¿Y por qué no se va? dirá usted, amigo Veintimilla: ¡ah!. . . ¿y por qué no se iba usted cuando era pobre de dos

centavos? Ahora tiene gran dinero, gracias a la muerte de su padre adoptivo, don Gabriel García Moreno, y puede irse: yo me veo en la triste necesidad de esperar que me obliguen, para echarme las alforjas al hombro, y volver a esa vida de trabajos y dolores que han impreso en mi alma el sello del hombre fuerte. Pero usted, de punto, y por no darme gusto, no me ha de desterrar ahora; con lo cual me hará un grave perjuicio, porque en el seno del tercer destierro estoy viendo un punto luminoso, que puede crecer y convertirse en globo resplandeciente. Si yo pudiera irme buenamente a Europa a echar dos o tres libros de los míos, a pasear en la exposición de París, a oír en la Gran Opera al *Guillermo Tell*, piensa usted que me estuviera aquí pudriéndome de cólera y fastidio?

Un día vino a mi casa en Guayaquil un joven oficial lleno de gentileza y hermosura: blanco, de barba aristocrática, bien traído, sus bordaduras militares estaban en él como nacidas. Larga y afectuosa fué la visita. Volvió al otro día y comió conmigo, brindó por la corona con que pronto la patria ceñiría mis sienes, y dijo cosas poéticas y resonantes. Esa misma noche, a las dos de la mañana, llamaron a la puerta de calle: era el gallardo militar. "Su Excelencia—dijo—suplica a usted pase luego a su casa, para un asunto de interés público sumamente urgente". Salí con mi amigo, que se deshizo en atenciones y finezas el largo de una calle. Al pasar por una esquina, salta de por ahí una escolta, la bayoneta calada: "Sepa usted que le llevo preso", exclama el noble oficial con gran energía y denuedo: "¡al centro!" De ese camino a bordo de un buque; al otro día por la mañana, abrirse al mar; desterrado. Veintimilla no había pagado ni el pasaje; yo, sorprendido en la cama, no pude haberme apertrechado de onzas de oro; mis amigos, ignorantes de lo que pasaba, no tuvieron tiempo de hacer por mí lo que hubieran que-

rido Confieso que en siete años de destierro de García Moreno padecí menos que en el destierro de Veintimilla.

Hallándome en Panamá sucedió que por medida de seguridad expulsasen por días contados a varios conservadores: el gobierno costeó el viaje de todos, y además le ofreció a cada uno cierta cantidad de dinero para que se ayudase en el destierro. Mucho va del adversario civilizado, noble y generoso al enemigo ruín que usa de perfidia y hace lo posible porque tengamos muerte lamentable los que servimos a la patria. Dirá usted, señor don Ignacio, que entonces temió fundadamente una conmocción popular: está bien; ahora no corre ese peligro; no me saque de la cama con una súplica, ni me ponga emboscadas; una orden y quince días de plazo; no quiero más. La cortesía entre enemigos mismos es virtud social que compone y adorna las malas obras de modo que parecen buenas; al tirano atento y decoroso le perdonamos hasta la tiranía; y sus actos arbitrarios e injustos ocurren entre maneras urbanas y comedidas, cobran aspecto de acciones imperiales. El canalla puede hacer matar, pero no se hace temer; le desprecian hasta los ejecutores de sus órdenes. El gobernante digno, el enemigo leal, no ha perdido la esperanza de perdón, ni después de un cruel derramamiento de sangre; la tiranía puede muy bien girar en una órbita superior Napoleón fué tirano, y nadie le despreció en la vida. García Moreno fué tirano, y no hubo quien no le temiese sin despreciarle. Si nuestra alma no es grande, sea a lo menos alta; si no nacimos para el bien, hagamos el mal con cuanto decoro sea compatible con las malas obras. Hasta en el crimen cabe cierta virtud; el capitán de ladrones que reparte equitativamente entre los suyos el fruto de sus hazañas, practica una virtud. Justicia y lealtad son máscaras hermosas que ocultan elegantemente el feo rostro de los delitos y los vicios. El

que en medio de ellos puede todavía llamarse caballero, no ha merecido la horca: el canalla es el que todo lo ha perdido. Sea un criminal elevado y generoso, y no faltará quien le tenga por un dios: Sila, ahito de sangre, era la admiración del mundo.

JUAN MONTALVO.

Ambato, junio 1 de 1878.

QUITO, JUNIO 12 DE 1878

IMPRENTA DEL DOCTOR ROBERTO ARIAS, POR J. MORA

## XXXVI

## LA NUEVA INVASION

El susurro popular basta muchas veces para que los amigos del pueblo se echen a la imprenta, y tomen por suyo el empeño de esclarecer ciertas dudas y disipar ciertos temores que están inquietando a todos. Cartas del presidente, bandos, alardes militares son, en cierto modo, piezas oficiales que autorizan, y aun obligan, a discurrir acerca de cosas que examinadas a la luz de la verdad, no pasan de ser aprensiones ridículas o quimeras maliciosas. Hay invasión, nueva invasión de los colombianos; esto sostiene el gobierno y empieza a creer el pueblo. El Ecuador y Colombia estaban en paz hasta ayer; ni *casus belli* ni declaración de guerra: ¿pues cómo hay invasión? Están en paz, actualmente lo están; en prueba de ello el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia ni ha pedido ni ha recibido sus pasaportes: ¿pues cómo hay invasión? El Gobierno y el Congreso de Colombia han improbado la anterior, la han condenado severamente, han puesto en causa a los invasores: no sería posible que hoy, sin motivo ni pretexto, sin causa ni objeto, mandasen invadir un país amigo en el cual tienen un representante de primera clase, que está acreditando con su presencia la paz y la amistad que reinan entre las dos naciones. ¿Colombia es acaso un puñado de bárbaros desbaratados que no tiene cuenta ninguna con el derecho de gentes, el pundonor, la conciencia, la dignidad humana? De ninguna manera; antes

es pueblo que tiene en mucho la consideración del mundo, y esa consideración no alcanzan sino los que obran conformes con los principios de la razón y las leyes de la justicia. Los indios bravos de las pampas de Buenos Aires *invaden* el territorio de esa república cuando tienen sed de sangre o les viene a faltar la carne; los araucanos *invaden* los dominios limítrofes de la República de Chile cuando lo pueden, sin previo aviso ni declaratoria de guerra; entre pueblos cristianos y civilizados, no es de uso y costumbre *invadir* sin previo *casus belli* y previa declaración arreglada a las leyes del derecho de las naciones. Los colombianos para rechazar los horribles calificativos con que han tratado de afearlos en Venezuela, Chile, Perú, los Estados Unidos y el mundo entero, han sostenido y están sosteniendo, que su paso anterior no fué invasión, sino auxilio solicitado por el gobierno ecuatoriano; y para probarlo, han dado a la estampa cartas de agentes superiores de este Gobierno. La invasión gratuíta y sin aviso legal, es simplemente empresa filibustera, alzamiento de pícaros cuyas acciones no tienen fundamento en los principios, cuyos fines son el transgredir en su provecho las leyes divinas y humanas. Los colombianos han negado a pie juntillas que la anterior hubiese sido invasión, y lo han probado: el Poder Ejecutivo, y lo que es peor el Legislativo de esta República, no han hecho sino dar peso a esas pruebas, otorgando con el silencio. Consecuencias tan graves, tan grandes y tan tristes se le siguen a un pueblo de una invasión inicua, que los invasores de ayer por nada quieren ser invasores, sino auxiliares: Fuimos, dicen, llamados ¿por qué nos reprenden? Les hemos reprendido, porque no debieron haber dado oídos a ese llamamiento ilícito. Si ahora es verdad que vienen nuevamente, tendrán que decir quien los ha llamado; si vienen sin ser llamados, no vienen como auxiliares, ni como beligerantes siquiera, puesto que no han declarado

la guerra; vendrán como los araucanos pasan a Chile, como los indios bravos de las pampas de Buenos Aires pasan al territorio de esta República, como los cuero-colorados, los *sioux* pasan la línea de la Unión Americana. Los colombianos del Juanambú para acá, dicen, y lo están repitiendo cada día, que vienen a coger a los godos en Tulcán, al obispo Restrepo, etc. Tulcán es territorio ecuatoriano: ¿cómo vienen a coger allí esos clérigos? Si la presencia de éstos en la frontera les es perjudicial o enojosa, no es cosa de ellos el *cogerlos;* al Gobierno de Colombia es aqui en le toca solicitar la internación de esos refugiados; y si lo tiene a bien, exigirla. ¿Y no tiene en Quito un Ministro Plenipotenciario? Bien parada andaría la diplomacia en Suramérica, si las Repúblicas enviasen a las capitales amigas altos funcionarios públicos, para que se estuviesen allí de estafermos, en tanto que los pueblos fronterizos *invaden* cuando les da la gana, y vienen a *coger* como alguaciles para quienes las naciones no reconocen límites! Si a pesar de estas consideraciones es verdad que vienen esos a *coger* clérigos y conservadores en territorio ecuatoriano, lo que están necesitando es uno que los coja: una cosa es don Tomás Cipriano Mosquera con seis mil leones, la flor de los soldados granadinos, hartos de sangre y de victorias; y otra muy diferente cuatro vecinos de pueblos infelices, sin armas, sin ciencia militar, sin caudillos que dicen por distracción: "Vamos trescientos hombres". Veintimilla no ha tenido vergüenza de exasperar al pueblo, porque un maestro de escuela ha escrito de Iles o de Fúnes que se vienen al Ecuador: si vienen a *coger*, cójalos él: este es su deber; y no se ande con exageraciones ridículas que no comunican consideración a su Gobierno ni deponen por su valor. ¿Tendría el Gobierno de Bogotá la estupidez o la desfachatez necesarias para formar bandos, reunir milicias, reclutar gentes y poner en ansiedades con decir que vienen los Macha-

chís, los Anaguañas, los Lloas? Veintimilla está revolviendo la República, porque le han dicho que vienen los Carlosamas, los Puerres y los Putes! Dios misericordioso, don Jerónimo Carrión obtuvo medalla de honor del Congreso de Chile.

Está probado con la razón y la experiencia, que invasión oficial, ordenada por el Gobierno de Colombia, no puede haber. Colombia está llena de vergüenza de lo que ha resultado contra ella de la infracción de algunos de sus oficiales: si a la primera invasión la han puesto como nueva la prensa de Venezuela, la República Argentina, Bolivia, Chile, Perú, ¿qué sería a la segunda? Invasión, ¿y por qué? Porque algunos clérigos emigrados no quieren irse de la frontera; si este pudiera ser un *casus belli*, no lo sería sino después que habiendo el Gobierno de la Unión Colombiana solicitado y exigido del ecuatoriano la internación de esos refugiados, éste se negase con aspereza. Y aun así, el derecho internacional exige *ultimatum*, y declaración de guerra. Tan ignorantes son los que quieren invadir, como los que creen en dicha invasión; y si en realidad existe el proyecto de invasión, ¡a qué tiempo bárbaro e infame habremos llegado! Esa invasión a pesar del Gobierno de Colombia, sin su orden, sin su apoyo, sin su impulso, por grande que fuera no pasaría de 300 hombres sin armas, o armados de fusiles sin culata; Veintimilla tiene actualmente un soberbio ejército de tres mil valientes, en cuyas manos el formidable Remington no es cosa de burla. Pero esos hombres no vendrán, porque no son locos, ni hordas de bandidos; si vinieron antes, dicen, fué porque los llamó el Gobierno del Ecuador; si ahora vienen, derecho tendremos para pensar que los han vuelto a llamar los agentes del señor Ignacio Veintimilla. En efecto, vinieron los colombianos la otra vez, a defenderle contra los conservadores en su revolución pasada: hoy ha solicitado Veintimilla y obtenido facultades extraor-

dinarias, alegando otra revolución conservadora: invasión, ha dicho, de Borrero por el Sur y de Yepez por el Norte; repitiéndose la causa, se repite el efecto: los conservadores conspiran con Yepez y Borrero, luego los colombianos vienen como auxiliares de Veintimilla. La Convención, concediéndole facultades omnímodas, ha certificado las empresas coexistentes de Borrero y Yépez, y en prueba de ello Veintimilla está armado de las facultades que pidió al cuerpo legislativo porque venían esos dos valerosos caballeros. Luego si vienen los colombianos, es en su favor; esto es claro como la luz del día.

Pero don Ignacio que sabe donde le aprieta el zapato, no dice eso, sino que vienen a botarlo a él, y proclamar presidente a Juan Montalvo o a don Pedro Carbo; ¿y por qué este cambio? No está cultivando las más cordiales relaciones con los liberales de Colombia? Por no disgustarlos, no quiere hacerse absolver, estando como está, excomulgado por Su Santidad Pío IX y por el Concilio de Trento: *Siquis suadente diábolo*. Por no disgustarlos, les niega el salvoconducto a los obispos desterrados: por no disgustarlos . . . ¡Y han de venir a botar al hombre a quien adoran, para poner en su lugar al que abominan! El señor Eustaquio Palacios mira como la seguridad y la gloria del partido liberal de Colombia la presidencia de don Ignacio Veintimilla; el señor Palacios, como es sabido, es uno de los liberales que dan la voz en el Cauca. Si pues Veintimilla es la seguridad y garantía del partido liberal de Colombia, ¿cómo sucede que los liberales colombianos vengan a botarlo? *Nihil respondit*. Juan Montalvo es por ahora el *ecce homo* de esos buenos liberales: fué el que les salió al encuentro en su invasión, el que censuró su empresa, el que hizo ver lo ilegal, lo indebido, lo imprudente de ella; el que repartió la opinión por Suramérica; pues que perezca: *¡Crucifice!* No perecerá, y vivirá, para ser su amigo, y mirar su pa-

tria como propia, y tomar su defensa en naciones extranjeras, y estimar su valor, y celebrar su talento. Ellos también, cuando les pase la cólera, no verán en mí al *enemigo*, ni al *difamador*, como dicen, sino al patriota, al hombre de ley que les va a la mano aun a los amigos, si se empeñan en deshonrarse con actos reprobados. Ahora mismo voy a Quito, a ofrecerle mis servicios a Veintimilla, si es verdad que hay invasión; mis servicios, ya con la pluma, ya con el Remington; *no en defensa de él sino* de la honra nacional, los principios universales de justicia, la independencia y seguridad de la República. Contra Piedrahita, contra Flores, contra Borrero ni contra el diablo, no abrazaría yo su causa, ni la de ellos; contra enemigos extranjeros, contra invasores injustos, sí; *es mi deber, como el de todo ecuatoriano de pundonor* y buen patriota.

JUAN MONTALVO.

Ambato, julio 26 de 1878.

QUITO, AGOSTO 3 DE 1878

IMPRENTA DEL DOCTOR ROBERTO ARIAS, POR J. MORA

## XXXVII

## VICENTE PIEDRAHITA

SIEMPRE serán errores deplorables las reformas que hagamos en las leyes, sin tener advertencia a la situación moral del pueblo, no más que por hacerlas, o por ese mezquino prurito de imitación que tanto perjudica y envilece a ciertas naciones; naciones que no se tendrían por civilizadas, si no cometiesen las mismas imprudencias de las que así se titulan, y no cavasen el abismo donde se hunden infaliblemente, sin el ángel de la guarda que allí está para salvarlas en forma de experiencia, consejo, arrepentimiento. La inviolabilidad de la vida humana es principio que ojalá prevaleciese en las costumbres primero que en los códigos; mas ¿qué importa lo tengamos escrito y promulgado, si a cada paso faltamos al precepto con acciones tan perversas que en ningún caso deben quedar impunes? Donde la justicia flaquea, el crimen se robustece; y donde la cuchilla de la ley está dormida, el puñal anda despierto haciendo temblar al mundo. La ineficacia de la pena es cuasi impunidad: misericordia es una cosa, y desproporción entre delitos y castigos otra muy diferente. La facultad más preciosa de los reyes es la del perdón, dicen: el perdón es atributo del soberano, y en ninguna manera del juez. La ley le concede ese poder, cabalmente por conservar incólume la saludable dureza de que ella debe estar investida, o más bien la inflexibilidad que es su esencia propia. Leyes que no aciertan a establecer esa correlación

exacta que produce la armonía de la sociedad humana, serán leyes absurdas, y como tales, bazofia de echar a un lado, tan luego como comparezca la sabiduría verdadera. Para abolir la pena de muerte, la abolición previa del homicidio voluntario, el incendio, los crímenes atroces, como la traición a la patria y las obras escepcionales de maldad, es indispensable. Abolir la pena es provocar el delito; y no es dar pasos adelante ir dándolos atrás con el fomento de los crímenes y el olvido de las buenas obras. La abolición de los delitos no es proeza de las leyes sino de las costumbres. Abolirlos, cosa imposible ha sido y será siempre; mas ni lo ha sido ni lo será el volverlos menos frecuentes por medio de la moral puesta a la vista en grandiosos ejemplares, enseñada, difundida en el pueblo junto con la ilustración, divinidad en cuyo seno suelen venir virtudes muchas y muy grandes. Por la ilustración nada hemos hecho: al contrario, el desprecio en que han caído la escuela, el colegio; la tirria con que los Gobiernos perversos o ignorantes miran a los ciudadanos bien intencionados y juiciosos, teniéndolos por enemigos naturales; la guerra implacable que la ruin ambición hace a los perseguidores severos de los vicios y la tiranía, nos están advirtiendo a gritos que la barbarie da sobre nosotros. Por la ilustración, nada; por *el progreso* hemos hecho, y generosamente. "Libertad", "regeneración", "principios" se llaman progreso. La servidumbre, negra infame, ha pensado que cambiando nombre comerá mejor y vivirá más, y se ha puesto el de *libertad*. Pecadora cuyo sacerdote es el vicio y cuyo templo es el estercolero, no queda lavada con puercas aguas que antes ensucian y corroen: el bautismo de la mentira no es sino confirmación de la infamia.

"Regeneración", "principios"; ciertamente, los principios cuyo establecimiento estaba requiriendo con suma urgencia la Nación, era la ausencia de toda ley,

la dictadura puesta en manos de un hombre sin luces ni virtudes. Sabido es que la suspensión de las leyes trae consigo la suspensión de las garantías sociales; donde no hay garantías sociales, ¿podemos decir que reina la libertad? Bolívar, dictador para la guerra, presentándose ante el Congreso a devolver las facultades omnímodas de que se halla investido, califica de terrible ese poder y dice que ni nación digna debe concederlo, ni buen ciudadano conservarlo sin una extrema necesidad Nosotros hemos visto una Convención dar en tierra con sus propias leyes, y crear un dictador sin término en tiempo de paz y sin objeto plausible: a esto llaman libertad, regeneración, principios los hombres sin corazón que se están mofando impunemente de la vergüenza de un pueblo desgraciado.

*Progreso* ha habido en el Ecuador estos últimos años; lo que no ha habido es pisca de ilustración, cultivo de la inteligencia ni del alma; no ha habido patriotismo, pundonor; no les hemos visto la cara a las virtudes políticas y sociales; y por eso vicios y crímenes de todo linaje nos están poniendo desesperados. Que los argumentos hubieran sido poco fundamentales; que las reflexiones no hubieran tenido fuerza, anda con Dios; ¡pero los ejemplos! ¡los ejemplos vivos y elocuentes! Cuando combatimos en "El Regenerador" la abolición inmediata de la pena de muerte, trajimos a los Estados Unidos como el mentor que debía guiarnos. Todos los Estados habían abolido la pena de muerte: después de una cruel experiencia, casi todos la han restablecido, con ser que su sistema penitenciario no tiene igual en el mundo. Esto hubiera sido suficiente para hombres sensatos: pero no, han oído que *la sociedad* (hablamos como el vulgo) *no tiene derecho* de castigar a los pobrecitos asesinos de profesión, a los amables ladrones que matan para robar, y vamos aboliendo la pena de muerte, sin saber lo que hacen. ¿Y en dónde ponen nuestros

sabios legisladores a esos enemigos del género humano? ¿qué interés tienen en conservar, cuidar y alimentar a borrachos de sangre para quienes cada perdón es otro crimen? En tan pocos meses como van desde que abolieron la pena de muerte, ¡cuántos asesinatos en todas las ciudades! solamente el que no tiene a quien matar no mata hoy día: mañana matarán por vía de bureo y pasatiempo. Entre varios homicidios oscuros, dos notables en Quito, pueblo tan manso y cristiano: víctimas de las reformas prematuras, pobres jóvenes, quizá estaban para buenos ciudadanos. Eguiguren, muchacho de prendas, rico, noble, hijo de buenos padres: paga el tributo *al progreso*, niño infeliz, y deja que ellos mueran de dolor.

En Guayaquil, muertes por todas partes. Pero la de ayer, pero la de hoy, ¡oh! esta no es una simple muerte, no es un asesinato común; es desgracia grande y lamentable para todos, desgracia pública: no habrá hartas lágrimas en la Nación para llorarla. Aquí donde por falta de educación, no de aptitudes, son tan raros los hombres notables por las luces, matarnos el mejor, el de más fundadas esperanzas, no es asesinato solamente; crimen es de lesa patria. La vida es la misma en todos; pero en hombres como Vicente Piedrahita destruyen los perversos los dones más sublimes de Dios y la naturaleza: ingenio, valor, virtudes, todo cae con ellos y perece. Desvélase uno treinta años por cultivar la inteligencia con que le agració el Criador; aprende, llega a saber lo necesario para ser útil a su patria y sus semejantes; a fuerza de buen proceder, acciones plausibles, sacrificios labra nombre ilustre; está allí pronto para los grandes fines de la sociedad humana, admirado de todos, querido de muchos, para que una sombra venga en lo oscuro y le eche en tierra muerto! Desgraciado del suramericano que al pasar por la montaña de Berruecos no vierta una lágrima por Sucre; des-

graciado del ecuatoriano que no se deje mover por una santa ira ni poseer por un santo dolor cuando sepa la muerte de Piedrahita.

Don Vicente no tenía lo que se llama *un gran partido:* sus veleidades en política, ya apartándose de García Moreno, ya volviendo a él, le malquistaron con los conservadores y los liberales ardorosos. Pero su talento excepcional, su instrucción, su energía heroica, nadie y nunca las han echado a menos. En esencia, Piedrahita era hombre de bien, aun en política; y no hay duda sino que había en él tela para un gran Presidente. Hombre civil, gobernador de una provincia, coge y mete en un zapato a un general de los de García Moreno que tenía el mando del ejército. En el Congreso Americano, había algún necio hecho un insulto a la Nación ecuatoriana a modo de burla y fisga ingeniosa: Piedrahita, Ministro del Ecuador, restablece la honra de su patria con santa furia en medio del Congreso estupefacto. Estos son los hombres.

Mi señora Baltazara Calderón, viuda de Rocafuerte, me dijo una vez en Guayaquil: Piedrahita dice que saldrá de su retiro llamado por los liberales. Yo sabía muy bien que Piedrahita era liberal de corazón, esto es amigo del adelanto de los pueblos y la felicidad del género humano; liberalismo que es también de los conservadores de buena fe. Sí, la República ha perdido uno de sus pocos hombres ilustres, y el porvenir ha visto caer su estrella.

No faltará quien se admire de que yo llore a Vicente Piedrahita y pida para él las lágrimas de la Nación; pero cometerá un error: adversarios fuimos; enemigos jamás. Y puesto que lo hubiéramos sido, me sobran, gracias a Dios, sinceridad y buena intención, para que vaya a sentirme alegre por la muerte de un gran compatriota, ni a callar suceso tan notable como el desafuero de que ha sido víctima indefensa.

Un día ví venir hacia mí en una calle de Lima una hermosa persona con el sombrero en la mano: saludóme en cortés postura, y me hizo cultos ofrecimientos. Ese hombre tan político, tan respetuoso, tan aprensivo en cierto modo, era el Ministro del Ecuador, reinando García Moreno; era don Vicente Piedrahita. Tanta cortesía, tanta etiqueta . . . Ya no era el Vicente del colegio de San Fernando de Quito, ese muchacho alocado que cuando menos yo acordaba se iba a la calle con mi capa y mi chistera, o estaba tendido en mi cama sesteando sus dos horas. La política separa, mas no es necesario que engendre odio: ahora que Piedrahita ha muerto, ¡y qué muerte! no me acuerdo del Ministro de García Moreno, sino del amigo de los años juveniles; no cargo la memoria en sus opiniones y su partido, sino en sus aptitudes y virtudes. Según eran éstas, yo pienso que los ecuatorianos acabamos de hacer una pérdida irreparable. Si la política tiene parte en el crimen, sea mil veces maldita la política; si es pura obra de venganza personal, sea mil veces maldita la venganza. Dios verá en lo oscuro, y romperá las tinieblas con la luz de sus ojos, y miraremos; y la ley, o la Nación, castigará . . . . castigará . . .

JUAN MONTALVO.

Ambato, 18 de septiembre de 1878.

QUITO, SEPTIEMBRE 21 DE 1878

IMPRENTA DEL DOCTOR ROBERTO ARIAS, POR J. MORA

## XXXVIII

## LA PEOR DE LAS REVOLUCIONES

El señor Ignacio Veintimilla ha hecho publicar en el periódico oficial del Guayas el descubrimiento de una *vasta revolución*, la cual debía principiar por la muerte de dicho señor y de los generales Urbina, Robles y Maldonado. La prensa anónima puede dar a luz cualquier especie, por grave que sea, relevándose de las pruebas: descubrimientos públicos, imputaciones de marca mayor, han de traer en pos de sí los comprobantes, para que hagan fuerza en el ánimo de la Nación. De otro modo las *atrocidades* que han sido descubiertas en vísperas de ser puestas por obra, pasan por sueños vanos o por triquiñuelas de la mala fe. Si plan de revolución de parte de los liberales ha existido verdaderamente, no me es dado negarlo, porque no pretendo hallarme al corriente de todos los secretos; ni confesarlo, porque no presumo de saberlo todo. Allá sabrán los guayaquileños si han tenido o no entre manos algún proyecto subversivo, y si el amor a la patria y la libertad les ha dado sus consejos. Mi ánimo es poner de manifiesto que, según las luces de la sana razón y los principios de la crítica, el denuncio que el general Veintimilla acaba de hacer a la República, está acreditando poco juicio, menos sinceridad y mucho deseo de perseguir a sus adversarios. Demos por cierto que el plan revolucionario hubiese existido en Guayaquil; ¿cómo sabe Veintimilla que él debía principiar a desenvolverse con la muerte suya propia y la de

los individuos con quienes ha tenido a bien asociarse para la tumba? Sumario, pesquisa judicial, interrogatorio, nada ha habido, ni siquiera denuncia gratuíta, por ahora; ¿pues de cuáles declaraciones resulta que esos hombres debían ser muertos como para abrirle la gana de comer a la revolución a modo de copa de brandy o de coñac de a cinco pesos? Si para sentarse a la mesa iban los guayaquileños a beberse la sangre de los cuatro generales, los más valientes del Nuevo Mundo, ¡qué no hubieran hecho después esos demonios! En siendo positiva tan infernal determinación, probable es que ella haya sido secreto profundo de los caudillos y los muy pocos a quienes en semejantes ocasiones suelen los conspiradores principales confiar los actos más reservados: los caudillos, según el denuncio del periódico oficial, debían ser los señores Carbo, Moncayo y la persona que habla, que suele ser también la que padece. Ahora pues, don Pedro Carbo no es capaz de condenar a muerte ni a un perro, menos a generalotes con alma como los arriba mencionados. Don Pedro Moncayo goza de la fama de durillo; pero como liberal hecho ascua, como liberal a todo trance, a ojo cerrado y a pies juntillas, no profesa tampoco el principio de quitar la vida ni a los criminales, menos a inocentes como esos candidatos para la huesa. En cuanto al bueno de don Juan, Dios sabe si gustara de ver colgados en una larga fila de picotas a los bribones de tomo y lomo; pero en hecho de mandar quitar la vida a manera de tónico o abridor del hambre a tan beneméritos militares, declaro con la mano metida en el pecho que no he sabido si he tenido tan buen pensamiento. Esos pobres viejos no sirven sino para material de hacer papel: en Barcelona ya hubieran ido a dar al cesto de la trapera y en París fueran hacienda de la *chifoneuse;* matarlos, sería quitarle el pan de la boca a la sepultura; viva la gallina y viva con su pepita; la patria no les hará el honor de

fusilarlos ni de asesinarlos a esos grillos de cien años. Desengáñense don Ignacio, don José María, don Pancho y don Vicente, la presencia de don Juan en una revolución cualquiera, no sería muerte ni ruina para nadie, sino vida y perdón para todos. Si el ánimo de los conspiradores de Guayaquil ha sido matar el toro y los cabestros, no lo pueden éstos afirmar, y menos oficialmente, sino con pruebas; y no ha llegado a nuestra noticia que hubiese habido juicio, interrogatorio ni confesiones: ¿cómo sabe Veintimilla que los jóvenes liberales de Guayaquil se proponían hacer un San Quintín con ellos?

Revolución ahora, en el concepto de Veintimilla, es imposible; porque revolución sin el ejército no es posible en el Ecuador. Seducir ningún cuerpo de tropa, tanto fuera como seducirle a él mismo; esto es absurdo; luego revolución contra Veintimilla es un sueño. De este razonamiento se sirvió don Ignacio con Manuel Zaldumbide para agregarlo a su hato de seis cabezas. Ahora pues, no descubro el modo de combinar estas dos cosas opuestas—*imposibilidad de toda revolución y revolución de vastas proporciones.*—¿O es que parte del ejército ha sido seducido? Si Veintimilla no manda juzgar ni castiga a ningún jefe ni oficial, es claro que no ha habido jefes ni oficiales confabulados; y no habiéndolos, toda revolución ha sido imposible, según la convicción de Veintimilla mismo. Si en realidad parte del ejército se ha puesto acorde con el pueblo, veamos a qué jefes y oficiales hace juzgar y condenar; y queda de paso desmentida su afirmación de que es imposible restituir la libertad a su patria, en tanto que el cielo le otorga la vida.

Con frecuencia está escribiendo a todas partes, y últimamente ha escrito al gobernador de esta provincia, que el aprecio y el amor del pueblo guayaquileño hacia él no tiene límites; que todas las clases sociales a porfía le manifiestan de mil modos su adhesión y

le prometen sostenerlo; que ojalá en todas las provincias gozara de las simpatías que en Guayaquil, etc.; y ahora salimos con que Guayaquil le condena a muerte en *un vasto plan de revolución.* Si el ejército le es tan fiel, como lo afirma; si todas las clases sociales, desde el opulento aristócrata hasta el negro gañán están apasionados de él y piden su mano, ¿quiénes son los que han ideado, urdido y estado a punto de poner por obra ese *vasto plan de revolución* en Guayaquil? Las cartas que de allí han dirigido al general Cornejo y a don Luis Salvador, ¿si son auténticas, como dicen, no podrán ser una estratagema y nada más? ¿qué otros documentos tiene Veintimilla? ¿si los tiene, por qué no los publica? Cornejo haría muy bien por su parte en decirnos por la imprenta los sanguinarios propósitos que sus corresponsales le descubren en las cartas que ha recibido: ¿le hablan a usted en ella, señor mío, de la muerte previa de los cuatro individuos del principio, de los tres miembros del gobierno provisional, del asesinato de Veintimilla *en el tránsito,* si es que escapaba de Guayaquil, y de otras cosas? Como hombre de bien y militar de pundonor, sea usted servido de sacar de dudas a la Nación, y viva usted mil años. En la carta recibida por Cornejo funda Veintimilla toda esa armazón de sangre y atrocidades que le ha echado a las barbas a la República, sin saber lo que hace. Otros documentos, ni siquiera datos, no tiene; todas son suposiciones gratuítas; y esa gana de hacer matar a Urbina, Robles y Maldonado en junta suya, no es sino para hacerlos solidarios con él en el miedo y la cooperación a sus fines. ¿Quién ha de escribir de buena fe al presidente para revolución, como han hecho con don Luis Salvador? Veintimilla debe inclinarse a creer esto, antes que ponerse a perseguir a todo el mundo, en realidad sin fundamento. ¿En cuál punto del tránsito le querían matar al pobrecito, si escapaba de Guayaquil? ¿no le adoran todos los

pueblos, según él mismo dice en todas partes? ¿no damos por él el alma los ciudadanos honrados? Si lo han querido matar en Huanojo o en Cuchicorral, yo no lo sé; pero estoy cierto de que en Ambato no hemos pensado en semejante *huagricidio*. Los liberales, en Ambato, son cuatro contados, y él los está contando siempre en los dedos: tiene aquí un destacamento de cien hombres con bala en boca; ítem su numerosa escolta; ítem el partido de García Moreno, que es todo suyo: ¿cómo íbamos a matar a ese hombre rodeado de soldados, tres o cuatro barraganes de pelo en pecho que pudiéramos ser para una empresa heroica? Veintimilla dice que es valiente, y no tiene vergüenza de manifestar un miedo absurdo. Cuatro personas contadas, ni en siendo caballeros andantes acometieran a doscientos portadores de Remington y espada.

El bueno de don Ignacio ha tenido por conveniente incluir mi nombre en los que debían, según él, componer el gobierno provisional: pura suposición de su parte; seguro está que publique acta, carta ni declaración donde consten los tres individuos que dice. Y dice mal, porque si ayer fuí para él *el más insignificante de los ecuatorianos*, ¿cómo sucede que goce hoy de la consideración necesaria para entrar en tercio con los hombres más beneméritos de la República? Y sé decir que la cabellera negra no hace mala figura en medio de las canas de dos ancianos tan respetables por sus luces y virtudes como por sus perpetuos padecimientos en orden a la libertad y la patria. Lejos, pues, de rechazar ese concurso, a honra lo hubiera yo tenido, si los guayaquileños me hubieran señalado junto con Moncayo y Carbo para una empresa digna de ellos. Yo no combato sino un hecho, y digo que tal combinación no ha existido, porque eso hubiera sido poner espanto en la mayoría de la República que se compone de priostes, sahumeriantes, almasantas, hermanos de la escuela de Cristo,

ayunadores, rezadores, responseros y penitentes chorreando sangre: en el Ecuador, hasta los casados son clérigos, desengáñense ustedes. Botar a Veintimilla con un triunvirato compuesto de Carbo, Moncayo y Montalvo, *será imposible; porque han de pensar estos* bodoques que les hemos de quemar sus santos de palo y les hemos de prohibir lavarse la cara con agua bendita, para que no les dé el diablo, así como les da el viento. Si a mí es a quien más teme la gran mayoría de cabezas torcidas, yo me pondré a un lado, y entrará en mi lugar un devoto de siete suelas, puesto que en algún tiempo venga a ser necesario botar a Veintimilla, lo cual no es probable. Queda pues contraminada la segunda intención de mi amigo don Ignacio Talleyrand de Bismarck.

Los tres liberales desterrados con achaque de esta *revolución*, lo han sido *de mano poderosa*; y para que la luz aclarase el asunto, debieron haberlo sido en justicia, después de juicio y condena de tribunales competentes. Si ninguna declaración han hecho los pretensos revolucionarios, Urbina y Veintimilla no pudieron haber sabido los sangrientos pormenores con que han aterrado a la Nación. Lo que usted quiere, mi buen don Ignacio, es zafar de mí, sea poniéndome bajo tierra, sea echándome allende el mar. ¿Y para qué *al más insignificante de los ecuatorianos*, buen amigo? Maldita sea la gana que tengo de vivir en país donde las luces son defectos, las virtudes delitos, y donde el hombre de pundonor y consideración tiene de continuo la espada de Dámocles sobre la cabeza. ¿Sabe usted por qué no me fuí el día que usted mandó hacer solio en su aposento particular, y se sentó muy formal debajo de él, coronado a modo de rey de la dinastía de los Shiris? Porque no pude. ¿Sabe usted por qué no me voy en este instante? Porque no puedo. *Habia paciencia*, como dicen en Portugal, y antes de diez meses estoy en donde no me acuerde de usted, de su comparsa ni del diablo,

ocupado en cosas que por Dios Criador me han de dar honra y gloria, aun cuando riquezas me sean negadas. Mas si urge para su negocio, amiguito, écheme mano hoy día, y cuente con que lo tendré a felicidad el alongarme cuanto antes de esta sediciente República donde todo anda manga por hombro.

Ayer, revolución, *vasta revolución* de los conservadores; hoy, revolución, *vasta revolución* de los liberales: ¿en dónde está su popularidad, amigo Veintimilla? ¿cuál es su partido? Acuéstese uno, señor don Ignacio, y levántese otro. En vez de estar temiendo la muerte, muerte desastrada, de día y de noche, y amenazando con ella a todos, procure usted de mil maneras labrar el aprecio, el respeto y el cariño de los pueblos. Esto lo consigue usted con el buen juicio, la moderación, la equidad, la rectitud, la mansedumbre, el sometimiento a las leyes, las buenas costumbres, el buen ejemplo. Revolución contra un presidente que practica estas virtudes, es inicua: yo soy el primero que la rechazo. Revolución contra los errores sistemáticos, contra la iniquidad, contra los vicios, contra el despotismo y la tiranía, es cosa santa, necesaria; es un timbre para un pueblo: yo soy el primero que la acepto. El encargo del gobernante no es vivir en guerra con la Nación; ni las revoluciones descubiertas y desbaratadas son flores de su corona. Los pueblos no están insensatos; si conspiran, es porque se ven compelidos por el abuso de los depositarios del poder público. Los pueblos poseen, no la sabiduría estudiada, pero sí la sabiduría práctica, esa que se levanta sobre el instinto de la vida social e infunde conocimientos respecto de la felicidad o la desgracia de las naciones. Contar por triunfos las revueltas sofocadas, es un error: cada revolución perdida es un bofetón para el gobierno; y éste, en componiéndose de hombres cuerdos y buenos, lejos de mostrar alegría, que en este caso es necia, debe echar lágrimas secretas de dolor.

Una revolución es una manifestación de odio, si no es calaverada de cuatro pillos; y una *vasta revolución*, no puede llamarse calaverada. Presidente que se anda alabando de descubrir y desbaratar una cada mes, es doce veces menguado y desgraciado al año. El hombre de juicio blasonará de haber regido un pueblo con la ley por delante, sin una sola revolución; y será su corona la paz que ha sabido cultivar con la ayuda de Dios y el apoyo de los buenos ciudadanos.

JUAN MONTALVO.

Ambato, octubre 22 de 1878.

---

## LA CORRUPCION PERVIERTE EL JUICIO

Lo que motiva el articulejo que pongo a manera de POST SCRIPTUM, es la siguiente carta.

*Señor y amigo:*

Su escrito acerca de la muerte de don Vicente Piedrahita ha producido aquí dos efectos encontrados: para los hombres de bien de todos los partidos, no pudo ser mas á tiempo ese desahogo de la equidad, la conciencia irritada, el pundonor público ofendido, la afeccion religiosa despreciada *con el acto mas inícuo á que pueden entregarse los perversos. La gran* mayoría del pueblo guayaquileño ha aplaudido, naturalmente, su terrible discurso político-fúnebre; pero hay hombres, y no pocos, que lo han llevado muy á mal: dicen que un verdadero liberal no hubiera improbado la desaparicion de un terrorista; que lo que usted quiere en todo caso es subir, *subir y mas subir; que esas son imprudencias ó impertinencias indignas* de un hombre de talento, y otras cosas de estas . . . . . . . . . . . . . . . . .

Guayaquil, Octubre 10 de 1878.

Repetiré desde luego por la centésima vez que el partido liberal es uno, y el de la dictadura militar, que han dado en llamar *mudista*, otro muy diferente. Desde el principio de la dicha dictadura, no son los conservadores los que la están combatiendo á pecho descubierto, sino los liberales. Don Antonio Borrero obra de mala fé y como ingrato en ese empeño con que no se cansa de calumniar á los liberales del Ecuador atribuyéndoles á ellos los hechos que ellos censuran con vehemencia; hechos que en realidad son de los conservadores que están rodeando y sosteniendo á Veinte-

milla. La muerte misma de don Vicente Piedrahita la ha atribuido ese hombre injusto en su papel de Lima á los liberales; y ocurre justamente que los liberales somos los únicos que hemos levantado la voz contra ese crímen nefando, cuando los conservadores guardan un profundo silencio, silencio ruin, y los amigos, amigos íntimos de Piedrahita, se están calladitos en sus empleos sin manifestar ni dolor ni indignacion.

En cuanto al juicio de esos bribones respecto del punto moral y filosófico, si no fueran tántos, como dice mi corresponsal, teniéndolos por locos, desdeñaría yo decir una palabra en tan extravagante materia. Ni la muerte natural, la enviada por el Criador y consumada por la naturaleza, causa alegría en corazones bien formados y juicios rectos, para los cuales los intereses comunes son ántes que los privados, y la patria primero que la persona particular. Un hombre de mérito y esperanzas es un bien público: su ruina es desgracia para todos. Yo habria sentido vivamente por Vicente Piedrahita, áun cuando hubiese desaparecido llevado por la mano invisible de la Muerte: el puñal le da derecho á la cólera de los hombres buenos, cualesquiera que sean en política, y á las lágrimas de los de temperamento fino y delicado. Como mi sensibilidad no es ficticia, no temo confesar que la muerte de los perversos me conmueve agradablemente, la de los malos no me hace llorar, y la de los tontos apénas si me llama la atencion; pero un hombre de elevada inteligencia, de estudios profundos, de carácter superior, llámese conservador ó liberal, es mi copartidario, y si se va dejándome solo en la árdua empresa de combatir tiranos é ilustrar pueblos, yo le sigo con el corazón á la sepultura y dejo esa tierra santa empapada en lágrimas de mis ojos. ¿Cuál es el infame que afirma que como liberal debia yo haber aprobado el asesinato de Piedrahita? La del impío que piensa de este modo aprobaria yo; y no solamente la aprobaria, sino que, en siendo juez ó dictador, con su cuerpo colgado en la horca daria yo un ejemplo de justicia al mundo, y una leccion de terror á los malvados. Para la popularidad y el aprecio público, no habia yo menester finjir un sentimiento del ánimo que no abrigo, ni manifestar una opinion contraria de la mia: gracias á Dios y mi modo de proceder público y privado, mis enemigos mismos no tienen embarazo en manifestarme su respeto. Y en resumidas cuentas *querer subir* por medio de principios sanos y obras plausibles, ¿no vale mas que la ambicion fundada en los vicios y los crímenes?

QUITO, OCTUBRE 27 DE 1878

IMPRENTA DEL DOCTOR ROBERTO ARIAS, POR J. MORA

## XXXIX

## ELOY ALFARO

HAY actualmente en los calabozos de Guayaquil un cautivo a quien no le han quitado los grillos desde el día que le aprehendieron. Este es un conspirador, no digamos presunto, sino confeso, puesto que él, a guisa de romano antiguo, ha reconocido, según dicen, sus cartas, y ha hecho gloria de su empresa. Mas para que en justicia sea condenado, no basta la confesión del reo, la cual no hace plena prueba; necesario es que sea también convicto. ¿Quién habla aquí de razón ni de trámites jurídicos? Donde no hay constitución ni leyes, mal suena esto de hacer juzgar a los conspiradores: o hay constitución y leyes en cuanto desfavorecen a los ciudadanos, y de ninguna manera en cuanto les amparan? En tiempo de dictadura, la ley no está escrita: es un principio que varía de forma y significación, según que la punta de la espada oscila a modo de aguja empapada en el magnetismo de la tiranía. Si Eloy Alfaro ha conspirado o no, fuera es de este lugar y mi propósito; mi ánimo es poner de manifiesto que donde sus coopartidarios han sufrido expulsión sin recargo de tormento, no debe ser víctima expiatoria cabalmente el más acreedor a la indulgencia de los que, amigos suyos ayer, se han vuelto hoy sus crueles perseguidores. Dos individuos culpables del propio delito han de sufrir idéntica pena: Miguel Valverde, socio de Eloy Alfaro en proyectos de trastorno, ha sufrido la suya en el simple destierro; ¿por qué

al otro se le condena a martirio antes de sentencia, y se le amenaza con el presidio que García Moreno edificó para los liberales? Cuando a tantos ecuatorianos ha condenado Veintimilla a destierro, sin juicio, ley ni averiguación ninguna, es absurdo y, perdone la mala palabra, ridículo el estar por ahí acogiéndose a leyes de que no hace ningún caso, ni consulta para maldita de Dios la cosa. Hay equidad hasta en la injusticia y clemencia hasta en la barbarie; esa equidad y clemencia son igualdad de pena para delincuentes iguales. De otro modo el gobernante da a conocer que los principios eternos de moral gravados en el corazón del hombre, no tienen cabida en el suyo. Demos por cierto que Alfaro ha tenido entre manos proyectos subversivos; ahora digo yo que nadie más que este benemérito amigo de la Patria merecía más suavidad y consideración, ya por la rectitud de las intenciones, ya por los favores inmensos que le deben muchos de los que hoy mandan y oprimen, ya por lo útil que ese hombre de carácter sin igual puede ser a la República pasadas estas disenciones. A Veintimilla no hay que hablarle sino de cosas que le tocan personalmente: reflexiones filosóficas, máximas de sana política, motivos de conveniencia general no tienen nada que ver con él. Pues sepa ahora que a Eloy Alfaro le debe grandes servicios: cuando después de la revolución de septiembre, indignados los jóvenes de Guayaquil, me propusieron una inmediata contrarrevolución, Alfaro fué quien apoyó mi negativa fuertemente. Veintimilla podía no ser lo que ha sido, o lo que le han vuelto después sus eunucos; cualquier intentona de esa naturaleza hubiera hecho sospechar en nosotros ruines intereses personales. Le debe asimismo a Eloy Alfaro dos acciones más, que no me es dable descubrir ahora, pero que no dejaré morir en el silencio. Si Veinti-

milla supiera con qué hombre está haciendo lo que está haciendo, por bronco que sea su corazón, se moriría de vergüenza.

Muchos saben lo que es Eloy Alfaro, y muchos no lo saben. Joven imberbe, salva la vida huyendo *del matador*. Extranjero en Panamá, a la vuelta de tres años es capitalista de los más renombrados de esa rica ciudad, sin haber llevado nada; y tan notorios sus méritos, tan estrictamente arreglada su conducta a la moral, tan noble su proceder en todo, que se ve luego en posesión de entrar en una de las familias más distinguidas del istmo. La señorita Ana Parédes y Arosemena, con venia de sus padres, fué luego Ana Paredes de Alfaro. Hoy mismo el padre de esa señora interesante es gobernador de Panamá.

Eloy Alfaro, más que bueno, ciego en su bondad; más que generoso, pródigo, se vino a tierra con revoluciones costeadas por él en Manabí, con levantar caídos, socorrer necesitados y dar de comer y beber a ingratos que no merecían ni el agua y el fuego. Urbina, José María Urbina, que está viendo impasible el suplicio de Alfaro, ¿ha digerido ya el pan y el vino con que ese padre suyo le salvó la vida muchas veces, cuando, humilde en la desgracia, ansioso en el hambre, volvía a él los ojos como a su benefactor? Urbina es el más extraordinario de los nacidos: Alfaro al lado suyo en la batalla de Galte, vela por él, le cuida, le anima, mira por su honra, pelea como el mejor soldado, vence junto con sus compañeros de armas; vueltos a Guayaquil, la primer diligencia de Urbina es mandar que el coronel Alfaro no pase revista, cuando tanto cobarde de metemuertos estaba gozando de sueldo no ganado. Y se vió allí un caso de los que suelen en el mundo: Eloy Alfaro, el agente más activo y eficaz de la revolución, el que más había hecho por Urbina y Veintimilla, encerrado en su cuarto con un amigo, sin pasar bocado un día entero . . .

No diga Urbina que no puede nada en el ánimo del dictador; esto sería confesar su insignificancia como ruin; y si algo puede, ¿cómo no salva a Eloy Alfaro? La muerte de este acendrado liberal en el suplicio, sería la página más negra de Veintimilla; en cuanto a Urbina, ese hecho, pasando junto con él a la historia, le dará aspecto del más asqueroso fantasma. Vamos, señor don Ignacio, usted no ha dejado ver hasta ahora asomos de generosidad en su alma; dé usted el primer paso en esa vía luminosa, y aun puede ser que el sabor divino de esa rara virtud le convide a seguir por ella en adelante. Pido, no la libertad absoluta de Alfaro, pero sí la expatriación, suerte de los otros que han incurrido en la misma pena. Dirá usted que Alfaro se volverá oculto, como ya lo ha hecho una vez: yo digo que no, porque esta ocasión se irá con palabra de no volver en secreto. Si falta a ella, yo fiador, voy a Guayaquil, me entrego. Por no darme gusto sería usted capaz de dejarse morir de hambre. Pues bien, no me oiga a mí; óigale a su amigo Urbina, si es que no le está pidiendo lo contrario; óigale a Sánchez Rubio; óigales a los jóvenes que le elevaron y le acompañaron en la guerra. Esos grillos perpetuos, en ese clima, le quitarían la vida al más fornido: ¿cómo quiere usted que empecemos a decir: Veintimilla ha matado a Alfaro en el tormento? Por mí, yo no haría representación ninguna ante usted; por amigo como ese, no tengo empacho en hacerla. Yo, cuando refiera los hechos de usted, diré: pero hizo esto; con lo cual mostró que no era extraño a la magnanimidad, sentimiento del ánimo que engrandece al hombre aun en medio de la tiranía.

JUAN MONTALVO.

Ambato, diciembre 24 de 1878.

---

Y César, ese mi sobrinito de diecinueve años que acaba de ser desterrado, ¿qué culpa tiene? Una muy grande: se llama Montalvo, y por tanto nació para la venganza del señor Veintimilla. Un día ese muchacho se presentó a su padre y le pidió licencia para irse a conocer Guayaquil. Tiene de Alejandro la viva afición a los caballos: para costear el viaje, y hacerme de un bucéfalo, dijo, traeré una partida de potros *yungas* o de mulas calentanas. Su madre, a la esparcita dijo: No me gusta que el chiquillo se esté criando como mujer; que se vaya. Se fué el chiquillo. Pobrecito . . . potros fueron, antes de ver ni conocer el deseado río, a bordo de un buque, y *que lo boten en una costa desierta del Perú.* Los ingleses no lo han botado; pero ya está viendo en Lima lo que es destierro. Veintimilla se descarga con decir que de Ambato le avisan que va con planes revolucionarios, portador de cartas para tales y cuales personas. Si una carta de un rufián cualquiera hace fe, no hay ya ni libertad, ni vida seguras para ningún ciudadano. Las cartas que llevó, todas fueron tomadas; ¿hay una sola que contenga la menor reticencia? El hombre justo, el buen gobernante busca la verdad, y ésta nunca se halla en las farándulas de los logreros de la política. Ya el doctor Vela había ido *con planes de Montalvo:* ¿a efecto de qué hubiera mandado yo a mi sobrino un día después con los mismos planes? Sabe asimismo Veintimilla que César Montalvo no llegó a Vinces, ni pensó en tal compra de mulas; sabe que se embarcó en Samborondon con nombre supuesto, en segunda clase; sabe . . . sabe todo, pero todo es falso; ¿qué había sino dirigirse a don José España, el conocido propietario de yeguarizos en Vinces, y saber si mi sobrino llegó o no a ese lugar, si trató o no del negocio de su recua? El jefe político de ese cantón puede también ser testigo: con él habló

el niño proscrito. En cuanto al *nombre supuesto*, es otra maldad; si se embarcó con nombre supuesto, en segunda clase, ¿cómo habló con el viejo Róbles, y cómo supo éste quien fuese ese muchacho? Un general de ejército, expresidente de la República, de espía y porquerón, es cosa que da lástima. ¿Con que nadie puede moverse en este país del lugar donde se halla, sin ser preso y desterrado? ¿y no hay capitán, coronel, general que no descienda al vil oficio de husmeador y denunciante de intenciones mentidas y hechos falsos? Los oficiales de punto protestarán contra esta aserción absoluta; pues bien, yo la circunscribo a los que son capaces de ese proceder antimilitar, y salvo a los valientes para quienes la infamia es imposible. Un soldado raso se hubiera desdeñado de seguirle la pista a un niño, ir, mentir, denunciar, enredar y provocar un destierro en persona inocente a todas luces.

Napoleón confiesa en sus memorias de Santa Elena que durante su reinado había deshecho sin que nadie lo sintiera 36 formidables conspiraciones contra su corona y su vida; y que las ocultó con tanto cuidado, que la mayor parte de ellas no llegaron a transpirar. Esta es la política. Nuestro don Ignacio vive del escándalo: cada día publica una conspiración, que no está, por cierto, sino en el miedo cerval de Urbina y en los embustes de sus echacuervos. Esta no es política. Un ciego que va en busca de remedio, un muchacho que se asoma a una aldea, conspiraciones estupendas, peores que las de Napoleón. Alharacas no son de prudentes; precauciones excesivas no son de valientes.

QUITO, DICIEMBRE 31 DE 1878

IMPRENTA DEL DOCTOR ROBERTO ARIAS, POR J. MORA

## XL

## EL SUR DE COLOMBIA

Para los hombres de buena fe la verdad ofrece materia sobrada donde ejerciten la inteligencia y los sentimientos de su ánimo; no hay sino la malevolencia acompañada de escasez de ideas que tenga precisión de fingir, mentir y aun calumniar para llevar adelante una obra cualquiera, que si tiene por fin la burla y el descrédito de un pueblo, será mala obra; si la verdad rigurosa no es su esencia, mala obra será en todo caso; pero si un viajero se propone la difamación y el envilecimiento del país por donde ha pasado, o del cual tiene noticia, ya no es tan solamente hombre de mala fe, sino también perverso. Cual más, cual menos, todos adolecemos del flaco de trasloar o poner en las nubes, como dicen, ciertas naciones, con razón o sin ella; y asimismo deprimir otras y tratarlas con vilipendio digno de censura. Harto se nos alcanza que los antiguos pueblos de Europa, Francia, verbigracia, o Inglaterra, son acreedores a la admiración del mundo por sus luces y sus virtudes; pero alabar en ellos hasta lo indiferente, deificarlos hasta por sus vicios, como hacen ciertos viandantes de menor cuantía, es cosa que nos tiene ahitos, mucho más a los que sabemos cuales son los objetos de esos encarecimientos tan irrazonables con que nos andan estomagando de día y de noche. Para ellos, el sol de Europa es el bueno; el de América, pobre esguízaro incapaz de fecundar la vista. Agua, la de París, esa turbia y lodosa del

Sena; la pura y limpia, la saludable del Machángara, o esos arroyos cristalinos que brotan de la virgen roca para vida y placer de nuestras ciudades, es inmundicia. Si los parisienses o los hijos de la fosca Londres tuvieran los chorros espumosos, frescos y dulces que alimentan a Bogotá, Caracas, Lima y Quito, no desdeñarán, sin duda, el agua por el vino, y menos por ese néctar de los dioses plebeyos, que debajo de la espuma fanfarrona está ocultando el amargo lúpulo. Que los europeos van diez siglos adelante de nosotros en punto a ciencias y artes, no hay quien lo quite; ¡pero cuanto más grande, augusta, noble y bondadosa es la madre Naturaleza con nosotros que con ellos! Y no obstante hay menguados que todo lo fiscalizan, para quienes ni la luz es cosa buena en la América Latina. Mas para levantarnos este auto cabeza de proceso, necesitan forjar un mundo de falsedades absolutas, al mismo tiempo que escatiman las verdades. De este insano prurito, no muy perjudicial por cierto, nos resarcen viajeros altamente autorizados, como el barón de Humboldt, Boussingault, Bonpland y otros hombres supereminentes para quienes sabiduría es divinidad que no puede vivir junto con la impostura. Que una vieja extravagante, como esa que fué a publicar en Alemania que en las ciudades de la América del Sur no usaban las familias sino una cuchara para todos los individuos de la mesa, difunda ruines paparruchas, está bien; a falta de talento e instrucción, vengan las monadas del titiritero; quien de la contemplación de la Naturaleza no saca materia sublime de grandes obras, y en la observación de las costumbres no halla moral ni filosofía a las cuales dar grandioso explayamiento, por fuerza ha de echar mano de estas ridículas trapazas, las cuales no envilecen sino a sus autores. Los viajes del conde de Gabriac, por ejemplo, en nada nos han perjudicado; hoy que tantos hijos de Europa están en vaivén perpetuo del viejo al nuevo mundo, es

necedad hablar de nosotros como de los aduares miserables del centro del Africa; viéndonos están en Europa por medio de la fotografía, oyéndonos por medio del telégrafo, palpándonos en sus exposiciones universales; Gabriac y los de esa escuela de difamación gratuíta pasan por impostores con sus viajes, y las repúblicas de nuestro continente se van abriendo camino hacia la civilización, a despecho de sus detractores obstinados o gratuítos enemigos.

Enemigos de Suramérica, ninguno como los suramericanos: los más bárbaros fiscales de cada país, sus propios hijos. ¡Yo que he visto un ministro plenipotenciario el pañuelo atacado en las narices por las calles principales de Quito, tales cuales las puso García Moreno, limpias como una concha de nácar! Decía el impertinente que no era posible que un hombre culto anduviese por ese muladar sin caerse muerto; y cada día estamos leyendo en los periódicos de su patria que las epidemias, las pestes de que es víctima continua la capital, todas son provenientes del excesivo descuido de sus moradores y la policía . . . Mas esa delicada criatura diplomática no podía vivir en Quito sin un candado en las narices, siendo como es de la liga con Madama Pfeiffer y el conde de Gabriac. Ese mismo andaba dado al diablo todos los días con decir que el polvo de la atmósfera le echaba a perder el reloj y la luz acre y ponzoñosa le corroía los ojos; cuando es sabido que Humboldt cita la atmósfera, el firmamento y la luz de Quito como los más adecuados del mundo para un gran observatorio astronómico, por lo suave, lo puro y transparente. "¡Qué país . . . qué país . . . qué país de bárbaros!" entraba exclamando a su casa; ¡no puede uno conseguir una mariposa en esta ciudad de esclavos! Aficionado a cierto ramo de la historia natural, andaba a caza de mariposas en las calles y las tiendas, y se le metía el demonio en el cuerpo de no hallarlas a su gusto y satisfacción. Mariposas, las

hay en Quito, de muy bellos colores . . . de esas que les chupan la sangre a los bobos, y les envían contentísimos, como las doncellas de la madre Celestina. Las otras mariposas, era preciso que el naturalista saliese al monte a buscarlas y cogedlas en trampa de perro.

De esos impostores, los hay en todas partes; los granadinos han pecado, es cierto, por exceso de malevolencia respecto del Ecuador; pero desde el sabio Caldas, ¿cuántos hombres de buena fe, hombres de verdadera importancia no le han hecho justicia a este pueblo realmente fraternal para con ellos? Don José Rufino Cuervo en una carta, me dijo que el señor Cuervo, su padre, con conocimiento de causa, había sido apasionado al Ecuador; y nos consta la mansedumbre con que muchos hombres notables de Neo-Colombia se expresan acerca de los ecuatorianos, hermanos suyos a pesar del Carchi, bondadoso riachuelo que en ninguna manera se opone a la correspondencia que debe reinar entre hijos de una madre. Cansados estamos de este flujo de difamación y denigramiento que echa a perder muchas virtudes en ciertos hombres de recomendable inteligencia; a título de viajes, muchas quimeras forjan, y muchas imposturas difunden ciertos necios para quienes no hay sal sino en la burla, ni recomendación sino en el injusto rigor con que juzgan a los pueblos.

El Sur de Colombia ha sido el blanco de la murmuración los últimos años; con harto dolor hemos visto las opiniones con las cuales un hombre, de menguada conciencia sin duda, ha relegado a la barbarie a los pueblos fronterizos del Ecuador, juzgándolos como a impulsos de la venganza; venganza, de males que no ha recibido probablemente, y quien sabe si de bienes que le hicieron en esos hospitalarios pueblos. Popayán no necesita de defensa: basta decir que el Estado del cual es cabeza pasa por el primero de la Federación, y que esa ilustre ciudad ha sido

cuna de los varones más eminentes de la Nueva Granada; en las ciencias, Caldas; en la iglesia, Mosquera, el gran obispo; en las armas, su hermano don Tomás; en la elocuencia, la poesía, Julio Arboleda; mucho *es para* población de *tan estrechos* límites. El Cauca es la tierra de la inteligencia y el valor; si Dios quiere favorecerla con la paz algún día, será una de las comarcas más felices de la América Meridional.

Entre el Juanambú y el Guáitara se dilata una altiplanicie *elevadísima, donde* la Naturaleza *en alegría* perpetua está enseñando sus galas al mundo y sonriendo de su propia hermosura. La verde campiña no reconoce términos; cubierta de la grama suculenta, el trébol delicado y mil otras yerbas nutritivas, ofrece querencia para tantos ganados como están hirviendo *en las pampas* de *Buenos Aires o en* los llanos de Venezuela. El agua abunda: cristalina, inquieta, ora vuela en riachuelos espumosos por entre blancos guijos, ora en arroyos que se cruzan formando mil sonoros laberintos. El calor deletéreo es desconocido, el frío entumecedor no tiene allí cabida. El aire es purísimo, la atmósfera diáfana, la bóveda celeste dilatada y generosa. En este país vive un pueblo, que por la rareza de su carácter, por sus virtudes y sus defectos se ha vuelto notable para sus vecinos: este es Pasto, nombrado ya como singular en la historia de Colombia. Si algún pueblo en Suramérica pudiera recordarnos a la antigua Esparta, éste sería, sin duda; rasgos hay en sus costumbres, su complexión, que en verdad nos recuerdan a Lacedemonia. En una de las incursiones que los pastusos hicieron a los municipios del Sur, hallándome yo en Ipiales, tuve ocasión de ver cosas no nada comunes. Un día un mozo muy bien apersonado se presentó en la plaza, y cuadrándose ante su coronel: "Mi jefe, mi madre me dijo: Si hasta el 15 de tal mes no has muerto, vuélvete; hoy es 15 de ese mes, mañana

me voy, por que no puedo desobedecer a mi madre". ¡Muchacho! gritó el coronel; el soldado giró militarmente sobre los talones, y se metió al cuartel. Al otro día, su mochila a cuestas, su chopo al hombro, de día claro y con sol, tomó el camino en las manos y se fué, sin que nadie le dijese nada.

El pastuso vive en tienda; es de ver con la curiosidad belicosa que van saliendo al menor susurro de expedición o guerra; la oreja parada, el ojo avizor, ¿a dónde nos vamos? se interrogan mutuamente; y si alguno está perezoso, su madre le sacude, le arrastra afuera, y le dice: ¡A pelear, haragán! Pueblo eminentemente guerrero, en siglo de conquistas, hubiera sido conquistador. Pasto es el Norte, fragua de hombres fuertes; sobrio el pastuso, vigoroso, ni le rinde la fatiga, ni le retrae el miedo; un puñado de habas tostadas, un cuscurro de panela son sus provisiones; con esto anda como gigante, se come distancias enormes cada día, entra pueblos enemigos por fuerza de armas, y por la noche, cuando debiera buscar descanso, toma su tiple o bandolín, y sale al jacareo, haciendo temblar maridos desde la calle con blandos, expresivos enamoramientos a las mujeres.

Cuando se da al trabajo por falta de guerra, el pastuso trabaja como un centauro; sus fuerzas no flaquean jamás, su ánimo está en su punto si la tarea dura veinticuatro horas. Son los *cascarilleros* de Colombia y el Ecuador; con el machete en la mano, no hay breña para él que no sea camino real; mueren víboras, huyen fieras, caen a sus pies árboles corpulentos. El pastuso es lo que llamamos todo un hombre.

Su persona moral es también extraordinaria; tan firmes en sus opiniones, tan leales a su partido, que aun hay en Pasto ancianos que en la menor ocasión salen a la plaza, echan el sombrero al aire y gritan: ¡Viva el rey! ¡viva nuestro muy amado Fernando VII!

En los Recuerdos del coronel Manuel Antonio López se halla un ejemplo de heroísmo casi increíble; entre los pastusos que los colombianos llevaban al Perú atado de dos en dos, a combatir por la emancipación de ese pueblo, al pasar por un derrumbe, uno de esos libertadores a viva fuerza, irguiéndose, dijo: ¡Antes irme a los infiernos que pelear por la república! y arrastrando a su compañero, se echa de cabeza en el abismo. Toque de gran carácter. El tiempo y el sabor de la libertad les han vuelto republicanos de convicción a los pastusos; en cuanto a su firmeza, no la han desmentido; los conservadores se irían a los infiernos antes que pelear contra los suyos; los liberales dejarían de irse al cielo, como no les obligasen a hacer armas contra su bandera. La tenacidad y el valor no han flaqueado tampoco en ellos; hechos hay en las guerras civiles de Colombia que sólo grandes historiadores necesitan para que se vuelva célebre este pueblo. Pedro Marcos de la Rosa haciendo cara en Silvia con 300 hombres al famoso caudillo Julio Arboleda que le embiste con 800 tigres, es un héroe: juicio recto, disposición militar, serenidad, valor inaudito, tesón, nada le falta. Se rehusa a las proposiciones del enemigo, se apareja al asalto, le mata cuatrocientos hombres, le saca en derrota, le sigue el alcance, le destruye. Si estas, en pequeño, no son acciones grandes, no hay cuales valgan.

Las mujeres por su parte son dechados de mil virtudes. He oído en Colombia que para esposa, la pastusa: leal, constante, su adhesión no se detiene ni ante el sacrificio. En cuanto a las labores propias de su sexo, para la pastusa no hay punto de tiempo perdido; si el hombre descansa, ella toma sobre sí el trabajo de los dos; a todo atiende, todo lo hace, sin descuidar la crianza de sus hijos, y los cría de tal modo que forma varones fuertes. Estas mujeres pueden responder lo que Gorgo, madre de Leónidas,

a la que le afeaba el predominio de las espartanas sobre los hombres. Sí, nosotras les mandamos, porque sabemos criarlos.

A pueblo como este, tan lleno de virtudes, bien se le pueden disimular algunas faltas: andar averiguando los menores desvíos, para ir luego a calificarlos de bárbaros, no es del filósofo que sabe poner en su punto las cosas, ni del viajero cuyo encargo es sacar a la luz del mundo los merecimientos de las naciones, sin hacer hincapié sólo en sus defectos.

Túquerres, pueblo que el malévolo anónimo ha calificado tan cruelmente, es pueblo laborioso, vigoroso; parece que el frescor vivificante de la cordillera, la pureza del aire y la sobriedad les comunican a estas poblaciones el brío y la resistencia que les vuelven superiores a cualquier trabajo; ver a los túquerres subir esas escaleras de piedra, pasar esas vigas enjabonadas de los sumideros, dar esos saltos maravillosos por los barrancos de la montaña de Barbacoas, y esto con un quintal de peso a las espaldas, cosa es que llena de asombro. Estos hombres Hércules, semidioses del trabajo, para tanta labor, tanto sudor, quien lo creyera, no cargan sino un puñado de *aco* o polvo de cebada, que se lo beben disuelto en agua por toda alimentación durante nueve días; y llegan frescos a la tierra del oro, y se vuelven al otro día con cinco arrobas de sal a cuestas. Uno que, como yo, se ha visto salvar la vida cuarenta veces por uno de esos túquerres providenciales, no puede menos que profesar singular cariño a esa buena, socorrida gente. Un gigante de esos, primero se haría pedazos que consentir el menor contratiempo al que lleva sobre sus hombros; a menos que éste sea un tacaño despreciable a quien adrede zampa de cabeza en el lodo. Tratábanme de pródigo los otros viajeros, y me acusaban de estragador de las costumbres montañesas, porque sobre los tristes diez pesos que gana un *sillero* en ocho o nueve días de camino,

en regalos y adehalas les daba yo quince o veinte más. Pero yo, en cinco veces que he pasado por ese hermoso infierno, he quedado siempre con vergüenza y tristeza de no poder hacer nada por mi salvador de cada minuto. Carne, pan, vino, eso sí, más para él que para mí. Un famoso *sillero* de esos contornos lo desnucó seis veces a un hombre grande que llevaba a las espaldas, porque habiéndole pedido en la fuerza de la sed medio real para *guarapo, el ilustre proscrito* le puso el revólver en la oreja. ¡Enérgico el jurisconsulto que en sus escritos decía "la testiga", y muy valiente con el hombre infeliz que le iba sirviendo de caballo! Los túquerres, por la mayor parte, hacen ese terrible comercio de Barbacoas, la proveen, les dan de vivir, digamos así, a los ricos orellanos del Telembí, río el más bello quizás que abrigan las selvas ignoradas del Nuevo Mundo. Un barranco altísimo que parece muralla del jardín de las Hespérides, le tiene a raya por el frente de la ciudad; barranco que es una peña viva de esmeralda, por el verde profundo de las mil plantas que lo cubren. Por tomar un baño en esta caudalosa vena de los bosques, las náyades de Elfe déjaran sus grutas y pasáran de mundo a mundo en encantado viaje. El pueblo a cuyas plantas corre manso el Telembí está lleno de gente principal que profesa benevolencia y cortesía con los extranjeros: comerciantes y mineros opulentos, no conocen la agricultura; mas a fuerza de oro tienen cuanto ha menester el hombre civilizado. Allá van a dar los hijos de la sierra con los esquilmos de sus labranzas, y se vuelven con los vestidos y los adornos de sus esposas y sus hijos. Trabajan, pues, para vivir, y no son esos pueblos *atarazanos*, como dicen los canallas que por ventura comieron gratis el pan de la fraternidad. La parte florida del municipio del cual veníamos tratando se compone de jóvenes llenos de inteligencia y pundonor, para quienes patriotismo es religión que aprenden

desde niños, y guerra cosa natural en ellos. En una derrota o retirada que los túquerres hicieron a Ipiales retrayéndose de los pastusos, entre los jóvenes liberales que andaban militando, estaba uno de altas prendas físicas y morales: uno como Termosíris militar, por la sublime barba que en negro torrente le bañaba el pecho. Termosíris, joven que nada tenía de sacerdote sino era la fe en sus principios. Recostado con majestad en la sala de su hermano, nada decía por su parte en medio de un hervidero de muchachos locuaces para quienes eran asunto de conversación todas las materias: guerra, amor, aventuras de cualquier linaje. Cuando hube entrado, el jefe se puso en pie, y todos guardaron silencio. Al otro día, vuelven a la carga; el pueblo era una confusión el rato de la partida; por la noche vino un derrotado gritando por las calles: "¡Murió Pepe Cerón!" Pobrecito . . . su silencio, su melancolía, habían sido tristes presagios Murió en el campo de batalla, murió como bueno; y si todo fué perdido para su bandera, la honra quedó salva.

Podría yo ser imputado de parcialidad al hablar de Ipiales, si todos supieran el cariño profundo que abrigo por este pueblo; mas como a pesar de mis afecciones no soy sino extranjero para él, nadie me sindicará de juez y parte, ni mis honrosas memorias merecerán la tacha de vanos encarecimientos. Bajo cielo tan grande, pintoresco y hermoso como el que cobija ese fresco valle de los Andes, no era posible viviese el pueblo mal intencionado y ruin que dicen los bribones para quienes perversidad y difamación son únicos elementos del ingenio. Los que no conocen ciertas comarcas de Suramérica suelen alabar extraordinariamente el cielo de Nápoles, el de Grecia, y el de ciertas provincias de la península ibérica; pero qué es el firmamento de allí para con esta bóveda sublime donde el Todopoderoso se dilata por el universo ostentando, su pureza en el azul transpa-

rente casi perdido en la inmensa altura; su resplandor, en la luz imperturbable que llena esos ámbitos infinitos; su inocencia, en la blancura de las nubes amontonadas sobre el horizonte; sus colores, en los arreboles increíbles que se forman a la puesta del sol? Fenómenos tan extraordinarios se presentan en el cielo de esa alta tierra, que no estando él allí para que vayan a verle los dudosos, con pena me abstendría yo en describirlo. En ciertos meses del año, eso es realmente un milagro; el sol se ha hundido tras el Cumbal, dejando encendida la nieve de esta montaña; las torres de Jerusalén, los templos de Balbec, los palacios de Nínive, las murallas de Babilonia, todo está allí sobre ese horizonte en hacinamientos maravillosos, variando de colores, conforme la luz vespertina va menguando hasta dejar el campo a la noche. Pero antes que esta negra señora de la mitad del tiempo se apodere del mundo, ¡qué portento es ese que mira arriba el que no lleva la vista clavada en el suelo! Unas veces las regiones occidentales son un mar de violado purísimo, por el cual está navegando un ángel escondido en una nubecilla de color de rosa, y alaba al Criador en ese cántico sin voz que no oye sino el alma ahijada con la soledad y la naturaleza. Otras, un abanico gigantesco, el vértice en el horizonte, se abre por el firmamento en plumas de diferentes colores que alcanzan el cénit con el extremo. Oiga usted, Semblantes, le dije una vez a mi compañero de destierro, mirando a la bóveda celeste; si yo escribiera que he visto nubes verdes, ¿me creerían? Por decirlo usted, quizás; pero realmente es increíble lo que estamos viendo. Un pavo real apocalíptico, oculto el cuerpo tras la sierra, había desplegado la cola y la tenía explayada sobre el cielo; los colores del arco iris, en confuso desorden, todos estaban allí sobre un fondo blanquecino, imposible de presentarse a la imaginación si no pasa por la vista. Elefantes sin cabeza, dragones desmesurados, águi-

las en actitud de alzar el vuelo, esfinges inmóviles, endríagos portentosos, vestiglos de bellas formas, toda clase de figuras, figuras grandes, en proporción de ese teatro, están allí dando idea de un mundo fantástico superior al que habitamos. En ninguna parte del mundo las nubes toman lineamientos más extravagantes y grandiosos: ese es un espejismo elevado donde vemos impresos los prodigios de las ciudades muertas y los bosques impenetrables. Nunca se me olvida un toque sombrío de ese cuadro deslumbrador: el castillo de Santo Angel, oscuro y zahareño, se alzaba todas las tardes sobre el horizonte a corta distancia del ocaso. Era un nubarrón enorme, cilíndrico, truncado, igual en un todo al que he visto cerca de San Pedro en Roma. Este monstruo nunca tomaba parte en la luz de sus vecinos: pálido unas veces, otras casi negro, no quería desmentir su condición de sepulcro ni de fortaleza. El castillo de Santo Angel, como yo lo llamaba para mí, era la figura preponderante de ese cuadro diario. Unas veces en mi balcón, dueño de la cordillera y el mundo con la vista; otras sentado sobre un barranco del camino, lejos, muy lejos del pueblo, veía, oía y palpaba esas celestes epopeyas. Probable es que los hijos de esa comarca no den noticia de ellas: no a todos les es dado el don de soledad, melancolía y contemplación del universo.

Debajo de este cielo la tierra no puede ser mezquina; una sola alfombra lo cubre por muchas leguas; donde la huebra pasa, queda solamente interrumpida la verdura de esa feliz campiña; mil colinas, oteros, dunas de tierra alta le comunican ese aspecto de vaivén o sube y baja que es el embeleso de la vista. Esas lomitas que parecen desaforadas esmeraldas; esas laderas cubiertas de flores silvestres que brotan de la yerba; esos barrancos del río donde mil arbustos corimbulosos forman inextricables embolismos; todo, todo le da semblante hermoso a ese país en

el cual he pasado los cuatro años de mi vida, los más tristes quizás, pero de tristeza ajena de zozobras, disgustos y quebrantos, y una con esas delicadas afecciones de dolor angélico y alegría incomprensible, que son adminículos indispensables de la poesía del corazón. La gente, suave y hospitalaria como no la podemos hallar en otra parte; el que en cinco años no ha tenido motivo de queja chico ni grande, que se ha visto rodeado de respeto y miramientos, con justicia abriga buena opinión de ese pueblo tan desfigurado en boca de mentirosos, tan calumniado por transeúntes sin gratitud ni benevolencia.

Un día, con la bolsa escueta, no sabía yo qué hacerme: pedir fiado, cosa dura; dejar de comer, imposible; echo mano por un lindo reloj que conservaba como prenda y recuerdo, más que como utensilio necesario. Esa joya, consérvela usted, me mandó decir el sujeto a quien le había hecho proponer me lo comprase; amigos, le sobrarán en cualquier caso. Y junto con este recado, cien pesos fuertes. No es culpa de él si yo insistí en vender primero que hacer un préstamo, pudiéndolo evitar. Pero, digo yo, rasgos como este, ¿no ennoblecen altamente a un pueblo? Ramón Cerón, Ramón y Roberto Rosero son amigos que me harían querer a su país, aun cuando todos sus otros habitantes no me hubieran sido tan favorables como me han sido. Si otros ecuatorianos han salido a palos, la culpa se tienen ellos. Las leyes de Atenas castigaban con pena de muerte al extranjero que usurpaba el derecho de soberanía; vayan a meterse los enviados de García Moreno en la cosa más delicada para los granadinos, sus elecciones, y con razón les han de moler, como los yangüeses a Don Quijote. A mí, si alguna persona me ha querido en ese pueblo, no sé; pero sí sé que todos me han honrado con sus consideraciones. El extranjero es acreedor a las del lugar donde se encuentra; al que se desmanda, justo es se le reprima, y aun se le

castigue. Para vivir, basta con el respeto de nuestros semejantes; el amor es afección difícil de hombre a hombre; si alguna persona me ha querido, pues, en la Nueva Granada, yo quiero que sea granadina y no granadino.

¡Con cuánto gusto me volviera yo a esa vida sin política, sin odios, sin mortales zozobras, sin venganzas, sin iras, sin peligro de ser asesinado a la vuelta de una esquina, como don Vicente Piedrahita! Para lo que ha sucedido en el Ecuador después de la muerte de García Moreno, yo de buena gana le hubiera dejado la vida al gran tirano. ¡Tanta predicación, tantas ideas defendidas, tantos corazones encendidos, tantas voluntades ganadas: tantos furores benditos, tanta guerra, tantas mudanzas, para venir a parar en manos de este hermoso don Ignacio Orleans de Borbón, que a fuerza de nobleza de sangre y de comportamiento está aplebeyando tan lastimosamente la república! Una gran ciudad o un desierto, exclamaba Chateaubriand: ya que no puedo irme a Londres o a París, estoy buscando con la vista hacia cual lado hallo un monte, una selva recóndita que me reciba como ermitaño, y sea la Tebaida de este San Jerónimo de la política. Pero doy con una dificultad insuperable, y es que no tengo barba; y sin barba rusia de a dos tercias, ¡qué ermitaño del diablo ha de haber!

Majagranzas ha habido que venga y me pregunte a quemarropa: "¿La gente de Ipiales dizque son especie de antropófagos que comen crudo?" Cierto, los niños de la plebe comen el haba tierna cruda. Franceses, alemanes, italianos comen rábanos crudos; mil yerbas hay que las comen crudas, y hasta pescados que no pasan por el fuego; ¿son bárbaros por esto esos europeos? Los ingleses comen carne cruda, chorreando sangre; ¿son salvajes por esto? Granito suave, lechoso, dulce como es el haba tierna, yo me lo comiera crudo, y se me diera una chita que un tonto me llamase hereje. El desayuno de un famoso

obispo cuyo nombre todos hemos oído, son doce huevos crudos; y nadie le tiene por raposa, sino por hombre muy ilustrado y católico. En varias materias son cultos los hijos de Ipiales, en todas decentes, y en muchas más son buenos, sumamente buenos. Mujeres hay que pudieran servir de modelo en ciudades ilustres, ora por las virtudes, ora por la maña y la delicadeza con que gobiernan su casa. En cuanto a las señoritas, puesto que ya no puedo hacerme ermitaño, diré que en pueblo tan corto no puede darse mayor número de mujeres donosas, bien traídas y agraciadas: ¡y qué colores! ellas no van a comprarle fea hermosura al ruin bismuto ni al puerco albayalde, como en mala hora hacen las hijas de las grandes ciudades, y aun de las pequeñas . . . con los dones naturales tienen de sobras; y para volverle el juicio a un pecador, no tienen sino alzar sobre él esos ojos grandes, negros, cargados de inocencia y esperanza.

A ruego de quien no tenía derecho ni autoridad para llamarlos, *vinieron los colombianos: mi* deber como hijo del Ecuador era censurar paso tan indebido. A los que en semejante escabrosidad me han visto sacar el caballo limpio, les cumplía alabar mi comedimiento, antes que abrumarme con injurias. Ciertamente, el haberme dado maña en vindicar a los colombianos de las acusaciones privadas que les hacían, al propio tiempo que les ponía en calzas prietas respecto del punto esencial, gracia era que, si ellos cargaran la consideración al centro de las cosas, hubieran apreciado debidamente. Cuando los franceses invadieron la Alemania reinando Luis XIV, no dejaron ni clavo ni estaca en la pared; violaron hasta los sepulcros, saquearon los esqueletos de los reyes. Vinieron a su vez los alemanes a Francia, y se la cobraron con las setenas; no les dejaron ni el blanco del ojo a los vencidos. Pensión es esta común al *género humano; por eso* la guerra es ley bárbara y

terrible; por eso la invasión, a cualquier título, es desvío de los que la hacen, desgracia de los que la sufren. Para atenuar las faltas de los colombianos en el Ecuador, yo hice ese recuerdo a las naciones más civilizadas del mundo; y no por esto han sido algunos colombianos más rectos y justos conmigo. No he contestado, ni he leído, sus agravios; ahora que de nuevo se me ofrece la ocasión, les hago ver que no es resentimiento ni rencor lo que abrigo en mi pecho, sino amistad y cariño por ellos. Cuando "Le Courrier des Etats-Unis", célebre periódico de Nueva York, se desdijo a mi reclamo de las horribles imputaciones que había hecho a la nación colombiana, añadió: "*Suplicamos al señor Montalvo considere* que nuestro juicio respecto de Colombia lo hemos formado en los periódicos de Colombia y los informes que de allí nos vienen". El que ha alcanzado este triunfo en favor de Colombia, no merecía que escritores colombianos de nota le llamasen *detractor de Colombia*. ¿Habrá otro hombre mal informado y mal intencionado que me llame *detractor* por esta nueva obra? Todo puede ser; mas esto no hará cambiar en lo mínimo los sentimientos de mi ánimo respecto de pueblos cuyas faltas quisiera corregir fraternalmente, y cuyas virtudes me admiran y cautivan.

JUAN MONTALVO.

Ambato, 12 de enero de 1879.

QUITO, ENERO 28 DE 1879.

IMPRENTA DEL DOCTOR ROBERTO ARIAS, POR J. MORA

## XLI

## LOS GRILLOS PERPETUOS

El "*máscara de hierro*" es un preso célebre en la historia de Francia, ya por la persona, la cual era, dicen, hermano del rey Luis XIV, ya por la perpetuidad del suplicio que llevaba sobre *sí*. Este suplicio era una máscara de hierro anexa al cautivo como si fuera cosa natural; el príncipe desconocido *murió debajo de ese frío antifaz; nadie le había visto* nunca el rostro. Yo le preguntaría a don Ignacio Veintimilla, caso de ponerle a su elección la máscara *de hierro o los grillos perpetuos, a cuál de estos mar*tirios se quedaría como menos bárbaro y cruel. Lo estoy viendo; no vacilará en optar por la máscara, la cual, *ni le causaba dolor ninguno*, puesto que era holgada y fina, ni le privaba del movimiento. Los grillos son tortura atroz: Sócrates, con toda su filosofía y santidad, apenas pudo soportarlos; Veintimilla, ni filósofo ni santo, no pudo sufrirlos cuatro días, y pidió auxilio a sus amigos, y halló fianza en ellos, y hubo tirano de corazón que no rehusase volver la libertad del cuerpo a ese hombre, y echarlo franco por el mundo a respirar el aire, y beber el viento, y devorar ardientemente la luz que el padre de los mundos ha hecho para todas sus criaturas. Dicen que no hay revolución con la cual no adelantemos algo, y que a pesar de esta arrebatiña sin término en medio de la cual vivimos en la América del Sur, no hay día que no demos un paso adelante. El principio en general es verdadero; las naciones andan a

su descenso, cuando han llegado a la cumbre de la sabiduría y la gloria: pueblos recién nacidos, por ley de la Naturaleza tienen que crecer, desenvolverse y llegar a la edad madura. Mas yo sostengo que hay revoluciones que no nos dejan nada a ganar, y sí todo a perder. García Moreno fué un terrible demoledor de la parte moral del pueblo; pero lo que destruía en el alma edificaba en el cuerpo; caminos dignos de una gran nación, edificios soberbios, gastos cuantiosos en favor de todos; la servidumbre vestida de lujo, tenía a lo menos el consuelo de la estimación y el boato; Veintimilla no ha puesto hasta ahora una piedra sobre otra, no ha hecho una escuela, no ha levantado una iglesia, no ha abierto un plantel de enseñanza superior; en cuanto a la opresión, está imitando a la letra a don Gabriel García Moreno; y, quien lo creyera, ese fruto de una revolución liberal, se ha propuesto destruir a los liberales matándolos en el tormento o echándolos a todos de la República. García Moreno tuvo su Juan Borja; Veintimilla quiere tener su Eloy Alfaro; Dios le dé corazón de volverse de medio camino. Dicen que Faustino Rayo, en cada machetazo que le descargaba en la cabeza al pobre don Gabriel, en voz terrible le decía: ¡Maldonado! . . . ¡Ayarza! . . . ¡Viola! . . . ¡Juan Borja! . .

En una República donde se supone que reina la libertad, y las garantías de los ciudadanos les están salvando la vida a cada instante, es monstruoso, vergonzoso ver morir así a los mejores patriotas, a los beneméritos del partido liberal. Que en Quito donde todos son conservadores hubiera hecho Veintimilla lo que está haciendo con Eloy Alfaro, hubiera admitido explicación; pero que en Guayaquil donde todos son liberales, donde todos cooperaron con Alfaro a la revolución que levantó a Veintimilla; donde todos son amigos, apasionados de Alfaro, le dejen perecer así, en el martirio, sin la menor representación, sin la

menor diligencia, es cosa que le infunde, al que medita, un negro rencor contra el género humano. Veintimilla es cabezudo y vengativo; pero ante un grupo de personas de consideración, de amigos de quienes él necesita, no podía haber resistido, no puede resistir; justicia, urbanidad y conveniencia propia le obligarían a poner término a ese insulto público, esa afrenta al género humano, esa operación tenebrosa y sangrienta, digna del Santo Oficio. Matar un hombre, hombre de nota y de esperanzas, en las barbas de la Nación, a ojos vistos del partido liberal, creador de Veintimilla; matarlo a fuego lento, comérselo vivo por los pies, y esto llamándose liberal y libertador, liberal y regenerador, es burla cuya amargura nos ahoga el alma a los que, amando la libertad verdaderamente, amamos a nuestros semejantes.

La Constitución vigente prohibe los grillos y todo suplicio corporal; Veintimilla está matando en los grillos al individuo a quien debe su buena fortuna por la mayor parte. Si hace lo contrario de lo que manda la Constitución, ¿por qué se llama libertador, regenerador, liberal? Dirá que lo hace a virtud de las facultades extraordinarias con que le privilegió el Cuerpo soberano; y yo digo que la Constitución es superior al Congreso, aun cuando éste se compusiera de sabios y hombres libres, y no de ruines siervos como la mayoría que le dió sin ocasión ni necesidad esas facultades. Pongo un caso: la Constitución declara religión del Estado la católica, apostólica y romana; a virtud de las facultades extraordinarias ¿podría Veintimilla declarar nulo ese artículo y sufragar por el protestantismo? no; luego las facultades extraordinarias no le dan la de infringir la Constitución. Así lo tienen creído sus mismos prosélitos, cuando la Corte Suprema ha mandado seguir causa al delincuente de haber puesto grillos en Quito a otro preso de Estado. En Quito la Corte Suprema sigue juicio criminal al Comandante acusado de haber hecho po-

ner grillos a una persona, y manda a los tribunales ordinarios levantar auto cabeza de proceso a otro reo del propio delito; en Guayaquil Veintimilla pone grillos, y no los quita por nada, y le da de bofetones a la Corte Suprema, y se ríe de la Nación: ¿qué significa esto? Dejémonos de razones: Cicerón le hace temblar y sudar a César; pálido, mudo, los papeles que tiene en la mano se le caen al suelo, y el héroe no lo echa de ver. Cuando el orador ha concluído su discurso *pro Ligario*, César lo declara libre de culpa y pena y le manda a su casa, después que le había condenado a muerte. Para tal defensor tal juez. Ese mismo Cicerón que se apodera del ánimo del héroe con la violencia de las razones, sería un bruto para nuestro don Ignacio; pues yo debo de ser un asno, cuando me empeño en convencerlo y conmoverlo: vaya usted a convencer y conmover a don Ignacio. . . Y no es que él no comprenda las cosas; sino que su gran principio es hacer lo contrario de la razón y la justicia, lo contrario de lo que le piden los pueblos y le suplican los amigos; lo contrario, siempre lo contrario de lo que le conviene a él mismo: esta es su *bismarkería*, esta su diplomacia. Yo sé muy bien que una representación mía no hace sino perjudicarle al "máscara de hierro"; pero como sin ella él hubiera corrido la propia suerte, lo más atinado en todo caso era volver por el derecho de los ciudadanos en general, y por la vida del amigo en particular con estas demostraciones. De un individuo, como no sea de la liga, no hace caso Veintimilla; de un pueblo, puede hacer caso; guayaquileños, lo que conviene es salvar a Eloy Alfaro; entre tantos amigos como tenía éste, a ninguno le ha ocurrido hasta ahora convocar un día mil o dos mil ciudadanos, plantarse debajo de los balcones del presidente, y en nombre de la libertad y de la patria pedir la excarcelación de ciudadano de tan honrosos precedentes? Lo que no concede a las personas particulares, lo concederá a un pueblo; esto

le están dictando la cortesía, la política, la magnanimidad. Si el pueblo sale con su empeño, le dará las gracias cortesmente; si sufre un desaire, se retirará triste y meditabundo . . . Vamos, don Ignacio: *hablemos como tontos por un instante; supongamos* que yo soy Marco Tulio Cicerón, usted Julio César; Quinto Ligario será nuestro querido Eloy; suponga usted que yo he hablado con razón tan vehemente, que el no dejarse convencer y conmover por ella sería estupidez; suponga que se ha convencido y conmovido usted, que ha perdido el color al oírme, ha temblado y se le han caído de la mano . . . sus Comentarios. Todo esto supuesto, la conseccuencia es clara, Ligario sale libre, sin grillos ni cadenas, y se va a Panamá a salvar la vida a su esposa y su hijita que se están muriendo de dolor, y no vuelve oculto a Guayaquil, y don Ignacio queda con la satisfacción de haberse mostrado generoso una vez en la vida, y don Juan le pone una corona, y el partido liberal contento, y la nación aplaude. Si consuma usted el sacrificio de Alfaro, ahóguese en sangre de liberales, de patriotas: el camino está abierto; y sin cuidado, pues a París, a donde piensa usted huir después de sus cuatro *años, no irá sin duda Faustino Rayo a gritarle:* ¡Eloy Alfaro!

Culpable y culpado son cosas diversas: el culpado, esto es, el juzgado y condenado, es criminal; al culpable, la ley le supone inocente, mientras del juicio no resulte comprobada su criminalidad; si la pena del delincuente se le impone al inocente, ¿qué queda para la justicia? Según la ley natural y la escrita, a Eloy Alfaro le debemos reputar inocente, puesto que no ha sido juzgado; y no habiéndolo, ¿cómo se le aplica sin término una pena superior a la severidad del juez más duro e inocente? Según nuestras leyes, no habría juez que condenase a Eloy Alfaro al tormento; y en el tormento está, sin sentencia: calabozo, incomunicación, grillos perpetuos en cuerpo en-

fermo, disentérico, esto es atroz! ¡Y digan los miserables que le están aconsejando la Inquisición a Veintimilla, que estamos en tiempo de regeneración y libertad! Sí, la tienen ellos . . . la de arruinar a los mejores ciudadanos y cubrir de infamia a la República. Veintimilla podría salvarse oyéndoles menos a esos perversos. Leyes, juicio, para un solo individuo en toda la Nación: ¡qué asco! Satanás aconseja la crueldad, Dios manda la misericordia.

JUAN MONTALVO.

Ambato, 18 de enero de 1879.

QUITO

IMPRENTA DEL DOCTOR ROBERTO ARIAS, POR J. MORA

## XLII

## IMPOSTURAS NO SON POLITICA

LOS perversos difícilmente se corrigen, dice la Escritura; si se corrigen alguna vez, la Escritura se lo sabrá; yo pienso que hay perversos del todo incorregibles. Después del tratado de la embriaguez en las "Catilinarias", Ignacio Veintimilla, como a posta, ha quitado la vida a dos de sus jefes o esbirros a fuerza de aguardiente; José María Cornejo, titulado general, y Toro Moreno, coronel, han sido víctimas del cumpleaños de ese Vitelio de argamasa, muriendo casi de contado con congestión cerebral. Dos años ha Ignacio Veintimilla arrancó las facultades omnímodas a la gazapina de Ambato, fingiendo invasión, revolución, y otras cosas; como ellas no bastaran, metió fuego a un cuartel, y de un crimen nefando sacó dictadura para dos años. Como ella se le concluye, ahí están la invasión, la revolución nuevamente; quiera el cielo que no tenga ese malvado necesidad de meter fuego a la catedral de Quito para convencerle a su Congreso. El movimiento en que ha puesto a la provincia de Imbabura, con denuncios fingidos y ordenados por él mismo, no tiene otro objeto que recavar de esa junta de gente mala nuevas facultades extraordinarias, contribuciones, y quién sabe que otra cosa. Ayer llamó y pagó a los colombianos Ignacio Veintimilla, ahora le parece cosa horrible el que se hagan *enganches* en Colombia, el que haya invasión al Ecuador. Las declaraciones juradas que él manda dar, no prueban

sino que el perjuro de costumbre, el impío por maldad e ignorancia no se ha corregido; cuando así el Ecuador como Colombia vean que no hay enganches ni invasión, Ignacio Veintimilla habrá cumplido su objeto, pero quedará otra vez por mentiroso y perjuro; esto nada le importa a él; lo que le importa es seguir adelante en su carrera de crímenes y vicios llamándose dictador. "Al Ignacito no le gusta mandar con leyes—dicen las tres arpías,—la dictadura le gusta". Que a él le gusta esto, no me admira; que haya un pueblo en la América republicana y libre, donde un ebrio consuetudinario, un bárbaro desaforado concluya su período de cuatro años, sin constitución ni leyes, esto es lo que me admirara, si la indignación diera lugar a la admiración. Un tal Calixto, mandado comparecer ante el Jefe Municipal de Obando, por sospechoso, ha dicho en el interrogatorio: que no ha visto ni sabido que hubiese enganches ni preparativos de invasión; que nada ha notado en los ecuatorianos residentes en Ipiales, etc. Si los espías de Ignacio Veintimilla, intimidados ante el juez, declaran esto, ¿cómo sucede que a Veintimilla le declaran lo contrario? El dicta lo que han de declarar los perjuros; este es el punto. Si el Gobierno del señor Hurtado pide informes a los gobernadores de estas comarcas, todos a una, los de Pasto, Túquerres y Obando, han de decir que no hay tal enganche ni tal invasión; y si ellos no lo dicen, porque no se lo preguntan, lo dirán los meses, lo dirá el tiempo. Ignacio Veintimilla quedará por impostor, y no le importará maldita la cosa.

Viviendo Mosquera ya se trató de dar auxilios contra el Gobierno del Ecuador; exasperado don Tomás Cipriano, enfurecido con la amenaza de García Moreno de fusilarlo si tocaba en territorio ecuatoriano a su regreso del Perú, me escribió que si los liberales de nota se presentaban, favorecería una revolución. En esta materia no podía haber acuerdo con-

migo, ni aun cuando se tratara de derrocar a García Moreno. Es notorio que poco después ciertos jefes de los llamados por Veintimilla quisieron entenderse conmigo, para echar abajo al mismo traidor que los había llamado: yo me negué, y combatí la intervención armada, o la alianza, con la energía y la falta de miedo que todos han visto en "El Regenerador". Preciso es carecer absolutamente de convicciones y de talento, para labrar uno su descrédito destruyendo con los hechos las obras de la pluma. Todo ecuatoriano, como no sea un infeliz sin ley ni patria, intentará echar afuera esa manga de ladrones que se llama gobierno de Veintimilla; si a mí me falta la cooperación de mis compatriotas, puede el azotador, el capador de gente, reinar todos los años de su vida; con colombianos no iré jamás, porque tengo creído, ya lo dije, que todo pueblo debe ser dueño de su suerte y artífice de su libertad.

JUAN MONTALVO.

Ipiales, 17 de agosto de 1880.

IMPRENTA DE N. MÉDICIS, POR M. T. POLO Y JOSÉ RUANO

XLIII

## EL PASQUIN

TODOS confesarán que para el autor de "El Cosmopolita", "El Regenerador" y las "Catilinarias", es triste cosa verse obligado a escribir un papelucho. Por la fe de quien soy que yo no hubiera escrito, si con tanto empeño no me lo exigieran mis amigos de allá porque lo juzgan necesario. Mi opinión respecto de ese pueblo es tal, que soy indiferente a la buena o mala que él tenga de mí. Harto he hecho, harto he padecido, sin más fruto que ver más y más dañados hombres y cosas de ese país. Yo no creo necesaria una desmentida a los infames que me atribuyen una obra digna de ellos; ya porque nadie puede usar de buena fe en eso, ya porque nada me importa como queda dicho, que esos me paguen bien o mal. Sea esta, con todo, mi última condescendencia, y mi última molestia; y quede probada en cuatro palabras la imposibilidad de que yo hubiese escrito el papel que me imputan, quizá sus propios autores. He concebido el más profundo desprecio y el más santo odio por el infame a quien, me dicen, se alaba en ese ruín escrito. Si este Tartufo no fuera objeto tan bajo, lo sería de una Catilinaria: su pequeñez le salva. Otra prueba de la imposibilidad de que yo hubiere descendido a una obra anónima, es que tengo mi juicio suspenso respecto de los jóvenes de la Universidad, en favor de quienes es, según me dicen, el pasquín: tres cartas he visto en las cuales dan la noticia de que, saliendo del Pa-

nóptico bien azotados y escarnecidos, han ido a casa de Veintimilla a festejarle, bebiendo y bailando a su vista. Mi cólera no es ciega: dudo y espero, ya para darles su merecido, ya para hacerles el sujeto de la debida alabanza. Basta con estas pruebas materiales: que alegar mi carácter, mis antecedentes, mis obras, sería excusado para con la canalla que nunca dejará de vengarse del bien que he querido hacerle adentro y del lustre que le doy afuera. Si el pasquín ha ido de Ipiales, a la vista están los que lo han hecho. Sí, para pasquines vayan los quiteños a buscar al que tiene miedo, al autor de "El Consejo de Guerra", de "El Ultimo de los Tiranos", de tantas cosas de las cuales he desafiado, cara a cara, a la muerte. Adiós, indignos, no quiero seguir adelante.

JUAN MONTALVO.

Ipiales, marzo 3 de 1881.

## XLIV

## AZOTES POR VIRTUDES

**Al Sor. Don Pedro S. Lamas, fundador y redactor de la** *Revue Sud-Américaine*

Muy señor mío:

El fin que usted se ha propuesto es hacer conocer nuestras repúblicas en Europa, y defenderlas, cuando *sean víctimas de agresiones injustas.* Hagamos conocer al viejo mundo lo que hay de bueno y grande en ellas; lo bajo y lo perverso, ocultemosle, so pena de confirmar la opinion de bárbaros en que ciertos europeos nos tienen. "No podemos contar esas naciones entre los pueblos civilizados", ha dicho recientemente un antiguo miembro del Instituto de Francia. Si vamos a referir en francés lo que ocurre en algunos de esos paises, los más desgraciados por cierto, ese viejo académico tendrá razon: refiriéndolo en español, nuestras desdichas y miserias son secretos entre nosotros; pues seguro está que ingleses ni franceses vayan a traducirlas. Así como los hombres útiles, los grandes hombres son ciudadanos del universo, así los malvados, los grandes delincuentes son enemigos del género humano: unos y otros deben ser conocidos en todas partes. Más *ocurre que el mundo injusto castiga á los inocentes* y deja impunes á los pecadores: si decimos que uno de esos tiranuelos que suele criar nuestra raza mutila hombres, azota ciudadanos, invade los bancos con gente armada en tiempo de paz, y se apodera de sus

tesoros, el ladron, el verdugo se estará paseando quizá por las calles de Paris, obligado á fugar, y el pueblo que le ha sufrido por mucho ó poco tiempo será el bárbaro é infame; por esta razon deseo que el denuncio que á mi vez quiero hacer á las repúblicas americanas, donde tanta circulacion tiene el ya bien acreditado periódico de usted, no me lo publique usted en francés sinó en español; y así habremos lavado la ropa sucia en casa.

Ignacio Veintemilla, tiranuelo del Ecuador, acaba de cometer otro delito, de esos que parecen inverosímiles en nuestro tiempo: ha dado trescientos azotes á un escritor de gran mérito, jóven de la flor y nata de la ciudad de Guayaquil, cuyos antecedentes debian de servirle de resguardo contra semejante calamidad. Niño aún, sacó el pecho afuera, y se encaró con el célebre García Moreno, escribiendo y hablando por la patria y sus regalías. Primero que ceder un punto, sufrió la pena de sus virtudes y las profundas, solitarias selvas del Amazónas vieron cruzar por entre sus serpientes y sus tigres al patriota en junta de un compañero digno de él. Echados á la ventura sin hogas ni timonel en el furibundo Napo, salvólos la Providencia; y frisando los límites desconocidos de varias naciones, salieron á tierra cristiana, siempre firmes, siempre valientes, si bien el cuerpo casi perdido á la vida. El buen hijo de la patria muere en la demanda, el soldado de valor no abandona su puesto. A García Moreno ha sucedido un tirano mas execrable, la República corre ciega á su ruina y á la infamia: Valverde le sale al frente, junto con los pocos ecuatorianos que desde el principio habian alzado bandera contra ese ignorante animado por el demonio del crímen; palabra, pluma, espada, toda arma ha blandido ese muchacho denodado, se ha vuelto célebre en su patria, y ha venido á ser víctima del peor de los castigos, el azote, como ruin

criminal á quien la ley señalase para la infamia. ¿Y por qué? Preguntad, señores, ¿y por qué? Por haber negado su firma á un papel en donde se protestaba contra sus propias obras, en donde se calumniaba á un amigo suyo, ecuatoriano ilustre que está haciendo temblar á los traidores. No, Miguel Valverde no podia protestar contra las obras de Eloy Alfaro, pues *su causa es una misma, sus deseos unos mismos.* He ahí la verdad, la lealtad, la firmeza castigadas con azotes: ¿cuál es el pueblo sin Dios ni ley donde sucederían estas cosas?

Los foragidos de las montañas de Pisco, en el Perú, tenían la costumbre de azotar á los transeuntes á quienes desbalijaban: lo propio hacen los bandoleros de Grecia, y aún entre los ladrones de Calabria suele ocurrir este caso; pregunto yo: un viajero distinguido, un sabio cae en manos de esos enemigos públicos: ¿queda deshonrado con la pena que le dan pechos sin conciencia, cabezas sin entendimiento, manos torpes? De ninguna manera: Miguel Valverde, si sobreviviere á los grillos homicidas, quedaría á los ojos de sus compatriotas tan digno y respetable como lo ha sido hasta ahora, sin que tengamos que lamentar sus amigos sino sus padecimientos físicos. El alma no puede ser azotada, jóven: el corazón puro y generoso, la inteligencia resplandeciente no participan de las vergüenzas del cuerpo: llora tu suerte, como la lloramos todos; más no temas haber caído en caso de ménos valer, pues el sacrificio de los buenos jamás ha hecho sino crecer la estima en que le tienen los que saben de achaque de virtudes. El que con sus lecciones y su ejemplo ha formado discípulos como tú, harta razón tiene para padecer contigo, amigo, pobre amigo; y el que á fuerza de distancia é imposibilidad no acierta á vengarte, ha de tributar por lo ménos á tu desgracia las lágrimas que requieren dolores grandes.

¿Quién te ha defendido? ¿qué camarada se ha interpuesto entre tu cuerpo y el verdugo? ¿qué pueblo se ha levantado, gritando y hecho palidecer á los tiranos? ¿dónde está el valiente que te ha salvado? ¿dónde el justo que ha castigado? ¿dónde el pundonoroso que te ha vengado? En la ciudad de tu cuna, en medio de parientes y amigos, en las barbas de un pueblo cuyos derechos has puesto en cobro, pueblo *grande, libre, soberbio, segun decia él mismo*; allí, allí, un palurdo, *chagra* de la sierra, el más ruin de los nacidos, te coge, y te tira por aquel suelo, y te desnuda, y te azota, y ellos nada dicen, nada hacen? ¿Dónde pues el valor? ¿dónde el orgullo? Es ese el pueblo de Vicente Rocafuerte? ¿esa la patria de José Joaquin Olmedo? Los azotes de Valverde caen de rebote sobre esas grandes sombras: si Valverde está infamado, las glorias del Guayas se han desvanecido.

¡Guayas, libre Guayas! no te quedes atras hasta de las aldeas: la revolucion revienta por todos los horizontes de la República; y tú, azotado en tus hijos más queridos; tú, robada tu honra; tú, hollado á los piés de un bárbaro, ¿permaneces en silencio y abatido? Gallo sin espuela, leon sin garras, pobre Guáyas, sino te maldicen, tus mayores te están mirando con lástima ofensiva desde allá de adonde en vano te muestran el campo del honor y de la gloria.

No será en vano: ya te despiertas, ya te encrespas, ya saltas . . . Volviste á tu lugar, pueblo libre, pueblo ilustre en los anales de la patria. Guayaquileños, ¿tendré que desdecirme, aquí á las orillas del Sena de donde os dirijo el corazon y la palabra?

Despues de trescientos azotes, cincuenta mil pesos, el malvado vendia la sobra de vida que quedaba en ese cuerpo sin sangre. Si no le cuentan esa suma, la víctima acaba de morir en su calabozo. Este horrible comercio de carne humana, esta venta del

aliento, este rescate de la agonía, llamará la atención de las republicas americanas: y ya que no hagan otra cosa, condenarán á la ignominia al inventor de este tráfico infernal que echa por tierra leyes humanas y divinas.

JUAN MONTALVO.

París, enero 7 de 1883.

## XLV

## CARTA AL "MONITEUR DES CONSULATS"

París, á 5 de Enero de 1886.

Al Señor Director del
"Moniteur des Consulats".

Querido señor:

Su habitual benevolencia le ha faltado por esta vez. Yo o siento ya por mi país, ya por U. Cuando Alejandro Dumas, después de haber sido festejado por los españoles, vino á escribir en Francia que la España era la cocina de Europa no dió una prueba de justicia ni de habilidad. Los franceses lo sacrifican todo al *esprit;* ellos no pierden jamás la ocasión de soltar lo que llaman un *bon mot;* y las buenas frases son malas pasadas que juegan á otros, y no indican á menudo sino una humorada vacía de buen sentido.

Usted no dice malignas chanzonetas para reir ¿cómo ha encontrado pues, que el Ecuador era "la cocina de América"? Seguramente no es usted sino su periodico. Usted es bueno y recto y sabe cuán peligroso é impolítico es dar estos golpes brutales á los pueblos.

Viajeros indignos é incapaces de seguir las huellas de Humboldt, de Boussingault; periodistas sin conocimientos ni probidad literaria; americanos que no hallan otro medio de elevar a su país que el de injuriar a los otros, no son fuentes en donde deben

beber organos serios como el "Monitor de los Consulados" que está U. en camino de hacer uno de los más conocidos y estimados de los que circulan en el Nuevo Mundo.

En la elocuencia es un ecuatoriano quien ha dejado un nombre inmortal en España; don José Mejía fué llamado por los españoles el *competidor del divino Argüelles;* Argüelles, el Cicerón de la Madre Patria. En Cádiz, sobre una tumba modesta leeréis estas palabras:

"Poseyó todos los conocimientos;
Practicó todas las virtudes".

¿No es este epitafio el de un romano antigüo?

Á ninguna de las Repúblicas Latino-americanas se le ha ocurrido hasta hoy disputar al Ecuador la gloria de haber producido al más grande poeta de aquellos paises: Olmedo está en pacífica posesión del primer rango en el Parnaso de la América Española.

La cocina que suministra estos manjares puede ser la cocina de los dioses; y bien sabe U. que si Apolo frecuenta la cocina esta se convierte en templo de la luz.

La Universidad de Quito ha sido célebre en esas comarcas; Quito ha sido la Salamanca de la América del Sur. La Nueva Granada, el Perú enviaban a sus jóvenes á educarse allí. La desgracia de los tiempos la ha hecho decaer; ¿pero no es verdad que un pasado glorioso debe hacer parte del activo de un pueblo, y que no podemos rehusarle, sin justicia, a lo menos los respetos que son debidos a su memoria?

Este pueblo, donde *todo el comercio está en manos extranjeras*, según el periódico de U posee las ciudades más trabajadoras, más inteligentes, más ricas del Pacífico. Solamente Valparaiso en Chile puede talvez ser más rico que Guayaquil; más fuerte y más

activo, eso no. En Guayaquil, ciudad no solamente comercial, sino también agrícola, hay más millonarios que en varias de las otras repúblicas. La energía, la fuerza y la constancia que este pueblo derrocha en su duro clima para ser rico y feliz, son inusitadas. Los grandes propietarios, los grandes industriales, los grandes comerciantes, no son *alemanes* ni *ingleses*, como usted dice; son hijos del país, verdaderos ecuatorianos. Son los Luzarraga, los Coronel, los García Moreno, no alemanes ni ingleses, ni italianos, ni franceses; y tantos millonarios y grandes señores que deben sus riquezas á su inteligencia y actividad.

Así, pues, señor, vuelva al César lo que es del César, y deje U. los falsos indicios, á los malquerientes que no creen tener grandes hombres si no apocan á los héroes; que no están satisfechos de su prosperidad sino arrojan en la miseria á sus vecinos; que no brillan con la luz de la civilización sino sumergen en las tinieblas de la ignorancia á *los pueblos hermanos*.

La República más miserable y atrasada de la raza latina, según la hoja de la cual ha tomado U. prestados sus indicios, ha tenido la gloria de producir hombres que se han vuelto célebres y que resarcen á las Repúblicas Americanas de varios males de su mala política. Yo quisiera saber cuántas de ellas son las que pudieran presentar á la historia genios parecidos á los que han brillado *en la cocina de América?* En las ciencias, mire U. á ese grande que viene á sentarse en todas las Academias de la Europa; la de Berlín, la de París, la de Londres, han abierto sus puertas á don Pedro Maldano, ecuatoriano cuyo elogio ha sido hecho por autoridades como La Condamine y Bouguer.

Los viajeros se sorprenden cuando creen tener que luchar con esta casi barbarie con que nos honran los franceses, y se ven en el bello centro de un pequeño París, en Quito, por ejemplo, rodeados de los refinamientos de la cultura europea, halagados por el

pueblo más hospitalario y bienqueriente de la tierra. Las casas aristocráticas no tienen nada que envidiar á las ciudades más cultas ni por lo confortable, ni por lo cortés. Todos los ricos vienen á Europa, y no acomodan en sus casas á la parisiense. Esta ruin piedad por los paises cuyas llagas no se ven, cuyos gemidos no se oyen, está absolutamente fuera de lugar, y es soberanamente injusto el condenarlos sin conocimiento de causa. El Barón de Humboldt no ha tenido necesidad de decir *buenas frases* ni forjar mentiras como ciertos vulgares viajeros. Cuando él habla de los dias felices en que subía al Chimborazo y al Pichincha llevado en cierta manera sobre los brazos de sus huéspedes apasionados por los extrangeros y los sabios, él no oculta su gratitud y su simpatía. Hé aquí las autoridades que es menester seguir para juzgar en justicia y en verdad á estos pueblos tan desacreditados por la ignorancia de los unos y la malicia de los otros.

Todo es erróneo en la apreciación que el periódico del cual ha tomado usted sus informes ha hecho de mi país. Felices aquellos que defienden la causa de los pequeños! Los pequeños son mis clientes. No, no hay que pintar á los indios como una raza inmoral y desgraciada en la familia. Si hay ciertos bienes que no le hayan sido arrancados, son ciertamente los del amor. El indio no tiene sino su mujer y sus hijos, y es feliz, á su modo, en su cabaña, durante las horas que su suerte cruel le deja para la vida. No es verdad que el indio no se case; al contrario, no hay indio que no sea casado. Aún; se casa muy joven, y no conoce otra mujer que su esposa. El concubinato es casi desconocido entre los indios, los cuales son tan sobrios como castos. Que encuentren dificultades para el matrimonio á causa de los *derechos de Iglesia*, es verdad; pero no hay uno que no se vendiera para casarse con su amada.

Yo no quiero hacerme abogado del cura contra el periodista que le ha suministrado tan tristes datos sobre el Clero de América; me pondría en contradicción *conmigo mismo*. Sin embargo, *cuando se trata* de la nación en general, yo no quiero, ni hacer un proceso del partido enemigo ni recriminar á los sacerdotes; mi deber es defenderla, olvidando las amarguras y los dolores del destierro, ya muy largo ¡ay! para que un vivo amor á la patria no se haya acumulado en mi corazón.

Acepte, querido señor, la seguridad de mi consideración (1).

JUAN MONTALVO.

(1) Reproducida en Quito, febrero 19 de 1886.

## XLVI

## CARTA DE FRANCIA

HAY síntomas de revolución en Francia: la bandera roja del 93 es hoy bandera negra. Luisa Michel, el marimacho formidable que está haciendo temblar a monarquistas y republicanos, conservadores y liberales, se ha paseado cuatro días ha por las calles de París al frente de una manga de pueblo que pedía pan y trabajo. "El pueblo no tiene pan", gritaban sus cabecillas, en la plaza del *Hotel de Ville*, los días que precedieron a la gran revolución. ¡Pues que coma bizcochuelos! respondió la princesa de Orleans, saliendo al balcón del palacio. Bizcochuelos, no comió; pero luego se hartó de cabezas de reyes y se emborrachó con sangre de princesas. El hambre del pueblo es el precipicio de las naciones. *La virgen roja*, como es llamada Luisa Michel, con una bandera negra en la mano, ha recorrido gran parte de la ciudad, seguida de una cohorte de blusas blancas y de niños que entonaban canciones obscenas. No es la insurrección todavía, pero es el asomo de la insurrección. Estos movimientos populares sin armas son como los temblores lentos que en América anuncian los grandes terremotos: los hombres cuerdos salen a dormir al patio.

El presidente del consejo de ministros ha dicho en el Parlamento que mal podían tener hambre gentes en cuya faltriquera se hallaban sesenta francos en oro. Efectivamente, uno de los más gritones, arrestado allí mismo, tenía esa suma en el bolsillo.

No hay duda que hay artesanos sin obra, jornaleros sin tarea; y de esta desgracia, transitoria quizá, se están aprovechando los enemigos de la República para hacerle la guerra con sus propios hijos. Una reforma en favor del pueblo ha redundado contra el pueblo: el aumento del salario retrae a los industriales o *patronos*; por no pagar más de lo acostumbrado, tienen a bien suspender sus obras; o en realidad no les trae cuenta trabajar en condiciones tan favorables para los operarios. Los que nosotros llamaríamos *godos*, esto es, los chamboristas, orleannistas y bonapartistas, reaccionarios de todo color y partido, han azuzado las manifestaciones del 9 y el 12 de marzo, sin caer en la cuenta que ese ariete que echan contra el Gobierno romperá no menos el trono que el solio; o más bien, sabiendo muy bien lo que hacen: lo que quieren es pescar a río revuelto. Los partidos violentos ahora son el *anarquista* y el *colectivista*, compuestos de gente popular; Rochefort, con ser quien es, es acusado de traidor y reaccionario por estos furibundos revolucionarios, cuya alma es *La virgen roja* o *gran ciudadana*. En el Museo Grecien se ve a esta rara mujer en sus verdaderas proporciones; Paula Mink está escribiendo al pie de ella, en tanto que Gambetta, al frente, hace un ademán oratorio sublime en la tribuna.

Dicen que el viejo Grevy, presidente de la República, mientras la blusa blanca en forma de mar se dirigía a su palacio con la bandera negra a los gritos de: ¡Al Eliseo! ¡al Eliseo! estaba siguiendo incógnito la oleada de hambrientos y sedientos, con los brazos cruzados por atrás. Un escritor legitimista de los más pintorescos acaba de decir que ese anciano sensato y modesto es un Carlos V del estado llano que asiste a sus propios funerales. Para el 18 de este mes se ha convocado a otra junta popular o *meeting* gigantesco; quien sabe si esta vez la nieve sobre que estamos andando no reciba un baño caliente de san-

gre. El 9, gracias a la mansedumbre y la prudencia del gobernante, todo lo concluyó la gendarmería sin uso de armas, aunque hubo puertas rotas y tiendas saqueadas por la plebe. El 12 intervino la caballería, sable en alto, pero sin herir: cargas secas, y aun con mucha advertencia de no atropellar al pueblo, el cual se retiraba en masas compactas de la plaza del Consistorio a la calle de Rivolí y los malecones del Sena. *La gran ciudadana*, prendida en el sitio, fué en el acto libertada por mil brazos de *Belleville*, que es el barrio temible de estos días. Se ha refugiado la dicha señora en Bélgica, con promesa de venir dentro de seis meses a poner las cosas en orden, como Luis XIV.

La bandera negra de *La virgen roja*, la *mano negra*, que acaba de levantarse en Andalucía abriendo sus largos dedos de hierro; la Liga Agraria de Irlanda, el nihilismo de Rusia, todo esto es la revolución social que comparece por los horizontes de Europa y hace temblar al mundo. En Francia, lo probable es que el gobierno sofoque por ahora las tentativas de desorden; pero como la idea crece, y se difunde, y se espesa por todas partes, mucho tendrán que hacer los hombres de Estado para prolongar la vida de las actuales instituciones.

Ahora hablemos de nosotros. ¿Conque se viene abajo el malhechor? Esperando estoy el telegrama que me anuncie su fuga de Guayaquil, o su muerte a manos del pueblo. "El Correo de los Estados Unidos" ha aconsejado la pena del talión: dice que los ecuatorianos deben darle el duplo de los azotes que él ha dado al joven poeta Miguel Valverde. Yo no me aprovecharía de este consejo: El talión se fué con la Edad Media; pero sí he aconsejado a mi vez a Alfaro, que si cae en sus manos ese fascineroso no deshonre la noble bala en cuerpo inmundo; le he dicho que le haga ahorcar, ejemplo que pondría a raya a sus imitadores. La horca no es pena bárbara;

está vigente en Inglaterra y los Estados Unidos. Sé que Quito se halla en poder de la revolución triunfante; ahora seguirá la disputa entre los dos partidos, si Guayaquil hace *pronunciamiento* liberal. En este caso he suplicado a Alfaro haga lo posible por ajustar un convenio con el partido que domina el interior de la República; la decisión por las armas sería grave pecado de una y otra parte; sobre las dos mil víctimas que cuesta ya el mudo infame, otras dos mil, sería desgracia imperdonable. De Alfaro no temo; su patriotismo, su ánimo generoso, su *corazón de madre*, le impulsarán al fin más humano, como sea decoroso para su causa. De los conservadores temo: la insignia de ellos es García Moreno, y por falta de cordura perderán quizás una feliz ocasión de paz y concordia entre los ecuatorianos.

Cosa que admira es ver levantarse la revolución y tomar cuerpo en el centro de la República, en pueblos desarmados de los cuales nunca se ha esperado iniciativa ninguna. El patriotismo y la constancia hacen milagros; el valor y la audacia son dioses casi omnipotentes en la tierra. Catorce muchachos sin miedo dan el asalto a un cuartel de doscientos hombres, los sorprenden, los aturden, los desbaratan, los dispersan y se apoderan de sus armas: ¿no es éste el heroismo? Mucho me gusta ver entre esos valientes jóvenes a mis sobrinos y mis cuñados; y mucho siento no haberme hallado yo al frente de ellos. Los colombianos que prendieron a Mosquera en Bogotá alcanzaron inmediatamente los honores de la fotografía; yo he visto un cuadro interesante, donde goza uno en la fisonomía de cada cual de esos denodados patriotas. Deseo que los catorce de Ambato, en un cuadro fotográfico, vengan a París lo más pronto posible; yo lo haré publicar en un periódico ilustrado. El estímulo, no menos que la recompensa, son de justicia y de buena política; héroes y grandes

ciudadanos no se forman sino donde hay quienes ensalcen las virtudes y den resplandor al mérito.

Sarasti, el caudillo inesperado de esos combates y esos triunfos, debe venir al frente del cuadro. Admiro su valor y su constancia, y juzgo que su obra debe ser reconocida por la gloria, que vale más que todo. Antonio Arteaga, Leopoldo González, Gabriel Quirola, Carlos Fernández, Augusto Naranjo, Emilio Banda, ¿cuáles son los otros? deseo los nombres de todos los muchachos que han combatido como buenos, y han libertado al fin parte de la República. Eloy Alfaro, por la costa, coronará la obra; Alfaro y Sarasti serán los libertadores, sin que me quede a mí sino el honor de haber comunicado el impulso con la pluma, y el placer de celebrar los hechos de esos valientes.

Mucho me preguntan ustedes por los "Siete tratados"; el libro en dos tomos, edición primorosa, está ya en la casa de empastar. Las campañas de Eloy han perjudicado a esta empresa literaria; lo que se hubo conseguido para ella, lo invirtió en su expedición anterior a Esmeraldas. Yo aplaudí este noble abuso: la libertad primero que la literatura. Después, empleándolo todo en la revolución, nada ha podido mandarme, y mi obra está cautiva. Tan luego como me sea dado redimirla, irá. ¿Pero hallará entrada al Ecuador? Si continúa el régmen de persecución a las ideas y las personas, no seré yo profeta en mi tierra. El que al leerla no eche de ver que su esencia es la moral rigurosa, no la ha entendido. ¿Pero qué revolución ni qué triunfo serían los de país cuyas puertas quedan cerradas a la discusión, la conciencia y el raciocinio? Aduana para las ideas, fuego para los libros, son la inquisición regenerada. ¿Qué dirán los que me acusan de anticristiano cuando vean mi retrato de Jesucristo? ¿Qué dirán los que me acusan de enemigo sistemático del clero, cuando vean mi episodio de "El cura de Santa

Engracia"? No hay pulimento sin roce, no hay progreso sin lectura ni estudio: lean los ecuatorianos, y aprendan esta gran ciencia de la tolerancia, la cual no puede ir separada de la libertad. De San Salvador, ciudad pequeña de Centro América, me han pedido 500 ejemplares: ¿cuántos he de mandar a Quito? cuatro, por no decir dos ejemplares; y todavía los han de decomisar esos dos, y los han de quemar, y a mí me han de mandar al infierno por la centésima vez. ¿Hasta cuándo, paisanitos, hasta cuándo? Llámense conservadores los quiteños, ya que esto les suena bien; pero sean liberales, esto es tolerantes, progresistas, generosos; campeones de la libertad y oficiales de la inteligencia.

JUAN MONTALVO.

*Esta carta y otras de carácter privado, dirigidas por mi hermano, han sido enviadas abiertas por el ministro Dr. Espinosa, con una nota al administrador de Correos, en la cual asegura que se han tomado en Tulcán fuera de valija y mandado así abiertas. La precedente y otra son del mes de marzo y una de abril. ¿Cómo se han reunido cartas de fechas diferentes y escritas un mes antes con la venida últimamente? ¿Cómo las ha tomado el gobernador de Tulcán sin practicar ninguna averiguación y cómo las remite sin nombrar la persona que las ha abierto? ¿dónde se ha cometido esta escandalosa violación? No hago cargos a determinada persona, saco a luz el hecho y los hombres de bien formen su juicio. Los violadores se han impuesto anticipadamente del contenido de una carta que iba a ser publicada, y en el de las confidenciales de mi hermano habrán hallado expresados, poco más o menos, las mismas ideas y sentimientos. El ministro, para satisfacción de los interesados y del público, y para salvar su responsabilidad, ha debido designar la persona que ha cometido el crimen, exigir del gobernador de Tulcán el informe del caso y ordenar la formación del correspondiente sumario. ¡Cómo se respeta lo más sagrado que hay en la sociedad, la inviolabilidad de la correspondencia privada! Por lo demás ¿habéis visto, señores conservadores, cuáles son las ideas y los sentimientos de Juan Montalvo? Pero que se os dé con la verdad en los ojos, ¿qué importa, cuando sistemáticamente se sigue un plan con el firme propósito de realizarlo sin pararse en los medios, por reprobados que ellos sean.*

FRANCISCO J. MONTALVO.

AMBATO, JULIO 3 DE 1888
IMPRENTA DE SALVADOR R. PORRAS

## XLVII

# FISIOLOGIA

### DE LA RISA

¿HAY hombre más ridículo, molesto e insufrible que ese que anda llenando de carcajadas tiendas y casas con motivo de sus propias sutilezas? Pues yo afirmo que, aun cuando tenga alguna malicia intelectual, ése es un tonto, o por lo menos un necio. Querer reir de todo, en todas partes y a cada instante, ¿qué es sino pobreza de espíritu? Los bufones antiguos tenían obligación de hacer reir a sus amos y así andaban a caza de donaires mediante los cuales vivían a mesa y mantel en los palacios. Semejantes empleados habrán sido del gusto de los príncipes bárbaros de la Edad Media, pero en el día no es aceptable un enano burlón y estrepitoso, y mucho menos cuando sus ingeniosidades no siempre tienen la sal en su punto. Yo aguanto de buena gana el hazteallá de un hombre rostrituerto, primero que el genio viscoso y pegadizo del que no puede saludar sin prorrumpir en una risotada. Lo mismo da que en vez de reirse alto y grueso, se rían entre las barbas ese *ji ji* quebrado y nudoso con que algunos pícaros nos embarran el alma, como si nos echaran sobre ella hilos de miel empalagosa y dañina. Huid como del zorro de ese viejo barbirucio y grasiento que se empieza a reir pausadito y cortado desde que os descubre a una calle de distancia; se ríe al ver un conocido, se ríe al saludarle, al preguntar

por la salud, por la familia. Le responden que está bien, se ríe; que está mal, se ríe: envía memorias, y se ríe; se va, y se ríe. Algo se había de olvidar, allí vuelve; no se había reído todo. Si su infeliz interlocutor, su víctima, no alarga el paso y tuerce la esquina, le llamará otra vez, para reirse de adición; mientras el cielo le dé barbas, no le ha de faltar una posdata. Me parece que si se las arrancaran de cuajo, dejara de reirse, porque esos *ji ji* vivarachos y espeluznantes que salen como lagartijas de su boca, necesitan una maleza por donde retozar y esconderse. Le piden un servicio, lo niega riendo; le hacen un favor, lo recibe riendo, y riendo murmura del que se lo acaba de hacer. La risa es el cuchillo con que asesina al ausente, el falso juramento con que engaña al presente. Ancha su cara como la rodela de don Quijote, aborrascadas y cenicientas sus barbas como las de Hudibrás, se ríe hasta con esos ojillos de color celeste. Y cuando habla de queja, cuando rememora la ingratitud de sus favorecidos, los bienes que ha hecho a sus semejantes sin que su propia mano izquierda lo supiese, entonces llora; pero como el llorar de una manera absoluta sería perder tiempo de reirse, llora con él un ojo y con el otro se ríe, como el personaje de Labruyére. La risa no se alberga sola en el laberinto de sus barbas; duerme en la misma cama con la mentira y la difamación, y juntas se levantan muy temprano, para acostarse muy tarde entre las mil sabandijas que pululan en ese chaparro de brujas. Si este viejo se riera alto, grueso, furibundo, como ese otro enano, yo todo le perdonara, todo! Pero ese reído de culebra, aguloso, quebrado, añudado como un quipo; ese trotecito impertinente e interminable de la boca con el cual se va camino del mal del prójimo, eso no hay quien le sufra. A menos que el del reír agudo se encuentre con el del reír gordo y pringoso: éstos sí que se comprenden y complacen de hallarse juntos, para reirse

el uno como violín, el otro como *violón;* el chiquito, como se riera un elefante; el grande, como se riera un caballo de ajedrez, trocando los frenos en el reir, conformes en el mentir y el difamar.

La risa con fundamento, que sirve de sentencia filosófica; la risa de Demócrito, esa es otra cosa. Unos sabios vierten lágrimas en contemplación de las miserias humanas, otros se ríen de ellas; no sé cuales tengan razón; unos y otros tal vez; porque hay miserias ridículas, y miserias lastimosas. La risa y el llanto son hermanos gemelos, caminan a distancia de un paso y, como Cástor y Pólux, viven a días; mientras alienta el uno, muere el otro, y así se van sucediendo en alternación amistosa a lo largo de los siglos.

Hay risa fina y delicada, sal preciosa que azainetea el trato humano, y nos hace volver a su regosto; ella es tónico de la vida, sin el cual la tirantez de los sinsabores nos descompusiera del todo y nos tuviera entregados a ese mal consumidor que se llama tristeza: la risa lo combate, lo destruye; el que puede reir de corazón, esté seguro de que comerá con apetito; la risa da hambre y alimenta, se burla de los quebrantos y obra sobre nosotros como si nos estuviera sacudiendo cariñosamente un ángel. Cuando el ingenio acierta a encarnarse en un habla alegre, se reviste de una de sus más donosas formas, y campea haciendo quiebros en la tertulia inteligente. La chispa es un delicioso cordial, si reduce y chirria dentro del círculo de la moderación y el decoro; mas cuando quiere brillar sin término ni medida, viene a parar en fuego fatuo. Si sucede que nuestra sal reanima a los demás, podemos estar ciertos de que hemos dicho cosa buena en buena forma; pero cuando el dueño de la gracia se ve obligado a dar la voz de la risa, no ha habido sino una majadería.

Hay risa fila y penetrante que se va al través del pecho como frío puñal; la malicia, la ironía, el sar-

por falta de disposición natural, sino de ocasión, le dáis por *infortunado*, y lo es de todo en todo; *solitaria*, triste, debe de ser su vida. Este no ha oído en tanto tiempo ni un donaire de buena ley, ni una sandez graciosa, ni una sátira superfina, ni una fanfarronada ridícula, ni un salado acontecimiento, ni una mentira de a folio; *no ha visto caerse a nadie* patas arriba; no ha visto unas narices de a palmo entre dos ojos de pollo; no ha visto un sombrero antidiluviano ni un casacón chambergo; no ha visto ni oído nada de eso, ¿cómo se hubiera de reír? ¿estaba *en cama*? ¿*en la cárcel*? ¿*en un desierto*? El que vive entre sus semejantes, sus amigos, da en, y halla de que reír a cada paso con sus ridiculeces propias y las ajenas. No haberse reído un año, es haber estado muerto un año; los que piensan que viven, *ríanse de cuando en cuando*; mas *si son sabios*, procuren no hacer reír a nadie. Cosa singular, y capricho de los que suelen los mortales, el que más gusto nos proporciona, es el que menos alcanza nuestra estimación; un gracioso de profesión tiene algo de volatín; gusta el vulgo de sus suertes y lances, pero no hay a sus ojos sujeto más despreciable: Juan Rana, Ganasa, Pantalón son personajes divinos, a la diabla, en el escenario: en la calle, en el trato humano, ¡Dios los asista! Y otra cosa, más rara todavía· el que dice gracias, buenas o malas, muchas o pocas, no es buscado ni para obispo, ni para oidor, ni parr novio, ni para maldita de Dios la cosa; y el que las escribe, merece el aplauso de las gentes; los hay entre ellos que se alejan ya del mundo siglos, y el género humano aun no se cansa de seguirlos por la eternidad batiendo las palmas atrás de ellos: Cervantes, Shakespeare, Moliére son la admiración perpetua de los hombres.

La sal vuelve estéril el terreno donde se la siembra; para que la risa sea dulce y de buen efecto conviene que nazca de la sal; y cuando ella es sin

palabra, que estalla sin oportunidad, suena sin melodía, y no hace más perjuicio que incomodar los oídos. Un bobo está siempre aparejado para reir, y con su reir sin sal ni otro aderezo sale de cualquier paso. Si hubiera un purgatorio especial para los tontos, sería de ir a verlos purgar su desabrido pecado, dando de barato que el tonto pueda salvarse alguna vez; y si entran a la parte en esta regalía de la gloria eterna, como cualquier hijo de vecino, pregunto yo: ¿se van al cielo con su tontera a cuestas? ¿dejan heredades de ella a sus descendientes? Nada; el aire de la eternidad les limpia esa inmundicia, y no llegan a la faz del Altísimo a menos que le presenten espíritu bañado en virtud e inteligencia.

El tonto es cosa terrible: entiende al revés una cosa, se ríe; no la entiende de ningún modo, se ríe; los casos tristes, él se los ríe; los indiferentes, se los ríe; y no por mal, sino porque piensa que allí es de reir, y que si no se ríe bien reído, pasa por tonto. Tan importuno es éste donde están preponderando la inteligencia y el buen decir, como apetecible y socorrido para el concurso a quien abruma el incómodo silencio. Uno que se está riendo aunque nadie hable, sirve de piano, cubre y disculpa el callar sempiterno de los circunstantes.

Hay quienes poseen su risa de especulación; riéndose mucho pasan por inteligentes, a menos; son convidados a almorzar; se engordan a buena mesa, sin que salga humo de su techo. Este alegre vividor tiene que ser muy maldiciente, muy noticiero, muy mentiroso; sino ¿de dónde había de tomar sus flechas? Su aljaba es la murmuración; su fuerza, muchas veces, la calumnia. Moteja a los ausentes, da soga a los presentes; chancea, anda zumbándose, despotrica sin término, y es el que más festeja sus graciosidades y se inebría con las sales de su espíritu, dando la voz en esos chacotones donde piensan los bobos que están muy divertidos. Algunos de estos

suelen figurarse que el reir mucho es tener mucho talento y ser amabilísimo; se ríen como por tarea todo el día, y se van descuartizados a la cama. Sacan a lo menos este provecho: duermen largo, profunda y pesadamente; otra ventaja de la tontera.

¿Y los que se ríen de imitación? Estos son los doctores por la universidad de ciencias fatuas. Los áulicos de Dionisio eran todos cortos de vista, andaban provocando a la gente con ese fruncir los ojos y ese mirar despacio que irrita a los mal sufridos hasta los bofetones, y todo porque el tirano era cegato; muchos de ellos eran unos zahoríes, pero no veían gota. Si hay quien imite defecto o desgracia tan triste como la ceguera, ¿no ha de haber quien imite cosa tan buena como la risa? Esto es tomar la tontería del vecino sobre la propia; albarda sobre albarda. Dios los perdone a estos benditos: el mundo no los perdona. Ríanse de veras, ríanse de fingido, vayan a reirse en sus casas, y no descompongan las tejas ni rajen las paredes de la ajena, sirviendo de temblor todas las noches con ese carcajadear estridente que semeja a un derrumbamiento de piedras.

No me nombren tampoco a ese quídam seco, agrio, repulsivo que permanece él solo como de palo en medio de una risa agradable y general; tras esa adustez, que finge por distinción, entreparecen la insensibilidad o la imbecilidad. El que jamás se ríe es tan sospechoso como el que no deja de reirse: si yo supiera de alguien que en su vida se ha reído, huyera de él como de un tigre. Este hervor de la Naturaleza que se llama risa, tan saludable cuando viene en razón, es necesario para el buen temperamento del alma y del cuerpo; sacudida voluptuosa que cierne los malos humores, y nos deja aliviados y expeditos; suave tremor que nos acomoda los huesos y nos hace gustar de la vida, aun en medio de los sinsabores con que nos andamos afligiendo unos a otros. Si sabéis de un hombre que no se ha reído un año, no

casmo suelen reirse *pian piano*, y muy como quien no dice nada degüellan a su víctima. Esta risa es asimismo un espíritu sutil que ciertos alquimistas infernales extraen del odio, la envidia, la malignidad, para envenenar a sus semejantes; espíritu que cuando es elaborado por la moral y la virtud, con el fin de matar los vicios y conciliar vigor a las buenas costumbres, es precioso, y resulta de operaciones más sabias que las que fueran menester para dar con la piedra filosofal. Tenga un hombre una sombra de inteligencia, y sabrá al punto el juicio que de él forman los que le oyen, cuando a sus proposiciones y donaires responde alguno de ellos con una de esas risas que apagan el buen humor. Al que se ríe por vía de censurar vicios y defectos, apláudasele, anímesele; pero si es Aristófanes quien se quiere reir de Socrates, que no halle sino silencio. Sabiduría y virtud encarnadas en una sola persona, componen una divinidad alta y augusta: mofarse de ella es vilipendiar a los dioses.

Hay risa que cae cual un martillo; risa feroz que sofoca y abruma al desdichado sobre quien está golpeando inexorablemente. Esta no siempre es un principio de salud, y la suelen tener en su organización esos hombres malignos, sarcásticos que se van por cualquiera senda tras el daño del prójimo; esta risa es amarga, deletérea; la risa de Antonio en presencia de la cabeza de Cicerón. La venganza se ríe también, pero no en todos sus períodos; en el primero es dura, agria, fementida; lejos de reir se está callada y zahareña; en el segundo se hincha, se inflama, se envenena; echa espuma por la boca, fuego por los ojos. En el tercero, está madura, no puede más, revienta, y muere o destruye al enemigo. En este último caso se suele reir; la venganza satisfecha tiene su alegría de Satanás, y se ríe como Antonio.

Hay risa hueca, retumbante cual trueno sin rayo; risa abombada y voluminosa, risa de tonto, en una